

Doris Lessing

# Dentro de mí

Primer volumen de mi autobiografía, hasta 1949

Título original: Under my skin.  
Volume One of my Autobiography, to 1949

© Doris Lessing, 1994  
© Ediciones Destino, S.A., 1997  
Consell de Cent, 425. 08009 Barcelona  
© de la traducción, Marta Pessarrodona, 1997  
Primera edición: noviembre 1997  
ISBN: 84-233-2833-3  
Depósito legal: B. 44.395-1997  
Impreso por Novoprint, S.A.  
Ctra. Nacional II, Km. 593.  
Sant Andreu de la Barca (Barcelona)  
Impreso en España - Printed in Spain

## Glosario

biltong	carne seca
kaross	manta hecha de piel de animal
kopje	colina
kraal	recinto para guardar ganado u otros animales; también, pueblo, como en la frase «¿Regresas a tu kraal a ver a tu familia?»
mombies	palabra shona para designar el ganado
piccanin	niño pequeño negro
rimpi	tira de piel curada
rondaavel	choza redonda hecha de adobe o de barro, generalmente con techo de paja
sjambok	látigo hecho de piel de rinoceronte
skellum	alguien o algo malicioso o maligno
veldschoen	zapatos hechos de piel de vaca
vlei	valle, casi siempre atravesado por un riachuelo

El individuo y las agrupaciones de gente tienen que saber que no pueden reformar la sociedad en realidad, ni pueden tratar a los otros como gente razonable, a no ser que el individuo haya aprendido a establecer y permitir los vanos modelos de instituciones de coacción, oficiales y también extraoficiales, que le gobiernan. No importa lo que le dicte la razón, siempre reincidirá en la obediencia hacia el medio coactivo, mientras su modelo esté dentro de él.

Idries Shah, Caravan of Dreams

No importa que uno mire sobre la tierra, dondequiera que se encuentre la gente, se les puede observar sincronizándose cuando suena la música. Hay un concepto erróneo popular sobre la música. Porque hay un compás en la música, la creencia generalmente aceptada es que el ritmo se origina en la música, no que la música sea una liberación altamente especializada de ritmos que ya se encuentran en el individuo. De no ser así, ¿cómo podemos explicarnos la íntima cohesión entre lo étnico y la música?

Los modelos rítmicos pueden resultar en una de las características más básicas de la personalidad, que diferencian a un individuo de otro.

...cuando la gente conversa... sus ondas cerebrales incluso se cierran dentro de una sola y unificada secuencia. Cuando nos hablamos, nuestros sistemas nerviosos centrales se engranan como dos engranajes en una transmisión.

El poder del mensaje rítmico dentro del grupo es tan fuerte como cualquier otro que yo conozca. Es... una fuerza oculta, como la gravedad, que nos mantiene juntos.

Puedo recordar que me quedé anonadado cuando llevé a cabo las grabaciones cinematográficas de grupos de gente en público. No sólo pequeños grupos se sincronizaban, sino que había momentos en que parecía que todos formaban parte de un ritmo más amplio.

Edward T. Hall, The Dance of Life

«Era muy bonita, pero sólo le importaban los caballos y el baile.»

Este estribillo resonaba en las historias que sobre su infancia explicaba mi madre y pasaron años hasta que por fin caí en la cuenta: «De su madre, claro, estaba hablando de su madre». Nunca utilizó otras palabras más que aquéllas y no podían ser suyas, puesto que ella no recordaba a su madre. No, se las había oído a los criados, puesto que inconscientemente ponía una expresión propia de sirviente, con un rictus de condena alrededor de su boca, y siempre soltaba un respingo de desaprobación. Aquel pequeño respingo me evocaba el mundo de los criados, un mundo tan exótico para mí como para ellos debían de serlo las historias de caníbales y paganos. Criados y doncellas se ocuparon de los niños, después de que muriera de peritonitis la frívola Emily McVeagh, en el parto de su tercero, cuando su primera, mi madre, sólo contaba tres. Ni siquiera hay una fotografía de Emily. Ella es Nadie. Nada de nada. John William McVeagh no solía hablar de su primera esposa. ¿Qué es lo que podía haber hecho?, me preguntaba yo. A fin de cuentas, ser ligera de cascos no es un delito. Por lo menos, esto era lo que yo pensaba. Emily Flower era normal y corriente, debía de tratarse de esto.

Cuando más adelante pedí a una investigadora que proyectara luz sobre la penumbra del pasado, se presentó con una masa de material que bien podría servir para una de aquellas novelas victorianas, quizás de Trollope, en la que el capítulo sobre Emily Flower se titularía «¿Cuál podía haber sido su pecado?», y tendría que ser forzosamente breve, aunque el más triste.

«La información sobre la familia Flower se consiguió a través de certificados de nacimiento, matrimonio y óbito, archivos parroquiales, archivos del censo, archivos de aficionado, archivos de propietarios de barcasas, archivos de prácticos y barqueros, historia local y testamentos», dice la investigadora, evocando en una frase la Inglaterra de Dickens.

Existió un Henry Flower que, en 1827, aparece como Marinero y en 1851 se censa como Vendedor. Nació en el condado de Somerset y su esposa Eleanor nació en Limehouse. Su hijo, George James Flower, el delincuente padre de Emily, trabajó de aprendiz con un tal John Flower, presumiblemente un pariente. La familia Flower era propietaria de barcasas y en la partida de nacimiento de Emily su padre figura como práctico de puerto.

El clan Flower vivió en Flower Terrace y alrededores, ya demolidos, y Georges James y su esposa Eliza Miller vivieron en el número 3 de Flower Terrace. Estaba situado en Poplar, cerca de lo que ahora es el muelle Canary Wharf. Había cuatro hijos. Eliza enviudó a los treinta y cinco años, y la proximidad y ayuda mutua del clan quedan patentes en la manera en que, a pesar de que por aquel entonces las mujeres no hacían estas cosas, los prácticos y barqueros le permitieron ser propietaria de una barcaza y tener ayudantes. Nombró ayudante a su hijo Edward, que con el tiempo se convirtió en práctico y en propietario de la barcaza en lugar de ella. Los hijos de ella se espabilaron y ella acabó en una casa agradable, con una renta vitalicia. Emily era la hija menor y se casó con John William McVeagh en 1883.

Mi madre describía la casa en la que creció como una casa alta, estrecha, fría, oscura,

deprimente, y a su padre como un hombre disciplinario, estricto, aterrador, siempre a punto para exhortaciones morales.

La clase trabajadora acomodada llevaba una buena vida en los tiempos Victorianos, con escapadas a las carreras, todo tipo de fiestas y celebraciones. Comían y bebían con muy buen apetito. No había lugar para el tedio o la frialdad en Flower Terrace y sus calles adyacentes, llenas de parientes y amigos. Emily salió de esta cálida vida de clan para caer en los brazos sin duda ardientes de John William McVeagh —él debía de estar muy enamorado para casarse con ella—, pero se esperaba de Emily que estuviera a la altura de las ambiciones de su marido, del terrible esnobismo de un hombre que luchaba por dejar atrás a la clase trabajadora. Me la imagino corriendo de vuelta a casa siempre que podía para ver a su familia sencilla, asistir a bailes, pasárselo bien e ir a las carreras. Debió de vivir en la casa de su marido bajo una fría llovizna de desaprobación, a causa de la cual, así me lo parece, murió, a los treinta y dos años.

Mi madre nunca mencionó a su abuelo, el padre de John William, y esto significa que John William no hablaba de él más de lo que hablaba de Emily.

«La información respecto de esta familia», dice la investigadora, «proviene de nacimientos, muertes y casamientos, la guía parroquial, el Patronato Público, archivos del ejército y libros sobre la Carga de la Brigada Ligera, informes del censo, testamentos y relaciones locales. La fecha y el lugar de nacimiento de John McVeagh entran en conflicto en los archivos. Los archivos del ejército sobre nacimiento y ocupación son a menudo incorrectos porque los hombres al alistarse, por razones que sólo ellos conocen, dan información incorrecta, y resultaría difícil hacer comprobaciones en el registro anterior a 1837. En cualquier caso, los centros de reclutamiento no eran muy exigentes en el ejército del siglo XIX.»

John McVeagh nació en Portugal y su padre era soldado. Estuvo en la cuarta división de Dragones Ligera y era sargento mayor de Hospital cuando dejó el ejército en 1861. Estuvo en la guerra de Crimea y en Turquía oriental y en la Carga de la Brigada Ligera... y en este caso, es cierto, aunque había muchos que lo decían y no era cierto. Pero ¿por qué querían haber formado parte de semejante carnicería? La conducta de John McVeagh como soldado fue ejemplar. Cuando en el curso de la Carga le mataron el caballo en el que montaba, siguió atendiendo a los heridos, a pesar de que él también estaba herido. Recibió varias medallas. Ésta es la anotación correspondiente al primero de marzo de 1862, en la *United Service Gazette*:

4.º Húsares (de la Reina) — Cahir. El viernes 21 últ. el sargento-capitán J. McVeagh, veterano de este regimiento, en la actualidad Guardián de Soldados de la Torre, fue obsequiado por los oficiales de su último regimiento con una colecta de 20 guineas, una cajita de rapé bellamente grabada, en la que se muestran sus últimos servicios. Pocos hombres han sido más agasajados por su buena conducta que el sargento-capitán J. McVeagh al abandonar su regimiento, entonces en Curragh, hace unos meses, con motivo de su nuevo cargo después de 24 años de servicio. Los oficiales y el personal le regalaron un espléndido juego de té con la siguiente inscripción: «Al sargento-capitán J. McVeagh del Hospital, como ofrenda de respeto por su general amabilidad». Durante la Guerra de Crimea estuvo constantemente en el campo de batalla con su regimiento, atendiendo tanto a los enfermos como a los heridos, y por su distinguida actuación recibió una medalla, con una renta vitalicia de 20 libras esterlinas, además de una de turca y otra de Crimea con 4 galones.

Su esposa era Martha Snewin, cuyo padre era un zapatero. Había nacido en Kent. Viajó por todo el país con su marido cuando él reclutaba soldados para el ejército. Es todo cuanto sabemos de ella. Él procuró que sus hijos tuvieran una buena educación. Su

hija Martha, quien le cuidó cuando murió su esposa, quedó en buena posición, pero es una de las mujeres invisibles de la historia.

Mi abuelo John William era el hijo menor. En primer lugar trabajó como oficinista en el Departamento Meteorológico y, hacia 1881, como empleado de banca. Más tarde fue director de banco, en la Barking Road, pero murió en Blackheath. Fue subiendo en la escala social, a medida que iba cambiando de domicilio, y finalmente este hijo de un soldado raso se casó con su segunda esposa, la sucesora de Emily, en St George's, Hanover Square. Esta madrastra no era judía, como yo había imaginado —por su elegante cara aguileña— sino la hija de un clérigo disidente, quien con el tiempo pasó a ser sacerdote de la Iglesia Anglicana. Ella provenía de una familia de clase media. Se llamaba Maria Martyn. Mi madre la describía, con disgusto, como la típica madrastra, fría, sumisa y correcta, incapaz de ser cariñosa o ni siquiera afectuosa con los tres hijos. Ellos preferían pasar el mayor tiempo posible en la cocina con el servicio, pero después mi madre y su hermano John lucharon, de forma muy esnob, por no decir obsesiva, para formar parte de la clase media, mientras que la tercera hija, Muriel, volvió a sus orígenes de clase trabajadora al casarse. A pesar de que mi madre mantuvo un tenue contacto con ella, el padre no quería tratarla. Había salido a su madre, decía el servicio.

En consecuencia, él se vio contrariado por ambas hijas. Cuando mi madre decidió ser enfermera, en vez de ir a la universidad —John William albergaba grandes ambiciones respecto a ella— igualmente se tropezó con su desaprobación. Hasta que, así son las cosas, tuvo éxito, pero ya fue demasiado tarde: los lazos se habían roto. Nunca jamás mi madre habló de su padre con afecto. Con respeto, sí, y con gratitud por el bien que le hizo, puesto que él se aseguró de que recibieran todo lo que es propio de los hijos de clase media. Asistió a un buen colegio y le enseñaron música, materia en la que destacó tanto que los examinadores le dijeron que podía aspirar a una carrera como concertista de piano.

El título del capítulo dedicado a mi madre en esta saga sería un título triste y, a medida que pasan los años, más lastimosa me parece su vida. No quería a sus padres. Mi padre no quiso a los suyos. Me costó años aceptar este hecho, quizás porque él siempre bromeaba cuando decía que se fue de su casa tan pronto como pudo y lo más lejos posible de ellos, como empleado de banco en Luton.

Mi abuelo paterno, un tal James Tayler, aparece en el censo de 1851 como propietario de 130 acres que daban empleo a cinco hombres, en East Bergholt. Se dedicó a la melancolía y al verso filosófico, lo que tal vez explique que no prosperara. Se casó con una tal Matilda Cornish. Los Tayler trabajaron en distintos departamentos bancarios, fueron funcionarios públicos, figuras literarias menores, a menudo agricultores, por todo Suffolk y Norfolk. Durante las emigraciones del siglo XIX se fueron a Australia y a Canadá, donde muchos de ellos aún viven. Pero mi abuelo Alfred decidió no ser un agricultor. Fue empleado de banca en Colchester. Se casó con Caroline May Batley.

Esta era la mujer por la que tanta antipatía sentía mi padre: su madre.

Cuando hablaba de su padre, lo describía como a un hombre soñador y sin ambiciones que pasaba su tiempo libre tocando el órgano en la iglesia del pueblo, enloqueciendo de frustración a su ambiciosa esposa. Pero en la época en que me lo contaba, mi padre también era un hombre soñador y sin ambiciones que enloquecía de frustración a su pobre esposa. Y la realidad es que mi abuelo Alfred acabó de director del London County Westminster Bank, en Huntingdon, pero si siguió tocando el órgano en la iglesia local es algo que no sé. Cuando Caroline May murió, él volvió a casarse inmediatamente, en el curso del mismísimo año, con una mujer mucho más joven que él. Marian Wolfe, de treinta y siete años, frente a sus setenta y cuatro. También ella era

hija de un ministro de la Iglesia.

Ministros de la Iglesia y directores de banco, ahí están, en los archivos, en ambas ramas de la familia.

Caroline May Batley, la madre de mi padre, es una sombra, casi tanto como la pobre Emily. Lo único agradable que mi padre recordaba de ella era que preparaba una deliciosa, aunque sólida, comida de la que habla Mrs Beeton. La historia que él contaba y volvía a contar, con entusiasmo compartido por mi madre, era la de que su madre había acudido al Royal Free Hospital para enfrentarse a la pareja recién comprometida, los dos bastante enfermos, y decirle a él que si se casaba con aquella arpía de enfermera McVeagh siempre lo lamentaría. Aunque sin duda Caroline May habría tenido algo que decir al respecto, si se le hubiera preguntado. Es probable que estuviera emparentada con el pintor Constable. A mí me gusta pensar que sí.

Mi madre pasó su infancia y adolescencia sacando buenas notas en todo, porque tenía que complacer a su severo padre. Destacó en el colegio, jugó bien al hockey y al tenis y al lacrosse, montó en bicicleta, fue al teatro y al music hall y a eventos musicales. Su energía era fenomenal. Y leyó todo tipo de libros progresistas, y decidió que sus hijos no tendrían la fría y árida crianza que había tenido ella. Estudió a Montessori y a Ruskin, así como a H. G. Wells, en particular Joan and Peter, que ridiculizaba la deformación de los niños en su educación. Ella me contó que todos sus contemporáneos leyeron Joan and Peter y decidieron hacerlo mejor. Es extraño cómo desaparecen algunos libros que en otro tiempo fueron tan influyentes. «Baa, Baa, Black Sheep», de Kipling, la hacía llorar porque le recordaba su propia infancia.

Entonces se hizo enfermera y tuvo que vivir de su sueldo, tan exiguo que a menudo pasaba hambre y no se podía comprar guantes ni bufandas ni una bonita blusa. Estalló la Guerra Mundial, la primera, y mi padre llegó malherido al pabellón en el que estaba la enfermera McVeagh. Pasó allí un año, una época en la que el corazón de ella se hallaba totalmente desgarrado porque el joven médico al que amaba y que la amaba había muerto al ser torpedeado su barco.

Mientras mi madre era una ejemplar muchacha victoriana, y más tarde eduardiana, un modelo de joven moderna, mi padre disfrutaba de una infancia campestre, puesto que pasaba todo el tiempo fuera de la escuela (que odiaba, al contrario de mi madre, porque a ella le gustaba el colegio donde sacaba tan buenas notas) con los hijos de los agricultores en los alrededores de Colchester. Sus padres le pegaban —si no utilizas la vara, echas a perder al niño— y hasta su muerte habló siempre con horror de los domingos, con sus dos servicios religiosos y la escuela dominical. Se pasaba la semana temiendo los domingos y no volvió a acercarse a una iglesia durante años. *The Way of All Flesh* (El camino de la carne), de Butler... así fue su infancia, decía él, pero afortunadamente siempre se podía escapar por los campos. Siempre quiso ser agricultor, pero al acabar el colegio puso distancia entre su persona y sus padres, entró en un banco, que odiaba pero donde trabajó mucho, porque entonces la gente trabajaba mucho más que ahora, y por encima de todo jugó mucho. Le encantaba todo tipo de deportes: jugó al cricket y al billar por su condado, cabalgó y bailó, anduvo kilómetros de un baile a otro en distintos pueblos o ciudades. Si las historias de juventud de mi madre sonaban a *Ann Verónica* o *las Nuevas Mujeres* de Shaw, las de mi padre recordaban *Sons and Lovers* (Hijos y amantes) de D. H. Lawrence, o *The White Peacock*: gente joven que establecía amistades sentimentales tan literarias como tímidas, superándose a base de conversación y libros compartidos. Solía decir que desde el momento en que se alejó de sus padres y fue independiente se lo pasó muy bien, disfrutó de cada instante, nadie pudo haber tenido una vida mejor que la que él vivió durante diez años. Cuando estalló la guerra, él contaba veintiocho años. Decía que había tenido suerte en dos ocasiones:



una, cuando le alejaron de las trincheras por una apendicitis, lo que le permitió escapar a la batalla del Somme en la que mataron a toda su compañía; y, más tarde, al caer metralla en su pierna un par de semanas antes de Passchendale cuando, una vez más, no quedó nadie de su compañía.

Él estaba muy enfermo, no sólo por la pierna amputada, sino porque padecía lo que entonces se llamaba neurosis de guerra. En realidad estaba deprimido, una auténtica depresión, comparable —así lo expresaba él— a hallarse dentro de una habitación fría, oscura, sin salida, y en la que nadie le podía ayudar. El «amable doctor» al que le mandaron dijo que tenía que tener paciencia, no había nada que la medicina pudiera hacer por él, pero que la angustia acabaría por desaparecer. Las «cosas horribles» que asaltaban el pensamiento de mi padre no eran tan insólitas como él creía: había cosas terribles en el pensamiento de todos, pero la guerra no había hecho sino empeorarlas, eso fue todo. Pero mi padre recordaba y hablaba a menudo de los soldados con «neurosis de guerra» o incapaces de salir de sus agujeros de barro para enfrentarse al enemigo, a los que podían fusilar por cobardía.

«Yo podía haber sido uno de ellos», dijo, toda su vida. «Sólo por suerte no fui yo.»

En consecuencia, allí estaba él, en el pabellón de mi madre en el antiguo Royal Free Hospital, al este de Londres. Fue testigo de la infelicidad de ella cuando su gran amor se ahogó, supo que le habían ofrecido el puesto de jefa de enfermeras de St George's, un famoso hospital docente, un honor, puesto que por regla general ofrecían aquel puesto a mujeres de más edad. Pero decidieron casarse, decisión que no supuso ningún conflicto para él, aunque sí para ella, como más tarde manifestó. Él solía decir que debía su cordura a ella, se lo debía todo, puesto que sin sus abnegados cuidados no hubiera superado aquel año de enfermedad. Los matrimonios por amor salían mejor, añadía a veces. Por lo que se refiere a ella, disfrutaba de su eficiencia y éxito, y sabía que hubiera sido una magnífica jefa de enfermeras de un gran hospital docente. Pero quería hijos, para compensarlos de lo que había sufrido de niña. Así lo expresaba ella.

Mi padre no era el único soldado que nunca jamás perdonaría a su país por haber hecho promesas que luego se habían visto traicionadas: en Gran Bretaña, en Francia y en Alemania, muchos ex soldados mantuvieron esa amargura hasta la muerte. Aquellos hombres constituían un colectivo inocente e idealista: en realidad habían creído que era una guerra para acabar la guerra. Y a mi padre unas mujeres a las que él describía como horribles brujas le habían dado una pluma blanca... y esto pasaba cuando él ya tenía su pata de palo bajo el pantalón, y su «neurosis de guerra» le hacía preguntarse si valía la pena seguir viviendo. Nunca olvidó aquella pluma blanca, refiriéndose a ella como si se tratara de la locura que no se puede erradicar, inevitable e inútil, del mundo.

Tuvo que abandonar Inglaterra, puesto que no podía ya soportarla y consiguió que su banco le mandara al Banco Imperial de Persia, en Kermanshah. Ahora yo utilizo el nombre de Banco Imperial de... para contemplar la reacción, que es de incredulidad, y luego de risa, y es que muchas cosas de aquella época nos parecen ahora tan deliciosamente absurdas como... en fin, como algo que ahora nos parece obvio se lo parecerá a nuestros hijos.

Mi madre padecía una crisis nerviosa, según creo por la dificultad de aquella elección: matrimonio o carrera en la que tan bien le iban las cosas. Y por su amor perdido, a quien nunca olvidó. Y porque había trabajado tan duro durante la guerra, y porque tantos hombres a los que había cuidado habían muerto, y por... Era 1919, el año en que 29 millones de personas murieron de la epidemia de gripe que, por alguna razón, siempre queda fuera de las historias de aquella época. Mataron a diez millones de personas en la Gran Guerra, sobre todo en las trincheras, una estadística que ahora recordamos cada año el 11 de noviembre, pero 29 millones murieron de la gripe, a veces

denominada la «dama española».

Mi padre todavía sufría una crisis nerviosa, aunque lo peor de la depresión que había padecido había tocado a su fin. Los médicos les habían aconsejado no tener aún hijos. Bromeaban con que mi madre se quedó embarazada durante la noche de bodas. Pero hay algo más. En 1919 mi madre contaba treinta y cinco años y en aquellos tiempos se consideraba tarde para tener un primer hijo. Sin duda, en su calidad de enfermera debía ser muy consciente de los peligros que cabía esperar. Quizás otra parte de sí misma, de la que ella no sabía nada, se estaba asegurando quedarse embarazada entonces.

Y así llegaron, los dos, ambos enfermos, a la gran casa de piedra sobre el altiplano rodeado por montañas coronadas de nieve, en aquella antigua ciudad comercial, Kermanshash, que resultó muy maltrecha, con partes bombardeadas hasta quedar reducidas a polvo, durante la guerra entre Irak e Irán en la década de 1980.

Y allí nací yo el 22 de octubre de 1919. Mi madre tuvo dificultades. Fue un parto con fórceps. Mi cara quedó arañada y con cardenales durante días. ¿Puedo creer que ese difícil nacimiento dejó cicatrices en mí... es decir, en mi carácter? Quién sabe. Lo que sí sé es que nacer en el año 1919, cuando media Europa estaba en un cementerio, y la gente se moría a millones por todo el mundo... fue importante. ¿Cómo podría no serlo? A no ser que creamos que la mente de cada pequeño ser humano queda separada de cualquier otra, separada de la mente de los demás seres humanos. Algo inverosímil, sin duda.

Aquella guerra no resulta menos importante para mí con el paso del tiempo. Al contrario. En 1990, el año en que empecé a escribir este libro, me encontraba en el sur de Francia, en la zona de colinas de detrás la Riviera, visitando ciudades y pueblecitos deliciosos que hace siglos fueron creados como fortines de las colinas; en cada ciudad o pueblo hay un monumento de guerra. A un lado del monumento puede verse siempre una lista de doce o veinte jóvenes muertos en la Primera Guerra Mundial, y esto en minúsculos pueblos que incluso ahora alcanzan sólo el medio millar de habitantes. Por regla general mataron a uno de cada dos de los jóvenes de un pueblo. Por toda Europa, en cada ciudad, pueblo y aldea hay un monumento de guerra, con los nombres de los que murieron en la Primera Guerra Mundial. Al otro lado de la columna u obelisco hay dos o tres nombres de los muertos en la Segunda Guerra Mundial. En 1918, todos los hombres sanos de Europa, muertos. En 1990 me encontraba en Edimburgo, donde en un frío, gris castillo se conservan las hileras de libros con la relación de los nombres de los jóvenes de Escocia muertos entre 1914 y 1918. Cientos de miles de nombres. Y luego en Glasgow, lo mismo. Y en Liverpool. Documentos de aquella carnicería, la Primera Guerra Mundial. Vidas no vividas. Hijos no nacidos. Hasta qué punto hemos olvidado el daño que la guerra causó a Europa, aunque vivimos todavía con él. ¿Quizás si no hubiera muerto «La flor de Europa» (como se les solía denominar) y aquellos hijos y nietos hubieran nacido, no viviríamos ahora en Europa con semejante mediocridad, semejante confusión e incompetencia?

No hace mucho, en un cine de Kilburn, proyectaron *Oh What a Lovely War!*, aquella sátira sobre la insensatez de la Primera Guerra Mundial. Al salir de la oscuridad a la calle, una anciana permanecía alerta y vivaz a la salida, y fijaba la vista con intensidad en cada rostro, impresionándonos a todos. Aquella película se acaba con dos mujeres dando traspies, errando a través de hectáreas, kilómetros de lápidas sepulcrales, tumbas de guerra, mujeres que nunca encontraron hombres con quienes casarse y tener hijos. Esta anciana, sin duda, era una de ellas y quería que nosotros lo supiéramos. Aquella película hablaba de ella: eso era lo que nos decía.

También estaban los heridos de la guerra: mi padre era uno de ellos. Y la gente cuyo potencial no se utilizó nunca porque sus vidas se vieron desviadas de su curso propio

por la guerra: mi madre era una de ellas.

Durante aquel viaje a través de los pueblos de Francia, luego por Escocia y ciudades inglesas, revivieron en mí las furiosas emociones de mi infancia, una protesta, una angustia: la de mis padres. Sentí, también, incredulidad, pero ésta era una emoción posterior: ¿cómo pudo suceder? La Guerra Civil norteamericana, menos de medio siglo antes, había mostrado lo que las armas recién inventadas podían provocar, pero nosotros no habíamos aprendido nada de aquella guerra. Esta constatación es el peor de los legados de la Primera Guerra Mundial: si somos una raza que no puede aprender, ¿qué esperanza nos queda? Con gente tan estúpida como nosotros, ¿en qué podemos confiar? Pero la emoción más intensa de aquel viaje fue la antigua tiniebla de miedo y angustia: la emoción de mi padre, una muy potente corriente de aire, nada de dosis homeopática, sino una dosis plena de dolor adulto. Me pregunto ahora a cuántos niños criados en familias mermadas por la guerra les corre por las venas el mismo veneno desde antes de que pudieran ni siquiera hablar.

Todos nosotros hemos sido creados por la guerra, retorcidos y envueltos por la guerra, pero parece que lo olvidamos.

Una guerra no se acaba con el Armisticio. En 1919, por toda aquella Europa llena de tumbas sobrevolaban miasmas y miserias, y también por todo el mundo, a causa de la gripe y sus casi treinta millones de muertos.

Yo solía bromear con que era la guerra la que me había hecho nacer, como defensa cuando me sentía hastiada de volver a hablar una y otra vez sobre la guerra. Pero no era una broma. Solía tener la sensación de que algo parecido a una profunda nube gris, una especie de gas venenoso, se cernía sobre mi primera infancia. Más tarde me encontré con gente que había pasado por la misma experiencia. Quizás fue a partir de aquella guerra cuando sentí por vez primera la apremiante y aterrada necesidad de escapar de donde estuviera, como si algo allí pudiera estallar o tragárame por los talones.

Uno no puede sentarse a escribir sobre sí mismo sin que reclamen su atención preguntas teóricas de lo más aburridas. En primer lugar, nuestra vieja amiga, la Verdad. La verdad... ¿cuánta verdad contar, cuan poca? Parece comúnmente admitido que éste es el primer problema del cronista de sí mismo, y en ambos casos le espera la deshonra.

Decir la verdad sobre uno mismo, si es posible, pero ¿y sobre los otros? Puedo escribir con facilidad acerca de mi vida hasta el año en que dejé Rhodesia del Sur en 1949, porque queda muy poca gente que se pueda sentir herida por lo que yo diga; debo saltarme o cambiar —básicamente un par de nombres— muy poco. En consecuencia, el primer volumen lo escribo sin obstáculos ni bloqueos de conciencia. Pero el segundo volumen, es decir, a partir del momento en que llegué a Londres, será algo distinto, aunque siga el ejemplo de Simone de Beauvoir, quien dijo que sobre algunas cosas no tenía la intención de contar la verdad. (Entonces ¿qué interés tiene?, es lógico que se pregunte el lector.) He conocido a no pocos famosos e, incluso, a dos o tres de los grandes, pero no creo que sea el deber de los amigos, amantes, camaradas, contarlos todo. Cuanto mayor me hago más secretos tengo, que nunca se revelarán, y esto, lo sé, es frecuente en la gente de mi edad. ¿Y por qué todo este énfasis en contar intimidades? Las intimidades son lo de menos.

Leo historia con un respeto condicional. He estado relacionada, a pequeña escala con grandes acontecimientos y sé lo muy rápidamente que la relación de ellos se convierte en un espejo quebrado. Leo algunas biografías con admiración hacia la gente que ha decidido mantener la boca cerrada. Observo que, por lo general, la gente que ha estado en la periferia de determinados acontecimientos, o de una vida, es la que se precipita a reclamar el lugar preeminente: la gente que realmente sabe a menudo no dice nada o muy poco. Algunos de los más estrepitosos —por no decir terribles— escándalos o temas de nuestro tiempo, sobre los que se ha proyectado luz durante años, se reflejan erróneamente en el pensamiento público porque sus auténticos participantes guardan silencio y miran, irónicamente, desde la sombra. Pero aún ocurre otra cosa, mucho más difícil de ver. Los verdaderos agentes y promotores de determinados acontecimientos quedan fuera de los libros de historia, y ello se debe a que la memoria misma decide rechazarlos. Son llamativos, poco escrupulosos, histéricos, o incluso locos, ciertamente poco gratos; pero lo importante es que parecen hechos de una sustancia distinta a la de la gente tranquila, razonable y cuerda a la que han influido y a quien no le gusta recordar sus ocasionales inmersiones en la locura. A menudo, leyendo historia, hay acontecimientos que no cuadran, no tienen sentido, y podemos deducir la existencia de algún lunático, macho o hembra, dotado de ardiente inspiración... pero que cayó en el olvido rápidamente, porque siempre y en todas las épocas se reescribe el pasado para hacerlo más aceptable. «Una tosca bestia» es por regla general el auténtico padre de los acontecimientos. No habría existido el «partido comunista» en Rhodesia del Sur sin un personaje inspirador de esta guisa.

A las mujeres a menudo se las hace salir del recuerdo y, luego, de la historia.

Decir la verdad o no decirla, y en qué medida, es un problema menor que el de las perspectivas cambiantes, puesto que uno va variando la percepción según la etapa en que se encuentre, como se escala una montaña y el paisaje cambia a cada recodo del

sendero. Si yo hubiera escrito esto a los treinta años, habría sido un documento bastante combativo. A mis cuarenta, un quejido de desesperación y culpabilidad: ¡Dios mío!, ¿cómo pude haber hecho esto o aquello? Ahora vuelvo la vista atrás y observo a aquella niña, a aquella muchacha, a aquella mujer joven, con una curiosidad cada vez más imparcial. Es frecuente ver a los viejos fisgoneando en sus pasados. ¿Por qué?, se preguntan. ¿Cómo sucedió esto? Intento ver mis yos del pasado como podría hacerlo otra persona, me convierto en esa otra persona, y al momento me veo inmersa en una ardiente batalla de emociones, justificadas por pensamientos e ideas que ahora juzgo erróneos.

Además, el propio paisaje es algo engañoso. Al empezar a escribir, la eterna pregunta comienza inmediatamente a acosarnos: ¿por qué recuerdas esto y no aquello? ¿Por qué tantos detalles sobre una semana, un mes, o incluso un año remoto, y luego completa oscuridad, un vacío? ¿Cómo sabes que lo que recuerdas es más importante que lo que no recuerdas?

¿Y si no hubiera paisaje alguno? Puede suceder. En una cena estaba sentada al lado de un hombre que me dijo que él no podría escribir nunca una autobiografía porque no recordaba nada. No me diga, ¿nada? Sólo una escenita aquí y allá. Como, así lo expresó, aquellas estelas y borrones de color que las ventanas con vidrieras proyectan sobre la oscuridad de un suelo de piedra en una catedral. Me resulta difícil imaginarme semejante oscuridad del pasado. En otra época, el mero hecho de intentarlo me hubiera sumergido en una terrible inseguridad, como si la memoria fuera el Yo, la Identidad; y tengo la seguridad de que no es así. Ahora me imagino que llego a cierto país con el pasado borrado de mi mente: me las apañaría muy bien. A fin de cuentas no es más que la situación de partida, cuando nacemos, sin recuerdos, o así se lo parece al adulto: luego tenemos que crear nuestras vidas, crear el recuerdo.

«Además» —dijo este compañero de cena, que parecía perfectamente normal y equilibrado, a pesar del insuficiente dominio sobre su pasado—, «las pequeñas manchas de color se mueven constantemente, porque se mueve el sol en el exterior.»

Verdad. Sí que se mueven. Olvidamos. Recordamos. Mientras meditaba sobre el material para este libro, diversas caras y diversos lugares emergieron de la oscuridad. ¡Dios mío! ¡Así que estáis aquí! ¡Llevo años sin pensar en vosotros! No sólo la perspectiva cambia, sino también lo que se está mirando.

Cuando se escribe sobre algo —en una novela, un artículo— se aprenden muchas cosas que no se conocían. Aprendí mucho escribiendo este libro. Una y otra vez tuve que decirme: «Ésta fue la razón, ¿no? ¿Por qué no pensé en esto antes?». O incluso, «Espera... no fue así». La memoria es un órgano descuidado y perezoso, no sólo autohalagador. Y no siempre autohalagador. En más de una ocasión he dicho: «Pues no, no lo hice tan mal como pensaba», aunque otras veces he descubierto que lo hice peor.

Y luego —y quizás esto sea lo más decepcionante— nos inventamos nuestro pasado. Podemos en verdad observar cómo nuestra mente lo hace, cómo toma un pequeño fragmento de realidad y luego urde un cuento. No, no creo que éste sea un pecado exclusivo de los cuentistas. Un padre dice: «Te llevamos al mar y levantaste un castillo de arena, ¿no lo recuerdas?... mira, aquí está la fotografía». E inmediatamente el niño construye, a partir de las palabras y de la fotografía, un recuerdo que pasa a ser suyo. Pero hay momentos, incidentes, auténticos recuerdos, en los que yo confío. En parte porque he pasado parte de mi infancia «fijando» momentos en mi pensamiento. Claramente tuve que luchar para establecer una realidad propia, contra la insistencia de los adultos para que aceptara la suya. Me presionaron para que admitiera que lo que yo sabía que era cierto no lo era. Esto es lo que deduzco. Por qué, si no, mi preocupación que duró años: ésta es la verdad, esto es lo que sucedió, mantente en ello, no les

permitas que te disuadan de ello.

¿Por qué, en definitiva, escribir una autobiografía? Autodefensa: se están escribiendo diversas biografías sobre mí. Es un asunto inquietante, como si estuvieras andando por una carretera llana y a menudo aburrida en una agradable semioscuridad pero sabiendo que pueden conectar un foco en cualquier momento. Sí, hay ciertamente buenos biógrafos, hoy en día casi todos en Gran Bretaña, porque disfrutamos de un siglo de oro de la biografía. ¿Qué hay mejor que una buena biografía? No muchas novelas.

En el año que acaba de finalizar, 1992, he oído que cinco biógrafos norteamericanos están escribiendo sobre mí. No conozco y ni siquiera he oído hablar de uno de ellos. Otro, me contó un amigo en Zimbabwe, está «recogiendo material» para una biografía. ¿A quién entrevista? ¿A gente que lleva años muerta? Una mujer a la que he visto en un par de ocasiones, en una de ellas para preguntarme cuidadosamente las cosas más intrascendentes, me acaba de informar de que ha escrito un libro sobre mí que está a punto de publicarse. Y es posible que algún otro esté tramando un libro a partir del material supuestamente autobiográfico incluido en las novelas y de un par de cortas monografías sobre mis padres. Probablemente también se base en entrevistas, y éstas están llenas de información errónea. Es sorprendente que uno pueda pasarse un par de horas con un entrevistador, que registra cada palabra, y que el artículo o entrevista resultantes siempre contengan notables imprecisiones. Los datos cada vez importan menos, en parte porque los escritores son como perchas en las que colgar las fantasías de la gente. Que a los escritores nos importe que lo que se escribe sobre nosotros de alguna manera se relacione con la verdad, ¿significa acaso que somos infantiles? Tal vez sea así, y lo cierto es que cada año me siento más un anacronismo. Al volver a París después de un intervalo de un año, me entrevistó una joven que ya lo había hecho con anterioridad. Le dije que su artículo previo había sido una sarta de invenciones, y me respondió: «Pero si usted debiera tener listo un artículo en un plazo límite, y no tuviera material suficiente, ¿no se lo inventaría?». Seguro que no me habría creído si yo le hubiese dicho que no. Y esto me lleva directamente al meollo del problema. La gente joven que se ha criado en el ambiente literario de hoy no puede creer cómo eran antes las cosas. Consigues miradas escépticas si dices algo así: «Érase una vez serios editores que intentaban encontrar serios biógrafos para sus serios autores». Ahora todo el mundo da por descontado que lo único importante es publicar tantas biografías como sea posible, no importa que sean de segunda, porque las biografías se venden bien. Los escritores podemos protestar tanto como queramos: pero nuestra vida no nos pertenece.

Si intentas reclamar la posesión de tu propia vida a través de una autobiografía, inmediatamente surge la pregunta: ¿Pero es esto la verdad? Hay aspectos de mi vida que siempre estoy intentando comprender mejor. Uno —por ejemplo—, el de mis relaciones con mi madre, pero lo que me interesa ahora no es el aspecto estrictamente personal. Hasta donde me alcanza el recuerdo, siempre huía nerviosamente de ella, y desde los catorce años me establecí tercamente contra ella en una especie de emigración interior de todo lo que ella representaba. Ciertamente las muchachas deben crecer, pero ¿siempre ha sido tan implacable esta batalla? Ahora la veo como una figura trágica, viviendo su decepcionante vida con valor y con dignidad. Ya la vi trágica entonces, es verdad, pero no fui capaz de ser amable. ¿Quién no ha visto, u oído hablar de alguna persona joven, por regla general una muchacha, que lo hace pasar tan mal a sus padres, a menudo a la madre, que se podría hablar de crueldad? Más tarde dirá: «Siento haber sido tan difícil en mi adolescencia». Un grado bastante extraordinario de malicia y rencor entra en combate. A juzgar por las historias y novelas del pasado, las cosas no siempre fueron así. Por tanto, ¿qué sucedió? ¿Por qué ahora? ¿Por qué se ha convertido en un derecho ser desagradable?

Tengo una amiga que durante la Segunda Guerra Mundial se trasladó a vivir a Nueva York con su hijo de corta edad, al no disponer de ninguna ayuda en Gran Bretaña, su patria. Se ganó la vida precariamente como modelo para artistas y, en ocasiones, diseñando ropa. Vivía en un pueblecito en las afueras de Nueva York. Era pobre, estaba aislada y, al contar veinte años, anhelaba cierta diversión. En una ocasión, sólo una, exactamente una, dejó al hijito con una amiga, pasó la noche en Nueva York y no volvió a casa hasta el amanecer. Muchas veces oí a este muchacho, ya adolescente, acusarla de la forma más amarga: «Me abandonaste noche tras noche para salir a divertirte». Otro muchacho, hijo de padres que no aprobaban las zurras, en una ocasión le dieron un golpecito en los dedos porque se empeñaba en pasarlos a través del papel que tapaba los botes de mermelada. Y aquello se convirtió en: «Solíais pegarme cuando era pequeño». Estos recuerdos nimios son muy ilustrativos.

Durante años yo viví en un estado de constante acusación contra mi madre, en un principio ardiente, más tarde fría y dura; y el dolor, por no hablar de angustia, fue profundo y auténtico. Pero ahora me pregunto, ¿con qué expectativas, qué promesas, comparaba yo lo que en realidad sucedía? Y ésta es la segunda área de mi preocupación, que hay que unir a la primera.

¿Por qué he vivido toda mi vida con gente que se alza automáticamente contra la autoridad, «agitándose contra el gobierno», que da por descontado que toda autoridad es mala, atribuye dudosos o venales motivos al gobierno, al sistema, a la clase dirigente, al ayuntamiento local, al director o la directora de un colegio? Tan enraizada es esta actitud que sólo cuando empiezas a superarla ves lo mucho de tu vida que ha estado determinada por ella. Esta semana me encontraba con un grupo de gente de varias edades y a alguien se le ocurrió mencionar que el gobierno estaba haciendo algo — bastante bueno, pero esto no importa—, e inmediatamente todas las caras adoptaron una mirada de mofa. Automático. Como apretar un botón. Esta mirada es como una burla o un sarcasmo, un Claro, ¿qué otra cosa se podía esperar? Sólo puede provenir de cierta creencia, tan profunda que no se divisa, de que se ha formulado una promesa de cierto tipo y luego se ha traicionado. ¿Quizás fuera la Revolución francesa? ¿O la Revolución norteamericana, que hizo de la búsqueda de felicidad un derecho, con la implicación de que la felicidad es tan fácil de conseguir como los pasteles del mostrador de un supermercado? Millones de personas se comportan actualmente como si se les hubiera hecho la promesa —¿quién? ¿cuándo?— de que la vida será más libre, más honesta, más cómoda, siempre mejor. ¿Acaso la publicidad ha reafirmado tales expectativas en nuestro pensamiento? No obstante, nada en la historia sugiere que debamos esperar sino guerras, tiranos, enfermedad, malos tiempos, calamidades, mientras que los buenos tiempos son siempre efímeros. Por encima de todo, la historia nos dice que nada dura demasiado tiempo. Esperamos oro al pie de arcos iris siempre renovables. Siento que he formado parte de alguna ilusión o desilusión de masas; que he formado parte de creencias y convicciones masivas que ahora parecen tan lunáticas como el hecho de que, durante siglos, expediciones de amantes de Dios atravesaran el Oriente Medio para matar al infiel.

Acabo de leer a un historiador que pretende que la desconfianza, incluso el desprecio, hacia el gobierno y la autoridad se debe precisamente a la Primera Guerra Mundial, debido a la estupidez e incompetencia de sus generales, debido a la carnicería de jóvenes europeos.

Cuando aparecen periodistas o historiadores para preguntar algo del pasado, el momento más duro es cuando veo en sus rostros la mirada que expresa: Pero ¿cómo pudiste creer esto, o hecho aquello? Los hechos son fáciles. Son los ambientes que los hicieron posibles lo que es escurridizo. «Mira, nosotros creímos...» (Pues entonces

¡fuisteis bastante estúpidos!) «No, no lo comprendes, era una época tan febril...» (¡Oh, no! Y ahora te pones a hablar de fiebre.) «Sé que resulta difícil comprenderlo, sin estar inmerso en el aire envenenado de entonces.»

Una pregunta subsidiaria, no sin relevancia general: ¿cómo explicar que durante toda mi vida he sido una niña que dice que el emperador está desnudo, mientras que mi hermano nunca, ni una sola vez, dudó de la autoridad o la criticó?

Cuidado, el talento para ver la desnudez del emperador puede implicar que las otras cualidades de él no se adviertan.

Intento escribir este libro con honradez. Pero si lo escribiera a los ochenta y cinco años, ¿hasta qué punto sería distinto?



Una cosa minúscula entre pesados gigantes, que dan golpes fortuitos, que huelen, que se agachan hacia ti con grandes y feas caras peludas, mostrando grandes dientes sucios. El pie que miras con recelo, mientras intentas no perder de vista todos los otros peligros, es casi tan grande como tú. Las manos que suelen agarrarte pueden estrujarte hasta dejarte casi sin respiración. Las habitaciones por las que corres, los muebles entre los que te mueves, ventanas, puertas, son enormes, nada es de tu tamaño, pero un día serás lo bastante alto para llegar hasta la manija de la puerta o el tirador de un armario. Éstos son los auténticos recuerdos de la infancia, y cualquier otra cosa que te iguale con los adultos es una invención posterior. Un intenso sentido físico, ésta es la verdad de la infancia.

Mi primer recuerdo es anterior a los dos años, y es el de un enorme y peligroso caballo allá arriba, allá arriba, y sobre él mi padre, aún más alto, su cabeza y hombros en algún lugar del firmamento. Allí se sienta con su pata de palo siempre presente, bajo los pantalones, una cosa grande, dura, resbaladiza, oculta. Intento no llorar, mientras me levantan unas manos que me apretujan, y me colocan delante del cuerpo de mi padre, me dicen que debo agarrarme a la parte delantera de la silla, un duro borde prominente que me obliga a estirar los dedos para cogerlo. Estoy dentro del calor de caballo, del olor de caballo, del olor de mi padre, todo ardientes olores acres. Cuando se mueve, el caballo da sacudidas y bandadas, y echo la cabeza y los hombros para atrás, hacia el estómago de mi padre, y allí siento las duras correas de los arcos de la pierna de madera. Mi estómago se tambalea cuando nos alzamos del suelo, que queda ahora tan lejos de mí. Éste es ahora el recuerdo real, violento, oloroso... físico.

«Papá solía llevarte a caballo con él cuando cabalgaba hacia el banco, y Marta esperaba en la verja para devolvarte a casa. Te encantaba.» Y quizás así fuera, quizás sólo fuera la primera cabalgada la que no me gustó, la que ha permanecido en mi memoria. La verja se ve en una fotografía, un bonito arco que he añadido al recuerdo auténtico. De cuando me bajaba y me depositaba en manos de Marta, a quien yo no quería, no queda nada en mi cabeza. Aquellas cabalgadas tenían que ser en Kermanshash y yo contaba dos años y medio cuando nos fuimos de allí.

Empinados y puntiagudos peldaños de piedra, como cantos rodados en la ladera de una montaña; se ven en una fotografía, también, pero el recuerdo es el de un descenso peligroso, amenazado por bordes afilados.

Otro recuerdo, auténtico, no lo que me contaron, o lo que está en el álbum de fotografías. Una balsa para bañarse, llena de gente desnuda y pálida gritando y riendo y salpicándome con duros palmetazos de fría agua. Los cuerpos desnudos corresponden a mi madre, pendenciera y bulliciosa, disfrutando; a mi padre, aguantándose en un borde de la balsa, porque el lastimoso muñón de su pierna con cicatrices de metralla, que agita torpemente bajo el agua, le dificulta nadar; y otras personas, ya que la balsa parece abarrotada de cuerpos. No están desnudos, puesto que llevan los austeros trajes de baño de la época, pero los adultos que siempre van vestidos durante el día y luego visten prendas de manga larga en la cama, cuando van en traje de baño parecen pura carne pálida y desagradable revelación. Protuberantes pechos caídos. Patillas de pelo bajo los brazos, agua entretejiéndose o corriendo como sudor. A veces mocos en una cara que

está sonriendo y gritando de placer. Mocos cayendo sobre el agua en la que han caído ya hojas muertas o podridas, así como los reflejos quebrados de nubes, aquí abajo, no arriba en el cielo. Los niños de corta edad siempre quieren que todo esté en su sitio, el mundo siempre se les resquebraja, en él las cosas se desplazan, engañan, mienten. «Solíamos bañarnos todas las tardes en verano. Y organizábamos reuniones para bañarnos durante el fin de semana. Ah, eran tan divertidas. Siempre te gustó que organizáramos reuniones.» Así hablaba mi madre, añorando los mejores años de su vida, en Persia. «Solíamos cogerte en brazos para meterte en el agua con nosotros, pero berreabas y teníamos que dejarte a un lado. ¡El agua estaba tan fría! Era agua de la montaña. Bajaba de las montañas a través de canales de piedra. ¡Tú siempre gritabas al meterte en el agua! Había lechos de ásteres alrededor de la balsa. Los jardineros persas eran maravillosos, lo cultivaban todo.» Y así tú te imaginas metiéndote en el agua, todo alegría y risas, y cuando te sacan ves los ásteres, con colores de caja de pintura, y oyes cómo te regañan los jardineros persas, que no te dejan coger ásteres, así te lo contó tu madre. Pero el recuerdo real, el auténtico, era el de enormes cuerpos pálidos, como budines de leche, chapoteando en el agua descontrolada que olía a frío, el de los largos y pálidos brazos moviéndose, la dura palmada de agua, que te cortaba el aliento, sobre tu cara. «Vamos, sé buena, las muchachas valientes no lloran por una tontería como ésta.»

Dos recuerdos, inventados, o inducidos, pero seguramente lo bastante ciertos. En la década de 1960, cuando hacíamos experimentos con drogas, probé una que no hay que recomendar en ningún caso. Se comen semillas de dondiego, previamente remojadas en agua caliente hasta conseguir una acida jalea, pero hay que comer muchas, en mi caso sesenta o más. Sentí mareo y, para revelaciones, ya tenía bastante con las de mi mente de novelista. Había estado pensando: ¿por qué había quedado tan poco en mí de aquella inmensa casa de piedra, con sus grandes y altas habitaciones de piedra? Nací allí. Aprendí a caminar allí. Y me imaginaba tendida en una cuna con barrotes, del tamaño de una celda carcelaria, y oyendo grandes pies que repicaban en la piedra. Sabía que los suelos eran de piedra y que había pocas alfombras, que las ventanas eran grandes y se veían montañas, que la casa era fría en invierno. La cuna estaba destinada a ser algo parecido, y una niña pequeña oye cada sonido con orejas nuevas, nada aislado, mientras que los adultos aíslan el sonido.

El otro recuerdo motivado resultó útil y lo ha sido desde entonces. Tomé mezcalina... sólo en una ocasión. Dos amigos controlaron la dosis y luego me acompañaron. Les preocupaba que fuera a saltar por una ventana o algo semejante, puesto que un conocido suyo había hecho algo de este tipo con anterioridad. Lo que aprendí entonces fue lo muy fuerte que es en mí la personalidad que yo llamo la Anfitriona, puesto que, a pesar de estar contándoles lo que estaba experimentando en una charla cada vez más loca pero controlada, seguía resguardando lo que pasaba dentro de mí. Esta personalidad de Anfitriona, brillante, servicial, atenta, receptiva a lo que se espera de mí, es en verdad muy fuerte. Es una protección, un escudo, para el yo particular. Cuan útil ha sido, y lo es ahora, cuando me entrevistan, me fotografían, cuando me convierten en una persona pública para uso público. Pero detrás de toda esta amabilidad había alguien distinto, la observadora, y es a ella a quien acudo, en la que me refugio, cuando pienso que mi vida será propiedad pública y no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Nunca tendrás entrada aquí, no puedes, propiedad privada, definitiva e inviolablemente. Lo llaman soledad, es un lugar que no se puede compartir con nadie, nunca, pero que es lo único a lo que podemos recurrir. A mí, a mi Yo, a esta sensación de mí. A la observadora nunca nadie la puede tocar, probar, sentir, ver.

Aquel día, charlando, contándoles lo que estaba experimentando, yo no hacía sino proteger lo que verdaderamente estaba consiguiendo experimentar. Estaba naciendo. En

los años sesenta este tipo de experiencia «religiosa» era corriente. Me concedía a mí misma «un buen nacimiento», en la jerga de la época. El nacimiento real no sólo fue malo, sino que empeoraba a través de cómo me lo contaban, por lo que la cuentista se inventaba un nacimiento que tenía lugar mientras salía el sol y la luz y el calor entraban rápidamente en la enorme habitación alumbrada por una lámpara. ¿Por qué no? Nací a primera hora de la mañana. Luego me inventé los gritos de alegría con que festejaban que yo fuera una niña, puesto que en realidad mi madre había estado convencida de que yo sería un niño y tenía preparado un nombre de niño. En este «juego», mi nombre de niña había sido planeado durante meses, en vez de serme puesto por el médico. Mi padre... ¿dónde se encontraba él, en realidad? Estaba enfermo debido a su imaginaria participación en el nacimiento y se había ido a dormir después de que le informaran que yo había nacido sin ningún problema.

Probablemente este «buen» nacimiento resultó terapéutico, pero además fue la revelación de distintas personalidades en juego dentro de mí, que valoré y valoro ahora. Una tenía que ser auténtica y no inventada, porque fue inesperada. Ante mis ojos, a través de toda aquella experiencia, fue proyectándose durante horas una película de ropas bonitas y elegantes, ropa de moda, como si dieran rienda suelta a un diseñador de moda dentro de mí. No las llevaba yo, sino modelos: yo nunca he llevado este tipo de atuendo. La otra persona, o personalidad, era una niña gimiendo. Yo lloraba, y lloraba, lo que preocupaba mucho a mis compañeros, pero yo sabía que mi llanto no tenía importancia. Yo no lloro lo suficiente; siempre ha sido así, y llorar sin freno fue un regalo y una bendición. Fácilmente podría haber acunado y consolado a aquella pobre niña, si no me hubiera fascinado tanto la imagen paralela de tanta ropa maravillosa, así como la cháchara animada y protectora de la Anfitriona.

Aquella niña gimiendo... de repente se convierte en una auténtica enemiga. Se metamorfosea en un millar de impostoras que sienten lástima de sí mismas, asiéndose y chupando, y cuando corto un largo tentáculo que se agarra a mí, inmediatamente aparece otra, exactamente donde yo no la espero.

Una exacerbación de los sentidos acompaña el consumo de drogas, que recuerda la experiencia que los niños tienen de gustos, texturas, olores. Cuando desaparecieron los efectos de la droga, me llevaron a comer y recordé el gusto que tenía la comida en la infancia. La tortilla estallaba en mi lengua en un centenar de matices de mantequilla y huevo y hierba. A mitad de mi vida —estaba en los cuarenta— había perdido ya mucha de mi capacidad gustativa. Todos tememos la vejez porque vamos a perder placeres, nos vamos a quedar *sans taste*. Pero en realidad los vamos perdiendo lentamente y sin advertirlo a lo largo de nuestra vida. La misma tortilla tiene un sabor distinto para el niño que para el adulto. En la infancia el calor ahoga y quema, agujonea la piel, hace que las pequeñas extremidades serpenteen y se encojan. El frío ataca como agua que se hiela. Los olores abren la nariz de gusto, la contraen de disgusto. Ruidos, sonidos, llenan el oído interno, vociferando, insistiendo, amenazando: escúchame. Niños y adultos no viven en el mismo mundo sensorial.

En realidad no recuerdo, sólo me lo contaron, que el clima de Kermanshah era extremo. Hacía mucho calor. Hacía mucho frío. Casi siempre era seco. «El aire era tan seco que los criados sacaban los desperdicios al terreno de detrás de la casa y a la hora del almuerzo, ya se habían convertido en polvo.» «En Kermanshah la colada se colgaba a primeras horas de la mañana y estaba seca como un bacalao hacia las diez.»

Había tres adultos en aquella casa, sin contar a los criados persas. Uno era un amigo, un norteamericano, que trabajaba en el negocio del petróleo. Durante años me pregunté por qué la voz norteamericana masculina seducía y camelaba, tranquilizaba, prometía más de lo que ninguna mujer razonable pudiera llegar a creer. Por fin hallé la respuesta,

tan obvia, y con qué renuencia tuve que aceptar —una vez más— que nuestras vidas están regidas por voces, caricias, amenazas que no podemos recordar.

Un cuarto recuerdo totalmente auténtico es el del trayecto de Kermanshah a Teherán, en coche. Por aquel entonces no había demasiados automóviles en Persia. Conducíamos a través de las montañas por caminos hechos para caravanas, caballos, mulas, asnos. Era un coche descubierto. Agarrada a la capota de lona, me asomé, mirando hacia abajo, hacia precipicios sobre valles rocosos y, en particular, hacia un abismo rocoso con un pueblo como de juguete posado junto a él. Reconocería aquel valle ahora, porque el terror quedó impreso en mí para siempre. El coche se movía con dificultad por el largo borde de un camino que serpenteaba, con las ruedas al filo de un vacío. Seguidamente una curva rocosa bloqueó el coche. Los mayores salieron con dificultad porque mi madre estaba muy embarazada y mi padre tenía que maniobrar su pesada pata de palo. Me pasaron en brazos sobre la capota de lona a la parte trasera del coche, y me quedé protegida por las piernas de mi padre, uno de mis brazos alrededor de una auténtica y cálida pierna humana, el otro en torno de una pierna muerta de madera dura, y miraba a través de las piernas. Mientras tanto el conductor (¿quién?) hizo avanzar el coche, con una rueda en el borde del precipicio, por el que iban cayendo piedras. Parecía que el coche iba a lanzarse a surcar el cielo... El terror de mirar el coche y preguntarse si caería, rodaría, montaña abajo. Exactamente por encima de nosotros se balanceaba un águila lo bastante grande como para llevarse a un niño, mirando abajo, hacia mí. «Papá, papá, mira aquel pájaro grande», pero el pájaro no se me llevó por los aires ni el coche se cayó por el borde, puesto que lo siguiente fue que nos encontramos en el eduardiano pabellón infantil de Teherán, donde muy pronto nacería mi hermano.

Mi madre tenía la intención de utilizar las amorosas coacciones de Montessori para nuestra crianza, pero mientras tanto eran las duras disciplinas de un tal doctor Truby King las que gobernaban los jardines de infancia en Kermanshah y en Teherán. Era un neozelandés, cuya obra era ley para innumerables padres y cuya influencia aún se puede oír en las voces de enfermeras y niñeras entradas en años. «Deben aplicar disciplina... esto es lo importante.» Truby King era la continuación de la fría y dura disciplina de la infancia de mi madre y de la infancia de mi padre. Estoy segura de que mi madre nunca cayó en la cuenta de ello: sólo estaba haciendo lo que hacían los buenos padres. La mera lectura de aquella guía de excelencia familiar ya resulta dolorosa.

Los biberones, por ejemplo. Había que dar el biberón a la criatura cada dos horas y, luego, cada tres, día y noche, de modo que como consumación y coronación de esta nutrición de relojería se consiguiera una media de cuatro o seis biberones al día, con intervalos de cuatro o tres horas, en los que se debía dejar que el bebé aullara y berrear, porque de no ser así el bebé llevaría la voz cantante, el bebé tendría la sartén por el mango, el carácter del bebé se arruinaría para siempre, el bebé se convertiría en una criatura consentida, débil, egoísta y, por encima de todo, el bebé «pasaría por encima» de la madre. Entre biberón y biberón no había que coger nunca al bebé. El bebé debía aprender desde el principio qué es cada cosa y quién es el que manda, y esta esencial instrucción tenía que impartirse mientras la criatura estaba tendida sola en una cuna, en su propia habitación, nunca en el dormitorio de los padres. Él, ella, debían aprender cuál era su puesto, comprender su posición en el universo... solos.

En mi caso, como me contaba animadamente mi madre, una y otra vez, me mataron de hambre durante los primeros diez meses de vida, porque ella no podía darme el pecho, demasiado agotada después de la guerra, por lo que me alimentó con leche de vaca, diluida según las normas inglesas, y la leche de vaca en Persia sólo era la mitad de buena que la leche de vaca en Inglaterra: «No hacías más que berrear y berrear día y noche».

Bien, quizás, pero en las fotografías no parezco ser un mero saco de huesos. Me veo bastante rolliza y alegre. ¿Por qué mi madre necesitaba contarle a su hijita, tan a menudo, y con tal disfrute, que su madre la había matado de hambre a lo largo de toda su primera infancia? Creo que su sentido de lo dramático pudo haber contribuido. Solía enloquecerme de irritación —y también a mi padre— el que todo, siempre, se presentara como un drama. A mí no me importaba que lo teatralizara todo, pero ella no parecía consciente de ello. Desde su punto de vista: para haber sido un bebé que no dejó de pasar hambre, no parecía haberme ido tan mal.

Otra clave en la formación del carácter: las enseñanzas sanitarias. Lo crean o no, se recomendaba que la criatura usara el orinal desde el nacimiento, a horas regulares todos los días. «¡Ya no te ensuciabas cuando contabas un mes!» ¿Me lo creo? Desde luego que no, pero el triunfo que se percibía en su voz hablaba de victorias que no sólo se relacionaban con los intestinos de una criatura. La limpieza es vecina de la piedad. (En el Corán se dice también algo parecido.) Un bebé no tiene control sobre sus funciones. Pero si se sostiene al bebé, con palabras estimulantes, haciendo que note el frío borde del orinal, y se deja caer agua de un jarro desde una altura suficiente para producir un sonido tintineante en un barreño, mientras suavemente se le frota el estómago, es inevitable que la criatura cumpla. Imagínenselo por un momento: de un extremo del Imperio Británico al otro, dondequiera que en el mapa mundial figurara el color rosa, las matronas británicas o sus enfermeras «sostenían sobre el orinal» a sus minúsculas criaturas.

Quizá supongan ustedes que todo esto hizo de mí una persona obsesionada con la limpieza, el orden, la necesidad de orden. No. Soy desordenada, tolero el desorden, pero soy obsesiva en pequeños aspectos útiles, como el de escribir un diario.

El recuerdo más vivo no fue el nacimiento real de mi hermano, sino el momento en que me lo hicieron ver por vez primera. Yo contaba dos años y medio. La enorme habitación, alumbrada con una lámpara, el techo sombreado y, muy arriba, la enorme cama, a nivel de mi cabeza, en la que estaba acostado mi padre, puesto que volvía a estar enfermo: seguro que aquellos días se contarían muchos chistes sobre *couvade* (*la costumbre de algunos pueblos primitivos según la cual el padre, al nacer el hijo, se mete en cama como si hubiera padecido los rigores del parto*). Se suponía que las mujeres debían permanecer en cama por lo menos un mes después del parto, preferentemente seis semanas, siempre con rígidas fajas de la cintura a la rodilla... Era difícil imaginar a mi enérgica madre sometiéndose a esto, y ahí estaba, de pie junto a una enorme cuna adornada con exuberantes volantes de muselina blanca a topos. La cuna quedaba muy por encima de mi cabeza y ella se agachaba al pasar y decía persuasivamente: «Es nuestro bebé, Doris, y tienes que quererlo». Desde las profundidades de los volantes blancos levantaba aquel bulto y me lo acercaba mucho por si era lo suficientemente estúpida como para creerme que era yo quien lo sostenía. No recuerdo al bebé. Una llama de rabia y resentimiento me consumía. No era mi bebé. Era el bebé de ellos. Pero aún puedo oír aquella persuasiva voz que me mentía, repetidamente, y que no cesaría hasta que yo cediera. El poder de aquella llama rebelde, tan viva incluso ahora, me dice que no era en absoluto la primera vez que me decían, mintiendo, lo que yo debía sentir. Porque no era mi bebé. Obviamente no lo era. Es probable que Truby King o incluso Montessori hubieran prescrito que al niño mayor desposeído se le debe engañar para que quiera a su hermano, burlando así a los celos. Odiaba a mi madre por ello. La odiaba totalmente. Pero estaba indefensa. Al bebé, llegué a quererlo. Quise a aquel bebé y luego al niño, y más tarde al muchachito, con un cariño protector y apasionado. No se trata tan sólo de un recuerdo auténtico, cada detalle presente hasta hoy, sino también de deducción. A través de este acontecimiento y otros

del mismo tipo, se determinó para siempre mi vida sentimental.

Lo que necesitas es amor. Amor es lo que necesitas. Hay que guiar a un hijo con amor, como tan a menudo decía mi madre mientras nos explicaba sus métodos. De niña ella no había recibido amor y quería asegurarse de que a nosotros no nos faltara. El problema es que «amor» es una palabra que hay que llenar con cierta experiencia de amor. Y lo que yo recuerdo son duras manos apretadas, brazos impacientes y su voz diciéndome una y otra vez que ella no había querido una niña, quería un niño. Supe desde el principio que sentía devoción por mi hermanito, y que a mí no me quería.

La verdad es que mi primera infancia me convirtió en una persona herida durante años. Una observación dramática, y bastante desagradable, sin duda, pero utilizada con intención de exactitud, pese al riesgo de convertirme en víctima fácil de aquellos que hoy en día están obsesionados por reconocer evidencias de «malos tratos» por todas partes. Por regla general se refieren a malos tratos sexuales. Si dices «no fui maltratada», inmediatamente adoptan la sonrisa de suficiencia tan utilizada por cierto tipo de analista. Pero estas modas histéricas pasan, mueren, se convierten en otra cosa, con suerte quizás en el análisis, no de la manipulación sexual o del abuso de niños (que a mi juicio no son tan corrientes como a cierta gente le gusta creer), sino de las heridas sentimentales que son corrientes, son la condición humana, parte de la infancia de cualquiera. Creo que hay ciertas presiones psicológicas, e incluso algunas bienintencionadas, que son tan perjudiciales como las heridas físicas. Aunque esto sea así, toda mi vida he comprendido y me he sentido cómoda y en ocasiones he vivido con gente que había pasado una infancia difícil (he estado a punto de escribir «la típica infancia difícil»). Los adoptaron y luego los abandonaron, pasaron tiempo en custodia o en orfanatos, fueron bazas de negociación en salvajes juegos de poder entre los padres, los mandaron demasiado jóvenes a crueles y fríos colegios... Ahora estamos llegando a algo, pero se trata de una herida tardía, no de la herida original. Toda esta gente había conseguido salir adelante después de escaparse aterrados del hogar, o después de una crisis. Durante años mis amigos fueron casi todos gente que se había creado sus propias familias. Entonces no era tan corriente, pero ahora lo es. El mundo está tan lleno de guerras, guerras civiles, hambre, epidemias, que se crían desamparados y extraviados, según parece, a millones. Se crean una familia por sí mismos. En cada una de ellas hay un lugar, grande o pequeño, que es una tierra baldía sentimental.

No obstante mi madre era concienzuda, trabajaba duro, siempre hacía lo que ella consideraba mejor. Era una buena persona, de buen trato. Nunca pegó o abofeteó a un niño. Hablaba a menudo de amor. La ternura que nunca le habían enseñado salió a la superficie en forma de preocupación constante y absorbente, y —en el caso de mi hermano— convirtiéndolo en un ser «delicado» para así poder cuidarle; en mi caso, haciendo que cayera de verdad enferma durante un tiempo.

Mi padre era afectuoso pero no era tierno. Ninguno de los dos gustaban de exhibir emociones. Si la hija de mi madre hubiera sido como ella, de la misma sustancia, todo habría ido bien. Pero fue una desgracia para ella tener una hija hipersensitiva, que no dejaba de observar y juzgar, batalladora, impresionable, ávida de cariño. No sensible, sino excesivamente sensible.

El cuarto de los niños de Teherán era inglés, de la época eduardiana, y podía haberse encontrado en Londres. Una habitación inmensa, cuadrada, alta, llena de muebles pesados, como un trastero. En la pared arde una intensa y exuberante chimenea, mantenida a salvo de la habitación y de la curiosidad de los niños por una pantalla de latón como una verja. En las barandillas de latón están dobladas ropas y pañales, aireándose. Sobre un pedestal de madera plegable hay colchas y cubrecamas y montones de ropa, baberos y más baberos, pañales, camisetas, vendas, jerseys de lana,

albornoces, vestidos, calcetines, gorras, chaquetas, chales. Todo este lado de la habitación queda oculto por la pared que forman estas prendas, y tras ellas, en la pared propiamente, hay armarios llenos de montones de chaquetas y vestidos y enaguas de lana y de linón, de gasa y de seda, de algodón y de franela. A centenares, docenas de todo. Se necesita este guardarropa para dos niños de corta edad, sentados allá abajo, en orinales entre vastos sillones y una silla alta como un patíbulo. El aire en aquella habitación es todo olores. La sequedad de la ropa recién planchada, vaselina, el ungüento Elliman, aceite de hígado de bacalao, aceite de almendras, aceite alcanforado, el jabón Pears, el sabor fuerte que ensancha las ventanas de la nariz del jarro y el cuenco de cobre en el lavabo, el olor mal ventilado de las llamas, parafina del hornillo que calienta botellas y leche, el olor de dos orinales que sólo están parcialmente tapados por dos pequeños traseros. Pesadas cortinas que almacenan polvo, detrás de ellas otras cortinas de muselina con su olor a jabón, y los olores de madera de la cera para los muebles. Las cortinas tienen Bopeeps y corderos azules y rosados, pero por lo demás todo, absolutamente todo, es blanco. Una asfixia de blancura olorosa.

Primero la niñita y luego el bebé, que siempre la imitaba, levantan el trasero del orinal y las mujeres de la habitación profieren exclamaciones y corean: Harry es un buen baba (*En la India, «bebé»*), Doris es una buena baba.

Tan gratificante era aquella constante aprobación diurna y nocturna, que Doris llegó en una ocasión a una cena de gala en la Embajada aguantando un orinal y anunciando: «Doddis es una buena baba». No habría prestado demasiada atención a este recuerdo si, décadas más tarde, esta misma Doris, después de acabar una novela que iba a llegar al día siguiente a manos del editor, no hubiera soñado con que entraba en la oficina del editor —Jonathan Cape, como era el caso— sosteniendo un orinal con un manuscrito dentro. Doris había sido una buena niñita. Resplandecía de logros, de haberse demostrado a sí misma que era digna de tierno afecto.

Ofrezco esto como mi contribución a la comprensión de las relaciones entre editores y autores, que distan mucho de ser sencillas. (Para los que no estén en el ajo, valga insistir en que este sueño, así lo dicen los expertos, es el mejor de los augurios.)

Había dos mujeres en el cuarto de los niños. Mi madre era enorme, sólida, una vibrante columna de eficiencia e inexorable energía, y parte de mi atención siempre se dirigía hacia ella, puesto que temía que me echara al suelo, me pisara. Era más alta y grande que la otra mujer, a quien un adulto consideraría menuda. Se trataba de Marta, una malhumorada vieja siria, la nodriza. Sólo hablaba francés. A mi madre esto le gustaba, decidida a conseguir una buena educación para sus hijos. ¿Explica esto quizás mi buena disposición para el francés, aunque nunca haya hecho nada más que leer, y utilizarlo en situaciones como las de restaurante, taxi, hace buen día, dónde vive? Supongo que así es, porque cualquier otra lengua que intente aprender, no importa el esfuerzo que le dedique, queda atrapada tras la barrera del francés. La primera palabra que asoma es francesa, y la tengo que echar de golpe de mi cabeza. A menudo palabras infantiles, charla de cuarto de los niños.

De la misma manera que ahora me pregunto por Emily Flower, quien ni siquiera mereció una fotografía, y por Caroline May Batley, cuyo hijo sentía aversión hacia ella y cuyo marido volvió a casarse el año en que ella murió, me gustaría saber más de Marta, forzada a ser niñera en una familia inglesa. La «Vieja Marta». Pero no se la ve tan vieja en las fotografías. ¿Qué guerra, calamidad, hambre, desgracia personal la forzaron a trabajar en el estricto parvulario inglés, donde sus sufrimientos y soledad irritaban su lengua y hacían sus manos duras y desagradables? Por lo menos, conmigo. «Bebé es mi niño, madame. Doris no es mi niña. Doris es su niña. Pero Bebé es mío.» Así decía. A menudo. Y muy a menudo mi madre me lo recordó, durante toda mi

infancia, con el gusto que siempre acompañaba semejante información. Ahora considero este deleite suyo en dar autenticidad a mis insuficiencias no sólo una muestra de insensibilidad, que lo era, sino también una manifestación más de la natural teatralidad de mi madre. Podía haber sido una actriz, pero estoy segura de que no se le ocurrió. Si ya era vergonzoso para una chica decente ser enfermera, ¿no era peor aún dedicarse a la escena? John William se hubiera muerto ante semejante desgracia. No obstante, era algo innato en ella. Años más tarde del parvulario de Teherán, podía imitar aún a Marta, y dar vida de nuevo a aquella anciana irritable y gruñona. «Muchas veces tuve que impedir que te abofeteara y pellizcara. Nunca abofeteó a Bebé. Le quería demasiado para hacerlo. «"Mechante, tu es mechante!"», me soltaba ella, con la voz de Marta. Y supe cuánto había sufrido a causa de su padre, porque pasaba a ser el frío hombre enfadado, con la boca llena de tópicos santurriones, y a la vez la asustada niñita que, rígida frente a él, miraba con valentía la cara de la Autoridad.

No lloraba cuando su padre se mostraba severo: le plantó cara a base de ser todo lo que él quería que ella fuese, y más. Yo por otra parte luché contra Marta por mis derechos en el cuarto de los niños; los hijos no queridos no son «agradables» ni «gentile». ¿Quién quería a la niña? Su padre. El olor de masculinidad, tabaco, sudor, el olor del padre, la envolvía en seguridad.

Cuando escribí *Memorias de una superviviente* (Memoirs of a Survivor), la subtité «Una tentativa de autobiografía», pero no le interesó a nadie. Los editores extranjeros se limitaron a dejarla fuera de la página de créditos, y a nadie se le ocurrió reeditarla en inglés. Parecía desconcertar a la gente. No la comprendían, decían. Desde hace miles y miles de años, nosotros —la humanidad— hemos estado contándonos cuentos e historias, y siempre en forma de analogías y metáforas, parábolas y alegorías; eran esquivas y equívocas; sugerían y aludían, evocaban un simbolismo oscuro en un cristal. Pero después de tres siglos de novela realista, en mucha gente esta parte del cerebro ha quedado atrofiada.

A mí nada me parece más sencillo que la trama de esta novela. Una persona madura —el sexo no importa— observa crecer a un yo joven. Un general empeoramiento de la situación está produciéndose como ha sucedido en mi época. Olas de violencia —representadas por pandillas de gente joven y anárquica— arrasan, pasan y se desvanecen. Son las guerras y movimientos como los de Hitler, Mussolini, el comunismo, la supremacía blanca, sistemas de ideas brutales que durante un tiempo parecen inexpugnables y luego se derrumban. Mientras, tras un muro, pasan otras cosas. El muro que cae es un antiguo símbolo, quizás el más antiguo. Cuando te inventas una historia y precisas de un símbolo o analogía, siempre es mejor escoger el más antiguo y el más familiar. Esto se debe a que ya está allí, en la mente humana, es un arquetipo, que nos lleva con facilidad desde el mundo cotidiano al otro mundo. Tras mi muro se representan dos tipos de recuerdo, como sueños por entregas. Por un lado, digamos, los típicos y habituales sueños, compartidos por muchos, como el de la casa que uno conoce bien, pero en la que de repente encuentra habitaciones vacías, con los suelos desnudos, o incluso otras casas que no sabía que estaban allí; o el sueño de jardines que dan a otros jardines, o el de paseos por paisajes que uno nunca ha visto en realidad. El otro tipo era el de los recuerdos personales, los sueños personales. Durante años me he preguntado si podría escribir un libro, una historia personal, pero contada a través de sueños, puesto que recuerdo muy bien los sueños, y a veces tomo nota de ellos. Graham Greene intentó algo de este tipo. Esta idea de una autobiografía de sueños pasó a ser el mundo detrás del muro en *Memorias de una superviviente*. Utilicé el cuarto de los niños de Teherán y los personajes de mis padres, ambos exagerados y agrandados, porque es lo apropiado en el mundo de los sueños. Utilicé aquella característica de mi madre que ella misma



describía con la frase: «He sacrificado mi vida por mis hijos». A las mujeres de aquellos tiempos no les importaba decirlo: ahora la mayoría son demasiado sofisticadas. Ella era la mujer frustrada y quejumbrosa que primero conocí en calidad de madre, pero que ha aparecido a menudo en mi vida, a veces como amiga. Habla constantemente de la carga que le suponen sus hijos, cómo la agotan, cuán poco realizada y apreciada se siente, cómo nadie excepto una madre sabe lo mucho que hay que dar de sí misma a unos hijos ingratos que le absorben sus maravillosas cualidades y fuerzas como esponjas ávidas.

Lo interesante es que este tipo de charla tiene lugar delante de los hijos, como si no estuvieran presentes, y no pudieran oír cómo ella proclama la carga que suponen los hijos, qué decepción, cómo le chupan la vida. No hay necesidad de buscar recuerdos de «malos tratos», crueldad y cosas así. Recuerdo muy bien —aunque no sé qué edad tenía — que me apoyaba en la rodilla de mi padre, la auténtica, no la rodilla de metal y madera, mientras mi madre, ante una visita, charlaba sin cesar con su voz social sobre sus hijos, sobre cómo la debilitaban y agotaban, cómo se marchitaban todas sus cualidades por no usarlas, cómo la niña en particular (¡era tan difícil, tan traviesa!) hacía que su vida fuera pura infelicidad. Y yo era una fría llama de odio hacia ella, podía haberla matado allí mismo. Después me invadían el abatimiento, la amargura. ¿Cómo podía hablar de mí como si yo no estuviera allí? ¿Y de mi hermanito, a quien yo adoraba, como si fuese una carga? Hipocresía... porque ella lo adoraba, y así lo decía. ¿Cómo podía disminuirme y degradarme y traicionarme de esta manera? Y ante una visita... Yo sabía que a mi padre no le gustaba que hiciera esto: podía percibir lo que él sentía y que pasaba hasta mí a través de él. Sufría, debido a aquel gran pedazo de sólida, pesada insensibilidad que era su esposa, quien parecía no saber lo que estaba haciendo.

Y, no obstante, ¿qué estaba haciendo ella? No más que lo que hacían otras mujeres. Lo que las mujeres a menudo hacen. Por todas partes se las puede oír expresarse así en trenes y en autobuses, en las calles, en tiendas, tirando de sus hijos por la mano o empujándolos toscamente en sus cochecitos; se quejan y regañan, mientras les dicen a sus hijos, supuestamente sordos, que van a acabar con ella, que no los quiere y —¿qué otra cosa puede significar cuando ella habla así?— qué gran error cometió al tenerlos.

No creo que ni siquiera los hijos fuertes e insensibles consigan no verse afectados por este ataque a su existencia misma.

Pero yo nací con una piel demasiado sensible. O aquellas fuertes y eficientes manos me la restregaron hasta hacerla saltar.

Y mi padre, ¿siempre sufría y se acobardaba por la insensibilidad de su esposa? ¿Acaso la eficiente Caroline May también restregó su piel? ¿Y qué decir de todos aquellos inteligentes semipoetas de su familia? ¿O acaso exista algo semejante a un gen que explica esta condición, haber nacido con la piel demasiado sensible?

Lo único que sé es que recuerdo, de forma penetrante, clara e inmediata, que no inventé ni ideé cómo mi padre se comportaba, cómo contemplaba, deleitándose, los acontecimientos y a la gente con una lenta e irónica sonrisa. (Esta misma sonrisa es el equivalente de la contemplación del mundo del novelista.) Y cuando la airada y vieja nodriza Marta y la inmensa mujer atareada que era mi madre hacían que yo quisiera alejarme a gatas para esconderme, o conseguían que las odiara tanto que las hubiera matado de haber podido, era en mi padre en quien me refugiaba.

Y no obstante...

En aquella casa de Teherán —no en el cuarto de niños abarrotado, sino en el salón, igualmente abarrotado y lleno de muebles pero por lo menos no blanco, blanco, mortalmente blanco— todas las noches se celebraba un ritual. A nosotros, a los niños, la nodriza nos hacía bajar para jugar un rato antes de ir a la cama. Entablábamos batallas de almohadones, nos atrapaban, nos daban alcance, nos lanzaban al aire... y nos hacían

cosquillas. Esto se sigue haciendo aún en muchas familias de clase media, porque se considera saludable, bueno para la formación del carácter. Puedo ver ahora la cara encendida, excitada de mi madre, cuando su almohadón golpeaba el mío, o el de mi hermanito. Oigo los gritos de excitación míos y de mi hermano y de mi madre mientras que el aire se llenaba de plumas y me empezaba a doler la cabeza. Y luego el momento en que papá atrapa a su hijita y fuerza la cara de ella hasta sus rodillas o entrepierna, dentro del olor sin lavado (nunca sintió demasiada afición por la limpieza, y en aquella época —no lo olvidemos—, antes de la facilidad del lavado en seco, la ropa de la gente olía, olía terriblemente). En este punto me duele mucho la cabeza, la jaqueca martilleante propia de la sobreexcitación. Sus grandes manos recorren mis costillas. Mis gritos, desamparados, histéricos, desesperados. Seguidamente lágrimas. Pero nos han enseñado cómo ser buenas personas. Porque para ser una buena persona era necesaria la vida de clase media. Aceptar el «enfurecimiento» y que te hirieran, que te ganaran en los juegos, que te hicieran «cosquillas» hasta que lloraras, era una preparación necesaria.

No tiene por qué ser así: todos hemos visto cómo se puede perseguir con humor a un niño y hacerle cosquillas en forma de verdadero juego, sin convertirlo en un ejercicio de solapada intimidación. Pero hasta los siete u ocho años yo no dejé de tener pesadillas en que aquellas grandes manos torturaban mis costillas. Aquellas pesadillas aparecen con tanta claridad en mi pensamiento ahora como aparecieron entonces, aunque la emoción hace tiempo que se ha evaporado. Ya de muy niña me convertí en una experta en pesadillas y cómo burlarlas, y aquella pesadilla de sentirme desamparada y «cosquilleada» era la peor.

No obstante mi padre era mi aliado, mi apoyo, mi consuelo. Me pregunto a cuántas mujeres que se someten al sufrimiento físico a manos de sus hombres les enseñaron de pequeñas «juegos» y «cosquillas». No, yo no soy una de ellas. Nunca en mi vida ningún hombre me ha pegado, abofeteado o maltratado de alguna manera física, y lo digo porque hoy en día resulta bastante difícil encontrar un periódico popular en que no se hable de mujeres físicamente amenazadas por hombres. Hay peores formas de intimidación.

Lo que sigue es un recuerdo deducido. En la gran sala donde tenían lugar aquellos rituales había pesadas cortinas de terciopelo rojo. Que eran pesadas lo sé debido al recuerdo del terciopelo pasando por mi piel y mis extremidades mientras yo me colgaba de sus pliegues, que llenaban mis pequeños brazos. Que eran rojas me lo parece porque, cuando me encontraba en pleno aprendizaje a mis veinte años, aparecieron varias historias a lo Poe en las que cortinas rojas de terciopelo encubrían una amenaza. En un relato muy trabajado había un hombre en una silla de ruedas que hacía retroceder y retroceder a una niña hasta una pared de terciopelo rojo, y cuando ella retrocedía un paso más y atravesaba las cortinas, al otro lado no había pared, sólo un espacio vacío. Hay un sinfín de «juegos» de infancia que pueden explicar esta historia. La narración se titulaba «Miedo y terciopelo rojo».

He escrito sobre la táctil y sensual experiencia subjetiva de una niña, olorosa, ruidosa, sobre el ruido del estómago de una madre mientras te lee un libro, el tabaco que bulle en la pipa de papá, el pulso de sangre en tus orejas: todo el estrépito y la pestilencia y el ahogo de vida que una niña pronto aprende a acallar, si no quiere que la supere. Pero a todo aquello —y a la lucha por la supervivencia— había que añadir lo que mi madre proveía de forma lúcida y competente, por algo era la hija de John William, quien le había enseñado lo que un buen padre debe procurarle a un hijo. Porque si mi madre era una chica absolutamente disciplinada, siempre temerosa de desafiar a su padre —hasta que lo hizo, cuando se dedicó a ser enfermera—, era normal

que se contara con ella para la Mafeking Night y la celebración del final de la Guerra Boer, y para todas las Exposiciones, y para engalanar los caminos cuando reyes y reinas extranjeros llegaban en visitas de estado, y para viajar en los recientes trenes. La enseñaron a admirar a Darwin y Brunel y a estar orgullosa del papel de Gran Bretaña como estandarte de progreso. La enseñaron a visitar museos y a utilizar bibliotecas.

Y en Teherán, ella se aseguró, en efecto, de que sus hijos aprendieran lo que debían. Me levantaban muy arriba de aquellas mismas cortinas de terciopelo para ver el cielo de noche. «Luna, luna», balbuceaba yo graciosamente, y al contármelo, mi madre se transformaba en una atractiva muchachita. «Estrellaz, estrellaz», decía que yo decía. Cuando mi padre, sin ningún talento histriónico, intentaba decir «luna» como un niño, con una «u» francesa —¿acaso no era también lune?— no lo conseguía. Cuando nevaba —y en Teherán nevaba fuertemente, de modo que yo podía ver siempre que quisiera las sábanas de centelleante blanco sobre arbustos y paredes—, mi madre hacía figuras de nieve, con ojos de carbón y narices de zanahoria, y gatos de nieve con grises ojos de piedra. Se le daban muy bien, y nos enseñaba a decir nariz, y ojos, y patas y patillas en francés. Nos llevaba a suaves montículos de nieve, que a mí me parecían las estribaciones del Everest, y, aferrados a unas bandejas, nos empujaba hacia abajo, mientras nos explicaba que la nieve es agua, que también puede ser hielo y lluvia y granizo. Durante las vacaciones nos llevaban a las montañas, a Gulahek, cuyo nombre significa «lugar de rosas», y allí en mi pensamiento hay rosas, rojas y blancas, rosadas y amarillas, oliendo a placer. Y nos llevaban a meriendas campestres y a los bailes de disfraces de la Embajada. Todos estos acontecimientos se nos presentaban como nuestro patrimonio, lo que nos correspondía, y, también, como nuestra responsabilidad. Esto era nieve, aquello eran estrellas, y aquí en la cara rocosa cerca del camino fue donde Khosrhu a caballo había sido esculpido miles de años antes... y los miles de años, al mencionarlos ella, se convertían en un ayer, que pasaba a formar parte de nuestra herencia. Cuando íbamos a fiestas a la Embajada, su voz nos decía que aquél era el lugar al que pertenecíamos, aquélla era gente amable, y nosotros también éramos gente amable. Pero a mi padre no le gustaba Mrs Nelligan, la decana de las damas de la comunidad británica. Si la voz de mi madre era una orquesta de tonos que nos decía lo que debíamos admirar, lo mismo pasaba con la de mi padre, pero en contradicción con la de ella, puesto que a él nunca le gustó la gente por su grado de «amabilidad», y aunque yo entonces no lo comprendía, sabía muy bien que él la criticaba por gustarle las personas debido a su posición en sociedad, no porque fueran simpáticos. Escribir ahora sobre todo esto, el terrible esnobismo de la época, es dar pie a que alguien diga: «Bien, ¿qué pasa? Eso fue entonces, era aquella época...». Pero lo que ha cambiado es el vocabulario del esnobismo, no su estructura, y operan los mismos mecanismos ahora, aunque la gente se ríe (estúpidamente, pienso yo) de los días del ayer.

Lo cierto es que mi madre nos hizo mucho bien, a mi hermano y a mí, en aquel país donde disfrutó de los mejores años de su vida, porque aunque una parte de su personalidad, la que la habría convertido en una brillante y eficiente jefa de enfermeras de un gran hospital, podría sentirse frustrada, nunca hubo una mujer que disfrutara más que ella de fiestas y diversiones, que disfrutara más de su popularidad y de ser una anfitriona y una buena mujer, la madre de dos niños monísimos, educados, bien criados y limpios.

Nos contó repetidamente, porque era importante para ella, mucho más tarde, en África, cómo se había vestido de florista cockney para un baile de disfraces en la Embajada (¿sabía ella que, por una noche, se estaba convirtiendo en su propia y pobre madre Emily?) y mientras estaba bailando con algún joven empleado de la Embajada, él se paró en medio de la pista de baile y le dijo, rojo de sofoco: «Dios mío, no será usted

Maude Tayler, ¿verdad? Está tan bonita que no la reconocía». Y naturalmente se escurrió, de inmediato, tras semejante metedura de pata. Porque de mi madre se esperaba que fuese del montón, una chica del montón durante toda su vida. Creo que esto se debió a la necesidad de asegurarse que no fuera vana ni frívola, como Emily. Cuando niña, escuchando esta anécdota (una y otra vez), me dolía el corazón por ella, y me siguió doliendo durante años, toda su vida, cada vez que ella volvía a contar la historia con los ojos empañados por auténticas lágrimas al recordar al joven que pensó que ella era muy bonita.

Hay recuerdos rodeados de algo extraordinario, maravilloso. Un hombre, un jardinero —persa— se encuentra sobre unos canales de piedra, que pasan por debajo de la pared de ladrillo hasta el jardín procurando agua de nieve de las montañas, y finge enfadarse porque yo salto dentro y fuera de la deliciosa agua, que también le salpica a él. Mis padres me hacen entrar en la cocina para decirles a los criados que deben servir la cena, y el lugar es Teherán porque llevo de la mano a mi hermano, y miro arriba, arriba a aquellos hombres altos y solemnes y veo que sus caras son serias bajo sus turbantes, pero sus ojos sonríen.

Y el recuerdo más importante, un recuerdo rodeado de encanto, magia, es también el más nebuloso, y quizás lo soñé. He perdido mi oveja de juguete, un pedazo de madera sobre ruedas recubierto con auténtica piel de cordero. Estoy llorando y me alejo para ver un rebaño de corderos y al pastor, un hombre alto y oscuro con ropas oscuras, mirándome. El polvo se arremolina alrededor de él y de las ovejas, y un crepúsculo enrojece el polvo. Esto es todo. En mis *Tales from the Bible for Children* (Historias bíblicas para niños) había un dibujo del Buen Pastor, pero allí no podía haber polvo, ni el olor de corderos y polvo. La memoria está cargada de sentido, vuelve y vuelve, y nunca sé por qué.

Pronto los sabores, texturas, olores, de Persia se desvanecieron por la inmediatez de los colores y olores y sonidos de África, y no fue hasta finales de los años ochenta cuando fui a Pakistán y allí me encontré un yo inmerso aún en aquel mundo primitivo. La voz del hombre que salmodiaba, o cantaba... ¿cuál es la palabra para el más embrujador de los sonidos, la Llamada a la Oración?... el sesgo de sol caliente en una pared encalada donde habitaba polvo rojizo entre lo blanco... y los olores, los olores, una mezcla de polvo quemado por el sol, orina, especias, gasolina, excrementos animales... y los sonidos y voces del bazar y su color, estallidos de color... y el triste rebuzno de burros que, según las ideas del Islam, se avergüenzan porque sólo lloran por comida y sexo, aunque yo creo que lloran de soledad, y prefieren la celebración de los burros de Chesterton.

Un gallo que cacarea, un burro que rebuzna, polvo en una pared encalada... y ya tenemos Persia. Y hoy, donde yo vivo en Londres, exactamente debajo de la colina un gallo cacarea a veces y de repente ya no sé dónde me encuentro.

Muy lejos de Inglaterra, en Persia, mis padres no estuvieron tan desconectados de su familia como pronto lo estarían en África, pues al menos dos parientes los visitaron: uno era Harry Lott, un primo de la familia de mi padre. Es extraño que de este hombre del que él nos habló tan a menudo, durante muchos años, yo no pueda decir nada, puesto que no le recuerdo. Tío Harry Lott era el buen amigo de la familia: mandaba regalos y escribía cartas, y siguió así también cuando estuvimos en África, hasta que murió. «Ah, os quería tanto, no se cansaba nunca de vosotros», decía papá, añadiendo característicamente: «Dios sabe por qué». Y hoy miro a un niño de corta edad en brazos de un amigo cariñoso y sé que esto afectará al niño para siempre, como un pequeño almacén secreto de bondad, o una de aquellas pastillas de reacción retrasada, que van soltando elixires en la corriente sanguínea todo el día... o toda una vida. Pero el niño

puede que no recuerde nada al respecto, ni una sola cosa. Me parece una experiencia bastante incómoda la de contemplar a niños de corta edad y todo aquello que les moldea e influye, niños que luego se convierten en adolescentes, y tú sabes exactamente por qué hacen esto o aquello, mientras que ellos a menudo no lo saben. Y luego son ya jóvenes, y siguen todavía establecidos en modelos de conducta cuyos orígenes tú conoces. O, después de una separación, te encuentras con aquel niño ya convertido en adulto e indagas en sus ojos, que son inconscientes de lo que tú estás buscando, o examinas la forma en que unos brazos rodean a un amigo, agarrotada o suavemente, o cómo una mano se posa tiernamente sobre la cabeza de un perro.

La otra visitante fue tía Betty Cleverly, a cuyo gran amor lo habían matado en la guerra, como a todas las mujeres de su edad en la Europa de entonces. Era una prima de la familia de mi padre, una mujer grande y desaliñada con una sonrisa de dientes de caballo. También ella nos quería, y durante años y años así se nos dijo a mi hermano y a mí, pero lo que recuerdo es estar en su cama a primeras horas de la mañana, y en la mesilla de noche la bandeja con el primer té de la mañana, ella con mangas largas, un camión de lana muy rosado, su largo pelo llenando la cama y enmarañándose entre su seda marrón que olía a jabón, mientras ella mojaba galletas María en el fuerte té, me daba trozos para probar y se reía mientras yo me estremecía por el sabor amargo, y me daba otra galleta sin mojar y exclamaba: «No se lo digas a mamá, te estoy quitando las ganas de desayunar». Entonces se ponía a cantar: «Guía suave luz», y «Roca de los tiempos» con una fuerte voz gutural, haciendo de directora de orquesta con una cucharilla. Se fue a China, porque era misionera, y las cartas que enviaba a mis padres hablaban de la conducta de los paganos a quienes el cristianismo metía en cintura, y de la Sociedad Misionera de Londres, y tras su vuelta a Inglaterra, de temas parroquiales.

Cuando mi padre se encontró de permiso en su patria, después de casi cinco años en el Banco Imperial de Persia, primero como director de sucursal en Kermanshah, y más tarde como ayudante del director en Teherán, dado que se suponía que iba a tener que volver a Persia, empezó a hacerse más urgente la preocupación sobre cómo educar a sus hijos. Dejar a la hija mayor, a mí, en Inglaterra, a los cinco años, habría sido lo corriente para la época, pero mi madre sabía a través del «Baa Baa Black Sheep», de Kipling, qué horrores de intimidación y descuido podían sufrir los niños de corta edad debido a una mala elección de padres sustitutos. Mi padre no deseaba volver a Persia. La vida social le aburría. Nunca había disfrutado de su trabajo en el banco. Los persas eran corruptos, aunque, cuando lo decía, nadie parecía darle a eso la menor importancia.

Mientras tanto, su ausencia de Inglaterra no había hecho que su corazón la quisiera más. Ni lo hizo nunca. Hasta su muerte consideró a Inglaterra —Inglaterra, no Gran Bretaña, o por lo menos nunca se refería a Gran Bretaña— como un país que había traicionado las promesas hechas a su pueblo, un país cínico, corrupto. Estaba lleno de complacientes estafadores que se habían enriquecido con la guerra y de mujeres estúpidas que daban plumas blancas a los hombres en traje de paisano, que llegaban medio muertos de las trincheras y a los que luego escupían. Pero la gente no tenía ni idea de lo que habían sido las trincheras. Y solía cantar, durante toda su vida, con voz dura por la rabia:

Y cuando nos pregunten...

Y como es natural nos van a preguntar...

Les vamos a decir...

Pero no preguntaron, nunca lo hicieron, porque la guerra se había convertido en la Gran Innombrable. No obstante, teníamos que enfrentarnos con un permiso de seis

meses en nuestra patria. Él solía pasar el tiempo con su hermano Harry, que nunca le había gustado y que le perdonaba la vida, porque era el que había tenido éxito: un director del Westminster Bank, con un yate y un elegante coche y una casa que mi padre odiaba, porque era la esencia de la elegante vida suburbana. Lo que concordaba con su idea de sí mismo, el lugar donde se había sentido perfectamente cómodo, era la gran casa de piedra de Kermanshash, con las montañas cubiertas de nieve alrededor. Pero la había perdido para siempre. No le gustaba la esposa de su hermano, Dolly, a quien consideraba tonta y suburbana. No le gustaba la hermana de su esposa, Margaret, y consideraba al hermano de mi madre un pelmazo. Seis meses de parientes, el infierno en la tierra, en la pequeña Inglaterra esnob, engreída, provinciana, de pompa provinciana e ignorante. Y luego de vuelta a Teherán y su febril y esnob vida social, las meriendas en el campo y las fiestas de la Embajada y las veladas musicales en las que tocaba su mujer mientras unos jóvenes cantaban «El camino a Mandalay» y «Pálidas manos he amado junto al Shalimar». «¿Por qué la gente no se puede quedar tranquilamente en casa?», se preguntaba, como los filósofos. Pero mi madre se limitaba a sonreír, porque sabía que ella estaba en posesión de la verdad. El problema era que la excentricidad de su marido estaba contagiando a su hija.

«No, no quiero ir, no iré», sollozaba yo, mientras me obligaban a meterme en un disfraz de Bo-peep. «No quiero ser Bo-peep. ¿Por qué no puedo ser un conejo como Harry?» Mi madre se ríe de mi ridiculez, y el problema es que puedo notar que mi cara también quiere reírse. Cambio de tercio. «No quiero ir a la fiesta. No me gustan las fiestas.» «Tonterías. Claro que te gustan las fiestas. Claro que quieres ser Bo-peep.» «No, no quiero, no quiero.» «No seas tonta. Dile que es una tonta, Michael.» «¿Por qué tiene que ir si no quiere?», dice papá, malhumorado, irritable... intratable. «Tampoco yo quiero ir. ¡Fiestas! ¿Quién las inventó? Al responsable habría que colgarlo, arrastrarlo y descuartizarlo. No me sorprendería que fuera el demonio.» «Ah, Michael...» «No, voy a decirte algo, sólo con pensar en una fiesta me dan náuseas. Y lo mismo les ocurre a los niños, ¿o no? Se excitan demasiado, comen demasiado, vomitan por todas partes.» «Ah, tonterías, Michael, en el fondo te gustan las fiestas.»

No hay odio sobre la tierra tan violento como la rabia desamparada del niño. Y ahí estaba Gerald Nelligan, enfrentándose a su madre y gritando: «No, no quiero, no voy a disfrazarme, ¿por qué tengo que hacerlo?». Me llevaba dos años, un chico grandote, pero ahora se le veía dominado por esa rabia furiosa y vociferante que hace palidecer la cara y que es típica de los niños que se sienten atrapados. Pero más tarde dirán: «Disfruté de una maravillosa y feliz infancia». La naturaleza sabe lo que se hace, prescribiendo amnesia sobre la primera infancia.

Y, ahora, el gato: escribí al respecto en *Particularly Cats*, pero debo insistir en ello.. «Encontraste a aquel sucio gato en la alcantarilla y lo llevaste al salón, y era más grande que tú», decía mi madre, siendo al mismo tiempo la niña y el gato. «Insististe en metértelo en la cama. Lo bañamos en permanganato...» Un verdadero puntal del Imperio Británico, el permanganato de potasio. «Y la vieja Marta apareció como una furia y dijo: "¿Por qué se le permite estar aquí a este sucio gato?"» Pero me dejaron al gato, y es fácil deducir lo mucho que llegué a quererlo. Durante años la muerte de un gato me sumergía en un dolor tan terrible que no podía evitar sentirme un poco loca. ¿Sentí algo tan terrible cuando murió mi madre, murió mi padre? No. Aquel viejo gato, rescatado de una segura muerte lenta por las calles de Teherán, fue mi amigo y cuando nos fuimos de Persia, ¿qué fue de él? Me contaron mentiras piadosas, pero no las creí, puesto que lloré desconsoladamente. «Eras inconsolable», decía mi madre.

Me había resignado ya a ser una mujer anciana cuando sufrí un dolor que, en una escala de uno a diez —diez es la auténtica, terrible y total depresión que inmoviliza, y

por la que yo no he pasado— le correspondería un nueve. En esta escala, al dolor por un gato moribundo le corresponde un cuatro o un cinco, mientras que al dolor por los padres y hermanos le corresponde un dos. Claramente, el dolor demoledor por el gato es un «dolor atribuido», como lo denominan los médicos, cuando te duele un órgano pero es otro el verdadero responsable. Uno no puede dejar de preguntarse: pero ¿por qué? Y, en grado nueve, yo me sentía destrozada por un dolor cuyo origen desconocía y aún no conozco.

Pero la pregunta pertinente debe de ser: ¿por qué, de tantos recuerdos infantiles, sólo unos pocos son festivos, agradables, felices, o al menos cómodos? ¿Aquel hambriento, furioso corazoncito simplemente se niega a ser apaciguado? ¿Hay algún indicio en el episodio del fotógrafo? Contaba tres años y medio. Sobrevive una fotografía de una niñita pensativa, para quien le interese, pero se da el caso de que recuerdo lo que sentía. Había habido una larga regañina y preocupación y problemas respecto de un vestido, de terciopelo marrón, y que daba calor y picaba. Había sido difícil enfundarme las medias, estaban torcidas y arrugadas y tuvieron que sujetarlas con una goma. Mis zapatos nuevos eran incómodos. Me habían cepillado y alisado el pelo repetidamente. Había un taburete acolchado en el que se suponía que yo debía sentarme, pero era difícil subir y luego quedarse allí, porque era resbaladizo. También me habían colocado en una gran silla sólida de madera tallada, pero luego ellos dijeron que no era adecuada para mí. ¿Ellos?... mi madre y el fotógrafo, un profesional, con un estudio lleno de pantallas japonesas con crepúsculos y escenas lacustres y cigüeñas voladoras, de sillas y mesas y cojines y animales disecados como escenario para los niños. Pero yo insistí que quería mi propio osito, sucio, pero al fin y al cabo mi amigo. Me sentía rebajada y nerviosa y culpable, porque provocaba tantos problemas: como siempre era como si mi madre hubiera atado, pero demasiado rápido y sin destreza, un gran paquete desmañado —yo— y no encajara en ninguna parte, y de repente se pudiera deshacer y abrirse y dejarme caer. Me sentía agotada. Aquel triste y pequeño agotamiento es la base o el fondo de todos mis recuerdos. Todo era excesivo, éste era el problema, demasiado alto, o demasiado pesado, o demasiado difícil, o demasiado estridente o brillante, y yo nunca podía dominarlo todo, aunque ellos esperaban que lo consiguiera.

Cuando mi madre decidió viajar a Inglaterra vía Moscú, a través de Rusia, porque no deseaba exponer a sus hijos de corta edad al calor del mar Rojo, no sabía lo que se hacía: como decía ella a menudo, «¡Si lo hubiera sabido!». Sabía perfectamente que seríamos la primera familia extranjera que viajaríamos de forma normal y corriente desde la Revolución. Sabía naturalmente que resultaría difícil, pero las dificultades existían para superarlas. El viaje resultó horrendo y, contado una y otra vez, se convirtió en el capítulo más vivaz de la crónica familiar. Lo que me contaron y lo que recuerdo no son lo mismo, y el recuerdo más dramático ha desaparecido de mi memoria. En la frontera rusa, resultó que no teníamos los sellos adecuados en nuestros pasaportes y mi madre tuvo que intimidar a un oficial aturdido para que nos dejara entrar. Tanto a mi madre como a mi padre les encantaba este incidente: a ella, porque había conseguido lo imposible; a él, por su gusto por la farsa. «Santo cielo, nadie se atrevería a representarlo en un escenario», decía él, recordando a la tranquila, segura matrona británica, y al zarrapastroso y hambriento oficial que probablemente nunca había visto una familia extranjera con hijos bien vestidos y bien alimentados.

La parte más peligrosa fue al principio, cuando la familia se encontró a bordo de un petrolero por el mar Caspio, que había sido utilizado como portaaviones militar, y el camarote, «no precisamente el tipo de camarote que uno imagina en un crucero», estaba lleno de piojos. Y, probablemente, de tifus, que entonces asolaba medio mundo.

Los padres permanecieron toda la noche velando para que sus dormidos hijos se mantuvieran dentro de los círculos de la luz de la lámpara, pero un brazo, el mío, se deslizó a la oscuridad y fue pasto de los chinches hasta quedar hinchado, rojo y enorme. Miembros de la tripulación compartían regularmente con nosotros el camarote, que era bastante pequeño. A mí me parecía un lugar inmenso, cavernoso, oscuro, lleno de amenazas por el miedo de mis padres, pero por encima de todo, por el olor, la fría peste sofocante y metálica que es el olor de los piojos.

Del Caspio a Moscú tardamos varios días, y así lo contaban luego: «No había comida en el tren y mamá bajaba en las estaciones para comprar a las campesinas, pero sólo tenían huevos duros y un poco de pan. El samovar del pasillo no tenía agua la mayor parte del tiempo. Y teníamos miedo de beber agua sin hervir. Había fiebre tifoidea y tifus y asquerosas enfermedades por doquier. Y cada estación era un enjambre de pordioseros y niños sin hogar, ah, era terrible, y luego mamá se quedó abajo en una de las paradas porque el tren arrancó sin avisar, y nosotros pensamos que ya nunca más la volveríamos a ver. Pero nos dio alcance al cabo de dos días. Hizo que el jefe de estación parara el siguiente tren y se subió a él y nos atrapó. Y todo esto sin saber una palabra de ruso, hay que ver».

Lo que recuerdo es algo distinto, paralelo, pero como si fuera una película antigua, llena de cortes y saltos.

Los asientos del compartimiento, que era como una pequeña habitación, estaban hechos trizas, y olían a enfermedad, sudor y ratones, a pesar de los polvos insecticidas Keating que mi madre esparcía por todas partes. Los ratones se movían veloces bajo los



asientos y corrían entre nuestros pies en busca de migajas. No funcionaban las lámparas de las paredes, pero afortunadamente mi madre había pensado en las velas. Por la noche me despertaba y veía cómo aquellas largas y peligrosas llamas pálidas se balanceaban cerca de los oscuros paneles por donde unas grietas dejaban pasar el aire, cálido en el sur, frío en el norte. Mantenía mi cara cerca de ellas, por el olor. Era abril. Mi padre tenía gripe, y estaba acostado en la litera de arriba, alejado de los dos ruidosos niños y sus exigencias. Mi madre estaba aterrorizada: la gran Epidemia de Gripe ya se había acabado, pero sobre la amenaza de gripe aún seguiría hablando la gente durante años. Había pequeñas manchas y salpicaduras de sangre en los asientos, lo que significaba que los piojos habían estado allí. Años más tarde, tuve que pararme a meditar por qué las palabras gripe y tifus me asustaban. Gripe era fácil, ¿pero tifus? Se debía a aquel viaje. Durante años la palabra «Rusia» significó andenes de estación, puesto que el tren paraba constantemente, tanto en apeaderos como en grandes ciudades, durante el largo trayecto de Bakú a Moscú.

El tren crujía y traqueteaba y silbaba y se detenía con dificultad entre masas de gente, y qué gente tan espantosa, que no se parecía en nada a los persas. Iban en harapos, algunos parecían unos bultos de harapos, con calzados de harapos. Niños de afiladas caras hambrientas saltaban hasta las ventanillas del tren y miraban dentro, o levantaban las manos, pidiendo limosna. Los soldados bajaban del tren y hacían retroceder a la gente, sosteniendo sus fusiles como palos para pegar con ellos, y las masas se echaban para atrás al paso de los soldados, pero luego se agolpaban de nuevo hacia adelante. Había gente tendida en los andenes, con las cabezas sobre fardos y contemplando el tren, pero sin esperar nada. Mis padres hablaban de ellos, con voces bajas y ansiosas y había palabras que yo no conocía, por lo que decía constantemente: ¿qué significa esto, qué significa aquello? La Gran Guerra. La Revolución. La Guerra Civil. La hambruna. Los bolcheviques. Pero ¿por qué, mamá?, ¿por qué, papá? Como nos habían dicho que los besprizomiki —las pandillas de niños sin familias— atacaban los trenes cuando paraban en las estaciones, tan pronto como mi madre salía para comprar comida, corríamos el pestillo de la puerta del compartimiento y subíamos las ventanillas. Pero los pestillos de la puerta no eran seguros y atrancábamos la puerta con las maletas. Esto significaba que mi padre tenía que bajar de su alto refugio. Llevaba su pesada y oscura bata, comprada para calentarse en las trincheras, pero debajo de ella se dejaba puesto todo su equipo y aparejos para la pierna de madera, a fin de poderse vestir con rapidez. Mientras, el pálido y cicatrizado muñón a veces asomaba por la bata, porque, bromeaba él, tenía vida propia, no sabía que era tan sólo parte de una pierna, y en momentos de necesidad, como cuando mi padre se agachaba para abrir la puerta del compartimiento y dejar entrar a mi madre —triunfante, enseñando sus compras, un par de huevos, un trozo de pan— intentaba comportarse como una pierna, instintivamente adelantándose para aguantar el peso. Los dos niñitos, asustados, contemplábamos a nuestra madre afuera entre aquellas multitudes terribles, mientras ella daba el dinero a las campesinas para conseguir los huevos duros, las medias hogazas de un producto duro y agrio que se llamaba pan. Según contaban, pasamos hambre porque no había suficiente comida, pero yo no recuerdo haber sentido hambre. Sólo miedo y angustia, al mirar a aquellos enjambres de gente, tan extraña, tan distinta a nosotros, y a aquellos harapientos niños que no tenían padres ni nadie que los cuidara. Cuando el tren reanudaba la marcha, los soldados se subían, agarrados a lo que habían conseguido comprar a las mujeres, y luego se daban la vuelta para apuntar con los fusiles a los niños que corrían detrás del tren.

Según contaban, nos distraíamos con cuentos, jugábamos con plastilina, dibujábamos con tizas, contábamos los postes del telégrafo y jugábamos al «espía» por las

ventanillas, pero lo que recuerdo es el tren traqueteando al entrar de nuevo en otra estación —¿no sería la misma?—, la harapienta gente, los harapientos niños. Y una vez más mi madre fuera, entre ellos. Y luego, cuando el tren arrancó, no apareció en el pasillo delante de nuestro compartimiento, mostrándonos lo que había comprado. Se había quedado abajo. Mi enfermo padre se irguió en un rincón y no dejó de repetir que no pasaba nada, ella llegaría pronto, no había de qué preocuparse, no lloréis. Pero estaba preocupado y nosotros lo sabíamos. Fue la primera ocasión en que comprendí el desamparo de mi padre, su dependencia de ella. No podía saltar del tren con su pata de palo y abrirse paso entre las multitudes en busca de comida. «Tenéis que compartir un huevo y queda un poco de uva, pero esto es todo.» Ella tenía que reaparecer, tenía que hacerlo, y lo hizo, pero dos días más tarde. Mientras, nuestro tren había aminorado muchas veces la marcha, crujiendo y chirriando, y de nuevo las estaciones, los apeaderos, las multitudes, los besprizorniki, los soldados con fusiles. No recuerdo haber llorado ni haberme sentido aterrorizada, todo esto ha desaparecido, sino el áspero contacto de la bata en mi mejilla al sentarme en la rodilla buena de mi padre y contemplar las caras hambrientas por la ventanilla, mirando dentro. Pero yo me sentía a salvo en sus brazos.

Una niña en un asiento de tren con su osito y la maletita de cartón que contiene el vestuario del osito. Le quita la ropa al osito, la dobla así, saca otro conjunto de la maleta, viste al osito, le dice que se porte bien y permanezca sentado y sin moverse, le quita este conjunto al osito, lo dobla, extrae de la maletita un tercer conjunto de pantalones y chaqueta, coloca en la maleta la ropa que le ha quitado, perfectamente doblada, viste al osito. Una y otra vez, ordenando el mundo, manteniendo el control sobre los acontecimientos. Ves, eres un buen osito, guapo y pulido.

De Moscú proviene uno de mis recuerdos tempranos más potentes. Me encuentro en el pasillo de un hotel, delante de una puerta cuyo pomo queda muy por encima de mi cabeza. El techo es muy alto en este lugar, y las largas y brillantes puertas están situadas a lo largo del pasillo, y detrás de cada puerta hay un misterio aterrador, gente misteriosa, que sale repentinamente de una puerta o pasa rápidamente por delante de las puertas cerradas y desaparece, o llega por el recodo del pasillo y luego se esfuman por una puerta. Golpeo con los puños nuestra puerta, y lloro, y grito. Nadie aparece. No aparece nadie durante lo que me parece una eternidad, pero no debió de ser así, la puerta debió de abrirse pronto, pero mi pesadilla es verme con la puerta cerrada, yo sola ahí fuera, ante la alta puerta implacable y brillante. Esta puerta cerrada se encuentra en mil cuentos, leyendas, mitos, la puerta de cuya llave alguien carece, la puerta que abre paso a... pero ésta es la cuestión, supongo. Probablemente esta puerta cerrada se encuentra en nuestros genes, no me sorprendería, y se encuentra en mi memoria para siempre, mientras me levanto, como Alicia, intentando alcanzar el pomo.

Y luego estamos ya en Inglaterra. Uno se podría preguntar por qué ninguno de los recuerdos «agradables», como instantáneas, de la bonita Inglaterra, malvalocas, jardines de casas de campo, una casa de campo con tejado de paja, estanques marinos rocosos, es tan potente como los recuerdos de la sombría Inglaterra: ganglios de negros railes mojados, lluvia que se desliza por frías ventanas, pálido pescado muerto sobre tenderetes callejeros, animales muertos sangrando en grandes garfios de hierro en las carnicerías. Llegué a conocer a la madrastra de mi padre, según decían ellos, y hay una fotografía mía sobre sus rodillas, pero ni siquiera surge a la superficie un recuerdo deducido. Conocí al padre de mi padre, que tras la muerte de su esposa Caroline, aquel mismo año, estaba a punto de casarse con su novia de treinta y siete años: probablemente, como todas aquellas mujeres, había perdido a su amor en las trincheras, y casarse con un anciano era la única oportunidad de boda que tenía al alcance.

Siguieron todo tipo de visitas y cortos desplazamientos, pero a los niños se les lleva de acá para allá como paquetes. Una tal Miss Steele ayudaba con los niños, y es ella la que me procura el recuerdo más vivo de aquellos seis meses. Una habitación de hotel. Una vez más atiborrada de muebles, enormes, que dificultan los movimientos. Dos grandes camas, la mía y una amplia cuna. La llama en la pared, de gas, es peligrosa, y hay que vigilarla, como a una vela, a pesar de que no se puede apagar como una vela, y proyecta una luz estriada en aquella habitación llena de un aire grisáceo. Una lluvia oscura se desliza por los cristales sucios. Hace frío. El fardo de lana húmeda que es mi hermano hace un ruido monótono con la nariz desde su cuna. Miss Steele nos ha ordenado no mirar mientras se viste. Miss Steele es tan alta que parece tocar el techo, y tiene torrentes de pelo oscuro sobre sus hombros, sobre la frente y por la espalda. Lleva brillantes sostenes rosados, y su pálida carne protuberante se entrevé a través del pelo, y más abajo, en los muslos. Veo cómo brillan los ojos curiosos de mi hermanito, luego los cierra muy fuerte, simulando estar dormido, luego vuelven a brillar. Miss Steele levanta los brazos para pasarse un camisón blanco por encima de sus matas de pelo. Bajo sus brazos hay sedosas barbas negras. Me siento mareada de curiosidad y asco. Me envuelven el olor de suciedad y el olor de falta de higiene de Miss Steele, agrio y metálico, el olor de lana húmeda de mi hermano, y mi propio olor seco y cálido que sube en oleadas cuando levanto las mugrientas mantas y husmeo. Los olores de Inglaterra, los olores de la húmeda, sucia, oscura y desmañada Inglaterra, los olores de los ingleses. Añoraba Persia y la limpia y seca luz del día, pero no sabía qué me pasaba, puesto que los niños están tan inmersos en lo que les rodea, obligados siempre a mantenerse erguidos y portarse bien, que aún no saben lo que es sentir nostalgia por un lugar. O así me lo parece. O quizás lo que añorara era a mi amor perdido, el viejo gato. Mucho tiempo después, me encontraba en Granada, en España, y vi las montañas que la rodeaban, coronadas de nieve, y olí el limpio aire soleado, y volvió a mí Kermanshash, de repente: así había sido.

Pero la pregunta sigue ahí: ¿por qué no recordar con la misma intensidad las festivas meriendas en el campo de heno, o los salubres castillos de arena, o los cariñosos brazos de tía Betty y de tío Harry Lott?

Un pequeño recuerdo, ciertamente pintoresco, es distinto al resto de los recuerdos ingleses. La tira de dibujos de un periódico, sobre las aventuras de Pip, Squeak y Wilfski, que debió de ser de las primerísimas tentativas de propaganda anticomunista. Wilfski, un villano con patillas parecido a una cucaracha, se basaba en Trotski. Siempre tenía una bomba en la mano, amenazando con volar algo o a alguien. Estaba diseñado para inspirar temor, horror, y lo conseguía.

Cuando salimos de Inglaterra hacia África, el padre de mi padre, el viudo, estaba enfundado en su grueso traje de lanilla en una oscura sala con un gran reloj de pared que hacía tic-tac justo detrás de él, y lloraba, y en su larga barba blanca se veía un hilo de mocos. En esto precisamente se había de fijar el niño, porque los primeros años de los niños se dedican a dominar y ordenar lo físico: mocos, caca, pis, una cárcel de la que luchan por escapar, y en la que no volverán a entrar hasta que sean viejos. El anciano lloraba, su corazón estaba roto, no había visto a su hijo y a la esposa de su hijo durante cinco años, y acababa de conocer a sus nietos, pero ahora partían hacia África como los misioneros, para los que su iglesia recogía fondos a fin de que convirtieran a salvajes que incluso podían ser caníbales. Ellos afirmaban con ligereza que volverían al cabo de otros cinco años. Él lloraba y lloraba, y su nieta sintió náuseas ante su visión y no permitió que la besara. Y quizás él también llorara porque la familia no aprobaba su matrimonio con Manan Wolfe, «una chica a la que dobla en edad».

Las últimas semanas antes de abandonar Inglaterra fueron un torbellino de compras

de las cosas que mi madre precisaba para la vida que ella creía que le esperaba. Se guiaba por folletos e información de la Exposición del Imperio, por cuya instigación se dirigían a Rhodesia del Sur, donde al cabo de cinco años se habrían hecho ricos cultivando maíz. Para mi padre, ésta era su oportunidad para convertirse en lo que siempre había querido ser, desde su infancia campestre entre hijos de labradores de los alrededores de Colchester. Y habían existido labradores en su familia. Pero él nunca había tenido dinero para dedicarse a la labranza. Claramente, cuantas más Exposiciones celebra un país, mejor. Aquella Exposición del Imperio de 1924, que atrajo a mi padre a África... cuántas veces me la he encontrado en memorias, novelas, diarios. Cambió la vida de mis padres y marcó el curso de la mía y de la de mi hermano. Como las guerras y las hambrunas y los terremotos, las exposiciones configuran futuros.

Aparte de comprar en Harrods, Liberty's y los Almacenes de la Marina y el Ejército, les sacaron la dentadura a los dos. Así lo recomendaron el dentista y el médico. Los dientes eran la causa de innumerables enfermedades y calamidades, a nadie le servían de nada y, además, no habría ningún buen dentista en Rhodesia del Sur. (No era cierto.) Esta salvaje automutilación era corriente en aquella época. «Seguimos alumbrando velas en las iglesias y consultando a los médicos», Proust.

La familia permaneció en la cubierta del barco alemán y vio retroceder las blancas costas de Inglaterra. Mi madre lloraba. La desolación y la separación se instalaban en mi corazón, pero no podía ser por Inglaterra por lo que yo lloraba, puesto que la odiaba. Mi padre tenía los ojos húmedos, pero le pasaba el brazo por los hombros y le decía: «¡Vamos, vamos, que eres una sentimental!». Y la alejaba de la visión de los acantilados que iban quedando atrás y la hacía entrar.

En cubierta también estaba, aparte de mi hermanito, Bidy O'Halloran, que iba a ser nuestra institutriz. Lo que sé de ella básicamente me lo han contado. Era irlandesa. Una «emancipada», «de los años veinte», joven y pizpireta. No respondía exactamente a lo que mis padres habían esperado de ella. ¿Por qué? Llevaba el pelo a lo garçon, se maquillaba y fumaba y estaba más que interesada en los hombres. Más tarde mi madre sintió remordimientos porque le había puesto las cosas difíciles a Bidy. Pero esto fue cuando también ella empezó a fumar, se cortó el pelo y se pintó los labios. «Me pregunto qué habrá sido de ella», puesto que Bidy claramente encontró la experiencia tan descorazonadora que nunca nos escribió. Más tarde se casaría con un noble y figuraría en los ecos de sociedad.

Pero fue sólo una más de las muchas personas que ya habían aparecido en mi vida y desaparecido luego. Conocidos, amantes, amigos, íntimos... desaparecen. Adiós. Hasta otra. Á bientót. Poka. Tot siens. Arrivederci. Hasta la vista, Aufwiedersehen. Do svidania. Así vivimos ahora.

Fue un largo viaje, semanas y semanas. Un barco lento. ¿Por qué un barco alemán? Quizás mi padre pusiera en práctica su sentimiento de camaradería con los soldados alemanes abandonados por su gobierno, exactamente como los «tommies» ingleses y los «poilus» franceses.

Mi padre estuvo mareado durante casi todo el trayecto hasta Ciudad del Cabo, y luego Beira. Mi madre disfrutó de cada momento. Debió de ser la última ocasión de su vida en que se divirtió jugando a las cartas o al bridge, vistiéndose de gala y bailando, asistiendo a conciertos... Todo lo que ella consideraba su mundo, su estilo.

En este barco me sentí humillada. Fui muy desgraciada. En primer lugar estaba el capitán, el compinche de mi madre, desde que coincidieron en cubierta cuando el resto de la gente se encontraba en sus literas mareada por una tempestad de fuerza 9, y surgió entre ellos una amistad de burlona camaradería. Bromas, tomaduras de pelo, enredos, burlas mutuas. «Costillar». (¿Esta expresión proviene de la tortura de las cosquillas,

grandes manos pellizcando costillas?) Era un regocijo de los más sanos comparado con sus abundantes bromas pesadas. Un día en que yo iba vestida con mi traje de gala, me invitó a sentarme sobre un cojín en el que había colocado un huevo, jurando que no se partiría. Como era obvio que se rompería, yo no quería sentarme. Mi madre dijo que tenía que ser una buena chica. Me senté sobre el huevo y se reventó debajo de mí y me estropeó el vestido mientras el capitán se partía de risa y daba bandazos por el lugar. Yo no sólo estaba furiosa, sino que me sentía traicionada. A mi padre le preocupó, pero ser una buena chica, debió de pensar, era lo más importante. Cuando atravesamos la Línea del Cabo, me lanzaron al agua, a pesar de que no sabía nadar, y me pescó un marinero. Siguieron otras cosas por el estilo, y me pasé el viaje permanentemente enfadada y con pesadillas. Creo que mi madre se divertía tanto que su habitual y obsesivo cuidado de sus retoños se tomaba vacaciones, puesto que no era una persona que pensara que las pesadillas eran una tontería... si se lo decían. Además, ¿acaso no estaba allí Bidy para cuidar de nosotros?

Se me ocurre que, cuando mi madre se hizo tan amiga del capitán alemán, confluyeron dos afluentes de un río. Las tomaduras de pelo, el «costilleo», las bromas y la guasa provenían de las escuelas privadas inglesas que ella tanto admiraba, inspiradas originalmente por las escuelas de élite prusianas donde era habitual la crueldad con los niños. Apenas era verosímil que el capitán hubiera sido un miembro de la élite prusiana, pero estos ejemplos de buen vivir se contagian. Y ¿acaso era cruel mi madre? No, en absoluto. Pero todos podemos hacer lo que sea, si eso es lo que se lleva. Bueno, casi todos.

Al atardecer, ella se ponía sus elegantes vestidos y se iba a cenar a la mesa del capitán, a fiestas, a bailes, a las búsquedas del tesoro. Lo mismo hacía Bidy O'Halloran. A los niños nos encerraban en los camarotes y nos decían que nos portáramos bien. Mi hermano, como siempre obediente, dormía. Yo quería estar donde tenía lugar la diversión. Pero mi madre decía que las noches son para los adultos y que yo no me divertiría. Pero yo sabía que me gustaría, y ella sabía que me gustaría. La odiaba. De nada servía, la puerta estaba cerrada con llave. Una vez me subí al tocador y encontré unas tijeras de las uñas e hice agujeros en un traje de noche. Con manos tan pequeñas y tijeras tan pequeñas, era difícil manipular en el espeso tejido resbaladizo. El estropicio no debió de ser muy importante, pero es la intención lo que cuenta. Sollozaba y aullaba de rabia. No, la verdad es que no me castigaron. Pero ella montó la típica escena en que, sentándome en sus rodillas, se ponía a hablarme, con su voz baja, temblorosa de reproche, íntima, sobre la necesidad de comportarme bien, y del afecto — el suyo —, y de ser buena.

Y es que, a pesar de todas estas traiciones e injusticias, el tema de la educación no había quedado relegado porque era, a fin de cuentas, el tema principal de mi madre. Los padres sostenían en brazos a sus criaturas y les enseñaban a mirar peces voladores, los colores de los crepúsculos, las trayectorias de otros barcos cuyas chimeneas dejaban estelas de humo que tiznaban los claros cielos, los pájaros posados en el cordaje y en las barandillas, las gaviotas que volaban bajo tras el barco para atrapar las migajas que lanzaban los marineros, la fosforescencia de las olas por la noche, la luz de la luna, y los ejercicios del bote salvavidas... Esto último distaba mucho de ser un ejercicio académico, puesto que su gran amor había sido el joven médico ahogado por falta de un bote salvavidas. Y, como favor especial del capitán, nos bajaron, muy abajo, a través del mundo de brillantes pasillos. Y entonces, de repente, nos encontramos en otro mundo de grasientas escaleras de metal y grandes tuberías negras que recorrían y se retorcían por las paredes de hierro. Mi hermano y yo nos asimos de la mano el uno al otro y nos quedamos mirando abajo desde lo que parecía un andén minúsculo, sólo parte de una

salida de emergencia del fondo del barco, donde hombres sucios y medio desnudos traspalaban carbón a las bocas de hornos, una, dos, tres, cuatro... muchas veces, no podíamos contarlas, y las llamas se encabritaban y hacían volar luz roja sobre los desnudos y sudados torsos. Aquellos hombres miraron hacia arriba y vieron a dos pulidos niños, los privilegiados, que los observaban con horror en sus caras, y tras ellos los padres con su ropa cara y limpia, y al propio capitán en la parte del barco donde ellos no esperaban verle. Y balanceaban duramente sus cuerpos al ritmo del trabajo, mientras arcos de carbón negro iban de ellos a las llamas, y luego miraban hacia arriba, y se veían unos blancos dientes en sus severos rostros. Eran como los besprizomiki de los andenes rusos, era el otro mundo, en el que la gente tenía agujeros en sus vestidos y se veían los huesos en las caras. Yo sentía miedo al mirar a los hombres de allá abajo que echaban palas de carbón mientras soltaban sudor, igual que cuando había mirado a través de las sucias y agrietadas ventanillas del tren.

En algún lugar del Cabo, las avestruces corrían con pasos altos por finas arenas con altas montañas muy a lo lejos. Distancia. Las distancias vacías de África. Pero la familia siguió su travesía alrededor de la costa hasta Beira, de lo que no queda nada en mi memoria, ni del viaje en tren hasta Salisbury, ni de la propia Salisbury, que por entonces era una pequeña ciudad que se podía recorrer en veinte minutos, ni del trayecto de treinta kilómetros hasta Lilfordia, donde íbamos a alojarnos mientras escogíamos una granja.

¿Por qué las avestruces y no los carros con bueyes que aún utilizaban por las calles de Salisbury, calles anchas para que los carros pudieran dar la vuelta? ¿Por qué el tren de Rusia pero no el tren de Beira a Salisbury, seguramente igual de exótico? ¿Por qué recordar esto y no aquello? Si de lo que se trataba era de recordar sólo lo desagradable, ¿por qué las avestruces, que eran una pura delicia?

Lilfordia era el hogar de la familia Lilford, que más tarde alcanzarían fama en la Guerra Bosquimana (la Guerra de Liberación), por el jefe Lilford y sus servicios a la causa blanca. Por aquel entonces consistía en varias *rondaavels*, cabañas de paja sólidas y bien construidas, esparcidas entre los arbustos a las que, nos advirtieron inmediatamente, no debíamos acercarnos sin tomar precauciones, debido a las serpientes. Por el tono en que nos lo decían los adultos —los Lilford— se deducía que no eran más peligrosas que dar un golpe y hacer caer una vela o lámpara cuando jugábamos con excesiva violencia, sólo algo con lo que había que ir con cuidado.

Mi padre nos dejó y se marchó a buscar una granja, creo, a caballo. Por entonces el gobierno blanco vendía tierra a antiguos soldados prácticamente por nada, y el Land Bank apoyaba a esforzados granjeros con préstamos a largo plazo. Empezaría con los trabajos del campo a partir de un préstamo. Mis padres tenían 1.000 libras esterlinas y mi padre recibiría una pensión por su pierna amputada. También tenía derecho a reparaciones gratis de su pierna de madera y, también, a una de recambio. Esto sucedía mucho antes de las piernas milagrosas de hoy, que pueden bailar, trepar, saltar... hacerlo todo como una pierna normal.

Eligió la región de Lomagundi porque era una zona de cultivo del maíz. Era al nordeste de Rhodesia del Sur, una zona muy salvaje y con pocos habitantes, y se extendía hasta llegar a las tierras altas de Zambesi. Banket, una gran parte de Logamundi, no sólo producía buen maíz sino que tenía ese nombre porque estaba llena de escollos de cuarzo similares a las formaciones rocosas llamadas «banket» en el Rand del sur. Por tanto, también había minas de oro. Él y mi madre debieron de caer en la cuenta por aquel entonces de que las maravillas seductoras de la Exposición del Imperio tenían muy poco que ver con la realidad. Se habían hecho fortunas con el maíz durante la guerra, pero ahora ya no. Sin embargo, lo que él quería cultivar era maíz. Y aquella área

aún estaba «protegida para el asentamiento». Ni se les ocurría que la tierra pertenecía a los negros. Consideraban que les estaban llevando la civilización a los salvajes, porque el Imperio Británico era un adelanto y un beneficio para el mundo entero. Nunca se insistirá lo suficiente, a mi juicio, en el error que supone escandalizarse de ciertas formas de pensar del pasado sin preguntarse, al menos, cuál será el juicio de la posteridad sobre nuestra actual forma de pensar. Existía otra razón por la que la opinión que sobre sí mismos tenían mis padres era semejante a la de los colonos de la costa este de América: estaban colonizando una tierra casi vacía. Cuando los blancos llegaron a Rhodesia del Sur treinta y cuatro años antes, había, según parece, un cuarto de millón de negros en aquella tierra, que tiene las dimensiones, a grandes rasgos, de España. Cuando llegaron mis padres en 1924, había medio millón.

Mi padre se ausentó temporalmente y regresó con la noticia de que había encontrado una granja, es decir, tierra que podría convertirse en una granja: arbustos sin cortar, bastante poco desarrollados, sin nada, ni una casa ni una fuente ni un camino. Mi madre se fue con él para verlo. Los llevó alguien del Departamento Territorial. Mientras, los niños nos quedamos con Bidy O'Halloran en Lilfordia. Fue allí donde alcancé la cima de la maldad infantil. Bidy se alojaba en la misma cabaña donde estábamos instalados mi hermano y yo. ¿Cómo debía de ser compartir el aire y el espacio con dos niños que se pasaban tanto tiempo en el orinal?... porque las enseñanzas sanitarias seguían siendo una prescripción fundamental para la formación del carácter. En la cabaña había dos camas, hechas al estilo de entonces. Clavados en el suelo de barro duro se hundían unos palos cortos bifurcados. Entre estas bifurcaciones se extendían unas varas. Sobre esta estructura cuadrada había piezas enlazadas de cuero de buey. El trenzado sostenía los colchones. Había una gran cuna de metal para Harry. Ni que decir tiene que Bidy sentía predilección por mi hermano, dulce, obediente, encantador, el niño ideal; también yo le hubiera preferido. Los Lilford tenían dos hijas, para mí muy mayores, de diez u once años, quemadas por el sol, piernas al aire, descalzas, atléticas y delgadas, muy distintas a los niños que yo había conocido. Incluyeron a Harry en sus juegos, pero no a mí. Las consideré bruscas y maliciosas y crueles. Su acento las hacía de difícil comprensión. Las temía. Yo suspiraba por formar parte de sus juegos. «Luego», decían. «Luego.» Que quería decir... alguna vez... nunca. El dolor punzante de la exclusión.

Entonces empecé a robar cosas pequeñas, ridículas como cajas de colorete, cintas, tijeras y también dinero. Mentía respecto a todo. Tempestades de infeliz y ardiente rabia, como si el odio me quemara viva. Cuando regresaron mis padres y preguntaron: ¿por qué las tijeras?, les dije que quería matar a Bidy. Ellos sabían que lo que yo necesitaba era la regular rutina del cuarto de los niños, una vida ordenada, pero ¿cómo y cuándo? Para eso tenía que existir una casa, y aún no se había construido. Nos pusimos en marcha en un carro tirado por bueyes por la carretera del norte. La carretera era entonces un camino, y estábamos en enero, la estación de las lluvias, por lo que el camino estaba lleno de barro. Dieciséis bueyes de carga lo tiraban. Dentro había tres adultos y dos niños, y lo indispensable, porque los baúles con ropa elegante, tejidos de Liberty's para cortinas, pesados cubiertos de plata, alfombras persas, un jarro y una jofaina de cobre, libros, cuadros y el piano, llegarían más tarde, en tren. Pasamos cinco días con sus noches en el carro, a causa de la crecida de los ríos y del mal estado del camino, pero sólo me queda un recuerdo, no de infelicidad ni de rabia, sino del comienzo de un paisaje distinto; una lámpara a prueba de viento que se balancea, se balancea en la abertura trasera del carro, el oscuro despoblado a cada lado del camino, el cielo estrellado. Era un carro con capota, como los de las películas norteamericanas, como los que utilizaron los afrikaners en África del Sur en sus travesías huyendo de los británicos, hacia el norte, hacia la libertad.

De nuevo nos alojábamos en casa de desconocidos, a la manera de los colonos, pagando nuestra estancia, en esta ocasión en una pequeña mina, a unos tres kilómetros de la colina donde iban a construir la casa. Se ocupaban de la mina los Whitehead y era propiedad de la compañía Lonrho. Casi todo, entonces, lo era. Lonrho era la sucesora de la British South África Company, que había ayudado a Rhodes a anexionarse Rhodesia del Sur, y durante mucho tiempo se referían a ella como «la compañía», y no sin afecto. Una vez más, había varias *rondaavels*, y una cabaña que era la casa central. Más allá de descoloridos vertederos de mina se levantaba la maquinaria de la mina, que parecía un saltamontes. Más allá se encontraba el almacén de la mina y luego el recinto lleno de cabañas de paja. Árboles pawpaw, guayabas, llantenes, caléndulas, cosmos, cañacoros, anémonas y flores de Pascua: éstas eran las plantas que señalaban la ocupación blanca.

Antes de que empezara el cultivo, debían cortarse por lo menos un centenar de acres de árboles, y los tocones debían ser arrancados o quemados. Era necesario comprar la maquinaria agrícola y el ganado. Debían construirse la casa y los «kraals», establos para el ganado, y los cobertizos para la maquinaria.

La granja constaba de más de un millar de acres de jungla, pero existía cierto acuerdo según el cual mi padre podía utilizar tierra contigua, no otorgada por el gobierno, como pasto, y como esta tierra entonces no estaba ocupada, «nuestra» tierra se prolongaba indefinidamente hasta las colinas Ayreshire. No vivía nadie, ni blancos ni negros, en aquella tierra.

Sólo un incidente queda de aquella época, un incidente que se repitió unos meses y al que mis padres se referirían más tarde mirándose mutuamente con aquellas caras atónitas, incrédulas que acompañan tales momentos de reconocimiento: «¡Dios mío, aquella época fue terrible, terrible!». ¿Cómo conseguimos soportarla?... es el mensaje no expresado que acompaña a las palabras. Era la hora de dormir y a los niños, mi hermano y yo y dos más, nos acababan de instalar en un *rondaavel*, con camas protegidas por mosquiteras. Una chica mayor entró con una vela, y la dejó encima de un bidón de gasolina, por lo que la llama no estaba más que unos centímetros de la mosquitera. Mi madre entró para hacer las comprobaciones nocturnas, vio la vela y se precipitó en la habitación, con una mano agarrada al pecho mientras alcanzaba la vela. Dijo con una voz entrecortada a causa del susto: «¿Qué estáis haciendo? ¿En qué estabais pensando?». Tenía razón. Si yo hubiera sacado una pierna de la mosquitera le habría dado a la vela y la cabaña habría ardido en llamas: era de paja, con paredes de palos y barro. Mi madre se quedó plantada allí, mientras la palmatoria temblaba en su mano y la cera derretida se esparcía. Mientras, la culpable lloraba, al caer en la cuenta de lo que habría podido pasar. ¿Cómo es posible?, siguió diciendo mi madre en voz baja y aterrada. «¿Cómo puede alguien en sus cabales hacer una cosa semejante?» Nunca he olvidado su incredulidad. La gente capaz no comprende la incapacidad; la gente inteligente no comprende la estupidez.

Mis padres no entendían a los Whitehead, los consideraban estirados e insatisfactorios, aunque pronto se familiarizarían con la gente que se dedicaba al campo, se arruinaba, se dedicaba a la minería, triunfaba, triunfaba parcialmente o se arruinaba, volvía a trabajar en el campo, se convertía en propietaria de almacenes mineros... hacía cualquier cosa que le saliera al paso. Como consecuencia de esta vida precaria y atropellada, algunos amasaban fortunas. Otros morían por la bebida. Los Whitehead no eran cultivados en ningún sentido. No sabían nada de la vida de colono. A mi madre no le gustaban, y ellos la debieron de considerar un hueso duro de roer. Por lo que se refiere a mi padre, llevaba la contabilidad de la mina, y lo seguiría haciendo durante un par de años después de haberse establecido por su cuenta. Ya nos preocupaba el dinero. Había algo desagradable en la contabilidad. Mr. Whitehead o era descuidado o



fraudulento, y culpaba a mi padre. Lo he contado, con humor, en *En busca de un inglés* (In Pursuit of the English), pero para mis padres fue el horror máximo, que expresaban exclamando: «¡Dios mío, aquella época fue terrible!». No fue nada divertido vivirlo.

Mi padre cabalgaba todos los días para supervisar el comienzo de la granja, puesto que ya había allí un «capataz», Old Smoke, de Nyasaland, que se había llevado consigo a sus parientes, y buena parte de la mañana se consumía en largas, pensativas consultas entre los dos hombres, que por regla general se sentaban cada uno en un extremo de un tronco cortado. Los dos hombres fumaban: mi padre su pipa, y Old Smoke dagga, o marijuana. Por esta razón le llamaban Old Smoke. Por regla general, mi madre iba andando, para pasar por lo menos parte del día allí, y nos llevaba con ella, por lo que podíamos ver cómo cortaban los árboles, removían las tierras, el nuevo ganado en sus kraals, la excavación de pozos. Excavaron dos pozos donde habían señalado los zahoríes... Entonces todo el mundo utilizaba zahoríes para pozos y, más tarde, para perforaciones. Pero sobre todo nos dedicábamos a contemplar la construcción de la casa. La hierba del vleis para el tejado de paja de la casa aún era tierna, pero las paredes de madera y barro de la casa podían ser ya construidas, y así se hizo. Hablé de este proceso en *Going Home*, la construcción de una casa a partir de lo que crecía en la jungla, y ninguna casa ha vuelto a tener para mí el íntimo encanto de aquélla. En Londres vivimos en casas donde ha vivido otra gente, y otros vivirán allí cuando nos mudemos o muramos. Una casa hecha de plantas y tierra de la jungla es casi como un abrigo o un vestido, y pronto habrá que renunciar a ella, porque seguramente volverá al descampado, por un incendio, insectos o lluvias pertinaces, mucho antes de que uno muera. Un minuto después de que la hierba estuviera a punto, empezó a construirse el tejado, puesto que la prioridad era huir de los Whitehead.

Todos los vecinos habían advertido a mis padres que habían escogido un emplazamiento que les crearía problemas, en la cima de una colina, lo que significaba que los bueyes tenían que arrastrarlo todo arriba y abajo por las empinadas pendientes. Mi padre lo eligió por la belleza del lugar y, luego, mi madre dio su aprobación. Desde la casa se veía al norte las colinas Ayreshire, por encima de cadenas menores, vleis y dos ríos, el Muneni y el Mukwadzi. Al este, una amplia extensión de tierra acababa con los Umvukves, o el Gran Canal, donde cristalinos colores azules, rosas, morados y malvas iban sucediéndose con los cambios de luz. El sol desaparecía sobre las largas sierras bajas de las montañas Huniyani. En la estación de las lluvias resultaba un monte extravagante, de belleza exuberante, básicamente virgen, pero incluso en los lugares donde había sido talado para hornos mineros, el monte había crecido de nuevo.

Por doquier, entre los árboles, las sierras y los escollos de cuarzo partían el terreno, porque era una región de oro, y en cada escollo de protuberante roca se podían ver las marcas del martillo de un explorador que había dejado al descubierto una costra de oro falso —piritas— o el discreto brillo de mica.

Semanas antes de que se acabara la casa, cuando todavía era un esqueleto de palos clavados en el suelo y luego palos cubiertos por una piel de barro, y más tarde una casa toscamente cubierta de tejado de paja, con agujeros que serían ventanas, mis padres se sentaban encima de bidones de gasolina delante de ella (donde pronto habría mecedoras), y contemplaban las montañas, o el crepúsculo, o las sombras de las nubes, o la lluvia que envolvía o atravesaba el paisaje. Yo me sentaba sobre la pierna buena de mi padre y también miraba.

Cuando la casa estuvo acabada, colgada en la cima de la colina, cortaron unos treinta metros de arbustos al frente, y a cada lado. En la parte trasera, donde estaban el garaje y las cabañas de almacenamiento, habían cortado unos cien metros de árboles aproximadamente. La auténtica jungla, la viva, la jungla llena de animales y pájaros, no

quedó, pues, muy alterada durante veinte años, hasta que mis padres se fueron a mediados de la Segunda Guerra Mundial, y era fácil sorprender a un ñu o a un gato montes o a un puerco espín a tan sólo unos metros de la zona que había sido despejada. Dos abruptos caminos llevaban de la casa a los campos delante, y un sendero empinado, a través de espesos árboles y arbustos, hasta el pozo. Bajando por la colina frente a la casa había un gran mawonga, con su pálido tronco marcado por cicatrices de relámpagos, un anciano árbol lleno de abejas y miel. Lo que me impresiona ahora no es lo mucho que nuestra ocupación afectó al paisaje de la granja, sino lo poco que lo afectó. A un lado de la colina estaba el gran campo, el centenar de acres, y había pequeños campos aquí y allá. Kraals de ganado, graneros para tabaco... y la casa de la colina. El pueblo de los labradores, en una colina más baja, se fundía con la jungla, igual que nuestra casa.

La casa de la colina no era distinta de la mayoría de las primeras casas construidas por los colonos que, cuando llegaban a la colonia, casi siempre eran pobres. Por regla general se trataba de chozas de ladrillo y metal acanalado, con una o dos habitaciones. Las casas más atractivas de aquellos primeros tiempos eran como las de los africanos. Las familias africanas tenían varias cabañas, cada cabaña para una finalidad distinta, y las casas de los primeros colonos a menudo contaban con media docena de cabañas de tejado de paja, o ladrillo o madera y barro, a veces unidas por pérgolas cubiertas de begonias o buganvilla. Los suelos eran de ladrillo o de cemento rojo, muy a menudo de estiércol y barro machacado. Las cabañas africanas no tenían ventanas, pero las cabañas de los blancos siempre las tenían, a veces ventanas divididas por marcos, con gasas dentro, por lo que parecía una pajarera. En los suelos había esteras de junco o pieles de animales. Las primeras camas podían ser de trozos de piel de buey sujetadas por palos. Las tiendas de muebles se encontraban a muchos kilómetros, en Salisbury, y unos carros los transportaban; incluso cuando se transportaban en tren, las mesas y las sillas tenían que recorrer un buen trecho desde la estación hasta las granjas por caminos pésimos. Cuando los granjeros se arruinaban, lo que sucedía a menudo, las liquidaciones de granjas reciclaban muebles entre las demás. A menudo algún negro con dotes para ello construía muebles con árboles de la jungla, y a veces con cajas de gasolina o parafina. En aquellos días la gasolina y la parafina llegaban en latas de cuatro galones, dos en cada caja. Con ellas se podía hacer un canapé. Aparadores, escritorios, tocadores, se hacían con dos o cuatro cajas en los extremos, con una tabla encima, y cajas dispuestas horizontalmente sobre ellas. Estas prácticas de supervivencia cobraban aires civilizados gracias a cortinas hechas de sacos de harina. La harina llegaba a las granjas en blancos y espesos sacos que, cuando se lavaban, quedaban suaves y adquirían un tono sedoso apto para el tinte. Otras veces las cortinas se hacían de arpillera bordada.

Si se era realmente pobre, lo imprescindible era comprar una cocina de leña Dover. Todas las granjas tenían una... o casi todas: un colono recién llegado podía vivir una temporada en una cabaña de barro, bajo un tejado metálico acanalado, sin más cocina que una fogata.

Las casas se iban mejorando, se demolían, se reemplazaban por casas de sólido ladrillo, con techos, que hablaban de éxito, o seguían siendo el centro de una granja que se ampliaba, llena de habitaciones.

El talento para la invención, para la improvisación, nunca se perdía. Incluso en una casa propiedad de un «granjero con talonario» (le oí esta antigua y envidiosa frase en 1988, referida a un granjero negro, a uno que aún no tenía talonario), podía haber cortinas de arpillera o volantes bordados en lana roja y naranja y negra, o encajes con aquellos dibujos geométricos de moda en la «época del jazz». O blancas cortinas hechas de sacos de harina, teñidas. He visto una granja llena de antigüedades —auténticas antigüedades de Inglaterra y Escocia—, con dormitorios en los que había ventanas de las que colgaba zaraza satinada y camas con doseles de zaraza, pero con un guardafuegos de arpillera bordada, y librerías hechas con cajas de gasolina que cubrían paredes enteras.

Lo único que diferenciaba nuestra casa de las otras primeras casas era la forma,

alargada y atravesada por habitaciones. Una fotografía del hospital de Madre Patrick y sus enfermeras, de principios de la década de 1890 —las monjas dominicas fueron las primeras mujeres de la colonia— es casi idéntica a la de nuestra casa, antes de que florecieran galerías y pórticos y más tarde otra habitación se uniera a la casa a través de una pérgola. En el interior, estaba mejor amueblada que la mayoría: por ejemplo, el salón donde estaba la mesa del comedor, hecha de madera de la jungla, estaba dispuesta de manera que pudiéramos contemplar las colinas mientras comíamos. El pálido barro gris de las paredes lo dejaron sin encalar, porque quedaba muy bonito con las cortinas Liberty. Las sillas, un canapé, las librerías provenían de la liquidación de una granja. El escritorio era de cajas de gasolina coloreadas, y John William McVeagh y su segunda esposa, la hija de un cura disidente, contemplaban la galería a través de la gasa de mosquitera, y las hileras de latas de gasolina y parafina pintadas de verde sostenían pelargonios. La habitación contigua, la de mis padres, tenía auténticas camas y colchones, las cortinas eran de Liberty, las alfombras eran de Persia, la jofaina y el jarro de cobre reposaban sobre un lavabo hecho con una caja de gasolina. En la siguiente habitación, en un principio el dormitorio de mi hermano y mío, luego el mío, había esteras de caña en el suelo, las colchas estaban hechas de sacos de harina tejidos de color naranja, el lavabo y el tocador con cajas de gasolina, pintadas de negro. La pequeña habitación del fondo tenía esteras de caña y una caja de gasolina servía de mesa y tocador. Era la habitación en la que Bidy O'Halloran vivió durante un año. Para adornarla, bordó las blancas cortinas de saco de harina con resplandecientes sedas que aún mantenían el color al cabo de veinte años.

No había nada notable en las lámparas de aceite que tenían que rellenarse cada mañana, puesto que aquellas primitivas granjas no tenían electricidad. Ni en la cuba de riego con su cubierta de paja y sus dos depósitos, uno junto al otro, cuyos grifos nunca se dejaban gotear, puesto que incluso un vaso de agua se calculaba en términos de la energía de los bueyes que tres o cuatro veces a la semana arrastraban los pesados toneles por la colina. Ni en el retrete, un cajón de embalaje con un agujero de veinte pies, situado a veinte metros de la casa, en la colina, dentro de una cabaña, cuya puerta abierta estaba oculta tras una mampara de paja. Ni en la alacena, una doble pared de alambre de granja rellena con carbón vegetal donde el agua caía lentamente de unos contenedores que goteaban día y noche; la comida se mantenía fresca porque la alacena estaba dispuesta de manera que estuviera siempre aireada por los vientos. Cuando una granja se remozaba y conseguía disponer de electricidad, de agua corriente, o de una habitación con retrete, se invitaba a los vecinos para inspeccionar el triunfo, que parecía hacerse extensivo a todos los demás y a todos nos llenaba de satisfacción.

Mi madre debió de caer en la cuenta casi inmediatamente de que no sucedería nada de lo que había imaginado.

No hace mucho tiempo me mandaron las memorias inéditas de una joven inglesa, con hijos pequeños, que se encontró en la jungla de la antigua Rhodesia, sin casa, porque aún tenían que construirla, sin campos preparados para el cultivo... sin nada. Y, en particular, sin dinero. También ella tuvo que arreglárselas, hacer frente a serpientes y animales salvajes e incendios forestales, aprender a preparar pan en hormigueros o pasteles en bidones de gasolina sobre fuegos al aire libre. No tuvo un instante de felicidad, temió y despreció a los negros, todo le pareció insoportable. No pudo hacer frente a nada. Al leerlo, no pude evitar compararla con mi madre, que habría sido incapaz de situar un huerto en un lugar donde la crecida del río pudiera inundarlo, quien nunca se escapó corriendo de una serpiente ni se puso histérica ante una difícil tormenta. Otro manuscrito, en esta ocasión de Kenya, reflejaba lo mismo: lamentos de infelicidad y de autocompasión, y una casi deliberada incapacidad de realizar cualquier

cosa. Los dos relatos de memorias me recordaron lo que mi madre consideraba peor de todo aquello. Aunque resulte difícil de creer, lo que más les preocupaba a aquellas dos memorialistas, en plena experiencia de la vida agreste y dura, era esto: ¿seguían siendo gente de clase media, «gente agradable»? Pero así era. De forma similar, mi madre se sentía infeliz porque sus vecinos más próximos no eran de clase media inglesa. ¿Cómo pudo ser que mi padre, quien, a fin de cuentas, debió de haberse dado cuenta de las preferencias de ella, escogiera una región donde toda la «gente agradable» se encontraba a kilómetros de distancia, al otro lado de la región? ¿Es posible que nunca comprendiera lo mucho que aquello significaba para ella? Quizás para lo único que le quedaban fuerzas era para encontrar un terreno, y después tuvo que crear una granja a partir de nada, y emprender un tipo de labores que él no había imaginado. Siempre había querido ser agricultor, pero su cabeza albergaba los esquemas de la agricultura inglesa que él recordaba de niño.

Los dos creyeron, y durante años, que un cambio de suerte les procuraría el éxito. Puede que ella no se diera cuenta en un principio de que su minusválido marido sería incapaz de dominar la selva y de que nunca se enriquecerían como les había prometido la Exposición, pero de lo que sí se daba cuenta fue de que la vida de cenas sociales, veladas musicales, reuniones para tomar el té, meriendas en el campo, se había evaporado. Esto equivalía a ver frustrada una parte esencial de su persona. Al ir a Persia, se había llevado todo lo necesario para una vida de clase media. A África se llevó vestidos para ir de visita y para «recibir en casa», tarjetas de visita, guantes, pañuelos del cuello, sombreros y abanicos de plumas. Sus trajes de noche eran incluso más elegantes que los que entonces se llevaban en la sede del Gobierno. Probablemente pensó que ése era el lugar al que la invitarían. Fue capaz de desafiar a su padre para ser algo tan corriente como una enfermera, pero nunca tuvo intención alguna de abandonar su posición de clase media. Sus hijos la resarcirían e incluso la superarían. Por lo tanto en aquel primer año, tras observar concienzudamente sus circunstancias y a sus vecinos, no hizo sino posponer sus ambiciones. La granja pronto alcanzaría el éxito, y luego ella podría volver a Inglaterra, inscribir a sus hijos en buenos colegios, y daría comienzo la vida real.

Mientras, no pudo hacer un uso ni más eficiente, ni más ingenioso, ni más enérgico de lo que encontró a su alrededor en la jungla, o en la granja.

Llegados a este punto, me veo en la dificultad de reconciliar la época de la infancia con la época adulta. Hubo un estadio de mi vida —ya me encontraba en Inglaterra e intentaba afanosamente que mi vida tuviera sentido a través del estricto uso del recuerdo— en que comprendí que todo un tramo de tiempo había desaparecido. Había un abismo, un agujero negro. Años y años... o así me lo parecía. Y, no obstante, la sucesión de los acontecimientos externos es nítida. En enero de 1925, la familia se encontraba en Lilfordia. Entre enero y junio de 1927, yo estudiaba con Mrs Scott. Sin embargo, ya había pasado un curso en Rumbavu Park. Todos estos recuerdos nebulosos, interminables, tenían que encajar en el plazo de un año y nueve meses. Imposible. Lo dejé estar. Pero luego volví a ello, una y otra vez... y me vi forzada a admitir que entre mis chapoteos por el barro y agua que luego servirían de argamasa para nuestra casa, y mi entrada en el colegio, habían pasado... menos de dos años. E incluso ahora siento incredulidad, no puede ser así. Pero fue así. Entre enero de 1925 y septiembre de 1926, sucedió lo siguiente.

Todos nosotros, la familia al completo, padecimos malaria en dos ocasiones, duramente. Aplanaron las nuevas tierras de la granja, se equipó la granja con lo necesario, se construyó la casa, y nos trasladamos a vivir en ella. Bidy O'Halloran se fue, enhorabuena por ambas partes. Mi madre sufrió una depresión que la mantuvo

meses en cama. Mrs Mitchell y su cruel hijo de doce años vinieron y se fueron. Yo aprendí a leer y entré triunfalmente en el mundo de la información a través de lo que estaba impreso en los paquetes de cigarrillos, embalajes de comestibles, las grandes letras en la parte alta de los periódicos, el catálogo de los Almacenes de la Marina y el Ejército, palabras escritas debajo de imágenes... y después, libros propiamente. Mi hermano y yo seguimos clases por correspondencia organizadas por el gobierno para hijos de agricultores.

Éste fue el esquema de los acontecimientos, y tiene muy poca relación con lo que yo recuerdo, la crónica de la época de la infancia.

Biddy O'Halloran se apoya en el bastón de caza de mi padre, y nos encontramos en el gran campo de cultivo, bajo la colina, rodeados de saltamontes y mariposas. A ella le han extraído el apéndice, y le está diciendo a mi hermanito que si no mantiene la boca cerrada un saltamontes saltará dentro hasta su apéndice y se lo sacará a través del estómago. Él llora de terror. «Claro que no es verdad», exclama mi madre más tarde, cuando vamos a la cama, mientras mi hermano solloza. Pero años más tarde mi hermano me contó que sentía un miedo irracional ante los saltamontes; yo pude explicarle la razón: «¿Quieres decir que sólo se trata de esto?», preguntó, intentando reírse, pero sorprendido de que lo que tanto le había influido, y durante tanto tiempo, fuera tan insignificante.

Biddy O'Halloran tenía la piel clara, y en la «uve» de su vestido de algodón había un chorro de suave rojo. La mirada atenta de un niño descubría que se trataba de una mancha escarlata y crema. Dos niños de corta edad debaten sobre cuánta gelatina roja y crema se ha metido debajo de la piel de Biddy. «Se metió por un agujero y luego se esparció.» Nos inventamos excusas para acercarnos, nos riñen por mirar, nos apartamos para decirnos mutuamente que no era un agujero. En consecuencia, ella debe de haber esparcido la gelatina, y ha atravesado la piel. «Mami, ¿cómo se ha metido debajo de la piel de Biddy la gelatina roja y la leche?» «¿Qué gelatina roja? ¡Menuda tontería!» Discutimos seria, científicamente el misterio, sentados bajo el alero del techo de paja, en presencia de los perros. «Pero quizás no sea gelatina, ¡es sangre del roastbeef!» «Pero ¿qué son entonces los trozos blancos?»

O largas, pensativas miradas a las uñas de los adultos, donde se ve una pálida mancha en el rosa de una uña. «Mami, ¿por qué Dios no acabó tu uña?» «¿Qué quieres decir con acabar?» «Mira, aquí hay un agujero.» «¿Qué agujero? ¡Esto no es un agujero!» Los pelos del antebrazo de un adulto, cada dorado tallo en su pequeño orificio de piel oscura. Los olores. Biddy tenía un olor agrio, cortante y molesto, cuando se rociaba con colonia. El olor de mi madre era potente y salado. El de mi padre, masculino y rancio, olor a humo.

Mirábamos desde un recodo cómo mi madre enseñaba a Biddy a meter trapos ensangrentados en una lata de gasolina para remojarlos, bajo el techo de paja de la parte trasera de la casa. La mirada de dramático secreto en la cara de mi madre, su voz baja y dramática. Los movimientos lánguidos e irritados de Biddy. Sabíamos que los «chicos» no debían ver el contenido de esta lata. Nos acercábamos muy despacio hasta la lata cuando las mujeres se habían ido y especulábamos: Biddy se había cortado el dedo o el pie... debía de ser eso. Pero ¿por qué mami no quería que los niños lo supieran? Nosotros nos cortábamos, o teníamos magulladuras, y a veces los «muchachos» nos limpiaban la sangre. ¿Por qué entonces...?

El mundo de los adultos, con su desorden, su falta de sentido, sus misterios, dos niños intentando colocar las cosas en su sitio, darles los nombres correctos...

Estoy tendida en mi cama, leyendo *The Three Royal Monkeys*, de Walter de la Mare. Uno de los hermanos monos se come una naranja, que cree convenientemente dividida

en gajos para separarlos y comerlos. No tiene sentido para mí. Los gajos de naranja que estoy comiendo mientras leo son demasiado grandes para mi boca. No obstante yo soy más grande que los monos que veo correr apresuradamente por los árboles exactamente allá abajo, en la colina, y que a veces entran en la casa e inspeccionan las vigas antes de volver corriendo a los árboles. ¿Se refería el mono del libro a aquellos minúsculos globos de zumo de naranja, cada uno en su pequeña bolsa, que hago estallar en mi lengua, inundando mi paladar de aroma y sabor? Pero seguramente no era así: glóbulos no son gajos. Me tiendo y me hago preguntas, leo y pienso... Los monos reales deben ser mucho más grandes que los monitos de la jungla que nosotros conocemos. Cuando parten las pieles de la naranja, su piel les impide sentir los raudales de repentino zumo que brota. La rociada vive en los poros de la piel de la naranja. Cuando llega una visita que tiene piel de poros abiertos en la cara y el cuello, le miro secretamente a los poros donde se asienta el agua. Si la presionara, ¿dispararía esta piel una rociada...? «¿Qué mira esta niña?» «Doris, ¿por qué miras así? Es de mala educación.» Me voy, salgo corriendo, me siento bajo un arbusto en la parte baja de la colina, tiro de una hoja en un arbusto, miro sus venas y los poros entre ellas. Parto la hoja pero ninguna rociada de fuerte olor inunda mi cara y mis manos. En el arbusto hay un camaleón. Lo veo avanzar lentamente por una rama. Y luego, de repente... subo corriendo la colina hasta mi madre, sentada en su butaca, junto a mi padre, mirando hacia la jungla. «¿Qué demonios pasa?» «Mami, mami...» «Pero, ¿qué pasa?» «El camaleón», sollozo, histérica, horrorizada, «El camaleón...» «¿Qué camaleón?» «Estaba enfermo y todo lo de dentro le salió afuera.» Vuelvo a bajar corriendo por la colina. Detrás me siguen mi madre y mi hermanito. El camaleón está tranquilamente aposentado en la rama, tras un pequeño avance, y sus ojos dan vueltas.

Estoy conmocionada, es como un sueño. Veo salir las entrañas del camaleón y... vuelve a suceder, chillo. «Psss...», dice mi madre, sujetándome. «No pasa nada. Está atrapando moscas, ¿no lo ves?» Tiemblo de decepción y miedo... pero también de curiosidad. Me quedo protegida entre los firmes brazos de mi madre. «Espera», dice. La lengua del camaleón, como una porra, se dispara afuera, una gruesa raíz de carne, y vuelve a desaparecer dentro del camaleón. «¿Lo ves?», dice mi madre. «Es sólo su manera de alimentarse.» Me hundo en sollozos, y ella me lleva de vuelta hacia la casa. Pero yo he adquirido la visión adulta; cuando vea a un camaleón, sabré que lanza afuera su enorme y gruesa lengua, pero no lo veré realmente, nunca más, no como lo vi la primera vez.

En 1992 me encontraba, un par de semanas después de las primeras lluvias, en Banket, cerca de un árbol mafuti, uno grande. El mafuti es un árbol imponente, con sus frondosas hojas de verde oscuro, su tronco grueso y seguro. Todo en él es solemne. Pero crecía en su raíz una excrescencia, como una criatura marina, vainas corales donde sobresalían las uñas tiernas y brillantes de nuevas hojas, que eran como terciopelo verde. No tenían nada que ver con las sobrias hojas de más arriba. Y de repente recordé que de pequeña había echado a correr hacia la casa, diciendo a gritos que un monstruo estaba atacando al árbol, un escarabajo del tamaño de un gato.

Me despierto de noche. Me rodea, me envuelve un ruido susurrante, sigiloso. Me incorporo sobre el codo, miro a través de la blanca mosquitera. Me palpita el corazón, pero el susurro es más fuerte. El marco de la ventana se ilumina, una, dos veces. ¿No será un coche que sube por la colina, los faros...? No, el dormitorio de mis padres está a oscuras, están en cama, demasiado tarde para un coche. Es como si el tejado de paja susurrara. De repente caigo en la cuenta, mis oídos se llenan del sonido de las ranas y sapos abajo en el vlei. Llueve. El sonido es el de la seca paja que se llena de agua y se hincha, y las ranas están exultantes por la lluvia. Al caer en la cuenta, todo a mi

alrededor vuelve a su sitio, la paja del tejado que absorbe la humedad del cielo, las ranas tan sonoras que parecen estar allá abajo, en la colina, cuando en realidad están a tres kilómetros, la suave caída de la lluvia sobre la tierra y las hojas, y los rayos, aún lejanos. Y entonces, confirmando el orden de la noche, se oye el estruendo repentino del trueno. Me recuesto, tranquila, bajo la mosquitera, escuchando, y lentamente me vuelvo a dormir llena de los sonos de la lluvia.

O aquella noche en que, acabados de acostar, llegan desde el otro extremo de la casa los sonidos de voces de adultos y la música que mi madre toca en el piano. Mi hermanito y yo hablamos con voces quedas, sabiendo que deberíamos dormir. Yo recuerdo los cuentos para dormir que nos cuenta mi madre, sobre los animales de la jungla y los ratones del trastero. Entonces quiero asustarlo con el dragón del cuento sobre san Jorge y el Dragón. Me asusto a mí misma. El dragón se ha posado sobre el tejado de paja, llena el cielo, con sus garras separadas y el fuego que sale de su boca. Sé perfectamente que no hay ningún dragón, no obstante estoy asustada. Igual que, cuando me he convencido de que hay hadas malvadas por los rincones del dormitorio, sé que me las he inventado. Cuando finalmente empiezo a chillar para que venga mi madre, y viene y dice, tranquilizadora, que no hay ningún dragón, ni ningún hada tras las cortinas, me siento impaciente, porque no se trata de eso. Necesito que me riñan por no haber dejado dormir a mi hermanito, por haberme «inventado cosas». Igual que cuando estoy sola allá abajo, en la colina, exactamente donde empieza la tierra de cultivo, junto a un viejo árbol torcido y nudoso como los de Peter Pan en los jardines de Kensington, me imagino hadas con tal fuerza que casi puedo verlas. Cuando imagino hadas y duendes en el hormiguero, con sus cortinas de helechos de Navidad y sus azucenas, permanezco en un absoluto y atento silencio, consciente de que, si vuelvo la cabeza con la rapidez suficiente, cuando ellos no se lo esperen, podré verles. Lo que no quiere decir que en realidad crea que están allí. De la misma manera que creo y no creo en lo del diente debajo de la almohada. Mi incredulidad respecto de Papá Noel no me impide esperar los renos ni explicar a mi hermano que entrarán por la ventana, puesto que no hay chimenea. Largas y serias discusiones en voz baja, entre las sombras de la habitación, tras apagar la luz, sobre los renos y lo muy rápido que tendrán que volar desde Inglaterra para llegar a tiempo en la Navidad, y sobre si los renos tendrán que bajar de vez en cuando para alimentarse, y sobre qué pensarán de los árboles y la hierba, puesto que a ellos lo que les gusta es el musgo. Cuando mi hermano le cuenta a mi madre que yo creo que los renos llegarán para Navidad y que comerán musasa y hojas de mafuti, se puede deducir de su ceño fruncido que está pensando en cómo equilibrar la realidad y la necesaria fantasía, y yo digo inmediatamente, con precipitación, que por supuesto que no creo en Papá Noel.

Mi madre decidió que estaba mal del corazón. Toda su vida supo que estaba mal del corazón y que podía morir en cualquier momento. Al final murió a la respetable edad de setenta y tres años, de un infarto. Incluso de niña, yo ya comprendía las ventajas psicológicas de estar mal del corazón, y creí que se lo inventaba para despertar compasión. También creía que a mi padre no acababa de convencerle aquella historia del corazón.

Ahora comprendo por qué se metió en cama. En aquel año pasó por el replanteamiento que la mayoría tenemos que llevar a cabo por lo menos una vez en la vida. Hemos de renunciar a lo que creíamos que era nuestra razón para vivir. Colocaron su cama en la habitación de delante, por las ventanas y sus vistas a las colinas, bajo la severa mirada de su padre, John William, y de su fría y obediente esposa. Todo a su alrededor eran signos de la respetable vida que ella consideraba su derecho, su futuro, bandejas de plata para el té, cuadros al pastel ingleses, alfombras persas, los clásicos en



edición de piel roja, las cortinas Liberty. Pero vivía, en definitiva, en una cabaña de barro, y lo único que podía ver desde su cama era la jungla africana, el «recinto» de la granja y su colina adicional.

El médico venía a menudo desde Sinoia. Por aquel entonces no sabían tanto de la ansiedad como ahora. Prescribió reposo en cama. El doctor Huggins, su verdadero médico en Salisbury, cuando ella se dirigía a él a través de cartas, decía: ¿Por qué preguntarle a él cuando ella ya tenía un médico que le decía lo que había que hacer? El doctor Huggins —más tarde lord Malvern— era un personaje malhumorado que no creía en la necesidad del trato cariñoso, ni como médico ni como político: poco tiempo después llegaría a ser primer ministro.

Muchas veces al día reclamaba mi presencia y la de Harry junto a su cama desde donde nos decía dramáticamente: «Pobre mami, pobre mami enferma». Y este recuerdo me permite entender lo mucho que se había derrumbado interiormente. «Pobre mami» no formaba parte, en absoluto, de su estilo. Por lo que se refería a mí, me consumían llamaradas de rabia. Mi hermanito la abrazaba siempre que ella se lo pedía. Yo la abrazaba cariñosamente, pero luego me molestaba la emoción y la repudiaba. Pronto me negué a acercarme a su cama cuando me llamaba la cocinera: «Mami está enferma», me indicaba mi padre, y yo respondía con desagrado: «No, no está enferma», porque el conflicto interior era insoportable.

Mientras tanto seguía nuestra educación, y yo no puedo sino admirar el esfuerzo de autodisciplina que aquello debió exigirle. De pie junto a su cama, o sentados en ella («No canséis a vuestra madre. No os apoyéis en ella. No...»), aprendimos las tablas de multiplicar e hicimos nuestras primeras sumas, pero las clases de lectura eran ya demasiado fáciles. Ella nos contaba cuentos y nos leía.

Entonces llegó Mrs Mitchell, con su hijo, para «ayudar» a mi madre. Harry aún dormía en el dormitorio de mis padres. Yo compartí la habitación con Mrs Mitchell. Su hijo estaba en la habitación del final de la casa.

Ella me pareció una persona cruel y su hijo un matón. Ella bebía. Cuando se fue —pronto, al cabo de pocas semanas—, bajo los arbustos, en armarios, se encontraron botellas vacías escondidas. Siempre olía a alcohol. ¿Cómo era realmente? Si hacía de enfermera y ama de llaves de una mujer enferma, y tenía un hijo, en edad escolar, debió de estar desesperada. ¿Viuda? ¿Abandonada? ¿Huyendo de un marido brutal? Esto sucedía antes de la Depresión, cuando las mujeres cuyos maridos estaban en el paro aceptaban cualquier trabajo que se les ofreciera.

Durante toda mi infancia nos dijeron que éramos pobres, estábamos muy apurados, privados de lo que nos correspondía. Yo lo creía. Luego, en el colegio, conocí a niños de familias realmente pobres. Había un estrato de gente, blanca, en la antigua Rhodesia del Sur, un poco por encima del límite del hambre, siempre con deudas, huyendo de deudores, a un paso de sucumbir a la bebida y la brutalidad. Recientemente se publicó una obra titulada *Toe-rags*, de Daphne Anderson, que es la historia de una muchacha que sobrevivió a una infancia de este tipo. A menudo eran las criadas negras las que se ocupaban de ella. Era exactamente de mi edad, y comparada con la suya mi vida fue cómoda y privilegiada. No es probable que los negros lean —todavía— este libro en Zimbabwe, donde aún es necesario creer que toda persona blanca es, y era, rica. Los blancos se han mostrado reacios a leerlo, porque no les gusta pensar que los blancos de la Rhodesia del Sur británica vivieron alguna vez en situaciones tan bajas y terribles. Este libro hace que los grandiosos mitos de la Supremacía Blanca resulten tristes y enfermizos, aunque la bella autora consiguiera una buena boda, como solemos decir, a sus veinte años, y viviera felizmente para siempre jamás. Confío que *Toe-rags* encuentre pronto su lugar en las lecturas recomendadas de los cursos de historia en Zimbabwe.

Mrs Mitchell provenía de este aterrador nivel de pobreza. Seguramente no compartió la habitación conmigo más allá de un trimestre, quizás incluso sólo unas vacaciones escolares. Para mí fue un sufrimiento infinito, un temor infinito. Yo permanecía acostada en la oscuridad sofocante bajo la mosquitera. Ella estaba bajo la otra mosquitera. Oía los ruidos que indicaban que ella estaba bebiendo. Oía deslizarse la botella entre el borde de la cama y la mosquitera, y dar un golpe en la estera. Roncaba. Se removía en su cama. En la habitación contigua el hijo gritaba en sueños. En una ocasión ella se peleó tan fuertemente con el muchacho que mi madre apareció en la puerta, vela en mano y el pelo ondeando, con la intención de que dejaran de chillar, y vi cómo se inclinaba la vela de la mano de Mrs Mitchell, y cómo se desparramaba la cera, mientras la llama subía y bajaba y humeaba a un par de centímetros de la mosquitera.

Tanto Mrs Mitchell como su hijo gritaban y pegaban broncas a los criados negros. Cuando mi padre les ponía alguna objeción, ella le gritaba que no sabía nada del país: quizás fue la primera ocasión en que yo oí todos los tópicos blancos. Ustedes no entienden nuestros problemas. Ellos sólo atienden al palo. No son más que salvajes. Acaban de bajar de los árboles. Hay que mantenerlos en su sitio. (Exactamente como los niños del doctor Truby King.)

Tenía miedo de acercarme al hijo de Mrs Mitchell. Quizás tuviera tan sólo doce años pero me parecía tan fuerte como un adulto. Atormentaba y hacía bromas pesadas al niño negro que se ocupaba de los trabajos de la casa. Perseguía y hacía bromas pesadas y atormentaba a perros y gatos. Su tirachinas lo utilizaba no sólo con los pájaros, sino también para lanzar piedras a los pies descalzos de cualquier persona negra que se le acercara.

Por mucho que intente halagar o persuadir a mi memoria, no consigo más recuerdos que éstos; ningún incidente ni acontecimiento son lo bastante malos como para explicar mi temor hacia aquella mujer. Y lo más probable es que no hubiera ni muestras de crueldad ni verdaderos golpes, sino tan sólo su enfadada y horrible voz, y las potentes y represivas injurias propias de quien odia a los negros.

No puedo ni siquiera imaginar cómo debió ser aquel año para mi padre. Su esposa estaba postrada en cama, y con «un corazón» que no hacía albergar esperanzas de posible recuperación. Tenían muy poco dinero, a pesar de que cada vez que ella empeoraba venía el médico desde Sinoia. Dos hijos pequeños, de seis y cuatro años. Precisaban esmerados cuidados, pero lo que tenían era a Mrs Mitchell y al matón de su hijo. Mi padre aún estaba intentando preparar tierras para el cultivo, abrirse paso en la jungla, disponer de campos. Se veía obligado a pasarse el día entero en las tierras, puesto que si no había tierras de cultivo no habría cosechas. Mientras, la deuda con el Land Bank crecía.

Durante algunos meses tuvo un ayudante, un holandés con muchos hijos. La narración *The Second Hut* la escribí a partir de recuerdos de aquel año.

A esa edad tan temprana nosotros, los hijos, empezamos a ir con él a las tierras. El caballo había muerto: aquella parte de la Región no era buena para los caballos, contraían enfermedades. Era en la otra parte del sandveld donde los caballos se desarrollaban bien y la gente iba a las carreras. Compramos dos burros y mi padre iba en uno de ellos. Nosotros dos íbamos en el otro. Más adelante conseguimos tener un coche, un Overland, ya de tercera o cuarta mano. Nosotros, los niños, los dos perros, Lion y Tiger, animosos perros sin raza, botellas con té frío y paquetes de galletas de la tienda, bajábamos a los campos con mi padre, y jugábamos en la jungla mientras mi madre estaba en cama, cuidada por Mrs Mitchell.

Mrs Mitchell se fue. Luego vino alguien sin cobrar, porque ayudaba por amabilidad, Mrs Taylor, una mujer danesa. Como tenía su propia familia, no se trasladó a vivir con

nosotros, pero podía quedarse durante unos días, irse y volver, y pronto olvidamos la pesadilla de Mrs Mitchell. Era una mujer grande, tranquila, de buen ver, y mi padre la apreciaba mucho. A mi padre le gustaban las mujeres. A las mujeres les gustaba él. Tenía un trato agradable, cortés, considerado, y los matices de pesar y melancolía no eran algo que un niño pudiera comprender. De lo que sí me di cuenta es de que a lo largo de toda mi infancia siempre hubo una mujer —la esposa de un vecino, o de un visitante en la región— con la que él solía sentarse y hablar de una forma particular, como si el momento en el que se encontraban los dos se situara en otro mundo, más extenso y más suave que la vida cotidiana, en el que ambos compartían, también, un entendimiento fluido y placentero, que nunca se expresaba con palabras. Mrs Taylor no iba a quedarse mucho tiempo: tenía intención de trasladarse a algún otro lugar. La gente siempre estaba cambiando de lugar, de granja a granja, de la granja a la ciudad, o «al norte» —lo que quería decir Nyasaland o Rhodesia del Norte— o bien se volvía a Inglaterra, porque aquella vida le resultaba decepcionante. «No todo el mundo puede aceptar esta vida, ya se sabe.» Y muy especialmente eran las mujeres las que no podían aceptar aquella vida.

Si mi padre siempre disfrutó de amables y, naturalmente, platónicas amistades (hoy en día hay que subrayar lo que se habría dado por descontado), mi madre también tuvo admiradores que supieron que ella encajaba sus notables cualidades en un espacio demasiado pequeño. Uno de ellos fue George Laws, hermano de Miss Laws, una maestra de Sinoia y una especie de prima de la familia de mi padre. Mr Laws era propietario de una concesión maderera en la tierra del gobierno entre los ríos. Fue él quien le hizo a mi madre un artilugio para que pudiera leer mientras estaba enferma, un soporte para leer en la cama, un taburete para el piano, canapés y sillas de madera laminada y mesas «auxiliares» tan pesadas que apenas se podían mover, incluso cuando no estaban enterradas bajo libros, diarios, revistas.

Más adelante mi madre abandonó la cama. Dijo que el peso de su pelo le provocaba jaquecas y se lo cortó y apareció con la nuca rapada, al descubierto. Un «corte a lo garçon». Mi hermano lloró. Yo lloré. Nos sentamos en las almohadas, donde reposaban las guedejas de su pelo castaño y nos envolvimos con ellas y nos desgañitamos mientras ella permanecía sentada y nos contemplaba irónicamente. Dijo: «¡Muy bien! ¡Ya está hecho!», y envolvió su pelo en un papel y lo tiró al foso de la basura.

Los cursos por correspondencia seguían llegando puntualmente, pero ella se preguntaba para qué estaba pagando dinero si lo podía hacer mejor por sí misma. Nos enseñó geografía echando agua en nuestro foso de arena y creando continentes, istmos, estuarios, islas. Cuando a uno le enseñan a ver masas de tierra y océanos de esta manera, vuelves a aquel estadio del conocimiento humano en que el mundo era plano. Más tarde encargó una esfera terrestre en Salisbury, que llegó en tren, y con ella entramos en el mundo de Copérnico. Instaló a mi padre en su silla plegable en la parte baja de la pronunciada pendiente de delante de la casa, reclamó la presencia de la cocinera y del negrito de la cocina. Mi padre era el sol. Los dos criados eran los grandes planetas, Júpiter y Saturno. Unas piedras representaban a Plutón, a Marte. Yo era Mercurio y mi hermano, Venus, corriendo alrededor de mi padre, mientras que ella era la Tierra, moviéndose lentamente. «Tenéis que imaginaros que las estrellas se mueven a velocidades distintas, todo se mueve, constantemente.» Y luego abolió este sistema de orden cósmico con un impaciente gesto de la mano. Mi padre entonces era la Tierra, y mi hermano y yo nos turnábamos para ser la Luna. «Naturalmente, tenéis que imaginarlo...»

Cantábamos la tabla de multiplicar interminablemente. Aprendimos árboles y flores inglesas a través de pequeños libros. Uno era French Without Tears. Aparecieron

inspectores de Salisbury para controlar a los hijos de los granjeros, y dijeron que sí, que íbamos bien. Sí, íbamos adelantados para nuestra edad. Pero teníamos que ir al colegio. Era la ley. Además, los niños deben aprender a relacionarse en sociedad.

Durante un tiempo, mi madre se planteó crear una pequeña escuela allí, en la granja. Había niños de varias edades en las granjas vecinas. Ahora, con buenas carreteras sería fácil, pero entonces el problema era cómo conseguir que aquellos niños recorrieran cada día, cinco, siete, nueve kilómetros, hasta la escuela y luego volvieran. Además, aquella mujer que tenía un don para enseñar a los niños carecía de título. Y no se habló más.

Ahora me encontraba en la habitación —la tercera, según se entraba en la casa— que sería mía hasta que dejara la granja para siempre. Era una habitación grande, cuadrada, de techo de paja, encalada, llena de luz. Desde mi cama veía salir el sol tras la montaña de cromo y desaparecer de mi vista con rapidez; veía salir la luna, elevarse y desvanecerse. Solía dejar la puerta abierta de par en par sujetada con una piedra, por lo cual lo que pasaba en la jungla siempre me era visible: se encontraba sólo a unos pasos bajando la acusada pendiente. Me peleaba con mi madre para que me dejara tener aquella puerta abierta. «Serpientes», exclamaba ella, «escorpiones... mosquitos... ¡no quiero ni verlos!» Pero yo seguía con la puerta abierta sabiendo que estaba a salvo dentro de la mosquitera; además, disponíamos de abundante quinina para los meses de la estación de las lluvias. Pero sí entraban serpientes en la casa; en más de una ocasión mi madre tuvo que matar alguna. Lo cierto es que crecí en una de las zonas más infestadas de serpientes del mundo. Todas eran venenosas, algunas mortales. Durante años fui por la jungla con las piernas al descubierto y descalza, y nunca me picaron. Es evidente que nos temían más que nosotros a ellas. Imposible no recordar como nos insistían una y otra vez sobre el peligro que suponían las serpientes. Acuérdate de mirar por dónde pisas, nunca pongas la mano en una rama sin mirar, nunca te subas a un árbol sin llevar cuidado, a las víboras les gusta tenderse en senderos y caminos cálidos y se mueven lentamente... acuérdate, acuérdate, acuérdate. Pero mi temor se centraba en el gran número de insectos de múltiples tipos, grandes y negros y con antenas o delgados y nerviosos e invasores, en las arañas que colgaban ante nuestros rostros en telarañas tejidas durante la noche, en las que se escondían dentro de nuestras zapatillas africanas, o nos miraban a través de agujeros en la tierra cuando nos agachábamos para mear. La irracionalidad de la humanidad queda de manifiesto en el hecho de que, cuando miro atrás, pienso en aquellas letales pero bellas serpientes con admiración e, incluso, con afecto, mientras que el recuerdo de aquellos inofensivos insectos me hace temblar.

Pero yo estaba debajo de la mosquitera, por tanto todo iba bien.

Por las mañanas me despertaba porque había entrado la luz del sol, y notaba su calor en mi cara. Inspeccionaba la mosquitera para ver si había arañas y escarabajos, luego saltaba de la cama, recogía la mosquitera con su lazo diurno. Volvía a acostarme boca arriba y permanecía estirada, tras apartar la sábana de un puntapié, oliendo todos los deliciosos aromas de aquella habitación. Primero, mi propio cuerpo, sus distintas partes, cada una con su propio olor familiar. La paja del techo tenía también su propia fragancia, húmeda o seca, según hubiera llovido o no. La creosota con que estaban pintadas las vigas tenía fuerte olor de alquitrán, parecido al del jabón. El linóleo, que ya se agujereaba, soltaba olores aceitosos, pero débiles, como el hule del lavabo. El balde de esmalte bajo el lavabo podía contener pipí, pero aprendí a escurrirme con el balde y vaciarlo por la colina sobre la tierra, que se llenaba de burbujas amarillas, las absorbía y quedaba seca casi inmediatamente. El olor del dentífrico era limpio y fuerte. Mis zapatos —zapatillas africanas sin doble suela— olían a pellejo, como tiras de piel. Pero me negué siempre a tener una colcha de piel sobre mi cama, porque la piel era

demasiado cercana a la bestia de la que provenía y, en cualquier caso, su áspera rugosidad me hacía pensar en Mrs Scott y nunca, nunca jamás, quise volver a pensar en aquel lugar.

Oía como el «boy» llevaba el té a mis padres, sabía que se despertaban, me escurría dentro de mi ropa antes de que me obligaran a hacerlo. Llevaba bragas de algodón, un vestido de algodón, a veces hecho de un saco de harina bordado, y un corpiño Liberty. El catálogo de la Marina y el Ejército regulaba nuestras vidas, como las de los niños de clase media en cualquier parte de las colonias. Los niños bien criados llevaban corpiños Liberty, con sus lengüetas para ponerse ligas y medias cuando hacía frío. Cuando se llevaban sin medias, se movían y dejaban manchas rojas en el estómago. Llegó un día en que dije no, no iba a llevarlo, nunca más volvería a llevarlo. Y al ganar la batalla para mí, también la gané para mi hermano. Él aún llevaba los apretados fajines que supuestamente evitaban que el frío afectara al hígado, mientras que yo hacía tiempo que me había negado a llevar uno. Había que llevar sombreros de algodón, ribeteados de aertex rojo, con bandas rojas que colgaban sobre nuestras espaldas para proteger nuestros espinazos del sol. Pero no, no, no, yo no los llevaría. «¡Nadie lleva sombrero!», gritaba... y era cierto, los granjeros y sus esposas no se cubrían la cabeza, a pesar de que las mujeres llevaban a veces un sombrero para ir de visita. De nada servían los alegatos de mi madre: sin fajín acabaréis con resfriados mortales, con malas posturas sin vuestro corpiño Liberty, con insolación sin los sombreros ribeteados de rojo. Por lo que se refiere a los sombreros, parece que mi madre y los Almacenes de la Marina y el Ejército tenían razón. Recientemente (1992) acudí a un especialista de la piel en Londres y me dijo que la mayor parte de sus ingresos provienen de blancos adoradores del sol en Australia, Sudáfrica y Zimbabwe.

Me vestía a mi propio gusto, como siempre desde que pude hacerlo sola, mientras que a mi hermanito, ahora a punto de cumplir los seis años, aún le vestían. Se suponía que era frágil, y a menudo pillaba bronquitis y se quedaba en cama con la cabeza cubierta por una toalla y la cara sobre una jofaina de agua caliente que emitía los vapores de aceite de gualteria, y de bálsamo de fraile, un compuesto de tintura benzoica. Aún tendría que transcurrir un par de años antes de que se negara a que le llamaran «nene», se negara a ser frágil.

Cuando yo entraba en el dormitorio de mis padres, mi padre se estaba colocando su pierna de madera con sus pesadas bandas de piel, el cangilón para su muñón; mi madre, con su bata de seda floreada de Harrods, estaba vistiendo al nene. Las cortinas Liberty aún eran nuevas. Brillaba el encalado. El techo de paja era amarillo y olía a nuevo. Aún faltaban años para el lento abandono al que la casa acabó por rendirse.

Desayunábamos en la sala que daba a aquella parte de la jungla que se extendía hasta las colinas Ayreshire. Mamá en su fresco vestido de algodón, papá con el caqui granjero y sus dos sanos hijitos. El desayuno era un desayuno inglés completo: gachas de avena, entreverado de tocino, huevos, salchichas, pan frito, tomates fritos, tostadas, mermelada de naranja amarga, té. También pawpaw de la estación y naranjas.

La principal preocupación de mi madre era que comiéramos lo suficiente. Hoy no puedo creer cuánto comíamos todos. Y cuando quedaba un poco de clara de huevo medio líquida o un trocito de tostada, mi padre exigía con angustia que pensáramos en los niños que morían de hambre en la India. Que los niños murieran de hambre en África, o padecieran hambre o desnutrición en el recinto de la granja que podíamos ver a través de la ventana, no parecía ser responsabilidad nuestra.

Al hilo del relato vuelve a surgir el problema de cómo transmitir las contradicciones de las actitudes blancas. Mi madre se preocupaba mucho por la mala alimentación de los trabajadores de la granja, intentaba que comieran verduras de nuestro huerto, les

daba lecciones sobre vitaminas. Ellos no querían comer col, lechuga, espinacas, tomates... ahora toda la gente negra los come. Recogían de la jungla productos que les gustaban, hojas de esto y aquello, y una vez por semana destilaban cerveza, que consideraban muy nutritiva. Pero, una vez al mes, se mataba un buey para ellos. Principalmente comían mealie, cereal africano, sin refinar, amarillo, un producto maravilloso como la polenta, y cacahuets y judías. En realidad, aquel régimen ahora lo aplaudirían los especialistas en nutrición, pero entonces se consideraba malo, debido a su falta de carne.

Recuerdo una desagradable anécdota de aquella época, aunque hubo numerosos incidentes como éste a lo largo de toda mi infancia. Mi hermano, o yo, imitando lo que otros hacían, llamamos al «boy», al criado, para que nos trajera los zapatos, que estaban en la misma habitación. Mi padre se puso a chillar, se enfureció, algo insólito en él. Decía que cómo se atrevía mi madre a permitir que los niños se malcriaran, cómo se atrevía a permitirnos llamar «Boy» (chico) a un hombre hecho y derecho. ¿Acaso no le importaba que, siempre auxiliados por los sirvientes, nos convirtiéramos en unos blandengues y consentidos? Él no lo permitiría. Por regla general mi padre no promulgaba leyes. Pero en este caso sí lo hizo. A lo largo de toda mi infancia, le insistió a mi madre, más como un lamento que como un enfado, en lo absurdo que era esperar que un hombre que acababa de salir de una cabaña en la jungla comprendiera la importancia de servir una mesa con la cubertería de plata en su exacto orden, la manera en que había que disponer los cepillos y espejos en el tocador. Porque desde muy pronto la voz de mi madre había ido subiendo hasta alcanzar el agudo tono de desesperación de la «missus», la señora blanca, cuya idea de sí misma, de su familia, dependía de las normas sociales de clase media de su patria. «Por el amor de Dios, cariño», la apremiaba, suavizando la voz al ver la aflicción en la enfadada cara de ella. «¿No te das cuenta? Es sencillamente ridículo.» «Bien, es su trabajo, ¿no?».

Después del desayuno, yo volvía a mi dormitorio para leer. O recibía lecciones de mi madre sobre... bueno, sobre lo que fuera. Porque si bien sus maravillosas clases cesaron cuando fuimos al colegio, ella nunca perdió la oportunidad de enseñarnos, y ahora lo agradezco y desearía podérselo decir.

Mi hermano siempre bajaba a los campos de cultivo con mi padre, y también iba yo con frecuencia. Mi padre se sentaba encima de un tronco o de una gran piedra, y miraba cómo araban los «boys», cómo tiraban de las panochas de maíz, o arrancaban cacahuets, o cortaban las cabezas del gran y plano girasol llenas de brillantes semillas negras. La mayoría vestía con trapos de diversos tipos, otros con taparrabos, y algunos con una camiseta de trapo y pantalones cortos sujetos a menudo con fibra de corteza rosada arrancada de un árbol musasa. Mientras araban, conversaban, riéndose y contándose chistes; en ocasiones cantaban, mientras trillaban cacahuets con grandes palos, o machacaban las cabezas de girasol para que soltaran cascadas de semillas. Cuando el ayudante, Old Smoke, se sentaba junto a mi padre, con sus dos jóvenes auxiliares siempre respetuosamente de pie detrás de él, los dos hombres podían pasarse hablando media mañana. Puesto que, cuando habían acabado con los mombies, el ganado, las probabilidades de lluvia, la necesidad de un nuevo kraal para las vacas, o una nueva acequia para llevar agua al recinto, o las deficiencias del granjero ayudante holandés —pero éste duró poco tiempo, porque los africanos le odiaban—, se dedicaban a filosofar. Al ritmo africano, conversación lenta, con largos intervalos, puntuados por un «Sí...» y por parte de Smoke un «Sa...». Luego, otra lenta charla, el «Sa...» de Old Smoke y el «Sí, así es» de mi padre. Smoke se sentaba en un tronco o sobre sus ancas, con un antebrazo sobre las rodillas para mantener el equilibrio... Cuando lo intentamos mi hermano y yo fue inútil: nuestras extremidades ya estaban hechas a la rigidez

européa. Mi padre se sentaba con su pierna de madera delante de él, su viejo sombrero en la cabeza para protegerse de aquella luz deslumbradora. Hablaban de la vida y de la muerte y, a menudo, sobre el Gran Jefe Pezulu (el Gran Jefe arriba, o Dios) y sus probables intenciones.

Mientras tanto mi hermano y yo mirábamos pájaros, camaleones, lagartos, hormigas, hacíamos casitas de hierba, o corríamos arriba y abajo cerca de los hormigueros, donde a menudo asustábamos a un conejo tendido en las horas de calor bajo un arbusto.

Pasaban horas. Años... Nos traían una botella llena de té azucarado y también pastel, galletas, bollos. Old Smoke lo compartía con nosotros. Pasaban más horas... años. Luego el sonido del gong desde la casa. Los hombres, que habían estado trabajando desde las seis o las siete de la mañana, tenían una hora de descanso, de doce a una. El gong era una reja de arado que se hacía sonar mediante un gran cerrojo de carro. Entonces nos dirigíamos a la casa en la que mi madre había estado trabajando durante toda la mañana, básicamente cosiendo ropa para su marido, sus hijos, ella misma... ella siempre iba muy cuidada. O había estado cocinando. Preparaba mermeladas, frutas en conserva, inventaba fruta confitada a partir de la pulpa de la calabaza con que alimentaba al ganado, llenaba hileras de latas de gasolina con la dulce y burbujeante agua de jengibre, lo que luego supondría docenas de botellas de cerveza de jengibre. Y, como las esposas de granjeros, inventaba recetas de cereales, que por aquel entonces no se llamaban maíz. Debido a que todos éramos pobres, o por lo menos frugales, ahorrando dinero cuando era posible, las mujeres se enorgullecían de lo que podían hacer con lo que cultivaban. Hasta que fui a Argentina, donde se cultiva lo mismo que en Sudáfrica —calabazas y maíz, judías y patatas, tomates, pimientos, cebollas— no encontré nada parecido a esta capacidad de invención. Nos comíamos los cereales verdes, preparados con salsas de queso, o en buñuelos y budines de leche o en sopas con patatas y calabaza. La harina de maíz se convertía en pasteles y tortitas, así como en distintas clases de gachas, o se añadía al pan. Había una docena de maneras distintas de preparar la calabaza. Los cacahuets tiernos se abrían camino en estofados, la mantequilla de cacahuete en todo tipo de salsas y panes.

Comíamos... cómo comíamos. El almuerzo era algo muy importante, con carne, siempre carne, puesto que en aquella época sólo a un auténtico chiflado se le hubiera ocurrido dejar de comer carne. Comíamos roast-beef con patatas, o pasteles de carne y riñones, o estofados, o pastel de carne picada, con patatas y media docena de verduras del huerto que había en la falda de la colina, cerca del pozo. Después, contundentes budines, y queso.

Luego, era el momento de la siesta.

«Pero no tengo sueño, mami, mami, no tengo sueño.»

Era inútil. En este clima, o en esta altitud —y las dos cosas se podían citar como evidencia en mi contra— los niños tienen que dormir por la tarde. Suplicaba, rogaba, incluso lloraba para que no me obligaran a acostarme mientras la voz de mi madre cada vez sonaba más incrédula. «¡Qué tontería! ¿Por qué tanto jaleo?» Ella no sabía que yo me enfrentaba con el infinito: ella esperaba aquellos minutos, robados de su tarea de educar hijos, para poder escribir a su familia. Corría las cortinas naranja para tapar la gasa verde de la ventana, y apartaba la piedra que sujetaba la puerta. «Mira, aquí está el reloj», y lo dejaba al lado de la palmatoria junto a mi cama. Yo había aprendido las horas debido a las agonías de aquellas siestas. Tras quitarme el vestido por la cabeza, ella se quedaba de pie, apartando la colcha. Yo me deslizaba dentro de la cama. Luego se iba, con el pensamiento ya en su carta. En ese momento yo me alegraba de que ella me hubiera olvidado. Y cuando cerraba la puerta de su dormitorio, donde mi hermanito ya dormía, inmediatamente yo saltaba de la cama y corría las cortinas de nuevo porque



odiaba aquella sofocante y húmeda lóbreguez. Permanecía boca arriba mirando al techo. Los frescos espacios de debajo de la paja me albergaban. Sí, y en algún momento la espera llegaría a su fin igual que ayer, y anteayer. Una abeja perdida iba por todas partes zumbando, caía al suelo, seguía zumbando, dándome una excusa para levantarme y hacerla salir, pero yo no me atrevía a colocar de nuevo la piedra y mantener la puerta entornada. Boca arriba, con los brazos cruzados, me concentraba en mi fresco cuerpo, que hacía un ruido sordo, latía y vibraba un poco por el sonido. Doblaba los pies. Contaba mis dedos, uno a uno, todos presentes, en su sitio, mis amigos, mi amigo, mi cuerpo. Me olía los dedos donde aún quedaban olores de roast-beef y zanahorias. El dorado almíbar del budín al vapor llenaba mis sentidos de intensa dulzura y hacía que se abrieran las ventanas de mi nariz. Mi antebrazo olía a sol. Los diminutos pelos dorados se aplanaban cuando los soplabas, como el viento sobre las largas hierbas de las acequias. Silencio. El silencio mortal, pleno, satisfecho de un mediodía en la jungla. Llama una paloma. Otra le responde. Por un momento el mundo está lleno de palomas, y en la falda de la colina irrumpe un sonoro revoloteo de alas, y la forma negra de un pájaro se precipita por el marco de mi ventana. Mi estómago gorgotea. Llevo mi dedo índice hacia ese lugar pero el gorgoteo se ha desplazado más abajo, hacia... Pero yo ya había aprendido a controlar mi vejiga y a no hacer caso de su urgente petición: ¿podrías acompañarme al lavabo? Mis manos se deslizaban, como las de un médico, por los muslos hasta las rodillas. Había por ahí un determinado lugar que, si lo tocabas, producía una sensación de respuesta, como un pellizco, exactamente detrás del hombro. Los dos lugares se relacionaban. Había otros lugares gemelos de carne, o de piel. Seguía descubriendo otros nuevos, luego olvidaba que estaban allí, luego los redescubría. Exactamente encima del tobillo... Permanecía tendida boca arriba con las piernas al aire, y apretaba mi dedo índice en la carne que cubría el tobillo: allí estaba, sí, a kilómetros, bajo mis costillas, se producía una respuesta, una sensación no muy alejada del dolor; se convertiría en dolor si yo seguía presionando, pero ya había pasado a otra cosa, dibujando mi cuerpo y sus secretas consonancias. ¿Me atrevería a mirar el reloj? A la fuerza tenía que haber pasado ya la media hora. Llevaba una eternidad tendida. Una mirada a hurtadillas... no, ¡imposible! La manecilla se habría atascado, cogía de un manotazo el reloj, lo sacudía. No, funcionaba, todo en orden, y sólo habían pasado tres minutos. Un aullido de protesta, en seguida acallado; de haberlo oído, ¿entraría mi madre? Cerraba los ojos, tendida rígida, fingiendo estar dormida. Pero la simulación tenía sus peligros, porque una podía caer dormida, y yo no tenía sueño. Seguía allí tendida con todo mi cuerpo, con mi vida entera.... Desde la otra cama me llegaba un sonido parecido al del revoloteo de una polilla atrapada. Mi amiga la gata estaba allí. Saltaba y me inclinaba sobre ella, que estaba hecha un ovillo, y su sedosa piel gris se movía al compás de su respiración. Yo estaba convencida de que ella comprendía la angustia de aquella siesta de mediodía, de aquella interminable media hora. Con mi dedo acariciaba su patita gris, que se cerraba atrapándolo. Las uñas, como pequeñas astillas de luna, se clavaban en mi carne y luego se separaban. Profería un ruidito que significaba: estoy dormida; así que yo la dejaba en paz y saltaba sobre la cama con tanta fuerza que los muelles chirriaban.

Pero podía verla desde allí, tenía compañía, si la despertaba vendría a mi lado, su suave peso sobre mi hombro. Pero esto significaba que debía permanecer tendida e inmóvil... Fuera, en el montón de leña el criado cortaba madera, y el lento sonido del hacha era como el de las campanadas de un reloj. Las palomas estaban quietas y yo notaba que la pesadez se instalaba en mis párpados. Intentaba despejarme bebiendo grandes tragos de la dulzona agua tibia del vaso que se veía lleno de burbujas. Cada burbuja era un pequeño mundo, y yo cogía una paja que había caído del techo e iba

haciendo desaparecer las plateadas burbujas de dentro del vaso, una a una, como velas de cumpleaños.

La esfera del reloj decía que habían pasado cinco minutos. La infelicidad se apoderaba de mí... El temor. Eternidades como aquellas a las que Mrs Scott se refería cuando afirmaba: «Pero si sólo fueron dos trimestres, esto es todo», mientras mis padres me miraban, como lo hacían con frecuencia, con regocijo e incredulidad. Y aún me esperaban el convento y otro exilio del hogar... La eternidad. Mi madre nos leía el Nuevo Testamento en una versión para niños. La eternidad: tiempo que nunca se acababa. Tendida de espaldas, con los brazos lanzados al aire y los ojos fijos en el frescor de debajo de la paja amarilla, tan lejos de mí, allá arriba, pensaba en aquel tiempo que no se acababa nunca. No acababa nunca, no acababa nunca... aguantaba la respiración con concentración. Nunca acaba, nunca... mi cerebro parecía balancearse, mi cabeza rebosaba de tiempo paralizado, tiempo que no tiene fin. Durante unos segundos, por un instante, parecía alcanzarlo... sí, esto es, ya lo tengo... y de repente me sentía agotada. ¿Sería la hora de levantarse? El reloj decía que sólo habían pasado diez minutos. Sin querer, soltaba un sonoro grito de rabia, luego me tapaba la boca con las palmas de mi mano, pero ya era inútil, mi madre lo había oído y entraba como una exhalación. «¿Qué pasa? ¿Qué problema hay?» «El reloj va mal», decía yo llorando. «Se ha parado.»

Daba un paso eficiente hasta el reloj, y hacía comprobaciones. Había tenido el tiempo justo de instalar el cuaderno de cartas y los sobres Croxley, y se había sentado, relajándose, para ir rememorando escenas de su vida en este lugar, encontrar palabras que transmitieran su carácter insólito a su amiga, Daisy Lane, una inspectora de enfermeras en Londres. «Esto es completamente salvaje», a lo mejor había decidido escribir. «Tenemos que subir toda el agua por la colina en un scotch-cart varias veces por semana, ¡y tenemos que utilizar lámparas de aceite! ¡No sé qué dirías si vieras esta casa! Pero, naturalmente, todo esto es sólo temporal. Estamos plantando tabaco esta temporada, ¡y podemos sacar una buena tajada!»

Fruncía el entrecejo, de pie frente a esta niña tan difícil, sentada en cuclillas sobre la cama, la cara surcada de lágrimas, los ojos implorantes. La madre se sentía inquieta. Mientras que el niño, el hijo bueno, dormía sin quejarse en la habitación contigua, esta niña parecía estar siendo sometida a tortura. Pero su tono era de enérgico humor cuando preguntaba: «¿Qué tonterías son éstas?», y con una mano empujaba a la niña para que se tendiera mientras la tapaba sin contemplaciones con la colcha. «Si haces tonterías, sólo conseguirás pasar más calor.»

«Pero yo quiero levantarme, ¿puedo levantarme?»

«No, no puedes. Aún no llevas aquí ni un cuarto de hora.» Y se iba.

«Para siempre... para siempre...» La niña andaba con Jesús y sus discípulos por un camino polvoriento, pero no se trataba del sendero de la falda de la colina, en el que el polvo yacía en espesos montones, suaves, rojos, que eran erosionados por rastros de escarabajos o ciempiés o conejos mientras la brisa levantaba granos de arena. No era un amarillento camino rocoso en... claro, Palestina, porque allí se encontraba Jesús, pero el áspero y seco camino era de Persia. El olor que ahora llegaba hasta su nariz no era de África, sino de aquel otro lugar, donde la luz del día olía a antigua, llena de historias de cien años antes, de cuando Khosrhu y sus ejércitos avanzaban por una pared de roca, pero esto era antes de Jesús, hacía miles de años, antes de que Jesús caminara junto a hombres con turbantes a rayas por un sendero polvoriento donde sus pies descalzos tropezaban con grandes piedras calientes, y Jesús dijera: Yo soy el camino, la Verdad y la Vida... ¿a qué se refería, qué quería decir esta frase pronunciada hacía cientos de años?... ella nunca crecería, nunca, por qué incluso el tiempo que faltaba para que

llegasen el final del día y la hora de ir a la cama se hacía tan largo, largo, el tiempo era largo, largo... aunque un tiempo largo no era la eternidad, la eternidad era más larga, era inacabable, nunca acababa. De la cama contigua, bajo la mosquitera recogida, provenía el sonido de un castañeteo. El gato estaba soñando. Sus dientes hacían aquel sonido curioso. ¿Soñaba con que cazaba algo? Como los perros que estiraban su cuerpo, entre quejidos y alaridos de excitación, cuando cazaban un conejo o una coneja en sueños. ¿Dónde estaba Lion? ¿Dónde estaba Tiger? Estaban dormidos bajo la sombra de la galería. Harry dormía en la habitación contigua, el nene bueno. Papi se quedaba dormido unos minutos en su butaca después del almuerzo. El criado, aún adormecido, medía el tiempo con su hacha. Y mami estaba escribiendo a tía Daisy, quien a menudo me escribía a mí, desde Inglaterra, me mandaba regalos, y con frecuencia libros sobre Jesús porque era mi madrina. Era ella quien me había enviado aquellas historias en que Jesús caminaba junto a hombres con turbantes a rayas a través del amarillento polvo... cientos de años antes, cientos.

Había desaparecido la indignación, la lasitud se había apoderado de todo su cuerpo. Resbalaba sudor de sus axilas. Tenía el pelo húmedo. Sentía que sus mejillas estaban empapadas. Se ponía entonces de pie de un salto pero, antes de llegar a la otra cama, dominaba el ímpetu de su movimiento, pasaba a ser tan furtiva como un gato y se enroscaba con el gatito gris, que dejaba escapar su sonido de protesta. Déjame dormir. Pero la niña acaricia que te acaricia, su mejilla en el lomo del gato, el gato ronronea, *noblesse oblige*, la cara de la niña sube y baja al compás del ronroneo, los ojos de la niña se cierran, cesa el ronroneo del gato, vuelve a empezar, cesa... fuera dos palomas llevan a cabo su coloquio: cru, cru, cruuu, el hacha cae con un ruido sordo, lento, lento, lento...

La mujer que escribe a Inglaterra se instala, pluma en ristre, sonriendo, puesto que ya no está aquí, sueña con una tarde de invierno en Londres, llena de calles ruidosas ahí fuera, y ella está en casa con su buena amiga Daisy Lane, la menuda, irónica y enérgica mujer que no se ha casado, porque era una de las muchachas cuyos hombres murieron en las trincheras. Ella se siente culpable de no haber disfrutado en su vida tanto como hablando con su amiga Daisy frente a un buen fuego, comiendo chocolate, o castañas asadas en ascuas.

Dios mío, ya casi son las tres. Hay que despertar a los niños o no dormirán por la noche. No es muy probable que Doris haya dormido, siempre se queja y llora tanto, pero quizás haya acabado por sucumbir. La mujer se sentía rodeada de gente dormida, a salvo en un tiempo para ella sola, sin nadie que la observara. Su marido se había perdido para el mundo en su tumbona, roncando ligera, regularmente. Los perros estaban atados. Toda una colección de gatos, uno enroscado junto al estómago del perro Tiger, en pleno sueño. En el dormitorio el pequeño Harry, consuelo y deleite del corazón de ella, estaba dormido, como un bebé, los puños cerrados cerca de su cabeza. Antes de despertarlo suavemente, se inclinaba sobre él, para adorarlo. Le encantaba su forma de despertarse, lloriqueando un poco, pequeño y dulce en sus brazos, su cara junto al cuello de ella, acurrucándose, como si con todo su cuerpo intentara volver a entrar en el cuerpo de ella. Se tomaba un buen rato para despertarlo, conducirlo suavemente al mundo consciente, luego le ponía sus pantaloncitos y camisa. «Ve a despertar a papi», le decía. Ella entraba en el dormitorio contiguo y ponía la mano sobre la boca. ¿Dónde estaba la niña? ¿Se había escapado? Siempre decía que lo haría... una broma, claro. No, allí estaba, abrazada al gato, totalmente dormida. «¿Ves?», pensaba la madre, que siempre tenía razón, «estabas cansada, lo sabía, no me cabía la menor duda.» Permanecía en silencio allí, mirando la cara sucia de lágrimas de la niña. Siempre se sentía culpable, al ver a la niña con su gato, a causa del gato que habían abandonado en Teherán, pero ¿qué otra

cosa podían hacer? A fin de cuentas, no hubieran podido viajar durante meses y meses con el gato y, en cualquier caso, era tan feo. Nunca se había producido tal tormenta de lágrimas como cuando la familia abandonó al gato, era ridículo, no tenía ningún sentido.

La madre no tocaba a la niña sino que le decía enérgicamente, en un tono en el que se percibía el remordimiento, como si oscuramente quisiera disculparse por lo que había estado pensando: «Venga, arriba, has dormido una buena media hora».

La niña abría los ojos y por detrás de su madre miraba el dormitorio, como si no tuviera idea de dónde se encontraba. Luego sentía al gato junto a su cara, y sonreía. Miraba hacia arriba, a su madre, y se sentaba, y con una sacudida de cabeza, despejándose de la cara el pelo pegajoso de sudor, decía: «No estaba dormida».

«Ah, sí que lo estabas», decía la madre, triunfante.

«No lo estaba. No lo estaba.»

«Lávate la cara. Luego tomaremos el té.»

El té era toda la familia sentada a la sombra calurosa del techo de paja de la terraza, tomando pan de jengibre, short-bread, pasteles pequeños, pasteles grandes, bollos, mantequilla, mermelada. «No puedes comer pastel si antes no te has tomado un bollo.» A esto se le denominaba disciplina y autocontrol. Los perros se tumbaban con sus hocicos en dirección a la comida. Los gatos se agrupaban alrededor de platos de postre llenos de leche. La niñita transportaba cuidadosamente a través de la casa un plato de leche para su especial amiga, la gata gris. Se sentaba en el suelo mirando lamer a la gata, con su lengua rosada enroscándose en sorbos de leche. El gato maullaba. Gracias, y se instalaba a lamerse un poco, para despertarse. Luego daba un salto para reunirse con los otros gatos, los perros, la familia.

Las tardes estaban llenas de actividades, escogidas por mi madre para educarnos, o al menos para que hiciéramos progresos o nos edificáramos. Había una casita hecha de tablas en el árbol musasa que estaba exactamente detrás de la casa. «Subamos a nuestra casa, subamos», le gritábamos a papá, mientras él maniobraba su pierna torpe para conseguir encaramarse al primer estrado. Luego subía mamá, y nos hablaba de la vida en Inglaterra, y su voz era triste, tan triste que él la reñía. «No te hagas la desgraciada, muchacha. Ya sabes que no todo eran rosas en Inglaterra.» Y entonces él solía hablarnos de la otra Inglaterra, la de los pobres, los antiguos soldados sin empleo vendiendo cerillas, y los tontains jóvenes bailando y divirtiéndose; a ellos no les importaban los soldados muertos o los que no podían conseguir trabajo. O nos hablaba de sus buenos tiempos de antes de la guerra, cuando él iba a las carreras o se pasaba las noches bailando.

O nos llevaban a ver al hombre que hacía los rimpis para la granja. En un lugar llano cerca de las nuevas cuerdas había árboles donde se secaban los pellejos, que mantenían la silueta de los bueyes, sin sus cuerpos. O pellejos recientes, acabados de despellejar del animal muerto, que se cortaban a tiras y luego se remojan en latas de gasolina llenas de salmuera. Se sacaban pronto, se colgaban sobre ramas, y luego un par de chicos negros las descolgaban y las trabajaban para que se mantuvieran flexibles y sirvieran para diversas aplicaciones en la granja: para sujetar los yugos de las vacas alrededor del cuello, o para sujetar los yugos al eje central del carro o la carretilla, para hacer camas y sofás; o se secaban para enrollarlas en grandes bolas como pequeños bultos y se guardaban en una cabaña hasta que se precisaran. O los chicos frotaban grasa y sal en los interiores de pellejos recientes, los manipulaban, los sacudían, los frotaban para que resultaran suaves y aptos para servir de corazas o esteras.

O nos llevaban al lugar donde se hacían los ladrillos. Cogían la tierra de los altos termiteros. La amontonaban en un espacio plano, añadían arena, y luego dejaban caer agua, y de nuevo unos chicos negros la iban aplastando, y nosotros, los niños blancos,

también la aplastábamos y bailábamos, animados por nuestra madre, porque los niños pequeños deben jugar con barro y agua, así lo decía Montessori. En realidad, a mí no me gustaba. Estas ocasiones eran como tantas otras en las que yo interpretaba un papel para complacerla. No me gustaba el barro en mis pies, ni salpicándome las piernas, pero seguía haciéndolo, junto con mi hermano y los niños negros. Luego las pilas de barro quedaban ya preparadas, «como cagarros», según decíamos mi hermano y yo entre risitas, pero nunca le contábamos a mi madre por qué. Seguidamente el chico de los ladrillos aparecía con sus moldes y un hombre los llenaba de barro mientras otro transportaba los moldes para darles la vuelta sobre paja. Luego el sol los secaba. Después se hacían hornos para ladrillos y se dejaban al fuego. Y muy pronto ya teníamos allí los ladrillos apilados, rojos, o amarillos, y los niños nos subíamos y hacíamos equilibrios sobre ellos, sintiendo la caliente aspereza de los ladrillos en nuestras suelas, y saltábamos, y volvíamos a subir una y otra vez, mientras mi madre miraba, complacida de que pasáramos por esta experiencia.

Siglos más tarde, eternidades más tarde, el sol se deslizaba por el cielo en un crepúsculo espectacular al que ya estábamos acostumbrados. Pero me recuerdo allí de pie, sola, con toda mi alma y corazón entregados a aquellos llameantes cielos, sabiendo que aquél era el lugar al que yo pertenecía, contemplando aquel esplendor, que era tan triste, tan melancólico, que me hacía sentir como si ya no estuviera en la granja, o como si no fuera a estar en ella mucho tiempo, como si pronto pudiera huir. Pronto... ¿cómo, si un día duraba eternamente?

Por aquel entonces escribí un «poema en prosa» sobre un crepúsculo, de un párrafo de largo, y mi madre lo mandó al Rhodesia Herald. Mi primera tentativa impresa. La complejidad de sentimientos que me embargó entonces fue igual que la de ahora: me enorgullecía que estuviera impreso, me inquietaba que impulsos tan particulares e íntimos se hubieran hecho palabras que otros leerían, de las que otros se apoderarían. Era un manojito de orgullo y resentimiento mezclados cuando mi madre contó que Mrs Larter había dicho lo inteligente que era yo por haber publicado una colaboración en el periódico. Y tan joven, además. Pero me juré en privado que, la próxima vez que escribiera un «poema en prosa», lo mantendría en secreto.

Al atardecer, la granja se llenaba de los mugidos del rebaño de bueyes, a los que se obligaba a volver rápidamente desde algún lugar de la jungla hasta la seguridad del kraal. En los primeros tiempos aún había leopardos en lugares tan cercanos como la colina Koodoo, a unos tres kilómetros. Hasta que la familia abandonó la granja, hubo leopardos en las colinas Ayreshire. A veces un granjero telefoneaba para informar que un leopardo había atrapado a algún animal. Y había pitones, a las que les gustaban los terneros. A los bueyes, aunque eran animales salvajes, indómitos, en nada parecidos a los mansos animales cómodamente domados de Inglaterra, había que cercarlos por la noche. Además, por las mañanas había que ordeñar las vacas. Una vaca no era suficiente, por lo menos no una vaca de aquel escuálido Afrikánder. Cinco o seis suministraban suficiente leche para nuestras necesidades. Oíamos hablar de las magníficas vacas inglesas, con ubres que llegaban hasta el suelo, cada una de las cuales contenía leche suficiente para varias familias. La típica cháchara sobre fértiles paraísos... Hay que tomar precauciones con las historias de viajeros. Aquella Inglaterra de la que hablaban, con tanta hierba verde y flores primaverales y vacas tan amistosas como gatos... ¿qué tenía que ver conmigo?

Luego los niños cenaban. Huevos y pan con mantequilla y un budín. «¡Termina tu comida!» «Pero si ya no quiero más.» «Ya lo creo que vas a terminarla.» «No tengo apetito.» «Ya lo creo que tienes apetito.»

Cuando fui por primera vez al colegio llevaba ya leyendo... bien, ¿cuánto tiempo?...

es hablar de un tiempo tan elástico como el de los sueños. Lo que sí sé es que, desde el momento en que me sentí triunfante al haber sido capaz de descifrar la palabra c-i-g-a-r-r-i-l-l-o, en un paquete, no tardé mucho en ponerme a leer los trozos más fáciles de los libros que había en la librería. Los clásicos. Los clásicos de aquella época, con páginas finas como la piel, con lomos dorados. Scott. Stevenson. Kipling. Cuentos basados en el teatro de Shakespeare, de Lamb, Dickens. Agazapada en el rincón de la terraza del almacén, sobre una cama de resbaladizos sacos de grano con el olor dulce de la harina de maíz y el rancio de los gatos, devoré las páginas de Plain Tales from the Hills, del que me salté una buena mitad, El libro de la jungla, Oliver Twist, omitiendo páginas, siempre omitiendo; y al haber visto a mis padres llorando de la risa por The Young Visitors, lo leí con el respeto debido a un autor que me llevaba dos años, meditando sobre palabras como «mouse-tache». «¿Mouse-ache?» ¿Dónde se encajaba la «t» y qué sentido tenía «mouse ache?» Y es que encajar en el misterioso mundo de los adultos no era tarea fácil... «Hay una colina verde a lo lejos, sin murallas.» ¿Por qué la canción tenía que especificar la ausencia de murallas? Rompecabezas y enigmas, pero por encima de todo, el deleite de los descubrimientos, el placer, el puro placer de los libros que nunca me ha abandonado. Y no sólo libros de adultos. Nos llegaban libros infantiles de Londres, así como publicaciones periódicas infantiles. Si algún editor emprendedor fundara ahora una revista al nivel de la Merry-Go-Round, con escritores como Walter de la Mare, Laurence Binyon, Eleanor Farjeon, ¿fracasaría inmediatamente? «Ya se sabe, con la televisión...» ¿Y la revista Children's Newspaper, con informaciones desde Egipto y Mesopotamia sobre los descubrimientos arqueológicos de las tumbas de Tutankamen y Nefertiti? Pero ahora todo se reduce a los programas infantiles de la televisión. Entonces, igual que ahora, se suponía que se protegía a los niños de los horrores y, exactamente como ahora, no se nos protegía, porque constantemente, día tras día, aquellas voces hablaban sobre trincheras, bombas, bengalas luminosas, metralla, hoyos de obuses, hombres que se ahogaban en hoyos de obuses y sobre el barro que se podía tragar caballos, por no hablar de hombres. Los heridos en el Royal Free Hospital, los hombres con pulmones llenos de gas, el ahogamiento del joven médico de mi madre, las alambradas. Una tierra de nadie, los Ángeles de Mons, los hospitales de campaña, los hombres ajusticiados por «cobardía», y así sucesivamente, la voz de mi padre, la de mi madre y, también, las voces de la mayoría de nuestras visitas. ¿Qué sentido tiene mantener aquellos deliciosos y saludables Children's Newspaper y Merry-Go-Round, cuando los noticiarios cuentan la verdad de lo que está pasando y los adultos hablan y hablan y hablan sobre lo que siempre será lo más importante en sus vidas: la guerra? Siempre que venía un hombre de visita, en seguida se hablaba de las trincheras. No, no es la violencia, ni siquiera la pornografía y el sadismo, lo que marca la diferencia entre entonces y ahora, se trata de que entonces no se perdonaba la vida a los niños, se esperaba mucho más de ellos. En verdad no recuerdo que mis padres dijeran nunca: «Esto es demasiado difícil para ti». No, sólo radiantes felicitaciones porque emprendía la lectura de El Talismán o cualquier otra cosa parecida. Tendríamos que contrastar el Merry-Go-Round con la banal jovialidad de los programas infantiles en televisión para ver lo mucho más bajo que apuntamos ahora.

Antes de llegar a la gran escuela, Convent, hubo dos colegios intermedios. El primero fue Rumbavu Park, justo a la salida de Salisbury, que era propiedad de una familia llamada Peach. Yo, recién cumplidos los siete años, y mi hermano, cuatro, entramos al mismo tiempo y recibí instrucciones para que cuidara de él. Pero si yo adoraba a mi hermanito, lo mismo les ocurría a todos. Siempre estaba al cuidado de las chicas mayores, de nueve o diez, que lo trataban como si fuera una muñeca. Era un lugar agradable, administrado por gente gentil: gentlefolk. Utilizo esta palabra porque la

directora, Mrs James, la utilizaba... constantemente. Como los rusos de la «intelligentsia» que ahora hablan de gente de buena cuna, con el despectivo rechazo de sus años de revolución y sociedad igualitaria —«mi familia es gente de buena cuna»— parecía reivindicar Mrs James, a cada frase. Ahí tenemos a otro miembro de la clase media inglesa amenazado por las toscas maneras coloniales pero, a diferencia de la mayoría, que sólo quieren decir que son superiores en un sentido vago, Mrs James quería decir lo mismo que los rusos: somos los herederos de toda la cultura literaria, musical y artística. Era una mujer alta y morena, agitanada, de liso pelo negro, como la Dorelia de Augustus John, una madre tierra antes de que se usara esta expresión, y era amable. Cuando escribí mis balbuceos literarios sobre flores y pájaros, me dijo que yo era fantástica y los mostró a los demás. Me cepillaba el pelo, y hacía que me lavara bajo los brazos y entre las piernas porque la aterrorizaban los procesos naturales, y me ponía sobre su ancha falda y suspiraba y se quejaba de la tosquedad del mundo y de su triste destino: directora de un colegio. Cuando me visitaban mis padres, Mrs James nos presentaba a mi hermano y a mí como sus logros. Lejos de sentirme desgraciada allí, yo rebotaba de entusiasmo y deleite por lo que estaba descubriendo. Aquellos maravillosos árboles extendidos por todas las laderas de un par de colinas... y que aún siguen ahí. Aquellos terraplenes y manantiales y estanques y árboles y flores: era un verdadero espectáculo, y durante los fines de semana la gente llegaba en coche desde Salisbury para admirarlo.

Pasé un curso en el colegio de Rumbavu Park. Fue un siglo. Una eternidad. Cuando me puse a ordenar mentalmente los segmentos de tiempo de aquellos dos años, tuve que reconocer que fue sólo un curso. Así fue. Imposible, pero así fue. Ojalá me hubiera podido quedar allí, pero los Peach sufrieron bancarrota, mala suerte no sólo para ellos sino para los niños de su colegio. Poco antes de que me fuera, tuvo lugar un incidente que ilustra un tema recurrente en estas memorias: ¿por qué vivimos siempre de expectativas?

Sybil Thorndike estaba de gira por Rhodesia del Sur, e interpretaba a lady Macbeth. Llevaron a los niños mayores a verla. Yo iría si Mary Peach no volvía a tiempo de Inglaterra, donde se encontraba de vacaciones. Volvió aquella tarde, por lo que yo no pude ir. Se me acercó —era una chica mayor, de doce años más o menos— para decirme amablemente que lamentaba mi disgusto. Recuerdo haber tartamudeado que no pasaba nada, mientras interiormente me sentía la personificación de todos los ofendidos y humillados del mundo. ¿Por qué Mary Peach, rica y acababa de llegar de Inglaterra, donde yo no podía ir —porque la imposibilidad de ir a Inglaterra era una idea ya sólidamente establecida en mi mente— tenía derecho a ver a Sybil Thorndike? Desigualdad... injusticia... la amargura que aquello suponía. Pero lo que ahora me gustaría saber es de dónde provenía la violencia de aquella sensación de injusticia. Contaba siete años. No era sólo la sensación de injusticia del niño, que calificamos de «innata»: para un niño la traición de la justicia se relaciona, debe relacionarse, con el amor traicionado, y lo que yo sentía era injusticia social. No recuerdo haber vivido nada más amargo que aquella decepción, como si se tratara de la suma de toda la indiferencia del mundo. Seguramente provenía de mis padres, en particular de la voz de mi padre que, día tras día, y también dentro de mis sueños, se lamentaba de la guerra, la traición de los soldados, las malvadas estupideces y la corrupción del gobierno; es decir, expectativas luego traicionadas.

Mi madre decidió que viviríamos como huéspedes de una tal Mrs Scott, que aceptaba niños de los granjeros para que pudieran asistir al colegio en Avondale, un barrio residencial de Salisbury, entonces en el límite mismo de la ciudad. Me colocaron en una clase de mi edad, pero inmediatamente avancé, creo, dos clases. En aquella clase descubrí los placeres del logro personal, porque los fragmentos de lectura en un

principio resultaron demasiado difíciles para mí, y no podía saltar páginas como a mí me gustaba. Uno, en particular, una historia abreviada sobre un hombre arrastrado dentro de un torbellino marino, que casi se ahoga pero al que luego el mar saca a flote, contenía palabras como «remolino» y «vórtice», «inundar» y «regurgitar». Me quedaba mirándolas, oprimida por el fracaso, pero el contexto me ayudaba... y al cabo de poco tiempo la historia fue mía. ¿Hay un deleite mayor que el del niño al descubrir su propia habilidad? Pero si la clase era todo placer, la casa de Mrs Scott era fría infelicidad. Mrs Scott distaba mucho de ser amable. Había un tal Mr Scott, un empleado de Mr Laws, que tenía una concesión maderera. Mi madre había mandado allí a sus dos hijos para pasar unos días en la jungla con Bidy, puesto que ella nunca perdía la oportunidad de hacerles vivir experiencias útiles. Estuvimos en una tienda de campaña, por vez primera, rodeados de majestuosos árboles llenos de cigarras, que habían sido talados uno tras otro y destinados a quemar en cuadras de tabaco y en hornos mineros.

Convertida ya en un ser social, dispuesta a complacer a un grupo de gente con amena información sobre los otros, le conté a Mrs Scott que Mr Scott, su marido, había dado las buenas noches a Bidy cuando ella sólo llevaba unas enaguas. La voz que utilicé era la de mis padres, mundana y llena de desaprobación. Yo no tenía idea de lo que estaba diciendo. Que Mr Scott rodeara a Bidy con sus brazos, acercando sus patillas, que olían a jabón Pears, a la oreja de ella, para mí era tan sólo una muestra de la ternura amorosa por la que yo suspiraba. Mrs Scott inmediatamente odió a la mensajera que le había dado tan malas noticias y montó una escena de gritos con su marido.

Yo la odiaba. Era una mujer alta y fea que olía a sudor rancio. Él era alto y hediondo. No había manera de zafarse de ellos ni de día ni de noche. Su cama estaba en la terraza a la que daba la ventana de mi dormitorio. No me gustaba meterme en mi cama. La colcha era una manta de piel, hecha de piel de gato salvaje. Todos tenían mantas como ésta, que eran baratas, costaban sólo el precio de una bala, y el trabajo del hombre que trataba las pieles con sal y viento. Siempre olían un poco, en especial durante la estación de las lluvias. La de mi cama era de mala calidad y resultaba sofocante. Me tendía en la cama intentando mantener mi cara al aire, mientras ahí fuera Mrs Scott sollozaba y decía que él no la quería, y él la tranquilizaba y la calmaba y le decía que sí la quería: se trataba sólo de la palabra de una niña. En este punto se me dirá que en realidad yo había sufrido un trauma por haber escuchado ruidos sexuales, pero no, lo que me afectó fue la injusticia de todo aquello, puesto que me había limitado a contar lo que había visto. Mrs Scott nunca más me habló en un tono que no fuera frío y sarcástico. Había otros niños, pero sólo recuerdo a su hija Nancy, quien me hostigaba con pequeñas cosas. Le llegó a contar a su madre que en el colegio yo solía ir por la parte trasera del edificio de los retretes a mirar los traseros llenos de mierda. Un delito semejante nunca se me había ocurrido. Mrs Scott no tenía permiso para pegarme —mi madre no era partidaria— pero abofeteaba y pegaba a su propia hija, igual que Mr Scott. Yo temía que me pegara, porque no me creyó cuando le dije que no era cierto. Se lo dijo a mis padres, quienes acudieron presurosos —si ésta es la palabra para su moroso trayecto— a la ciudad. ¿Lo había hecho? No, no lo había hecho. Recuerda, es una maldad mentir. «Mentir es peor que ser traviesa.» Me creyeron. Mi hermanito lanzó risitas. Curioso que yo recuerde tan poco de mi adorado hermanito excepto «protegerle» de la cruel Nancy.

De enero a junio de 1927. Mi séptimo año. Sentía nostalgia y desdicha. Pero en comparación con lo que sucede hoy en los colegios, y la brutalidad de la intimidación, física y verbal, la crueldad de Mrs Scott y la malicia de Nancy no eran nada. Oigo las historias que me cuentan jóvenes amigos míos sobre lo que sucede en colegios de buena reputación, y no puedo creerlo. No que los niños sean crueles... la mayoría son unos monstruos, sin restricciones. No, lo increíble es que los maestros parezcan incapaces de



impedirlo. Quizás no sean incapaces, sino que les gusta la idea. A fin de cuentas, el príncipe Carlos ha explicado que en su colegio de élite, Gordonstoun, le metieron la cabeza en la taza del váter mientras tiraban de la cadena. Si esto es lo que se prescribe para el más encumbrado del país, los simples mortales no pueden esperar nada mejor. Somos un pueblo bárbaro.

Durante mucho tiempo, al pasar en coche por delante de aquella casa, derribada ya hace mucho, con su gran jardín, me ponía enferma y volvía la cabeza para mirar a otro lugar y no verla. El colegio Avondale, donde saqué tan buenas notas, aún sigue allí, sin cambios.

Entre las lecturas que mi madre nos suministraba había una colección de cuentos edificantes para niños en los que se explicaban vidas de santos, como Isabel de Hungría, quien consiguió del cielo guirnalda de rosas para avergonzar a su marido cuando le criticaba sus acciones caritativas. Se apoderó de mí una intensa hambre de bondad, y en la parcela de terreno sin edificar de la casa de Mrs Scott construí una catedral con tallos de girasoles. El gusto por hacerlo, el logro personal, idear el edificio mientras los cuentos de mujeres beatíficas que superaban toda persecución saturaban completamente mi ser... Disponía los ligeros tallos secos, tres veces más altos que yo, mientras en la imaginación creaba una gran iglesia, por la que Dios mismo me felicitaría, a la espera de voces que seguramente oiría si me esforzaba lo suficiente, todas asegurándome la camaradería de los santos. Pero Mrs Scott no les encontró sentido a aquellos tallos, que yo sacaba de las pilas en las que los habían dejado para quemarlos. Si se llena la cabeza de los niños con cuentos beatíficos, acabarán construyendo catedrales y esperando guirnalda de rosas y coros cantores. Este recuerdo lo prueba.

¿Por qué me dejaron durante dos cursos en casa de Mrs Scott? Probablemente tuvo su efecto la típica reticencia infantil a contar lo que pasa en el colegio. Además, constantemente, había la presión del *Somos tan pobres, Lo pasamos tan mal...* que significaba: no tenemos otra opción. Leí «Baa, Baa, Black Sheep», y me identifiqué con el Kipling niño, como le había pasado antes a mi madre, pero mi madre no me abrazaba entre sollozos. «Ah, mi pequeña, mi pobre niñita»... cuando yo levantaba el brazo para evitar un golpe. No había golpes, sólo sarcásticas amenazas verbales. Y además había estado leyendo *Stalky and Co.*, un libro lleno de información sobre la brutalidad escolar. La literatura proporciona una información más compleja sobre el mundo que el *No es justo*, pero esto último habita en un lugar distinto del cerebro.

Yo había empezado, en suma, a colorear el mapa del mundo con matices y tintes literarios. Lo que permite dos cosas (por lo menos). Una es refinar tu conocimiento sobre los seres humanos que te rodean. La otra es conocer sociedades, países, clases, formas de vida. Un mal libro no te permite conocer a la gente, sólo al autor. Un mal libro no te permite aprender mucho sobre el amor, el odio, la muerte y demás. Pero un mal libro puede decirte muchas cosas sobre una cierta época o lugar... sobre historia. Hechos. Tradiciones. Costumbres. Un buen libro te permite ambas cosas a la vez.

Pero los libros malos aún tardarían en llegar. Mientras tanto y durante tres o cuatro años, lo que llegaba a la granja desde Londres era una sorprendente variedad y cantidad de libros. Había que pedirlos por escrito, y un pedido tardaba aproximadamente un mes en llegar. Los libros tenían que llegar por mar, tres semanas, luego un tren hasta Salisbury desde la costa, y otro tren hasta Banket, y seguidamente había que ir a recogerlos de la estación.

Algunos de los que recuerdo: de John Bunyan, Cuentos de la Biblia para niños. Historia de Inglaterra para niños. Las Cruzadas, con Saladino representado como un caballero inglés. Las batallas de Crécy, Agincourt, Waterloo, la Guerra de Crimea, biografías de Napoleón, Benjamín Franklin, Jefferson, Lincoln, Brunel, Cecil Rhodes.

Novelas infantiles como *El caballero John Halifax*; *Robinson Crusoe*; *Los Robinsones suizos*; *Lobo* (norteamericano, Ernest Seton Thompson). *Alicia en el país de las maravillas* y *A través del espejo*, *Belleza negra*, de Christopher Robin, *Versos para niños*, de Stevenson, *Jock del Bushveld*, *Florence Nightingale*, y —no menos importante— *Biffel*, el buey viajero, la historia de un animal que moría en la epidemia vírica que atacó a animales salvajes de, creo, 1896, inolvidable para cualquier niño que lo leyera en el momento oportuno. *El jardín secreto*. *Los enamorados del bosque*. Toda una selección de pequeños cuentos, que pretendían reflejar las vidas de niños en Islandia, India, Francia, Alemania —de todas partes—, alegres cuentecitos, alegres vidas infantiles, el equivalente de los lectores que, como «John y Betty se divertían tanto jugando con Spot»; pero supongo que la información de que en Noruega esquían y en Suiza cantan canciones tirolesas no deja de ser útil.

Fue a mediados de 1927 cuando al fin dejé a Mrs Scott porque estaba matriculada en el Convent; ya me habían advertido que ellas —las católicas— tratarían de «atraparme», y que no debía bajar la guardia. En el Convent, que siempre tenía más alumnas protestantes que católicas, ya estaban acostumbradas a tranquilizar a los padres ansiosos asegurándoles que sus retoños estaban a salvo con ellas. El Convent, como los conventos en Gran Bretaña, se consideraba más elegante que el instituto de enseñanza secundaria. Conozco a muchísimas mujeres que fueron enviadas a conventos por la misma razón. Que el convento de Salisbury tuviera esta reputación era debido a que se le identificaba falsamente con la patria. Me habían concedido una beca. Al tercer año resultaba evidente que las cosas iban mal en la granja y que era improbable que mejoraran pronto. Mi padre construía graneros de tabaco, porque ya no se hacían fortunas con el maíz. ¿De verdad estaba él dispuesto, con su pierna de madera, su limitada movilidad, a levantarse varias veces por la noche para comprobar las temperaturas en un granero que distaba un buen kilómetro y medio?

Sin ayuda no nos habríamos podido permitir la compra de mi ropa de uniforme para el convento, apilado sobre butacas y camas por toda la casa. Túnicas con pliegues, hechas de estameña y alpaca marrón; ligeras blusas de algodón color naranja; ceñidores elásticos de color marrón que seguramente nunca podían mantenerse abrochados; blancos sombreros de paja con cintas marrones y naranja; una chaqueta ligera marrón; montones de grandes bragas de color marrón, y varias camisetas y calcetines marrones. Tan sólo mirar aquel material ya resultaba opresivo, pero por fortuna era el comienzo de las vacaciones y quedaba mucho tiempo por delante.

Fue precisamente entonces cuando la familia se convirtió en los personajes de A. A. Milne, como si nunca hubiéramos abandonado Inglaterra. Mi padre era Eeyore; mi hermano, Roo, mi madre... digamos Kanga. Yo era la gorda y bulliciosa Tigger. Seguí siendo Tigger hasta abandonar Rhodesia, porque no había forma de impedir que mis amigos y camaradas me llamaran así. Los motes son formas contundentes de poner en su sitio a la gente. Yo era Tigger Tayler, Tigger Sabiduría, más tarde Tigger Lessing, este último aún menos adecuado que los otros. También Camarada Tigger. Se suponía que esta personalidad era impetuosa, aguda, patosa y siempre dispuesta a reconocerlo, es decir, a reírse de su propia persona, justificarse, hacer el payaso, confesar incapacidad. Una extravertida. Acabó por ser una forma de proteger a la persona que yo era en realidad: «Tigger» era un aspecto de la Anfitriona. Había mucha energía en «Tigger»... aquel animal sano y bullicioso.

Pero no fue Tigger quien se fue al Convent, sino una niña asustada y desgraciada.

Madre Patrick había llegado a caballo a la colonia junto a cinco Hermanas exactamente un año antes de la Columna Pionera de 1890, e inmediatamente habían establecido su hospital y pasado a ser, auténticamente, hermanas de la Caridad, tal como

se recoge en los anales de esa época. Fue Madre Patrick quien estableció el convento dominicano y era, cuando yo llegué allí, un personaje admirado, de quien se hablaba en tono reverencial, como del resto de las hermanas pioneras. Madre Constantia y Madre Bonaventura vivían aún, según creo, y ejercían una influencia silenciosa como las imágenes de la Virgen que había por doquier. Habían sido unas jóvenes aventureras, pero las monjas administradoras que llegaron después eran distintas.

El Convent consistía en un gran edificio central con alas salientes, empotrado sobre lascas de granito. Cuando los adultos caminan sobre lascas de piedra, los guijarros no resultan muy cómodos para las plantas de los pies, pero para una niña es como caminar con dificultad sobre las grandes piedras puntiagudas de una playa, cada una un riesgo. La escalera hasta el dormitorio de las pequeñas era empinada, cada peldaño al nivel de la cadera. Las pequeñas subían gateando apoyadas en manos y rodillas; la bajada suponía saltar de escalón en escalón porque la barandilla sobrepasaba nuestras cabezas. El día en que por fin pude bajar con normalidad, el día en que conseguí correr por la grava, fueron hitos en mi camino de ser una adulta. Este dormitorio (que estaba encima del gimnasio), el refectorio, las clases y la enfermería eran lo que las alumnas conocían del Convent: la mayor parte del edificio quedaba fuera de los límites de los niños, y parecía un lugar de historias de fantasmas con vastas habitaciones oscuras, llenas de monjas con sus túnicas en blanco y negro flotando como sombras. También las monjas dormían en habitaciones comunales, pero sabíamos que unas blancas cortinas separaban sus camas, dividiendo así la habitación en apretados cubículos parecidos a un cajón. El «dormitorio de las pequeñas» era una larga habitación de techo alto, con tres hileras de camas, alineadas de modo que los pies de cada una tocaban la cabeza de la siguiente: en total, veinticuatro camas. A cada lado había hileras de altas ventanas. Esta gran habitación o, mejor dicho, sala, durante el día estaba bien iluminada y ventilada, pero por la noche era un lugar distinto. Una mesita que se interponía a la entrada de la habitación, obligando siempre a dar un rodeo, contenía un surtido de objetos sagrados, estatuillas que parecían figuras de azúcar de alcorza sobre pasteles; y encima había un gran cuadro en el que un hombre, de cuya cabeza salían rayos como los de detrás de una nube tormentosa, señalaba con autoridad su inflamado corazón del que brotaba sangre. En la pared de delante de este altar había un alargado cuadro de un hombre cuya cabeza estaba atrapada en una enorme corona de espinas, como las que crecían en el kopje, con negros clavos de dos o tres centímetros, y sangre que resbalaba por su cara desde los clavos. Otros cuadros mostraban a un hombre lleno de flechas como púas de puerco espín, cada una de las cuales era una herida sangrante; y a una mujer que sostenía una bandeja en la que había dos pastelitos rosados en salsa de mermelada roja, pero que resultaban ser los pechos que le habían cortado. En otro, se veía a una mujer de pie y sonriendo mientras la quemaban viva unas llamas que se le ensortijaban como largos dedos de brujas.

Cuando recientemente pasé en coche por un campo cercano a Munich, me tropecé con terribles estatuas del Cristo torturado. Estaban a un lado de la carretera o junto a una bonita corriente, o en un bosque, un campo, un jardín. Me recordaron aquellas imágenes con que querían instruirnos, a nosotros, los niños, en el convento, llenas de gusto por la sangre y la tortura. Las monjas de aquel convento eran casi todas del sur de Alemania, la tierra de Hitler. Stalin el sádico provenía de un seminario. Recordé aquellos festines de sangre cuando estaba en Peshawar, en la época en que los musulmanes chiítas celebran el asesinato de Hassan y Hussein, los nietos del profeta Mahoma, hace más de 1.500 años. Hombres jóvenes corrían o se tambaleaban en hordas por las calles, flagelándose con pesadas cadenas o látigos, los ojos en blanco o sobresaltados por el dolor, hasta que se caían y los recogían unas ambulancias que patrullaban por las calles con esta

finalidad. Perdonen la frivolidad de esta reflexión, pero hay algo que no funciona en la raza humana.

Las niñas de menor edad en aquella gran sala de tortura tenían cinco o seis años, y las mayores, diez y once.

Cuando estábamos en nuestra hilera de camas, apagaban la luz, pero siempre quedaba encendida la luz roja delante del Sagrado Corazón y sus gotas sangrientas alumbraban de rojo la habitación. Aparecía la monja que se encargaba de nosotras y se quedaba de pie junto a la puerta, la luz tras ella. Con un pronunciado acento alemán decía: «Vosotras niñas creéis que estáis a salvo en vuestras camas, ¿no es así? Pues os equivocáis, os equivocáis si creéis que Dios santo no puede veros cuando os metéis dentro de las sábanas. Pensadlo bien. Dios sabe lo que estáis pensando, Dios conoce el mal en vuestros corazones. Sois unas niñas malas, desobedecéis a Dios y a las buenas Hermanas que os cuidan para gloria de Dios. Si morís esta noche iréis al infierno, y arderéis en las llamas del infierno, sí, os lo digo yo, y debéis creerme. Y los gusanos se os comerán y nunca habrá un fin, nunca acabará». Podía seguir de esta guisa durante diez minutos o más. Luego, después de condenarnos una vez más al infierno y de vuelta, cerraba la puerta y nos dejaba así.

Tempestades de sollozos y tenues gritos de terror. Las mayores se encaramaban a las camas de las pequeñas, para consolarlas. «Son cosas de los católicos», decían, «nosotras no creemos en todo eso.» Puesto que la mayoría éramos protestantes. A las niñas católicas se las protegía con rosarios, estampas de santos y botellas de agua bendita colocadas bajo sus almohadas.

Yo sabía que, cuando mis padres me advertían que los católicos intentarían «atraparme», no podían imaginar nada parecido a esto. También sabía que ellos se horrorizarían. Esto me acorazó y, además, uno puede creer y no creer al mismo tiempo. No sé durante cuántos años siguieron aquellos sermones aterradores: la impresión que me produjo el primer curso fue tan fuerte que he olvidado el resto. Sólo recuerdo que, tendida en la cama, me ponía a mirar cómo fluía la sangre de aquel gran corazón que era como un pedazo de bistec tierno, y me obligaba a ver que se movía, creyendo que realmente podía ver chorrear la sangre, aunque sabía muy bien que no era así. Las pequeñas —yo ya contaba ocho años, era de las medianas— solían llorar en sueños. A veces una de ellas deambulaba sonámbula entre las camas, y una niña mayor la devolvía suavemente a la suya. Una niñita sonámbula intentó persistentemente meterse en la cama paralela a la suya, porque allí dentro había una amable niña mayor que ella, quien quedamente la trasladó de cama cuando la pequeña se durmió al fin, sin que llegaran a enterarse las monjas. Por la mañana aparecían sucias manchas de orina en muchas camas. Las monjas regañaban y castigaban: a las niñas católicas, con la repetición de Avemarias, a nosotras, con amonestaciones y amenazas.

La monja cuyas cualidades se aplicaban al fuego del infierno y al gusano imperecedero nos pegaba en las palmas con una regla cuando nos portábamos mal. Había mil normas insignificantes, y las he olvidado, pero recuerdo la burla secreta con la que las desafiábamos: nos protegíamos a base de despreciar a aquellas monjas guardianas, nos reíamos de sus acentos, nos decíamos las unas a las otras que si no fueran unas estúpidas habrían sido monjas dedicadas a la enseñanza. La mayoría de las reglas se referían al aseo. No que tuviéramos que lavarnos, sino que no debíamos hacerlo. La limpieza para aquellas mujeres era una invitación al demonio. Nos decían que teníamos que lavarnos las manos sólo hasta las muñecas, sin subirnos las mangas. Sólo nuestras caras, con un trapo muy mojado: si te picaban los ojos, teníamos que ofrecer el dolor a Dios. Sólo nos podíamos bañar una vez por semana. Las monjas nos decían que las niñas buenas utilizaban la tabla de madera que siempre estaba apoyada en

la pared del cuarto de baño, cuando íbamos a bañarnos. La tabla tenía un agujero para la cabeza, y estaba ideada para apoyarse en los costados de la bañera, por lo que hacía imposible que viéramos nuestros cuerpos. Pero nadie la utilizaba. Se nos permitía cambiarnos de ropa interior una vez por semana. Olíamos. Las monjas leían todas nuestras cartas y cuando le conté a mi madre lo de las normas del baño, la monja me dijo que era desleal y perversa y me obligó a volver a escribir la carta. Pero a mitad de curso «me chivé», sobre las monjas, y mi madre se puso furiosa, protestó... y a partir de entonces a todas se nos permitió bañarnos un par de veces por semana y cambiarnos dos veces de ropa interior. Seguíamos oliendo. Teníamos que ponernos bragas apestosas y sucios calcetines. «Vanidad», dijo la hermana Amelia, o Brünnhilde o no importa cuál. «Todo es vanidad. No deberíais pensar en vuestro cuerpo.»

Allí funcionaba la habitual mitología escolar sobre los golpes que nos administraban en las palmas con reglas. Proferíamos las típicas risitas, nos aconsejábamos mutuamente sobre cómo enjabonarnos las palmas, contábamos historias sobre una alumna a quien pegaron hasta que se le cayó la mano, y que ahora llevaba una artificial. En suma, lo típico que ocurre en colegios como éste. Pero si bien los golpes dejaban señales rojas en las palmas, esto era todo, porque no se les permitía a las monjas que nos pegaran en ningún otro lugar. Pudo haber sido mucho peor. Y no recuerdo intimidaciones entre nosotras, muy al contrario, las niñas mayores eran cariñosas con las pequeñas, al recordar su propio sufrimiento.

En pocas palabras, el ambiente del Convent sólo se puede calificar de indeseable, una palabra favorita de mi madre. ¿Cuánto sabía ella al respecto? Si entraba dentro del código «chivarse» sobre la falta de baños, ¿por qué no sobre los golpes de regla para castigar a niñas pertinaces, por qué no sobre aquellos sermones del fuego del infierno? Cuando Tigger informó al respecto, ella se lo tomó a broma. Y la verdad es que mi madre había visto los cuadros sádicos que había en la habitación donde dormíamos, puesto que inspeccionó el Convent de arriba abajo. Pero, en definitiva, ella misma había tenido una educación estricta, llena de castigos.

Las monjas nunca hicieron ninguna tentativa para «atrapar» a las niñas protestantes. No lo necesitaban. El ambiente de magia y misterio era suficiente. *Helada en mayo*, de Antonia White, habla del encanto de lo prohibido, aunque su convento era hasta cierto punto de un nivel social más alto. La mayoría de nosotras en algún momento quisimos ser católicas, sencillamente ser como las chicas católicas, que mojaban los dedos en las pilas de agua bendita que había a cada lado de la puerta, que se santiguaban y hacían una genuflexión cuando pasaban por delante de imágenes de Jesucristo o de la Virgen, que llevaban estampas de santos en los bolsillos y rosarios enroscados en las muñecas. Siempre salían para asistir a celebraciones especiales en la catedral. Sonaban las campanas desde la catedral, que estaba sólo a una manzana, varias veces al día, para el Ángelus y para la Misa. Repicaban campanas desde la capilla de las monjas. La Virgen, una figura agradable y benéfica, era transportada a menudo por los jardines sobre andas adornadas con papeles de colores. Y sobre todo, había el misterio de la parte del convento al que no se nos permitía entrar. Creíamos que había centenares de monjas, pero quizás no fueran más que cincuenta. A la mayoría no nos las encontramos nunca. Trabajaban en las cocinas, preparaban nuestra comida y la suya, mantenían limpios el convento y los jardines: no había criadas negras. A algunas las llevaban todos los días en camiones hasta los huertos. Todas se levantaban muy de mañana, a las cuatro, algunas antes. Si te despertabas durante la noche podías oír sus dulces cantos agudos que llegaban desde la capilla. A menudo había funerales. Si lo pedíamos con mucha insistencia, a las niñas protestantes se nos permitía subir con las católicas a los camiones que iban al cementerio, donde contemplábamos en romántico trance el ataúd, en forma

de violín, blanco y rosa brillante, como un pastel, con inscripciones en letras doradas: Hermana Harmonía, Novia de Jesucristo, RIP. Era muy joven para morir, decían las otras hermanas. Que tener dieciocho, veinte años, se considerara joven, nos sorprendía por nuestra corta edad, puesto que resultaba difícil creer que alguna vez seríamos tan mayores como aquella mujer muerta.

Ahora pienso que aquellas muchachas murieron de pena. Casi todas eran pobres campesinas de Alemania. El Convent en Salisbury, Rhodesia del Sur, era una prolongación de las condiciones económicas de Europa. Alemania no se había recuperado de la Primera Guerra Mundial y las indemnizaciones. Como siempre había sucedido entre las familias pobres de Europa, una o dos hijas se hacían monjas, para ahorrar a sus familias la carga de alimentarlas. Se encontraban a miles de kilómetros del hogar, en este país exótico, sometidas a un duro trabajo corporal, como habían estado durante toda su vida, pero en el calor, y sin ninguna perspectiva de volver a ver a sus familias. Quizá su único consuelo fuese saber que su soledad y su exilio facilitaban las cosas en casa. En una ocasión, cuando me encontraba en la enfermería, entró una monja y se sentó junto a mi cama (contra las reglas) mientras la campana del Ángelus llamaba a la oración y el cielo era una llama roja, y se echó a llorar, y se santiguó, se santiguó y lloró, diciendo que añoraba a su madre. Luego se puso en pie de un salto, pidió a la Virgen que la perdonara, me dijo que olvidara lo que me había contado y se fue corriendo. Tenía dieciocho años.

Nuestras especulaciones sobre las vidas secretas de las monjas eran inocentes. Hoy las niñas de cinco o seis años seguramente pueden hablar con conocimiento de causa de lesbianismo. Sus propias normas para el baño en parte nos consolaban de las nuestras. Se bañaban una vez por semana, vestidas con un sudario blanco, y con la tabla alrededor del cuello. Nunca se habían visto en un espejo. Llevaban la cabeza afeitada. Raramente se cambiaban de ropa interior. Sabíamos lo que llevaban, porque podíamos ver sus ropas blancas extendidas en los tendederos. Bajo los pesados vestidos de estameña blanca que podíamos ver llevaban capas de camisetas y bragas y enaguas, y sobre los vestidos colocaban la túnica negra, el griñón rizado y dos velos, uno blanco y otro negro. El olor de las monjas era terrible.

Las monjas que nos daban clase eran mujeres cultas. Había una, por lo menos, que era nazi... tal como cuenta Muriel Spark al hablar de este mismo convento en su autobiografía. La hermana Margaret enseñaba música y fue amable con la niña cuya madre seguía insistiendo en que su hija era un prodigio musical. La monja sabía que mi madre podía haber seguido una carrera musical, escuchaba amablemente las historias sobre su ambición frustrada y durante cuatro años me enseñó solfeo y piezas para principiantes, me habló de los grandes músicos y de los obstáculos que superaron. Nunca sugirió siquiera que yo no tuviera un talento especial. La hermana Patrick, decían las monjas, era una auténtica dama, de Irlanda, pero lo había abandonado todo por amor a Dios. Era una mujer alta y delgada, ocurrente y en ocasiones cruel. Solía citar en francés o en latín y luego decir: «Pero supongo que no habéis oído hablar de él», y suspirar.

Yo era inteligente, éste era mi atributo, la pequeña e inteligente Tigger Tayler. Las clases me resultaban fáciles, los exámenes agradables. Estaba preparada para seguir adelante, puesto que desde el principio progresaba sin problemas, sin saber lo que hacía. Mi habilidad era una continuación de la de mi madre, como mi talento musical, y se insistía en tal habilidad, se sacaba a relucir para que los otros la admiraran, se presumía ante las esposas de los granjeros, se utilizaba como un medio para conseguir becas y privilegios especiales.

Lo mío, el lugar del que formaba parte, era el mundo de los libros, pero tuve que

luchar por ello tan pronto como llegué al Convent. La biblioteca del colegio constaba de varias salas llenas de libros hasta el techo, pulcramente forrados con papel marrón, con los títulos y los autores escritos en tinta sobre el lomo. Me sentía como si entrara en una cueva del tesoro, pero las monjas de la biblioteca no podían creer que una niña de ocho años hubiera leído *Oliver Twist* y *La feria de las vanidades*. Insistían en que debía tener permiso de mis padres para leer libros tan impropios. Mi carta semanal a casa decía: «Estoy muy bien. Espero que vosotros estéis bien. ¿Cómo están Lion y Tiger? La hermana Perpetua dice que necesito vuestro permiso para leer libros. Sólo faltan cuatro semanas y tres días y siete horas para las vacaciones. Besos para Harry». Mientras esperaba el permiso, las monjas de la biblioteca me imponían literatura edificante, que llenaba dos largos estantes. La palabra «nocivo» se queda corta para reflejar el mundo moral que alimentaba aquellas novelas. Los argumentos siempre eran los mismos. Un hombre o una mujer castos conocían, aparentemente por casualidad, a una persona mundana, por regla general una mujer, bien vestida, de más edad, pero cuyas sonrisas o miradas incitaban tentadoramente a lo desconocido. Al neófito le invitaban a una casa de campo, llena de gente cosmopolita de más edad, todos con el mismo aire de misterio. La confundida persona se veía inmersa en sesiones espiritistas, durante las cuales las mesas daban vueltas, y en ambiguos servicios religiosos celebrados en capillas en ruinas y claros del bosque. Y seguidamente... ¡la elección! El camino a la izquierda hacia el satanismo, el camino a la derecha hacia la aburrida virtud, adecuado sólo para los estúpidos o tímidos. No he encontrado nada parecido a esta mezcla de erotismo y magia negra hasta hace un par de años en la serie norteamericana de televisión *Twin Peaks*, pero las novelas del convento carecían por completo del ingenio grotesco que domina en la serie.

Aquellas novelas no eran tan convincentes como habrían querido las monjas. Yo nunca había oído hablar de sesiones espiritistas ni de Satanás. Durante los cuatro años que estuve en el Convent me tuvieron que insistir para que las leyera. Ahora, cuando pregunto a amigos católicos, nada saben de aquellos libros ni de nada que se le parezca. Quizás alguien de alguna biblioteca piadosa de Inglaterra, cuando hacía una selección de sus libros, pensaba: «Es una lástima tirarlos. Ya lo tengo: ¡les irán bien para aquellos nativos infieles de África!».

Pasé cuatro años en el Convent. O una eternidad. Solía despertar por las mañanas con el sonido metálico de la campana y pensar que no me veía capaz de soportar aquel interminable día hasta la noche. Y, después de aquel día inacabable, seguiría otro. Luego otro. Estaba atrapada por una añoranza que era como una enfermedad. Es una enfermedad. Cuando casi tenía setenta años y sucumbí al dolor, pensé: Dios mío, esto es lo que pasé de niña, y había olvidado lo terrible que fue. ¿Qué añoraba? El hogar. Quería estar en casa. Quería a mi madre, a mi padre y a mi hermanito, que se quedó en casa hasta los ocho años. Quería a mis perros y a mi gato. Quería estar cerca de los pájaros y animales de la jungla. Quería... añoraba... ansiaba, que aquella angustia acabara. No creía que se pudiera acabar nunca. He intercambiado recuerdos con hombres a los que mandaron a colegios en Inglaterra a los siete años, y algunos recuerdan aquel peso de sufrimiento. Deben de contarse ya por centenares los libros de memorias, las autobiografías que atestiguan el sufrimiento de niños de corta edad a los que enviaron demasiado jóvenes al colegio. Es algo terrible enviar a niños pequeños a un pensionado. Todos lo sabemos. No obstante, la gente que recuerda muy bien lo que padecieron cuando los sacaron de casa a los siete u ocho años, hacen lo mismo con sus hijos. Resulta un dato bastante revelador sobre la naturaleza humana. O sobre los británicos.

No es concebible que yo viviera aquellos cuatro años continuamente atrapada por

aquel dolor, pero, siempre que me vienen a la cabeza imágenes del Convent, me sumerjo en el dolor.

Cuando volvía a casa durante las vacaciones, su final me parecía tan lejano, que era como un alivio. Seis semanas. Incluso cuatro semanas. Si cada día era infinito, una semana era un océano de tiempo.

Mi hermanito se pasó dos años en casa estudiando un curso por correspondencia y fue consiguiendo lentamente que dejaran de llamarle nene, o Roo, insistiendo en que le llamaran Harry, y se reafirmó en su primogenitura, que era la excelencia física. Si mis recuerdos primerizos del nene son los de un ser en plena complacencia amorosa, sobre las rodillas de alguien, en general las mías, mis recuerdos posteriores son los de alguien en enérgico movimiento, bajando al vuelo la colina con su patinete, luego su bicicleta, soltando los frenos, o arriba de algún árbol temible, o lanzando pelotas de cricket sobre el tejado mientras corría como un duiker. Era como todos los niños blancos de la región, un chico magro, duro, tostado por el sol, siempre arañadas las rodillas, rotos sus pantalones cortos, e hinchados los ojos por el sol, porque estaba fuera desde que amanecía hasta el crepúsculo. Mi madre nos leía Peter Pan con excesiva frecuencia y se le quebraba la voz cuando Peter volvía, encontraba la ventana cerrada y de nuevo se alejaba volando.

«Vamos, muchacha», le apremiaba mi padre, «no es tan terrible.»

Pero lo era para ella. Nada de lo que había querido para sí iba a suceder. Todas sus energías se concentraban en sus hijos y, en particular, en su querido hijito. Pero él —y casi de repente— no parecía ser consciente de ella. Es interesante ver lo distintas que son las formas de rebelarse de los niños, de protegerse a sí mismos. No puedo recordar un tiempo en que yo no me peleara con mi madre. Más tarde, también me peleé con mi padre. Pero mi hermano nunca se peleaba. Solía sonreír, muy educado, cuando mi madre intentaba que comiera esto, llevara aquello, pensara de una determinada forma, considerara vulgares a los niños de otras granjas, o juzgara «este país de segunda» como un lugar en el que él no se quedaría. Pero, si bien él hizo lo que quiso, fue dentro de los límites que ella eligió. Fue a Ruzawi, un colegio de primera enseñanza modelado según los parámetros ingleses y, más adelante, entró en la Marina, aunque él no quería. Hasta su boda, nunca tomó una decisión importante por sí mismo. Ahora lo considero una instintiva resistencia pasiva.

Supliqué a mi madre otro hermanito. Ella era el prototipo de mujer maternal y debió de resultarle doloroso que las súplicas de aquella niña alentarán sus instintos suprimidos. «Por favor, mami, por favor, te ayudaré a cuidarlo.» «Pero no podemos permitirnoslo», decía ella, una y otra vez. Y luego, ya en aquella época temprana, «Además, papi no está muy fuerte». La fuerza de mi deseo de aquella criatura se mezclaba con el de la añoranza de mi casa; estoy segura de que muchos deseos de esta intensidad se pierden por fortuna cuando nacemos. Pero al lamentarme de que no hubiera otro nene, me di cuenta de que el «nene» lo había sido tanto de mi madre como mío. Después de esto, si veía a un nene en cualquier punto de la región, yo lo adoraba, no me podían apartar de él, suplicaba que me lo dejaran llevar a casa. Esta pasión se convirtió casi en un chiste en la región... un chiste cariñoso. «Vuestra hijita está chalada por los nenes.»

En la librería de cajas de petróleo junto a la cama de mi madre, tras las cortinas de cretona de Liberty que ya empezaban a perder color, había un libro sobre el proceso de dar a luz, el manual de obstetricia del Royal Free Hospital. Me tumbaba sobre la cama de mi madre, estudiaba los estadios de desarrollo del feto, estudiaba los crecientes promontorios del vientre y, en la imaginación, llegaba al parto y daba a luz. Tan fuerte era mi identificación que casi creía que sí que habría un bebé, tendido allí en la cama.



Esta fantasía también era erótica, pero más en cuanto a atmósfera que en cuanto al hecho físico. ¿Quién era el macho? Uno de los niños de la región del que yo estaba enamorada y con quien yo creaba una familia.

Las vacaciones estaban abarrotadas de incidentes y acontecimientos. Mi madre se aseguraba de ello. No sólo seguía nuestra instrucción, con narraciones sacadas de la historia, geografía, exploración, sino que había frecuentes visitas a y desde otras granjas. Cuando llegaban las familias y mandaban a jugar a los niños, no jugábamos. Acechábamos animales y nos escondíamos para mirarlos, mirábamos pájaros, aprendíamos cómo distinguir rastros en el polvo de los caminos, buscábamos en los escollos rocas en las que encontrar oro. Las escopetas dividieron a los niños entre chicos y chicas: los chicos disparaban, las chicas jugaban a papá y mamá. Pero cuando estaba a solas con mi hermano, nos íbamos juntos a la jungla.

El talento de mi madre para la vida de sociedad se manifestaba en las meriendas campestres, tanto con otras familias como cuando íbamos solos. Se llenaba el coche de comida, y nos dirigíamos a un lugar despejado de la jungla y encendíamos un fuego y preparábamos salchichas y huevos, y nos tendíamos debajo de árboles para contemplar la salida de la luna o dar nombre a las estrellas. Si había otros niños, cantábamos canciones festivas, como «Campdown Races», y tristes, como «Shemandoah». Cantábamos canciones norteamericanas, no inglesas.

Varias veces al día, a lo largo de las vacaciones, a mí, o a mi hermano, o a los dos, nos emplazaban para aprender algo. Mi madre, o mi padre, había encontrado una calavera o esqueleto en la jungla, o un pedazo de roca que contenía oro. Ella hervía las calaveras y esqueletos de pájaros y pequeños animales hasta que se desprendía toda la carne, por lo que podíamos aprender la estructura de los huesos. Abría huevos de pájaros y desarmaba sus nidos. Partía termiteros por la mitad para mostrarnos sus jardines, sus criaderos, sus caminos, sus galerías. Nos mostraba la muda de piel de las serpientes y los huevos de arañas y serpientes. Abría flores y hojas y nos hacía dibujar sus partes.

Mientras, constantemente, daba la impresión de que, de día y de noche, seguían hablando de la guerra. En ocasiones parecía como si la casa en la colina estuviera llena de hombres uniformados, pero estaban muertos, igual que en las otras casas de la región figuraban fotografías de soldados muertos. Y, también, mutilados de guerra. Había un tal Mr Livingstone con una pierna de madera, como mi padre, pero él hacía muchas menos cosas con ella. Mr McAuley llevaba una placa de acero sobre el vientre, para que se aguantaran los intestinos dentro, o así lo decían. En casa de los Murray, una mujer triste, estoica, lloraba la muerte de su marido y de cuatro hijos en las trincheras. Aún quedaba un hijo vivo, que ocupaba el lugar de todos ellos. En casa de los Shattock había una imagen de un hermoso niño quien, cuando un bote fue torpedeado en la guerra, fue engullido en el remolino y se ahogó. A veces, cuando se reanudaba por enésima vez la conversación sobre la guerra, yo me escurría e intentaba salir de la habitación, y si mi padre me descubría, me gritaba: «Muy bien, sólo es la Gran Innombrable. Sólo es la Gran Guerra, ¡eso es todo!».

Se impone una pregunta. Cuatro años en el Convent, pero también cuatro años de vacaciones, semanas de vacaciones que parecían en un principio que nunca acabarían. Un centenar de distintas experiencias, buenos momentos, meriendas en el campo, excursiones familiares, los perros, los gatos, nenes en brazos, o caminatas de un día entero con mi hermano por la jungla, noches en vela para ver las estrellas. Pero los tiempos oscuros, los sufrimientos son más fuertes que los buenos momentos. ¿Por qué es así?

«Dejadme un niño hasta que cumpla siete años», se dice que dicen los jesuitas. La

conversación sobre la guerra probablemente fue lo primero que oí. Por lo que, quizás, de no haber existido el Convent con su sangrienta y torturada gente por todas partes, sus torturados pero sonrientes santos, hubiera sido lo mismo. Supongamos que en el Convent sólo hubiera habido soleadas imágenes de bosques y campos y caras amables; ¿habría seguido siendo entonces más potente la charla sobre la guerra? ¿O hay algo inherente en nuestro ser que nos dispone hacia el dolor y los recuerdos del dolor, por lo que días o incluso semanas de buenos momentos nos atraen menos que el dolor? La pregunta tiene una relevancia que va más allá de lo personal.

Debía de llevar un año en el Convent cuando escapé a la enfermería. En un principio, estaba de verdad enferma, con algo que entonces se llamaba, de forma general, colitis B. Una infección del riñón, con fiebre alta. Pero después me presentaba constantemente en la enfermería, con vagos síntomas, y me metían en cama. Mi madre lo consideró una señal de «fragilidad». Yo sabía que añoraba mi casa, pero no sabía que lo que me llevaba hasta la enfermería era la hermana Antonia, una mujer amable y cariñosa, que hacía las veces de madre para mí y para todas sus pupilas. Aquellas enfermedades imaginarias tenían una doble cara. En primer lugar, ser frágil me apartaba de la insistencia de mi madre para que me mostrara inteligente, «Tal y como yo era», y para que constantemente presumiera ante los vecinos, quienes —lo sabía— se mofarían tan pronto colgaran el teléfono o se alejara nuestro coche. «¿Quién se ha creído que es?» Pero peor que los vecinos era la presión de aquella feroz energía suya, insistiendo en que yo tenía que mostrarme inteligente, que si conseguía un 70 en el examen de matemáticas podía ser un 100, que pronto conseguiría una beca, y estudiaría en Inglaterra. Pero también las enfermedades me entregaban, inerme, a ella: médicos, enfermedad, medicina. Es como mirar atrás y ver algo parecido a las frías tinieblas que, a veces, decía mi padre, se extendían encima de la tierra de nadie, o incluso a nubes de gas venenoso. La enfermedad lo penetraba todo. ¿Por qué los médicos siempre hacían lo que decía mi madre? Para empezar, ella solicitaba el derecho a ser considerada una colega. «Soy una enfermera del Royal Free Hospital de Londres.» Sabía tanto o más que las enfermeras. A mí siempre me llevaban al doctor Huggins para análisis y revisiones, algunas de las cuales suponían catéteres. Ahora sé que padecí cistitis, pero la menor inflamación se consideraba un síntoma de algo serio. Yo solía chillar ante la idea del catéter, por lo que me suministraban cloroformo.

Existían poderosas razones para la obsesión de mi madre. En primer lugar hay que preguntarse qué necesidad se satisface en una mujer que enseña a su bebé a ser «limpio» a partir de los primeros días de vida, sosteniéndolo todos los días durante horas encima del orinal o encargando a otro que lo haga. Cuando la criatura llega a ser «limpia», ha desaparecido la ocupación de la madre. Cuando tomé posesión de mi propia vejiga fue un momento de estimulante libertad. Exclamé: «No, no, no voy a utilizar el orinal, utilizaré el asiento de los mayores». Queriendo decir: no voy a teneros examinando mis resultados varias veces al día. Y «el nene» pronto dio el mismo paso hacia la independencia, básicamente porque le ayudé a esforzarse para conseguirlo. Más importante aún: todos nosotros, de hecho, estuvimos amenazados por enfermedades. Toda la familia padeció malaria dos veces durante la primera estación de las lluvias. La gente se moría de fiebre palúdica, que entonces se consideraba una consecuencia de la malaria, y aparecieron incipientes señales en la orina. La bilharziosis fue una amenaza a lo largo de toda mi infancia: una vez más, una de las señales era sangre en la orina. Todo tipo de enfermedades, que ahora se solucionan con una simple pastilla, suponían una constante amenaza y a veces un fatal desenlace. La imaginación de mi madre siempre se encendía con los desastres: ¿cómo no voy a comprenderlo, si yo misma soy igual?

Cuánto debió de añorar sus habilidades médicas al mirar a sus hijos corriendo por la

jungla llena de serpientes. «¿Dónde están tus zapatos? El polvo está lleno de asquerosas enfermedades. ¿Dónde está tu sombrero? Pillarás una insolación. ¿Te has tomado tu quinina? ¿Quieres volver a tener malaria? No me hacéis caso, pero un día de estos lo lamentaréis.»

Todos tomamos quinina noche y día a lo largo de la estación de las lluvias, de octubre a abril. Por aquel entonces las pastillas eran unas tabletas grandes de color rosa brillante que hacían que nos silbaran los oídos.

En la habitación del hospital, yo estaba tendida en una pulcra cama blanca en una habitación brillantemente iluminada, donde resonaban las campanas para el Ángelus, donde en las paredes sólo había una bonita imagen de la Virgen, y donde yo leía. Y leía. Y leía. Si se me manifestaba algún síntoma preocupante, mi madre hacía que mi padre la acompañara en coche a regañadientes, y después de examinarme, en la habitación de enferma, insistía en la comparecencia del médico. Visitas al hospital, visitas del médico, alarmas casi siempre falsas marcaron mi vida dentro y fuera del colegio, y, si bien las temía, también compartía el drama que suponían, la subida de entusiasmo en la voz de mi madre, la amenaza de muerte, de hospitales, de enfermedad crónica.

La amenaza de la enfermedad de mi padre discurrió como una corriente subterránea que lo atravesó todo durante aquellos años. Su pierna de madera sólo era una parte; estaba enfermo con frecuencia, y cuando llegaba de Sinoia el médico, le oía hablar con mi madre en voz baja: «No se puede esperar que un hombre que se ha pasado todo un año en cama lo supere así como así». Y: «Me dijo que padeció neurosis de guerra, ¿no?».

Mi padre luchó denodadamente contra las desventajas de una pierna de madera. Cuando vi que el capitán Livingstone sólo caminaba por lugares llanos y seguros, comprendí lo mucho que mi padre hacía con su pierna. Bajaba a los pozos de la mina, pozos profundos, en una carretilla de arrastre, de la que sobresalía su rígida pierna, dando golpes en la pared del pozo y haciendo que volteara la carretilla, mientras gritaba desde las profundidades: «Esperad, aguantadla». E inmovilizaban el torno, la barrena reducía velocidad y él podía seguir bajando. La arrastraba por los enormes terrones de un campo recién arado. Conducía el viejo automóvil por todas partes, por la hierba y la jungla y lugares difíciles donde no había ningún camino. Cuando más tarde se apoderó de él la fiebre del oro, anduvo kilómetros con el martillo de explorador y las varitas de prospección. Es decir, lo hizo hasta que llegó a estar demasiado enfermo.

Cuando me enamoré de uno de los chicos, ya no recuerdo cuál, y me puse a pensar en él, sentada en la casa del árbol, y corté sin querer una ramita o varita, y la vendé, seguidamente humedecí el vendaje, mientras murmuraba su nombre. Esta confesión, lo sé, tiene una profunda relevancia psicológica, pero lo más importante para mí de este hecho no es que revele mi necesidad de un enamorado herido, como mi padre, sino su condición mágica, de acto de magia, cuando yo nada sabía al respecto, porque era hija de unos padres empeñados en ser racionales. El instinto me enseñaba cómo engañar las circunstancias, cómo manipular el mundo exterior con medios que tenían quizás millones de años. Cualquier chamán habría comprendido lo que estaba haciendo.

Había algo más que me llevaba a la enfermería, cuando podía persuadir a la hermana Antonia. El caso es que yo no encajaba con las otras chicas, no sólo porque (según parece todas se quejaban de lo mismo) yo fuera demasiado mayor para mi edad. Una escena: diez o doce niñas sentadas alrededor de una mesa del refectorio, zurciendo ásperas medias marrones y ásperas bragas marrones, vigiladas por la hermana de la costura, madre Theresa. Presumían de sus experiencias de vacaciones, idas a Durham, idas a Ciudad del Cabo, incluso un viaje a Inglaterra. Yo, ofreciéndoles lo más querido y mejor, les hablé de cómo me adentraba en el campo grande para recoger maíz y de

cómo, después, seleccionaba las semillas para preparar un postre de queso. Las chicas intercambiaron miradas burlonas, y la monja inmediatamente me felicitó por lo adecuado de mi humildad y frugalidad, mientras yo sonreía con afectación y levantaba la cabeza, odiándome a mí misma. Después de esto, permanecí callada. Siempre existe una marcada división entre la vida en un pensionado y la vida en familia, pero nunca pudo haber una vida familiar más celosamente resguardada de las amigas del colegio. Las pensionistas eran casi todas hijas de granjeros, pero me di cuenta muy pronto de que tenían mucho más en común con las chicas de la ciudad, que eran alumnas sólo diurnas, que conmigo. No sabían nada de la jungla, parecían temerla. No aprendían a realizar trabajos de granja. Cuando salí del Convent, yo sabía cuidar de una gallina, criar pollos y conejos, cuidar perros y gatos, separar oro en la gamella, coger muestras de los escollos, cocinar, coser, utilizar el filtro de la leche y batir mantequilla, bajar al pozo de una mina en una carretilla de arrastre, hacer crema de queso y cerveza de jengibre, dibujar con plantillas sobre tejidos, fabricar papier maché, caminar sobre zancos hechos de palos cortados en la jungla, conducir el coche, cazar palomas y gallinas de Guinea para el puchero, conservar huevos en buen estado... y muchas cosas más. Cuando hacía estas cosas era auténticamente feliz. Pocas cosas en mi vida me han procurado un placer mayor. Esto es felicidad auténtica, la felicidad de un niño: ser capaz de hacer y crear, y, por encima de todo, saber que ayudas a la familia, que eres valiosa y valorada.

Cuando contaba unos doce años escribí una breve narración titulada «El baúl del tesoro», que era un símbolo del exilio de lo bueno que sufrieron mis padres. El contenido de un baúl de viaje era todo magia y misterio. Yo me olvidaba de que llevaba días, semanas, allí, pero luego algo que mi padre decía sobre Inglaterra, o un suspiro de mi madre, me lo recordaba. En un principio estaba fuera del alcance, no había que tocarlo. Luego, cuando mis padres comprendieran lo absurdo que era no haber abierto nunca el baúl en una casa de verdad, donde su contenido encontraría el lugar adecuado, me permitían sacarlo, siempre que lo devolviera todo a su sitio, exactamente como estaba, en capas de duro pero suave papel de seda blanco, con el delicado papel negro que protegía el oro y la plata y los galones de bronce que, de no ser así, perderían brillo.

En las capas superiores había ropa de bebé, vestidos con volantes de linón y muselina, a pliegues, bordados, y enaguas y chaquetas que en alguna ocasión habíamos llevado mi hermano y yo. Cuando yo me lamentaba por el bebé que mi madre no tendría, extendía aquellas ropas y las acariciaba y lloraba. Fue por aquel entonces cuando me regalaron mi primera muñeca auténtica... y mi última. Mi madre pidió por carta a los Almacenes de la Marina y el Ejército los regalos de Navidad que, se nos recordaba y recordaba —y recordaba—, costaban más de lo que nos podíamos permitir. Ambos regalos costaban exactamente una libra: una fortuna. La locomotora de vapor de mi hermano, que cuando se encendía fuego en la caldera avanzaba unos pasos, resoplando, le maravilló medio día, pero seguidamente se volvió a la jungla. Mi muñeca era del tamaño de un bebé, tenía ojos azules que se abrían y cerraban, y cuando la ladeaba profería un sonido parecido al de una oveja. Durante días la vestí y desvestí, y toda aquella ropa vieja de bebé vivió una tercera vida, y abracé y mecí aquella fría cosa que no respondía y le canté canciones. Y después la olvidé. Olvidé el baúl. Muy pronto, una pasión desplazó la anterior, y pinté la cabeza de la muñeca con un corte a lo garçon, con algunos rizos, la boca escarlata y las uñas rojas. Había empezado a pelearme con mi madre por la ropa. La hacía ella. La hacía bien. La hacía demasiado infantil para mí.

La ropa de bebé se abandonó por allí, se convirtió en trapos de pintura, desapareció: si se expusiera ahora, la gente no creería que un bebé vulgar y corriente llevaba tan exquisitas prendas. Bajo el cajón de ropa de bebé había otro en el que se encontraban los vestidos de noche y de gala de mi madre, envueltos en perfumado papel de seda. Muy pronto todo el mundo se burlaría de las ropas de los años veinte. «Cómo pudieron llevar aquellas cosas tan feas... sin cintura, sin pechos.» Bajo los vestidos había prendas interiores que se conjuntaban, cubrecorsés de crespón de China y fajas de tejido duro destinadas a aplanar el pecho. Recuerdo el momento exacto en que —obediente a cierto aire de cambio— la opinión dio la vuelta. Me encontraba en el piso superior de un autobús, a principios de los años cincuenta, y vi a una joven avanzando por Bayswater Road, con un vestido suelto de seda gris: fácilmente podía provenir del armario de su madre. Ah, pero qué bonito, pensé, y vi a las pasajeras del autobús estirando el cuello: ¡Tremendo! ¿Dónde lo habrá comprado?

La corta falda lisa de un vestido de noche de apagada seda verde estaba hecha de tiras de encaje color bronce, acabada en «puntas de pañuelo» de la seda. El encaje tenía

un acusado olor metálico tan potente como el olor de mar, que mareaba. Metí mi cabeza dentro del vestido y pensé que había un mundo en el que la gente se ponía vestidos así, y no para «vestirse de gala». Muy pronto utilizamos aquellos maravillosos vestidos para jugar y me pregunto qué sentía mi madre cuando contemplaba a aquellas niñas granjeras pavonearse en una parodia de formalidad adulta.

El tercer cajón contenía el esmoquin de mi padre, sus lazos, las camisas blancas almidonadas, su uniforme de oficial. Era claro al respecto. «Gracias a Dios nunca más tendré que vestirme con eso», solía decir mirando provocativamente a mi madre, porque en realidad estaba diciendo: «Gracias a Dios no vamos a vivir la vida que tú quieres vivir».

El cuarto cajón contenía un mandil, una paleta, unos blancos guantes de gala de señora y algunos libros con extraños dibujos en las tapas. Mi padre se mostraba despreciativo al respecto. Tiempo atrás fue masón, cuando estaba en el banco en Inglaterra. «Menuda charada. Menudo circo. Pero si no eras uno de ellos no conseguías subir. Por lo menos en Persia nos vimos libres de esto. Y también la policía, según dicen. En el banco si no eras uno de ellos no te daban ni la menor oportunidad. "¿Estás interesado en el puesto de director en Cirencester, Tayler?" También la Familia Real. El pescado comienza a pudrirse por la cabeza. Gracias a Dios estoy fuera de todo esto.»

La caja del baúl estaba llena de zapatos de brocado, zapatos plateados y dorados, zapatos de satén negro con hebillas de concha; bolsos de noche; un sombrero de satén marrón con alas ribeteado de plumas de avestruz beige; un boa de plumas de avestruz beiges; una estola de zorro con unos ojitos como cuentas negras y el hocico cogido a la cola con una cadena dorada; un cajoncito con las medallas de guerra de mi padre; guantes de cabrito, piel y seda, cada par en sobres de seda tornasolados; vaporosas bufandas de seda, todo lo que se precisaba para vestir de gala. Los guantes del ejército de mi padre. Paquetes de fotografías antiguas, envueltas en papel engrasado para combatir las lepismas. Pero no se desanima fácilmente a las lepismas, y las fotografías eran como una puntilla. Insectos, insectos: fueron los insectos los que al final hicieron que la casa se doblara sobre sus rodillas.

La mayoría de los niños proclaman que, en realidad, son huérfanos, expósitos, incluso de cuna real o noble. Yo no quise eliminar a mi padre, pero decidí que mi madre auténtica era el jardinero persa. (¿Quién era el jardinero persa, por qué fue a él a quien elegí como madre, años después de que se encargara de los canales de agua en los jardines de Kermanshash?) Que esto era imposible la mitad de mi cabeza lo sabía, porque ¿no estaba yo familiarizada con el libro de obstetricia, y con Marie Stopes? No obstante, tenía que ser el jardinero persa. El anuncio de quién era mi auténtica madre, y otras declaraciones dramáticas del mismo tipo, eran obra de Tigger, la bromista, el tontarrón animal gordo y patoso, y el anuncio de que mi madre era el jardinero persa no era sino una típica broma de Tigger. De la misma manera que Tigger bromeaba con que las monjas sólo se tomarían un dulce si se las hacía dar vueltas sobre sus talones hasta dejarlo caer dentro de la boca, o no te permitirían que te cambiaras unos bombachos de gimnasia sobre los que se ha derramado la sopa, y eran tan estúpidas respecto al fuego infernal...

También fue Tigger la que se escapó, y bromeó después sobre ello.

Pero no eran cosa de broma, las furias intermitentes de odio contra mi madre que me habían decidido a escaparme a Beira, subirme a un barco y alejarme en dirección a... bien, a cualquier lugar. Y no era fácil escaparse corriendo de la granja, en la jungla. Lo preparé todo. Dentro de la funda de un almohadón fueron a parar trozos de queso, una lata de carne de vaca en conserva, sardinas. Robé diez chelines del monedero de mi madre. Había ahorrado dinero del cumpleaños y de la Navidad. Harry no quería escapar.

No comprendía por qué yo lo hacía. Pero mi tranquilidad y mi talante implacable pudieron con él. «Claro que lo vas a hacer», le iba diciendo. Resultaría fácil, no había que temer nada. Pero él seguía quejándose, y espetó: «¡Pero, si no quiero!». «Claro que quieres», le informé. Tan pronto como nos metieran en la cama nos escabulliríamos colina abajo, y seguiríamos el sendero hasta Banket. Aún no habíamos andado nunca por aquel camino, pero sabíamos que los africanos lo hacían constantemente. El tren llegaría a primeras horas de la mañana y entonces... la cosa es que yo confiaba en que el tren llegaría, pero no lo sabía. En suma, el nebuloso espacio mental en el que se disuelven como azúcar la mayoría de los planes más valientes del mundo. Si yo lo deseaba tanto, tenía que suceder así. Una vez nos encontramos en Salisbury podríamos... pero en este punto la nebulosidad se convertía en una niebla espesa. De alguna manera nos apoderaríamos de una suma de dinero y subiríamos a un tren con destino a Beira, y entonces...

Mantuve despierto a mi hermanito contándole cuentos y, luego, ya helado el aire de la noche, nos escabullimos de la casa, anduvimos a gatas hasta superar las ventanas con luz donde nuestros padres estaban leyendo, y corrimos hasta el camino en la oscuridad, mientras la funda de la almohada con las latas sueltas me golpeaba las piernas. Harry se había puesto a llorar escandalosamente. La jungla no era la jungla de hoy, más civilizada. Estaba llena de ruidos peligrosos, lechuzas y chotacabras, los saltos estrepitosos de gamos molestos, pero por encima de todo, de las misteriosas presencias de nuestros cuentos de hadas, que habían saltado de las páginas de libros, y en general estaban allí, rodeándonos por todas partes, en los árboles, detrás de los arbustos, corriendo en silencio a nuestro lado por el camino. Y luego sucedió algo: se presentaron los dos perros, y se pusieron a lamernos las manos y a gimotear y a dar saltos a nuestro alrededor. ¿Qué estáis haciendo? ¿Adonde vais? No se nos había ocurrido pensar en los perros. Reconocimos que no podíamos escapar porque los perros vendrían con nosotros, y retrocedimos corriendo por el sendero oscuro de la jungla hasta la casa de la colina, mientras los perros, como si se tratara de un juego, saltaban y ladraban... Volamos hasta nuestra habitación y nos metimos en la cama. Soltamos risitas y nos reímos y temblamos de alivio, y los perros fueron tranquilamente a tumbarse en su puesto bajo la luz de la lámpara. Al día siguiente le conté a mi madre que nos habíamos escapado, nos había cogido un miedo de muerte y habíamos regresado; pero el cuento lo contó «Tigger», era bastante divertido, y ella no me creyó.

Pero en realidad yo no me reía. Bullía de vergüenza. Lo había planeado todo con detalle, pero sin acordarme de los perros. El problema era ser una niña, éste era el problema. Tenía que crecer rápidamente.

Del incidente de la cabaña incendiada extraje la misma conclusión. Mi padre estaba obsesionado por el miedo de que el tejado de paja se incendiara, y con razón. Cuando los fuegos del veld se acercaban demasiado a los campos, el aire se llenaba de chispas y fragmentos negros de hierba que a veces tenían unos puntos rojos. En tales ocasiones el grupo de labradores llamaba desde los campos a los trabajadores, y ellos se subían a las escaleras, o a la casa del árbol, se encaramaban a las estacas, y se pasaban latas de gasolina llenas de agua, y muy pronto el tejado de paja estaba empapado y a salvo. Entonces se quedaba vacía la carretilla del agua y, también, el gran depósito lleno de agua de lluvia, si había llovido. Un día mi padre hizo que me acercara a él y me dijo que bajo ningún concepto debía yo jugar con cerillas, porque la casa se podría incendiar muy fácilmente. Ni se me había ocurrido jugar con cerillas, pero ahora no podía pensar en nada más. La ocasión resulta clara en mi mente. Allí estaba él, sentado en su silla plegable en la parte trasera de la casa, mirando remendar con larga hierba nueva el tejado de paja, añadiendo color amarillo al gris del viejo y gran tejado. Yo tenía que

incendiar algo. Tenía que hacerlo. Y con qué inteligencia y astucia lo elaboré. Incendiaría el pequeño refugio construido para los perros, un refugio que ellos no utilizaban. Sabía que había costado una hora aproximadamente levantarlo: era de palos con una cubierta de paja. Reconstruirlo llevaría una hora. No se malgastaría demasiado dinero. Cuando mis padres salieron a la parte delantera de la casa y los que arreglaban el tejado de paja bajaron, encendí una cerilla y prendí fuego al refugio de los perros. El problema fue que lo habían construido debajo de la terraza saliente de la cabaña que servía de almacén, también con tejado de paja, y a pocos pasos de nuestra casa. Vi arder en llamas la casita, e inmediatamente las llamas se metieron en el almacén, que se convirtió en un fuego rugiente que soltaba chispas por doquier. Yo no lo había previsto. Pánico. Terror. Salí corriendo hacia la jungla sollozando. Pensé que nuestra casa ardería y que sería el fin de nuestra familia, puesto que nada teníamos excepto lo que estaba dentro de la antigua casa.

Me senté apoyada en un árbol y oí el repique de la reja del arado, escuché los gritos de los hombres que llegaban corriendo a través de la jungla. No podía mantenerme lejos. Me arrastré hasta el límite de la jungla donde podía ver la casa, el tejado cubierto de hombres que echaban latas de agua, y más allá, la cabaña-almacén ardiendo. Los perros erraban por el lugar ladrando, o se quedaban parados con el rabo entre las patas. ¿Y dónde estaban los gatos? Entonces las llamas se hundieron dentro del revoltijo ennegrecido que había sido la cabaña, y el aire era todo humo y fragmentos de hierba ardiendo. Mi vestido estaba tiznado. Mi madre bajó por la colina en mi búsqueda: tenían una idea muy clara de quién era el culpable. Sería mejor que contara la verdad, dijeron, y la conté. El delito era tan enorme que ningún castigo que se les pudiera ocurrir era adecuado. No dejaban de decir que parecía haber olvidado lo pobres que éramos, que apenas disponían de dinero para reemplazar lo que había en el almacén: los depósitos de harina y azúcar, la harina de maíz, los comestibles, los sacos llenos de salvado, los huevos, las hojas de tocino. Por lo menos les costaría un centenar de libras restituirlo todo. Pero yo sabía de sobras lo pobres que éramos, dinero, dinero, dinero, siempre hablando de dinero. No conseguía que ellos entendieran que mi intención había sido incendiar el refugio del perro, no toda la cabaña: sencillamente, no les cabía en la cabeza que yo hubiera sido tan estúpida. El castigo consistió en no permitirme comer pastel durante un mes. Mi padre dijo con irritación que ese castigo era absurdo, cómo iba yo a comprender la gravedad de lo que había hecho, si se equiparaba a los pasteles. Estuve de acuerdo con él por lo que se refería al pastel: suponía un descenso de la emoción, era algo tonto y, de hecho, antes de que pasara un mes ya se habían olvidado del castigo. Pero yo nunca olvidé cómo la obsesión de mi padre, su terror hacia el fuego, me había sido traspasada a través de unas palabras, había tomado una forma distinta, se había apoderado de mí. Lo cierto es que las palabras tienen alas.

Y una vez más el mensaje era que una niña no podía abarcar todas las posibilidades, estaba destinada a verse superada por algo imprevisto. Debía, debía crecer, crecer pronto... y, no obstante, qué lejos quedaba de ser adulta y libre, puesto que aún me encontraba en el estadio en el que el final de un día apenas si se podía entrever desde su comienzo.

La razón principal, la auténtica, por la que una autobiografía tiene que ser falsa es la experiencia subjetiva del tiempo. El libro se escribe, desde el capítulo primero hasta el final, en un avance regular a través de los años. Aunque te dediques a juegos de manos como los de los flash-backs o Tristram Shandy, no hay manera de plasmar en palabras la diferencia entre el tiempo infantil y el tiempo adulto, y el distinto ritmo del tiempo en los distintos estadios de la vida de un adulto. El año antes de cumplir los treinta es muy distinto del año en que uno cumple los sesenta.



Cuando los científicos intentan que comprendamos la verdadera importancia de la raza humana, dicen algo parecido a lo siguiente: «Si la historia de la Tierra dura veinticuatro horas, la parte que corresponde a la humanidad ocupa el último minuto de ese día». De forma similar, en la historia de una vida, si se contara de acuerdo con la verdadera percepción del tiempo, yo diría que el setenta por ciento del libro llegaría hasta los diez años. Hasta el ochenta por ciento se llegaría con los quince años. Hasta el noventa por ciento se llegaría aproximadamente con los treinta. El resto es una carrera precipitada... hacia la eternidad.

Se me pasa por la cabeza preguntarme por la criatura del útero. El feto repite la evolución: pez, pájaro, bestia, luego humano. ¿Tiene experiencia del tiempo de la evolución? ¿Es posible que la pobre criatura se sumerja en algo parecido a la eternidad? Una pesadilla. Es un pensamiento tan terrible que apenas si se puede soportar.

Mi hermano contaba ocho años cuando entró en Ruzawi, el colegio de primera enseñanza modelado a la inglesa. Una vez más, mi madre le consiguió una beca. Nuestras vidas en los colegios no podían haber sido más distintas, pero cuando se iniciaban las vacaciones, nada había cambiado. A menudo nos levantábamos con el sol y nos íbamos a la jungla, y a la hora del desayuno ya habíamos recorrido kilómetros, igual que mi padre, quien se levantaba con el sol, llevaba ya un par de horas con «los muchachos», o con Old Smoke, en los campos. En ocasiones los dos pasábamos todo el día fuera, solos, con una bolsa de bocadillos. Bebíamos de los ríos, pero no se lo decíamos a nuestros padres, por su miedo a la bilharziosis. Otras veces Harry salía con mi padre, al que ayudaba de diversas maneras. Para empezar, aprendió a conducir cuando tenía ocho años, poniéndose de pie para alcanzar el embrague y el freno. Yo solía retirarme a mi dormitorio y leer. Y leer. Tendida en mi cama y leyendo. A menudo comía mientras leía, por regla general naranjas. Comprábamos un saco entero de naranjas a los Sinoia Citrus States por el precio de un buen pedazo de carne de vaca. Esta combinación de comida y lectura es corriente entre los lectores infantiles. Ingieren imágenes a través de los ojos, calorías a través de la boca. Aún me abría paso en mis lecturas por los libros de la librería. Las familias lectoras de la región se intercambiaban libros, la mayoría recuerdos de guerra, historias de guerra. Por aquel entonces mi imagen de la Primera Guerra Mundial ya no estaba compuesta sólo por la voz de mi padre hablando de las trincheras. «Y luego... exactamente después de Passchendaele... me sentí muy mal, era como verse envuelto en una nube negra, y escribí a los viejos y les dije que me matarían. Pero no me mataron, la metralla llegó hasta mi pierna.» Había otras narraciones de la guerra, sobre todo *Sin novedad en el frente*, acérrimamente recomendada por mi padre, cuya identificación con los soldados alemanes, traicionados como los «tommies» ingleses por sus generales, era a menudo cuestionada por mi madre. «Pero si eran nuestros enemigos», solía protestar, con voz inquieta, puesto que era tan obediente a la autoridad como rebelde frente a ella. Y él: «Nada de eso tenía que haber sucedido. La gente de la calle no quería la guerra, como no la queríamos nosotros. Nunca conocí a un "tommy" sediento de sangre. No, fueron los fabricantes de armas. La guerra les convenía».

Había una historia de enfermeras inglesas que trabajaban con los serbios heridos. (Mientras escribo esto, los serbios distan mucho de ser las patéticas víctimas que precisaban el cuidado amoroso de nuestro VAD). Otra se refería a una muchacha rusa que luchaba con los soldados en el frente alemán, sin que ellos llegaran a enterarse de que no era un hombre. Me identificaba de forma muy apasionada con aquellas mujeres y soñaba con ser enfermera, pero no precisamente en un hospital de Londres, no, sino en brutales campos de batalla, o en la retirada con los soldados rusos cuando sus líneas se derrumbaban y desertaban para volver a sus pueblos. Durante años, durante décadas, en

Occidente, nuestra imagen de Rusia en el momento de su derrumbamiento fue la de un país vasto, caótico, asolado por los piojos, desmoralizado y hambriento, preparado para la revolución. Hay un librito de Bulgakov, su primera obra, *Diario de un médico rural*, que habla de su labor en una aldea no lejos de Moscú, pero sus batallas eran contra la superstición y la ignorancia, y el lector sólo se da cuenta de que la historia pasa en tiempo de guerra cuando regresa a casa un soldado del frente.

Y seguían llegando, al parecer con cada tren, paquetes de libros de Londres. Muchos de los libros infantiles eran de Norteamérica. La colección de Ana de las Tejas Verdes. *La muchacha de Limberlost* y sus sucesoras. Lo que papá hizo y sus secuelas. Aquellas vivencias de americanos —sobre todo del Medio Oeste— de aproximadamente una generación anterior a la mía, eran, para la niña de la jungla, más cercanas que los recuerdos de regocijo urbano de mi madre, o los de la infancia de mi padre con los hijos de los agricultores en los verdes campos de Colchester.

El problema con aquellos libros era su talante seductor, su facilidad, como chupar un caramelo. En ocasiones reflexiono sobre los libros infantiles. Si no hay nadie que le diga que Dickens o cualquier otro libro adulto pueden resultar demasiado difíciles, el niño se lanza a ellos, tropieza, va dando tumbos, saltando páginas cuando hay que hacerlo, pero finalmente acaba por hacerlos suyos. Los libros infantiles, en cambio, hacen perder las ganas de esforzarse. Leí aquellos libros durante años, me arrullé en ellos, soñé despierta con ellos. Viví casi enteramente de ensoñaciones. Excepto cuando estaba con mi hermano en la jungla, donde había que azuzar el ingenio.

Ni mi hermano ni yo éramos cariñosos. Las familias inglesas no enseñan a sus hijos a manifestar cariño. O al menos no era así entonces: quizás sea distinto ahora. En el Convent yo aprendía las mañas de la superviviente, de la soledad, del exilio. Y si se manda a un niño a un pensionado a los ocho años, es previsible que vuelva a casa con la mitad de su corazón obturado. Pero éramos buenos compañeros. Hasta que me fui de casa a los quince años, siempre que coincidíamos en la granja, nos íbamos inmediatamente a la jungla, como si nunca hubiéramos estado ausentes. Hace unas semanas —1992— yo me encontraba en la jungla no lejos de donde crecí, un día en que se la veía húmeda y goteante, puesto que había llovido, y una vez más comprobé que era como si nunca me hubiera ido: éste era el lugar del que yo formaba parte. Los dos niños salían para llevar a cabo excursiones concretas, por ejemplo un recorrido hasta las colinas Ayreshire en bicicleta, o para vagar sin dirección, los perros jadeando al lado. Nos sentábamos bajo un árbol para mirar pájaros, hormigas, cucarachas, camaleones —camaleones por todas partes, aunque ahora queden pocos—. Observábamos, todo el día, los mil dramas de la jungla y por la noche regresábamos a aquella casa alta y aireada de la colina como si se tratara de una prisión. Era demasiado reducida para nosotros. Generalmente llevábamos la 22, porque se lo habíamos prometido a nuestros padres. A fin de cuentas, podía haber un leopardo... pero en todos aquellos años —y efectivamente había leopardos en los kopjes— sólo vi una cola desaparecer entre las rocas. Por regla general era Harry quien utilizaba la escopeta: es lógico conceder prioridad a la excelencia. Era muy buen tirador, y esto hacía que mi competencia fuera de segunda clase. Básicamente cazaba duikers, para que los comiera la familia, o como regalo para la gente de los alrededores. Todas las familias granjeras comían tanta carne de la jungla como podían cazar, para reducir las facturas, de la misma manera que, en el recinto, los africanos mandaban a los perros para que cazaran duikers o gamos más grandes, o los abatían a base de piedras o catapultas, o lanzas hábilmente disparadas.

A veces mi madre me pedía que le cazara ocho o diez pichones para un estofado o un pastel: en ciertos lugares de la granja había centenares de pichones. Más adelante le cacé gallinas de Guinea, aves correosas, que primero se hervían y luego se asaban o se

cocían a fuego lento. Nunca me gustó cazar gamos.

Harry y yo no hablábamos de nuestros colegios, o si lo hacíamos era para bromear, entre risas sofocadas, sobre nuestros maestros. Qué divertida resultaba la monja del fuego del infierno cuando la contaba Tigger. Menuda diversión pura y dura la «brutalidad» que Harry tuvo que soportar como alumno novato. Pero éste no era el mundo que compartíamos. Hablábamos de los animales con los que convivíamos, los pájaros, nuestros perros. Hablábamos de papá y mamá. Para mí era acuciante su apoyo en contra de mi madre. Le necesitaba a él. Le había visto negarse a ser «el nene», y a estar enfermo todo el tiempo. Parecía que no era consciente de haberlo hecho, parecía que se había abierto paso sencillamente a base de no darse cuenta de que había una batalla. Yo creía que debía luchar contra ella abiertamente, contra su presión, su insistencia, su apretada y celosa supervisión, su curiosidad: todas aquellas patéticas señas de identidad de una mujer cuya única gratificación eran sus hijos. Yo creía que a él le perjudicaba estar ciego. ¡Eso era lo fundamental! La esencia de mi pensamiento, aunque no tuviera palabras para expresarlo. ¡La verdad! ¡Hechos! Las palabras adecuadas para expresar una acción, una situación. Él no comprendía a qué me estaba refiriendo. De la misma manera que yo me rebelaba por instinto, él se conformaba. ¿Cómo pueden ser tan distintos unos hermanos? Pero sólo nos hacemos esta pregunta al tener hijos, después de lo cual es difícil no ver el útero como una especie de conducto nutritivo para una inagotable variedad de seres humanos, cada uno de distinta concepción, un individuo.

¿Hablábamos de los africanos? ¿De los negros... de los «munts»... de los «kaffires»...? No demasiado. Estaban allí, eran algo obvio. Ningún niño blanco aprendía shona, que se consideraba una lengua kaffir. No me propongo extenderme sobre las actitudes de los colonos, no hay nada nuevo al respecto. Mis African Stories (Cuentos africanos) hablan de la Región —las granjas de Rhodesia del Sur— en aquella época. Escogería *The New Man* —que narra cómo los granjeros blancos funcionaban como comunidad—, *The Nuisance*, *No Witchcraft for Sale*, *The Old Chief Mshlanga*, que demostró ser «políticamente correcta» (porque parece que el nuevo dogma es que los blancos no pueden escribir sobre los negros), cuando un joven nigeriano negro mandó este cuento, bajo otro título, pero utilizando su nombre, a un concurso de narraciones cortas. También hay un cuento titulado *Little Tembi* que acaba con estas palabras: «¿Qué quería él, durante todo aquel tiempo?». Lo que él, ellos querían era compartir de buen grado, generosa, abiertamente, los beneficios de la civilización «blanca», en vez de que les dieran con las puertas en las narices, frialdad, tacañería moral. Hablábamos mucho de *Old Smoke*, porque solíamos sentarnos a escuchar las largas, lentas conversaciones entre él y mi padre, que contenían algo de las vacilaciones filosóficas de dos palomas en coloquio de mediodía, y seguían y seguían, luego un largo silencio que llevaba a pensar que la charla había acabado pero no, empezaba de nuevo. Hay algo más... ¿Sí?... Algo más... ¿Qué?... Lo del buey... Sí, así es... ¿Qué deberíamos hacer?... Hablaré con el pastor... Curioso lo que pasa con los mombies... Saben lo que quieren... La vaca negra necesita un poco de muti... Díselo al pastor, *Smoke*... Sí, sí, se lo diré al pastor... Silencio. Un largo silencio. ¿Nkosi?... ¿De qué se trata, *Smoke*? De lo de la esposa de *Jonah*... No, vamos, *Smoke*, no me mezcles en tus asuntos matrimoniales... Ya, pero... ¿Hablamos de ello?... Su bebé está enfermo y debes llevarlo al hospital... Pero ¿cómo puedo saber que ella no se presentará por casa?... Debes decirle a *Jonah* que diga a su esposa que te permita llevar al niño al hospital... Pero eres tú quien debería decírselo, *Smoke*... Yo se lo he dicho y ahora debes decírselo tú... Un largo silencio. *Jonah* tiene una desazón por dentro que le está consumiendo... ¿Qué tipo de desazón, *Smoke*?... Por esta razón siempre está tan enfadado. Por esta razón su esposa...

Entonces, ¿cómo podemos curarle la desazón, Old Smoke?... Ah, Nkosi, eso sí que es complicado. Sólo Nkoos Pezulu puede curar la desazón de Jonah...

Y así seguían, esto era lo que les gustaba a los dos, filosofar. Y se podían pasar la mañana sentados, como voces de palomas que no cesan... no cesan... no cesan. En el calor, en el silencio de la jungla, a veces con las voces de otros pájaros como contrapunto. Para aquellas conversaciones se servían del kaffir de los empleados, la jerga vergonzosa que utilizaban todos los blancos en aquella época, una mezcla de afrikaaner, shona y ndebele, todo en imperativo: Haz esto, Lleva esto, Ve allí. Pero que también podía tener sus momentos más suaves.

El buen talante que compartíamos mi hermano y yo sólo se mantenía cuando estábamos solos. En cuanto aparecían sus compañeros de colegio, inmediatamente él pasaba a ser uno de ellos. Su amigo íntimo era Dick Colborne, que vivía al otro lado de la región y estudiaba en Ruzawi. A veces venía a «pasar el día», según la costumbre, montado en su bicicleta, o bien los Colborne venían a tomar el té con nosotros, o nosotros íbamos a su casa, y siempre se daba por supuesto que los niños tenían que jugar fuera juntos. Dick y mi hermano me lo hicieron pasar mal, porque se burlaban de las chicas en general, fingían que les tiraban piedras o las tiraban de verdad de modo que —eran expertos— no dieran en el blanco por escasos centímetros. Salían corriendo hacia la jungla para que yo me perdiera. Me invitaban a subir a lo alto de un kopje, adonde yo no podía llegar por mis propios medios, luego se iban, para disfrutar viéndome intentar el descenso, mientras ellos se reían con estridencia. Se comportaban conmigo, una chica, exactamente como prescribían los colegios de aquel tipo, y este comportamiento de grupo empeoró con los años cuando acabaron sus estudios en la escuela superior. Cuando le pregunté a mi hermano antes de morir si recordaba lo mal que me lo habían hecho pasar él y Dick, se quedó sorprendido y molesto. Lo que más me dolía era la traición: durante un día entero, o varios días, durante semanas o meses, él y yo éramos amigos, sin alusión alguna a que yo fuera chica o inferior, pero en cuanto aparecía otro muchacho todo cambiaba, él se convertía en mi enemigo. Para él resultaba normal. Nada de esto sorprenderá a mujeres casadas o que viven con hombres que asistieron a ese tipo de colegio.

Conservo un recuerdo, un recuerdo muy particular... Durante años, al recordar lo poco en que estábamos de acuerdo mi hermano y yo, lo poco que compartíamos, yo pensaba: Me pregunto si él recuerda aquel día; pero, según se vio luego, no lo recordaba. Qué extraño resulta conservar en la mente un recuerdo que incluye a otra persona con toda claridad, y comprobar luego que la otra persona no lo recuerda en absoluto.

Sabíamos que al gamo le gusta pasar el calor del día a la sombra de hormigueros, suficientemente grandes para quedar protegido. Íbamos los dos silenciosos, asegurándonos de no pisar ramitas u hojas secas, a un hormiguero donde era visible el rastro de animales. Hierbas aplanadas, un limpio borde de piedra donde una pezuña había hecho saltar un pedazo, bolas recientes de excrementos. Encontramos un lugar alto en una roca, protegida por ramas. Al encaramarnos fuimos con cuidado, porque era el lugar perfecto para una serpiente. Esperamos. Eran alrededor de las seis de la mañana y el sol acababa de salir. No era fácil para un niño de nueve o diez años —y no podíamos tener más años— quedarse sentado absolutamente quieto. Mi hermano se entretenía imitando reclamos de palomas. Las palomas llegaron a las ramas que teníamos encima, y se sentaron aguzando las cabezas aquí y allá, mirándonos, pero al no encontrar a otras palomas, desaparecieron a toda prisa. Oímos ruiditos, y allí estaba, un koodoo macho, abriéndose paso lentamente a través de las cortinas de helecho de Navidad, de los cantos rodados. Se paró y miró nerviosamente alrededor. Sabía que algo

iba mal, sus grandes cuernos en espiral dieron la vuelta, miró atrás por encima del hombro donde el sol resbalaba sobre su piel. Pudimos ver sus líquidos ojos oscuros, sus pestañas oscuras... Permanecimos sentados sin casi respirar, agarrotados por el esfuerzo de no hacer ruido. La bestia se quedó allí, nerviosa, infeliz, durante un buen minuto o dos. Nunca habíamos estado tan cerca de un koodoo vivo... animales muertos sí, que llevaban a casa para despellejarlos y cortarlos. No estábamos cometiendo ningún error, aparte de ser unos niños del género humano en el lugar que no tocaba, y emitir, probablemente, señales de las que nosotros nada sabíamos. Mientras tanto, el koodoo se dio la vuelta para mirar el lugar del que había venido y se quedó de nuevo mirándonos de frente. Estábamos viendo cómo la bestia vivía su vida, la amenaza constante, siempre en guardia contra los enemigos, siempre cauteloso, volviendo la cabeza aquí y allá para escuchar. No obstante, ahí estaba, adulto, había sobrevivido, y no corría peligro por nosotros aquel día puesto que no llevábamos la escopeta. Pasó mucho rato, o así pareció, mientras nosotros esperábamos y la bestia escuchaba y miraba. ¿Nos miraba a nosotros? Sí, pero ¿qué veía? Su mirada se desplazó. Y entonces algo —pero ¿qué?, ¿una ráfaga de aire que llegó de un sitio distinto?, ¿o era que sin querer habíamos hecho ruido?— le hizo darse la vuelta y escapar precipitadamente del hormiguero, no con el pánico de la urgencia, puesto que conocíamos la carrera accidentada de un gamo, cuando el terror se apodera de sus patas, pero lo bastante rápida, para huir de aquel lugar peligroso, el hormiguero, donde había algún tipo de peligro, aunque no supiera cuál.

Lo del koodoo fue un día concreto, un momento concreto, un recuerdo concreto, pero algunos recuerdos son amalgamas de días, quizás de centenares de días. Sonido, los sonidos del tiempo, a los que estábamos ya acostumbrados... Mi hermano y yo a menudo bajábamos al lugar donde los postes telefónicos avanzaban por la cresta de la Mina Mandora, a través de una franja de hierba hasta nuestro gran campo y allí se remontaban hasta el final, luego subían la colina, y llegaban hasta nuestra casa. Nos sentábamos debajo de los postes, las orejas junto al poste metálico, y escuchábamos el rasgueo, tamborileo, el canto profundo del viento en los hilos donde vigilábamos, a la vez que escuchábamos, los pájaros, centenares de pájaros, posándose, balanceándose, arrancando de nuevo el vuelo, grandes pájaros y pequeños pájaros y descoloridos pájaros y pájaros de color del arco iris o de una puesta de sol, sobre todo los más espectaculares, las abubillas, de color malva y gris y rosa, como grandes ejemplares de Martín pescador. Nos ocultábamos en la hierba y escuchábamos, permanecíamos escondidos y mirábamos. Y oíamos, cuando nuestros oídos se abrían al sonido (puesto que estábamos en silencio para no asustar a los pájaros ni a los animales alrededor), cómo las actividades de la granja, la vida en la granja, nos contaban lo que pasaba en las inmediaciones. En el campo que había cerca de la casa un hombre estaba arando y maldiciendo a los bueyes que tiraban de las rejas del arado, que crujían al hundirse en la pesada tierra roja. En el camino que iba a la estación, el carro cargado con su tiro de dieciséis bueyes rechinaba y gemía mientras el conductor chasqueaba el látigo que llegaba hasta los cuernos del buey conductor, y daba un alarido que sólo ellos comprendían, porque arrimaban sus hombros al tiro y mugían, una y otra vez, una forma de protesta (¿entre ellos? ¿contra él?), de esto no había duda. Cuando restallaba el látigo, era como un relámpago, como si se rompiera el aire, pero la línea del látigo serpenteaba por encima de las cabezas de los bueyes y no los tocaba. La voz del carretero, chillando, gritando, o dialogante, como la de los bueyes consigo mismos, bajaba de tono cuando se adentraban en la arboleda que llevaba hacia la estación de Banket. Sobre los cables del teléfono los pájaros gorjeaban y cantaban, a veces parecía que compitieran con el zumbido de los postes metálicos, y desde los árboles de allá a lo lejos llegaba el tintineo de manadas de agazapadas gallinas de Guinea. El viento cantaba

no sólo en los hilos, sino también en la hierba, y si soplaba con fuerza, provocaba en los hilos una vibración y un tañido, y entonces las manadas de pájaros se desplegaban en el cielo, con revoloteos a veces suaves, a veces estridentes, y se apresuraban hacia los árboles, o volvían en círculos para intentarlo de nuevo. Unos perros ladraban desde el recinto. Nuestros perros estaban acostados en la hierba a nuestro lado, asaltados por las garrapatas —podíamos ver como las garrapatas cambiaban la hierba por el pelo duro—, y jadeaban, y en ocasiones levantaban sus hocicos para abrir la boca con un sonido que parecía una queja. Movían la cola, o castañeteaban los dientes y buscaban por su piel para encontrar garrapatas y pulgas. Un coche llegaba lentamente por el camino de la estación, un ruido distinto a cualquier otro, con su lento y regular ronroneo. De los grupos de hombres que trabajaban por el camino sachando cacahuets, llegaba un canto, un canto de trabajo, que seguía, y seguía, con un estribillo gruñón que hacía reír a los hombres y mover con más energía sus sachos entre las malas hierbas. Desde el recinto, las voces de las mujeres que se llamaban las unas a las otras, agudas y claras, y después una risa. Desde la casa de la colina, el sonido metálico de la reja del arado, porque era la hora del almuerzo. Los trabajadores tiraban al aire sus sachos y salían hablando y riendo. Los grillos cantaban en los pastos y las cigarras en los árboles al otro lado del camino, y de entre los árboles llegaba el sonido de lo que llamábamos un piano de mano, el mbira, porque un hombre lo estaba tocando para sí mientras avanzaba. Muy lejos, pasadas las montañas Huniyani, donde las nubes se amontonaban grises y moradas a mitad del cielo, llegaba el rugido del trueno... pero aún era mediodía, probablemente la lluvia llegaría precipitada y silbante por la noche. Mientras tanto, el calor brillaba en el camino y sobre los tejados metálicos del granero, que crujía y crujía.

Un halcón se desmarcaba de la compañía de halcones que le rodeaban allá en lo alto, y se dejaba caer en dirección a algo que había en la hierba, a unos veinte metros de nosotros. Los perros levantaban la cabeza, el halcón los veía, se desviaba bruscamente, y se alejaba raudo por debajo de los cables del teléfono, el viento silbando en sus alas. Los perros le ladraban, por formalidad, y dejaban caer de nuevo la cabeza entre sus patas.

Las palomas arrullaban desde el gran vlei —allí vivían a cientos—, un acompañamiento somnoliento a todo aquel ruido.

El gong había sonado, pronto comeríamos, deambulábamos por la parte trasera de la casa, los pájaros cantando a nuestro alrededor mientras avanzábamos, los hilos telefónicos zumbando.

A finales de los años cincuenta la BBC me pidió una obra dramática para la radio y le sugerí una basada en los sonidos de la jungla... en la granja, en la estación de Banket. El tren procuraría el fondo sonoro, un marco para la historia, las maniobras, soplidos y resoplidos, los prolongados gritos de bienvenida y despedida, el chirriar de los frenos. Se oiría el crujido de los carros al entrar en la estación, los bueyes que se quedaban pacientemente quietos, mugiendo porque estaban sedientos, y seguidamente eran separados de dos en dos y llevados a los depósitos de agua, donde el agua resbalaba y chapoteaba por sus hocicos. De las galerías del almacén Dardagan y el almacén kaffir llegarían los sonidos de la mbira y, también, del minúsculo gramófono de manecilla con Caruso cantando «Los remeros del Volga», o el «Vals de los matadores». La historia se explicaría con y a través de sonidos, una historia sobre gente para quien los sonidos del tren eran noticias del mundo exterior, y los sonidos de la granja y de la estación, el aliento de sus vidas. Muchas ideas para programas, historias, obras dramáticas, nacen y, luego, mueren. En este caso, lo lamento. Tendríamos ahora los sonidos de un África que ya no existe.

Muy pronto, mucho antes de que yo pueda recordarlos, empezaron dos temas o corrientes que dominaron mi infancia.

Uno era el mundo de los sueños, que siempre me ha resultado familiar. Hasta llegar a los diez años aproximadamente, muy a menudo eran pesadillas. Algo muy frecuente en el caso de los niños. Pero yo llevaba a cabo rituales para evitarlos o hacerlos inofensivos. Había aprendido muy pronto que una pesadilla contiene un germen de algo cotidiano, una palabra, una frase, un sonido, un olor. Si se permitía que este momento —o sustancia— de excitación se deslizara por el sueño sin ser examinado, uno se encontraba indefenso. Pero se podía desarmar a aquellos enemigos. Cada noche antes de acostarme repasaba los incidentes del día, aquellos que parecían contener el material de potenciales pesadillas. Hacía pasar una y otra vez por mi cabeza incidentes cargados de emoción, hasta que parecían domados, inofensivos. Creo que ésta es la técnica utilizada para que la gente se familiarice con el miedo a las arañas o serpientes. Las arañas aparecían a veces en mis pesadillas, pero también existían en mi vida, por todas partes y en todo momento. Gritaba para que viniera mi padre y sacara de la habitación a algún negro monstruo con cuernos, o una gran araña cazadora, con manchas grises y pálidas, agazapada para confundirse con el yeso, que yo estaba segura de que me saltaría encima. Mi padre siempre venía, refunfuñando, exigiéndome que creciera de una vez. Pero arañas y serpientes eran lo de menos. Mi padre era peor, y yo sabía la razón. Las «cosquillas» de mis primeros años. En aquellos sueños, grandes manos me apretaban y pellizcaban las costillas y yo gritaba y me revolví, y brutales y desalmadas caras se asomaban, no necesariamente la cara de mi padre, porque el hacedor de sueños se servía para sus fines de cualquier material que tuviera cerca: la cara de Mr Larter, o la de Mr Macdonald, que vivía al otro lado de la sierra. También había el sueño del pozo, que no puedo hacer concordar con un recuerdo concreto, y un muchacho con un palo. Las otras pesadillas eran las que tiene todo el mundo: la escalera que se nivela de repente y nos hace caer hacia atrás, o desemboca en el aire y nos hace salir despedidos hacia el vacío; los grandes peldaños o los pequeños del dormitorio procuraban material para este sueño.

Pero no son las historias de aquellos sueños —los argumentos— lo que me interesa, sino cómo aprendí a inmunizarlos, a despojarlos de peligro, repasando minuciosamente, una y otra vez, reduciendo aquel interminable día a algo parecido a una historia ilustrada cuyas páginas hojeamos cada vez más rápidamente. Y esto no sólo inmuniza, sino que acorta. Estaba aprendiendo a acortar el Tiempo... no, claro, los días aún se arrastraban, se arrastrarían aún durante años, pero yo podía reducir un día a unos pocos incidentes. Como todo el mundo, he sufrido ocasionales pesadillas a lo largo de toda mi vida, pero cuando ya fui adulta, muy pocas. La peor época fue la de los siete, ocho, nueve, diez años. Y por lo que sé, quizás antes.

El otro tema, o motivo recurrente, o... no, estas palabras contienen un sentido de continuidad y lo que subrayo aquí son aquellos momentos especiales, en que uno se siente vivo y plenamente lúcido, como si de repente le hubieran inyectado una sustancia cuyo efecto es que uno puede ver más claramente.

Uno de estos «momentos» valdría como ejemplo.

Salgo de la jungla, donde he estado sola, y me paro cuando veo a mis padres sentados uno al lado del otro, en dos sillas, delante de la casa. Por alguna razón, quizás por mis pensamientos en la jungla, los veo con gran claridad, aunque con los ojos de una niña: dos personas viejas, grises y cansadas. Aún no han cumplido los cincuenta. Ambas caras están ansiosas, tensas, llenas de preocupación, casi con toda seguridad por el dinero. Están sentados entre nubes de cigarrillo, e inhalan con fuerza humo y lo exhalan lentamente como si cada inhalación les dejara narcotizados. Allí están, juntos, pegados, retenidos allí por la pobreza y —mucho peor— por la secreta e inadmisibles necesidad que proviene de lo más profundo de sus dos y distintas historias. Me parecen intolerables, patéticos, insoportables, es su indefensión lo que no puedo soportar. Me planto allí, una orgullosa niña inflexible que no perdona, que se dice a sí misma: no quiero. No quiero. No quiero ser así. Nunca voy a ser como ellos. Nunca me quedaré sentada llenándome de desagradable humo los pulmones, sosteniendo cigarrillos con dedos manchados de naranja. Recuerda este momento. Recuérdalo siempre. No te permitas olvidarlo. No seas como ellos.

Queriendo decir: nunca te dejes atrapar. En otras palabras, yo estaba rechazando la condición humana, siempre atrapada por las circunstancias.

Se dieron muchos momentos como éste a lo largo de toda mi infancia, las más poderosas influencias de mi vida.

No quiero. No quiero.

Y ahora, temas relativos al Convent. El primero tiene que ser la comida, porque ¿cómo se puede escribir sobre un pensionado y no hablar de lo que más obsesiona a los niños? La comida, en realidad, era mejor que la que habitualmente se da en los colegios, pero a nosotras nos parecía horrible, pesada, y llena de grasa y de gustos desconocidos. Era la comida alemana campesina de aquella época. Tomábamos espesas sopas harinosas sazonadas con alcaravea y a menudo vomitábamos después. Comíamos gruesas tajadas de carne rebozada con grasiento pan rallado, y pesados estofados con bolas de pasta hervida. Cuando las monjas de la cocina nos preparaban exquisiteces para los diversos días de fiesta, siempre solían ser tortitas empapadas en algún tipo de aceite, dentro de las cuales había pequeños rollos de papel grasiento que escondían minúsculos objetos sacros, como rosarios y cruces. Nunca nos daban fruta o ensaladas, y las verduras eran patatas y col excesivamente cocidas, también con gusto a alcaravea. Según las ideas en curso, esta dieta es la peor posible. Sobrevivimos. Mientras, las monjas nos reñían en cada comida por lo que dejábamos, por nuestro desprecio a los preciosos dones de Dios. Ahora sé que sus voces lacrimógenas se debían a lo que la comida representaba para ellas. Todas provenían de familias hambrientas, y en la época en que salí del Convent, la Depresión había empeorado aún más las condiciones de vida en Alemania. Por toda Alemania había cocinas para los pobres, colas para la comida, disturbios por comida, y allí estaban aquellas desagradecidas y malvadas criaturas. Tigger divertía a mamá y papá, hasta hacerlos llorar de la risa, con historias acerca de la comida.

En aquellos años llegó el cine sonoro y aunque las monjas lo detestaban, los padres insistieron en que los niños tenían que tener lo mejor de todo, y así, en largas procesiones, con nuestras chaquetas de alpaca marrón y camisas amarillas, con nuestros sombreros de paja con la cinta amarilla y marrón, nos dirigíamos al Bioscope. Vimos Rio Rita. Vimos Sonny Boy, de Al Jolson. De vez en cuando leo que los expertos dicen que los niños no se ven afectados por lo que ven en una pantalla. Después de Rio Rita, docenas de muchachas se sumergieron en las fantasías en las que tenían a John Boles y su bigote entre sus brazos. Después de Al Jolson, bebés enfermos y moribundos



añadieron un intenso placer melancólico a los funerales de las monjas. Entonces no había filmes violentos como los que hoy pueden ver los niños, pero, caso de haber visto algo parecido sin duda hubiéramos fantaseado con matar a la monja del fuego del infierno. De haber tenido la oportunidad —y la información de cómo hacerlo— puedo fácilmente creer que habría fantaseado con la idea de matar a aquella mujer, y no habría dudado de que ella se lo «merecía», porque personificaba la crueldad y la matanza. Creo que fue Orwell quien dijo que no hay más loco que un intelectual, refiriéndose exactamente a esto, a este tipo de estupidez inteligente, surgida de la pura línea de lógica cerebral, sin ninguna relación con la experiencia. También llegó el jazz. Con el jazz que sonaba en un pequeño gramófono portátil con manecilla montado en la mesa del refectorio entré en contacto con la segunda influencia más importante de nuestra época.

Cielos azules me sonrían,  
sólo cielos azules veo yo.

Tan triste es la música que, durante años, pensé que se trataba de cielos grises.

Velas rojas en el crepúsculo  
Velas rojas en el mar

Triste, triste, triste.

A partir de esta emoción que inundaba el jardín del refectorio, escribí una obra shakespeariana en un acto, llena de belicosos reyes y reinas, que las monjas dijeron que era demasiado madura para ser mía, y también una composición muy corta, no más de un párrafo, sobre Eco, quien, cuando los que lo oían investigaban, era «sólo un muchacho cansado y tendido sobre las rocas». Lo que recuerdo es la intensa y placentera tristeza, la timidez de aquel «muchacho cansado». Mi madre dijo que era demasiado madura para ser mía. Pero hay que preguntarse, si una condensada épica feudal y el «muchacho cansado» eran demasiado maduros, ¿por qué no Bebe Daniels en brazos de John Boles y todas aquellas lágrimas kilométricas en las mejillas de Al Jolson?

Ya tenía diez años y era una muchacha mayor, y estaba preparado el escenario para todo tipo de crisis, no la menor de ellas un examen para el que recibía clases particulares, por haber faltado tanto al colegio. Estaba en el dormitorio de las mayores y había quedado atrás aquella gran habitación con sus veinticuatro camas e imágenes sangrientas. Era la parte vieja del convento, con tantas resonancias de lo antiguo —por lo menos de treinta años—, y los fantasmas eran lo de menos. Existían habitaciones más pequeñas y cada cama tenía una cortina, lo que significaba que, como en los aposentos de las monjas, junto a cada cama había largas presencias blancas. Aquellas cortinas de algodón blanco se suponía que debían correrse para ocultar la cama después de que nos metiéramos en ella. Si éramos católicas, dormiríamos con las manos cruzadas sobre el pecho, y en nuestros labios las palabras: «Madre Santa, si es voluntad vuestra que muera en el sueño, llevaos mi alma...» y así sucesivamente.

Mucho antes de que llegáramos a este dormitorio, nos instruían en el miedo. Preparábamos el escenario para todo tipo de fantasmas, monjas muertas, compañeras de clase muertas.... ¿Qué tenían que ver los Idus de Marzo con un convento en medio de África? Pero eran las palabras, el chirriar y farfullar sobre mortajas, lo que resultaba irresistible. Fue en aquel lugar donde por primera y última vez en mi vida caminé en sueños. Los lavabos se hallaban al pie de unas empinadas escaleras que bajaban desde

los dormitorios, y me desperté intentando subirme a las tazas, pensando que eran una cama. Subí corriendo las escaleras a oscuras hasta llegar a la oscuridad del dormitorio en el que brillaban tenuemente las formas blancas.

Mi madre me decía en cada carta que tenía que sacar buenas notas en aquel examen tan importante y escribía y telefoneaba a la tutora. «Tigger» estaba bajo control, y yo hacía payasadas y era respondona e «inteligente» con Mrs (creo) Baxter. Tenía un aspecto físico con el que me he tropezado muchas veces en mi vida: el de una mujer sana, rubia, pecosa, que supongo que me trae recuerdos de cierta calidez de mis primeros años, probablemente recuerdos de la mujer danesa, Mrs Taylor. A las cartas de mi madre, casi incoherentes por la ansiedad, respondía yo con alegres cartas «inteligentes».

Y luego, la liberación: cogimos la tiña, todas. Teníamos las extremidades llenas de hinchados círculos que picaban. Más tarde tuvimos piojos en el pelo... todas las chicas del dormitorio de las «mayores». Comparecieron los padres, venidos de todo Mashonaland, y sacaron a las chicas del colegio, yo entre ellas. ¡Piojos en el pelo de su hija!: para mi madre era la degradación suprema. Como enfermera, había tenido que tratar con niños de barrios pobres que tenían piojos en el pelo. Sabía que la pobreza y la suciedad provocaban piojos. Piojos arrastrándose por mi cuero cabelludo. Cuando me miraba el pelo en el espejo lo podía ver moverse, y por las mañanas los piojos se arrastraban por la almohada.

Mis piojos se curaron con parafina, remedio que mi madre había utilizado entre los pobres de Whitechapel. Había que peinarse el pelo con parafina, luego se mantenía una toalla apretada y al cabo de nada los piojos habían desaparecido. La parafina hace también que el pelo sea espeso y brillante.

Esta crisis de suciedad e insectos se produjo exactamente después de otra más seria. Pasé por una repentina conversión al catolicismo. Todas las chicas protestantes consideraban que tenía que ocurrir en algún momento: sabíamos que la Iglesia de Inglaterra y sus sanas costumbres no se podían comparar con las fantasmagóricas monjas, el agua bendita, las campanas, la Virgen María, así como las visitas de los curas de St George, el mismo colegio pero para los chicos, que reducían a las monjas a muchachitas nerviosas, cuando melosas manos masculinas con anillos se adelantaban para que las besaran. Las monjas hacían una genuflexión y se sonrojaban, y nosotras las chicas —también las protestantes, que habíamos suplicado que nos dejaran participar— nos sonrojábamos y proferíamos risitas seguidamente.

Mi conversión fue repentina y total. Es decir, podía parecer repentina, si no se tenían en cuenta los besos en el anillo y el atractivo del incienso y el canto de las agudas voces. Y la amorosa amabilidad de la hermana Antonia, porque ahora me resulta claro que yo no me desplazaba de la Iglesia Anglicana a la Católica, sino de la hermana Antonia a la Virgen. Pasaba cada minuto libre en la iglesia católica, al final de la calle, que entonces me parecía un alto e indefinido lugar lleno de misterio, pero, por encima de todo, estaba la estatua de la Virgen, y ante ella me arrodillaba suplicándole que aceptara mi amor, e intentando persuadirme de que la veía sonreírme. Me obligué a creerlo... casi. En el bolsillo de mi chaqueta había una botella llena de agua bendita, y me entrenaba para santiguarme y hacer una genuflexión cada vez que pasaba por delante de un Sagrado Corazón o de cualquier imagen o estatua de la Virgen. Mi fiebre de aquella época era como estar enamorada, un estado que yo conocía muy bien, pero era el cielo lo que daba vueltas a mi alrededor, lo que me hacía distraída y estúpida. Las monjas vieron el agua bendita en mi bolsillo y se preocuparon. Por favor, me suplicaron, ¿verdad que les diría a mis padres que no me habían presionado? Parecía algo irrelevante. Si la Verdad nos rodeaba por todas partes, en estatuas, imágenes, agua bendita, ¿cómo podían decir que

había habido presión alguna?

Fui a casa para las vacaciones y mi madre vio el agua bendita y el rosario bajo mi almohada y estalló en reproches. Esto marcó el principio de un rechazo de mi madre, como un portazo. Me convocó para que me sentara con ella delante de la casa, colocó su silla frente a la mía, y empezó a contarme la historia de las fechorías realizadas por los católicos. La Inquisición figuraba como la maldad principal, pero citó otras, por ejemplo la manera en que los misioneros convirtieron a los africanos a su religión. Yo escuchaba, llena de frío desprecio por lo que consideraba irracionalidad enmascarada de virtud. Perdí la religión de un suspiro; el Cielo huyó de mí en las alas de la Razón, cuando le dije que todo lo que me decía podía aplicarse a los protestantes, que habían quemado a los católicos en la hoguera, de la misma manera que los católicos habían quemado a los protestantes. Los libros forrados con papel de envolver de la biblioteca del Convent no sólo contenían narraciones preventivas sobre los peligros de la magia negra, sino también historias de las fechorías de los protestantes. Yo me había convertido en una atea, pero lo que verdaderamente hice fue acabar con el conflicto de ser una protestante en una iglesia católica, con los interminables y ansiosos interrogatorios de mi padre y mi madre sobre si los católicos me habían «atrapado». Y ya no pude soportar mi angustioso amor por la Virgen, con su dulce e indiferente sonrisa. Después de anunciar que era una atea, inmediatamente me encontré con mil aliados, porque el ateísmo era una convicción —por no decir, autoconvicción— tan rígida como la religión. Yo era heredera de todas las virtudes de la Ilustración —aunque entonces no lo supiera— pero, igual que si lo hubiera sabido, empecé a despreciar sin mala conciencia a la gente religiosa por debilidad mental y cobardía moral.

Me habrían sacado del Convent en aquel momento, pero existía el problema de la beca y del examen; por lo tanto allí volví, y sólo pudieron rescatarme los piojos y la tiña, argumentos mucho más poderosos que la amenaza de mi alma.

¡Adiós, Convent! Adiós, monjas. Adiós a aquel examen al que no me presentaría y no podría aprobar. Adiós, adiós. Los largos cuatro años se plegaron y se colocaron en un estante de mi pensamiento etiquetado «Convent», un lugar que no visitaría hasta al cabo de muchos años, excepto en sueños, puesto que allí sólo me esperaba el pesar, el dolor, y —siempre— la incómoda incredulidad de que aquellas grises eternidades se pudieran describir con las palabras «cuatro años».

Qué pulcro, qué bien quedaría si yo ahora pudiera decir: Así fue, así acabaron mis encendidos sentimientos hacia mis padres, cuando entré en una prematura adolescencia. Pero lo que entonces tuvo lugar fue la disentería, y quienes no la han padecido nunca no podrán imaginar la intensidad de los resfriados intestinales, como el de unos picos que te torturan o el de unas manos que te retuercen. Mi hermano la pilló, y yacía acobardado y tembloroso. Mi padre la padeció, estoicamente, como es propio de un ex soldado. Yo la padecí, y lo mismo mi madre, pero ella nos cuidaba a todos y callaba su sufrimiento. En mi convalecencia, le supliqué: «Ven a abrazarme, ven a abrazarme». Ella había tenido amorosamente en brazos al tembloroso niño, pero ahora, sin tiempo para recuperarse, se volvía a reclamar a la agotada madre. Se tendió cuidadosamente, me pasó el brazo para que yo pudiera descansar mi cabeza en él, y dijo: «Ah, cariño, cariño, qué aspavientos». Y se durmió. Yo apenas respiraba, pensando: Quizás cuando despierte..., pero, tan sólo a unos centímetros de su cara, la vi tensa por el dolor y la preocupación. Y luego, cuando le dije mimosa: «Ven a abrazarme, ven a abrazarme», la oí lamentarse, imitándome con su leve tono de burla: «Ah, ah, ven a abrazarme». Tigger se hizo eco de ella, tomando el pelo a la niña enferma y su inoportunidad. «Ven a abrazarme» pasó a formar parte del repertorio de bromas familiares, y me salvó la vergüenza de recordar que muy recientemente había suplicado afecto.

Y ahora tenía largos meses por delante antes de ir al Instituto, meses de jungla, meses de granja, en los que aprendía una cosa nueva cada día.

Lo mejor era ocuparse de las gallinas cluecas. Me enseñaron a seleccionar sólo los huevos más grandes, reunirlos en una caja llena de paja en un lugar seguro, esperar a que una gallina quisiera empollar los huevos. En tiempo caluroso había una gallina clueca casi todos los días. Pero se la podía inducir con una cucharadita de jerez, a que se acercara hasta los huevos seleccionados. Cuando la gallina estaba a punto, se dirigía hacia el nido, sus pezuñas clavándose suavemente entre los huevos. Hundía su pico en la lata de agua colocada en un rincón de la gran caja. Agitaba sus plumas e inmediatamente estaba dispuesta a picotear tu mano investigadora. Varias veces al día la vigilaba: ¿tenía agua, parecía tranquila? ¿Cómo era el tiempo para una gallina agachada allí todo el día, toda la noche, sus orgullosos ojos en guardia? Una vez al día se la apartaba de los huevos, chillando, y se la estimulaba para que comiera grano esparcido por el lugar, estirara las patas, vaciara grandes salivazos de excrementos de su trasero plumoso. Mientras, yo rociaba con agua templada los huevos, para que les resultara más fácil a los polluelos abrirse paso. Ella volvía a toda prisa y me picoteaba. Y así, día tras día, de modo que pesaban cada vez más. Cuando ella daba la vuelta a los huevos, a veces volteaba con su pico un huevo insatisfactorio hasta dejarlo en el borde del nido, y entonces yo me lo llevaba y lo tiraba en la jungla, donde se rompía con el pesado ruido sordo de un huevo podrido. Catorce, quince huevos bajo las grandes gallinas de Rhode Island, y aún más bajo una negra Australorp, cuyas vellosas cavidades inferiores parecen lo bastante espaciosas para empollar tantos huevos como se quiera. En ocasiones había una gran agitación y cacareo en la parte trasera de la casa, y, tras acudir corriendo, me encontraba con que uno de los perros se había acercado demasiado o había un halcón instalado en un árbol cercano. No era insólito que una rata apareciera a hurtadillas en la oscuridad, o incluso una serpiente. En una ocasión se encontró a una gallina tendida y muerta, los huevos fríos y esparcidos. Una serpiente se había llevado dos o tres. Pero los perros que rondaban toda la noche, y los gatos que parecían saber todo lo que pasaba, eran un buen sistema de alarma.

Y así habían pasado ya dieciocho, diecinueve, veinte días... Me sentaba sosteniendo un huevo caliente con las dos manos, procurando ver si se había descascarillado, o me lo acercaba a la oreja. Podía oír al polluelo dar vueltas y moverse, y luego aparecía una minúscula mancha desmenuzada en la cáscara, y pasaba a ser una diminuta estrella, y el pico del polluelo, con la punta pálida y endurecida, surgía por el agujero. Y, pronto, el huevo se partía en dos, y salía el patético y feo pollito, con una mirada como de lagarto —la cabeza caída, las grandes garras inútiles—, pero al cabo de unos minutos se había secado, convertido en un ser adorable, acurrucado en la valla exterior de las plumas de su madre, chip, chip, mientras debajo de la gallina los polluelos aún no incubados golpeaban y se agitaban dentro de sus cáscaras. Ser adorable era un estado que le duraba un día aproximadamente, porque luego se le veía fibroso y grumoso durante las semanas de su crecimiento, hasta que se convertía en una hermosa bestia, como su madre, destinada a una vida de incubar huevos y sentarse, o, si era un pollo, con peores perspectivas, porque acabaría antes en el puchero. Ni siquiera un bien nutrido grupo de gallinas necesitaba más de un par de pollos.

Pero lo que aprendías era la exacta medición del tiempo de la naturaleza. Si se paralizaba el periodo de crecimiento, si por alguna razón los huevos se enfriaban, no había nada que hacer, nada de polluelos, sólo huevos podridos: tenían que ser tres semanas, tenían que ser veintidós días. Como cuando se prepara un pastel, la medición del tiempo lo era todo.

Una medición del tiempo de lo más precisa y misteriosa regulaba las varias

existencias que corrían paralelas a las nuestras en la jungla. Entraba desde la oscuridad todas las noches después de la puesta del sol y se instalaba en la tela metálica que cubría una ventana. Yo mojaba mi dedo en melaza y lo pasaba por un agujero de la tela, y la mariposa se arrastraba hasta ella y, aferrándose con sus patitas, se daba un festín... durante varios minutos, durante media hora. Una mariposa grande y suave, de maravilloso color marrón, con antenas como plumas. Luego se iba para volver a su vida en la jungla. Todas las noches. Una visita que hacía latir más aprisa mi corazón de amor y gratitud. Solía esperarla, miraba el contorno de las alas en la luz amarilla que caía desde la ventana. Y luego, de repente... así son las cosas, no volvía más; se había acabado su tiempo por la razón que fuese.

O nos sentábamos todos delante de la casa, en la oscuridad, más allá de donde alcanzaba la luz de la lámpara, para contemplar la vida de las estrellas, para atrapar el momento en que las estrellas caídas dibujarían líneas en el cielo. Entonces la jungla parecía abarcarnos con su vida, y la casa retrocedía y bajaba, haciéndose pequeña bajo el gran horizonte. Del cercado provenían sonidos de tambores y en ocasiones voces. Si era la estación seca, ardían fuegos en las colinas y sierras arrastrándose por la oscuridad en largas cadenas brillantes. Si era la estación húmeda, el cielo solía resplandecer o vibrar por los relámpagos. Tengo recuerdos aislados —un ñu, una polilla o la cobra que se arrastró dentro del comedor y tuvimos que buscar detrás de una librería—, pero hubo años y años de noches. «¿Sacamos las sillas fuera?», preguntaba mi padre. «Bueno, no olvides que tienen que irse a la cama», decía mi madre. Pero cuando nos encontrábamos fuera, bajo las estrellas y la luna, la insistencia de que debíamos ir a la cama perdía fuerza. Mi hermano se quedaba a veces dormido en su hamaca y había que despertarlo, y se levantaba frotándose los ojos y bostezando. En ocasiones, cuando me habían mandado a la cama, me deslizaba cautelosamente hacia la zona en sombras del exterior, mis manos sobre las cabezas de los perros, diciéndoles que permanecieran en silencio, y me quedaba mirando a mis padres en sus sillas bajas, mientras contemplaban la noche y fumaban, sus cigarrillos con un destello rojo, luego apagados, de nuevo encendidos. Bajaban la voz debido a la jungla y sus animales, debido a las chotacabras y las lechuzas. «Dios mío, querida», exclamaba a veces mi padre, con voz apasionada e incrédula, «esto, en fin, lo compensa todo, ¿no te parece?»

«Supongo que sí», asentía ella, pero suspiraba.

Aprendí a conducir durante aquellas vacaciones, porque mi padre nunca se sintió cómodo conduciendo con su extraña pierna, y mi hermano no siempre estaba allí. A los once años yo ya conducía. Todos los muchachos de las granjas conducían, pero no las muchachas. Un muchacho de tan sólo diez u once años podía conducir hasta otra granja con una pieza de un arado, un saco de harina, o un regalo de fruta, y si se daba el caso de que un policía del campamento de Banket se encontraba en el camino, montado en su caballo o en una motocicleta, no prestaba atención. Todo el mundo sabía que los hijos de los granjeros a menudo eran tan útiles a sus padres como sus ayudantes asiduos.

Mi padre aún no se había convertido en un enfermo y la esperanza mantenía optimista a la familia. Aunque no fuera el maíz o el tabaco —puesto que el tabaco había resultado ser menos rentable de lo que prometía—, alguna que otra de las cosechas podía subir de precio, como había sucedido con el maíz durante la guerra. Girasoles y cacahuets, mijo y algodón, seguramente alguno de ellos tendría éxito. Mientras tanto, mi madre se quejaba de que estaba cultivando comida para pájaros y animales. Cuando las cabezas de girasol estaban maduras, los grandes pájaros removían las brillantes semillas negras con sus garras, y cada una de las enormes superficies ladeadas mostraban agujeros en las apretadas hileras de semillas. Los pájaros pequeños se agrupaban arriba y abajo de las plantas de mijo. Los cerdos extraían los cacahuets del

suelo. Pero no importaba, algo saldría bien. Repentinos golpes de suerte, ganancias inesperadas, la lotería, o una gomella en la que aparecía gran cantidad de oro en vez de lo poco que habitualmente encontrábamos; los dones de la fortuna aún no dominaban totalmente las conversaciones familiares, aunque muy pronto lo harían. Yo ya había aprendido a no escuchar, y también mi hermano. Solíamos intercambiar una sonrisa cuando la conversación versaba sobre «volver a la patria, a Inglaterra» donde empezaría la auténtica vida. Mientras, la Depresión empeoraba allí, y se hacía más profunda también aquí, y ansiosos jóvenes y magros hombres blancos seguían apareciendo por las granjas, a pie, para pedir trabajo, y nos llegaban cartas de mujeres suplicando que se les permitiera cuidar niños o venir una vez a la semana para la costura. Estas visitas y cartas surgían de un nivel extremo de pobreza. ¿Cómo íbamos a regresar a Inglaterra en plena Depresión? Era absurdo, y lo sabíamos. Pero esto no les impedía soñar despiertos. Soñaban despiertos, y en voz alta, respecto a la Patria, y Harry y yo sonreíamos y nos escapábamos a la jungla.

Se supone que la pobreza significa que uno no tiene crédito. Sin embargo todos los granjeros vivían de préstamos del Land Bank. Cuando nos encontrábamos en Salisbury nos dirigíamos al Land Bank; los niños nos quedábamos en el coche, revolviéndonos en los asientos traseros, eternamente, mientras los padres entraban para negociar un nuevo préstamo. Seguíamos cultivando sólo porque aquellos préstamos se nos renovaban, para reducirse luego en cada estación, y más tarde llegar al estadio anterior. Los granjeros blancos eran, más que ningún otro tipo de colono, la Civilización Blanca, y tenían que ser unos granjeros pésimos como para no obtener crédito. Pocos de los colonos poseían capital. Mi padre decía que su auténtico capital habían sido las trincheras y su pierna perdida: la pequeña suma de capital, 1.000 libras esterlinas, que se llevó consigo, no había durado mucho. Pero «ellos» se lo pensarían dos veces, decía él, antes de arruinar a un mutilado de guerra.

Ser pobre significaba que siempre estábamos en deuda con Dardagan, en el almacén de Banket. Significaba que mi padre protestaba cuando mi madre adquiría algo innecesario, como mermelada inglesa. Significaba que en Navidad el «regalo» que nos llegaba de Dardagan era una lata de galletas pasadas y una botella de jerez, mientras que los granjeros ricos como los Larter recibían una botella de whisky, cajas de bombones. Ser pobre significaba que mi madre cosía todo lo que llevábamos, incluyendo las camisas para la jungla de mi padre, y que escribíamos para que nos mandaran los zapatos que se anunciaban en los catálogos de nuestro país, Lilley & Skinner, Dolcis, mientras que los niños llevábamos zapatos hechos de cuero de vaca. Ser pobre significaba que los medicamentos (y la familia consumía muchos) se compraban a partir de un catálogo en el que los medicamentos corrientes como la aspirina, o el equivalente entonces de las vitaminas, como fosfato de cal o el Parish's Chemical Food, se identificaban mediante números, no con marcas reconocidas, que costaban diez veces más. Ser pobre, en fin... era el ambiente en el que uno vivía, pero yo ya sabía que éramos afortunados. En el Convent, cuando salía para pasar el día fuera con una amiga, Mona, con el permiso poco convencido de mis padres, su padre, un hombre triste, fanfarrón y pesaroso, nos dejaba constantemente fuera de los bares donde él entraba para un tomar un trago más, volvía luego y decía: «Ah, aquí están mis muchachitas» y desaparecía de nuevo, para volver al cabo de un rato tambaleante, animado... y desgraciado. Aquello sí era pobreza y yo lo sabía. Mona no dejaba de decir que él había perdido su trabajo y que ella deseaba que él no bebiera, porque no podían pagar las facturas de comida.

La pobreza era el rápido deterioro de la casa, donde el piano, las alfombras persas, el jarro y la jofaina de cobre, la plata, los cuadros, ya parecían pertenecer a otra casa, a

otro mundo.

A principios de los años treinta, todas las conversaciones en las terrazas de las granjas se referían a la Depresión, la caída de los precios, malas épocas, quiebras. Pero ninguno de los granjeros de nuestro entorno quebró. Los nietos de algunos de ellos aún cultivan allí y viven en las mismas casas, aunque más grandes y más elegantes, y se les conoce como los granjeros de «alta tecnología». Banket es la región de la «alta tecnología».

Durante toda nuestra infancia, Harry y yo fuimos de visita por la región, a pie o en nuestras bicicletas. La casa de los Matthews, los más cercanos, era visible desde la nuestra. Componían la familia el Gran Bob Matthews y la Pequeña Mrs Matthews, y Bobby Matthews, mucho mayor que nosotros y ya trabajando con su padre durante las vacaciones. En las regiones agrícolas, donde no se pueden elegir los vecinos, uno no puede permitirse el lujo de que no le guste éste o aquél, hay que entenderse, la vida consiste en dar y recibir. Pero la realidad era que a mis padres no les gustaba Bob Matthews. Ni a nosotros, los niños: quien nos gustaba era la pequeña Mrs Matthews, que telefoneaba para tentarnos con ir a tomar el té, un té escocés, con veinte pasteles distintos por lo menos, galletas, bollos, hojaldres, tortas, lo suficiente para que constituyera una verdadera fiesta. Siempre estaba sola, sus hombres en los campos. Sola y solitaria, como la mayoría de las esposas de granjeros. Pero nosotros no lo entendíamos, pensábamos que sus súplicas para que nos quedáramos un poco más, por qué debéis ir tan pronto, volved mañana... eran pura cortesía. La escuchábamos hablar y hablar, con su dulce voz escocesa, de su lejana infancia en Escocia, de cómo conoció al Gran Bob, un policía que estaba de ronda, de cómo se casó con él... y aún la puedo oír ahora, con todo su encanto, aunque hablaba de algo que nos era muy remoto. Y pronto, nos inventamos excusas cuando nos llamaba.

Los Whitehead hacía tiempo que se habían ido de la Mina Mandora. ¿Dónde? ¿Quién lo sabía? ¿A quién le importaba? La gente llegaba y se iba. Había un nuevo encargado de la mina, un lugar que Harry y yo visitábamos para ver los moldes mineros en acción, con la mena del mineral lavado con agua a través de limos. Un lugar caluroso, polvoriento, de olor ácido, con una oficina minera en la que un estante contenía ejemplares de trozos de roca de escollos de toda la Región. Harry y yo llevábamos alguno en ocasiones, y siempre nos decían: «No, esto sólo es oro falso, sólo son piritas». O: «No es un mal pedazo de roca desde luego. Hay un grano de auténtico oro aquí. Decidle a vuestro papá que recoja muestras de ésta».

A pocos pasos, pasada la mina, estaba la casa de los MacDonald, que tenían tres hijos, una de ellas Norah. Juntas hacíamos las cosas típicas de niñas, la una dejaba a la otra probarse su ropa y nos enseñábamos un nuevo plato de comida.

El viejo McAuley dirigía la Mina Ayreshire. Le utilicé en una narración titulada The Anthheap. Sobre McAuley no inventé nada, pero el encargado y su mujer del relato surgen de otra mina, de otra región, de una historia que me contaron sobre un peón borracho y la mujer del encargado que le daba órdenes. Mr McAuley era un solitario, a pesar de que tenía hijos de color por el recinto. Le encantaba tenernos allí. Su casa era una choza de dos habitaciones bajo un tejado de hierro, y era terriblemente calurosa. Se alimentaba de buey grasiento y patatas hervidas. Era un hombre muy rico. Junto a su cama estaba Sin novedad en el frente, con los trozos obscenos subrayados. Mi padre desaprobaba profundamente a Mr McAuley, porque estafaba a sus trabajadores, empleaba a delincuentes de todas partes y no reconocía a sus hijos bastardos. Esto no impedía que los dos hombres se pasaran horas hablando de las trincheras.

El otro hombre muy rico de la región era Mr Muirhead, un fontanero australiano que llegó a Rhodesia del Sur porque era errabundo por naturaleza, y compró la tierra cerca

de Salisbury que con el tiempo coincidió con el trayecto del tren Salisbury-Umtali. Compró una granja en Banket y contrató a los MacDonald para que trabajaran para él. Era vegetariano, sólo comía pan y verduras hervidas. Leía la Biblia y revistas de salud. A los noventa años podía subirse hasta el tejado de hierro ondulado de su pequeña cabaña de ladrillo para reparar una gotera. También contrajo malaria, porque no creía en medicinas, y mi madre atravesó a pie la jungla para cuidarle. Por aquel camino había un par de cobras amarillas, que Harry y yo habíamos visto allí. Mi madre se metió el revólver militar de mi padre, con el que despachar serpientes inoportunas, en su gran bolsa de cretona con asas de concha de tortuga, y se adentró en la jungla. Ya en la casa, encontró en la papelera sobres sin abrir que contenían cheques, y le riñó: «Si usted no precisa este dinero, Mr Muirhead, le puedo facilitar una lista de sociedades benéficas». «Sucio lucro, Mistress Tayler», le respondió a gritos, «es sucio lucro, así lo dice el Buen Libro.» Correspondía a Mrs MacDonald vigilar a Mr Muirhead, pero era perezosa y, en cualquier caso, la familia se quejaba día y noche del sueldo que les pagaba Mr Muirhead. Mi madre sugirió a Mrs MacDonald, que si era agradable con Mr Muirhead, él quizás se portara bien con ella. Pero Mrs MacDonald no iba a rebajarse a vaciar sus orines, no por lo que les pagaba. Mr Muirhead no contrató ningún «criado»... quería ser independiente. Era un callejón sin salida. Mientras tanto, los MacDonald decían que mi madre se preocupaba por Mr Muirhead porque confiaba en que la tuviera presente en su testamento. ¿Por qué iba a hacerlo, si no? Mr Muirhead se compró uno de los primeros Packard y en él se iba a todo gas hacia Salisbury: un hombre pequeño como un gnomo, oteando por encima del volante. A veces mi padre le pedía que le subiera y protestaba cuando el anciano se lanzaba a ciento veinte por los duros y polvorientos caminos. «Me reuniré con mi buen Dios cuando llegue la hora», vociferaba Mr Muirhead, que era sordo. «¿Pero es su hora la misma que la mía?», respondía a gritos mi padre.

A diferencia de Mr McAuley, a Mr Muirhead no le gustaba demasiado que nosotros, los niños, apareciéramos, esperando a que se nos invitara a sentarnos a la sucia mesa de su cocina para tomar té y charlar. Sus ojitos grises nos miraban con suspicacia. «¿Qué me envía hoy Mrs Tayler?, ¡mostrádmelo, mostrádmelo!» Porque ella le mandaba verduras de su exuberante huerto e, incluso, flores. Pero Mr Muirhead no les encontraba sentido a las flores.

La granja de los Dodd se encontraba cerca de la estación de Banket, y había cuatro hijos. Mrs Dodd era una amable mujer menuda, como Mrs Matthews, pero Mr Dodd era un hombre delgado, de aspecto intelectual, que se movía por la granja con sus cuatro hijos, todos ellos ayudantes suyos desde los seis años más o menos. Mrs Dodd había suspirado por una niña, pero Mr Dodd había dicho en presencia de los cuatro: «Vamos, querida, ya basta, no nos lo podemos permitir». Harry pasó a formar parte de inmediato del grupo exclusivamente masculino cuando los visitábamos, pero en ocasiones yo iba sola, y me pasaba el día junto a Mrs Dodd en la terraza, mientras ella se interesaba por mis cosas y sonreía amablemente y suspiraba, y suspiraba, y me acercaba otro pastelillo de mermelada, uno más, venga, un trozo de pastel más.

Los Colborne también vivían cerca de la estación. Mrs Colborne era una mujer delgada, seria, seca que, se quejaba mi padre, le metía dentro el temor de Dios. La verdad es que ella asustaba a su marido, un tipo gordo y loco que bromeaba para defenderse. Mi madre y Mrs Colborne fueron amigas hasta que murió mi madre, dos mujeres inteligentes cuyas vidas no les permitieron utilizar sus talentos. Anne Colborne tenía que haber sido mi amiga, de la misma manera que Dick lo era de mi hermano, pero era una niña educada y sumisa. Es probable que la triste niña que vivía muy escondida bajo la máscara de «Tigger» y la asustada niña que estoy segura de que vivía bajo aquellas formas obedientes se habrían entendido, si hubieran tenido la



oportunidad de conocerse.

Con los Colborne intercambiábamos libros y revistas.

Ambas familias vivían lo bastante lejos como para precisar el ritual de ir a pasar el día: «Venid a pasar el día y quedaos a cenar».

Los Livingstone eran el capitán Livingstone, con su pata de palo, Mrs Livingstone, la esposa del capitán, y Master Livingstone, el hijo del capitán. Vivían en una gran casa de piedra que daba a una bella y agreste vista de los Umwukness, con sus cristalinas luces y distancias. Los tres eran gente apagada y educada, cada uno vivía dentro de una membrana invisible que contenía un espeso aire gris, que les hacía perder luz y los empequeñecía. Ingleses. Eran la gente inglesa «agradable» por la que mi madre suspiraba, pero, en realidad, le parecían demasiado buenos para ser reales. Utilicé al hombre y a la mujer, no al hijo, en una narración titulada *The De Wets Come to Kloof Grange*.

Los Shattock vivían en una casa que consistía en una media docena de rondavels entrelazados por pérgolas cubiertas de buganvilla, en el límite de un río que discurría a gran profundidad; cuando llovía río arriba, bajaba el agua rugiente hasta darse contra una pared de tres metros de altura. Por toda la casa había fotografías del bebé que se había ahogado. La familia había tenido su ración de desgracia. Había dos chicos, Jim y Nick. Nick era, según decían constantemente sus padres, tan bello como un ángel, e idéntico al bebé ahogado. Más adelante moriría en la guerra. Leonard Shattock, un hombre alto y quemado por el sol, lleno de incesante energía, murió repentinamente de bilharziosis. Nancy Shattock se fue a Inglaterra para hacerse monja de una orden contemplativa. Estuve locamente enamorada de Jim durante unos dos años. Pocas experiencias en mi vida han sido más eróticas que la de aquella vez en que, después de que los cuatro niños hubiéramos pasado una mañana trepando y moviéndonos por las kopjes cerca del río, Jim se plantó frente a mí, sus grandes ojos grises mirándome con fijeza, y suave, deliberada y lentamente fue quitándome, de la muselina que cubría mi reciente y aún cohibido pecho izquierdo, unas gruesas semillas, mientras yo me obligaba a devolverle la mirada, sin apenas respirar.

Después de que «pasáramos el día», volvíamos a casa en el viejo Overland a través de la oscura jungla, llena de animales.

Teníamos que parar con mucha frecuencia, porque unos ojos verdes o amarillos nos devolvían llameantes miradas y se apagaban como luces cuando el animal se daba vuelta y corría a adentrarse en la jungla: un ñu, un búfalo, una gacela, un gato montes. O bien un árbol junto al camino podía iluminarse con verdes luces de cuentos de hadas, y unos animalitos se sujetaban de las ramas y observaban nuestro paso. En una ocasión vi cebras. Se suponía que las cebras habían abandonado la región y cuando dije: «Paremos, hay una cebra», dijeron, «Tonterías». Pero sí que había cebras, cuyas rayas brillaban cuando las luces del coche les pasaban por encima. Probablemente estaban trasladándose de lugar, de camino al norte, lejos de las nuevas granjas. En 1992, me paré en la jungla y allí había excrementos de elefante a mis pies. «Ah, sí, pasaron por aquí hace poco. La sequía, ya sabe.»

A una distancia que podía recorrerse en bicicleta también estaban los Watkins. Mr Watkins era otro de aquellos hombres delgados, dinámicos, casi negros por el sol, que luchaban por sobrevivir. Mrs Watkins era delgada, con el pelo rubio como de paja y ojos azules ardientes de convicción religiosa, que era miembro de la Ciencia Cristiana. Perdía hijos constantemente. Cada vez que Mr Watkins telefoneaba a mi madre, frenético por la ansiedad, y ella se dirigía allí se encontraba a su paciente moribunda por la pérdida de sangre y por negarse a tomar las medicinas. La enfermera McVeagh no perdía el tiempo con tonterías, sino que la metía en el coche y se dirigía con ella al

hospital de Sinoia. Allí le salvaban la vida, y volvía de nuevo a casa, pálida y anémica. Los cuatro se sentaban en nuestra terraza. Mi madre se mostraba paciente e irónica; mi padre, irritable; Lyall Watkins, infeliz por la preocupación, y Mrs Watkins amargamente acusadora. «No debías, no debías, ¡va contra mi religión!» «Bien, querida, estás viva y no lo estarías», dice mi madre, razonablemente. «Sí, podías haber muerto y ¿qué me dices de nuestro bebé?», dice su marido. Esto tuvo lugar en más de una ocasión. Yo me inspiré en su seco pelo de paja para el personaje de Mary Turner en *Canta la hierba* (*The Grass is Singing*).

Los vecinos a los que mejor recuerdo eran los Larter, a seis kilómetros: los Cyril Larter, puesto que había un hermano. Cyril Larter era un hombre bajo, fuerte, con el pelo al cepillo, de fríos ojos azules y dientes siempre a la vista debido a la mueca sarcástica que se dibujaba en su rostro. Me daba miedo. Era, de todos los granjeros de la Región, que no se distinguían precisamente por su amabilidad, el más brutal con «sus» nativos. Y estaba orgulloso por ello. Siempre tenía algún incidente que contar respecto a su habilidad para el manejo de su mano de obra, mientras sus fríos ojos miraban en busca de reacciones. Fue él quien tuvo atado a un criado durante todo un día para que confesara el robo de cierto jabón, le pegó y, cuando el hombre se quejó diciendo que según la ley sólo la policía podía pegar a un trabajador, le ató al coche y le hizo correr detrás hasta la comisaría de policía de Sinoia. Siempre sacaba a colación alguna historia para sorprender a mi padre, y luego se daba la vuelta, sonriendo con su mueca. Llevaba consigo un sjambok, un látigo de cuero de rinoceronte que ya pertenecía al pasado. Cyril Larter era un prototipo —una especie—, un género. Se esparcían por las granjas y las minas por toda África del Sur. Se definían a sí mismos por su dureza con sus trabajadores negros. Nunca se les ocurría avergonzarse de ello. Podían ser justos, en el sentido de que pagaban los salarios regularmente y seguían la ley al pie de la letra, o podían ser injustos. Pero siempre eran brutales. Es probable que sus propias experiencias infantiles los hicieran así. Éste era un tipo europeo, no sólo británico.

Mrs Larter era un alma buena que, al advertir que mi madre y yo no nos llevábamos bien, me invitaba a su casa, durante días en ocasiones. Me daba una amplia habitación y nunca entraba en ella. Mi madre no comprendía que los hijos precisaran tener una vida privada. Solía irrumpir de repente en mi habitación, a cualquier hora del día o de la noche, no necesariamente porque sintiera curiosidad, sino de camino a alguna parte. A mitad de la habitación podía fruncir el entrecejo, algo en su repleta agenda le pasaba por la cabeza, y se paraba. ¿Había parafina en la lámpara de la pared, cerillas junto a la vela? ¿Me había cambiado las bragas aquel día? Recogía prendas de la cama vacía, las examinaba, me inspeccionaba el cuello o las manos, decía: «Te echarás a perder la vista leyendo a la luz de la vela», y volvía a salir a grandes pasos, perseguida por demonios y furias de preocupación.

Yo me sentaba con Mrs Larter en la galería y comentábamos lo que yo estaba leyendo... melancólicamente, puesto que ella no era una mujer con estudios, aunque le habría gustado serlo. Me confeccionaba vestidos apropiados para mi edad. Cuando yo me pasaba horas pululando por la gran presa, contemplando los pájaros de agua mecerse en las olas junto a mí, los halcones en el cielo, ella nunca me lo prohibía, y me tranquilizaba diciéndome: «La bilharzia precisa agua corriente». Y no se lo contaba a mi madre, que se hubiera puesto frenética. Era inconmensurablemente amable. Los niños o la gente joven que son desgraciados pueden sobrevivir aunque sólo haya una persona amable como Alice Larter de quien ser amiga. Pienso en ella a menudo. Sí, también ella se sentía sola; ¿cómo no iba a sentirse sola aquella alma buena casada con un alma brutal?

A un par de kilómetros de los Cyril Larter estaban los Latty. Ella era una alta y

delgada criatura, esbelta, como las modelos de los libros de modas. Vestía con trajes largos, ondulantes y livianos, que ella misma se confeccionaba. Con frecuencia sus mangas eran mangas «abombadas»; la mitad de la manga estaba hecha del tejido del vestido, pero la otra mitad de organdí, cuya dureza transparente formaba una burbuja coloreada donde se podía ver entonces, tentador, un bello brazo. Resultaba evidente que consideraba a nuestros granjeros y a sus esposas aburridos y anticuados, pero organizaba bonitas fiestas y servía comida desconocida para nosotros. Tenía un nene de corta edad y ésta era la razón por la que yo no podía apartarme de ella. Lo adoraba, lo quería a morir, sólo deseaba mecerlo y tenerlo en brazos, como si fuera... no, no mi propio nene, en absoluto... era mi nene-hermano una vez más. A partir de recuerdos de este niño soy capaz de deducir la fuerza de mi pasión por el pequeño Harry. Durante toda mi vida ha habido momentos en que me dolían los brazos, anhelaban sostener a un niño, y eran los brazos de una niña que quería a su nene-hermano. El Harry adulto no recordaba nuestro cariño de los primeros años.

La granja Latty también tuvo mala suerte. El hermano mayor, un guapo niño, tuvo diabetes. «¡Puede morir en cualquier momento!», sollozaba Mrs Latty cuando telefoneaba a una granja tras otra, como si esperara que alguien, en alguna parte, pudiera tener una respuesta. Sucedió exactamente antes de que se descubriera la insulina y el niño, en efecto, murió. Y Mr Latty murió poco tiempo después creo que de fiebre palúdica. Mrs Latty volvió a Inglaterra, a la patria.

De esta época de mi vida provienen las narraciones Old John's Place, The New Man, y Getting off the Altitude.

Toda aquella gente tan distinta, que tenía tan poco en común, regulaba los asuntos de la región desde las terrazas, una «actividad informal» como la denominan los sociólogos, puesto que yo no recuerdo que se convocara ninguna reunión para discutir el delito de un vecino sobre un cercado, o los daños provocados por un incendio de la jungla. También hablaban de política siempre que se reunían, o por teléfono, y esto significaba hablar o bien del Problema de los Nativos, o bien de la Compañía... Lonrho. La Compañía era propietaria de granjas y minas, representaba los Grandes Negocios y era odiada por los ciudadanos, que se habrían quedado sorprendidos de haber sabido que compartían puntos de vista con los socialistas. De un extremo de Rhodesia del Sur al otro, en cualquier momento, uno de estos dos temas, o ambos a la vez, estaban siendo discutidos. También había frecuentes reuniones políticas, a las que acudía la Región en pleno. El Ayuntamiento de Banket no era lo bastante grande, y por eso el político que nos visitaba se instalaba sobre una plataforma hecha de cajas de gasolina montada en la terraza del Dardagan, y se dirigía a 200 o 300 personas que le escuchaban de pie. Detrás de esta multitud blanca podían encontrarse algunos nativos, pero se suponía que el mitin no les concernía.

El parlamentario por Lomagundi era el mayor Lewis Hastings, que había formado parte del primer gabinete de la colonia, con el primer ministro Coghlan. Era famoso por su oratoria. Y famoso por sus historias sentimentales, posiblemente porque escribía poemas no muy distintos a los de Rupert Brooke y buena parte de ellos eran poemas de amor. Era muy guapo, como un león. Y un dandy, con un amago de pavoneo militar, pero esto lo utilizaba como un efecto teatral. Se erguía cómodo en su plataforma de orador y distraía a los granjeros y sus esposas y sus hijos con charlas dignas de publicación, aderezadas con latín y griego. La multitud se repartía por el polvo rojo, los hombres con sus caqui, las mujeres con sus mejores vestidos, los niños detrás de él en la terraza, mientras los carros de bueyes pasaban mugiendo de camino a la estación, y el mayor Hastings decía (estaba hablando de la Política Nativa, pero no hay que imaginar que la desaprobaba): «Volenti non fit injuria, que significa, como ustedes saben, "No se

hace ningún mal a quien consiente"». Y todos se reían, pero dejando entrever que mediante este tipo de cosas no les seducirían para que aprobaran la política del gobierno. El mayor Hastings quería demasiado a su público para despreciarlo, pero al primer ministro doctor Huggins, que venía con menor frecuencia, se le veía al límite de dominar su irritación. Detestaba los apretones de mano y las caricias a los niños. El mayor Hastings lo hacía con un toque de parodia y su sonrisa nos invitaba a todos a compartir con él su estilo, su arrojo. ¿Cómo no iban las esposas a enamorarse de él? Por no mencionar a las hijas. Hay hombres que —con tan sólo un segundo de indecencia, con tan sólo una mirada—, quizás sin ni siquiera intentarlo, prometen a una adolescente que un día también ella será miembro de la masonería del amor. Por lo que se refiere al doctor Huggins, abandonaba precipitadamente el lugar cuando se había acabado un mitin, y no nos invitaba a votarle. Pero, ¿quién en realidad siguió de primer ministro, año tras año, y acabó siendo lord Malvern? ¿Y acaso no se hablaba de su partido, sencillamente, como el partido de «Huggins»?

Fue durante aquel año entre los dos colegios, cuando empecé con la obsesión por irme de casa, y ¿cómo no iba a suponer un conflicto, siendo como era la granja el lugar del que yo formaba parte? Pero tenía que alejarme. Siempre bromeaba con escaparme y las bromas me servían de consuelo. Me rescató una costumbre del país, más institucionalizada incluso que la de «ir a pasar el día»; la gente iba a pasar fuera más de un día, un par de semanas, un mes, por razones que Jane Austen habría comprendido, o Tolstoi: por las malas carreteras, los viejos coches desvencijados y, naturalmente, porque había servicio. Mis padres se alegraban de que me fuera, pero por razones distintas. Mi padre cada vez se irritaba más por nuestras riñas, las de mi madre y mías, y ella se pasaba la noche despierta por las escasas oportunidades sociales que podía brindar a sus retoños.

En una ocasión confeccioné una lista mental de todos los lugares en los que había vivido, después de tanto traslado, y pronto llegué a la conclusión de que el sentido común o la aproximación factual no llevan más que al error. Podemos vivir en un lugar durante meses, incluso años, y no nos afecta, pero pasamos un fin de semana o una noche en otro, y nos sentimos como si el equivalente de un viento cósmico hubiera rociado todo nuestro ser. Finalmente resultó ser una lista de unos setenta lugares, que incluía una terraza en la que había pasado una tarde, pero dejaba fuera una casa en la que mi permanencia había sido lo bastante dilatada para figurar en un censo por calles. En diversos momentos de mi vida llegué a conocer varias casas en Marandellas, pero sólo recuerdo bien una. Se encontraba a tan sólo a unos once o doce kilómetros del lugar de la jungla donde nosotros —la familia— acampábamos, cerca del colegio de mi hermano, dos o tres veces al año. Escribí al respecto en *African Laughter*. No recordaba que esta granja estuviera tan cerca del lugar de acampada, o en cualquier caso no la relacionaba con él. Casas de una misma calle pueden ser vistas por un niño como si pertenecieran a distintos mundos, y lo mismo habitaciones de la misma casa, cada una con su propio ambiente: aire, olores, textura de la luz. Lo que un niño percibe, al visitar una nueva casa, crea una imagen de ella que los adultos que viven allí no reconocerían. El tejido verde y suelto de una funda de lino es como una sonrisa, los rizos que cuelgan de la oreja de un perro dicen te quiero, el sudor que llena una arruga en un cuello rojo es casi insoportable, mientras que los platos planos de porcelana colocados en vistosas filas sobre una mesa parecen exigir un determinado comportamiento.

Estaría bien —podría ser útil— hablar con más detalle de esta casa situada en una región a la que el resto del país se refería diciendo «todos son granjeros de talonario allí», puesto que era una comunidad bastante distinta de la de Banket, donde casi todo el mundo había empezado pobre. Aquella gente tendía a ser acomodada. Muchos habían

percibido que las cosas se ponían feas en la India y se habían establecido aquí. Criaban caballos. Había dos grupos de cazadores en la región; su presa... los leopardos. (Mi cuento Leopard George proviene de historias de tales cacerías.) Me gustaría, también, poder relatar interesantes conversaciones con los criados que, en la región, no eran del norte de Nyasaland, como lo eran en Banket, sino gente de Shona, o de Manika. Vestían almidonados uniformes blancos y zapatillas de tenis blancas, y yo nunca había visto con anterioridad zapatos en pies negros. Parecía como si siempre estuvieran preparando o sirviendo, puesto que los rituales de la casa se centraban en la comida, empezando con el primer té de la mañana, que aparecía con galletas María, a las seis. El desayuno... el té de media mañana... almuerzo... el té de la tarde, piscobabis con las bebidas que llegaban a las seis, los famosos sundowners, copas de antes de cenar, la cena. Las comidas eran ocasiones propicias para una buena ración de proselitismo, puesto que en aquella casa las verduras se consideraban perjudiciales a no ser que se hirvieran «totalmente», mientras que los de mi propia casa estaban convencidos de que sólo las verduras ligeramente hervidas eran sanas. Los expertos presentaban ambas dietas como definitivas y para todas las ocasiones, igual que ocurre actualmente con cada nueva dieta: no se aceptaba ningún argumento, ni siquiera discusión.

La casa era del tipo habitual, varias cabañas unidas por pérgolas, pero hecha de bonito ladrillo y con buenos techos de paja, a diferencia de nuestra casa, ya en ruinas y desastrosa. En el suelo, muy encerado, había alfombras tan buenas como las nuestras, y la misma pesada plata llenaba la mesa del comedor. Dos mujeres corpulentas y autoritarias se encargaban de mí. Llevaban vestidos que yo ya sabía que resultaban fuera de lugar, puesto que eran vestidos «ingleses», es decir, lanillas, y vestidos de lino y algodón de un cierto corte, con seguros pliegues y botones. Viviendo con ellas se encontraba un estirado y apuesto hombre, un antiguo militar del Ejército de la India, pero que compartía algo con mi padre: era un observador, miraba, se daba cuenta de todo. ¿Era el marido de una de aquellas mujeres? ¿Un hermano? Nunca se me ocurrió preguntármelo. Las dos mujeres eran lesbianas, así lo comprendí más tarde. El hombre era como un invitado en su propia casa: de eso me di cuenta y sentí afinidad hacia él. Pero, en realidad, mi atención se dirigía a los libros. Había miles. Cada cabaña estaba totalmente tapizada con estanterías para libros cuidadosamente encajadas, una proeza de la carpintería, puesto que las cabañas eran redondas: las paredes parecían hechas para los libros. Les di una mirada y perdí la cabeza y el corazón. Estaba harta de los libros de mi casa, los había leído hasta la saciedad. Dickens y Kipling, Shaw, Wells, Wilde y el resto, y los innumerables libros, más y más de ellos con cada correo, sobre la Primera Guerra Mundial. Todos aquellos escritores se encontraban allí, en algún lugar, pero resultaban apagados en contraste con las brillantes cubiertas de libros con nombres de escritores que yo no conocía. Al ver hacia dónde estaba mirando, las dos mujeres me guiaron. «Sólo hay un auténtico escritor moderno», me instruyeron. «Ann Bridge. Comparados con ella... bien, no pierdas el tiempo con los otros, éste es nuestro consejo.» El interior de mi cabaña, la cabaña de los invitados, también estaba tapizada de libros, pero no pude sino trasladar allí las obras completas de Ann Bridge y prometerles fidelidad. Entonces yo caí en la cuenta de lo curioso que resultaba que en Marandellas, Rhodesia del Sur, me incitaran a leer las novelas de una dama que escribía crónicas sobre delicadas relaciones que tenían lugar en la embajada de Pekín, en particular historias amorosas, la mayoría desafortunadas, pero padecidas con buen gusto. Mientras, el hombre, después de haber presenciado con desaprobación esta tentativa de adiestramiento de una mente indefensa, entró en la cabaña con un solo libro. También él se veía dominado por la necesidad de moldear a los jóvenes, quizás el más fuerte de los impulsos hacia la inmortalidad.

«Éste es el único libro que merece la pena leer de los que se han escrito desde la guerra», sentenció él. «No necesitas leer nada más, te doy mi palabra.» Y con esto, asintió con la cabeza, me lanzó una sonrisa formal pero encantadora, y salió a grandes pasos, mesándose el bigote. El libro era *La primera y la última humanidad* (*Last and First Men*), de Stapledon, y lo leí junto con *Peking Picnic* y las obras de Beverley Nichols, Aldous Huxley, Sholokov, Priestley y Dornford Yates, y muchos más, puesto que lo que hacía en aquel lugar era leer. No hacía otra cosa. Me pasaba el día leyendo tendida boca abajo en la cama, y casi toda la noche, mientras iban consumiéndose las velas, unas tras otras, y yo iba colocando otras nuevas. Alumbraba la vela en vez de la lámpara de aceite porque daba menos luz, y temía que las dos corpulentas damas aparecieran con rulos y batas de satén azul marino para ordenarme que lo dejara ya, en particular por estar leyendo a tantos autores que no eran Ann Bridge. No aparecieron. Cuando miraba por mi ventana veía que sus ventanas estaban a oscuras. Pero a través de la ventana del mayor podía verle sentado, en bata, junto a la lámpara de aceite, leyendo. Seguía allí cuando el coro del alba rompía el sedoso cielo gris, silenciando las lechuzas y las chotacabras; seguía allí cuando yo, llena de culpabilidad, apagaba la vela y me frotaba los ojos irritados y dormía hasta que me despertaban para el desayuno, una comida que no había que perderse, porque sólo Dios sabía lo que le sucedería a una muchacha en época de crecimiento si no comía adecuadamente cinco veces al día.

Ahora me pregunto cómo *La primera y la última humanidad* consiguió atravesar el mar y llegar hasta aquella granja. Wells aprobaba a Stapledon. Quizás fuera ésta la razón.

No debía de llevar más que unos días en casa cuando volví a marcharme. Tenía que hacerlo.

Y, una vez más, a la parte este del país, no muy lejos de Rusape, en la carretera Salisbury-Umtali. No eran granjeros, vivían del dinero de Inglaterra, pero apenas al mismo nivel que los «granjeros de talonario» de Marandellas. Él había estado en la guerra, le habían herido y ahora tenía su pensión. Ella tenía un poco de dinero propio. Esta gente tan inglesa vivía en Rhodesia del Sur porque la vida era muy barata. Nadie podía haber cambiado tan poco como los Watson respecto de lo que habrían sido en Inglaterra. Él era un hombre alto, encorvado, delgado, silencioso, con una larga y delgada cabeza, y labios escépticos, en los que siempre asomaba una gran pipa curvada. Sus ojos grises se medio entornaban por el humo y su lento escrutinio de tu persona, de su esposa, de todo. El hombre de Norfolk, le llamaba mi padre. Eran parientes lejanos. Ella era gorda, alocada, de pelo rubio, con ojos azules, de buen carácter, y, según mi padre, la típica sajona. Se había adiestrado como enfermera bajo las órdenes de mi madre en el Royal Free Hospital durante la guerra. Decía que mi madre era una tirana, pero justa. Se reía, en retrospectiva, al recordar lejanas broncas. Sabía reírse, débilmente, cuando decía que Bob, su marido de Norfolk, era un hombre duro, ah, un hombre duro, nadie lo diría. Bob y Joan eran, pues, otra de aquellas parejas que hacían que me preguntara sobre los misteriosos requerimientos de la naturaleza, que llevaban a dos personas a tener que pasarse una vida haciéndose mutuamente desgraciadas.

Habían construido la casa básica, que era la alternativa a la suma de diversas cabañas. Era de ladrillo, con tres habitaciones contiguas, cubiertas por hierro ondulado, y una terraza larga como la casa, que era donde realmente se vivía, entre todo tipo de plantas erguidas, o colgadas o adheridas a las columnas de ladrillo. Perros cariñosos y sociables... exactamente como en todas partes. Gatos decorativos, como en todas partes. A ella le gustaban los gatos. A él le gustaban los perros. Suyos eran la maravillosa perra alsaciana, Stella, y sus cachorros. Escribí sobre ellos en *The Story of Two Dogs*. Allí fue donde vi por vez primera a mi perro Bill moverse rápidamente por el espacio de detrás

de la casa, borracho por la luna llena y la alegría de ser un cachorro. Este espacio se hallaba entre diversos edificios dedicados a las variadas necesidades de una auténtica granja, incluyendo un cobertizo para vacas donde vivía la vaca de la casa, que Joan ordeñaba. No permitía que su marido ordeñara su vaca; las manos de él eran demasiado torpes y la vaca siempre se inquietaba. Cuando ella lo decía, muy a menudo, Bob no chistaba, se limitaba a mostrar los dientes por encima del vapor de su pipa y reírse silenciosamente.

Lo de la vaca permitía deducir que les era difícil abandonar el lugar. Sólo tenían un «criado» para todo, y no le confiaban la vaca. Además eran pobres, pobres de buen tono, prisioneros de su menguada renta. Él se pasaba casi todo el día fuera de casa, caminando por la jungla con los perros obedientes detrás. Ella se quedaba en casa y a menudo lloraba. Por lo demás, cocinaba, cuidaba sus plantas y cosía. Había llegado a la colonia con baúles llenos de estampados de Liberty. Exactamente como mi madre. ¿No habría que escribir una tesis sobre «El papel de los estampados de Liberty en la historia del Imperio Británico, última etapa»? El gusto de mi madre iba dirigido hacia lo chocante y definido, mientras que Joan colgaba pequeños trozos de tejido floreado en sombreros de paja, se rodeaba el cuello de bonitas flores rosas y azules, y se metía en cama —voluminosa, sonrosada como un lechón y suspirante— con su ropa Liberty de linón color lila ribeteada de encaje.

«Todo son restos de serie», me informó, con orgullo. «Iba a todas las rebajas. Nunca me las perdía...» Y se sentaba en su sofá de cretona, las piernas separadas para llenar su falda de un verdadero popurrí de telas, unos centímetros de esto, tres cuartos de aquello. Seleccionaba un resto de serie aún doblado que le había proporcionado un dinámico dependiente de Liberty diez años antes, lo levantaba, lo examinaba críticamente, como una mujer rica examina unos brillantes que está claro que no tiene intención de comprar, y lo tiraba luego con un movimiento lateral cortante, como un tejo, sobre una silla. «Puedo hacer lo que quiera con ellos», anunciaba llena de orgullo. «No significan nada para mí. Te daré un trozo o dos cuando te vayas y así podrás confeccionarte una bonita blusita.»

Yo permanecía fuera de la casa tanto como Bob, paseando sola, como en nuestra granja, durante horas, sin ver a nadie. El veld aquí era distinto del nuestro, pocos árboles, básicamente largas marismas onduladas y abiertas. «Como Kent», decía Joan, con las lágrimas que inmediatamente le llenaban los ojos, siempre enrojecidos por el exilio o por culpa de Bob.

La hierba empezaba a crecer y por encima de mi cabeza los pájaros daban vueltas y se elevaban, cantando plenamente. Pequeños animales huían cuando me acercaba a ellos y encontré un cachorro de ñu, no más grande que un gato, agazapado debajo de un arbusto con una roca en su lomo para salvaguardarlo, abandonado allí por su madre. Quizás ella se había ido en otra dirección al verme llegar y esperaba mi partida. Pero no pude verla por ningún lugar de la extensión de hierba. Y un día encontré una fuente en lo alto de la ladera de un promontorio rocoso en el que los halcones establecían sus nidos. No la vi inmediatamente. La hierba estaba mojada... seguidamente era húmeda y esponjosa... luego había chapoteo bajo mis pies... luego me encontré con el agua hasta los tobillos. Salí cuidadosamente a través del agua hasta que vi en su superficie un movimiento burbujeante cerca de una gran superficie plana de granito. Me arrodillé sobre el caliente granito y me incliné para mirarlo. Había un claro entre las hierbas en el que el agua que fluía suavemente por debajo de una roca trazaba unos moldes de arena blanca. Un manantial. La hierba de varios metros alrededor estaba empapada. Tuve que andar en un círculo de unos diez metros hasta ver correr secretamente el agua por la ladera bajo las hierbas, y entonces había un riachuelo, que hacía inclinar las hierbas a su

paso, un pequeño arroyo sobre un lecho de guijarros blancos, pero pronto se convertía en una auténtica corriente, que discurría rápida y clara sobre piedras y se ensanchaba e iba haciéndose cada vez más profunda. Seguí la corriente, con el sol en la espalda, medio ebria por el olor de la hierba húmeda, hasta donde se perdía entre una extensión de árboles musasa para juntarse luego con un riachuelo que provenía de otro punto de la llanura, y seguidamente había un pequeño río que discurría rápido a través de grandes rocas, que salpicaba, con un exuberante ruido... y así discurriría, rápido o lento, siempre desembocando en otros ríos, hasta llegar al océano índico.

Cuando se lo conté a Joan suspiró y dijo: «¿Estás segura de que es sensato...?». Como cuando mi madre me decía —si se acordaba— algo parecido, estas palabras significaban: «¿Estás segura de que una muchacha blanca debe arriesgarse a que la viole un kaffir, yendo sola por la jungla?». Yo no hacía ni caso. Creo que nunca violaron a nadie. Hacía poco me habían hablado de una mujer joven en Matabeleland que había enviudado y vivía sola con una niña pequeña, en una casa cuyas puertas y ventanas permanecían siempre abiertas, día y noche. Cuando Bob oyó las quejumbrosas protestas de Joan, dijo secamente: «¿Y por qué no iba a hacerlo? Cuando yo era un rapaz, salía solo todo el tiempo. Era cerca de Norwich», me dijo, pero no añadió, como yo anhelaba, que también él había encontrado la fuente y sabía lo maravillosa que era, que iría conmigo a verla, y luego me llevaría con él en sus largos paseos solitarios. Pero él nunca me invitó. No entraba dentro de sus esquemas. Probablemente no tenía idea de lo frío y despreciativo que resultaba. Las lágrimas llenaron los desdichados ojos azules de su esposa, que se dirigieron a los míos como diciéndome:

¿Ves lo bestia que es?

Le encantaba que le llevara recados de su parte, que me desplazara a una granja próxima para ir en busca de una receta o para recoger unas verduras que le regalaban. Le gustaba que diera de comer a los perros, limpiara sus perreras, la ayudara con la vaca. Lo mejor era cuando me decía que bajara al huerto.

Yo cogía dos grandes cestos de los que estaban colgados en la alacena y olían a hierbas, y salía por mi cuenta por la parte delantera de la casa: los perros siempre iban con Bob. Era un tortuoso sendero de arena entre árboles musasa, de un kilómetro y medio aproximadamente. A medio camino del huerto, a unos cien metros de los árboles, había unas rocas de granito donde vivía la pitón. Cuando Bob se acercaba con sus perros a ese lugar, los obligaba a ir con precaución y mantenía su rifle a punto sobre el antebrazo. «Una pitón se puede mover tan rápida como un caballo», decía él. «Un perro, esto es lo que más les gusta. Una pitón atrapó al pobre Woolf, dos años atrás.» Yo siempre caminaba lentamente al pasar por delante de aquella mole siniestra, concentrada en encontrar la pitón. La vi en una ocasión, inmóvil bajo la luz moteada, fácil de confundir con el granito. Mis pies me hicieron saltar con un espasmo de terror y bajé tan rápidamente como pude hasta el huerto, a pesar de que luego debería volver por el mismo camino, y ahora que la pitón sabía que yo estaba allí... Delicioso terror, puesto que yo no creía que la pitón sintiera ningún interés por mí. Había serpientes pitón en nuestra granja y a menudo las veíamos, y ninguna serpiente me había perseguido nunca por las hierbas. Siempre huían deslizándose tan rápidas como podían.

Me paré antes de alcanzar el huerto y me quedé oliendo aquel aire empapado de hierbas, tomates, el limpio olor de guisantes. Medio acre del jardín estaba vallado para mantener alejado al ñu, pero a veces entraban mandiles y removían berenjenas y pimientos verdes, y hacían agujeros de los que desenterraban patatas. Los tomates desprendían un fuerte olor que me mareaba. Una larga hilera de tomates, con plantas tan altas como un hombre, cargadas de tomates verdes, tomates amarillos, verdes tomates con rayas, que a veces se cogían para hacer salsa picante, chutney... y tantos tomates



maduros que no había la esperanza de ni tan siquiera recolectar la mitad. Yo llenaba los cestos con estos tomates de color escarlata, maduros, pesados, aromáticos, les añadía manojos de tomillo y perejil que cogía de los macizos atestados de hierbas, y me iba, cerrando cuidadosamente la verja. Al irme, los pájaros bajaban de los árboles, e incluso del cielo, donde habían estado esperando a que me fuera, comentando en sus varias lenguas la interrupción de su festín. Con sus picos habían vaciado algunos de los tomates, y al haber abierto vainas de guisante, brillantes guisantes verdes rodaban por los senderos. Joan decía: «No cultivamos para nosotros, somos una institución caritativa» y Bob decía: «También los pájaros y los animales tienen que vivir».

Ya de vuelta, recorría lentamente el largo sendero, sintiendo que el calor se apoderaba de mí, con los brazos extendidos por el peso de los tomates. No corría al pasar por delante del territorio de la pitón, a pesar de que miraba las hierbas por si veía un movimiento ondulante que fuera indicio de que se dirigía hacia mí. Seguía lentamente, escuchando los pájaros, los pájaros de África y, en particular, las palomas, el lento y soñoliento sonido que hace brotar ensoñaciones y anhelos.

Dejaba los cestos uno al lado del otro sobre la mesa de la cocina y bebía un vaso de agua tibia del filtro. «Prepáranos sólo una sopa para el almuerzo», decía Joan desde la terraza donde reposaba en una gran butaca de paja, con otra al lado cargada de gatos. Yo llenaba el fogón de la cocina Carron Dover, igual que la nuestra —igual que la de todos, por aquel entonces—, colocando dentro leña de forma que quedaran espacios suficientes para el aire, y muy pronto el fuego ya ardía. De un colgadero que había encima de la cocina cogía la enorme cazuela negra, que, por mucho que la lavaran, siempre olía a hierbas. Dentro de la cazuela vaciaba los cestos de tomates, unos diez kilos o más. Colocada la cazuela encima de las llamas, volvía a la terraza y me sentaba allí, las piernas colgando, mirando vagar a las gallinas, los perros, si los había, a los gatos, cuyas vidas eran paralelas a la de los perros, sin que se tuvieran en cuenta mutuamente. Los gatos tenían sus propias sillas, lugares, arbustos, donde aguardaban a que pasara el largo calor del día. Los perros se dejaban caer por la terraza, pero nunca dentro de la casa, que era el territorio de Joan y de los gatos.

Al cabo de una hora más o menos sacaba del fuego la cazuela, llena ya de una pulpa roja que burbujeaba suavemente. Con una cuchara de madera en una mano y con una de plata en la otra pescaba trozos de piel. Era un proceso agradable y lento. Cuando todos los apretados y pequeños rollos de piel estaban fuera, echaba sal, pimienta, un manojito de tomillo y aproximadamente un cuarto de amarilla crema. Lo dejaba hervir lentamente otra hora.

Luego, el almuerzo. Platos llenos de caldo rojizo y perfumado, cuyo olor mareaba. Más que comer, me dejaba absorber por su olor, así como por mis recuerdos del huerto, donde por entonces centenares de pájaros beberían de los cubos de agua, o dejando caer plumas en el polvo entre los bancales. El largo y lento arrullo de las palomas, el aroma del tomate, la pitón... Todo formaba parte del sabor.

Esto es una verdadera sopa de tomate. Nunca te conformes con menos.

Aja, el recuerdo afectuoso, afectuoso recuerdo en letargo, que selecciona los momentos culminantes de cada cosa, en este caso todo deleite, manantiales primaverales, serpientes pitón, sopa de verduras, la somnolencia de las palomas, gatos recostados bajo mi mano...

No obstante, la verdad me obliga a...

Yo nunca permanecía distante o indiferente a aquella batalla matrimonial, y la mayor parte del tiempo —que hago que suene tan idílico (y lo era)—, también me encontraba en un estado de ardiente y atontada emoción. Y esto venía de lejos. En casa me identificaba con mi padre, a quien consideraba víctima de mi madre, pero aquí daba la

vuelta a la identificación y me aliaba con Joan contra Bob. ¡Menudo monstruo de crueldad! ¡Qué mal la trataba a ella! Cuando ella lloraba, es decir, casi la mitad del día, la consolaba maldiciendo la terca insensibilidad de los hombres, hasta que ya no la soportaba ni a ella ni a mí un segundo más, y me escapaba a la jungla, como hacía en casa. Cuando llegaba Bob para comer, y se sentaba en silencio, comiendo cualquier cosa que le pusieran delante, sin hacer caso de las señales y exclamaciones y quejas que sobre él ella me dirigía, yo me quedaba sentada mirándole fijamente con airados ojos acusadores. Luego ella y yo nos sentábamos juntas en un extremo de la galería en una alianza de sensibilidad femenina, mientras él se sentaba al otro extremo, fumando y leyendo todo tipo de publicaciones de Inglaterra, en su mayor parte referidas a cultivo. Le lanzábamos largas, lentas, amargas miradas, y reíamos disimuladamente y proferíamos exclamaciones en voz baja sobre su descortesía. Cuando se hartaba de nosotras, y salía hacia la jungla con los perros, aunque hiciera mucho calor, dejaba tras él un estridente coro de quejas y acusaciones.

Él debió de estar muy contento cuando yo me fui y la balanza matrimonial, de nuevo equilibrada, pudo volver a su posición habitual. En cuanto regresé, les empecé a hablar a mis padres de sus viejos amigos, de la crueldad de él, de los sufrimientos de ella, de lo horrible que era todo. En un principio ellos permanecieron en silencio y, luego, opinaron que Bob y Joan se habían entendido muy bien durante todos aquellos años de matrimonio, por lo que, seguramente, ésta debía ser su forma de actuar.

Yo no tenía la edad adecuada para aceptar esta filosofía. En aquellos tiempos la gente no se divorciaba o, si lo hacían, era un escándalo y una vergüenza. Bob y Joan no se podían divorciar porque necesitaban las pensiones mutuas. Que una necesitara suspirar y sufrir y ser mal comprendida, y el otro seguir orgullosamente aislado y mal comprendido, no era algo que yo pudiera soportar. Lloraba ardientes y airadas lágrimas en secreto por la infelicidad de Joan y Bob, la infelicidad de los mal emparejados Cyril y Alice.

Mis recuerdos de los animales, de los pájaros, de la jungla, fueron lo que me llevé conmigo al nuevo colegio, como escudo y armadura. Después de... bien, ¿cuánto tiempo? El intervalo entre los colegios parecía eterno, pero sólo pensar en la sensación de tiempo infinito que allí había experimentado me llenaba de estupor, de temor, de terror. ¿Cómo había podido sobrevivir? ¿Cómo puede un niño sobrevivir? O peor aún... ¿qué me detendría de deslizarme otra vez por arenas movedizas? Este temor me acompañó durante años. Iba a pasar un año en el Instituto de Chicas, ciertamente mucho tiempo, pero lo peor era pensar: «¿Va a ser realmente sólo un año?».

El lugar resultó en verdad un choque después del Convent, puesto que el ambiente era activo y frío. La religión, en vez de figurar en todas las paredes, en todos los rincones, en las salas, en el crujido de la ropa de las monjas y en sus voces cantando desde la capilla, pasó a ser un servicio religioso dominical al que íbamos desfilando de dos en dos, en largas hileras por los bordes de las calles bajo las jacarandas, muertas de calor con nuestros vestidos de estameña azul marino, almidonadas camisas blancas y blancos sombreros de paja, que aquí se adornaban con cintas de color azul y verde. En el Convent cada comida empezaba con una larga oración de acción de gracias en latín y las oraciones puntuaban los días.

El Instituto de Chicas, como el Convent, tenía niñas a media pensión e internas, pero no parecía existir una división entre ellas. Había cuatro residencias, para las internas. A la mayoría las habían enviado a la escuela por vez primera a los siete años, desde granjas y pequeñas poblaciones. Cabía esperar que se notase de inmediato una general falta de buen tono: a fin de cuentas, para escapar de las vulgaridades de una escuela gubernamental a mí me habían mandado al Convent. Pero ni entonces, ni ahora con

mirada retrospectiva, se notaba demasiada diferencia. Ambos colegios tenían «una clase mejor» de chicas. En ambos había muchachas cuyos padres, con problemas por la Depresión, se habían dirigido a oficinas gubernamentales para pedir, suplicar, llorar, que si no se aceptaba a sus hijas gratis, no recibirían ninguna educación. Había muchas becarias: a mí me concedieron una beca.

La residencia en la que yo vivía estaba dominada por un grupo de muchachas cuyo «tono» era malo. Lo sabíamos porque la Madre de la residencia nos lo decía constantemente. La Madre había llegado hacía poco tiempo de «la patria» y allí iba a volver pronto. Eran vulgares, decía ella, y cuando nos separáramos las ovejas de las cabras, al acabar la escuela, las chicas vulgares serían meras dependientas y acomodadoras de cine. Siempre me ha parecido cuando menos interesante que la preocupación de mi madre por la gente de buen tono y la de menos tono, por la vulgaridad, tuviera tan poco efecto sobre mí que las exhortaciones de la Madre de la residencia sólo me parecieron absurdas. El espíritu democrático de la Colonia era demasiado fuerte para ella. (Democrático, claro está, para los blancos.) Por ejemplo, era corriente en aquella época —y lo había sido desde el principio de la Colonia— que los granjeros más acomodados abrieran los domingos su casa a todos, a los ayudantes de la granja, al mecánico del garaje, al policía del campamento, para los esforzados granjeros. Las ciudades ya tendían más al esnobismo y empeorarían con el tiempo.

Estas muchachas vulgares, unas siete u ocho, salían en grupo, ruidosas, insolentes, seguras de sí mismas e indiferentes al resto, en particular hacia la abiertamente despectiva Madre de la residencia. Nos admiraban sus proezas, que se referían en su totalidad a chicos. Teníamos prohibida cualquier relación con nuestro colegio hermano, el Prince Edward, lleno de gamberros de largas piernas, malolientes, brutos, desgarrados, estridentes, sarcásticos, igual que mi hermano con sus pares. Nos impresionaban menos los Muchachos que las hazañas referidas a los Muchachos. Aquellas chicas pasaban notas a los Muchachos en la iglesia, o cuando se daba el caso de que las largas filas coincidieran en la misma calle al mismo tiempo. También aseguraban que saltaban por las ventanas por la noche y se escurrían por los setos para encontrarse con los Muchachos, incluso para ir al Bioscope. Esta última fanfarronería demostraba que mentían, porque, en la pequeña ciudad que era Salisbury, cualquiera habría visto a quien hiciera novillos. En fin, lo típico de cualquier otro colegio de chicas. Circulaban revistas de modas. Fotografías de estrellas de cine pasaban de mano en mano como si fuesen fotografías pornográficas. Los festines, cuando se habían apagado las luces, tenían que ser horribles, para dejar atónitos a los padres: sardinas con leche condensada, o lengua de buey en conserva con mermelada. Nos jactábamos de que estos festines de medianoche tenían lugar casi cada noche, pero en realidad fueron pocos, como las hazañas con los Muchachos. Las del grupo dominante, de tan mal tono, se enorgullecían de ser las últimas de la clase, pero no las emulábamos. Lo correcto era ir bien en clase.

Había ciertas intimidaciones. Los lances amorosos tenían el sabor del cine. Una chica mayor que yo me condujo hasta un mirador, sin que al principio yo entendiera el motivo, y se comportó como un galán cinematográfico, como Ronald Colman. En apasionada voz baja me dijo que yo era bonita, mi pelo era así y asá, te quiero, ¿me quieres? Yo me sentí turbada. Se sabía de parejas que se «gustaban». Betty y Barbara se quieren, ¿no? Se sentaban en peldaños, abrazadas, hablando de forma infantil. A nadie se le pasaba por la cabeza llamarlas lesbianas. Cuando «Tigger» de vacaciones se lo contó a sus padres, como una ocurrencia, mi madre se preocupó y dijo que advertiría a la Madre de la residencia, mientras que mi padre le dijo que no fuera tonta.

Un trimestre creé, dirigí y, básicamente, escribí una revista de la residencia. Había

una columna de ecos de sociedad y versos sobre personalidades prominentes o populares. Las páginas circularon en pruebas por el dormitorio y una delegación de chicas se me acercó para decir que eliminara esto o aquello. «No queremos que la Madre de la residencia se entere de esto, ¿no te parece?» Me quedé atónita. La verdad lo era todo, la verdad tenía sus derechos, debía contarse la verdad... pero eliminé los trozos que ellas señalaron. Mi primera experiencia de censura. La tiranía había vencido.

Lo que veo al mirar atrás es a una atareada muchacha que trabajaba duro, dispuesta a conformarse, ansiosa de que la quisieran, deseando una buena amiga, como las otras. Pero ¿cómo se podía ser una auténtica amiga cuando no se podía compartir lo mejor de ti misma, es decir, el yo creado en la granja? No había allí ni siquiera una sola persona con quien pudiera hablar.

Lo que siento, cuando revivo en mi cabeza una determinada escena, es una áspera soledad, aislamiento, ansiedad. Yo era un puesto de observación amurallado. Me sentía, en suma, como nos sentimos todos hasta que nos hacemos un hueco en un grupo, una familia, una pandilla: un lugar donde el aire frío no sople tan cruelmente sobre pieles delicadas. Fue «Tigger» quien me ayudó en esta situación. Conseguí que las chicas rieran y también las maestras. Eran completamente distintas de las monjas. Casi todas eran inglesas, jóvenes y enseñaban durante un año o dos, antes de casarse. Las esposas de los granjeros decían en broma que eran como agencias matrimoniales, porque sus institutrices y amas se casaban al cabo de un año, y aquí ocurría lo mismo. Aquellas jóvenes eran dinámicas y directas, y nos enseñaban más de lo que figuraba en los programas escolares, porque hablaban de aquello de lo que habían huido, es decir, el desempleo, el subsidio de paro, la gente que abandonaba su hogar para ir a cualquier parte, Australia, Canadá, África, para huir del horror siniestro, desencantado, sombrío, de la Inglaterra descrita por Orwell y Patrick Hamilton, cuyas obras yo leería más adelante. Pero ya se lo había oído antes a aquellas jóvenes profesoras que habían escapado.

En ocasiones fracasaban en la consecución de un marido. Había una, que no era joven, quizás de cuarenta o cincuenta años, una gris y fría mujer delgada que siempre llevaba zapatos planos y gruesas medias. Enseñaba historia. Cuando oíamos sus pasos fuera de la clase, todas nos quedábamos heladas, incluidas las chicas de tan mal tono. ¿Por qué? Nunca nos pegó, ni siquiera amenazó con hacerlo. Era su personalidad, despectiva, sarcástica, airada. Entraba en clase, regla en mano, y dirigía su mirada hacia las muchachas de mal tono, primero a una, después a otra, diciendo tranquilamente que eran chusma, basura, se creían listas pero sólo porque no veían lo muy tontas que las consideraría alguien con cultura. Sus fríos ojos recorrían entonces lentamente, con exasperante lentitud cada uno de nuestros rostros. Seguidamente dejaba la regla sobre la mesa, con un movimiento preciso, y empezaba. Su método consistía en dictar frases que nosotras debíamos escribir. Mi madre me mandaba revistas arqueológicas, porque era la gran época de la arqueología. La profesora me cogía las revistas, decía que me las devolvería a la clase siguiente. Y, al devolvérmelas, me decía: «Puedes recortar las imágenes y pegarlas en tu libreta de ejercicios. Luego muéstralas a las otras chicas. Quizás una o dos de vosotras les podréis sacar algún provecho».

En un examen trimestral saqué un 10, porque me lo había aprendido todo de memoria. Y al cabo de un mes lo había olvidado todo. Había heredado la habilidad de mi madre para realizar exámenes. Ella no dejaba de repetirlo: «Siempre era la primera, porque tenía buena memoria. Tú eres igual que yo». Su tan frecuente Tú eres igual que yo me enfurecía.

Durante un trimestre esta profesora enseñó Literatura Inglesa y yo escribí una redacción (mejor dicho, «Tigger» la escribió) sobre sus métodos de enseñanza. Pensé

que ella la aplaudiría porque era divertida, pero me llamó aparte y me tuvo allí de pie delante de ella mientras me fustigaba con su lengua. ¿Me creía inteligente, no? Bien, pues comparada con la gente verdaderamente inteligente yo no era nada. Y yo, allí, de pie, temblando. Podía haber murmurado algo sobre la Justicia y la Verdad... porque ¿acaso no era verdad que ella había sido temida por generaciones de muchachas, y que había hecho todo lo posible para que fuera así? Pero yo era una cobarde resentida. Fuera esperaban las chicas para oír lo que ella me había dicho, y yo me jacté de haberle dicho a la cara esto y aquello. Así se comportan los súbditos con los tiranos.

Todavía estudiaba piano, por aquel entonces un par de horas al día, básicamente escalas y ejercicios. El acompañamiento para oraciones o para las reuniones sociales de la residencia lo interpretaba una alumna. Vinieron a mí y me dijeron que la chica que generalmente tocaba estaba enferma y ahora debía hacerlo yo. Terror y pánico. No porque no pudiera hacerlo: la profesora de música me enseñó lo fácil que era conjuntar bajos y agudos. Obviamente era fácil... mira, si lo estás haciendo, ¿no? Entonces ¿a qué viene tanto jaleo? No obstante, cuando llegó el momento yo sólo interpreté la melodía. Sencillamente, no pude conseguir que mis manos se conjuntaran. Aquel no puedo, no puedo... como si mis manos tartamudearan.

Al final del concierto del trimestre hubo una «pieza satírica» dedicada a mí, interpretando el acompañamiento a las oraciones, pero con una sola mano. Sentí la punzada de la mortificación. Aquel fracaso convertía en cenizas el prestigio escolar y la inteligencia de Tigger Tayler. Dejé el piano, igual que había abandonado la religión, después de años y años de caras clases. Así son las cosas.

Una mañana me hicieron salir de clase y allí estaba mi madre, con su elegante sombrero de ciudad, sus guantes, su traje bueno, en la terraza. «Tu padre tiene diabetes», anunció. Y luego bajando la voz dramáticamente: «Puede morir en cualquier momento». Me quedé allí plantada mirando, mientras ella esperaba una respuesta apropiada. El problema residía en el enfoque dramático de mi madre. Hacía tiempo que yo había dejado de hacer caso de sus anuncios siempre teatrales. No podía soportarlos.

Puesto que yo nada dije, ella se dio la vuelta y me guió hasta el viejo coche en el que se encontraba un hombre muy delgado, agarrado a la manilla de la puerta. ¿Dónde estaba mi padre? Casi lo dije, pero no. Busqué ayuda en él, quien nunca me fallaba, pero sus ojos, viejos y marchitos y enfermos, parecían no verme.

«Está muy enfermo. Tiene que tomar insulina tres veces al día», anunció mi madre, y se metió en el asiento trasero junto a él. Conducía un vecino. El coche se alejó bajo las jacarandas. Me quedé plantada allí. Como siempre, no había conseguido encontrar las palabras adecuadas. Ahora quería decir lo apropiado... a él, no a ella, a quien siempre decepcionaría. «Pobre papi. Lo siento tanto.» Pero aquélla no era la nota adecuada para un anuncio de muerte.

Las cartas que ella me mandaba, dos veces por semana, ahora ya no trataban de la granja. Todas se referían a él. De haber contraído diabetes incluso un año antes, habría muerto, como el niño Latty. La recién descubierta insulina, extraída del páncreas de la vaca, le salvaría. Pero no podía dirigir la granja. ¿Qué íbamos a hacer? Naturalmente Harry le ayudaría durante las vacaciones, nosotros no podíamos permitirnos contratar a un ayudante. Algunas de las muestras tomadas del arrecife en el límite de la Big Land parecían prometedoras, y quizás en esta ocasión encontraríamos una mina de oro y... Las cartas llegaban precipitadas, debía de sentarse cada atardecer, para escribir, llenando páginas de su cuaderno azul Croxley, la gran lámpara junto a su codo, los perros a sus pies, los gatos... ¿y mi padre? Al cabo de un tiempo, se me hizo insoportable leer aquellas cartas. ¿Quién las escribía? Yo no reconocía a la redactora. «Claro, no te preocupas por mí, nunca lo has hecho, no te preocupas por tu padre, sólo te preocupas

por ti, eres egoísta de pies a cabeza, y abandonas tus clases de piano así, sin más. He sacado las cuentas de lo que nos han costado al cabo de los años, ya sabes que no nos podíamos permitirnoslas, no podemos permitirnos... En fin, ahora debo darle la inyección a tu padre. He reducido la dosis y ya veremos.» Páginas de este tipo, diez, doce, veinte páginas, de precipitadas frases desesperadas, en su mayor parte de acusación.

Contraje el sarampión. Había una epidemia. En aquellos tiempos la cuarentena era de seis semanas. Mandaron a muchas chicas al Pabellón de Aislamiento, una gran casa en el jardín. Dos veces al día venía una enfermera del Hospital de Salisbury que no quedaba muy lejos, para administrarnos medicamentos y decía: «Y ahora, a portarse bien, ya sois mayorcitas». Había un «boy» que nos preparaba las comidas. De repente descubrí que un problema que parecía insoluble no era tal problema.

La comida del Instituto no podía ser más distinta que la del Convent. Al entrar en el refectorio para el desayuno, la comida y la cena, la sala brillaba de blanco, porque un vaso de leche con toda su crema aparecía en cada lugar, y en cada mesa había varias bandejas de pan blanco cortado fino con brillante mantequilla blanca. En el desayuno, gachas de cereales y azúcar blanco, pan blanco y almíbar dorado. En el almuerzo, carne fría y patatas hervidas, luego budín de «pastel» con mermelada. En la cena, macarrones con queso, y pan blanco con queso. Una vez a la semana nos daban una naranja; una vez por semana, lechuga. Aprendimos una lección útil de cómo funciona el mundo: sabíamos cuándo iba a venir el inspector de la comida, puesto que cuando entrábamos en el refectorio había un huevo o una gelatina. En realidad, pan blanco y mantequilla eran nuestra dieta habitual. Años más tarde, cuando cambié impresiones con una compañera de infortunio, coincidimos en que aquella fue la única época de nuestras vidas en la que padecimos estreñimiento. Y siempre nos sentíamos hambrientas. Comíamos hojas de capuchina, untábamos el pan con mostaza y suplicábamos que nos enviaran paquetes de casa como refugiadas.

En el Pabellón de Aislamiento, con comida que nos mandaban del Hospital General, la aflicción desapareció. Fue una buena época para mí. No se nos pedía nada. Se suponía que seguíamos estudiando, pero nadie tenía tiempo para supervisarnos. No estábamos realmente enfermas. ¿Quiénes eran las otras muchachas? No lo recuerdo, sólo que me reí mucho, sentada junto a las demás en una terraza de madera contando chismes e inventando historias y, por encima de todo, estando sola, si lo deseaba. Seis semanas es un tiempo largo si se tienen trece años. Seis semanas de libertad, sólo con aquellas terribles cartas acusadoras que llegaban con cada correo, pero yo no las leía.

Cuando volví a casa en vacaciones, su dormitorio se había convertido en una extensión de aquellos días del pasado en el Royal Free Hospital. Había una alta mesa hecha de cajas de gasolina recién ensambladas, llena de medicamentos y vitaminas, y encima una bandeja con la lámpara de alcohol y los tubos de orina para analizar la acetona y el azúcar. Jeringas. Cápsulas de insulina. Frascos de drogas. Algodón hidrófilo. Cucharillas de café y de postre para medir. Junto a su cama, la mesilla estaba abarrotada de frascos de medicinas. Él estaba obsesionado y lo mismo le pasaba a mi madre. La realidad era que él se moría de hambre. En aquellos primeros tiempos de la insulina no se dominaba aún su uso, y se suponía que había que comer tan sólo un poco de carne fría, tomate, lechuga, pan seco. Más o menos esto. Era un gran esqueleto con las manos que le temblaban al final de los brazos, que eran huesos con un poco de piel tostada por el sol agarrada a ellos. Su cara era también puro hueso, con profundos ojos ansiosos, como los de un mono. No obstante, aquél era el régimen adecuado, según decían los médicos. Mi madre decidió desafiarlos. Dijo que era una tontería tomar una medicina que provenía de una glándula digestiva, y luego no darle nada que digerir.

Prueba y error. Probó a darle de comer el prohibido pan y patatas, y también mantequilla, y equilibrarlos con la insulina; y lentamente él fue recuperando peso y volviendo al mundo de los vivos. Cuando regresé al colegio después de las vacaciones, mi padre estaba recuperando, con dificultad, el control de la granja, que hasta entonces llevaban el ayudante —que ya no era Old Smoke, demasiado viejo y trasladado a Nyasaland— y mi hermano, quien a los once años se pasaba todo el día en la granja intentando ser tan bueno como su padre. Es decir, hasta que también él tuvo que volver al colegio.

En el colegio me salió un orzuelo. Hay pocas aflicciones tan terribles como ésta, pero que perjudiquen tan poco. Muchas los padecemos y cuando una chica se despertaba por la mañana con los ojos hinchados y pegados, las restantes le tomábamos el pelo; ella intentaba reírse de sí misma y se retiraba a la enfermería. Es algo muy infeccioso. Yo pasé miedo. Mis ojos eran unos enormes terrones hinchados, rebosaban de pus y tras espesos vendajes miraba los fuegos artificiales provocados por infelices nervios, estrellas caídas, cohetes, una variedad de deslumbrantes elementos pirotécnicos. Tenía tanto miedo y, ah, cómo se burlaba Tigger.

Apareció mi madre desde la granja y me llevaron a todo tipo de expertos que dijeron que no había ningún problema con mis ojos, desaparecido ya el orzuelo. Pero yo dije que no podía ver bien. No iba a quedarme en el colegio. Me fui a casa con ella y éste fue el final de mi vida escolar. Una drop-out, mucho antes de que se inventara el término.

Mis catorce años fueron un año de ahora o nunca, un año de nadar o ahogarse, un año de renovarse o morir, porque yo luchaba por mi vida contra mi madre. Así lo veía yo. Así era.

La batalla campal se centraba en la ropa, en lo que yo llevaba. Tenía una prima en Inglaterra, que poseía todo cuanto mi madre quería para mí. Era alumna de un buen colegio de señoritas y cada carta de su madre se refería a dinero y amigos elegantes. Su ropa llegaba en bonitos paquetes para mí. Capas de papel de seda envolvían vestidos tan exquisitos como los de mi madre, cortados años ha para jugar. Recuerdo un vestido de seda verde manzana, con pequeños volantes y mangas abombadas. Pero no sólo mi prima era mucho más joven que yo, sino que además aquellos vestidos de chica nunca se podrían llevar en la región. ¿Dónde? ¿Cómo? Todo el mundo se habría muerto de risa. Alice Larter, cuando recurrieron a ella, dada mi incapacidad de entrar en razón, se mostró preocupada... por mi madre. Actuaba con tacto, intentaba rescatarme, me invitaba a su casa... de nada servía. Yo sabía lo que quería mi madre, cuando me regañaba y me acusaba, continuamente alargándome aquellos vestidos de niñas de buena crianza. «Bueno, ¡por lo menos pruébate éste!» Eran tallas demasiado pequeñas para mí. Está loca, exclamaba para mi fuero interno. Y lo estaba, un poco, en aquella época. Nos peleábamos por la comida. Yo había caído en la cuenta de que la razón de que estuviera gorda era que comía demasiado. ¿Estaba gorda? En realidad no, pero era la «gorda y bulliciosa Tigger». A cada comida intentaba no comer tanto, y ella con la cara tensa de preocupación, intentaba llenar mi plato. De repente, se obsesionó con la idea de que yo estaba demasiado tiempo sola en la jungla. Todos aquellos años yo había vagabundado por ahí, en ocasiones kilómetros de casa, y por prudencia no había dicho lo mucho que me alejaba, pero ahora decir la Verdad era una cuestión de principios, y nos peleamos. «Si es tan peligroso ¿por qué nunca me ha atacado nadie?» «Sí, pero siempre hay una primera vez.»

Loca, locos, todos ellos, me ponía a gritar, dando puntapiés fuera de la casa.

Hay algo en las adolescentes que provoca las más curiosas reacciones en sus padres. Nancy Mitford ha explicado cómo su padre daba el latazo a las chicas advirtiéndoles del peligro que corrían de acabar siendo víctimas de la trata de blancas. Supongo que no carece de sentido que un padre piense que sus hijas, por muy bien custodiadas y guardadas que estén, corren un cierto riesgo en la perversa Londres. Pero, qué sentido tiene que un padre, que ha estado sentado en su silla de despacho contemplando las montañas durante horas, haga venir a su hija, que estaba tendida y leyendo bajo un arbusto en la falda de la colina, para decirle: «Cuando vayas a Inglaterra nunca hables con un desconocido. En particular con una mujer. Pueden sentarse a tu lado, ponerte una inyección, y el paso siguiente es que te encuentres en un burdel de Río».

Loco, loco, loco, exclamé yo, pero para mis adentros, puesto que estaba demasiado enfermo para pelearme con él. Y me adentré en la jungla, enferma y furiosa y ardiendo de compasión frustrada. Cuando me encontraba lejos de mi madre, era capaz de conseguir un aceptable nivel de compasión. Mis padres, mis pobres y enfermos y medio locos padres... Había sido la guerra, había sido la Primera Guerra Mundial, lo que les



había provocado esto. Durante años mantuve claro en mi pensamiento, como escenas de una película, lo que ellos habrían sido sin aquella guerra. Ella, una alegre, eficiente mujer inglesa, probablemente dirigiendo un Instituto de la Mujer para toda la Gran Bretaña, o algún departamento de enfermería, un tipo de mujer con quien yo no tendría demasiado en común, pero lo importante era que habría sido ella misma, no aquella víctima acosada y sobreexcitada. En cuanto a mi padre, me bastaba con mirar sus fotografías de antes de la guerra —aquellas idealizaciones negaban cualquier otra posibilidad y elección—, pero estaba segura de algo: mi padre había sido fuerte, vigoroso, en pleno dominio de sí mismo y así habría seguido siendo, y ahora era un enfermo, sin esperanza de recuperación. Yo vagabundeaba por la jungla o me sentaba sobre un hormiguero, furiosa hasta el punto de volverme también yo loca, al ver cómo eran ahora mis padres y no lo que podían haber sido... Y a partir de aquí sólo hay que dar un paso para llegar al pensamiento siguiente: Si hacemos que la guerra sea imposible, el mundo estará lleno de gente sana y cuerda y maravillosa que... Imaginaba un lugar utópico en parte extraído de la literatura y en parte creado a partir del anverso de lo que vivía en realidad: sociedades adorables y cariñosas donde yo incluía a la gente negra, en particular a los niños negros; gente cariñosa, generosa, feliz, en ciudades donde nadie iba a la guerra, gente negra, mestiza, blanca, todos juntos...

Ensueños... y mis padres, ambos, estaban también perdidos en ensueños e imaginaciones. Mi padre había cribado en busca de oro, abriendo pozos y cavando trincheras en busca de yacimientos, durante años. Pero ahora era su ocupación principal. La agricultura era algo que llevaba a cabo de forma rutinaria, para que diera el dinero suficiente y pudiéramos tirar adelante, pero de ella no cabía esperar ya un golpe de suerte. No, una afortunada cantera sería nuestra salvación. Esperaban ansiosos los resultados de las apuestas, incluso jugaban a la lotería.

Todas las noches escuchábamos las noticias de Londres por la radio, iniciadas por las sonoras notas del Big Ben, tan llenas de presagios como las de la catedral católica. Mi padre se enfurecía por las estupideces del gobierno británico y su ceguera respecto a Hitler, a quien también escuchábamos vociferar y delirar desde Alemania. Yo apenas si podía soportar escuchar la radio, y resultaba duro permanecer sentada y oír a mi padre. Se apoderaba de él la personalidad del diabético. Era hipocondríaco, quejumbroso, autocompasivo, malhumorado... ¿dónde estaba mi padre?

Dios mío, la implacable lucidez del adolescente, agudizada por el miedo de que también ése pueda ser nuestro destino. «No seré así, no seré así», no dejaba de repetirme, como una máxima. Mientras, papá y mamá se observaban mutuamente, y veían algo que no era muy distinto de lo que yo veía. Mi madre, la enfermera, conocía muy bien la personalidad del diabético; miraba el inevitable deterioro de su guapo y valiente marido. Por lo que se refiere a él, una escena se repetía una y otra vez, y así durante años. Él ha pedido algo, o ella ha perdido un objeto en una bandeja de té o en la mesa del comedor, y salta de su asiento como si la hubiesen disparado y se lanza, cabizbaja pero levantando su hostigado rostro, a la búsqueda de una cucharilla de té o un jersey, como si huyera de un incendio o de una reprimenda, mientras él dice, lleno de inquietud: «Por el amor de Dios, muchacha, siéntate, sólo es una bandeja». Porque ella no se daba tregua. Nunca permanecía quieta. Y seguidamente yo oía cómo hablaba al «boy», con aquella voz de riña, insistente, represora, llena de disgusto, que tantas mujeres blancas utilizaban con sus criados... y que aún utilizan en algunas familias blancas de Sudáfrica. Mi padre detestaba su forma de comportarse con el servicio. Le recriminaba. «Pero si son unos inútiles, unos inútiles», exclamaba ella, con su rostro sofocado y desesperada.

«No seré así, no seré así», me repetía en silencio, y me alejaba de allí. Y lejos,

también, de los lamentos de mi madre: yo no tenía futuro, ¿qué iba a hacer yo conmigo misma, al dejar la escuela?

Cuando mi hermano llegaba a casa, ella le regañaba porque no conseguía que le hiciera caso. Se había convertido en un chico educado, frío, que parecía escuchar pero sin dar importancia a nada. Bajaba a las tierras con su padre, y hacía todo cuanto podía, pero a fin de cuentas él era un estudiante, su lugar era el colegio. Y su tarea. Ella le decía constantemente que tenía que entrar en la Marina, o en el Ejército, tenía que «salir de aquel país de segunda clase»... En todo cuanto ella decía quedaba implícito que él tenía que huir de su país, que era la jungla, la tierra, el paisaje. Yo solía decirle: «¿Por qué no le plantas cara?». Pero él respondía: «Ah, ella tiene razón, la verdad». No parecía darse cuenta de nada. Es decir, de nada que perteneciera al reino de las emociones. Estaba bloqueado. Y también respecto de sus padres, a quienes ya llamaba M y P. No padre y madre, ni mami y papi, ni siquiera Maude y Michael. No, eran Eme y Pe, y así fue hasta que ellos murieron, M. y P. M.ami y P.api. M.adre y P.adre.

Me fui una vez más. Amenacé con huir de casa, con risas, o malhumorada y pependciera. Mejor dicho, Tigger reía, pero yo me fui. Fui a pasar unos días a Umtali con los James. Mrs James era la matrona cariñosa de Rumbavu Park, y vivía en una torrecita con un lujurioso jardín tropical lleno de guayabas y mangos y peras y granadillas, junto a su hija, Audrey, sus dos hijos, y un maridito dócil. Una vez más el ambiente de pobreza de buen tono... ¿hay algo peor? Escribí al respecto en *Going Home*, pero la clave de mi situación era que allí había una «pandilla» de jóvenes, modelados a la americana, todos mayores que yo, citándose y «saliendo» y organizando meriendas en el campo y bailes, y yo era dos años demasiado joven para ellos.

Con cada correo llegaban cartas de mi madre. Eran frenéticas. Desorganizadas. Podían tener diez o veinte páginas, y me acusaban en cada párrafo de mis delitos habituales, egoísmo y obstinación, pero ahora me amenazaban además con un final inevitable en los burdeles de Beira. «Allí es donde acaban las muchachas como tú, ya verás.» Y así páginas y páginas. Pero yo vivía con una familia de lo más convencional, en la que la oración de acción de gracias se decía antes de las comidas y se invocaba a Dios cada dos frases. Yo no podía soportar leer aquellas cartas, ni me podía imaginar que algún día me parecerían sólo un síntoma de la general locura humana.

Sucedió algo más, sobre lo que he tenido que meditar muchas veces desde entonces. En una Misión de la Antigua Umtali hubo una *fête* de tarde, y la gente negra así como la blanca paseaban bajo los árboles, bebiendo té y comiendo pastel. Yo nunca había estado con gente negra de igual a igual, en un acto social. Me encantó. Sentí curiosidad. Me sentí violenta y no supe cómo comportarme. Me acerqué a dos hombres negros que estaban por ahí de pie, cada uno con una taza de té en la mano, y empecé a charlar, fruslerías sociales, en las que mi madre era tan experta. Charlé y ellos me escucharon, mirándome con seriedad. Luego uno dijo amablemente: «¿Sabes?, yo soy demasiado viejo y tú demasiado joven».

Nada grave, se me dirá. Me habían propinado el más suave de los desaires, con una sonrisa que todo lo perdonaba. Pero no se trataba de eso. Había algo en la ocasión, los hombres mayores, las palabras, que «me tocó». Sabía que me habían tocado. Pero ¿qué? ¿Qué sucedió? No obstante, durante años nadie me dijo nada tan importante, que me hiciera pensar tanto, que me forzara a utilizar las palabras, el incidente, los hombres mayores, como si escondido en ellas hubiera algún tipo de excelencia original, que debiera servirme de referencia. Pero nada se había dicho, si lo consideramos objetivamente. Y no obstante todo se había dicho. Mucho más tarde, cuando me sucedió algo del mismo tipo, y volvió a suceder y, luego otra vez, si una persona, inconscientemente, sin saberlo ni tan siquiera ella —él—, espera oír algo, espera que

algo le afecte, y lo necesita, es fácil que palabras aparentemente tan vacías como «Hace buen día» puedan producir el mismo efecto. Pero se precisaba tiempo para que aquel pequeño incidente se instalara en mi pensamiento como un paradigma, y mientras tanto yo me encontraba en un hervidero de confusión, de rebelión.

De vuelta a casa, la misma situación, pero peor.

Mi padre pasaba menos tiempo en las tierras: antes solía estar por allí, mirando a los trabajadores toda la mañana, toda la tarde, con sólo una media hora para dar una cabezada. O pasaba todo el día en la jungla para buscar oro. Ahora dormía después del almuerzo durante un par de horas, y lo mismo hacía ella. Yo entraba de puntillas en su dormitorio y los veía allí tendidos, él boca arriba, como siempre, su pata de palo tesa y fuera, la mano agarrada a los barrotes de la cama como si temiera que una oleada de viento lo arrastrara. Ella estaba enroscada, y en su cara se percibía una infinita preocupación. Al lado de ambos, sobre sus mesillas de noche, había vasos de agua con sus dientes postizos dentro. Siempre tuvieron problemas con aquellas dentaduras que encajaban mal.

Papá y mamá se estaban volviendo sordos.

«¡No seré así, no seré así!»

Se suponía que mis ojos aún no estaban del todo curados, y a pesar de que yo no dejaba de leer, mi padre empezó a leernos a las dos, al anoecer, después de las noticias. Eran siempre libros sobre la guerra, sobre las trincheras. Solía llegar a algún pasaje terrible y luego dejar el libro, su cara convulsa por la rabia, con lágrimas.

Y yo, por mi parte, me iba hundiendo.

Cuando me metía en la jungla, me sentía aquejada de un misterioso agotamiento, y me dejaba caer bajo un árbol que no distaba ni cien metros de la casa. Si bajaba con mi padre a las tierras, buscaba un lugar umbroso y leía. Pero leía y releía los mismos libros: leía como ayuda para soñar despierta. Me iba hundiendo lentamente.

Soñaba con futuros brillantes. Era bailarina, era cantante, diseñaba ropa, dirigía nightclubs en perversas ciudades. Principalmente era una bohemía en París o deambulaba por las orillas del Mediterráneo. Esto sucedía mucho antes de que cualquier jovencito de cualquier parte supiera que puede irse cuando quiera, a donde le apetezca. Soñar con Marsella o Niza era como... Ahora no hay comparación. A Timbuctú o Chimboraxú se llega fácilmente en avión. Entonces el mundo tenía aún lugares insólitos.

Mi madre no conocía mis fantasías sobre nightclubs, ropas o aventuras amorosas. Pero si me encontraba tocando el piano, o me oía cantar una melodía de la radio, si se daba el caso de que yo dibujaba, o bailaba sola en el dormitorio y ella me pillaba, inmediatamente anunciaba que «cuando nos vayamos de la granja» yo tenía que recibir clases apropiadas y luego... quedaba implícito que me esperaba una gran carrera.

Hemos llegado a lo que explico en *Martha Quest*, que empieza en esta época... y es necesario dar explicaciones. A los lectores les gusta pensar que una narración es «auténtica». «¿Es autobiográfica?» es la típica pregunta. En parte lo es, y en parte no lo es, es la típica respuesta de la autora, a menudo con voz bastante irritada, porque la pregunta le parece irrelevante: lo que ella ha intentado hacer es sacar la historia de lo personal para trasladarla a lo general. «Si hubiera deseado escribir una autobiografía, lo habría hecho. No habría escrito una novela.» Una de las razones para escribir esta autobiografía es que cada vez caigo más en la cuenta de que formé parte de una época extraordinaria: el final del Imperio Británico en África, un momento concreto en una ocupación que duró exactamente noventa años. La gente ya no sabe cómo era aquella época, ni siquiera los que viven en Sudáfrica. Mis propios hijos suelen sorprenderse cuando les cuento algo y quizás se desconcierten ante la dureza de aquellos tiempos,

con las mantas hechas de pellejos, muebles de cajas de gasolina, cortinas de sacos de harina. Las relaciones a veces paternalistas, a veces brutales entre los blancos y negros de entonces han cambiado. Mis amigos africanos, mis amigos blancos, tal vez se enfurecieran o tal vez se divirtieran con el filosofar de mi padre y Old Smoke durante horas, sentados a ambos extremos de un tronco, mientras contemplaban cómo trabajaban los «boys». Los blancos se niegan a creer en las brutalidades de Cyril Larter o Bob Matthews, o en el hecho de que los padres no reprendieran a sus hijos adolescentes por simular, en broma, que atropellaban a un hombre o a un niño negro con el coche por el camino, o que los hombres blancos más estúpidos llevaran a cabo bromas crueles con sus empleados.

El año pasado, una compañía de televisión se preparaba para realizar una serie sobre Martha Quest hasta el momento en que ella se va a Londres. Muy al principio de las negociaciones dije en broma que la única persona capaz de escribir los guiones era... yo, puesto que hoy no queda nadie que sepa cómo era todo aquello. Un escritor sudafricano, uno muy bueno, hizo unos guiones de prueba, y me di cuenta de que aquella época había pasado irrevocablemente, puesto que se equivocó en pequeñas cosas, y además la historia tenía un aire sudafricano. Había otro error. Cuando yo escribí Martha Quest, pasé aproximadamente una década respondiendo a la siguiente pregunta: ¿Cómo puede ser que una chica aislada en la jungla albergara ideas tan lúcidas sobre la vida y las relaciones entre razas? Mi explicación de que ella se había empapado durante años de lo mejor que se ha dicho y escrito no los satisfacía. Por eso introduje en la historia a la familia Cohen, dueños de un almacén en Banket, pero intelectuales y con ideas políticas. No había tenderos judíos en Banket y probablemente en parte alguna de las regiones rurales. Mi familia Cohen provenía de experiencias posteriores, puesto que ciertamente llegué a tener mentores intelectuales judíos. El guión otorgaba mucho espacio a los Cohen. Y aquí hay una contradicción. Si la serie hubiese sido simplemente una narración... ¿por qué no? Pero mi interés era que fuese histórica. Verdad. Hechos. Todas estas cosas. Me vi atrapada en mi propia cobardía. Una y otra vez en mi vida he lamentado los momentos en que me suavicé o cambié la verdad por alguna razón, para satisfacer la presión exterior, o facilitar las cosas. Y la verdad es que la novela no habría sido tan informativa si yo no hubiera objetivado mis batallas mentales, encarnando las ideas en personas. El largo y lento proceso que supone llegar a la comprensión de algo a través de lo que leemos, observamos u oímos no es tan efectivo como cuando vemos a Mrs Cohen sentirse herida porque sus hijos no respetan las leyes dietéticas. O cuando le «preguntan el catecismo» a Martha Quest pero de forma política. Esto me sucedió diez años más tarde, y mi satírico regocijo me costó un amigo.

También estaban los afrikaners, los Van Rensberg. La novela empieza con las dos mujeres, una inglesa de clase media y una afrikaner, hablando, mientras Martha escucha. Los Van Rensberg influyen a Martha. A Mrs Van Rensberg la modelé a partir de Alice Larter, pero una mujer maternal se parece mucho a otra, no importa de qué cultura. Conocí a gente como los Van Rensberg. Estaban en los eventos deportivos, en bailes, confraternizando con los suyos, clanes de gente a cuyas hijas conocí en el colegio, tanto en el Convent como en el instituto.

En pocas palabras, cuando escribí Martha Quest yo era una novelista y no una cronista. Pero si la novela no es la verdad literal, en cambio es auténtica en ambiente, sentimiento, más «auténtica» que este recuento de los hechos, que intenta ser factual. Martha Quest y mis narraciones cortas africanas son una imagen fidedigna de la región en los viejos tiempos. Claro está, desde un punto de vista blanco. En una ocasión conocí a un hombre que había sido «piccanin» junto con su padre y hermanos mayores, trabajando en las granjas de Banket, cuando yo era una niña. Hablamos. Hablamos. Nos

esforzamos. Lo que él más recordaba resultaba conmovedor, puesto que los trabajadores negros de las granjas, tanto en grupos dependientes de un jefe o de un líder de clan, como en familias, siempre iban de una granja a otra, en busca de mejores condiciones o porque un pariente de más edad había llegado de Nyasaland. La mayor parte de la mano de obra de la región provenía de Nyasaland. A él le parecía que todas las granjas eran iguales: lugares pobres, feos, mal contruidos. El hombre envejecía y veía con humor lo que en otro tiempo había sido amargo. Pero le quemaba en lo profundo una ira, la ira histórica, la misma que la mía respecto a la Guerra: «Pero ¿cómo pudo suceder?».

Martha Quest tiene un argumento sencillito. Su infancia transcurre en la jungla, se pelea con su madre, los muchachos Cohen le hablan de política, lee, se escapa a la gran ciudad —Salisbury—, aprende taquimecanografía, planea todo tipo de atractivos futuros, pero se ve arrastrada a bailes y diversiones, y se casa convenientemente con un funcionario mientras suenan los tambores de la Segunda Guerra Mundial.

Mientras mi madre hablaba de mi brillante futuro, yo permanecía tendida en mi cama, soñando despierta, o leyendo libros que había leído veinte veces antes, en particular los anodinos libros norteamericanos para chicas. Sucumbí a lo que se denominaba «fiebre intermitente». ¿Existe una enfermedad así? Tenía más o menos una décima de fiebre día y noche y apenas si podía levantarme de la cama, y me quedaba en ella, con la puerta abierta, sujetada por las piedras, mirando al exterior, a la jungla, y los dos perros en el suelo, meneando las colas con miradas suplicantes cada vez que parecía que finalmente iba a levantarme y a salir con ellos, según consideraban que era su derecho, para pasarnos horas y horas en la jungla.

Acudió un doctor desde Sinoia, y no sólo una vez sino varias. En aquella época eso suponía una verdadera excursión, no como el recorrido de cinco minutos de hoy día. Mi madre le dijo que yo tenía «fiebre intermitente» y le pidió que me recetara quinina. Así lo hizo. Durante la estación de las lluvias solíamos tomar cinco gramos de quinina por la noche y por la mañana, pero ahora la dosis era mucho mayor. Las tabletas eran grandes, de color rosa brillante, cada una de cinco gramos. Pero la quinina no me producía ningún efecto. Mis oídos pitaban tanto que apenas podía oír. Me sentía dentro de una claridad estridente, envenenada, enloquecida de quinina.

Y entonces empecé a ir a Salisbury, a menudo aprovechando el coche de alguien, debido al precio de la gasolina, para que me visitara una curandera. Era una mujer de unos treinta y cinco años, inglesa, soltera. Mi padre decía que estaba enamorada del curandero más conocido con el que formaba, pues, una especie de grupo de trabajo, y él decía, a su manera —la aproximación de un campesino a tales asuntos, que en aquel caso se mezclaba con un sentimiento de pena por ella— que no estar casada era lo que la afligía, no la religión. Aquella figura, la mujer soltera de una cierta edad de quien todo el mundo se compadece o se burla, ha desaparecido de nuestra cultura. Eso implica que existe el progreso. Miss —he olvidado el nombre, digamos Burnett— invocaba a un piel roja quien a veces hacía que aparecieran monedas durante las sesiones espiritistas, lo que garantizaba su autenticidad. «¿Por qué no a un egipcio? ¿Por qué no a un brujo negro, si lo tiene más a mano?», preguntaba mi padre, mientras mi madre miraba al suelo y sufría. Ella, enfermera, y a favor de la ciencia, se sentía incómoda.

El proceso en sí era tranquilizador. Te sentabas en una habitación a oscuras, Miss Burnett detrás de ti, mientras sus largas manos bajaban suavemente por los hombros y los brazos, y ella dejaba escapar con suavidad el aliento y, con esto, los venenos que provocaban la enfermedad. El ligero silbido de su aliento, como aire que se escapaba de un reventón, los rítmicos movimientos de la mano, resultaban hipnóticos. Pero la diabetes no mejoraba, ni tampoco mi fiebre intermitente. Ni los achaques de mi madre. Un año más tarde mi madre aseguró que las radiografías en el hospital habían revelado

que un curandero había curado un tumor cerebral, pero mi padre decía que habían cambiado las radiografías por las de otra persona.

La familia formaba parte de un «círculo de oración»: en ciertos momentos precisos del día la gente de toda Rhodesia y Sudáfrica «se reunía a distancia» y decía las mismas oraciones, solicitando salud y gracia. Permanecí en cama, «reunida a distancia», con el oído que me estallaba. En el momento en que me sacaron de allí, la dosis era de quince tabletas de quinina al día, mientras mi fiebre seguía inamovible.

Una sociedad benéfica pagó para que yo pasara seis semanas en las montañas al sur de Umtali, en un lugar llamado Vumba, en una casa de huéspedes dirigida por una notable anciana famosa en muchos kilómetros a la redonda. La abuelita Fisher contaba ochenta años y sólo muy recientemente había dejado de caminar por las montañas hasta Umtali una vez por semana, kilómetros de difíciles senderos llenos de baches, avanzando a grandes pasos delante de una hilera de portadores nativos, que llevaban las provisiones para la posada sobre sus cabezas, subiendo por las montañas. Era una vieja dama baja, gorda, mandona, que dominaba a sus huéspedes con ojo y lengua agudos, pero era amable y generosa. Su vieja casa era grande, con tejado de paja, llena de habitaciones y terrazas. Había un huerto y un jardín de árboles frutales, y criaba vacas. Pero ¿de dónde sacaba el dinero? Nos atiborraba de comida... hoy nadie, en ningún lugar del mundo, podría comer así. Nada de pesticidas, fertilizantes, venenos. Las vacas, cuando enfermaban, morían si no se recuperaban con remedios tradicionales. Sus excrementos servían de abono para el huerto. El aire era limpio. Tomábamos cinco grandes comidas al día. Grandes jarras de crema de leche iban siendo sustituidas a intervalos regulares durante la comida. El budín favorito de todo el mundo era pulpa de granadilla batida con crema de leche: mitad y mitad. Mi labor consistía en coleccionar las granadillas, que por entonces crecían por todas partes. «¡La gente joven debe tomar mucha crema de leche y mantequilla!», ordenaba ella, inclinándose hacia delante con feroces miradas mientras sostenía la jarra de la crema para que pudiéramos mirar las espesas ondulaciones amarillentas que iban cubriendo las gachas, la fruta, los pasteles. Nos reíamos y fingíamos proteger nuestros platos con las manos. Debía de haber unas veinte o treinta personas alrededor de aquella larga mesa. A veces venían a comer algunos amigos de los huéspedes, y amigos de amigos, y ella les alimentaba a todos. O se quedaban a dormir en un rincón de la terraza. Aquella escena de abundancia ilimitada, de ofrecimiento, de generosidad, se repitió cuarenta, cincuenta años más tarde cuando mi hijo, John Wisdom, hizo de granjero en Vumba.

Las terrazas de la posada daban a las grandes montañas y a otras montañas más bajas, colinas, lagos, ríos. Abajo de la casa había un gran estanque o pequeño lago donde las vacas se pasaban la mayor parte del día bajo los árboles que había cerca, o metidas en el agua que les llegaba hasta las rodillas, masticando y satisfechas, meneando la cola. Cuando mugían era como una conversación de chismes, nunca los furiosos mugidos de las bestias quejándose de su suerte. No les apartaban sus terneros, puesto que la abuelita Fisher no era partidaria de esta práctica. Los terneros estaban con sus madres durante todo el día, pero durante la noche se les separaba, por lo que el ordeño principal se hacía por la mañana, cuando los gatos, los perros, los niños, los gansos, esperaban a la puerta del establo de las vacas su ración de leche.

Yo me pasaba muchas horas del día en el estanque. Se creía que la bilharzia penetraba por cortes e inflamaciones, o a través de la uretra, y luego subía hacia los riñones y desde allí se abría camino enrevesadamente por el cuerpo. Hoy sabemos que puede penetrar por cualquier parte a través de la piel. Mantener a los niños alejados del agua es imposible, por lo que se nos permitía bañarnos sólo si acababa de llover y los charcos o ríos estaban llenos, o si nuestra piel no presentaba rasguños —pero en la piel

de los niños siempre hay cortes y arañazos— o si nos asegurábamos de que nuestras partes íntimas no entraban en el agua. Pero la abuelita Fisher, como Alice Larter, no creía en la bilharzia. «Tonterías, os hará bien un poco de ejercicio.»

Había juncos y hierbas alrededor del estanque, excepto por donde las vacas se habían abierto atajos. Yo me quedaba un rato con la dulce agua marrón cubriéndome los pies, luego avanzaba con pasos cautos, con el barro medio líquido colándose por los dedos de mis pies, hasta que me tumbaba y permitía que el agua me sostuviera. No nadaba, sino que flotaba, de espaldas, haciendo el muerto, balanceándome con las ondulaciones. Encima de mí un impecable cielo por el que volaban milanos y águilas. En los árboles de alrededor del estanque colgaban centenares de nidos de pájaro. Varios ejemplares de Martín pescador pasaban raudos a través de los juncos. Las golondrinas rozaban el agua. Acto seguido las vacas bajaban cuidadosamente a través de los juncos y se quedaban no muy lejos de mí, y sus colas en balanceo producían ondas que llegaban hasta sobre mi cara. Sus terneros se quedaban agrupados bajo un árbol. No había pasado ni una semana cuando decidí que yo no estaba enferma, me negué a volver a caer enferma nunca más. Desde aquella distancia podía ver claramente que en mi casa aquellas dos personas infelices y desesperadas utilizaban sus enfermedades reales e imaginarias para hacer que la vida fuera soportable. ¡Nunca más! Y la abuelita Fisher, quien tenía instrucciones de vigilar mi fiebre intermitente decía: ¡Tonterías! Esta niña no tiene nada.

Cuando no flotaba en el estanque vagabundeaba por las colinas y los lugares altos de detrás de la casa que eran muy distintos a nuestra parte del país, el alto veld, estimulantes anuncios del gran mundo donde yo iría algún día. Hierba corta trillada por los rebaños, pequeños manantiales y lugares húmedos, vientos que soplaban en los flancos de las montañas más altas, y grupos de ovejas, blancas sobre verde, por doquier.

Escribí un poema:

Take what moonpaths he will  
Over the sea-ways,  
or where sheep-known outcrops,  
grass-flowers shimmer in a thinner air,  
let him move disdainful on the heights there,  
glance down once at the populated valley,  
pass to the higher ranges, if he will.  
He will seek towns at night,  
linger in square-lit doorways,  
and when anns glean, quick-glance eyes invite,  
will saunter through the night-haunts or  
take what love he can wait for.  
He will change tales of travel in a lighted bar  
hear many strange true stories in the night.  
But there comes time for all  
men who must follow new ways:  
for will oíd fevers chill him,  
coming when the sun is low?  
Shall the nights deceive him as the years go?  
He will return to the small unchanging valley,  
learn to talk to children, after all.

( «Que siga los rastros de la luna que quiera / por los caminos del mar, / o donde las cosechas que conoce el ganado y las flores en la hierba / brillen en un aire más

diáfano, / dejadle que transite desdeñoso por las cimas, / que mire abajo, al poblado valle, / atraviase las cordilleras más altas, si así lo desea.

Buscará ciudades de noche, / se adentrará en portales mal alumbrados, / y cuando brillen brazos e inviten furtivas miradas, / deambulará por refugios nocturnos o / conseguirá cuanto amor pueda desear. / Intercambiará historias de viajes en un bar luminoso, / oirá historias extrañas y ciertas por la noche.

Pero llega un momento para todos / los hombres que deben buscar rutas nuevas: ¿le helarán antiguas fiebres, / llegadas cuando se desvanece el sol? / ¿Le decepcionarán las noches al paso de los años? / Regresará al pequeño valle inalterable, / al final, aprenderá a hablar con los niños.»)

Estos versos no figuran aquí por su valor: me interesan. En primer lugar, la escritora era una niña de catorce años... pero, esperen, no puede ser cierto. Algún poeta clásico ha tomado posesión de aquella alma inquieta. Es él quien sigue los rostros de la luna, él quien se aventura. Si hubiera sido ella quien frecuentara los antros nocturnos, sería algo muy distinto, que nos llevaría al meollo de la diferencia masculino-femenino. Y, además, en el poema no hay indicio alguno de que la autora supiera que la «poesía moderna» ya contaba por lo menos veinticinco años. Finalmente —y es lo más importante— cuando yo estaba escribiendo, es decir, cuando me mostraba más sincera, no creía en la eficacia del hechizo, de las palabras mágicas que yo siempre repetía cada vez que recordaba. No seré, sencillamente no seré. El poema proviene de un nivel distinto de conocimiento. Ni es ésta la fácil y agradable melancolía que constituye uno de los ámbitos de la poesía.

Salud fue una de las dos cosas que me procuró aquella larga estancia, de casi dos meses. La otra no había sido prevista por mis padres, y fue el regalo de la abuelita Fisher, cuya vida había sido tan dura que le parecía simplemente estúpido querer proteger a los niños. Cuando era niña, y pobre, estuvo en las granjas y minas de Sudáfrica. Conoció Johannesburg cuando la ciudad estaba en plena fiebre del oro, con gente que vivía en tiendas de campaña por las calles o en chabolas metálicas alumbradas por lámparas a prueba de viento. Allí la castidad era la menor de sus preocupaciones, porque mantenerse viva era lo importante, con broncas, asesinatos y asaltos y, por encima de todo, la ebriedad, que era de lo que hablaban todas las mujeres de aquellos tiempos que yo he conocido. Los hombres se emborrachaban todas las noches, y las mujeres debían beber con ellos o apartarse de su camino. Ella había estado casada. Tenía una hija ya entrada en años en alguna parte. Todo un pasado de picaresca se encerraba en aquella «abuelita». La buena de la abuelita, ella sí que es un personaje.

Dos de sus huéspedes estaban comprometidos. En la Región esto implicaba, o se suponía que implicaba, castidad hasta la noche nupcial. Se mantenían las apariencias. Aquellos dos compartían una cama. Él conducía treinta kilómetros cuesta arriba por terribles carreteras, al anochecer, para pasar sus noches junto a ella. He olvidado su nombre, Lesley o Jackie o Billy, algún nombrecito de moda en los años treinta. Ella se pasaba el día sentada en la terraza desde la que se divisaban muchas leguas de tierra, y se preparaba el ajuar, bragas y camisolas y enaguas de satén. También copias de sujetadores Kestos, con retales de seda y gasa. Pero ¿para qué? Era robusta. Lisa por delante. Llevaba el rubio pelo corto muy aseado. No era bonita, pero, según decía la abuelita Fisher, resultaba sensual y atractiva. Sus labios escarlata eran burlones y sus ojos grises, fríos. Siempre que llegaba su prometido de Umtali, la encontraba cosiendo. Yo sabía que era una seductora, pero no comprendía su hostilidad hacia todo y hacia todos, incluso hacia su amado, un joven de buen ver, pero demasiado blando. (La abuelita Fisher: «Lo que ella precisa es un hombre con un sjambok».) Él la adoraba. No



podía apartar los ojos de ella. Sus manos se movían constantemente, desobedientes a su voluntad, queriendo acariciarla. Pero si lo intentaba, recibía el rechazo de ella con una sacudida de su brillante pelo rubio, una risa, o la retirada rápida de un duro y largo muslo. ¿Le odiaba ella? Eso parecía. Cuando le miraba siempre era con una fría y jocosa insolencia. Dejaba claro a todos que no le gustaba dormir con él.

¿Por qué, si él no le gustaba, si no le gustaba el sexo, lo arrastraba tras ella «como un desgraciado cachorro atado a una correa»? («Ay, abuelita, eres tan cruel», dice un huésped.) Pero yo no la miraba solamente a ella, utilizando los nuevos ojos que me habían conferido aquella situación y la abuelita Fisher, sino también, retrospectivamente, otras mujeres de la región, puesto que ahora era capaz de entresacar entre las admirables amas de casa abocadas al trabajo duro —las esposas de los granjeros— este otro tipo de mujer. Mujeres ultrajantes. Sinvergonzonas. Marranas. Sirenas. No obstante cada una de ellas tenía un halo provocado por aquella hostilidad medio secreta, medio ostentosa, hacia los hombres que esclavizaban. Yo no lo podía comprender. Que no fueran esclavas del sexo, no les gustara el sexo, no les gustaran los hombres, era lo que mantenía a los hombres corriendo tras ellas como cachorros atados a una correa.

Yo tenía muy presente en mi cabeza, como si se encontraran entre mis dedos, otros casos parecidos de parejas que había conocido en mi —cada vez más huidiza— infancia, y podía recuperar del pasado algunas conversaciones oídas en las terrazas. Por ejemplo, el caso de Reggie, quien acudía a mis padres para que le dieran consejos. Hijo pequeño de una familia de clase media, había llegado a Rhodesia del Sur, incapaz de encontrar trabajo en Inglaterra. Consiguió su granja a través del Land Bank. Contaba unos veintitrés años cuando empezó a ser el protegido de mis padres. Estaba medio loco de soledad, y decía que tenía que casarse, tenía que hacerlo, no podía soportarlo. Era un joven alto, muy delgado, que tartamudeaba, que trabajaba tan duro que mi padre decía que enfermaría. Tenía más graneros que los que un hombre podía controlar, pero permanecía levantado la mitad de la noche, trabajaba durante todo el día, se adelgazaba y enloquecía cada vez más... hasta que se fue a Ciudad del Cabo de vacaciones, para evitar hundirse del todo. Allí conoció a Vera, la muchacha medio inglesa, medio holandesa que ya había estado comprometida anteriormente en más de una ocasión. Se casó con ella allí y se la llevó a la gran casa de piedra construida entre rocas en un pequeño kopje. Allí ella se negó a acostarse con él. Él cogió el coche y se fue hacia casa de mis padres, conduciendo como un borracho... En cuanto vimos los remolinos de polvo que levantaba su coche por el sendero ya estaba entrando en nuestra casa, frenético, tartamudeando, sus ojos azules enrojecidos por el insomnio y la tensión. Estaba tan delgado que mi madre ordenó a un criado que sacara algo de la alacena para alimentarle. Pero él necesitaba hablar. Vera no quería, no quería sexo... así se dice hoy. Él dijo «hacer el amor». Ella le odiaba, dijo él.

Vera era una mujer alta y sólida, de piel aceitunada. Cada uno de sus movimientos era lánguido, controlado, lleno de desprecio. Tenía ojos castaños, pelo negro ondulado y llevaba elegantes vestidos entallados. Nos visitó en una ocasión, pero nuestra casa era demasiado desastrosa para ella, y en lo sucesivo Reggie vino siempre solo.

«No permite que la toque», dijo él, apretando y abriendo las manos, apretándolas y temblando. «No lo soporta, dice ella, así que yo le pregunté ¿entonces, por qué te casaste conmigo?»

Todos sabíamos por qué se había casado con él, un buen partido con granja propia, pero él no podía admitirlo

Ella siguió igual. Él se adelgazó más. Empeoró su tartamudeo. Decidió llevar a Vera a Inglaterra para que la visitara un psicólogo. Aún no estaba de moda hacerlo. La verdad

es que él no tenía el dinero, pero lo pidió prestado al banco, y se fueron.

Vera se sentó en la consulta de un precursor de los confesores de hoy en día.

«Bien, Mrs B., su marido me dice que usted quiere hablar conmigo.»

«Yo no quiero hablar con usted. Es él quien quiere que yo hable con usted.»

«Pero tengo entendido que usted estuvo de acuerdo en venir a verme.»

«Le estoy viendo, ¿no? ¿No está usted sentado frente a mí?» Y perezosamente alumbró un cigarrillo, echó la cabeza para atrás y se puso a exhalar fragante humo.

«Vamos, vamos, Mrs B. Usted no es justa con su marido.»

«¿Por qué? Le tengo la mesa a punto. La casa está limpia. No malgasto el dinero.»

«Pero, Mrs B., se supone que el sexo forma parte del matrimonio.»

«No entiendo por qué tengo que hacerlo. No me gusta. Nunca me ha gustado.»

«¿Ha disfrutado alguna vez de algo... de este tipo?»

«No. No le veo la gracia.»

«Ya veo. ¿Cree que le ayudaría visitarme mientras se encuentra usted en Londres?»

«¿Ayudar a quién?»

«Si le parece, a su marido. ¿No siente cierto aprecio por él?»

«¿Aprecio?» Meditó la palabra. «Debo apreciarlo, ¿no? Me casé con él.»

Le dijeron a Reginald que era una pérdida de tiempo y dinero, puesto que nada se podía hacer con Vera, porque ella no quería cambiar.

Vera comentó que había disfrutado mucho de sus vacaciones en Inglaterra, siempre había querido visitar el país.

Tuvieron dos guapos hijos. Uno de ellos era una niña por la que yo suspiraba de angustia y afecto. «Se quedó embarazada las dos únicas veces que dormimos juntos», decía Reggie, con una especie de mueca que dejaba al descubierto sus dientes. «Quería tener hijos. Ya los tiene. Y ahora... se acabó todo.»

Reggie se convirtió en un cultivador de tabaco muy rico. Mucho tiempo después de que me estableciera yo en Londres, me visitó gente de la región. Me dijeron que Reggie era el terror de los negros, ¿por qué no le asesinaban? Se lo merecía. Él los odiaba. Por aquel entonces ya se había divorciado de Vera. Ella se había ido a Ciudad del Cabo donde vivía sola, bebiendo.

Existe una pequeña instantánea de Vera recostada en el antiguo Chevrolet. Luce un vestido de finales de los años treinta, enseña las rodillas. Tiene una cadera hacia adelante, indolente, insolente. Fuma con una boquilla muy larga. Sonríe a la cámara, tranquila, confiada.

La mala mujer. La mala esposa.

Detrás de ella se encuentra la esposa del granjero del otro lado del río. Es una alegre y rolliza mujer joven, que sonríe divertida. Todo el mundo la quería, todo el mundo detestaba a Vera. Pero también ella es una mala mujer, porque si bien Vera no quiere hacer el amor con nadie, menos aún con su marido, ella no sólo hace el amor con su marido sino también con otros hombres. Ella, como Vera, más tarde se divorciaría y se iría a vivir a Ciudad del Cabo. Los dos hijos de Vera, de Reggie, crecieron sin problemas, por lo que la Evolución (o la Naturaleza, o la Fuerza de la Vida) tan indiferente a las miserias de aquel matrimonio, debió de quedar satisfecha. Si alguien le hubiese dicho a Reggie —incluso mis padres, cuyos consejos él valoraba tanto por lo que podía hacer la travesía en coche para verlos dos o tres veces por semana—: «No te cases con ella. ¿No lo ves?», entonces él se habría reído a su manera, como una especie de rebuzno unido a una carcajada, y habría tartamudeado que la amaba.

Betty —como Franny o Jamie— no podía recostarse en una columna de la terraza, o doblarse para recoger el pedazo de seda rosa que ella había dejado caer descuidadamente, sin realizar un lánguido movimiento de cadera, o de muslo, y esbozar

una sonrisa que proclamaba a los cuatro vientos que nadie nunca conseguiría de ella ni una pizca más de lo que ella quisiera... y, además, se enorgullecía por ello. Se sentaba junto a su pila de sedas, satenes y bordados de color café, y miraba más allá de su amante, recién llegado polvoriento de Umtali, y reía, y decía: «¿Y por qué no has pasado la noche en Umtali? ¿Acaso te he pedido que vinieras todas las noches?».

Entonces, con la cara pálida, herida, sus ojos ardientes y suplicantes, él tartamudeaba: «Pero que-queri-da, pero querida...».

«Ah, no importa.» Y ella le sonreía, de una forma que mareaba y esponjaba mi corazón, y no digamos el suyo, como si le estuviera perdonando por algo. ¿Perdonando por qué?

«Ella es vulgar», dice la abuelita Fisher, «pero no hay manera de decirle la verdad a un loco.»

Yo me pasaba horas con ella. Le gustaba tener allí a la pobre y patosa adolescente, maravillada ante su sofisticación. Era una secretaria inglesa que se había trasladado a la colonia para conseguir un marido mejor que el que podía encontrar en Inglaterra.

Bastante pronto, se casaron. Más tarde, se divorciaron. Las mujeres con este tipo de perezosa y mercenaria sensualidad acaban solas, aunque por regla general bien situadas.

Considero a la abuelita Fisher como una de mis oportunidades malogradas. De ella podía haber aprendido más sobre Sudáfrica que con cualquier otra persona. O mejor dicho, cualquier otra mujer: los hombres son otro mundo. Nunca he conocido a una mujer más notable. Ya entonces me di cuenta de que la forma directa, incluso descuidada, con la que trataba a la multitud de gente que pasaba por su casa, por su vida, significaba que poca gente podía haber tenido su experiencia. No sólo alimentaba y daba cobijo: todo tipo de gente pasaba por Vumba para pedir su consejo o su mediación con los de las altas esferas, puesto que parecía conocer a todo el mundo en la colonia. Gente conocida e incluso famosa llegaban a su vieja casa para descansar de los rigores de la vida social en Salisbury. Vi a la esposa de un ministro del gobierno y a su hija de dieciocho años sentadas a la hora de cenar al lado del topógrafo que hacía el mapa de las montañas Vumba, y luego conversando hasta bien entrada la noche en la terraza, las tres, almas gemelas que de otro modo nunca se habrían conocido. Fue esa mujer la que vertió, sólo por un momento, un poco de luz sobre el pasado de la abuelita Fisher. Se sentía en la obligación de hacer proselitismo sobre una nueva dieta: las muchachas en edad de crecimiento debían comer básicamente carne, preferentemente medio cruda. La abuelita Fisher la escuchó y luego dijo: «Me encontraba una vez en el norte del Transvaal durante una sequía. No teníamos nada para comer excepto buey salado. Los kaffirs y yo no comimos otra cosa durante dos meses. Y en otra ocasión me encontraba en una especie de pobre granja cerca de Stellenbosch y comimos calabaza y gachas durante medio año. El cuerpo se acomoda a lo que le echas», me dijo. Ojalá le hubiera preguntado más... Pero yo estaba demasiado fascinada por Phyl... o Pat o Tony. Quizás entonces yo no sabía lo bastante para hacerle las preguntas adecuadas.

Volví a casa sana, llena de energía. Llevaba puestos unos sujetadores, que yo había confeccionado. Mi madre, al ver a aquella antagonista joven de recientes pechos que se le encaraba, se enfureció, y llamó «Michael, Michael» y siguió así hasta que apareció él, momento en el que ella levantó mi vestido para mostrar lo que yo llevaba puesto.

«Dios mío, pensé que se trataba de algo serio», dijo él, y se fue de nuevo.

Me consumía la rabia y el odio, como cuando había empezado a menstruar y ella corrió a anunciárselo a mi padre y a mi hermano.

Mi rabia era desproporcionada, el asco hacia ella tan fuerte, que durante años lo aparté del pensamiento. Pero más adelante sucedió algo que me hizo recapacitar. Años más tarde viví cerca de una anciana demente a quien la mitad del vecindario protegía

para que no la metieran en un manicomio. No tenía ninguna vergüenza física, ni siquiera una sensibilidad normal. Te podía acercar sus sucios y apestosos pies para que se los lavaras, o sentarse y ponerse a arrancar trozos de piel y metérselos, con gusto, en la boca, o rascarse por todo el cuerpo con la lengua fuera y una mirada de voluptuoso placer. Se levantaba sus grandes pechos caídos para examinar sus erupciones, invitándote a mirarlo, o se rascaba la entrepierna con tal fuerza como si le pasara una toalla a un perro mojado. Era un asco sin fin, pero a fin de cuentas, era una demente, no podía remediarlo. La violencia de mi asco y rabia era irracional. Era desproporcionada. No tenía sentido... tiene sentido si uno imagina a un niño muy pequeño acorralado por un adulto grosero. ¿Quién? La mayoría de los padres contratan a una niñera o a una canguro tan descuidadamente como compran comestibles. Tal vez fuera la borracha Mrs Mitchell, con quien compartí una habitación. Tal vez incluso mi madre. Pero la menor infracción del sentido de la decencia le parece a la niña una enormidad. Llega una visitante, se inclina y sonrío desde arriba a la niña, y en su mentón hay un bulto redondo y brillante como el pezón de un conejo lactante. Allí crece un pelo pelirrojo, y aquel pelo parece una revelación de sucias prácticas secretas, incluso de crueldad. «Mami... ¿por qué?» «No seas tonta, sólo es un lunar.» «¿Y por qué tiene ella un lunar en su mentón?» «No tiene nada que ver con la luna, tontita.» Pero si el grano o el pelo de la axila húmedo por el sudor es parte del cuerpo de un progenitor, la criatura se escabulle, silenciosa, sin dejar de mirar, llena de asco.

Revela poco tacto, por parte de una madre, levantar el vestido de su hija de quince años para mostrar sus pechos al padre, pero no puede considerarse un delito.

La falta de delicadeza física implicaba algo más. También mucho tiempo después, trabé amistad con una terapeuta cuya especialidad era la relación entre madres e hijas. Es corriente, me dijo, que las madres se identifiquen tanto con una niña-mujer que apenas puedan ver la diferencia entre su propio cuerpo y el de la niña. Una dijo, después de que le reprocharan haber pegado a su hija: «Pero si es como si me pegara yo». Otra, después de chillar y gritar a su hijita, le dijo a la terapeuta: «Es entre nosotras, ella sabe por qué lo hago». No sugiero que mi madre ni siquiera se acercara a este nivel de neurosis. No obstante trataba mis miembros como si fueran suyos, o por lo menos como una posesión suya. A fin de cuentas había sido enfermera y había dispuesto del cuerpo de sus pacientes.

Cuando me zafaba de ella, defendiendo mi cuerpo, negándome a que me tocara, era como si le dijera: «No me infectará tu enfermedad, tu hipocondría, la diabetes, el lamentable muñón hundido y lleno de cicatrices, por la guerra, la guerra, la guerra... las Trincheras, no».

«Ya no soy una niña», le dije.

Había aumentado tanto de peso en casa de la abuelita Fisher que tenía que perderlo. Hoy la gente hablaría de anorexia, pero yo estaba provista de un agudo órgano de autoprotección. Podía no comer «nada de nada», según me acusaba mi madre, pero yo me había elaborado un régimen sano. Comía tomates y mantequilla de cacahuete, y perdía peso con rapidez, lo que sorprendía y asustaba a mi madre. De forma desproporcionada, pero poco hay en las relaciones entre madre e hija que tenga medida o ni tan siquiera sentido común.

El caso es que yo era tan sensata como —¿seguramente?— ella quería. He visto luego este sentido de autoprotección en jóvenes a las que uno consideraría destinados a autodestruirse. Avanzan por la cuerda floja —así veo yo el comportamiento de jóvenes que provocan situaciones en las que casi llegan a lamentarlo—, acaban por lamentarlo, débilmente, y una se resigna a que la hija se quede embarazada y aborte, tenga al niño, o que el hijo sea arrestado; pero luego no perdonan nada: sigue habiendo todo tipo de

crisis y alarmas, pero la muchacha ha ido secretamente a la consulta de un médico y la han informado sobre métodos anticonceptivos y las locuras del muchacho se detienen exactamente antes de que tengan serias consecuencias.

En un rincón de la jungla, cerca de la gran extensión, me planté rifle en mano y de repente vi mis piernas como si las viera por vez primera. Son bonitas. Piernas morenas y delgadas y bien contorneadas. Me subí el vestido y me miré hasta muy arriba, hasta mis bragas, y me llené de orgullo por mi cuerpo. No hay nada más satisfactorio que esto: el momento en que una muchacha sabe que éste es su cuerpo, éstas son sus finas y suaves y bien formadas extremidades.

Yo no era en absoluto inferior a las modelos en las revistas. Pero mi ropa... no teníamos dinero. Ni cinco. Nunca comprábamos nada. Cada puntada era obra de mi madre. Pero lo que ella hacía eran vestidos para una niña, y todo el día yo veía sus apenados ojos que condenaban mi nueva delgadez, mi nuevo cuerpo.

Aprendí por mi cuenta a utilizar la máquina de coser, pero no había dinero para telas. Fue entonces cuando empecé a llevar al carnicero, en días de reparto de correo, media docena de gallinas de Guinea, que había cazado a primeras horas de aquella mañana, corriendo de la casa a las tierras cuando estaba medio oscuro, para atraparlas antes de que bajaran de los árboles para alimentarse. Mi madre estaba fuera de sí. Se enfurecía y me acusaba y me insultaba, aunque lo que en el fondo me estaba diciendo era: «Me estás eludiendo, me abandonas, y yo estoy clavada aquí con esta terrible, desgraciada vida mía, y nunca seré capaz de escapar».

La tienda de Dardagan tenía estantes llenos de rollos de lino y algodón. Seis gallinas de Guinea me permitían conseguir suficiente para confeccionar un par de vestidos. Yo lucía mis nuevos vestidos de mujer, y mi madre exclamaba que en Inglaterra yo aún estaría en el cuarto de los niños, aquél era un país horrible si permitía que las chicas fueran unas adultas a los quince años.

Tuve que irme. En esta ocasión a Johannesburgo, la gran ciudad del profundo sur.

En una ocasión, en Norwich, en los años mozos de mi padre, él había bailado y flirteado con dos hermanas. Se había enamorado de las dos, aseguraba él, pero incluso más de su madre. Cuando lo contó, su pesar, su ironía fueron tributos a otras muchas pérdidas a lo largo del tiempo.

Una de las muchachas se había casado con un prometedor joven de la Cámara Minera, que ahora era un ejecutivo importante. Para no perder el contacto, había escrito a mi padre una carta, y en ella le contaba que su marido no tenía un carácter afectuoso, o sea, como diríamos ahora, que no le interesaba demasiado el sexo. Mi padre se lo contó a mi madre sin mirarla, como era frecuente cuando hablaba de cosas como ésta, y a la vez con pesar mezclado con irritación apenas contenida, que implicaba también una protesta que iba más allá de este triste caso en concreto.

Mi madre escribió a (digamos) los Griffiths para preguntarles si su hija («en una fase difícil, siento decirlo») podía visitarles. Un viaje en tren hacia el «profundo sur», el primero que hice. Para familias como la nuestra, es decir, colonizadores de después de la guerra, existía un descuento en el viaje en ferrocarril. Un trayecto de dos días, de segunda clase, con seis personas más en el compartimiento. En cada estación, donde el tren solía detenerse jadeante durante una hora, niños negros nos ofrecían tallas de animales, o una naranja, o albaricoques o unas guayabas, y los arrogantes y superiores blancos regateaban por unos pocos peniques, y se reían cuando les cogían las chucherías y las sostenían en alto fuera del alcance de los niños que temían que les estafaran, y luego tiraban las monedas exactamente cuando el tren se movía y volvían a reírse y a mofarse mientras los niños se peleaban entre el polvo. Nadine Gordimer describió esta escena en «The Train from Rhodesia».

En Johannesburgo, un coche con chófer me transportó al mundo de la abundancia, una amplia casa en el barrio residencial más rico, con servicio (aquí eran féminas, no como en nuestro caso, hombres), ventanas enrejadas, y un ambiente de asedio que en aquel tiempo era nuevo pero que se ha intensificado desde entonces. Mr Griffiths era escocés, había conservado su acento, enérgico, franco, inteligente. Casi siempre estaba en el trabajo. Entraba en la casa como un invitado, mientras que su esposa, una bonita mujer de mediana edad, con ropas caras, joyería, perfecto pelo gris encrespado, le servía con el aire de cumplir con su deber, pero sin dejar de mirarlo con reproche. Una vez más la típica pareja de polos opuestos destinados a hacerse desgraciados mutuamente. Las comidas eran breves, inglesas, en un comedor que yo consideraba ceremonioso y desagradable... como en realidad toda la casa, llena de cosas caras. Nunca me fui de nuestra desastrada y ruinoso casa sin pensar que era mucho más agradable que cualquier otra. Mrs Griffiths no trabajaba. En aquellos tiempos las mujeres ricas no trabajaban. Se aburría, se aburría a morir. Solía decir: «En fin, vamos a dar una vuelta en coche». El chófer era Stanley, un joven sudafricano, un hombre magro, tostado, de fría mirada, que provenía del mundo de la auténtica pobreza. Era fácil reconocerlo en él inmediatamente. Para empezar, existía su amargo odio hacia los negros, hacia la gente de color, y, una vez más, la ansiedad siempre tras los ojos. Hacía muchas cosas además de conducir el coche, cuidarlo, hacer recados, comprar. Era como un hijo, pero respetuoso, a la negligente manera sudafricana, y siempre al tanto por si había algo que hacer. Cuando dábamos un paseo en coche siempre era alrededor de los barrios residenciales ricos, llenos de casas similares. O por las tiendas caras.

Se consideró bueno para mí que trabajara durante una semana en una tienda de ropa cuyo dueño era un amigo de la familia. Así lo consideraban. Durante todo el día entraban mujeres ricas, se sentaban, miraban displicentemente los trajes y vestidos que les mostraban. Yo no, puesto que era la ayudante de la dama encargada de las ventas. Generalmente no compraban, pero la tienda siempre estaba llena de mujeres cotilleando. Al cabo de mucho tiempo conocí a mujeres que habían estado casadas en Johannesburgo, pero se habían escapado a Londres huyendo del lugar y de la gente. Se aburrían, se aburrían hasta la muerte y la histeria, en su pequeño mundo que desde fuera parecía una cárcel o un internado caro. Sólo se conocían entre ellas, se encontraban todos los días en fiestas y eventos de beneficencia, y consultaban a las mismas echadoras de cartas. Luego vendrían los gurús indios y la ecología. A mí las ropas me parecían horribles. Le dije a Mrs Griffiths —las criaturas bien educadas no se debían dirigir a sus mayores por los nombres propios— que no me parecía que la tienda me hiciera ningún bien, es decir, si la finalidad era mejorar mi carácter. Lo único que conseguía era enfurecerme y hacerme malévol. Hablé «Tigger». Pero Mrs Griffiths no era de las que veían las cosas con humor.

Había una exposición en Johannesburgo. Visitarla era una de las supuestas razones que harían que yo mejorara. La verdad es que intimidaba, con sus enormes pabellones rutilantes, la vulgaridad y las masas de gente, muchos blancos y del campo con sus mejores galas, intimidados por esta sofisticación, y muchos africanos, multitudes de africanos distintos a los que yo conocía, más estridentes, más seguros de sí mismos, mejor vestidos, agresivos, tomando buena nota de la exhibición de productos y oportunidades que no estaban destinados a ellos. Stanley dijo que los kaffires sé estaban volviendo descarados y necesitaban una buena paliza: esto, por lo menos, era como en casa.

Fui al cinematógrafo, una versión más llamativa que la de Salisbury. Los títulos de los filmes estaban iluminados fuera y, dentro, la gente se vestía con trajes de gala y joyería.

A veces decían a Stanley que nos llevara en coche a un té de mañana o de tarde, o a un elegante salón de té. Otra vez mujeres, mujeres, mujeres, charlando, jugueteando con sus cadenas y brazaletes de oro. «¡Nunca llevas demasiado oro encima!» Esta era la voz de Johannesburgo.

Mi visita al «profundo sur» fue una entrada en el mundo de las mujeres aburridas y desgraciadas. Excepto en una ocasión, en la que Stanley, con instrucciones de conducirme para ver los lugares notables, me sacó del barrio rico, a través de calles cada vez más pobres, hasta que me encontré en una calle como las de Salisbury en sus principios. A lo largo de aquella calle, en mil películas del Oeste, han avanzado tambaleantes los carros y han vociferado los vaqueros. A lo largo de aquella calle, en pueblecitos de los Andes, los indios se apoyan en las paredes, mastican hojas de coca y contemplan a los turistas. Y en un extremo de Los Ángeles se llena de máquinas recreativas y casas de comida mejicanas antes de desembocar en un barranco. Aquí la habían construido lo bastante amplia para que, cuarenta años antes, dieran la vuelta los carros, con una sucesión de casas de dos pisos, minúsculos y desvencijados, que se veía interrumpida por un cine, una lavandería china, un salón de baile, algunos locales de comidas baratas y bares. Muy pocas caras negras en esta calle, porque era un área para gente blanca pobre. (No «pobres blancos», una expresión reservada para granjeros muy pobres, generalmente afrikaners que vivían en «barrios pobres rurales».) Había tiendas indias, con rutilantes alardes de colorido en el exterior.

Stanley aparcó el inmenso y lujoso coche y me dijo que si quería podía quedarme sentada allí, sólo tardaría un minuto. Pero entré con él. Era como un granero o salón, lleno de mesas de billar, cada una rodeada de hombres, en el paro, por la Depresión, y en la parte trasera había mesas en las que los hombres jugaban al póquer. Había dos mesas para el vingt-et-un. En éstas se veía a chicas muy maquilladas y con peinados a lo Verónica Lake o Jean Harlow, en traje de noche, moviendo las fichas con largos rastrillos aparentemente de oro. Como las fichas, hechas de oro, como las copas, de oro, y las botellas envueltas en papel dorado que atraían a los clientes al bar. Servían vino barato del Cabo y coñac del Cabo. Todos los hombres iban desarrapados, con camisas blancas lavadas muchas veces y deshilachadas, pantalones baratos grises y marrones, pero a veces con un pañuelo de vaquero anudado al cuello. Todas las mujeres vestían para resultar atractivas, con trajes de fiesta o de baile. Había unos doscientos hombres y tan sólo unas treinta mujeres. En una ocasión, la abuelita Fisher dejó escapar, de una forma que hubiera podido dar lugar a interesantes recuerdos si alguien le hubiera preguntado más, que ella se había encargado de un antro de juego en el Rand pero la policía lo había clausurado. En un principio no pude ver a Stanley, había desaparecido entre un grupo de hombres que echaban los dados en el bar. Su elegante uniforme caqui de chófer me lo resaltó. Llevaba allí unos veinte minutos. Nadie advertía la presencia de la muchacha con su vestido de algodón y sandalias, de pie junto a la pared, sintiéndose algo mareada por el humo del tabaco y el olor de la bebida. Cuando apareció Stanley, estaba cariacontecido y se limitó a hacerme una señal con la cabeza para que le siguiera. En el coche: «Siempre tengo mala suerte, siempre mala suerte, te lo digo, acabará conmigo». Me dijo que algunas noches cuando había acabado con los Griffiths trabajaba de barman. «Mabel no tiene idea de lo que hago, pero tengo que vivir ¿no?» Mabel y Stanley, pero Mrs Griffiths y Stanley: era a cuanto llegaba la democracia.

Mabel Griffiths siempre lanzaba pequeños sarcasmos respecto a la tacañería de su marido.

La otra hermana se encontraba en algún lugar de Sudáfrica. Más adelante también la conocí. Una mujer corpulenta y muy pintarrajeada, con «buenos» vestidos. Eran mujeres con las que mi padre, decía, nunca se habría podido casar porque eran

descortes con camareros y criados. Las dos me ofendieron, pero no se dieron cuenta de ello. Les faltaba la delicadeza de Stanley, que sin palabras me pidió que no «contara» dónde me había llevado, y la instintiva delicadeza espiritual que resultó tener Mr Griffiths. Apenas si me había dirigido la palabra mientras estuve allí. Pensaba que yo no le gustaba. Pero hizo que me enviaran de Johannesburgo a la granja una máquina de escribir, inmensa y ruidosa máquina que pesaba tanto que el cocinero rió cuando la entró en mi habitación, fingiendo tambalearse bajo su peso.

Mr Griffiths me mandó una carta corta y seca. Había sido un chico escocés pobre. Se había abierto camino por sus propios medios. Quería ofrecerme algunos consejos. Yo tenía que aprender cuanto pudiera, no importaba qué, porque alguna vez resultaría provechoso. Y había algo más. La gente joven a veces no se daba cuenta de que había oportunidades en su ambiente, si las buscaban. Con saludos cordiales, Alien Griffiths. También me mandó un Manual para Escritores y Artistas.

Volví a casa contenta de salir de la Ciudad Dorada. Mi madre estaba bastante enloquecida. Ahora me sorprende que no lo estuviera más. Entonces me sorprendía. Es posible saber que alguien «no lo puede remediar» pero al mismo tiempo dejarse llevar por la rabia y la frustración. Dinero, todo era dinero, dinero en cada frase, dinero, día y noche. Mi padre consumía los días y el dinero que no teníamos cavando zanjas y pozos, comprando dinamita. No le quedaba energía para la granja, pero podía pasarse horas en la parte trasera de la casa cribando muestras. Su pasión resultó ser desinteresada: cuando un buscador errante encontraba una roca con posibilidades y no había ni una pequeña mina de oro a tres kilómetros, mi padre estaba encantado, y salía para compartir sus conocimientos sobre rocas y suelos y su saber de zahori. La granja seguía adelante, de alguna manera. Hoy me pregunto por qué mi madre, una mujer sumamente capaz, no se hizo cargo de la granja. Había mujeres en la región que cultivaban la tierra. Creo que no quería minar el amor propio de su marido. Mientras tanto, se enfurecía conmigo no sólo por ser egoísta sino por malgastar el dinero. ¿En qué?, le preguntaba yo. ¿Por qué no aportaba el dinero de las gallinas de Guinea al mantenimiento de la casa? Esto era una locura y ella lo sabía. La deuda en Dardagan's pasaba de cien libras esterlinas. Era un callejón sin salida. Ella era una mujer cariñosa y generosa y le hubiera encantado gastarse el dinero conmigo. Pero aquella guerra nada tenía que ver con el dinero. Me hacía pensar en un pájaro o un animal revoloteando contra los barrotes. Me hacía pensar en una niña maltratada. Yo enfermaba de compasión hacia ella y me salía de mis casillas por el odio.

Dinero, por qué malgastas tu dinero, ya sabes que nosotros no tenemos ni cinco, no te importa nada excepto tu propia persona...

En Salisbury, mientras mis padres volvían a soportar la entrevista humillante con el Land Bank para una ampliación del préstamo, me di una vuelta por una tienda de muebles en Manica Road, estimulada por la carta de Alien Griffiths. Eran todo muebles de «tienda», brillantes y elegantes, y desde el escaparate varias amas de casa de cartón de tamaño natural ofrecían decorosas miradas a la acera, por lo felices que se sentían con aquella mesa o aquella silla. Entré y pedí ver a Mr Hemensley. Era un hombre delgado pero barrigudo, en mangas de camisa por el calor, preocupado por la Depresión. Le dije que no tenía ni idea de cómo presentar sus productos, pero yo le escribiría poemas que podía incluir en la sección de anuncios del Herald todas las semanas. Llamarían la atención de la gente. Nadie se había anunciado así con anterioridad. Le divertió mi descaro y me pidió ver alguno de muestra. Llevaba algunos dentro de la carta de Mr Griffiths. Cada poemita acababa con la exhortación, «Amueble su casa al estilo Hemensley». Pedía diez chelines por cada uno, pero al final quedamos en siete. Durante un par de años, siempre que precisaba dinero, garabateaba poemas y me dirigía a la



tienda de Hemensley, donde él me ofrecía té y pastel, se interesaba por mis actividades con la melancolía de un hombre que ya añoraba su juventud, y se reía mientras «Tigger» le hacía pasar el rato. Decía que mis anuncios le habían procurado clientes. En las tiendas indias se podían comprar algodones y muselinas muy buenas por uno o dos chelines el metro. Un aceptable par de zapatos costaba diez chelines. Un buen bolso costaba una libra. Nadie llevaba guantes, ni medias.

El dinero de Hemensley nada hizo para mejorar las cosas en casa. Cada vestido, o falda, o sujetador era otro clavo en la cruz de mi madre. Y ahora nos peleábamos por la Barrera Racial, el Problema de los Nativos. El conflicto era que yo estaba poco documentada en cuanto a hechos o cifras, sólo tenía un vago pero potente sentimiento de que algo iba muy mal en el Sistema. Para empezar ¿por qué había toda aquella gente trabajando por tan poco dinero en nuestra granja? Ya aparecían cartas en el Rhodesia Herald, firmadas como «Sentido Común» o «Equidad», diciendo que los nativos eran poco eficientes porque no estaban ni bien alimentados ni bien alojados, y en cualquier caso tenían que recibir instrucción. Cada una de estas cartas tan «revolucionarias» levantaba polvareda, y al día siguiente aparecían otras firmadas por un «Indignado», o un «Treinta Años en el País», o una «Esposa de un Pionero», diciendo que los nativos no apreciarían nada mejor que lo que ya tenían, o que necesitaban una buena paliza, o que la educación los estropearía. Por mucha razón que yo tuviera, no había conocido a nadie que estuviera de acuerdo conmigo, ni había encontrado libros que me ayudaran. Sí, Oliver Twist era aplicable tanto a un niño inglés como a un niño negro de África, pero no servía como argumento para convencer a Cyril Larter o Bob Matthews o Mr McAuley.

Mis argumentos eran ruidosos y poco sólidos, y yo sabía que lo eran.

Pronto mi padre dijo que no podía soportar ni un día más ser el espectador de las peleas entre sus dos féminas. Dijo que, si yo no tenía nada bueno que decir respecto de ninguno de ellos, por qué no me iba. Puesto que tengo experiencia personal de la paternidad con adolescentes difíciles, lo comprendo muy bien.

Fui de niñera a un lugar cerca de Salisbury. (En aquellos tiempos «au pair» significaba que ricas familias intercambiaban a las hijas para que pudieran aprender lenguas y costumbres extranjeras.) Yo suspiraba por una nueva experiencia. Ésta sonaba lo bastante romántica como para satisfacer incluso a la más ávida teenager. (Un vocablo que aún no se utilizaba.) Mrs Edmonds, una rica y bella joven de la alta sociedad de Vancouver, se había enamorado de un granjero de Rhodesia, pobre pero de buena cuna, y se había casado con él a pesar de la oposición de la familia. Esperaba su segundo hijo, y yo debía cuidar del pequeño, de cuatro meses. La casa se encontraba en una colina al otro lado del valle de Rumbavu Park. Allí empecé con el trabajo de cuidar niños, que seguí realizando, con algunas interrupciones, durante años. La niña que se enternecía ante cada bebé o nene que tenía al alcance («Ven y mécame») ahora tenía a su cargo un niño encantador, inteligente y tratable. Lo adoraba. Él me quería de la forma descuidada que es propia de los niños pequeños que ya han tenido una sucesión de niñeras y cuidadoras. Mrs Edmonds era en verdad bella, con piel de mantequilla ligeramente pecosa, pelo rubio, un tipo esbelto: el mismo tipo físico que Mona, en el Convent, que era delgada y angular, tan pecosa que su piel rosada apenas resultaba visible, su pelo mate y fibroso. Mona, que tenía un borracho por padre y un hogar dividido, que siempre parecía justificarse por su existencia, yo sabía que podría haber sido tan encantadora como Mrs Edmonds de haber tenido dinero. Mrs Edmonds era otra de las mujeres que me ayudaron a darme cuenta de lo competente que era mi madre. Suspiraba y arrugaba el entrecejo ante las tareas de la vida, en saltos de cama de crepé de China, mientras la gente la servía. Su nuevo bebé contaba más o menos una semana,

era un «buen» bebé, y tenía además una enfermera. Al haber conocido a tantas mujeres que consiguieron salir adelante sin ayuda, me viene a la cabeza, por contraste, Mrs Edmonds, cuyo atractivo marido, atento y ansioso, la trataba como a una enferma. ¡Eran tan pobres!, decían constantemente. Yo había oído tantas conversaciones sobre pobreza que no les escuchaba, no podía. La pobreza de la clase media nunca es tan sencilla como parece. Vuelvo a mi pregunta, a mi búsqueda: ¿qué les habían prometido, y quiénes, para hacerles sentir que les habían defraudado?

Muy pronto me vi haciendo muchas más cosas aparte de vigilar a Marcus, quien precisaba que le vigilaran muy poco, porque corría detrás de mí como un alegre y reluciente cachorrito. Encargaba comida de las tiendas, cocinaba, instruía al «boy», ayudaba a la enfermera con bombeos para sacar leche del pecho y alimentos nutritivos.

Soñaba despierta con rutilantes futuros, ninguno derivado de tener una buena instrucción. Mis fantasías eran de guapos amantes, héroes ambiguos, familiares a las lectoras de novelas románticas, todos ansiosos por llevarme a mágicas islas, costas y ciudades que yo conocía a través de los libros.

También escribía narraciones y las vendía a elegantes revistas de Sudáfrica. Cuando al cabo del tiempo me encontré algunas de aquellas narraciones en un cajón, tuve tal sofoco de vergüenza que no pude sino romperlas al momento. Yo había escrito para gustar al mercado. Y lo había conseguido. Pero más tarde no pude hacerlo, aunque necesitara desesperadamente el dinero.

Me sentí aliviada cuando los Edmonds dijeron que no podían tenerme por más tiempo. Se hablaba de una auténtica niñera inglesa, a la que pagaría la familia de ella. Más tarde se divorciaron. Recuerdo a aquella gente encantadora y a su hijito como si fueran unos niños encantadores.

Pasé tres meses con ellos. (Ahora el tiempo ya era el de los adultos, o mejor dicho, el tiempo de los primeros años de adulto, muy distinto del tiempo de la madurez, o de la vejez.) Y luego un año en Salisbury capital. La familia ya era de segunda generación. El padre había sido un hombre del norte de Inglaterra, que había creado una de las empresas más conocidas del país. Con la acomodada hija se había casado, por dinero, un joven ingeniero pobre, un refugiado de la Depresión económica de Inglaterra. Se la consideraba poco atractiva, y vestía con ropa recatada y poco a la moda, y con el pelo recogido en una trenza alrededor de la cabeza. Distaba tanto de adecuarse a la moda que resultaba evidente que había decidido no competir en absoluto. Pero a menudo lanzaba una sonrisita que conseguía ser a un tiempo apreciativa e ingenua, y probablemente pensaba: «Tal vez no sea bonita, pero mira lo que he conseguido», mientras coqueteaba seriamente con su guapo marido. El hermano soltero vivía en la casa y dirigía la empresa familiar. Era católico y un dechado de convencionalismo. Fue en aquella casa donde, con ocasión de un largo acontecimiento de la realeza que se retransmitía por radio —creo que el casamiento de la princesa Marina—, este joven se pasó el día levantándose cada vez que sonaba el himno real, lo que significó una docena de veces, aunque allí no había nadie que pudiera controlarle, excepto su conciencia. Mofas por mi parte, o de «Tigger», mientras el marido cruzaba una mirada cómplice conmigo, pero al mismo tiempo pronunciaba alguna observación conformista destinada a afirmar su puesto en aquella casa tan temerosa de Dios, tan patriótica. Jasper (digamos) pagaba un alto precio por su futuro de seguridad. Se consideraba un intelectual y era el equivalente de mis padres y sus amigos antes de la guerra. Estaba bien informado sobre la marcha del mundo, con opiniones sólidas, que había que mostrar con cautela.

De repente, en una situación trivial, como siempre sucede con estas revelaciones, quizás mientras cambiaba unos pañales, comprendí que ya no me merecía los calificativos que se utilizaban para mí. «Una chica tan inteligente, que lee todos

aquellos libros», y así sucesivamente. Me había visto envuelta en fantasiosas lecturas repetitivas, hacía mucho tiempo... o así parecía. Las saludables heroínas del Medio Oeste norteamericano habían dejado paso a las fáciles novelas populares que se escribieron con tanta abundancia en los años treinta, ayudas para la fantasía; pero lo que Jasper leía era harina de otro costal.

El libro que había conseguido mantenerme despierta era *The Shape of Things to Come*, de Wells, pero podía haber sido cualquier otro. Existía un mundo de ideas del que yo nada sabía, era una ignorante. Probablemente cualquiera de nosotros mira atrás y ve a una asustada criatura desmañada, forcejeando; ve también que las personas mayores se daban cuenta de la necesidad y eran amables. Jasper era poco halagador, directo y saludable. Puso a mi disposición los libros políticos y sociológicos que él encargaba a Inglaterra, ciertamente no de izquierdas, porque él no lo era, y me hizo conocer la colección *Everyman's Library*. Por vez primera oí opiniones que tenían que tomarse con seriedad —es decir, no de un «chiflado»— sobre el problema de los nativos, en el sentido ilustrado de provecho para uno mismo. Cuando Jasper decía que debía alimentarse y educar y albergar propiamente a los nativos, porque a la larga los blancos se beneficiarían, exponía este punto de vista de forma suave y juiciosa, como si se le hubiera ocurrido a él mismo... no, según sabía yo por discusiones a solas con él, porque ardiera de impaciencia por la ineficacia del sistema. Así entraron ideas sediciosas en aquella familia años antes de que resultaran respetables.

Mi trabajo, en esta ocasión, consistía en ocuparme de otro bebé, que entonces contaba cuatro meses. En realidad era mi bebé. No suponía ningún problema. En aquellos tiempos a los bebés de clase media a los que no se les daba el pecho se les alimentaba con leche en polvo. El trabajo de preparar una botella con agua hirviendo a partir de un recipiente al vacío, enfriarla con agua hervida en otro, alimentar al bebé, enfajar al bebé, mientras las botellas lavadas se esterilizaban solas en una gran cacerola para la comida siguiente, era sencillo y rápido. Aquél era un bebé satisfecho y simpático. No lloraba, le encantaba que le abrazaran, y dormía durante toda la noche y parte del día. No era que la madre no quisiera a su bebé: estaba orgullosa de él. Sencillamente, no era maternal. Tampoco era hogareña. Secretamente yo estaba llena de mi desprecio, demasiado conocido y corrosivo, por el hecho de que ella podía haber estudiado en cualquier parte, pero no le había interesado. Tenía un título de economía doméstica de una universidad del norte de Inglaterra, y utilizaba los cuadernos de notas de sus clases para las comidas de la familia. Domingo: roast-beef. Lunes: escalopes (de carne picada). Martes: estofado de buey. Miércoles: carne en gelatina. Jueves: pastel de bisté y riñones. Viernes: estofado de col. Sábado: tripas y cebollas. Ser ama de casa apenas resultaba arduo. Había cuatro personas de servicio: cocinero, criado, jardinero y «piccanin». Por la mañana se telefoneaba al colmado y a la carnicería con el pedido del día, y muy pronto aparecía un hombre en bicicleta con los productos. Jasper, a quien le gustaba comer, hacía humorísticas sugerencias, tales como: «Quizás podríamos alterar ligeramente el orden... ¿qué tal escalopes el sábado?». Ella acallaba sus impertinencias con tranquilas y maternales sonrisas, diciéndole: «Pero si es más fácil seguir el plan establecido».

Él no se quejaba. Ni en realidad me dijo nunca nada a mí, pero acabé encargándome de los pedidos y, a menudo, de cocinar, a pesar de que al cocinero no le gustaba que invadieran sus dominios. La señora de la casa se instalaba en su sofá de cretona y cosía una delicada costura. Confeccionaba floreadas faldas de pliegues, que llevaba con blusas bordadas húngaras, por aquel entonces muy baratas y favorecedoras. Hacía bragas y enaguas con seda y satén caros que provenían de tiendas de primera: ni hablar de barata seda «japo». «Bonito», decía su guapo marido, al sentarse a su lado entre

retales de rosa y malva, la cabeza ladeada. Entonces, con una sonrisa conscientemente caprichosa, y una muy veloz mirada hacia mí, pasaba la mano por el cuello de ella, hacía que levantara sus bonitos ojos, azul flor con pestañas negras, para mirarlos hasta el fondo. «Tortolitos», murmuraba él. «¡Uniditos!» Por encima de sus suaves trenzas y de sus ojos, una vez más cerrados, me miraba entonces largo y tendido, mientras yo permanecía sentada en el otro sofá meciendo a su hijo. Nuestra relación era perfecta. Yo sabía que a él le habría encantado seducirme. Sabía que él no lo haría, mejor dicho, no podía. Mientras tanto, yo intentaba seducir a su cuñado. Se metía en mi cama casi todas las noches, a no ser que tuviera una reunión con los Rotary o una celebración masónica, o pronunciara una conferencia en calidad de... si no de prohombre de la ciudad, porque no llegaba a los treinta años, digamos de prohombre in pectore. Se acostaba a mi lado, como un hermano, permitiéndose ineptos besos de prueba. Yo no podía comprender por qué esto era moral, mientras que practicar el sexo no lo era. Me parecían poco convincentes las delicadas razones de su teología. El caso es que él era tibiamente sexuado. Durante el año en que yo estuve allí todo siguió igual, y yo me sentía cada vez más frustrada y furiosa. Jasper lo veía todo, y opinaba que, a su juicio, yo estaba perdiendo el tiempo. Esto significa que se ponía en duda la naturaleza de aquel hombre, no su moral.

Dos veces durante aquel año, me acompañó a la granja, donde disfrutó de que se le considerara un pretendiente en potencia... por parte de mi madre. Mi padre, más lúcido, dijo que era un tipo curioso.

Esta historia mía con el medio pretendiente tiene un fondo oculto, seguramente del gusto de los moralistas. Si cuando llegué por vez primera a aquella casa yo no conocía a nadie en Salisbury, cuando me fui tenía multitud de posibilidades alternativas. A menudo podemos ver que una chica elige estar con un hombre joven que seguramente le va a servir de muy poco, por lo menos en aquella área en la que ella parece estar más interesada. ¿Por qué es así? Ella se protege no sabiendo o sólo sabiendo a medias lo que hace.

Dos veces le arrastré a la jungla en noches de luz de luna, y admiro la ingenuidad de mis tentativas de seducción, que incluían métodos contraceptivos caseros, encontrados en algún libro de historia prestado por Jasper. Una vez más, se permitía besos y caricias, pero reservaba su virginidad para su esposa.

Mi otra actividad en aquella casa era confeccionar vestidos. Me pagaban cuatro libras esterlinas al mes. El problema era que, de la misma manera que un par de años antes yo era demasiado joven para la pandilla o la vida de grupo de los adolescentes de Umtali, ahora era demasiado joven para la escena de los adultos. Los vestidos que confeccioné eran elegantes, e inadecuados para mi vida de niñera... ni tan siquiera para la de una sirvienta. Mientras me zambullía, o nadaba, o chapoteaba por las aguas poco profundas del mar de los adultos, la señora de la casa, compasiva, me ofrecía lo que le sentaba bien a ella, flores y pliegues, y se sorprendía cuando no eran un éxito.

Y tenía otra ocupación. Los bebés, que en un principio duermen dieciocho horas al día como los gatos, se convierten asimismo en unos felinos plenamente despiertos, y se les queda corto el parque de juegos: precisan que los entretengas. Me llevaba al bebé al parque todas las tardes durante un par de horas, empujando el cochecito arriba y abajo, porque no quería quedarme sentada y pasar a formar parte de aquella escena de féminas con cochecitos y bebés. Me aburría. Muy pronto iba a estar empujando por el parque el cochecito de otros tres bebés, uno tras otro, los míos, y recuerdo aquellas tardes como la cumbre, el Himalaya, del tedio. El tiempo se arrastraba casi como se había arrastrado años antes. Mientras empujaba el cochecito, y parloteaba con el cariñoso bebé, escribía poesía mentalmente. Entraba en trance. En los años siguientes escribí mucha poesía,

casi toda a partir de aquel estado de intensa, agradable melancolía, que es como una droga. Quizás sólo una media docena de aquellos poemas sea salvable.

Hasta que dejé aquella casa, me ocupaba de todo, cocinaba y era totalmente responsable del bebé. Devoré los libros de Jasper, mantuve conversaciones clandestinas con él sobre política y el problema de los nativos, y me pasé la mayor parte de las noches luchando contra la virginidad de mi plácido pretendiente.

Yo me encontraba en plena fiebre de anhelo erótico, que había seguido a las románticas fiebres de mi infancia.

Podría decir con toda sinceridad que pasé mi adolescencia en el trance sexual que tan bien describe Christina Stead en *For Love Alone*, probablemente la mejor novela entre las que se han escrito sobre una muchacha en su pubertad. Y así lo denomino yo también cuando pienso en el Amor.

Con la misma sinceridad podría decir que pasé mi infancia, adolescencia y juventud en el mundo de los libros. O, deambulando por la jungla, escuchando, y contemplando lo que pasaba. Aquí llegamos al meollo del problema del recuerdo. Cada vez que recordamos algo concreto, nos parece lo esencial de un determinado momento.

Mantengo la creencia de que a algunas muchachas deberían meterlas en la cama, a los catorce años, con un hombre que les llevara incluso diez años, para que este aprendizaje del amor acabe de una vez. Ya sé que se me podría decir: se pueden romper corazones, pero igualmente se rompen. ¿Hay algo en esta idea que no tenga en cuenta las realidades de la vida? ¿Como el colegio y los deberes? Pero este mentor amoroso ideal insistiría en que se hicieran los deberes, y en que la joven llevara una vida social adecuada, y... En algunas partes del mundo, por ejemplo en la India, era habitual en otro tiempo que los jóvenes de trece o catorce años se casaran, y luego los encerraran juntos, a veces durante meses. Presumiblemente nadie iba a la escuela, ni se esperaba que lo hiciera. Basta de teoría: esto es lo que tendría que haberme sucedido a mí. El problema no es la lujuria, un apetito satisfecho por un medio u otro, sino el anhelo erótico de posibilidades finalmente satisfechas, de transformación, de entrada en... (esto podría ser objeto de discusión). Este tipo de anhelo es como la añoranza. Es un tipo de añoranza, quizás, de pasados y no futuros paraísos. Es una enfermedad, que incapacita.

En verdad creo que los sueños y deseos no colmados de los padres afectan a los hijos. Estoy segura de que las frustraciones de mi padre me afectaron. Que él estuviera bloqueado en su naturaleza sexual no era ningún secreto, por lo menos para mí. No sólo porque se transparentaba en la forma melancólica en que hablaba de las mujeres que le habían atraído y hacia quienes sentía una cordialidad instantánea, en la forma pesarosa en que hablaba de hombres y mujeres que se habían casado con frías parejas, sino también porque en más de una ocasión me dijo cosas que dejaban clara su situación. Naturalmente, yo deseaba que no fuera así, a pesar de que me halagaba ser su confidente. Pero yo era demasiado joven para comentarios como el siguiente: «Sobre este asunto, tu madre ha sido muy clara». Ninguna muchacha, la rival de su madre, oíría esto sin una punzada de triunfo, pero yo lo lamentaba por ella, me identificaba con ella y, en consecuencia, entraba en conflicto. Y cuando mi madre se me confiaba, no quería oírlo. Enfermedad y cansancio, según parecía, hacían que el sexo resultara algo excesivo para ella. Lo que me decían en voz alta y lo que me contaban sin saberlo, junto con la sencilla deducción, creaban la imagen que yo me hacía de ellos, confirmada por una escenita que vi cuando contaba siete u ocho años. Noche. Como siempre, mi hermano y yo nos encontramos en las camas de nuestros padres cerca de la habitación de la parte delantera de la casa, puesto que de no ser así habría una amplia habitación entre la habitación de los padres, iluminada de noche, la nuestra, la gran habitación oscura bajo vigas, sólo alumbrada por el débil resplandor de la lamparilla de noche, que

más tarde sería mi dormitorio. Estoy en la cama de mi padre, y mi hermano, que está dormido, en la de mi madre. Mi padre y mi madre entran juntos en la habitación. Ella apaga la lámpara cuidadosamente. Él la rodea con sus brazos y le hace dar la vuelta para verla de frente. Él es galante y tímido, como un muchacho... o como un hombre desairado. «Y ahora que los chicos ya son mayores, ¿no es hora de que cambiemos las cosas y mantengamos cerrada la puerta entre nuestra habitación y la de ellos?» Él la besa, y ella se ríe, pero ha apartado su cara y mira por encima del hombro a los dos niños en las camas de sus padres, a los que ella trasladará dormidos a sus camas en la habitación contigua. La puerta entre los dormitorios siempre se mantuvo abierta por la noche hasta que yo insistí en que se cerrara.

Mi padre estaba muy enfermo cuando llegó al pabellón de mi madre. Se pasó en cama más de un año. Casi murió. Luego sufrió una grave depresión. Mientras tanto el médico con quien mi madre había confiado en casarse se había ahogado. Cuando mis padres se casaron los dos estaban «aplastados», los dos «desanimados». Mi madre se quedó embarazada inmediatamente y fue un embarazo difícil. Luego tuvo que luchar con una niña «imposible». Ninguna de estas cosas estimula a hacer el amor. Y luego nació su segundo hijo, el chico tan esperado. Creo que se enamoró de él. Es propio de mujeres. Lo he visto en varias ocasiones. Puede que quieran a sus maridos, todo sexo y besos y luego el Accidente, un bebé, niña o niño, y ella cae enamorada... entontecida, obsesionada. El marido, pobre, ¿quién es? Queda en la intemperie. Creo que mi madre siguió enamorada de su niño hasta que él dijo, «No, no, no» y se apartó de ella, un niño magro, escurridizo, atlético, lacónico, a quien el pensionado le había enseñado frialdad, y que la llamaba Eme. Eme de Madre.

Es fácil decir, aquí tenemos a un hombre sensible y apasionado, casado con una mujer fría y sentimental. La verdad es que él era apasionado y ella sentimental, pero no deja de asombrarme. Por cosas que los dos dejaron escapar, sin saber lo que decían, parece que Marie Stopes fue una buena guía para el control de la natalidad, pero una muy pobre fuente de información sobre sexo.

No debió de ayudar mucho a mi padre saber que el corazón de ella latía aún por un joven médico ahogado. O que sobre su cama, durante toda su vida de casados, colgara un cuadro monstruosamente sentimental de dos almas inadecuadamente envueltas por la parte de arriba en un paisaje celestial al pastel con las palabras: «Adivina quién te sostiene. No la muerte, sino el amor».

No debió de ayudar mucho a mi madre haber cuidado durante meses a aquel hombre gravemente enfermo y mutilado.

En pocas palabras... pero suficientes: las pasiones de ella se canalizaron en sus hijos, las de él, en sueños. Sueños de amor. Pesadillas de guerra.

Relaciono esta pregunta —eso es lo que es— con un recuerdo. Estoy leyendo a Bernard Shaw, y él dice que la raza humana es demasiado sexuada. Debo de tener más de catorce años, porque soy consciente a cada instante de mi delicioso cuerpo, que me sienta tan bien como un vestido nuevo y deseado. Me siento ultrajada. Me siento furiosa. Me siento incómoda. Incluso en aquella época en la que sabía que mis reacciones estaban fuera de toda proporción. Me sentía como si Shaw me arrebatara algo a lo que tenía derecho. Pero éste era el espíritu del tiempo, puro extracto del Zeitgeist. Nadie me había prometido sexo, amor, como un derecho, como lo que me correspondía. No obstante ya había aprendido a definirme de esta manera. ¿De dónde había soplado este viento? ¿De quién? Puesto que durante toda mi vida, hasta muy recientemente, cuando el sida dijo no al sexo, el placer del sexo ya que viene al caso, ha sido un derecho... para todo el mundo. Pero ¿por qué?

Un amigo mío, un historiador, sabio e intelectual, me dijo en una ocasión: «Vuestro

problema [se refería a Occidente] es que todo lo veis a través del sexo y la política. Son vuestros imperativos. E, incidentalmente, esto hace que sea casi imposible que comprendáis el pasado, en el que la gente tenía unas prioridades bastante distintas».

Y luego se dio un repentino cambio de rumbo, como cuando abandoné la religión, dejé el colegio, o me fui de casa para convertirme en una niñera. Estos cambios o «conversiones», en realidad, no son abruptos, sino el resultado de unas lentas pero subterráneas acumulaciones de sustancia o sentimiento, distintos de los que dominan en un determinado momento.

Me había encariñado con la familia, en particular con el bebé. Estaba agradecida a Jasper. Había acabado por considerar a mi compañero de cama como algo parecido a un perro o a un gato inoportuno, que precisaba que le acariciaran o le pasaran la mano. Por lo que se refería a la señora de la casa, ahora ya no la consideraba una sencilla jungfrau con sus faldas y trenzas campesinas. Para empezar, ¿quién le había hecho todo el trabajo durante más de un año, mientras ella permanecía en el sofá, con sus aires de complacencia maternal, los ojos volcados en su costura?

Muchos años más tarde, en la sala de espera de un aeropuerto, los vi a ella y a su Jasper, uno frente al otro. Ella era una madchen entrada en años con sus trenzas grises recogidas en forma de corona, sus bonitos ojos azul flor siempre fijos en el hombre inmensa, exagerada, terriblemente gordo en que se había convertido él. En otra época, él le había perdonado la vida. Ahora ella decía, con su suave y candida sonrisa: «Es la hora de tus pastillas, querido. Te las dejé en el bolsillo... ¿las encuentras?, ¿te las busco yo?».

En ocasiones veo a una amiga cuya hija adolescente se comporta terriblemente mal y me siento llena de indignación por cómo tratan a mi amiga y de desprecio por cómo se comporta la muchacha... pero, espera un poco, me digo, mirando hacia aquellos párpados bajos y furiosos, la boca fría y apretada, ¿has olvidado cómo eras tú?... y le digo a mi pobre amiga: ¿No lo ves? Te considera una amenaza, eres demasiado fuerte para ella, teme que te la tragues. ¿Yo, una amenaza? Pues ninguno de nosotros se considera tan fuerte, más bien una frágil criatura que por suerte aún flota en un mar cruel. No fue la fuerza de mis padres lo que me hizo sentir amenazada, fue su debilidad.

«No seré, no seré una víctima de la guerra.»

Y por las noches me instalaba a escuchar las Noticias desde Londres en la radio y oía el rugido de los alemanes que apoyaban a Hitler: Sieg Heil! Sieg Heil!, mientras él vociferaba y desvariaba. Tenía miedo. La voz de aquel hombre, lo que era, atacaba los nervios, actuaba subliminalmente; era inútil decir: ¿Qué te pasa? ¿No ves que él está a miles de kilómetros?

Allí estaba mi padre, un hombre traicionado. Todo lo que había dicho durante años pasaba a ser cierto. No hacía falta ni que dijera «ya os lo advertí»: la historia misma lo decía por él. Había dicho: Cuidado con los alemanes, van a recuperar lo que perdieron en Versalles, y nadie les hacía caso ni a él ni a los otros soldados, nadie en Gran Bretaña escuchaba ahora a Churchill, él que sabía lo que había que hacer... El Newsletter de Stephen King Hall contaba la verdad. Pero a aquella casa también llegaban los incendiarios panfletos de los Israelitas Británicos, una secta peculiarmente atractiva para las clases altas británicas, puesto que aseguraba que era por Gran Bretaña por donde deambulaba la Tribu Perdida de Israel, que nosotros éramos el Pueblo elegido (¿Los judíos? Bien, estaban en un error, ¡eso es todo!), y Dios nos había elegido para gobernar



el mundo, cosa que hacíamos a través del Imperio Británico. Armagedón estaba programado: pronto habría siete millones de muertos en Jerusalén. Rusia y Alemania serían aliados y como representantes del Mal lucharían contra los ejércitos de Dios que eran —claro— Gran Bretaña y Norteamérica. Estoy sintetizando un credo que funcionaba con la inexorable coherencia que es propia de un material tan maleable: con él se puede demostrar cualquier cosa a través de la Biblia, o a partir de Nostradamus. Aún puedo oír la crítica, irritada y obsesiva voz de mi padre: la voz de la enfermedad, del fracaso; y ver a mi madre sentada con la mirada baja, sus dedos jugando, jugando con el pelo canoso que caía sobre su oreja, el cuerpo tieso, como si se reprimiera una casi irresistible necesidad de saltar de la desvencijada silla y escapar de la pesadilla en la que se encontraba embarrancada, aquel marido cada día más enfermo, aquella grosera y antagónica hija, su educado y acorazado hijo.

No sólo existía Hitler, sino también Mussolini en Abisinia y la contienda en España que, según mis padres, era el comienzo de la guerra en Europa.

Me apoyé en un árbol en el margen del campo donde se había cultivado, sin éxito, tabaco, aquel cultivo que enriquecía a otros granjeros, y miré el crepúsculo rojo y tumultuoso y pensé con tal fuerza en España que era como si me encontrara allí. ¿Por qué no me encontraba allí? Existía una Brigada Británica luchando para salvar la democracia y, si yo lo intentaba, quizás podría abrirme paso hasta Inglaterra y entonces... pero ¿dónde conseguiría el pasaje? Tenía diecisiete años y no me aceptarían... Los libros que yo había leído sobre mujeres que conducían ambulancias, enfermeras, directoras de hospitales de campaña en Francia, Rusia, Serbia, los recuerdos del Royal Free Hospital de mi madre... todo fermentó en aquella intensa y dichosa melancolía que es el alimento natural de la adolescencia, y en los primeros indicios de aquella exaltación, un secreto orgullo en el sufrimiento, que es el alimento emponzoñado de la guerra, la otra cara del «¡Jamás he vivido una camaradería como aquélla!» del ex soldado. Cadencias de la pena, elegiacos lamentos...

Leaves falling  
Each one I have known with my fingers,  
I walk over them  
Feeling the dark veins burst as I tread,  
Each one I have known through the days and nights,  
My blood theirs..

«Caen hojas, las he conocido todas con mis dedos, / avanzo sobre ellas / sintiendo quebrarse las oscuras venas al caminar, / las he conocido a través de días y noches, / mi sangre es suya...»

Se titulaba Después de una guerra, aunque en realidad era Antes de una guerra.

Pero lo que yo escribía en aquellos momentos era prosa, mi primera novela, encaramada a la montaña de una máquina de escribir que había recorrido todo el trayecto desde Johannesburgo. Era una corta novela satírica, amanerada, afectada, que hacía mofa de la juventud dorada, de los jóvenes blancos cuyas maneras, en definitiva, sólo había vislumbrado. Yo me convertiría en uno de ellos en un año. Se contrastaban sus pretensiones, sus privilegios con las vidas de los negros. No sabía lo bastante para escribir al respecto. Más adelante rompí esas páginas, llena de turbación. Seguidamente escribí otra novela, con gran rapidez, en una especie de trance, pero esta vez manuscrita. En esta ocasión la inspiración provenía de Galdsworthy, cuyas novelas estaban por todas partes. Me sentía inquieta porque su prosodia establecía mi ritmo, y porque yo

sabía que no era el mejor ejemplo. La Everyman's Library me abastecía de algo mucho mejor: a la estación llegaban paquetes de libros y me los llevaban en sacos de correo. Abría los paquetes con el corazón palpitante, deseosa de las nuevas regiones literarias. Leía, en particular, a D. H. Lawrence, pero el intenso carácter físico de su prosa, la evocación de Inglaterra e Italia, era tan inmediata, que tras leer Aaron's Rod o The Rainbow (El arco iris) me parecía estar allí, mirando las salvajes colinas de Italia o un bosque de campánulas en Inglaterra... No me ayudaba, su mundo y su atmósfera eran demasiado personales. Debió de influirme, pero yo no soportaba releer lo que había escrito. Rompí miles y miles de palabras y volví a intentar las narraciones cortas.

Se me ofrecían de forma enérgica otros futuros. Mi madre quería que yo fuera enfermera, como ella. La acompañé en coche hasta Salisbury. Esto significaba dejar solo a mi padre durante todo el día. Por entonces yo ya tenía mi permiso de conducir. Al cumplir dieciséis años me fui en coche hasta el campamento de la policía en Banket. Un hombre muy joven, de unos veinte años, un componente de la Policía Británica de Sudáfrica, recién llegado, se sentó a mi lado. «Conduzca por aquí», me ordenó. Avancé unos cincuenta metros en un camino de jungla. «Pare», dijo él. «Ahora dé la vuelta y vaya en sentido contrario.» Así lo hice. «Ahora vuelva al campamento.» Eso fue todo el examen de conducir. La policía del campamento estaba acostumbrada a que los hijos de los granjeros, que llevaban años conduciendo, aparecieran por allí para examinarse y a menudo consiguieran el permiso sin ni siquiera tener que conducir unos metros por un camino de la granja.

En el Hospital de Salisbury mi madre, con su sombrero elegante, guantes, su bolso primoroso sobre las rodillas, se sentó frente a la mesa de la enfermera jefa. Una muchacha enfurruñada contemplaba a aquellas dos antagonistas, llena de secreta burla, anhelando que la aceptaran, pero al mismo tiempo confiando que la rechazarán.

Mi madre dijo que yo era físicamente tan fuerte como un caballo, y también inteligente, y el hecho de que no poseyera títulos no importaba, ni tampoco que yo fuera demasiado joven. A la enfermera jefa no le sentó muy bien que el Royal Free Hospital le perdonara la vida, y pudo darse cuenta de que yo sería una enfermera insubordinada, que no aceptaría la disciplina.

Lo siguiente: ¿me gustaría ser veterinaria?, preguntó un hombre joven blanco y sonrosado llegado de Inglaterra, y bromeé diciendo que tenía una especial sensibilidad hacia los koodoos. Me castigó invitándome a contemplar una operación especialmente repelente —se la ahorro al lector— y decidí que si ser veterinario consistía en eso, pues no. No obstante, podía haber sido veterinaria, o médica, incluso enfermera jefa, porque tengo capacidad, como mi madre. O mejor aún, podía haber sido granjera. Todos sabemos en qué podríamos haber sido buenos. Y con cuánta melancolía me he preguntado secretamente qué tal lo habría hecho si una oportunidad favorable me hubiera llevado a formar parte de aquella compañía de relumbrones, los físicos, que han sido los aventureros de nuestra época.

Describo aquel año 1937 según el ánimo en que me encuentro al ponerme a recordar.

Es el año en el que escribí dos novelas de aprendizaje.

Fue el año de mi primer gran amor. Él trabajaba de ayudante en una granja vecina, contaba veinticinco años, y era muy distinto al resto de los que allí trabajaban. Era reservado, orgulloso, con el aire de estar en posesión de un secreto. Esto provenía de que no hablaba con franqueza. Recibía periódicos de Inglaterra, escuchaba la BBC y, como no podía permitirse ser crítico con los usos y costumbres de la región, hacía comentarios que provocaban que los granjeros y sus mujeres le miraran con suspicacia. Tenía una aceitunada piel mediterránea. En las terrazas decían que tenía algo de mulato. Todo lo que les perturbaba de aquel hombre desdeñoso, saturnino, se expresaba en

murmullos: «Fíjate en los ojos... el pelo... las uñas». Ni que decir tiene que esto despertó una pasión protectora en mí e incluso lo quise más por ello. Cuando paseaba por la jungla aquel año, para matar palomas o gallinas de Guinea, lo hacía en un estado de trance amoroso. La luz del crepúsculo sobre las hierbas rosadas y ligeras del vlei, el apasionado arrullo de las palomas, me transportaban hacia... A mis sueños de amor les podían faltar los detalles que hubiera proporcionado la experiencia, pero eran tan intensos como una verdadera enfermedad.

Pocas muchachas no han escrito cartas como las que yo escribí. Son cartas que forman parte del repertorio de: «Te quiero, por favor sácame de aquí». «Tu carta, debo confesarlo, me sorprendió hasta cierto punto.» (¡Hipócrita! ¡Mentiroso!) «Confieso que siento algo más que una amistad, pero naturalmente tú eres demasiado joven.»

Mi carta era imperdonable. Le decía que no me importaba su color, que todos los demás eran unos estúpidos llenos de prejuicios. Su respuesta fue fría, correcta: probablemente él no sabía que en la Región lo consideraban distinto. Durante años me sentí terriblemente avergonzada, pero ¿de qué sirve? Me sentí terriblemente avergonzada, sí. Es la aflicción de una persona joven, en parte debida al bochorno social, en parte debida a la sensación de que nunca acabarán las ineptitudes de la juventud. En cualquier caso, esto sigue de una forma u otra durante toda nuestra vida. «Realmente...», puede preguntarse a sí misma una persona de mediana edad, una anciana. ¿Realmente eras así de estúpida hace cinco años?

Cuando empezó la guerra, dos años más tarde, se alistó y muy pronto murió en África del Norte.

Tuve un admirador aquel año al que utilicé sin contemplaciones, como suelen hacer las chicas. Era el hijo mayor de los Watkins, de mi edad, muy gordo, lento, cariñoso y, confío, no tan perdidamente enamorado como yo. Cuando había un baile o un evento deportivo él era mi acompañante, y mi madre sufría por si yo me casaba con este muchacho que debía de encontrarse muy, pero que muy por debajo de la escala social a la que ella aspiraba.

La casa de los Watkins nos había fascinado a mi hermano y a mí. Levantada sobre kopjes de granito, siempre era muy caliente o muy fría, y cuando había una tormenta rebotaban pelotas de luz por la terraza y desaparecían por el teléfono con un ting. En aquellos tiempos la existencia de aquellas bolas eléctricas no había sido admitida por la ciencia. En una ocasión mi hermano se encontró allí durante una tormenta. «Exactamente como un partidito de fútbol», dijo él, «rebotan como las que más.» El hijo de los Watkins no se interesaba ni por el alumbrado ni por la granja. Yo me reconocía en él: sólo deseaba largarse, irse a cualquier parte lejos del entorno de la infancia que le limitaba.

Hubo bailes aquel año en el salón del pueblo. De repente mucha gente joven, una nueva generación, acudió en coche hasta Banket, desde lugares que quedaban a muchos kilómetros de distancia para bailar al son de la insidiosa y embriagadora música de los años treinta en un gramófono de manecilla. Mi acompañante y yo, incapaces de bailar, yo demasiado torpe, él demasiado tímido, nos quedamos de pie junto al gramófono, dimos vueltas a la manecilla, colocamos discos y contemplamos a los jóvenes y a las mujeres de más años dar vueltas, rígidamente abrazados. Los muchachos que no abandonaban nunca sus viejas camisas caqui ni sus pantalones cortos, vestían feos trajes, pero las chicas relucían como helados en aquella fea y polvorienta sala. Estaban de moda el crep de China o los vestidos de satén de color blanco o azul pálido o rosa, cortados al sesgo, suaves sobre todas las curvas, con perlas en el escote en forma de «uve» u osadamente anudadas en la nuca para que se balancearan por una espalda abierta hasta la cintura. Eran las hijas y los hijos de correos, del garaje, de la tienda, de

la estación del tren, juntos con los hijos de los granjeros.

Mientras los caballos pasaban raudos en las competiciones deportivas, el chico Watkins y yo nos quedamos en la barandilla, y él me contemplaba, mientras yo miraba más allá de él, a mi amor inalcanzable, que se mostraba atento, un perfecto caballero, con la esposa de su patrón, una dulce y desgraciada mujer de mediana edad, enamorada de él —según dijo mi padre—, pero él no podía dejar de lanzar miradas a la cara apartada de la rubia y delgada amazona, que estaba apoyada en la barandilla unos pasos más allá, en espera de que empezara la siguiente carrera. Pero ella se apartó lentamente, arrastrando su fusta, se dio vuelta y le lanzó una fría sonrisa. Esta escena se ha quedado grabada en mi recuerdo, con el título: La Comedia del Amor. Goya, creo.

Nos sentamos uno al lado del otro para asistir al concierto de un grupo venido de Salisbury, en el mismo salón, pero con sillas, y yo cerré la boca para no decir lo que pensaba del chapucero espectáculo, porque a él le parecía magnífico. También él murió en el Norte de África luchando contra Rommel, poco después de que estallara la guerra.

Durante todo aquel año, mi padre padeció ataques de diabetes, ocasiones en las que lo acompañé en coche junto con mi madre hasta Salisbury por terribles caminos, y mientras se perdía por el hospital yo permanecía sentada en el coche bajo los árboles, a la espera. Durante horas. Por aquel entonces no sólo era la diabetes, sino también las complicaciones que la acompañan, que hoy se tratan mejor pero son aún bastante terribles.

Fue el año en que aprendí por mis propios medios mecanografía, y también taquigrafía.

Fue el último año en el que aún fui parte de la jungla, su criatura, y nunca, en ninguna calle, en ninguna ciudad, me he sentido más en casa. Mi último año como chica para todo de una granja: ya ha desaparecido la tecnología de aquella época, porque ahora todas las granjas disponen de cocinas eléctricas o de gas, luz eléctrica, agua corriente, neveras.

Fue el año en que... no se puede decir que fuera un incidente importante, es decir, comparado con los asuntos trascendentales de las naciones, pero pienso en ello, a veces, y tiene siempre una aplicación más amplia, puesto que este episodio no sólo nos hace volver al reino del Tiempo, los relojes exactos que gobiernan los procesos de la vida, sino al de la cruel Suerte.

Me dejaron en la granja, mientras unos vecinos acompañaban en coche a mis padres a Salisbury, porque mi padre estaba enfermo. Había una incubadora llena de huevos que debían empollarse. Mis padres repetían desconsolados que no debían dejarme sola, una chica de diecisiete años... y así sucesivamente, pero finalmente se fueron y me sentí triunfante por estar sola en mi casa, que era como mi otra piel. Hacía frío, mucho, el seco, polvoriento y amargo frío del invierno en el highveld, cuando la jungla pasa a ser un fantasma de sí misma, y por las mañanas las piedras entumescen las plantas de los pies y las manos son duras y patosas. La incubadora se encontraba en una pequeña habitación del fondo de la casa. La vieja ventana y la desvencijada puerta dejaban pasar todo el frío, y el techo de paja parecía cubrir un estanque helado. Debajo de la incubadora había una linterna de vela, cuyo calor se dispersaba a través de conductos entre los huevos que llevaban sólo cinco días incubándose. ¿Y si se apaga la vela?... Y yo podía ver la llama balancearse y agitarse con las corrientes de aire: si se apagaba, seis docenas de pollitos morirían en sus cascaras, yo sería la asesina de setenta y dos vidas. Tapé los antepechos de la puerta y de las ventanas con trapos. Los perros, a quien nunca se les impedía participar en cualquier cosa, gimoteaban y esperaban. Los gatos, heridos en sus sentimientos, maullaban y se mostraban mohínos. Yo apenas abandonaba la habitación en la que se desarrollaba invisiblemente el drama. Me tendía en la cama y

leía, levantando constantemente la mirada para asegurarme de que la vela aún ardía. ¿Y si se nos acaban las velas? ¿O las cerillas? Cerca de la incubadora dejé una caja de jabones forrada con un viejo edredón donde había que trasladar a los pollitos una vez incubados. Fuera, en la cocina, gallinas libres, aún inconscientes de sus futuros corrían en busca de sus pollos. Cada tres o cuatro horas suavemente humedecía los huevos con agua templada e imaginaba a los embriones en su interior, feos, lo sabía. Daba la vuelta a los huevos como lo haría una gallina, asegurándome de que su gran pata no se olvidara un solo huevo, y meditaba sobre aquellos huevos como si el futuro dependiera de setenta y dos polluelos.

Entonces, en una ventosa y amarga noche, me desperté, y vi que la llama se había apagado, sólo la lámpara iluminaba el techo de paja, las blancas paredes, los huevos. Me precipité hasta los huevos. Se enfriaban, pero no estaban fríos. Encendí la vela. Esparcí el edredón sobre la capa superior de huevos. ¿Estaban muertos? No lo sabría hasta el momento de la incubación. Mientras tanto, una llamada telefónica desde Salisbury: mi padre estaba muy enfermo, podía morir, y yo tendría que defender el fuerte. La voz de mi madre, era dramática, como siempre que anunciaba cosas así... pero yo ya no la escuchaba, no podía escucharla, la calamidad no debe anunciarse con tanta frecuencia.

Llegó el día de la incubación. Me instalé a observar los huevos. Era el momento de la verdad. Nunca, jamás, el tiempo ha transcurrido con tanta lentitud... o mejor dicho, el tiempo adulto. Me instalé en aquella pequeña habitación en la que las corrientes de aire parecían corrientes de agua helada, y entonces... apareció en un huevo el puntito duro que significaba... me acerqué el huevo a la oreja, y oí el tap tap del polluelo escondido, y lloré de entusiasmo y de alivio. Saltó un horrible polluelo, que al secarse se convertía en algo adorable, saltó otro... pronto por encima de los huevos que se partían se tendían y se esparcían las húmedas y monstruosas criaturas, y entre los huevos temblaban los bonitos polluelos secos. Salí corriendo, busqué la gallina más vieja y experta, la coloqué en un corral donde la caja nido ya estaba forrada de paja y plumas, y cuando llevé allí un par de docenas de polluelos, colocándolos uno a uno en el nido, pareció no reaccionar. De repente, fue como si cayera en la cuenta, cloqueó, y delicadamente se colocó entre ellos y se convirtió en su madre. Lo mismo pasó con otras tres gallinas. Pero cuando volvieron mis padres, una mirada a la cara de mi madre me bastó para entender que los setenta y dos polluelos iban a ser mi drama personal y particular. Solía contemplar aquellas carnadas de polluelos siguiendo a sus madres por la cresta rocosa de la colina, mientras las gallinas vigilaban a los halcones, y pensaba: ¿Y si me hubiera despertado diez minutos más tarde?

Un vendedor ambulante comentó que había puestos de trabajo disponibles en la telefónica de Salisbury. Consciente de que querrían impedírmelo si decía algo, conseguí que Mr McAuley me subiera en su coche, coqueteé con él como pago del trayecto — para lo cual «Tigger» tenía habilidad— y cuando llegué a Salisbury, me fui a la telefónica, y a pesar de no haber dado los pasos correctos, conseguí el trabajo inmediatamente de manos de dos hombres que dirigían el lugar. Me faltaban algunos meses, pero consideraron que me las arreglaría. Además, no recibían suficientes solicitudes del tipo de chica que necesitaban. Entonces conseguí una habitación, a partir de un anuncio en el Herald, en casa de una viuda... pero esto ya es Martha Quest. Aquella casa, de estilo antiguo, ahora está «protegida», porque se les ocurrió a las autoridades que habían demolido tantas casas antiguas que pronto no quedaría ni una para recordar a la gente los viejos tiempos. Lo que ahora construyen, y en las partes más agrestes e inhóspitas de Zimbabwe, son casas inspiradas (remotamente) en las torrecitas de tejado de paja de Inglaterra, pequeñas casas con remilgadas ventanitas y coquetonas buhardillas, sin terrazas delanteras, ni espacios umbrosos, ni entradas resguardadas.

Ningún escritor puede inventar algo tan cruel como lo que la propia Vida, ese salvaje escritor satírico, inventa día a día.

Las horas en la telefónica no eran muchas. Me matriculé en una escuela nocturna de secretariado para mejorar la velocidad en mecanografía y taquigrafía, y contesté anuncios. Mi único título era el carnet de conducir. En aquella época no era frecuente la mujer-chófer. En un par de ocasiones me encontré con que me entrevistaba un sorprendido patrón, que había interpretado mal aquel título. Intenté un puesto de trabajo en el Herald, pero tendría que dedicarme a los ecos de sociedad. Seguidamente, recordando mi éxito en la tienda de Hemensley, por donde aún me dejaba caer para charlar un poco, me entrevisté con Mr Barbour, propietario de la mayor tienda de señoras de la ciudad, concejal y personaje público importante. Me ofrecía encantado un puesto de escaparatista, pero con un sueldo que me supondría vivir en un albergue para chicas pobres. Me recomendó uno subvencionado por el Ayuntamiento. «Tigger» no pudo dejar de señalarle que él utilizaba su posición pública para conseguir mano de obra barata para su tienda. El problema es que el descaro contiene su propio antídoto. Le encantó discutir los pros y contras cuanto yo quisiera. Nunca había oído presentar el interés propio tan convincentemente como un bien público aunque, a fin de cuentas, yo había crecido entre el pensamiento más retorcido del mundo. Mr Barbour me explicó que sacar provecho era una señal de éxito, que el éxito comercial formaba parte de los intereses de este nuevo país, por lo que, cuando el Ayuntamiento subvencionaba el alquiler de sus empleadas, estaba contribuyendo a la prosperidad general.

Trabajé en la telefónica durante un año. La mayoría de las personas, cuando les cuento que fui una operadora telefónica, se sienten incómodas: sería mucho mejor, parecen pensar, que olvidara ese desafortunado episodio. (El buen tono de la expresión «au pair» redime de ser una niñera.) Me sentaba muy bien. Para empezar, comprendo perfectamente a las mujeres que, cuando se les pregunta por qué aceptan un trabajo aburrido y repetitivo, y siguen con él, responden: Porque me permite pensar en lo mío.

Me tomó aproximadamente un día aprender la mecánica: un proceso semejante a aprender a montar en bicicleta, que inmediatamente se convierte en algo automático. Creo que una centralita de aquel tipo ahora sólo sería posible en alguna ciudad remota de África o Sudamérica. Llevábamos unos cascos. Frente a nosotras teníamos un panel con clavijas en alambres que se sacaban y se conectaban a enchufes en otro panel de delante... conectando ciudadanos de Rhodesia del Sur con Johannesburgo o Ciudad del Cabo, o incluso Londres. Y estaban las líneas compartidas, que se repartían entre granjeros esparcidos a lo largo de un mismo camino. Conectar una granja a una línea compartida, digamos, cerca de Salisbury con otra cerca de Sinoia podía costar media mañana, porque en las granjas la gente tiende a salir a los campos o dar una mirada a los animales, y no oye el teléfono. Allí leí *Resurrección*, sabiendo que cada palabra se podía aplicar a este «joven» país, a gente a la que tal vez yo conocía. Lo que me interesa ahora es que era a la literatura a lo que yo tenía que recurrir para semejantes pensamientos: la crisis de los propietarios rurales de Tolstoi, su visión de sí mismo, provenían de la religión.

Había unas diez chicas aproximadamente y una celadora. Familiar, ésta es la palabra para la vida en la centralita. Recientemente encontré a la mujer que dijo que me

sustituyó en la centralita cuando me casé. Al preguntarle qué le pareció el lugar, dijo que aterrador en un principio, pero que tuve paciencia con ella. Yo era una persona tranquila y pensativa, así lo expresó ella. Me encantó oírlo, puesto que lo que recuerdo es la brillantez parlanchina de «Tigger», la persona que se encargaba de la vida social que inmediatamente me arrastró a la bebida y al baile.

Mientras tanto tuve un encuentro —recreado con algunas licencias en Martha Quest— con los «rojos» locales, de quienes se hablaba con asco, en voz baja, porque eran sediciosos, peligrosos y, sobre todo, les gustaban los kaffir. Dorothy Schwartz, más tarde amiga mía, me esperó a la salida de la telefónica una tarde, para decirme que se había enterado de que a mí me interesaba el Problema de los Nativos, y quizás debería conocer a la gente del Club del Libro de la Izquierda. Eran un hatajo de blandos socialdemócratas, pero mejores que nada. En provincias, no hay que molestarse en averiguar cómo es que alguien no ha oído hablar de uno. El tedio da alas al chisme.

Mi decepción aquella tarde exageró mis reacciones. Pero recordemos que aquella gente era la última palabra en intrepidez social, era el no va más del pensamiento. Las mujeres eran las peores. Todas tenían aspecto de gitanas, con ruidosos collares de colores, y faldas de hilo y blusas húngaras. Se pasaban la tarde quejándose de su suerte y las quejas iban dirigidas contra los hombres que siempre se disculpaban por haberlas llevado a este país y haberlas cargado con hijos que les impedían desarrollar su auténtico yo. Los hombres eran los villanos, los hombres eran unos delincuentes. ¿Acaso no habían decidido casarse?, yo las acusaba (en silencio). ¿Las habían forzado a tener aquellos hijos? ¿Quién les había apuntado a la cabeza con un arma? (Dos o tres años más tarde yo habría dicho: las armas de la guerra.) ¿Acaso no tenían nodrizas negras? Quizás su autocompasión se disparaba a causa de aquella muchacha tan joven, atractiva, libre de trabas, que las contemplaba tan críticamente.

Los tres maridos, las tres esposas, eran maliciosos con los miembros del grupo que no estaban presentes. Todos lamentaban no estar luchando en la Guerra Civil española... lo que me pareció un espejo incómodo.

Al irme recibí instrucciones de anular mi suscripción al Observer, demasiado reaccionario, e inmediatamente encargar el New Statesman, del que no había oído hablar. Me recordaron que los mentores, cada uno de ellos muy seguro de sus credenciales, me habían ordenado comer sólo verduras o carne, o evitar productos lácteos, o no comer nada que no hubiera sido cocinado al vapor.

Su poca amabilidad pospuso mi compromiso con la izquierda durante cuatro años. Pero la razón principal para que me asquearan tanto no está en Martha Quest, porque no tenía nada que ver con ella. Lo que yo no podía perdonar era cómo aquellas mujeres trataban y humillaban a sus hijos, llamándoles, en su presencia, estorbos, cargas... no queridos. Sí, eran niños de corta edad, pero podía acordarme de mí misma, de pequeñita, oyendo semejantes comentarios.

Mis planes para llegar a ser una buena secretaria no duraron ni un mes. Hombres jóvenes pronto llamaron a mi puerta. Había demasiados jóvenes en la ciudad, o, para decirlo de otra manera, demasiadas pocas chicas para los hombres; es decir, para hombres como aquéllos, que frecuentaban el Sports Club y eran la juventud dorada de la ciudad. No es infrecuente que las muchachas atractivas entiendan mal esta situación. ¿Y si hubiera habido demasiadas chicas? Me hubiera defendido, pero no me hubiera ido tan bien. Tenía dieciocho años. Pelo negro. Ojos negros. Un buen cuerpo, ya establecido en el ritmo que iría repitiéndose en lo sucesivo: delgada, luego rolliza... régimen estricto, luego delgada, más tarde rolliza. Estaba llena de salud y tosca vitalidad. Había escogido bien a mis padres, según la prescripción de Bernard Shaw. No puedo imaginar cómo, físicamente, hubiera podido tener un mejor comienzo, y abusé del don, como si la salud



fuera inagotable. Contaba dieciséis años, en la granja, cuando encendí mi primer cigarrillo, después de haber despreciado durante años a mis padres por sus dedos manchados de amarillo, con los trocitos de tabaco que caían de sus cigarrillos liados manualmente, su aspecto de ávida necesidad del humo que salía de sus bocas. Se acabó el «No seré así. Yo no seré así». Lejos de marearme, aquella deliciosa bocanada de humo me dijo que yo había nacido para esto, y fumé con placer hasta que lo dejé un cuarto de siglo más tarde. Tan pronto como llegué a la terraza del Sports Club, empecé a beber. Todo el mundo lo hacía. En todas partes. En cualquier país. Era elegante. Era inteligente. Era una provocación a la autoridad. Pero los hábitos de la bebida en África del Sur debían haberse diseñado ex profeso para perjudicar al máximo. Los hombres salían de sus oficinas para beber en el hotel o en bares, durante el almuerzo. A menudo no comían. La bebida empezaba en serio para todo el mundo con los famosos sundowners, a las seis, y seguía, sin comer nada excepto un cacahuete o una patata frita, hasta la cena dos o tres horas más tarde. Si íbamos al cine, solíamos beber y no comer. Bailábamos con frecuencia, y bebíamos durante toda la noche. Bebíamos mucha cerveza, de la Castle Brewery, pero también un terrible combinado de coñac del Cabo y cerveza de jengibre. Los hombres bebían whisky cuando podían permitírselo, y las mujeres bebían ginebra. Ginebra y lima, ginebra y limón, ginebra y tónica. Pimm's Cup. Bebíamos un buen número de licores, probablemente porque son dulces y el azúcar de la sangre era bajo. La mayoría de las noches nos íbamos a la cama por lo menos colocados. A menudo padecí resacas, no de las que impiden moverse, sino de las que provocan malestar y apatía. Los chicos siempre iban «zigzagueantes». Estar borracho era divertido. Bandadas de solícitas chicas metían en cama a incapacitados jóvenes, a veces uno tras otro. Maternales: los chicos siempre serán chicos. No hace mucho tiempo, en un pueblo rural de Irlanda vi cómo un banquete de boda alcanzaba su culminación. Los hombres bebieron hasta el atontamiento, interpretando el papel de perros alegres, mientras que las mujeres permanecían aburridas y pacientes apoyadas en las paredes, cada una con una copa de jerez, hasta el momento en que tenían que cargar con sus hombres y meterlos en la cama.

Todo esto se encuentra en Martha Quest, los usos y costumbres de la época, y es «auténtico»... en fin, más o menos: el ambiente, sí, el gusto y la textura y la tintura, sí, pero en ocasiones se ha agrupado a mucha gente para conseguir una y, como es natural, en la historia se han puesto las cosas en su sitio. Cada novela es una historia, pero la vida no lo es, más bien una proliferación de incidentes.

Cuántas cosas en verdad metí dentro de aquel año. No sólo conecté llamadas telefónicas y bailé y confeccioné vestidos y fui al cine. Leí. Cuánto leí. Seguí con Lawrence, puesto que poseía una calidad embriagadora que ahora no se percibe, por lo menos yo no la percibo. Thoreau y Whitman. A Olive Schreiner se había añadido Virginia Woolf. Me sentía como con dos hermanas mayores, un papel que, según me dicen, ahora interpreto yo para alguna gente joven, no sólo mujeres. Si los que me rodeaban no me comprendían, lo harían Virginia y Olive. Me pregunto qué habría sacado Virginia Woolf de Olive Schreiner. U Olive de Virginia. Es un pensamiento con el que entretenerse a solas. Leí libros para los que era demasiado joven, Carlyle y Ruskin y Renán, por ejemplo. Pero los rusos, que entraron en mi vida como un trueno, Tolstoi y Dostoievski y Bunin y Chéjov y Turgueniev y el resto, todavía siguen aquí. Proust, Thomas Mann, Stendhal: un torbellino de exploración siempre acelerado, a medida que iban llegando los paquetes de Londres. Mrs..., ya he olvidado su nombre, entraba con un nuevo paquete y me decía: «Ayer noche vi luz bajo tu puerta. No deberías agotarte». Pero lo que ella quería era hablar y, en consecuencia, parte de lo que hice aquel año consistió en sentarme en la terraza trasera y hablar con... ¿una viuda?

¿Una esposa abandonada? Se había pasado la vida en granjas y minas y ahora estaba sola y quería prepararme tazas de té y decirme que mi vestido para el baile era bonito y que ella había tenido uno igual cuando era joven. Me hacía de madre. Cuando mi madre aparecía como una exhalación, toda angustia y nerviosismo por sus fantasías sobre lo que yo estaría haciendo, me encontraba de charla con la patrona. Entonces ella pasaba revista a mis actitudes. «¿Verdad que no se mete en la cama hasta pasada la medianoche más o menos?» «Sí, verás, pero la gente joven tiene que divertirse.» «¡Bebes demasiado!», me acusaba. «Tonterías», le decía yo, lo que significaba: Es lo que hace todo el mundo. Y la verdad es que había algo contradictorio en mi afición de entonces a la bebida. La realidad era que yo no sabía beber, lo que quizás me salvó. La idea de que alguien debía aprender a beber ni se me había pasado por la cabeza, junto con otras cosas que me hubiera sido útil aprender. Como, por ejemplo, que las actitudes hacia las chicas varían precisamente según la cantidad y la calidad de la provisión de chicas. O... cualquiera de las otras cosas que tuve que aprender dolorosamente por cuenta propia.

En 1938, 1939, mi idea de mí misma, de mis posibilidades, tenía poca relación con la realidad. Me encontraba en un crescendo de emoción, pública y privada, como si pudieran separarse. La influencia de la guerra en mi infancia se veía reforzada por publicaciones que llegaban de Inglaterra, la BBC, la radio local... y por lo que decía la gente. En la voz de cualquier hombre (y muy pronto también serían las mujeres) que ha luchado en cualquier guerra, o ha vivido alguna, siempre se percibe aquel tono de añoranza de una experiencia intensa. Somos unos viciosos de las sensaciones, predispuestos hacia el entusiasmo, y si esto significa peligro y muerte, estamos preparados para ello. Se induce a cada generación a una nueva guerra a través de las nostálgicas evocaciones de la guerra anterior. Durante todo aquel año soñé con salir disparada en cuanto se declarara la guerra, para convertirme en enfermera... soldado... paracaidista en territorio enemigo... espía a favor de mi país... conductora de ambulancia. ¿Y qué me detuvo de abandonar Salisbury hic et nunc, para irme al lugar adecuado, Londres, en el momento preciso? Para empezar, el dinero. No tenía ni cinco. A mis padres no les podía pedir dinero. No sólo me lo impedía el orgullo. En ocasiones me pregunto por qué nosotros —mis contemporáneos— habríamos preferido morirnos antes que pedir apoyo a nuestros padres, y abandonábamos la familia cuanto antes, y luego hemos dado paso a una generación y después a otra cuyo objetivo consiste en prolongar la dependencia tanto como sea posible. No es una crítica ni de unos ni de otros. Se paga un precio en ambos casos. Si se cortan las amarras con la familia cuando se es muy joven, también se cortan amarras sentimentales. Si se vive con la familia, tampoco resulta barato. Pero lo interesante es por qué el imperativo de una generación —que se da por descontado, por lo que ni siquiera hay que manifestarlo— se transforma en lo contrario en el caso de sus hijos,

No tener dinero era una parte del problema. Mi experiencia era la granja, Vumba, aquella pequeña ciudad colonial y, brevemente, Johannesburgo. Era tan novata e inexperta como una muchacha negra hoy de la misma edad en Zimbabwe, cuya carencia de dinero y oportunidades convierten a Gran Bretaña, Europa, en algo tan lejano para ella como las estrellas. Pero, en teoría, podría haberme ido. En cambio leí, bailé, flirteé y soñé con heroicas aventuras. Exploraría el Gobi, viviría por mis propios medios en una cabaña en Kalahari.

La otra embriaguez era mi cuerpo. ¿Hay un orgullo mayor que el del cuerpo de una joven? Ahora leo y me dicen que todas las chicas se sienten insatisfechas con sus muslos, cinturas, pechos, piernas, de algo, de todo. Yo no me he visto afectada por años de anuncios, de revistas de belleza, de moda. Nunca se me ocurrió avergonzarme de lo que tenía, ni siquiera en mi fase rolliza. Solía plantarme entre la gente, con el

conocimiento de que mi cuerpo era fuerte y bonito, debajo de mi vestido, y regocijarme secretamente, o contemplar un brazo al aire, o mi pelo en el espejo, y vibrar de emoción. Esta fuerza oculta me sostuvo a lo largo de aquellos meses en que me sentía como remontando unos rápidos.

Y ahora una pequeña nota, tan sociológica como literaria. En Martha Quest hablo de Martha tendida en la bañera, contemplando su desnudez, mientras fuera se oyen el estruendo y los golpes provocados por una tormenta, y su patrona espera para prepararle una taza de té y reñirla por... algo. Cuando lo escribí, tuve muchas dudas sobre si debía describir el gozo en su pelo púbico, joven y brillante, con sus tres perfectos remolinos. Pero supe que traería problemas y, si se trataba de una cuestión de principios, no lo consideraba esencial. Más adelante, en los años setenta, escribí una narración titulada *One off the Short List*, y en ella se habla de una mujer que tiene matas de pelo dorado en los sobacos. Un editor norteamericano, y luego unas revistas, se negaron a editar el cuento debido a esta alusión. No obstante, en Norteamérica se puede narrar todo tipo de asesinatos, torturas, violaciones, horrores de la guerra, crueldades. Pero nada de pelo de sobaco en una historia sobre seducción y sexo. No obstante, yo insistí, porque por aquel entonces sí se había convertido ya para mí en una cuestión de principios.

Y la embriaguez mayor, la música de baile. En cuanto de la granja llegué a Salisbury, inmediatamente me vi poseída por la música. Como todos nosotros, bailando al compás de los ritmos fuertes y seductores de los años veinte y treinta. ¿Ha estudiado alguien — en serio, quiero decir— sus probables efectos en una generación entera de jóvenes perpetuamente arrastrados por el ritmo de música narcotizante? Y —pero ahora entramos en el ámbito de lo que denominan «místico»— seguramente no deja de ser relevante que en cualquier parte del mundo se bailara al son de las mismas canciones, a menudo al mismo tiempo.

I've got you under my skin,  
I've got you deep in the heart of me  
So deep in my heart  
You are really a part..

«Te llevo dentro de mí, / te llevo en lo más profundo de mi corazón / tan dentro de mi corazón / que no eres sino parte de mí...»

Pues sí, a menudo me lo pregunto.

Una escena. Luzco un vestido de noche de terciopelo negro que he confeccionado aquella tarde. Era terciopelo de algodón: al cabo de un año, tras pasarle la mano por encima, lo arrumbaría inmediatamente. El vestido era de un corte clásico en aquella época, escotado por la espalda hasta la cintura con un cuello en forma de collar, bajo por delante, ajustado en los muslos y suavemente acampanado. Un hombre mucho mayor que los chicos del Sports Club está sentado en el brazo de una butaca, examinándome con una sonrisa que por mi juventud no puedo saber que contiene las añoranzas de un seductor entrado en años. La música retumba desde la sala de baile y yo estoy inquieta, ya medio bailando, con el deseo de abandonarme a la música.

Heaven, I am in heaven  
And my heart beats so that I can hardly speak.  
And I seem to find the happiness I seek,  
When we're out together dancing cheek to cheek...

«En el cielo, estoy en el cielo / y mi corazón late tanto que casi no puedo hablar. / Y creo haber encontrado la felicidad que busco / cuando salimos a bailar, mejilla contra

mejilla...»

Dice él: «¿Quién baila contigo?». Le digo: fulano de tal. «Este vestido se va a echar a perder con ese niño», dice él, sonriendo, su boca amarga. Da la vuelta a mi alrededor, con la autoridad de la sexualidad masculina y luego, en una exhalación, pasa a ser una persona distinta. «¿Llevas sujetador?» «No.» «¿Bragas?» «Naturalmente», le digo indignada. «Bien», sentencia él, «tienes una figura perfecta. Pero es una lástima que tu pecho izquierdo esté un centímetro más bajo que el derecho.» «Me parece que conseguiré sobrevivir.» «Sí, me parece que sí.»

Este pequeño recuerdo se puede considerar el equivalente de los retratos de su yo joven que las mujeres ancianas colocan en lugar preeminente para que las visitas puedan verlas. Es como si dijeran: No os imaginéis que siempre fui esta anciana bruja que veis aquí, en esta silla; en absoluto, así soy yo realmente.

Muchos años más tarde compartí una habitación, por alguna razón, con una bonita muchacha de veinte años que se dedicaba más de lo normal a su cuerpo. Deliberadamente dejaba caer la toalla con la que se cubría, dejando al descubierto una bella espalda. Se daba media vuelta, sonriendo, como si hubiera un invisible notario de sus encantos entre bastidores, por lo que yo podía ver unos pechos que quizás tuvieron, o quizás no, algún centímetro de defecto. Me sonreía, fría, triunfante, y salía. Me reconcomía el dolor por lo que yo había perdido. Y, también, porque sabía que había sido tan arrogante y cruel como aquella muchacha.

Una mujer joven sensibilizada por la música, y cada molécula sonriendo en degradante respuesta a los tambores de la guerra, una mujer joven enamorada de su propio cuerpo: no tenía la oportunidad de escapar a su destino, que era como el de todas las mujeres jóvenes de aquella época. Si me hubiera podido ver entonces con mi frialdad actual... pero no, no me habría salvado. De nada sirve decir: «no seré así...» cuando los Hados interpretan la música de la guerra, la música de baile...

La Naturaleza (¿Gea? ¿La Fuerza Vital?) estaba preparándonos para hacer crecer la población, destinada a mermarse. Pero no ocurría así, por lo menos no en Gran Bretaña y Norteamérica, por lo que quizás la Naturaleza (¿La Gran reguladora? ¿La Gran Madre?) estaba respondiendo a la última guerra, la Guerra Mundial Número Uno, la Guerra para acabar con la Guerra, con sus millones de muertos, de la misma manera que los generales siempre están preparados para la anterior guerra, no para la actual.

Una pregunta: en Rusia, en Alemania, en Japón, donde de hecho habría millones de muertos, ¿acaso la Naturaleza (o el Zeitgeist) se estaba mostrando también menos severa con las chicas, por medios justos o tramposos, para que cabezas y úteros estuvieran preparados para cooperar?

La trama, una de las diez básicas tramas: una mujer joven, o un hombre, en dificultades, llegan a la gran ciudad. Después de muchas vicisitudes él encuentra un benefactor, ella un marido. Yo encontré un marido, Frank Wisdom, un funcionario. Yo no estaba enamorada de él, pero eran tales las embriagueces de la época que resultaba fácil creerlo así. Él no estaba enamorado de mí. En realidad estaba comprometido con una chica en Gran Bretaña, donde había ido de permiso el año anterior. Yo podría excusarme diciendo que él era diez años mayor que yo, y que no mencionó a la chica hasta que fue demasiado tarde. Pero no es esto lo que importa; lo que importa es mi tranquila crueldad cuando ocupé su puesto. Es una crueldad típicamente femenina, empedernidamente femenina, y viene de tiempos más antiguos que el cristianismo o cualquier otro lenitivo de actitudes salvajes más suaves. Es mi derecho. Cuando he visto surgir esta criatura en mí misma, o en otras mujeres, he sentido pavor.

Si bien yo formaba parte del delirio general de entusiasmo, también era calladamente

infeliz. La resaca, una sensación de ser arrastrada o empujada, de no ser yo misma, de haber perdido el control desde hacía tiempo, resultaba en una emoción tan fuerte como la que más. ¿Emoción?... no, era una falta de emoción. Quizás parecida a la insensibilidad, una especie de cloroformo, que invade a alguien que está siendo devorado por un león.

Mis padres se mostraron comprensiblemente sorprendidos cuando me presenté en la granja con Frank, después de anunciar durante años que no me casaría o que no tendría hijos que me ataran, por lo menos durante mucho tiempo, quizás nunca. Pero sintieron alivio, porque Frank era lo más cercano a su ideal de marido que podía encontrarse en la colonia: los médicos, abogados o militares, que mi madre quería para mí, estaban todos en Inglaterra. Mi padre dio por descontado que yo estaba embarazada. Lo estaba pero yo no lo sabía. «No puede sucederme a mí.» Las mujeres jóvenes creen que no les puede suceder a ellas. Hay una absoluta barrera entre la idea de saber cómo es por dentro nuestro fuerte cuerpo (cada célula silenciosamente dedicada a la labor de quedar embarazada y luego de estar embarazada) un cuerpo que es el nuestro, así lo pensamos, y la idea de saber, pero saber de verdad, lo fácil que es quedarse embarazada. De forma similar podemos estar sentados día y noche al lado de una persona moribunda, pero por mucho que nos esforcemos, la conciencia real, el conocimiento de la muerte, que está experimentando esta persona —este amigo que no está ni a un metro de nosotros— no queda a nuestro alcance, no nos es accesible.

Si mi padre me hubiera dicho, utilizando la experta autoridad masculina que me había salvado en más de una ocasión: «Cometes un error. Vas a lamentarlo. Y eres demasiado joven e inexperta», yo me habría sentido secretamente aliviada.

Pero en realidad congeniábamos bien, por lo menos en aquella época. Para empezar, los dos teníamos que disimular nuestras ideas sediciosas sobre el Problema de los Nativos. Los dos estábamos suscritos al *New Statesman*, que los blancos consideraban como algo no muy distinto al Manifiesto Comunista. Los dos éramos racionales y nada religiosos, quizás debería decir antirreligiosos. Me resulta bastante difícil describir aquel particular tono o timbre intelectual, que quedaba muy lejos del «ciencia, no religión», y era más bien una cuestión de integridad personal. Llevábamos nuestro ateísmo, o agnosticismo (podríamos discutir el grado exacto de cada uno) como medallas religiosas. Formar parte de una minoría nos acercaba, nos hacía íntimos; nos creíamos hechos de la misma pasta y sustancia porque podíamos intercambiar comentarios sarcásticos sobre una tira cómica en un periódico o miradas irónicas ante una observación «reaccionaria». Y aparentemente teníamos un carácter semejante, porque compartíamos un modo de actuación, de presentarnos a nosotros mismos —un estilo, si quieren— que era sensato, práctico, impaciente ante las dificultades. Era sobre todo la confianza de dos jóvenes que han comprendido recientemente que pueden hacerse cargo del mecanismo de la vida adulta, algo que al principio la mayoría de nosotros pone en duda.

Se celebró una boda desangelada, que me resultó detestable. Recuerdo exactamente cómo me sentí: no es un problema de memoria inventiva. En las fotografías de la boda parezco una alegre matrona joven. Era «Tigger» la que se casaba.

Y nos fuimos de luna de miel a Beira. El equipo de rugby del Sports Club jugaba contra el Portuguese East. Nos acompañaba una joven pareja de casados, Joyce y Bill Blair: habían dirigido nuestro noviazgo, si ésta es la forma de expresarlo. Me parecían mundanos, sofisticados. Ella era de Singapur, todo encanto y llamativa ropa. Fuimos en coche hasta Beira, rápidos, borrachos, peligrosos... la carretera de Umtali era sólo un camino de jungla. Vimos elefantes y nos paramos a saludarlos. Por fortuna ellos se mostraron indiferentes. Beira tenía calles de arena bordeadas de hibiscus y casas y tiendas de un solo piso, la mayoría tiendas de indios.

Allí unos amigos portugueses de los Blair nos agasajaron con una comida, que se prolongó desde la una hasta las cinco o seis de la tarde: unos manjares que yo no sabía que existieran. En el atardecer nos bañamos, ebrios, en un cálido mar fangoso y luego nos fuimos al hotel, una vasta edificación de madera levantada sobre pilotes encima del mar, y seguimos bebiendo entre nubes de mosquitos y moscas. El hotel, la ciudad toda, estaban llenos de jugadores de rugby y de sus seguidores, que entonaban canciones y bromeaban con los dagoes. Treparon por las farolas, derribaron un par de estatuas, se comportaron como unos gamberros. Eso eran. Pero ya se contaba con ello, e incluso se les aprobaba.

Hubo indicios de comportamientos más civilizados. En el baile en honor de los jugadores de rugby me senté al lado de una mujer portuguesa y elogí, cuando entablamos conversación, su bolso de noche, un artilugio de lentejuelas doradas y rojas. Ella me lo regaló inmediatamente. Me inquietó, porque sabía que eran pobres. Pero no se admitía discusión al respecto. Me explicaron que hay sociedades en las que al elogio le sigue inmediatamente un regalo, y en las que hay que ir con cuidado respecto a lo que se alaba. Los moros habían colonizado Portugal, les habían enseñado la cortesía de la civilización árabe. Guardé aquel bolso durante años, como un talismán, y cada vez que me tropezaba con él, guardado en el fondo de un cajón, recordaba que había lugares en los que reinaba la gracia de espíritu.

Volvimos en coche por la noche a través de Portuguese East, los cuatro, hasta Umtali y, luego, subimos hasta Salisbury con el tiempo justo para que los hombres llegaran a sus oficinas, resacosos, sin lavarse, hambrientos, apestando a cerveza.

Yo era consciente de que me había casado con uno de los muchachos, de los chicos, pero ahora parecía como si toda la ciudad estuviera celebrando no sólo nuestra boda, sino también otras, puesto que cada día aparecía tímidamente una nueva pareja en la terraza del Sports Club, sorprendida por el amor, y todos los que estaban ahí empezaban a dar alaridos y a gritar y a pedir copas.

Vivíamos en un piso pequeño propiedad de unos amigos de Frank, una pareja de mediana edad que tenían propiedades en los barrios más populares de la ciudad, y un bar o pub que regían como si nunca hubieran dejado Inglaterra. Los dos eran bajos, fornidos, de pelo rubio como rastrojo, mejillas muy coloradas, ojitos azules. Me vigilaban, prudentes, sin juzgarme, mientras me daban pequeños consejos de cómo ser una buena esposa. Mejor dicho, de cómo adaptarme a Frank.

Cuando compramos una mesa de madera local, ella se quedó de pie a mi lado mientras yo le pasaba aceite y la pulía. «No sacarás nada de este bonito pedazo de madera a no ser que pongas tus cinco sentidos en ello, muchacha.» Y cuando Frank se compró botas militares, porque como cualquier otro joven del país sólo pensaba en cómo entrar en el ejército, meses antes de que se hablara de movilización, ella se repantigó con toda su humanidad en una butaca, para verme sobar y ablandar aquellas botas con mis manos. «¿Sabes qué te digo, querida? Que no te debe preocupar que todo el esfuerzo que le dedicas no tenga la compensación que se merece.» Así me advertía, mientras bromeaba con Frank: «¿Qué vas a hacer con estos pies tuyos cuando vayas de maniobras, Frankie? En el ejército tienes que utilizar los pies. El ejército no es un partido de rugby». Y él replicaba: «Ah, vamos, dame un respiro, no seas así, estas botas me servirán para todo».

Conseguir que el cuero duro sea tan suave como ante, dar brillo a una mesa hasta que se refleje tu cara en ella... Mi entrega a la vida de casada podría parecer total, pero la verdad es que constantemente soñaba con escaparme, no de Frank, a quien quería lo suficiente, sino de una forma de vida ante la que me mostraba cada vez más crítica. Aún estaba a tiempo de ir a Inglaterra, y conseguir entrar en combate. Las mujeres lo hacían,

¿no? Yo sabía disparar, ¿no? Yo era fuerte, ¿no? Desde luego, estaba más preparada que Frank, que acusaba los años que llevaba dándose a la bebida.

Su historia era muy corriente por aquel entonces. Sus padres llegaron de Australia a Rhodesia del Sur, para probar suerte, y trabajaron en granjas y minas. Tuvieron tres hijos, Frank, su hermano George, su hermana Mary, quienes pasaron una infancia de altibajos. Cuando Frank contaba quince años la familia pasó por un momento difícil y él abandonó el colegio y entró en la Administración, puesto que entonces era posible, siempre que uno se comprometiera a realizar los exámenes necesarios. Los había aprobado, estudiando por la noche. Había vivido en pisos amueblados, había contado el dinero. En su primer puesto conoció a Dolly Van der Byl, mucho mayor que él, y ella le protegió, enseñó al pobre muchacho campesino a valerse, le dijo que tenía que comer mejor, no beber tanto. Él siempre decía lo mucho que le debía, lo amable que ella era.

Mientras yo soñaba con salir del país, cocinaba para Frank, bailaba y tomaba cócteles, tuve conciencia de que estaba embarazada: un hecho que había resultado evidente para algunos de los mayores desde hacía semanas. Cuando me sugerían que podía estarlo, yo me reía. Mi médico dijo que no, que él nunca había realizado abortos y que las mujeres jóvenes y sanas debían tener a sus hijos cuando eran jóvenes. Éste era el plan de la Naturaleza. Hoy creo que habría mucho que decir sobre este punto de vista.

Los dos dábamos por descontado que era necesario un aborto. Los chicos y chicas del Sports Club se mostraban unánimes al considerar que era irresponsable tener hijos, porque el mundo era demasiado peligroso, demasiado precario. Las mujeres que querían un aborto se iban al sur, a Johannesburgo. Pero Frank no conocía a nadie en Johannesburgo, excepto a un estudiante con quien había jugado al rugby. Me dirigí en tren a Johannesburgo, seis personas en el compartimiento, de segunda clase, en una concesión a las esposas de los funcionarios. Encontré un hotel barato, y tomé un taxi hasta la facultad de medicina. Era la pausa de mediodía y me sentí observada por un centenar de estudiantes, todos hombres. Intentando estar a la altura de las sofisticaciones de la gran ciudad, yo llevaba un vestido elegante, un sombrero de paja negra brillante, con un bolso nuevo en el que había tan poco dinero que me iba a ser difícil comer. Le pregunté a un estudiante con quien me crucé si sabía dónde podía encontrar a fulano de tal, mientras advertía que se extendían por la multitud risas disimuladas y afectadas. Finalmente un joven se acercó desganadamente hacia mí y me dijo que estaba muy ocupado. Le dije que iba de parte de Frank Wisdom, que era la esposa de Frank, y Frank me había dicho que él, el amigo de Frank —¿recordaba el partido del año pasado en Salisbury?— podría indicarme dónde abortar. Me respondió que no comprendía por qué Frank había pensado que él... pero quizás la desamparada desesperación de una matrona de diecinueve años que se agarraba a su bolso le conmovió, y dijo en tono amable, ya sin risas disimuladas, que lo averiguaría y me dejaría un mensaje en el hotel.

En una sombría habitación, llena de muebles que hoy resultarían difíciles de encontrar, tan espesamente barnizados que parecían hechos de caramelo, me instalé junto a la ventana y esperé la llamada telefónica. Escuchaba, también, a la Ossewa Brandwag (una organización nazi) manifestarse al final de la calle contra la posibilidad de que el gobierno sudafricano apoyara a Gran Bretaña y a Norteamérica en la guerra que se avecinaba. Me dejaron un mensaje en recepción de que debía dirigirme a tal y cual dirección. A la mañana siguiente me encontré en un edificio aún más sombrío, esperando mi turno junto con varias mujeres. Al final entré en una consulta en la que había una mujer de color tras una mesa de despacho, que me examinó con ojitos duros y hostiles. Estaba claro que no le gustaba lo que veía.

«¿Qué quiere?»

«Me han dicho que practica abortos.»

Inmediatamente empezó a chillarme, a reñirme, dando porrazos sobre la mesa. Cómo se atreve, quién le ha dicho tan perversas mentiras, ella era una médica honrada, ella nunca... etc. Sólo después se me ocurrió que la puerta que daba a la consulta, donde había una enfermera sentada, estaba abierta. Quizás ella pensara que yo espiaba para el gobierno. Me encontré en la acera, llorando, mientras aún podía oír sus aullidos insultantes dentro. No recuerdo cómo di con la dirección de un auténtico médico que practicaba abortos, pero era en una habitación inmunda en un miserable edificio, en la misma parte de la ciudad donde había visto cómo Stanley se jugaba su sueldo de chófer. Retumbaba música de todos los rincones del edificio.

Do you want to be better off than you are Carry moonbeans home in a jar...  
«¿Quieres estar mejor de lo que estás? / llévate rayos de luna a casa en un tarro...»

Utilicé aquel lugar en una narración corta, Road to the Big City.

El médico era joven —es decir, joven de aspecto— con una mirada que yo conocía bien por los veteranos del Sports Club, como si algo los carcomiese por dentro. Era agradable. Estaba borracho. Le acompañaban sus amigos, todos avispados, cantando, bailando, pasándolo bien. Una mujer me metió en la cocina y me dijo que no debía permitir que aquel hombre me practicara un aborto. Era un amigo suyo, era un buen tipo, pero le habían expulsado del Colegio de Médicos por operar borracho. Si apreciaba mi útero, debía darle las gracias y decir que había cambiado de idea. Fue lo que hice. Él se mostró triste, irónico y generoso, porque debió de comprender que me habían prevenido contra él, y en concreto su amiga. De vuelta a mi habitación del hotel, contemplé desde la ventana a grupos de hombres jóvenes con sus chicas haciendo tiempo para entrar en los cines, las salas de baile, los antros de juego.

Y entonces llamó Mabel Griffiths, diciendo que su marido le había dicho que me comunicara que nadie deseaba presionarme, pero me sugerían que visitara a cierto médico... el suyo. Podía confiar en todo lo que él me dijera.

Me encontré en una resplandeciente, limpia, seria consulta, frente a un hombre serio que me examinaba y me decía que resultaba claro que yo no me daba cuenta, pero que el bebé ya contaba cuatro meses y medio. Me mostró una estatuilla sobre su mesa, de una delgada chica nadando: «Es de este tamaño», dijo él, acercándose suavemente a la estatuilla. Mientras yo tenía la sensación de que estaban manipulándome y me notaba ofendida en aquella parte de mí que tan fácilmente se encendía de rencor, entendí que aquello era el fin. Y me sentí aliviada, se había acabado el conflicto. «Yo no operaría a mi mujer o a mi hermana... a nadie», dijo él, «en un estado tan avanzado.»

Se lo agradecí. Los Griffiths pagaron la cuenta. No sabía que había escapado por los pelos.

Se dice que «toda mujer tiene un incidente de aborto». Éste es mi caso y la razón por la que cuando hay discusiones feroces sobre el aborto no sé de qué lado ponerme. Pienso que mi hijo John nunca habría vivido si yo no hubiera sido —a Dios gracias— tan incompetente. Hoy me parece obvio que yo siempre supe que estaba embarazada: estaba aliada con la Naturaleza contra mí misma. Pienso en las mujeres que conozco que han cambiado de idea respecto a abortar y lo agradecen posteriormente. Pienso en mujeres pobres que tienen un hijo todos los años y no se las puede ayudar, y envejecen y enferman, y mueren sus bebés o sus hijos pasan hambre. Pienso en aquella sucia consulta con la mujer deshonesto con su blanca bata grasienta, y sé lo muy desesperadas que deben de sentirse las muchachas que tienen que confiar en alguien como ella.

En consecuencia, volví a casa embarazada, y contenta por ello, y Frank se alegró y se lanzaron gritos y alaridos y se brindó a la salud del bebé en el Sports Club, y yo no dejé



de bailar, pero durante el día me sentaba en el sofá en conversación con el feto, que compartía conmigo largos, lentos, fatalistas pensamientos sobre la guerra, la ineptitud de nuestros gobernantes y el miedo a Hitler, a quien oíamos vociferar y delirar por la radio, mientras las masas alemanas expresaban a gritos su unidad con él. En el Sports Club, en los hoteles, nos reuníamos para escuchar en silencio las manifestaciones nazis retransmitidas por la BBC, y nos íbamos sintiendo lentamente unidos por algo muy distinto de los chillones bailes y canciones, que ya parecían un anacronismo. Es algo raro, estar sentada durante horas, hipnotizada por el desprecio hacia tu gobierno —por aquel tiempo el gobierno británico también era el nuestro— aparentemente paralizado por Hitler, capaz sólo de mirar cómo un enemigo invencible se robustecía. Aún se consideraba a Winston Churchill como a un inconformista desencaminado. El 25 de agosto se firmó en Londres el Tratado Anglopolaco de mutua ayuda, pero Hitler hizo caso omiso e invadió Polonia el primero de septiembre.

Aquel día yo me encontraba en una granja en las afueras de Salisbury, para el almuerzo del domingo, con otra pareja de recién casados. El marido era un viejo amigo de Frank. La mujer, como yo, se veía arrastrada dentro de un grupo de amigos, todo hombres. Muchas bromas sobre sexo. Mientras bromeábamos, oíamos que los ejércitos alemanes invadían Polonia. Sentí la débil, inútil y pensativa ira, pero, también, la exaltación de aceptar el desastre del que me habían hablado durante toda mi vida. Lentamente, el secreto placer del dolor se debilitaría y moriría, mientras que la ira, la rabia, la pura incredulidad se fortalecerían. Mis emociones al final de la guerra no eran las mismas que al principio, ni tampoco me sentí abandonada mientras la vida real seguía su curso en algún otro lugar.

Los amigos de Frank eran de su edad, hombres ya hechos y derechos y establecidos. Me parecían viejos. Uno de ellos era Tommy Wolton, casado recientemente con Ivy. Estaba embarazada como yo y se convirtió en mi amiga íntima o, como solíamos decir, mi otra mitad.

Pasamos los días juntas, corridas las cortinas, escuchando, por decirlo así, el crecimiento de nuestros fetos. Era enfermera. Las dos teníamos manuales de instrucciones de aquellos que intimidan un poco y que se consideraban adecuados para jóvenes madres, y sabíamos al día qué les pasaba a nuestros retoños, si les crecían aletas o dedos, si perdían una cola, si adquirían capas de piel y las mudaban, si les crecían pequeñas uñas. Ivy era una mujer delgada, nerviosa, de ojos azul pálido, con pelo rubio suave y bonito cuando estaba feliz, pero lacio y húmedo cuando no lo estaba. Aparece en *Un matrimonio convencional* (A Proper Marriage), pero si hay que considerar este libro como un testimonio personal, su presencia no es suficientemente destacada. Fue mi primera y auténtica amiga, sólo porque pasábamos por las mismas experiencias al mismo tiempo. No podía compartir con ella nada de aquello en lo que yo creía, nada de lo que leía. «Ya sale otra vez con lo suyo», probablemente pensaba ella, si desprevénidamente me aventuraba a comentar una idea literaria o política. Sin interés por la condición humana, aportaba a veces su óbolo. «Los nativos están muy bien si no se les da rienda suelta.»

Entre las mujeres que van a tener su primer hijo se establece una camaradería que no tiene parangón. Comparten un camino a través de revelaciones, aunque los estadios de lo que está sucediéndoles están escritos en un libro abierto sobre la mesa, porque lo que les pasa les ha pasado a todas las mujeres. La timidez, o un cierto sentido de la proporción, les impide reivindicar que son extraordinarias, pero así se sienten, y sólo la otra persona puede comprenderlo. Se pierden mutuamente en lo trivial, mientras que lo que pasa en ellas amenaza con disolverlas en su enormidad.

Existía entonces otro lazo: una alianza contra los médicos. En aquellos tiempos, no te

atrevías a decir que tu bebé se había «empezado a mover» mucho antes de los oficiales tres meses y medio, ni que cuando aún estaba en el útero la criatura respondía a tus pensamientos y estados de ánimo. De nada servía decir que el niño conocía tu voz en cuanto nacía y era consciente de lo que pasaba a su alrededor, escuchaba con atención, intentaba enfocar sus ojos aún borrosos hacia las caras familiares. Era evidente que algunas personas que se acercaban demasiado resultaban desagradables, otras tranquilizadoras, porque el bebé reaccionaba con lágrimas y aprensión, o con evidente placer. Ante tales afirmaciones los médicos decían, perdonándote la vida, que eran imaginaciones tuyas, las mujeres imaginaban cosas, no debías dejarte llevar por tus fantasías. Hoy la ciencia ha dado la razón a estas historias de madrazas. ¿Pero han dejado los médicos de perdonar la vida a las jóvenes? Lo dudo. ¿Ha dicho algún médico a una mujer a quien ha calificado de madraza, con la implicación de que es una histórica: «Lo siento, estábamos en un error, siempre estuvisteis en lo cierto»?

Los maridos en aquellos tiempos corrían parejos con los médicos. Lo que implicaba que las mujeres se callaran lo que pensaban. Tener una amiga era esencial para el equilibrio, si no para la supervivencia. Con Ivy nos sentábamos horas y horas por la mañana para comparar sensaciones, insistiendo en que nuestros bebés respondían enérgicamente cuando bailábamos, o hacíamos el amor con sus padres, o nos permitíamos pensamientos inquietos sobre la guerra. ¿Nos preocupaba que lo que sentíamos y pensábamos se acordara tan poco con la biblia oficial? La verdad, no. «Bien, hazlo a tu manera», pensábamos, o algo parecido, mientras seguíamos con nuestras investigaciones particulares. La camaradería se interrumpió cuando las dos tuvimos que mudarnos. ¿Por qué nos mudamos? Todo el mundo se mudaba, constantemente. Y ya había empezado la guerra, habían comunicado a los hombres jóvenes de Rhodesia que pronto los llamarían para la instrucción. Sabían que los mandarían «al norte», a la guerra en el desierto. En Gran Bretaña se estaban acabando de perfilar planes para mandar a millones de hombres a Australia, Sudáfrica, Canadá, Kenya, Rhodesia del Sur, a campamentos de la RAF, para formar pilotos, bombarderos, marinos. Incluso más que el turismo, la guerra mueve a masas de gente por todo el globo.

Necesitaban nuestro pequeño piso para alguna finalidad bélica. Frank encontró un lugar —sólo temporal, me aseguró repetidamente— a unos veinte kilómetros de Salisbury, una pequeña chabola, abandonada para que se viniera abajo y se construyera una casa mejor. Allí me pasé los días y la mitad de las noches sola, puesto que Frank seguía trabajando en su oficina cuando no movía hilos para conseguir entrar en el ejército —era demasiado viejo— o bebía con otros hombres. Hacía mucho calor, era la estación de las lluvias, y la jungla había alcanzado la parte trasera de la casa, lanzando dentro de las habitaciones avanzadillas de arbolitos y plantas jóvenes, que levantaban los ladrillos y anunciaban que la casa se derrumbaría pronto, totalmente tomada por los árboles. Por entonces yo estaba muy gorda. «Estaba grandota», como solíamos decir. Además, se nos decía que debíamos comer por dos. Me sentía incómoda y no conseguía refrescarme. Llenaba una bañera de cinc con agua —no había agua corriente— y me sentaba allí a veces durante horas. El agua era tibia. Sentía frescor mientras estaba en el agua. Me comunicaba con la criatura a través de la pared de mi gran barriga: enérgica, mucho más que la criatura de Ivy. Escuchaba las noticias de Europa en la radio, con la mano sobre la barriga, asegurando que la guerra no le lastimaría, y pensando en las madres e hijos que corrían delante de los ejércitos en Europa.

Mi estado de ánimo era en todos los aspectos muy distinto al de las chicas que tienen hijos hoy. Nunca se me ocurrió que algo podría salir mal. Ivy estaba poseída por pensamientos de posible calamidad: al ser enfermera sabía lo que podía pasar. Pensaba

que era imprudente soberbia que yo diera por sentado que aquel bebé y cualquier otro que tuviera saldrían sanos y salvos. Resultó que yo estaba en lo cierto, y para las dos. Me había negado en una ocasión y para siempre a estar enferma —a fin de cuentas, sólo hacía seis años—, y esta disposición mental gobernó mis expectativas respecto al bebé, lo que hacía imposible que naciera defectuoso o, una vez nacido, muriera. Estaba llena de un tranquilo y confiado regocijo. Me instalaba en el agua tibia, mientras las palomas se arrullaban, llamaban, canturreaban por toda la casa y en las ramas del árbol delante de la casa, y fumaba, o me levantaba para prepararme un bocadillo y volvía a la bañera. Leía los libros amontonados junto a la bañera. Escuchaba la jungla con el oído entrenado de mi infancia. Escuchaba a través de la radio cómo hervía silenciosamente la guerra en Europa. Puesto que Frank pronto se iría a la guerra —así lo pensaba yo—, me quedaría sola, con el bebé, y entonces... Pero me encantaba estar sola. En mis fantasías vivía una historia romántica con uno de los ingleses a los que ya se podían ver por Salisbury, uniformados o civiles, espionando el país, es decir, decidiendo si era adecuado para determinadas iniciativas bélicas. Finalmente tendría tiempo para escribir mi primera novela. Escribiría algunas narraciones más, pero, en esta ocasión, reales.

Este tiempo feliz de estar sola durante horas, largas horas de ensueños sólo interrumpidas por la llegada de Frank y sus compañeros inseparables, todos jactanciosos y optimistamente borrachos, acabó cuando volví a Salisbury, a una habitación amueblada que he olvidado. Una habitación amueblada como cualquier otra, todas con cortinas de zaraza o floreadas, y los muebles de caramelo. No tenía sentido buscar algo mejor puesto que Frank se iba a ir pronto. De vuelta a la alegría del Sports Club, las terrazas, las fiestas, la conversación sobre la guerra.

Ivy, mi media mitad, y yo reemprendimos nuestras mañanas juntas, pero no era lo mismo. Iban a movilizar a su Tommy, aunque ella le había dicho: «No puedes alistarte, no puedo arreglármelas sola». «Pero quizás deba hacerlo», dijo él, iluminada la mirada. «Y no voy a dejar que te metas en la cama con todas aquellas mujeres.» «¡Qué mujeres!» «¡Te conozco, pequeño!» Risitas, risitas, mientras él adoptaba el aire de un rufián y se sentía halagado. Ella habló con las autoridades, hombres con los que se había pasado los diez últimos años flirteando, bailando, bebiendo, pero que ahora se habían transformado en comandantes y coroneles con poder sobre su Tommy. Siempre rompía a llorar al entrar en la oficina que fuese: «No puedo imaginarme sin mi Tommy», declaraba, sus ojos azules enrojecidos por aquellas lágrimas y las anteriores. Les recordaba que Tommy no era un mozalbeta (como Frank), y ellos le prometían sacar su nombre de la lista de movilización. Mientras tanto, ella pasó a mostrarse dependiente e inútil, un aspecto que no convenció a ninguna de sus amigas, pero nos equivocábamos. Incluso estaba más delgada de lo habitual, la protuberancia de su embarazo pequeña y prominente, su pelo lacio y despeinado, y fumaba día y noche. Lamentos del tipo «A quién le gustaría ser mujer» ahora ocupaban el lugar de nuestros silencios cómplices, y estar junto a ella ya no era un consuelo.

Yo gozaba de un humor de triunfante logro, y deseaba que llegara el día del parto. No creía que fuera a resultar tan doloroso como decían, porque estaba muy sana y me sentía bien conmigo misma.

Mi historial ginecológico correspondería al de la mítica mujer campesina, que nunca ha padecido ninguna enfermedad. Tuve mi primer periodo a los catorce años. Mis menstruaciones duraban dos o tres días y nunca eran excesivas. A veces algo dolorosas. Por lo que se refiere a tensión premenstrual, nada de nada. Di a luz tres veces, normalmente, nunca me desgarré, ni me cosieron, ni utilizaron fórceps o cesáreas. Nunca he padecido inflamación de mama o herpes. Mis periodos finalizaron al poco de pasar de los cuarenta años, como es corriente entre mujeres fumadoras. La temida

menopausia no tuvo lugar: se acabaron mis menstruaciones y se acabó todo. Más afortunada imposible. A mujeres con este tipo de historial —muchas de nosotras— en ocasiones las hacen sentir culpables, como si los problemas de útero fueran el destino que corresponde a toda hembra.

Lo digo en beneficio de las mujeres jóvenes, porque toda la propaganda en esta época se enfoca hacia la desgracia, se presenta su vida de hembras como una carrera de obstáculos con caídas durante todo el recorrido y que culmina en la derrota de la menopausia. Existe algo así como una sociedad secreta de mujeres que han pasado una menopausia sin dificultades, y sin ayuda de fármacos, pero apenas si se atreven a decirlo, porque sus compañeras las acusarán de mentir, o sugerirán que es algo impropio.

Ésta es la cuestión, y si insisto es porque me parece importante: cuando nosotras —mi generación— pensábamos con ilusión en nuestra futura vida como hembras, no estábamos llenas de miedo y malos presagios. La mirábamos con confianza, la teníamos bajo control. No nos bombardeaban con sombría información desde la televisión, la radio, los periódicos, las revistas de mujeres. Ahora sabemos —nosotros, los humanos— que respondemos a lo que se espera de nosotros. A menudo esto se relaciona con el contexto escolar, pero tiene una aplicación más amplia, ciertamente general. Si se les habla a las niñas, desde muy jovencitas, de las diversas formas en que lo van a pasar mal, desde la tensión premenstrual hasta las miserias de la menopausia, ¿no atraerán las dificultades? Mientras que nosotras, que nunca habíamos oído de —digamos— la tensión premenstrual, nos limitábamos a decir: Maldita sea, estoy algo irritable, debe de ser por la regla. Si una se ha pasado años temiendo el cáncer de pecho o útero, ¿está más predispuesta a tenerlo? Es una pregunta, no una afirmación.

La oleada de energía que anuncia un nacimiento inminente me arrastró con urgencia hasta la clínica Lady Chancellor donde habían nacido todos los niños con que uno podía tropezarse... blancos, naturalmente. Era un edificio grande, en North Avenue, con un par de salas a cada lado de la entrada, habitaciones en las alas, una terraza interior alrededor de un patio y una gran sala donde se cuidaba a los niños, lejos de sus madres.

Me recibió una enfermera muy joven, quien me anunció que estaban naciendo demasiados niños aquella noche —por culpa de la guerra— y me dijo que yo tenía que ser una buena chica y cuidar de mí misma. Eran las ocho o las nueve. Vagué por el lugar, sin que nadie me hiciera caso, escuchando los gritos de las mujeres que estaban de parto, y me acerqué a las cunas de los recién nacidos en el cuarto de los niños, con el deseo de acunar a uno de ellos. En cierto momento me dijeron que tomara un baño; luego, me afeitaron: así se hacía entonces.

Dirigía el lugar una mujer voluminosa, Miss algo, sin titulación, que siempre llevaba uniforme de enfermera y presenciaba la mayoría de los partos, como ayudante. Mantenía una relación afable con los médicos, no más de una docena, que entraban y salían de la clínica todos los días.

Se me acercó y con condescendencia me dijo que se alegraba de que no armara barullo como otras muchachas. No entré en el pabellón de parto hasta primeras horas de la mañana y allí me depositaron en una alta cama y me dejaron. Está narrado con bastante fidelidad en *Un matrimonio convencional...* y a ese libro me remito.

A veces las mujeres dicen: No es verdad que olvides los dolores del parto. Pero creo que lo que recuerdas es que tuviste fuertes dolores, no el dolor en sí: olvidas la intensidad de los dolores entre un dolor y el siguiente. El recuerdo real supone —aunque sea como un destello, un instante— volver a la experiencia misma. Recuerdas el dolor con dolor, el amor con amor, lo mejor de ti misma con lo mejor de ti misma.

Lo que me interesa ahora es la realidad del dolor, su fuerza. Aún no contaba veinte

años. Estaba sana. Y si las expectativas gobiernan la experiencia física, el parto debió de haber sido tan fácil como los dos partos posteriores.

Quizás se debiera a que estaba muy sola y sin nadie que me consolara. La única persona que me reconfortó en aquel primer parto fue la mujer negra de la limpieza, que estaba fregando el suelo. Una y otra vez, en libros de recuerdos, novelas, autobiografías, leemos que algún blanco fue confortado, cuando más lo necesitaba, por la humana y sencilla calidez de algún negro.

¿Dónde estaba mi marido? Estaba divirtiéndose con los muchachos, como era obligatorio entonces. La idea de que los maridos confortaran a sus esposas... no puedo ni imaginar lo que la jefa hubiera dicho... «Mejor que no estén... son sólo un estorbo.»

Los bebés también eran un estorbo y, en consecuencia, también nosotras, las madres.

Cuando nació el bebé, es decir, mi hijo John, me lo acercaron para que yo lo viera, un bebé largo y delgado debatiéndose en brazos de la enfermera. «Aquí tiene a un auténtico jugador de rugby», oí, mientras me sacaban sobre ruedas del pabellón de parto y me llevaban a alguna parte. Estaba dolorida y me sentía desamparada, anhelando tener al bebé en brazos. Cuando tímidamente pedí verlo, me dijeron: «Lo tendrá a todas horas muy pronto, ¿por qué tantas prisas?». Más tarde me dijeron que no me preocupara porque le daban sorbos de agua con azúcar, y ya le vería a la mañana siguiente. Intenté imponerme, Tigger débilmente bromeando con ello, y me lo trajeron aquella noche, es decir, casi doce horas después del parto, y sólo durante cinco minutos. La jefa se plantó a nuestro lado y tan pronto como los labios del bebé entraron en contacto con el pezón, se lo llevó de nuevo. «Ya es suficiente para la primera vez.»

El espíritu del doctor Truby King prevalecía en la clínica Lady Chancellor. Desde el principio, un régimen de comidas cada cuatro horas era la norma, a no ser que el bebé estuviera por debajo de cierto peso: el mío pasaba de los tres kilos. A un niño que quisiera comer antes de la hora prescrita se le dejaba llorar. «Tiene que aprender quién manda aquí.» «Tiene que aprender que no se saldrá con la suya.» Cuando los bebés finalizaban sus comidas —nunca los dejaban con sus madres más de una media hora— les sacaban de los carritos o los acunaban en brazos las enfermeras. El silencio reinaba por un corto espacio de tiempo en el que, con suerte, se podía dormir un poco. Muy pronto los bebés empezaban a berrear. Podían estar llorando durante una o dos horas, mientras las madres permanecían tendidas en sus camas anhelantes, sin poder ir hasta ellos, o pedir que se los trajeran. En aquellos tiempos se suponía que las mujeres debían permanecer en cama durante una semana. En fin, en tiempos de mi madre eran seis semanas. Permanecía tendida y desvalida en aquella cama, con los pechos que me escocían y llenos de leche, oyendo el llanto frenético de los bebés en la terraza, llena de rabia y frustración.

Mary McCarthy, en *El grupo* (The Groop) describe un sistema similar. La clínica Lady Chancellor no era una excepción. Pero si una comisión se plantea alguna vez cómo asegurarse de que las madres no se «aten» a sus bebés —o, como solíamos decir entonces, los quieran—, no podrían hacer nada mejor que estudiar la clínica Lady Chancellor. Me dicen que así lo hacen en Japón.

Vemos a menudo por televisión esta imagen: hay un carrito o anaquel o mesa, y encima puede que haya diez o más bebés, envueltos de forma idéntica, atados de brazos y piernas, y sobre aquellas criaturas informes hay una enfermera cuidadora. A ese anarquista, el bebé recién nacido, lleno de posibilidades explosivas y maravillosas, le enseñan su lugar en el mundo, le enseñan qué es qué. No confío en que las cosas cambien mucho. Con este sistema de mantener a las madres noveles y a sus bebés separados se alimenta algo muy profundo y desagradable, asegurándose de que los bebés lloren cada vez que quieren comer y que las mujeres se sientan inquietas e

incómodas. «Debes hacerle saber quién manda.»

Compartía la habitación con dos mujeres más. Una tenía su tercer hijo. Era alta, deforme, floja de carnes y yo la contemplaba desde la cama, secretamente llena de horror. Allí estaba mi cuerpo liberado, deseando volver a su forma habitual. Odiaba mis grandes pechos hinchados. (Lo que no impedía que me sintiera orgullosa de toda aquella leche.) Una chica se define a sí misma en contra de su madre en primer lugar, luego contra el mundo, por su cuerpo bien formado, sus sedosos y pequeños pechos y, naturalmente, por el triángulo de brillante pelo púbico con sus bonitas espirales: es invulnerable a las críticas dentro de su nuevo cuerpo. Y de repente... se encuentra yaciendo en una cama, convertida en un saco de carne dolorida, como un caracol al que han sacado de su caparazón.

Junto a la cama de aquella hogareña y satisfecha mujer —así la veía yo—, se colocaba la doncella negra del pabellón que me había ofrecido su amistad, siempre que no la observaran ni la enfermera jefa ni las demás enfermeras. Admiraba a aquella mujer, y decía: «Para nosotros una mujer no es una auténtica mujer hasta que tiene su tercer hijo». «Por lo tanto ahora ya soy una auténtica mujer», decía la madre, divertida y complacida. (De forma similar, una mujer de la tribu shona me dijo: «Nosotros no pensamos que un hombre y una mujer están casados con la ceremonia nupcial: pueden pasar muchos años hasta que una pareja está realmente casada».)

En silencio me prometía que nunca más tendría otro hijo, nunca más volvería a estar fea y gorda. Pero aquella mujer quizás se había prometido lo mismo, y allí estaba, tan contenta consigo misma, su cuerpo como una gelatina láctea. Me sentía infinitamente desamparada, ansiosa, amenazada. Frank entraba y salía a saltos, a veces con sus compinches que, a fin de cuentas, también eran mis amigos ahora. Todos estaban contentísimos, conmigo, con el bebé. Mi madre entró precipitadamente y de inmediato dijo que aquel sistema de dar el pecho cada cuatro horas era ridículo para unos bebés tan recientes. Esto hizo que yo me pusiera de parte de las enfermeras: no podía permitirme estar de acuerdo con mi madre, que irradiaba acusación y pena, aunque ella no fuera consciente de ello.

Cuando me llevé a John a casa, fue la primera ocasión en que pasé más de media hora con él. No concordaba con las reglas en el manual. Para empezar, levantó la cabeza desde un principio, y se amamantaba con deleite y energía, sus piernas moviéndose como pistones, y sus ojos, supuestamente incapaces de enfocar, se mostraban alerta y observadores. Nunca buscaba refugio. Siempre se debatía para levantarse, conseguir que su cabeza estuviera lo bastante alta para ver por encima del borde de la cuna. Resultó claro que muy pronto habría que meterle en la cuna grande, con barrote. Parecía hambriento. Yo engordaba a diario y me sentía desgraciada. La leche era sólo adecuada. Entre comidas yo me preocupaba porque mis pechos produjeran leche, puesto que con una comida se quedaban vacíos. El niño se sentía satisfecho durante un par de horas y, luego, berreaba. Pero las reglas decían que había que alimentarlo cada cuatro horas. Estaba angustiada, irritada, ansiosa, «dejando llorar al niño» según la prescripción, hasta que el reloj marcaba el instante en que podía cogerlo y alimentarlo. Ahora sé que era un niño al que habría que haber alimentado cuando él quería, y que realmente yo habría producido la leche necesaria. Empecé a desafiar a mis mentores cogiendo al niño a media tarde e intentando calmarlo, acunándolo amorosamente y conversando, con la confianza de que el contacto llenaría mis pechos que por entonces estaban vacíos. Me recuerdo de pie en la terraza, con una criatura entre mis brazos que parecía querer levantarse, su puño en la boca, pura encarnación del grito del hambre, y yo lloraba, y lloraba, preguntándole: ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer por ti?... porque era tan fuerte que yo quedaba agotada sólo de tenerle en brazos. No obstante, yo era una mujer

joven y fuerte, y él era un bebé.

Para abreviar, era un bebé hiperactivo y, luego, un niño hiperactivo, aunque esa palabra no se utilizaba por aquel entonces. Me alegro. Probablemente le habrían dado calmantes, llenado de medicamentos.

Mientras tanto, los orgullosos padres estaban llenos de teorías, como suele ocurrir con el primer hijo. Frank había leído algún libro que hablaba de la necesidad de no mimar a los bebés, porque si se les enseñaba a pasar frío a temprana edad, más tarde serían impermeables a resfriados y gripes. Dejábamos al niño con una camiseta, una ligera chaqueta y un pañal, en la terraza, para que se robusteciera. Parecía no importarle, a pesar de que el aire estaba helado con la proximidad del invierno. Su llanto se regulaba respecto al tiempo que hacía que había comido. El primer hijo necesita tener aguante: recientemente contemplé a un niño de nueve meses al que alimentaban con queso al grill sobre una tostada, porque sus padres suponían que los bebés deben de encontrar aburrida su dieta.

Estaba frenética por las preocupaciones, asqueada por la gordura de mi cuerpo y las constantes visitas de mi madre, quien me acusaba de tratar mal a John y no se impresionaba ante su aumento de peso, la fórmula que los mentores consideraban adecuada para tranquilizarse. Dije que daría el biberón al niño. Ella dijo que era una irresponsable. Mi amiga Ivy, agotada por la angustia de tener que mirar siempre el reloj, había dado el biberón a su hijo y todo iba bien.

Nunca ha existido un sistema más eficaz para hacer que las jóvenes madres estén ansiosas, se sientan inadecuadas, poco eficientes, inferiores, ninguno más apropiado para que pierdan leche y —no hay ni que decirlo— todo el placer que proporciona tener un hijo. Pero de eso se trataba, estoy segura.

A veces me iba al piso de Ivy para compartir el ritual del baño matinal. Confiaba en ella y no confiaba en los mentores. Nos colocábamos una junto a la otra en la larga mesa en la que ella lavaba y cambiaba a su bebé. Su bebé frente a ella; frente a mí, mi bebé. Los niños al nacer suelen ser magros, arrugados, escuálidos, rojo intenso, quizás cubiertos de pelo; sencillamente, son inacabados. Nosotras sabíamos cuál era el problema: nacen demasiado pronto. La demostración es que al cabo de dos meses pasan a ser perfectos, consiguen lo que desde siempre les estaba destinado. Su hijita era rechoncha, bonita, con hoyuelos, dejaba escapar burbujas de saliva, movía en derredor sus suaves brazos. John era largo, delgado, con ojos inteligentes y brazos y piernas que nunca estaban quietos. Había que sostenerlo con una mano para que no saltara de cualquier superficie. Daba puñetazos al aire, levantaba constantemente la cabeza para ver a la niña que había junto a él.

«Eh, mira», dice Ivy, «ya la persigue.» E instintivamente coloca la mano para proteger a su hija.

«Eres una maníaca sexual», digo yo. «Ivy, a los tres meses no es muy probable que la viole.»

«Ah, no sé... ¡Mira esto! Ni hablar, voy a vigilarla, por la cuenta que me trae, mejor que la avise a tiempo. Y voy a vigilarle también a él, no lo dudes. John, ¿me estás escuchando? ¡Eh, John!»

El enorme pene y los testículos del macho recién nacido habían adquirido su proporción habitual, era normal. No obstante... aquella dulce niña jadeante y con hoyuelos, aquel fuerte niño que la perseguía... Nos reímos. Nos pusimos a reír y no podíamos parar.

Recuperada la calma, le dije: «¿Y si tú hubieras tenido un niño y yo una niña?»

«¡Jamás! ¡Im-po-si-ble!» Ambas sentíamos en lo más profundo que ninguna podía haber dado a luz a otro, sólo a aquel bebé.

«¡Mira esta criatura! Mira qué cosa...» Señala, con teatral mofa, las intimidades de mi hijo. Luego se vuelve encandilada hacia su propia hija, y admira el monte de Venus, tan rechoncho y perfecto. «Igualito a un buzón de correos», dice en un arrullo. «Ah, me lo podría comer con un helado. Ah, podría mandar cartas por aquí. Ah qué dulzura de coño, cómo es posible que defiendas aquello...» y lo señala, con teatral mofa.

Cogimos, en un arrebató, a nuestras criaturas y bailamos por la habitación con ellos, cantando. «En el cielo, estoy en el cielo, y mi corazón late tanto que casi no puedo hablar. Y creo haber encontrado la felicidad que busco, cuando salimos a bailar mejilla contra mejilla.» O «de noche y de día pienso en ti».

Ivy, quien a fin de cuentas era una enfermera, anunció a su marido que como a la inspectora sanitaria se le ocurriese volver, probablemente la mataría. Yo le dije lo mismo a Frank. Él me dijo que hiciera lo que creyera más conveniente. La realidad era que nuestros maridos nos toleraban, y no les critico por ello. Estábamos obsesionadas con el desarrollo de los niños, sus comidas, sus escabeles, su peso, su sueño o su vigilia. Las mujeres salen de ésa época de inmersión en trivialidades sorprendidas de sí mismas.

Los maridos se pasaban los días y las noches con otros hombres, todos anhelantes del momento en que por fin podrían vestir sus uniformes en bares, en hoteles, en la terraza del Sports Club.

«Fíjate», dice Ivy, observando su pelo lacio y mustio, su cuerpo descarnado, y luego a mí, que había engordado tanto que hacía casi estallar mi vestido, «y éramos la sensación del Sports Club, ¿quién lo diría? Bien, al infierno con todo, es lo que yo digo.»

Di el biberón al niño y mi madre dijo que yo era una egoísta, que sólo pensaba en mi persona. Era más de lo que yo podía soportar, y pasé a ser aún más fría, educada, paciente. Le decía sí a todo, y esta forma de rechazo, de teparle la boca, la sacaba de sus casillas. No dejaba de decir que las hijas necesitan a sus madres en esos momentos, y yo decía que sí y esperaba que se marchara.

Lo que pasaba en su vida era en verdad mucho más de lo que ella podía soportar. Por aquel entonces mi padre estaba permanentemente enfermo. Era un inválido: la palabra sugiere un estado estable, bajo, pero con él todo eran ataques, traumas. Había entrado en coma, o casi, porque había tomado demasiada insulina, o demasiado poca. Su hígado... intestinos... estómago... su pierna buena ahora era tan delgada que apenas podía andar. Allí estaba ella, a solas con él en la granja, y él ya no podía conducir con seguridad. Ella tenía que pedirles a los vecinos que la llevaran hasta la ciudad, y odiaba depender de otros. ¿Por qué no aprendió a conducir? Lo hizo más tarde, en la ciudad. Las cartas que me mandaba eran, hablando claro, gritos en demanda de ayuda. Para mí eran amenazadoras. Era una amenaza: media hora a su lado me dejaba exhausta. Después de una visita suya me metía en cama para dormir.

Mientras tanto, mi hermano estaba en Dartmouth, Inglaterra, preparándose para ser un oficial de la Marina. Ella había conseguido su gran ambición: un hijo en la Marina. Había movido hilos, había escrito cartas a Inglaterra, perseguido despachos, exhortado y suplicado. Y allí estaba él. Harry y Dick Colborne se fueron juntos a Dartmouth. Tiempo después él confesó que en época de paz nunca lo habría hecho. «Aquellos tipos de la Marina inglesa se limitaban a dar caba a las colonias, ¿sabes? Tenían que tener a un par de nosotros, para mostrarlos.» Se encontró con que sus conocimientos en ningún aspecto estaban al nivel de los otros. Conseguir ponerse a la altura suponía trabajar sin descanso, día y noche, y aprobó los exámenes, pero muy justo.

Las cartas desde Inglaterra tardaban semanas. Él escribía, vivaces y animadas cartas a «M.» y «P.». Conservo unas cuantas. Escribió poesía, también. Nada de su vida interior —lo que pensaba, sentía, o secretamente padecía— figuraba en aquellas cartas.



Yo escribía cartas a la granja. «Queridos Mamá y Papá. Sí, estoy muy bien, y John también. Ha engordado en la última semana. Frank está fuera, por lo de la guerra. Besos.»

En cuanto el niño tomó el biberón, yo empecé a seguir un régimen y perdí kilos con rapidez. No me habría puesto a régimen antes de dejar de darle el pecho, ni habría adelantado ni un solo día el momento de darle el biberón al niño porque yo estuviese gorda. No haría trampas, de ninguna manera, pero una vez que mi cuerpo volviera a ser lo que era... entonces... Y recuperé mi figura, dentro de los vestidos ligeramente ceñidos que llevábamos todas, mi suave y brillante pelo, por lo que ya estaba a punto para la terraza del Sports Club, pero el Ejército había dicho la última palabra y todos los hombres estaban cerca de Umtali en un campamento, para que los convirtieran en soldados.

Las esposas los seguimos inmediatamente. Nuestros hombres no querían.

Me alojaba en un hotel barato, en una fea habitación, y era invierno. En aquel año, 1940, lloviznó y hubo niebla durante semanas. No conseguía secar los pañales. El niño contrajo una infección y sus excrementos por vez primera fueron dudosos, un semilíquido de leche no digerida en un limo amarillo. Berreaba o gimoteaba. Llamé a un médico, un hombre joven, cuya exasperada voz me dio a entender que me estaba comportando como una histérica. «Chicas, ¿qué estáis haciendo todas aquí? No van a dejar salir a vuestros maridos del campamento, ¿no lo sabéis?»

Recorría arriba y abajo, arriba y abajo las calles de Umtali, donde en cada casa retumbaba música de baile. Aquellas calles correspondían a otra vida en la que yo había sido muy desgraciada porque era demasiado pequeña para formar parte de los grupos adolescentes de chicos y chicas. Empujaba el cochecito durante horas todos los días bajo los hibiscus y Jacarandas, y soñaba que un soldado, escapado del campamento, se me había acercado tímidamente e iniciado una conversación y... no, yo no me interesaría por el bienestar de mi marido. Tales ensueños eran tan claros como escenas de una película: y eran las fantasías de una muchacha, no de una mujer joven. Nos besaríamos debajo de los hibiscus, besos llenos de angustia por las despedidas de la guerra, por la pérdida y el dolor de la guerra.

En un hotel mucho mejor, Brown's, justo en la esquina, se encontraba otra esposa. No me gustaba ni yo le gustaba a ella. Un determinado compinche de Frank se había ido a Inglaterra de vacaciones y había vuelto con una novia. A nosotros, la gente de colonias nos deslumbraba, gente siempre dispuesta, ciertamente, a deslumbrarnos. Era una muchacha rica, de clase acomodada, que llevaba la «buena» ropa del tipo que admirábamos por su estilo, porque era una expresión exacta de las mujeres que la lucían. Era afable. Fría. Hoy veo que probablemente no comprendió con qué tipo de vida se había casado.

En las colonias, los esnobismos de clase siempre eran objeto de análisis, como si un engranaje que funciona perfectamente lo sacaran de su eje y diera vueltas inútilmente mientras está instalado en un obrador, para que lo inspeccionen. «¡Mirad cómo se mueve!» Cuando Ivy y yo hablábamos de Mary, era con pena hacia ella. ¿Qué sentido tenía ser esnob aquí, con nosotras?... Así lo considerábamos. Pero como actuación, la admirábamos.

Su marido era otro de los muchachos del Sports Club... mejor dicho, de los hombres que empinaban el codo. Bebía mucho, en realidad era un alcohólico, de buen carácter, amistoso, algo tonto. Lo que se había llevado consigo, como consuelo de su vida y compañera, era a aquella pelirroja de lengua afilada, estirada, directa, que solía decirle: «Ya basta, querido, vamos a casa, ya has bebido bastante por esta noche». En pocas palabras, ahí estaba el matrimonio arquetípico, que hemos visto un centenar de veces,

entre un buen tipo, el compañero inseparable, el beodo, el borrachín, el hombre amigo del hombre, y la eficiente y moralista mujer que desprecia las debilidades porque las desconoce en ella. Es como si estos hombres transgresores sintieran que los reproches de sus propias conciencias no son suficientes: precisan asegurarse también del flagelo de una lengua.

¿Cómo explicar, si no, aquel otro matrimonio tan frecuente, entre el erudito, o sabio, o intelectual, y la prostituta, o camarera de bar, en cualquier caso, con una mujer frívola o sexy? Los dos pueden estar seguros de que tendrán día y noche una compañía que estará pensando: «¡Estás loca por el sexo!». «Que Dios me ampare, eres más seco que un palo.» «¿Eres capaz de tomarte algo en serio?» «¿Siempre tienes que estar pensando? ¿No puedes darte un respiro de vez en cuando?»

Aquel buenazo, cuando estaba con su flamante esposa, siempre tenía una mirada humorística y de perro degollado. Ella, con él, era como una reina depuesta de su trono, como diría D. H. Lawrence. Se llamaba Mary.

Fui a tomar el té con Mary en su hotel. Sus excelencias no sorprenderían a los habituales de los grandes hoteles del mundo, pero yo disfruté de los buenos pasteles y de la chimenea con leña. Comprensiblemente, Mary no vino nunca a tomar el té a mi hotel. Su guapo, educado hijo vestía con ropa de Inglaterra. John, en aquellos té, no se comportaba mal; se limitaba a manifestarse tal cual era. Mary podía decir ásperamente: «Está lleno de energía, ¿no?» mirando cómo él se debatía y luchaba en mis brazos, dejando caer ya todo el peso sobre sus pies. A mí me resultaba evidente que él ya se impacientaba con su condición de bebé: interesante que pudiera discutir esta idea en todas sus ramificaciones con Ivy, pero no con la «intelectual» Mary. Así la considerábamos. «¿Estás segura de que sólo tiene cuatro meses?», preguntaba Mary. Más adelante, cuando a los nueve meses se puso en pie y al año empezó a correr, la gente diría: «¿Estás segura de que tiene sólo un año?». Ésta es una de las cosas aparentemente «imposibles», pero que yo sé que son ciertas: durante años guardé mentalmente una lista de cosas que eran imposibles —porque la gente decía que lo eran — pero ciertas.

Me sentía orgullosa de John, pero avergonzada. No sabía por qué los bebés de otros permanecían tendidos tranquilos en sus cochecitos y permitían que les cogieran en brazos y les hicieran mimos. Mary me hacía sentir muy incompetente. Pero para disfrutar de aquella gran chimenea de leña hubiera soportado muchas más cosas. En mi habitación no había chimenea: existe la convención, en climas cálidos, de que nunca hace frío. En Salisbury los pañales se secaban al sol al cabo de una hora en el tendedero, pero aquí estaban húmedos, y compraba más y más para que por lo menos estuvieran secos.

Ivy se instaló en el mismo hotel que yo, pero luego se enteró de que no dejarían salir del campamento a su Tommy. Como máximo, sólo sería para un par de horas. Ella estaba fuera de sí. Perder a su marido por la guerra la había desequilibrado, como ella siempre había sospechado. Descuidada, irritada, dura, permanecía sentada mirando, con un cigarrillo que colgaba de su labio inferior, mientras el humo subía por su cara. No me oía cuando yo le hablaba. Estaba delgada. El pelo lacio y revuelto. La bonita rubia había conseguido gravedad. Aquella cara que miraba, los ojos vacuos: podía servir de modelo para la Desesperación. Estaba lejos de las nimiedades cotidianas, vivía en alegóricas y seculares regiones.

Llevé a cabo fútiles tentativas: «Pero, Ivy, la mitad de las mujeres del mundo debe de estar perdiendo a sus maridos por culpa de la guerra». «Y te las arreglabas muy bien antes de conocer a Tommy, ¿no?»

Me contemplaba desde una tierra remota, quizás con la vaga conciencia de que

aquella idiota seguía parlotando. El caso era que estaba deprimida, auténtica depresión, de la que yo nada sabía. Cuando mucho después conocí a gente que la había padecido, entendí retrospectivamente cuál había sido el problema de Ivy. No era que yo esperara que ella «hiciera un esfuerzo» —la prescripción de Mary— sino que yo no podía creer que ella estuviera tan enferma como se veía. ¿Por qué iba a estarlo?

Se pasaba horas sentada en una butaca mientras su bebé dormía —por lo menos la niña sí dormía— y cuando era necesario se ocupaba de ella. Ella no dormía. Yo entraba de noche y la encontraba en el mismo lugar donde se había pasado todo el día, el cigarrillo apagado entre sus fríos labios, mirando al vacío. Pronto ya no oyó que su bebé gimoteaba o se quejaba. Me acostumbré a sentarme en su habitación junto a ella, con una mano sintiendo a mi hijo, quien forcejeaba como siempre, mientras empujaba hacia delante y atrás el cochecito con el otro bebé. Si, cuando les tocaba el biberón, ella no se movía, yo se lo daba a los dos bebés, uno tras otro. Supongo que no se enteraba de que yo estaba allí.

Siguió así durante días, mientras su Tommy a veces le mandaba mensajes desde el campamento, pero no volvía. Luego la guerra volvió a rechazarle. Ivy era como la fronda de algas marinas flaccidas sobre una roca que luego la ola levanta. Reía, lloraba, profería risitas, se lavaba el pelo, se maquillaba, abrazaba a la niña y cuando Mary decía: «Veo que has vuelto a tus cabales», respondía: «Ah, vamos, ten corazón». Y así las tres esposas volvimos a Salisbury, con nuestros maridos como civiles de nuevo, para empezar una convencional vida de casadas. A la guerra le gusta la gente de veinte años. Frank tenía treinta, y problemas con los pies. La ciudad parecía llena de hombres amargados, que sabían que la vida los dejaba de lado, porque el ejército no los quería. Frank se sentía desgraciado. Ésta fue la ocasión en que supo que se había acabado su juventud: sólo dejarían a los «hombres viejos» en la ciudad. Los hombres descartados se pasaban el tiempo juntos, bebiendo: necesitaban comprensión. No fui desagradable, no, me mostré cariñosa, «Ah, pobre Frank, lo siento.» Pero yo era demasiado joven para saber cómo se sentía él.

En *Un matrimonio convencional* el marido consigue llegar al norte y le licencian por invalidez. Regresaron muy pronto, amargados y decepcionados, los hombres que habían disimulado úlceras de estómago y otros impedimentos al médico militar. Su vuelta coincidía con la noticia de nuestras primeras víctimas de guerra en África del Norte. Cuando sus familiares decían cosas como «Pero podían haberte matado o herido», ellos no se consolaban.

La terraza del Sports Club estaba sembrada de hombres amargados. Yo los escuchaba y los escuchaba; a fin de cuentas ¿acaso aquella otra guerra no me había enseñado cómo hacerlo? Empujaba el cochecito arriba y abajo con una mano, aguantaba un cigarrillo con la otra, y escuchaba. Sentía aquel placer, casi una exaltación, que permite a una escritora reconocer que su vida concuerda con su disposición natural: sus capacidades. Escribí muy poco entonces. Pero escuché, seleccioné... reconociendo.

Las criaturas de un novelista nunca pueden salirse de la línea de comportamiento que su carácter —el del novelista— permite. ¿Obvio, me dirán ustedes? Lo que pasa cuando la mano —o la cabeza— de un escritor se niega sencillamente a escribir la siguiente frase, porque Tony o Susie actuarían fuera de su papel, no es ni mucho menos algo sencillo. No sólo incluye todo el tema de la identificación del autor con un personaje, sino también los varios yos posibles del escritor. Que pueden ser, a fin de cuentas, limitados. No encontraremos, digamos, a George Meredith utilizando a Crippen de modelo.

En una ocasión pensé escribir un libro titulado *Mis vidas alternativas*, utilizando las convenciones de la ficción espacial, algunas de cuyas ideas son las mismas que aquellas

que están en la frontera de la física. Pero el argumento en este caso sería que las vidas de doctora, veterinaria, granjera, exploradora discurrirían junto con mi vida, en otros universos o «realidades» paralelos, que influyeran constantemente en la mía. Como en aquellos casos de personalidad múltiple, en que sólo lentamente las diversas personalidades de una mujer o de un hombre pasan realmente a ser conscientes la una de la otra, la heroína de este libro —yo, por razones argumentales— lentamente llegaría a saber que había otras personalidades de ella misma viviendo aquellas otras vidas. Una buena idea para un libro, pero el tiempo se acaba.

Mientras tanto, yo no era —y hubiera podido serlo muy fácilmente— una de aquellas mujeres jóvenes que son abandonadas con un niño en una habitación amueblada o que vuelven a casa de sus padres. Era la esposa de uno de los Prohombres de la Ciudad. Una broma que a Frank no le gustaba. No era mía... yo no era tan cruel, pero las bromas florecían, una cosecha amarga, en la terraza del Sports Club. «Eh, Frankie», grita alguna chica nueva, blandiendo su palo de hockey a grandes pasos por la terraza, o llama desde el otro extremo del salón, mientras baila con un hombre con uniforme de las Fuerzas Aéreas, al ritmo de «Colgaremos la colada en la Línea Siegfried». «Eh, Frank, ¿te gusta ser un Prohombón de la Patria?»

Por lo que se refiere a mí, sufría uno de aquellos reveses para los que nadie me había preparado. Dieciocho meses antes, todos los hombres habían competido por mí —o por cualquier otra chica—, y ahora resultaba invisible. Me trataban con tanto respeto como si tuviera cincuenta años, a pesar de mi figura nuevamente estilizada y de mi cara de niña. ¿Quién era la estrella? John. El hijo de Frank Wisdom, que a los cinco meses ya se sentaba solo, luchaba por zafarse de las correas que le mantenían en el cochecito. «Mira este niño, no tiene espera para entrar en el campo de rugby con nosotros.»

¿De qué más hablábamos en la terraza? Era la *phoney war* y nosotros nos alimentábamos de rumores. Hitler ocuparía África desde El Cairo hasta Ciudad del Cabo, y nos convertiría en esclavos. (Los kaffir, nos contaron, decían que no supondría excesiva diferencia para ellos.) No parecía improbable: había ocupado toda Europa sin demasiada dificultad. ¿Se levantaría la población negra a la primera señal de los ejércitos de Hitler y se uniría a ellos para degollarnos? Esto se decía, no con remordimiento por nuestra conducta, que había hecho esto posible, sino con indignación, y más de un bufido respecto a la ingratitud de las clases serviles. En ocasiones cuando la gente joven me pregunta cómo era la Barrera Racial, les sugiero que hojeen ejemplares de la revista Punch hasta la Segunda Guerra Mundial: los chistes de doncellas cómicas y lo absurdo de la clase trabajadora son lo mismo. Por aquel entonces sabíamos que la RAF (Royal Air Force) utilizaría este país y Sudáfrica para preparar pilotos. No sabíamos que esto supondría cientos de miles de ingleses, todos hombres, que llegarían para vivir en campamentos cerca de esta ciudad y Bulawayo. Pronto, nuestros hombres, que habían partido hacia el norte, serían suplantados por una población masculina distinta. Nuestras vidas no cambiaron, excepto que hablábamos día y noche sobre las noticias de Europa, y nunca desconectábamos la radio. El Noticiero de la BBC interrumpía cualquier conversación, interrumpía el baile, y todos se apiñaban en torno de un aparato de radio. No nos faltaba nada, aunque pronto nos faltaría: ya no tendríamos productos de importación. Los hombres se aprovisionaron de whisky, y algunas mujeres jóvenes se hicieron con provisiones de lápiz de labios.

Yo vivía en otro hotelito. Frank intentaba encontrar, en una ciudad ya muy abarrotada, una de aquellas casitas que sólo un año antes eran tan fáciles de encontrar. El hotel estaba lleno de mujeres que me aventajaban en muchos años. Querían ser amables con aquella muchacha y su exigente y difícil niño.

Pero yo me quedaba en la habitación del hotel con John y confeccionaba bonitos

vestidos nuevos. Con un extraordinario, por no decir obsesivo, cuidado por el detalle. Hoy me pregunto qué creía estar haciendo, ribeteando costuras interiores y rebajando ásperos bordes que nadie vería nunca, cuando mi forma habitual de enfrentarme a las cosas era una despreocupada pero feliz improvisación. A veces podemos ver que alguien arregla y vuelve a arreglar, una casa o un piso. Está ya perfecto, es impecable, pero de repente oímos que dice: «No está bien, voy a rehacer la cocina». Y así, cada dos años, repinta paredes ya perfectas, sustituye cocinas nuevas por otras. En realidad se reestructura a sí mismo, pintando las paredes de su psique... (O, como se decía en la terraza del Sports Club, de su «desagüe». «Eh, tú, ¿cómo está tu desagüe hoy?») De forma similar, una ansiosa mujer joven mira un vestido por dentro y cuidadosamente inspecciona cada costura, aplana cada borde áspero, rebaja costuras de la cintura y sobaqueras como si estuvieran fuera y no dentro. «Así estará seguro», musita algo en su interior, muy atrás de aquella radiante sonrisa defensiva. «Sí, esto está en orden... confío.» De la misma manera que no hace tanto tiempo vestía y desvestía su muñeca, colocando ropas perfectamente dobladas en una cajita.

Las mujeres no tenían idea del terror que me provocaban: ¿Cómo iban a pensarlo? Todas eran mujeres amables, amistosas, cariñosas. Las contemplaba sentadas y murmurando mañana y tarde, conversaciones sobre mujeres, maridos, hijos, dinero, dinero, dinero, quién quería ser una mujer, el servicio cada vez más descarado, los hombres son como niños... Había contemplado cómo hablaban y hablaban las mujeres de la región, y me había prometido: «Nunca, nunca seré así. ¡Me niego!». Veinte años más tarde, esta forma de hablar—la crítica a los hombres, la insatisfacción con el destino de las mujeres— se convirtió en la conducta prescrita en el movimiento de mujeres, que se denominó Toma de Conciencia, y la actividad en sí, Rap Groups.

De aquel hotel nos mudamos a un par de habitaciones en casa de un amigo. De allí no a una casa entera, sino a la mitad de una. Todas se encontraban en calles y avenidas a cinco minutos en coche del centro de la ciudad. De esta época me llega un destello de auténtico recuerdo interior. Estoy sentada sola en la cama. Es de noche. Escucho dormir al niño en la cuna junto a la ventana. Zumban insectos alrededor de la bombilla sin pantalla. Mirados desapasionadamente son insectos bonitos, delicados, verde pálido, estilizados. Entran revoloteando desde la oscuridad hasta la bombilla. Llenan la habitación. Entra un gato de algún lugar, se precipita, un insecto inicia un pequeño grito, que sigue y sigue mientras el gato juega con él y sólo cesa cuando el gato lo aplasta. Otro grito chirriante, cuando el gato da un salto. La muchacha está sentada en la cama, se tapa con los dedos los oídos. Está histérica. Muerta de miedo. Aunque su inteligencia le dice que son insectos inofensivos, está a punto de echarse a chillar. El chirrido del insecto le ataca el espinazo, como, no hace demasiadas semanas, el llanto del bebé. Sale cautamente de la habitación llena de insectos a la oscura terraza y se sienta en el frío cemento cerca de la cuna, mirando los insectos volar hacia dentro de la habitación por encima de su cabeza. Llora, sin esperanza, fútilmente. Coge el puño del bebé dormido y solloza.

Acto seguido vuelve el joven marido. «No seas tonta, sólo son insectos.» «Lo sé, pero no puedo soportarlos.» «Lo que yo sé es que esto no es propio de ti. ¿Qué te pasa?»

Nos mudamos de nuevo. Nos seguimos mudando. ¡Sin remedio! Éramos propietarios de nuestros vestidos, de nuestra ropa de cama, de una extraña butaca y de la famosa mesa, y de libros, montones de libros. Una pequeña furgoneta nos transportó a otra de las casas pequeñas. Todas estaban amuebladas de forma semejante. Si muchas granjas aún utilizaban muebles improvisados, karosses, cortinas de sacos de harina, estantes de cajas de gasolina, en la ciudad los muebles de «tienda» eran la regla. Un kaross era un homenaje consciente al mundo rural. Había aquel tipo de sillas cuyos respaldos se ajustan con muescas, sillas de rejilla de paja. También cuadros de Jacarandas, crepúsculos, kopjes, leones, nativos, elefantes e innumerables gamos levantando la cabeza para contemplar al espectador. Pero no importaba. No iba a quedarme en esta vida, me decía, desesperada, atrapada, pero comportándome con exquisitez, haciendo todo lo debido, a pesar de que el niño me agotaba. Desde el momento en que se despertaba con un grito a guisa de saludo al maravilloso nuevo día, hasta la noche, en que costaba que se durmiera, nunca estaba quieto. Incluso ahora, cuando veo algún bebé dócil encantado en su cuna, recuerdo a John a la misma edad y me maravillo. Literalmente, apenas si lo podía tener en brazos. No formaba parte de su carácter que le arrullaran. Tampoco le gustaba que le hiciera dar saltitos sobre las rodillas. Parecía aceptarlo como algo que no tenía más remedio que dejarse hacer. Le encantaba tenderse en el suelo, sus piernas como las de un ciclista, o que Frank le subiera en brazos, aunque incluso a él le costaba dominar aquellas extremidades inquietas, o de pie sobre mi muslo mientras yo le sostenía. Cada comida era una experiencia penosa porque quería aguantar la cuchara y se enfadaba por no poder hacerlo, intentaba agarrar el biberón, y chillaba cuando se le escurría. Los hijos de las otras mujeres dormían por las mañanas y por las tardes, pero él no. Cuando Frank se iba a su oficina a las siete y media, en ocasiones yo ya estaba paseando a John por las calles, porque el movimiento le tranquilizaba. Y hacia las diez aproximadamente estaba preparada para aquellos té matinales que yo despreciaba. Las mujeres jóvenes se daban cita unas en casa de las otras, con sus bebés y niños pequeños. Se suponía que yo tenía que ser amiga de las esposas de los colegas de Frank. Era un grupo de unas diez mujeres. He narrado el ritual del té de la mañana en *Un matrimonio convencional*, pero si lo escribiera sobre la gente ahora, le daría más énfasis, subrayando cómo fomentaba que nacieran más bebés. Una del grupo acaba de tener un bebé, y allí está con aquella cosita, la cabeza desvalida apoyada en el hombro de ella. De repente tu pequeñito se ve enorme, incluso inmenso. Recuerdas la intimidad que tuviste con el bebé. Quizás habrías dicho antes: «Aún no voy a tener otro hijo... o quizás no lo tenga nunca», pero de repente, con la criatura en brazos, te pones «melancólica». «Ah, por favor, me pongo melancólica»... y rápidamente devuelves la peligrosa criatura a su madre, quien parece la persona más envidiable de este mundo, a pesar de estar deformada por el parto y por darle el pecho. Pero es demasiado tarde. Las hormonas han recibido una sacudida y estás perdida. Muy pronto anunciarás en algún té matinal: «¡Estoy embarazada!». «¡No me digas! Pero si dijiste... ah, qué envidia. ¿Para cuándo?»

No importa si te gustan o no aquellas mujeres, o si les gustan a ellas. «¡No tenemos

nada en común!» No me hagais reír, tenéis la base biológica en común, sois mujeres jóvenes que os reunís y ya es bastante. Hoy en día todos sabemos que entre mujeres que se ven continuamente se dan casos de periodo sincronizado, y esto es sólo el principio. Ahora sabemos que al cabo de pocos momentos de estar juntos los miembros de un grupo, sus ondas cerebrales se sincronizan (La danza de la vida). Ah, desde luego, hay que vigilar de quién te rodeas, pero las mujeres jóvenes en período de lactancia pasan todo el tiempo con otras. Si el bajo índice de nacimientos es algo que preocupa a un país, que procuren que mujeres en tiempo de lactancia se reúnan un par de horas diarias. Yo me aburría, me rebelaba, odiaba las reuniones matinales para tomar el té. Las anhelaba y me odiaba por anhelarlas. Volvía a casa y le contaba a Frank que prefería morir antes que asistir a otro. Pero al día siguiente iba. Para empezar, a John, sociable desde el principio, le encantaba, le interesaba, tenía que contemplar qué pasaba. «A John, mirad a John, andará a gatas en cualquier momento.»

Teníamos un «boy», un criado. Todos tenían uno. Limpiaba las dos o tres habitaciones hacia las ocho de la mañana, y cotilleaba con sus amigos en la parte trasera. Preparaba la comida. Frank volvía con gente de la oficina para el almuerzo y comíamos y, sobre todo, bebíamos. Después del almuerzo yo paseaba interminablemente a John en el cochecito por el parque y las calles. A última hora de la tarde nos llevábamos a John al Club con nosotros o a casa de amigos. Allí estaba el muchachito, todo inteligencia, contemplando lo que pasaba y siempre intentando levantarse, o trepar y sobrepasar a cualquiera que le tuviera en brazos. «Eh, Tigger, mira esto, debes estar agotada.» «No, no pasa nada.» Decía llena de modestia, aunque agotada. Si —raramente— nos quedábamos en casa, la gente se dejaba caer y el criado nos preparaba comida. Era su costumbre esperar hasta que sus patronos volvieran de las copas de la tarde, por si había que preparar algo de comer. Esto significaba que entraba el té de la mañana a las seis, no tenía nada que hacer la mayor parte de la mañana y de la tarde, pero podía estar levantado hasta las nueve o las diez de la noche. Se desconocían las horas de trabajo reglamentarias. Frank y yo pagamos más de lo habitual a los criados en todas partes donde estuvimos, arriesgándonos a la ira de los vecinos. «Los viciaréis. No debéis darles rienda suelta.» Las mismas palabras que se utilizaban con los bebés de meses, en realidad. «Tenéis que hacerles saber quién manda.»

Todos los hombres que Frank traía a casa por lo menos me aventajaban en diez años. Yo era la guapa mujercita de Frank y él estaba orgulloso de mí. Me gustaba que me admiraran, tanto a mí como a mi pletórico hijo. El hombre al que más recuerdo era un escocés, colorado, delgado, irónico, un agente de bolsa, Sonny Jameson, cuyos comentarios sobre aquella ciudad de provincias distaban mucho de los estereotipos sobre la Preservación de la Civilización Blanca o Mejorar a los Nativos, que aún dominaban en el Rhodesia Herald y en la mayoría de las personas que conocíamos. Leía. Me pidió prestados mis libros de la colección Everyman. Me prestó los clásicos latinos. Si yo quería comprender Rhodesia del Sur, decía él, entonces debía leer a los clásicos: las actitudes de nuestros administradores no eran muy distintas a las del procónsul romano en una colonia de África del Norte o Este. Sesuda lectura para la esposa de un funcionario. Él no hacía este tipo de comentarios en presencia de otros.

«Cuando se está en las provincias, se aprende a tener la boca cerrada.»

Otra cosa memorable era que se bebía, decían, una botella de whisky diaria. La verdad es que apenas comía. Durante años supuse que llevaba muerto mucho tiempo, pero luego me enteré de que estaba vivo y próspero. Seguro que esta historia no complacerá a los dietistas.

Stendhal —el Stendhal de El rojo y el negro— era mi amigo y mi aliado. Es el autor ideal para alguien que se siente totalmente atrapado.

«En las provincias...» así podía empezar una dosis fatal de odio hacia la mediocridad, y me identificaba con su lista, saboreando desprecio.

«En las provincias todas las lenguas excepto la inglesa son guturales», volví a oír en Harare, en 1992: «La alemana es tan gutural».

«En las provincias cualquier mujer con ideas propias es una pedante.»

«En las provincias cualquier alimento no inglés es grasiento.» La verdad es que esto último ya ha pasado a mejor vida.

Cuando John cumplió los nueve meses, a punto de echarse a andar, decidimos tener otro hijo. Pero la mitad de mi ser sabía que no iba a seguir con aquella vida. No tenía un plan o programa serios. No, meramente soñaba con una vida junto a almas gemelas en París o Londres. Yo no formaba parte del lugar donde vivía. No obstante, nadie lo hubiera notado porque aparentemente yo me las apañaba muy bien. O, mejor dicho, Tigger, brillante, despreocupada, divertida, una mujer joven, competente y atractiva. «Tigger Wisdom la lista» podía hacer comentarios que provocaban una incómoda risa, o decir: «Ten corazón, hombre, ¡esto no es justo!», pero vivía aquella vida como si hubiera nacido para ella. ¿Fui yo quien decidió tener este segundo hijo? Probablemente. Pero era el Zeitgeist. Nos rodeaban jóvenes parejas que decían: «Tengamos otro, liquidaremos esto ahora que aún somos jóvenes». Tres o cuatro años antes había asegurado: «No voy a traer un hijo a este mundo, ¡no temas!». No obstante, mientras Frank y yo analizábamos los problemas del segundo hijo, ya hablábamos de cómo cargaríamos los dos niños en brazos y vagaríamos por el Sur de Francia, o viviríamos en París.

Me quedé embarazada a la semana de dejar el diafragma. Este método de control de la natalidad se considera hoy demasiado antiestético, pero funciona. El caso es que hay que utilizarlo habitualmente. Algo fácil dentro del matrimonio, pero nada fácil en una vida de historias y aventuras. Inmediatamente me mareé y padecí indigestiones matutinas, aunque sabía que pronto pasarían. Y allí estaba John, que empezó a andar sin pasar por el estadio intermedio de arrastrarse, y corría por todas partes; más tarde se dedicó al vecino vlei —hoy ya desaparecido debajo de edificaciones— y a pesar de que yo corría con rapidez, pronto le perdía de vista. Iba de casa en casa llena de pánico, suplicando a la gente que mandaran a sus criados a buscarle. Al cabo de una hora aproximadamente aparecía un grupo de negros con John dando sacudidas entre sus brazos, y se admiraban de que aquel niño ya se debatiera para que le bajaran y poder correr de nuevo. No sabía qué hacer con él. Tirantes y ataduras herían sus sentimientos. Si le ponía los arreos para atarlo a una correa, me lanzaba una mirada que decía: «Se supone que eres amiga mía, ¿cómo me puedes hacer esto?». Indignidad, incredulidad, acusación, exclamaciones de indignación, seguidamente lágrimas. En mis brazos, rígido de emoción, sollozaba, lanzándome miradas del reproche fruto de la incomprensión. Por tanto había que llevarlo al parque, donde corría sin restricciones entre los lechos de flores, gritando de gusto. Luego yo le cogía, por miedo a que se escapara del parque, y hacía que se sentara en su cochecito, donde inmediatamente se ponía en pie, de espaldas a mí para poder ver adonde iba.

Le paseé en cochecito por todas partes, durante horas y horas. O así me lo parecía. No hay aburrimiento como el de una mujer joven e inteligente que se pasa el día con un niño muy pequeño. Mientras empujaba el cochecito, escribía poemas mentalmente.

RAIN

Rain-clouds rest on the trees of the higher town,  
Here rain sweeps off the rusting tin,  
Beats again the patched shutters,



Batters the leaning roofs.

Storm water scours the gutters,  
Flooding away banana skins,  
Straw, sweepings, filth and dirty rags,  
Gurgling through in broken bottles,  
Creeping beneath the crazy floors.

Already walls show patches of damp.

Thin faces of children  
Peer through cracks  
To their playground the street.  
Soon, when the street lamp shines down  
Gold, crimson and blue Will wash across the tarmac.  
But now, through the grey rain  
And grey steam that drifts up from the street  
A small black child runs shivering  
Clutching his rags and a milk bottle  
To the better house among the trees  
Where the hen-voice impatient shrew  
His white mistress is waiting.

«Nubes de lluvia descansan sobre los árboles de la parte alta de la ciudad, / aquí la lluvia se lleva la lata oxidada, / golpea las contraventanas remendadas, bate los tejados inclinados.

El agua de la tormenta busca las alcantarillas, / se lleva nadando pieles de plátano, paja, heces, porquería y trapos sucios, / gorgoteando entre botellas rotas, / trepando bajo suelos disparatados.

Ya las paredes muestran manchas de humedad.

Magras caras de niños / miran por rendijas / su patio de juegos, la calle. / Pronto, cuando se apague la farola / oro, carmesí y azul / limpiarán el alquitranado.

Pero ahora, a través de la gris lluvia / y el gris vapor que sube de la calle / un niño negro corre temblando o / sujetando sus harapos y una botella de leche / hacia la casa distinguida entre los árboles / donde la impaciente arpía con voz de gallina, / su patrona blanca, le está esperando.»

Esta poesía tan convencional me supuso muchos problemas con Frank. Me dijo indignado que yo era injusta. Mostró la poesía a su hermana Mary, y también ella dijo que yo era injusta. Pero la indignación de él era teatral. Su cara, acusadora; su mirada, furiosa y ofendida. Fue entonces cuando empezó un ambiente de falsedad, de irrealidad, en un principio sólo intermitente. Cuando un hombre considera amenazadores el trabajo o los intereses de su mujer fuera del matrimonio, suele expresarlo indirectamente. Frank siempre estuvo de acuerdo en que yo buscara un trabajo, cuando llegara el momento; en que yo escribiera, cuando pudiera. Pero yo me alejaba de él, con gran rapidez, y él lo percibía, a pesar de que yo no podía ser más cariñosa, agradable, dispuesta a complacer. El instinto de las mujeres de agrandar, que confunde a los hombres, también confunde a las mujeres. La verdad es que yo no entendía por qué él estaba malhumorado, y me preguntaba: «¿Por qué eres tan injusta conmigo? ¡Pues no nos va tan mal a nosotros!», mascullaba. No obstante, Frank pensaba que sí, que a nosotros —en particular a las

criticonas esposas blancas— nos iba mal, y se mostraba crítico con la «superioridad» blanca. Más tarde tuvo que pagar las consecuencias de ello. A partir de entonces hasta el final del matrimonio hubo momentos, imprevisibles y peligrosos, en que él estaba malhumorado, a veces durante días, furioso, compadeciéndose, lleno de reproches y siempre sobre cosas que los dos sabíamos que no venían al caso. Mientras tanto yo me mostraba brillante, falsa, «razonable»... hipócrita.

Sus iras no sólo las provocaba yo, sino también no haber ido al Norte, al desierto, con sus amigos. En cuanto regresaba a casa desde la oficina, ya se quería ir al Sports Club. Bebía mucho. Ninguna novedad al respecto. Es increíble lo que llegábamos a beber todos nosotros, pero así era. En los años veinte —es decir, después de la Primera Guerra Mundial— beber demasiado no sólo estaba permitido, sino que se consideraba algo elegante, inteligente... de moda. Hay testimonios de ello en todas las novelas, memorias, historias de la época. No sólo en las colonias se bebía demasiado. La cultura de Rhodesia del Sur era una cultura de bebida. Hoy todos estamos obsesionados con la comida, leemos sobre comida, seleccionamos lo que hay que comer, dejamos a veces de comer durante días. Entonces bebíamos, dejábamos de beber, bebíamos cerveza y no alcohol, bebíamos alcohol y no cerveza, decidíamos no beber hasta las seis de la tarde y la hora de los sundowners. Se podía mandar al cuerno a amigos íntimos exigiéndoles que dejaran de beber, pero todo el mundo sabía que aunque volvieran a la terraza tomando bebidas sin alcohol, después de «abandonar la bebida» para siempre, al cabo de pocos meses estarían enganchados de nuevo. El Sports Club empezaba a resultarme casi insoportable, pero Frank quería que yo le acompañara, y también su hijo. Yo estaba cansada. Me encontraba profundamente agotada. Nunca en mi vida me he sentido tan cansada.

Y, no obstante, estar cansada no figuraba en mi orden del día. ¿Por qué tenía que estar cansada?

Y cuando mi madre llegaba precipitada desde la granja, para decirme que era una irresponsable al tener otro hijo tan pronto, yo me defendía: por qué una mujer joven y fuerte no podía tener un hijo tras otro, todas las mujeres negras lo hacían, ¿no? «Ay, cariño...» Y se iba a quejarse a mi padre, pero en aquellos tiempos él estaba demasiado enfermo para escucharla.

Una vez más yo me dedicaba a confeccionar vestiditos y peleles, llenando cajones con pañales que John ya no llevaba. No era de los que se conforman con tener el trasero húmedo. Sin demasiado esfuerzo por mi parte, se acostumbró a «utilizar el lavabo». O sea, a estar «limpio».

Pasaron los meses. Nos encontramos en 1941, la *phoney war* ha tocado a su fin, bulle la guerra por toda Europa, los alemanes invaden Rusia, y todo el mundo dice que esto será el final de Rusia, porque sus tanques están hechos de cartón. Nada marcha bien para nosotros, los aliados. No se puede parar a Hitler, según parece.

Justo antes del nacimiento de mi hija, se firmó la Carta Atlántica, una muestra de espectáculo bélico que nunca ha sido igualada en cinismo. Roosevelt se encontró con Churchill en medio del Atlántico, durante el peor periodo de la guerra, mientras Rommel aún cosechaba éxitos en el Norte de África. Todos los que estén interesados en hasta dónde pueden llegar los mandatarios en su desprecio por sus súbditos deberían estudiar la Carta Atlántica. Todos los beneficios para la humanidad que se puedan imaginar se incluyen en ella. Paz. El derecho al trabajo. Libre circulación por todo el mundo. Suspensión del hambre y del miedo. Derechos democráticos. En la Carta Atlántica se nos promete un paraíso para todos nosotros. Su pariente inmediato era la Declaración Norteamericana de la Independencia. «Sabemos que estas verdades son evidentes: que todos los hombres han sido creados para ser iguales; que su Creador los

ha creado con ciertos derechos inalienables. Entre ellos, la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.» Creo que el cinismo de la Carta Atlántica fue una de las causas de la derrota de Churchill después de la guerra. La Fuerza Aérea encontró infinitas maneras de mofarse de ella; la gente que había escapado de la sombría y terrible pobreza de Gran Bretaña en los años treinta, sólo debido a la guerra, para encontrarse en aquel exilio en Rhodesia del Sur... no encontraban divertida la Carta Atlántica. A mí no me parecía divertida; sólo digna de una sombría sonrisa de ¿Qué otra cosa se podía esperar? Sonny Jameson ironizaba sobre la Carta. Frank, a quien le resultaba fácil admirar a la autoridad, la defendía. No muchas cosas, en lo tocante a la venalidad política, pueden ya sorprenderme, pero incluso hoy la Carta Atlántica sigue consiguiéndolo.

Si se están preguntando por qué tanto desprecio hacia estas promesas de paraíso terreno, cuando sólo al cabo de un par de años yo, como comunista, iba a prometer lo mismo, la respuesta es que nosotros, los rojos, creíamos en nuestras visiones. Churchill y Roosevelt no podían haber creído en la Carta Atlántica. Ellos eran cínicos, nosotros estúpidos.

Mi segundo accouchement no fue lo que esperaba. Lo aclaro por lo que dicen de que es la actitud mental la que determina el curso del embarazo. Me enfrenté a mi primera gravidez (como se solía denominar, muy adecuadamente, porque una podía pasarse meses en la cama) sin preocuparme por nada, sin esperar dolor, o dificultad, debido a mi arrogante salud joven. Pero el dolor fue terrible; luego el bebé acabó con mis fuerzas, probablemente por la exuberante salud que heredó de mí. Y por tanto en esta segunda ocasión yo estaba preparada para un parto doloroso y otro bebé peleón. Una vez más en la clínica Lady Chancellor, la mandona enfermera jefa, las alegres enfermeras que se aseguraban de que madres y retoños se vieran lo menos posible. Estuve en una habitación al otro lado de la entrada, la gemela a la que había estado antes: la vida en las pequeñas ciudades ofrece repeticiones que no sospechan los habitantes de las grandes ciudades. Ingresé, como la otra vez, por la noche, debido a ciertos dolores que ya conocía, que se pueden distinguir de otras punzadas, dolores súbitos, sensaciones, presiones de finales del embarazo, y por una inconfundible oleada de energía. La naturaleza, con su sabiduría, nos la procura. Entré en la habitación sola, después de bañarme y —naturalmente— afeitarme. Como siempre la clínica estaba saturada. «Pórtate bien», exclamaban las enfermeras, asomando sus sonrientes cabezas por la puerta.

Quería estar sola. Paseé, paseé toda la noche, fui a ver a los bebés que en un principio aún estaban dormidos, pero luego los evité cuando empezaron a berrear, un par de horas antes del momento de la lactancia. Miré por la ventana hacia las estrellas. Me pregunté cómo se las estaba arreglando Frank con John. Luego, a las diez de la mañana, entraron el médico y las enfermeras, y al cabo de media hora el bebé ya había nacido. Yo aún estaba esperando que empezaran los dolores del parto. Pocos dolores antes del cloroformo. Me mostraron a una niña, más pequeña que su hermano, y que era evidente que estaba hecha de distinta pasta, una cosita bonita dispuesta a que la tuvieran en brazos y la acunaran. Pero: «Pronto se cansará de ella». «Por favor, enfermera, no se la lleve.» «Bien, pero sólo un minuto.» Los minúsculos labios cerrados sobre el pezón, de nuevo el milagro, con la vida que sabe exactamente lo que hay que hacer. Las enfermeras a mi lado, frunciendo el entrecejo. «No tiene aún la leche suficiente, ya lo sabe. La tendrá mañana.» Y se llevan triunfalmente al bebé, y me dejan, preparada para llorar hasta quedarme sin lágrimas, en mi cama. Hubo otra vuelta de tuerca. La matrona prohibió que hermanos y hermanas visitaran al recién nacido, a causa de una infección. John vino con su padre y tuvo que quedarse al otro lado de la

ventana sobre la grava, por lo que levanté al recién nacido y le saludé con la mano. Me sentía desgraciada. Él se sentía desgraciado. No puedo imaginar nada que provoque más celos al hermano del bebé, ni más ansiedad a una madre. Fue lo peor del segundo parto.

Al atardecer Frank me visitaba junto con otros padres. En el instante exacto en que la hora de las visitas tocaba a su fin, la enfermera jefe aparecía por la puerta. «Vamos, papáitos», exclamaba, coqueta pero severa, «ya basta. Voy a hacer sonar la campana. Ahora dejen descansar a sus pobres esposas.»

Y repicaba la campana por todo el edificio, mientras los bebés chillaban.

La pregunta se impone: si el lugar era tan horrible, ¿por qué volviste allí? Ciertamente es una buena pregunta. La verdad es que no supe hasta más tarde lo horrible que era el lugar. Y «todos» lo utilizaban. En realidad no había otro lugar. No recuerdo partos en casa. Hablo, naturalmente, de mujeres blancas. Por lo que se refiere a la pasividad femenina, y buena parte de mi conducta se debía a ella, creo que a los hombres tampoco les falta pasividad cuando se trata de médicos.

Me instalé en una habitacioncita bastante oscura, cuidando de Jean mientras John tiraba de mí, intentando que la dejara a ella y lo eligiera a él. Recuerdo que yo pensaba: Eso significa que, pese a todo, él me quiere un poco... y él aullaba y se revolcaba, por lo que yo dejaba a la niña e intentaba consolarle. Y así días... y días. Yo estaba tan cansada. Ahora me pregunto cómo podía aguantar. Las jóvenes madres deben de estar provistas de cierto tipo de fluido u hormona que les permite soportarlo.

Nos mudamos una vez más. El caso era que los propietarios de casas solían cobrar el doble al ejército y a los de la RAF, que empezaban a inundar la ciudad. Frank dijo que estaba harto de tirar el dinero en casas alquiladas, mejor invertirlo en una hipoteca. En pocas palabras, íbamos a entrar a formar parte, tal y como lo considerábamos entonces, de la privilegiada clase media. ¿Cómo pude casarme con un Prohombre de la Patria? No le había considerado como a tal. Me sentía esposada en las muñecas y con cadenas en los tobillos. Pero sonreía y parloteaba. Tigger era siempre cariñosa y afectuosa y competente.

La casa era propiedad de unos viejos amigos de Frank. Todo cuanto alquilamos, arrendamos, compramos, fue a través de amigos de Frank: a fin de cuentas él había vivido en esta ciudad durante más de quince años. Compramos la casa amueblada, con cosas mucho mejores que las que nosotros teníamos. Los muebles eran ostentosos, pero las habitaciones no podían gustarme de ninguna manera: rosa y verde pálido, con zarzas suaves y alfombras oscuras. Todo parecía ligeramente descascarillado, o cascado, o descolorido. La sensación que me producía la recreé en algunas habitaciones soñadas de *Memorias de una superviviente*. La mujer a quien Frank compró la casa era Mrs Tennent. Aparece en *Un matrimonio convencional*, pero con muchos cambios. Pero si los hechos están cambiados para ajustarse a la trama, el papel que esa mujer desempeñó en mi vida no. Trataba a Frank como a un hijo y pensaba que yo llegaría a ser una buena nuera, convenientemente instruida.

La casa era de las grandes, una de las mejores casas de las avenidas. Las primeras casas que se construyeron en Salisbury eran de un solo piso, de ladrillo, con tejados de hierro ondulado y varias terrazas. Las nuestras eran muy espaciosas. Tras la terraza delantera, donde había mesas y sillas, estaba el salón, una muestra de buen gusto improvisado, un comedor, y en la parte trasera un amplio dormitorio y dos pequeños. También había una amplia terraza cubierta, como otra habitación, donde estaban la nevera, la mesa de la plancha, cochecitos de niño, sillitas de ruedas, accesorios de jardín y butacas por si se quería descansar. Daba a la cocina, a la alacena y al baño. Tres criados, cocinero, «boy» y piccanin, este último un niño de diez años que lustraba los zapatos, hacía recados, algo de jardinería y ocasionalmente vigilaba al bebé. Una vez

más les pagábamos mucho más de lo habitual, y una vez más las amas de casa aparecían llenas de reproches o furiosas para decirnos que estábamos echando a perder a los nativos. Tras la casa, a lo largo del pasillo con los pozos negros, donde por la noche se acercaban los carros que se llevaban el contenido de los baldes de los lavabos, estaban las habitaciones donde vivían los criados. A nuestra casa le correspondían dos. Todo el mundo sabía que en aquellas habitaciones vivía más gente de la prevista. En ocasiones la policía daba una redada para echar a esposas, novias e incluso niños de visita, que provenían del campo. No había manera de evadir a la policía porque toda persona negra llevaba un «situpa» donde figuraban detalles acerca de la identidad y el empleo. De todas las leyes impuestas por los blancos ésta era la más odiada. A nosotros los criados solían pedirnos que les escribiéramos un papel en el que diéramos permiso para quedarse: cuando digo «nosotros» quiero decir los progresistas, puesto que nuestra familia era revolucionaria comparada con la mayoría. La gente que venía a casa tendía a creer que «no se trataba con justicia a los nativos». Tenía que existir un sueldo mínimo, era en interés de los blancos por lo que había que mejorar sus condiciones, las leyes anteriores eran injustas. Durante las comidas hablábamos de estos temas, y también durante los sundowners, con la flema que corre pareja a la posesión de una reconocida posición política: seis años antes era algo sedicioso.

Nunca fui a las habitaciones de los nativos, porque creía que no era asunto mío lo que pasaba allí. En una ocasión, recabada la presencia de fumigadores para zafarnos de piojos, eché una ojeada: cada pequeña habitación tenía dos armazones de hierro para camas, con colchones y mantas y sábanas toscas. Las camas casi llenaban la habitación. Había ropa en las perchas de las paredes. Nuestro cocinero preparaba la comida de los criados en nuestra cocina: en la mayoría de las casas se cocinaba en un fuego en la parte trasera del jardín.

El cocinero cocinaba... nada más. El «boy» limpiaba y hacía la colada. La mayor parte del día los hombres se sentaban sobre cajas delante de las habitaciones hablando y fumando, con amigos de otras casas. Eran puestos de trabajo codiciados. Todos los días había hombres en la puerta trasera pidiendo trabajo. No se podía imaginar un sistema más ineficaz, pero por lo menos permitía que los hombres que querían estar en la ciudad vivieran allí legalmente, con comida y alojamiento. Les comprábamos sus cereales. Les comprábamos verduras, granos y cacahuets. Comían carne dos veces por semana. La «carne para el servicio» era un bisté de carne picada, carne para asar, corazón, pedazos con nervios de las patas. Se llevaban buena parte de nuestras provisiones, con el consentimiento de todos. Todos los días, sobre la mesa de la cocina, se dejaban pan seco, pastel seco, restos de budines, restos de lo que fuera. «Puedes tomártelo, Indaba.» «Gracias, Nkosikas.» Apenas si recuerdo a aquel hombre que resistió todas mis tentativas de cordialidad, sin duda pensando que eran demasiado burdas para molestarse en tenerlas en cuenta.

Las verduras que compraba para los «boys» incluían batatas, col, tomates, espinacas, zanahorias; sólo diez años antes mi madre había intentado que los del «recinto» utilizaran verduras de nuestro huerto, por el bien de su salud, pero no lo consiguió.

Nuestros criados ya no llevaban los harapos corrientes en las granjas. El cocinero llevaba pantalones caqui, camisa, zapatos, y tenía una chaqueta. Lo mismo el «boy». Al piccanin le tuvimos que comprar pantalones cortos y camisa y chaqueta porque llegó en harapos. Se llamaba Matches.

¿Y qué comíamos nosotros? Sí, seguíamos con el sorprendente régimen de los británicos en el extranjero. Todas las mañanas abundantes gachas, huevos, tocino entreverado, fruta, tostadas, mermelada de naranja. Por entonces yo ya me había zafado del desayuno y me habían advertido que padecería las consecuencias. El almuerzo

consistía en buey asado, frío o caliente, o pastel de carne picada o macarrones, y patatas y verduras y ensaladas, al estilo inglés, sin aliñar y sin hierbas. Budín. Queso. Yo preparaba budines y pasteles, aunque el cocinero no lo soportaba. Estaba orgulloso de sus habilidades, y le gustaba decir que yo les ponía demasiada harina o vainilla, pero le encantaba cuando yo le enseñaba algo nuevo. Los hombres venían a tomar el té. Pasteles, bollos, bocadillos. Un té inglés completo. Cuando íbamos al club para los sundowners, solíamos volver a casa con seis, siete y ocho personas para cenar. «Seremos siete para la cena», le decía al cocinero, quien se limitaba a añadir algo en lo que estaba preparando. «Sí, ama.» «Sí, Nkosikas.»

¿Y en qué colaboraba yo en todo esto? Hacía lo que debía bastante bien. Nos despertaban con té a las seis de la mañana. Después de lavarnos y vestirnos, desayunábamos a las siete. Seguidamente el cocinero entraba con el cuaderno de pedidos. Yo telefoneaba a las tiendas, o escribía lo que precisaba en los cuadernos que habían devuelto con el pedido del día anterior. El cocinero se plantaba a mi lado, esperando: «No tenemos cerillas... naranjas... harina... azúcar...». «Gracias, ya tenemos de esto.» «Y la carne de los criados no era buena ayer.» «Se lo diré.» Aparecía el «boy» y decía: Necesitamos cera, necesitamos jabón, necesitamos velas.

Y después debería haber ido, como correspondía, a las reuniones para tomar el té. Pero yo ya no aparecía por aquellas habitaciones estrechas, porque tenía muchas cosas por hacer. Me ocupaba del jardín y cosía toda la mañana. Preparaba el pequeño equipo de John y de la niña, las camisas y los pijamas de Frank, todos mis vestidos y ropa interior, y los delantales y camisas de los criados.

Cuando asistía a una reunión de mujeres me veía incapaz de callar mis ideas. Era del dominio público que tenía todas aquellas ideas peligrosas... pero ¿qué ideas? Más bien eran una mezcla de emociones. En ocasiones, cuando me entrevistan, me preguntan: ¿cómo, con la educación que había recibido, pudo comprender la sociedad en la que vivía? La respuesta es: no la comprendí. Piensan aún, según parece, en la niña, de unos diez años, que afirmaba: Ésta es una sociedad profundamente injusta, y ¿cómo puede ser que una pequeña minoría blanca de cien mil esclavice a una mayoría negra de medio millón? Pero ni siquiera hoy sé cómo explicar aquello en lo que vivía, sólo sabía lo que yo sentía, y esto es algo muy distinto. Vivía la mayor parte del tiempo en un estado de incredulidad. ¿Cómo es posible que las cosas sean así? Podía partirme de risa por la incredulidad que me provocaba el Rhodesia Herald durante el desayuno. «¿Dónde está la gracia?», pregunta el joven marido, que se levanta para tomar parte en el gobierno del país. «¡Mira esto!» le pido, pasándole el periódico. Está de pie, tragándose el último sorbo de té, leyendo. «Hummm... no es muy inteligente, estoy de acuerdo.» Frank tartamudeaba un poco, algo que tal vez empezó como una tentativa para adquirir gravedad cuando era un hombre muy joven que trabajaba con hombres de más edad. La página de las cartas al director era particularmente hilarante. «Quiero protestar por la costumbre de utilizar a las mujeres kaffir como niñeras. ¿Queremos que nuestros hijos crezcan como los kaffir? —Madre Indignada.» «Con todos estos extranjeros y socialistas de Gran Bretaña llegados a nuestro país, corremos el peligro de que los nativos alberguen todo tipo de ideas indeseables. ¿Qué medidas tomarán las autoridades para prevenirlo? —Demócrata.» «Frank, ¡mira esto!» Él se ríe. «Bien. Ten-ten-tengo que irme a la oficina. Te veré en el almuerzo.» Me quedaba en la mesa del desayuno bebiendo té, meciendo con una mano el cochecito de Jean, una y otra vez, leyendo el Rhodesia Herald. No es posible. Pero a la incredulidad le sigue la ira, a la que sigue un ¿Qué otra cosa se podía esperar? que te hipnotiza hasta paralizarte. ¿Y qué medidas podía tomar yo? Por entonces ya comparaba a las mujeres jóvenes de las reuniones para tomar el té con mi madre... no la mujer de entonces, la derrotada e infeliz esposa de un

hombre moribundo, sino la que había sido. En ningún momento de su vida se habría sentido feliz sentada toda la mañana hablando de bebés, hombres, costura, calceta, comida, servicio y exclamando: «¿Quién querría ser mujer?». Entre mujeres como mi madre, la abuelita Fisher y mi suegra y aquellas esposas de funcionarios existía un abismo que me hacía perder toda la fe en mí misma. No se nos pedía nada... ésta era la cuestión. Ninguna trabajaba, ni llegaba a plantearse tal posibilidad. Tendrían dos o tres, posiblemente cuatro, hijos, cuidarían de la casa, confeccionarían la ropa de todos, y en la madurez se dedicarían a obras benéficas. Así lo veía yo, pero en realidad el Destino tenía otros planes, porque fueron estas mismas mujeres las que en la Guerra de Liberación, treinta años más tarde, empuñaron armas para defender su estilo de vida. ¿Y qué hacían los bebés? Cuando John estaba en el jardín era feliz jugando con el piccanin. Risas cuando se escapaba a la calle y tenían que darle alcance y hacerle volver. Pero, a fin de cuentas, no siempre podía estar en el jardín. Dentro de casa, ya no era un niño de buen humor. Se mostraba suspicaz, airado, celoso. Cuando yo cuidaba de la niña, se abalanzaba a veces contra nosotras, los puños en alto. O aullaba de rabia y se sentaba en el suelo mirando ferozmente a un ángulo de la habitación, traicionado. Cuando la niña tomó el biberón, la situación no mejoró. No le podía dejar a solas con ella. No era el mismo niño. En cambio, Jean era cariñosa y dócil, dormía cuando debía, exactamente como el niño al que yo había cuidado —no hacía tanto tiempo— en una casa no lejos de aquí.

Yo no me encontraba bien. Probablemente estaba anémica. El médico dijo que una mujer con un recién nacido y un aprendiz de andarín —una palabra interesante para John— era lógico que acabase cansada. Durante todo aquel tiempo nuestra incansable vida social siguió su curso. Nunca se me ocurrió no beber, o dejar de fumar. Estaba en mi derecho. Además, no me embriagaba, ¿verdad? Un poco colocada en ocasiones. Cuando Frank volvía de la oficina para el almuerzo e inmediatamente sacaba las cervezas, las botellas de ginebra, las tónicas, si yo me negaba, él exclamaba: «Pero si sólo se vive una vez». No podía comer más sano, pero aparte de esto, no hacía nada inteligente. Sólo quería dormir. Me desmayé varias veces, algo que no me había pasado antes ni me ha pasado después. Me sentía desgraciada y aturdida, dividida entre aquellos dos bebés.

Decidimos que me iría con John a Ciudad del Cabo durante un mes, dejando a Jean con una amiga. No sentí remordimientos entonces ni los siento ahora. Los niños pequeños precisan que se les haga dar saltos sobre las rodillas, los acunen, los levanten en brazos, los consuelen, y no tiene que ser necesariamente la madre. Cualquier mujer cariñosa hará las veces. En la casa de al lado vivía una mujer que había suspirado por una hija toda su vida. Ya pasaba de los cuarenta y no iba a tener otro hijo. No podía evitar acercarse a nuestra casa en la que la encantadora niñita hacía arrullos y sonreía y saludaba con sus pequeñas extremidades. Deseosa era poco para expresar cómo se sentía ante la perspectiva de poder cuidar del bebé durante un mes: cuando finalmente lo decidimos, lloró. No podía parar de darnos las gracias. Dijo que pensaba que yo estaba loca por perderme aunque fuera sólo una hora de aquella niñita perfecta, pero ella no se quejaría. Ya me daría cuenta.

Pospusimos aquel viaje porque el navio de mi hermano, el *Repulse*, se encontraba en el Pacífico, hundido cuando los japoneses torpedearon dos, el *Repulse* y el *Prince of Wales*. Primero llegó la noticia del hundimiento. Le di por muerto. ¿Por qué? Era porque la muerte por culpa de la guerra formaba parte de mi oculta y secreta orden del día. Me agarré a Frank y le dije que teníamos que tener otro hijo inmediatamente. ¿Puede existir una reacción más elemental, por no decir primitiva? Miraba desdeñosamente las noticias de muerte, muertes, miles de muertes cada vez que escuchábamos el noticiario. Frank

dijo que yo estaba histérica: y era cierto. La verdad es que distaba mucho de la alegre competencia que me caracterizaba. ¿Qué se me había metido dentro?, se preguntaba él. Cuanto antes me fuera de vacaciones, mejor, decía. Yo lloraba, y estaba furiosa, porque no podía decir cuan profunda y apasionadamente culpaba a mi madre, y no con razonamientos lógicos como el siguiente: «Te esforzaste, luchaste, sufriste, moviste hilos para que tu hijo entrara en la Marina por lo mucho que sufriste en tu juventud cuando tu hermano suspendió los exámenes de ingreso en la Marina y tú habrías aprobado con tanta facilidad... tu hijo era tu yo enterrado y frustrado, y como consecuencia tuvo que entrar en la Marina. En las guerras hunden a los navios. ¿Qué esperabas?». No era éste mi razonamiento, en absoluto. Miraba, de cerca, a mi enemigo con un profundo y terrible temor, que podía expresarse así: Si una mujer ha trabajado durante años, y contra semejantes obstáculos, para conseguir su deseo profundo, en este caso que su hijo entrara en la Marina, y finalmente lo consigue, naturalmente hundirán su barco. ¿Y más aún? Si Harry se hubiese ido junto con los otros rhodesianos al Norte de África, Némesis no se hubiera fijado en él.

Fue por aquel entonces cuando empecé a tener un sueño que se me repitió durante años. Me encontraba en un polvoriento y desgastado paisaje. Junto a un golfo o barranco, donde los estratos de los cataclismos del Tiempo yacían unos sobre otros. Esta visión se nos ha hecho familiar gracias al cine, pero entonces provenía de los largos ratos pasados junto a las trincheras de los buscadores de oro, que dejaban al descubierto las capas de la tierra. En el fondo del foso se encontraba algo con la forma de un gran lagarto... no, espera, era un lagarto, un antiguo dragón, preservado allí durante siglos. Pero no estaba muerto, porque su ojo vidriado por el polvo miraba al vacío, luego lentamente giraba hacia arriba, como el de un camaleón, y me miraba. O, en otros sueños, el ojo miraba hacia delante y, después de un buen rato, parpadeaba una sola vez.

No era el ojo dorado del pájaro ni el ojo de un rapaz en rápido descenso, pieza cobrada, y luego arriba y lejos. Recientemente vi un documental, hecho por realizadores japoneses y chinos, sobre la parte del desierto chino de la antigua Ruta de la Seda donde hay arenas movedizas que cubren antiguas ciudades y las dejan al descubierto cuando sopla el viento, revelando la frágil momia de una mujer joven, aún bonita, con sus tiras de seda desgarrada colgando de su cuerpo, y luego la vuelven a enterrar. Esto es lo que ve el ojo del viejo lagarto mientras parpadea, una sola vez.

Luego llegó la noticia de que a mi hermano lo habían rescatado del mar, junto con otros, aunque la mayoría se había ahogado. Más tarde Harry me contó que se había quedado junto a la escalera, que llevaba a cubierta, contemplando cómo los hombres pasaban por delante de él, subían y desaparecían, cuando alguien le dijo: «¿Tú no subes, Tayler?». Interesante que, cuando más tarde relató en una carta el hundimiento a sus padres, no lo mencionara. Yo no lo he olvidado. La vida depende de azares tales como el de la frase: «¿Tú no subes, Tayler?»... que hizo que él llegara a cubierta cuando el barco volcaba, pudiera deslizarse hasta el mar y alejarse nadando.

El viaje en tren de Salisbury a Ciudad del Cabo duraba cinco días. Creo que hoy tarda poco menos. Me metí en un compartimiento con John. Verse encerrada en un espacio del tamaño de un carro con un niño hiperactivo es algo que no recomiendo a nadie. El tren avanzó despacio hacia el sur, atravesando el centro del continente, el Karroo, las montañas del Cabo, mientras yo cantaba, entonaba canciones de cuna, recitaba todos los poemas que me sabía, me inventaba cuentos. Mientras tanto John iba de un lado para otro, se colgaba, trepaba por el lugar como un monito. Hacía mucho calor. Tenía que mantener la ventanilla cerrada, para que John no se lanzara por ella. Una película de polvo encima de los asientos, de las paredes, de nuestras caras. Mi vestido tenía una capa de polvo, los pantaloncitos y la blusa de John eran marrones.



Pero volvía a ser él, no estaba enfadado, había recuperado a su madre, por lo que estaba de buen humor, cariñoso, con curiosidad hacia todo. Cuando nos paramos en las estaciones, de nuevo estaban allí los niños negros que vendían animales de madera, las mujeres que ofrecían por unos peniques un mango, naranjas, albaricoques. Pasaba el tiempo. El paso de una hora suponía una pequeña victoria. Por las tardes, encerraba a John entre mis brazos, por lo que no tenía otra alternativa que dormir un poco: estábamos pegados por el sudor y el polvo. Por la noche caía dormido, exhausto, y yo con él. Pasaron los cinco días, por fin, y me encontré en un hotel barato en Seapoint, cuya fachada estaba adornada con luces de colores que querían sugerir diversión y vacaciones, aunque ahora Ciudad del Cabo estaba llena de marineros y de tropas de camino a algún escenario de la guerra. También, llena de refugiados.

En el hotel había una mezcla de gente sólo posible en época de guerra. Algunos habían escapado de la caída de Singapur. En mi mesa estaba una mujer a la que metieron, cuando cayó Singapur, en una barca de remos con dos bebés, gemelos, y que luego había subido a un barco que trasladaba a centenares de personas a Ciudad del Cabo, con el temor constante de ser torpedeados en cualquier momento: no sabía si su marido estaba vivo. Las autoridades británicas en Ciudad del Cabo le dieron algún dinero. En las semanas que me alojé en el hotel los huéspedes hacían colectas para los refugiados que nada tenían. Las mujeres cuyos hijos ya llevaban pañales le dieron ropa de bebé, otras donaron todo un vestuario. Aquella mujer tan inglesa, nacida para llevar las mejores prendas de su clase, vestía con vaporosos e indecorosos vestidos, pero sus ojos azules, su cara suavemente pecosa, sonreía a partes iguales a la calamidad y a su imagen en el espejo, sin dejar de comentar que era extraño que «nosotros» orientáramos todos los cañones de Singapur hacia el mar, dejando sin defender la parte de tierra, por donde fácilmente podían llegar los japoneses. Similarmente, los británicos, «nosotros», habíamos dictaminado que era imposible que el *Prince of Wales* y el *Repulse* se hundieran. Como el *Titanic*. No obstante, unos torpedos hundieron los barcos de guerra en cuestión de minutos y un iceberg hundió el *Titanic* en cuestión de minutos. Estos sucesos no nos han impedido seguir creyendo en las declaraciones de los expertos militares. Durante aquellas semanas la inglesa y yo nos hicimos amigas, aprendiendo mucho una de la otra. Luego la guerra nos separó para siempre. Después de la guerra ella volvió a Inglaterra con sus mellizos y se reunió con su esposo, sano y salvo.

Frank me había dicho que aprovechase mi estancia en Ciudad del Cabo para ir a una clínica de control de natalidad y consiguiera el anticonceptivo más moderno, porque allí sería más fácil que en la pobre y provinciana Salisbury. No era cierto. En la clínica un guapo joven me palpó mis intimidades con su índice enfundado y respirando pesadamente. Yo pregunté con delicadeza: «¿Va todo bien?» y se acabó la historia. Nada es más extraordinario que el sistema de interruptores de los que las mujeres están provistas. No era una situación amorosa, pero sola con él en una playa a medianoche me hubiera derretido como el azúcar. Mientras lo escribo pienso que este incidente puede ser considerado acoso sexual. Sus cinco segundos de mala conducta le habrían supuesto la expulsión del colegio de médicos y yo, supuestamente, me regocijaría al ver arruinada su vida.

En el hotel había una mujer joven de Windhoek, que había acudido expresamente a Ciudad del Cabo para ir a esa clínica: tenía veintiún años y tres hijos ya. Su marido era un obrero del ferrocarril mal pagado. No podían tener más hijos. Era como Ivy, con pelo lacio suelto, cuerpo delgado y ansioso, defensiva, llena de humor, de justificaciones. De hecho aquella muchacha y su marido salían adelante eficientemente con sus tres hijos de corta edad, el más pequeño un bebé, lo cual no dejaba de tener mérito en aquel hotel barato. Se adoraban. La larga, demasiado delgada mano de él se adelantaba para

acariciarle el pelo, o el hombro. Ella no podía dejar de sonreír de amor cuando le miraba. Ellos dos, con sus hijos, y yo, con John, nos reuníamos a menudo en su habitación. John estaba encantado con sus nuevos amigos, pero no con el bebé, una amenaza. Ella sacó una vez su nuevo diafragma de la capa de talco y dijo: «Pero fijaos en esto, fijaos, ¿cómo voy yo a utilizar semejante cosa?». «Pero, corazón, tenemos que utilizarlo.» «Ah, caramba, pero soy yo la que debe ponérselo.» «Pero si las veces en que lo intento por otros medios tú siempre te quedas embarazada.» «Las pocas veces en que lo intentas, querrás decir.» Y se abrazaron, riendo. La advertencia de mi médico, que yo había considerado una pura extravagancia, al final tenía sentido. «De nada sirve que te recete un diafragma si lo dejas en el cajón.»

Se quedó embarazada antes de volver a su casa en Windhoek.

Al caer la tarde, una de las madres se ofrecía voluntaria para vigilar a todas las criaturas dormidas, mientras las restantes bajaban a tomar una copa al café de la playa. Por entonces yo apenas bebía. La bebida no me parecía un imperativo, a diferencia de cuando estaba en Rhodesia. Además, aquí se practicaba la cultura del vino. Y esta cultura, además, me interesaba mucho. Mi amiga de Singapur se sentaba con la pareja de Windhoek. La inglesa y la muchacha de la pequeña ciudad seca por el viento, muerta de sed por el sol, que soñaba con el gran mundo al oír los melancólicos chirridos de los trenes, se hacían mutuamente preguntas bien intencionadas pero torpes. Se reían de impotencia y al final abandonaban. Una podía decir: «Vivimos en una torre del ferrocarril cerca de las vías del tren y la mayor parte del tiempo nos mata la preocupación por el dinero y todo en nuestra casa está cubierto por una capa de polvo, y las moscas me enloquecen», pero es difícil para una mujer de un país acolchado de húmeda hierba comprenderlo. «¿Conociste a tu hombre en el colegio?» «Sí, conocí a mi marido en una escuela de verano.» «¿Vais al colegio en verano en Inglaterra?» «No, era una escuela de música estival. Mozart y Haendel.» «Si me ves en una escuela fuera de hora, es que no soy yo.» Tampoco la inglesa comprendía que los tres diminutos niños se llevaran diez meses. Cuando le hablé de la incapacidad de la muchacha sudafricana para usar un diafragma, me dijo: «Pero esto es una locura». Y luego, empujada a dudar, tras haber entrado en contacto con una cultura que no hubiera imaginado antes de la guerra: «Porque, lo es... ¿no?».

Una noche, cuando su esposa montaba guardia con los bebés, yo estaba con el marido de la chica sudafricana en la playa. En seguida empezó a cortejarme. Me sorprendió. Estaba enamorado de su mujer, ¿no? «Al cuerno, te cansas de siempre lo mismo», dijo. «Pero yo no estoy enamorada de ti.» Me replicó: «¡No me digas! ¡Vamos!». Se sintió ofendido y no pudo volver a mirarme después de esto sin mostrarse resentido. Yo no tenía idea de que ésta había sido una confrontación masculino-femenina en su quintaesencia.

En Ciudad del Cabo soñaba con un hombre, pero sólo con uno que representara la vida bohemia que sabía que albergaba aquella ciudad. Pintores, poetas, artistas de todo tipo vivían en un Barrio Latino rebosante de vino y amor libre. Pero no podía aspirar a tales maravillas en Seapoint con un niño. Si conseguía salir del hotel una noche y de los complicados sistemas de turnos de guardia, ¿dónde iría? Además, estaba tan cansada. John volvía a ser cariñoso, pero se pasaba el día corriendo y trepando, y yo persiguiéndole.

Recuerdo una mañana en que, al pensar en las implicaciones de «¿Tú no subes, Tayler?», bajé a la playa con John, y el mar estaba encrespado con olas que se elevaban hasta lo más alto, luego rompían, volvían a elevarse y rompían, mientras el viento levantaba arena y espuma fría contra mis piernas. John subía y bajaba, gritando de placer ante el ruido y el balanceo del mar. Se libró de mí y, como un cachorro travieso,

dejó la correa en mis manos, y se echó a correr por la playa hacia donde las olas rompían, golpeaban, y retrocedían llevándose montones de arena, como si la playa se viera engullida por el mar, antes de que todo aquel batiburrillo de arena, agua y espuma surgiera de nuevo... Si una ola atrapaba a John, nadie podría adentrarse en aquel mar, lo engulliría. Yo corría tras él, gritando, pero el ruido del agua absorbía mi voz. Allí estaba él, corriendo, tan rápido como un chorro de espuma, y cada vez que rompía una ola yo pensaba que no volvería a verle, y corría y corría, pero no había podido atraparlo nunca desde que cumplió el año. Y de repente, había un hombre al final de la playa, y lo vio, y se plantó delante para que John cayera en sus brazos. Lo agarró, lo levantó y me lo devolvió. Tuvo que darme ánimos, porque yo estaba muerta del susto. Era un marinero en un día de permiso. Me entregó al niño y me dijo: «Uf, por poco». En su sonrisa pude vislumbrar la romántica aventura por la que yo suspiraba, pero un niño de dos años no es el mejor estímulo para el romance.

El verdadero acontecimiento de aquel viaje a la costa fue un encuentro tan estimulante como las palabras del anciano de Umtali. En nuestra mesa durante un almuerzo, comiendo —críticamente— la chuleta de cordero y calabaza al curry, que era nuestro alimento principal, estaba una prima de la madre de los mellizos. Era una mujer flaca, pálida, de unos treinta años, con un vestido de hilo color crema, y perlas que insistían, modestamente, en que eran auténticas. Frecuente y minuciosamente humedecía sus labios rosa pálido mientras fruncía el entrecejo ante el revoltijo en su plato, y me ofrecía un puesto de trabajo en su oficina. Por culpa de la guerra estaba atrapada en Sudáfrica, su esposo en el ejército y de camino —creía ella— al Este, a la India —pensaba ella—, pero hablar sin precauciones costaba vidas. Aquí aplicaba su inteligencia al fomento de las buenas relaciones entre razas: pertenecía a un organismo de la Iglesia católica que se dedicaba a esta labor. Al saber que yo era de Rhodesia del Sur se dedicó a criticar aquel país. Quizá quedaría mejor si yo incluyera ahora frases sentenciosas como «Ves, tú eres tan joven y yo tan vieja», pero no era esto lo que decía. «¿Qué se puede decir de gente que ha robado toda la tierra a los negros y luego hablan de subirles el nivel y de civilizarlos? ¿Cómo describir a un país donde 100.000 blancos utilizan a un millón de negros como criados y mano de obra barata, les niegan educación y preparación, y siempre en nombre del Cristianismo?» Pero lo que los hacía más penosos era que estaban muy satisfechos de sí mismos. «¿Por qué demonios son tan engreídos?»

Siguió de esta guisa mientras yo intentaba mantener a John en su silla el tiempo suficiente para embutirle la comida, mientras su prima daba cucharadas de papilla a sus mellizos, una, dos, una, dos, y decía: «Me recuerda a Singapur. El orgullo precede a la caída».

¿Podía sorprenderme esta visión de mi madre patria? No era una sorpresa sino una verdad estimulante no revelada desde hacía tiempo. Ninguna de las personas a las que yo conocía era capaz de decir algo tan elemental y tan obvio. Resultó verdaderamente una revelación y, por encima de todo, lo pasé mal por el desprecio de ella. Mis padres podían haber hablado de «este país pequeño y de segunda clase» durante años, pero no me había dolido tanto como me dolió oírlo entonces a ella, o a un hombre, miembro del gobierno de Sudáfrica, que por alguna razón bélica había ido a parar a esta bulliciosa pensión: «¿Entonces tú provienes de nuestros inteligentes vecinitos del Norte?». (Los nacionalistas no llegaron al poder hasta 1949, el «sentimiento» de Sudáfrica aún era británico, y no perdonaban que Rhodesia del Sur se hubiera negado a ser una provincia de Sudáfrica en 1924, eligiendo en su lugar el autogobierno.)

Mi hermano vino a Ciudad del Cabo para pasar un par de días, de camino al Aurora, que se pasaría el resto de la guerra combatiendo en el Mediterráneo. Se sentaba en la

terrazza del hotel, contemplándonos a John y a mí, mientras yo contemplaba al guapo oficial de Marina. Apenas nos habíamos visto durante años, no nos conocíamos. Por lo que se refería a su naufragio en el *Repulse*, no quería hablar del tema, y durante años se negó a hablar de lo que había supuesto para él. Nos sentábamos allí, coqueteábamos un poco, como coquetean un hermano y una hermana que raramente se ven. Y, además, también se aprovechaban las mujeres jóvenes del hotel, que pasaban con sus retoños arriba y abajo por delante de nosotros con mayor frecuencia de lo que era habitual.

Mi matrimonio se había acabado, pero yo no lo sabía.

Durante el lento retorno de cinco días, a través de las magnificencias de Sudáfrica, entretuve a John y pensé que, una vez en casa, haría... ¿qué, exactamente? La inglesa había dicho que, cuando su organización estableciera una oficina en Salisbury, esperaba que yo trabajara para ellos. Pero la iglesia no era lo mío. No obstante, sólo en misiones e iglesias se daba educación a los nativos.

Volví a ver a la niña que se había pasado todas y cada una de sus horas de vigilia en brazos de su encandilada madre adoptiva, y a quien yo le parecería deficiente en comparación. Le dije a Frank que quería «hacer algo», y él lo aceptó. Que el puesto de una mujer era el hogar no formaba parte del pensamiento «progresista» con el que él estaba comprometido. Contratamos a una muchacha negra de niñera. Algo sencillo, aparentemente. Pero ya había cuatro hombres en nuestras dos pequeñas habitaciones. Hubiera sido normal para aquella época que compartiera el espacio con ellos, pero nos sentíamos incómodos al respecto. Le sugerimos que durmiera en la casa, con John — Jean dormía en nuestra habitación— cuando nosotros salíamos, que era casi todas las noches. Esta fórmula le permitía decir a la policía o a cualquiera que se interesara que vivía en el «kia» —las habitaciones de ladrillo— en la parte trasera; en realidad le permitíamos estar allí si lo quería, pero le dejábamos elegir entre aquel lugar o una cama en la casa. Una cosa así resultaba verdaderamente insólita. Escándalo. Sorpresa. Horror. Los vecinos nos hicieron saber que se habían enterado de lo «que pasaba». La mujer de la casa contigua, después de preguntar si era cierto que una mujer negra kaffir realmente dormía en la casa, dijo fríamente: «Siempre has sido tan bohemia, querida. Se aprovechará de ti». Mi madre se sorprendió, se preocupó y se fue a la oficina de Frank para protestar. Como siempre, él se mostró tranquilo y diplomático, pero no comprendía por qué mi madre siempre me provocaba arrebatos de exasperación, por qué no podía sino meterme en cama cuando se iba, o por qué lloraba de rabia impotente cuando ella entraba precipitadamente en la casa para ser descortés con el cocinero, insultar al «boy» y decirle al piccanin que ni se le ocurriera tocar al bebé.

Años más tarde un terapeuta quería que yo reconociera como señal de inmadurez el hecho de que nunca le dijera a mi madre lo que pensaba, porque nunca hubo una pelea encendida, de gritos, de chillidos, nunca le planté cara. Pero ella se hubiera hundido, deshecho. No puedo recordar a mis padres cruzándose una palabra fuera de tono o desagradable. No era su estilo. Mi compasión hacia ella me paralizaba, mi yo dividido me inmovilizaba y me comportaba siempre con una implacable corrección: mucho peor que chillar y gritar. ¿Y qué podía haber gritado? Sólo una cosa: Por el amor de Dios, ¡déjame en paz!

Yo podía intentar «vivir mi vida», una fórmula que ahora me parece infantil, pero tuve que posponerlo, porque nuestra casa estaba llena de gente. Extendimos la mesa del comedor, y las comidas eran continuas, yo cocinaba sin fin, sin reprimendas del cocinero, que precisaba ayuda. Me repetía el chiste a mí misma —puesto que nadie más lo habría entendido— de que éramos como una familia rusa, quizás en Yasnaya Polyana, la joven pareja de casados y sus hijos y sus siervos, los parientes políticos y sus hijos, la cuñada del campo que venía para pasar un día con su marido y los hijos, y los

amigos de Frank de la oficina o del Club.

«Me parece que la cuenta de la carne es un poco alta, ¿no es cierto?»

«Bien, también la del alcohol.»

Le había sugerido a Frank que bebiéramos vino del Cabo pero él se sentía incómodo. El vino se consideraba entonces una «presunción»... de nuevos ricos.

Recuerdo a la hermana de Frank, Mary, como la romántica heroína de una historia tan sencilla como una canción popular. Era delgada, grácil, de pelo ámbar partido sobre una amplia frente y recogido en un moño. Tenía enormes ojos grises, una bonita sonrisa y hoyuelos. Aquella muchacha encantadora había captado la atención de un lord que estaba de visita y que inmediatamente se enamoró de ella. La sedujo apasionadamente y finalmente ella se enamoró de él. Estaba segura de que se casarían y vivirían en Inglaterra. Pero él cambió de idea. A ella se le rompió el corazón: los corazones se rompen. Inmediatamente se casó por despecho con un hombre que a la bella Mary le parecía una bestia —aunque lo mismo le habría ocurrido con cualquier otro—: un ayudante de granja tosco, curtido, bien intencionado, que luego se convirtió en granjero. Él miraba a aquel ángel que estaba tan por encima de él, con una mirada mitad de adoración, mitad de rabia. Cada molécula del cuerpo de ella era sensible, suave, delicada, refinada, discernidora. A él le parecía divertido colocar un petardo debajo de la camisa del cocinero o matar un pájaro o un animal sólo para divertirse, no para comerlo, porque ella no lo soportaba, o dejar dinero en una habitación que muy pronto limpiaría el criado y mirar por una rendija cómo el hombre agonizaba de indecisión sobre si robar las monedas y, si lo hacía, aparecía él rápidamente y amenazaba con llamar a la policía, para estallar inmediatamente en grandes carcajadas: «Te he atrapado, canalla». Mary nunca dejó traslucir su sufrimiento, siempre se mostró paciente y de buen humor. Creíamos que había elegido a aquel pedazo de bruto por marido como castigo por permitirse ser tan poco prudente en el amor. Cuando nos visitaba, miraba mis libros, pasaba una página y suspiraba: «La vida ya es bastante triste, ¿por qué leer al respecto?». Cuando yo escribía fragmentos de aprendizaje y trozos de novelas, se lamentaba de mi visión morbosa de la vida, antes de volver a la terrible pobreza de su solitaria granja, a la casa minúscula, al bestia de su marido, y a sus dos hijos pequeños, que ella intentaba educar en el amor por la Belleza y la vida agradable.

La madre de Frank se presentaba en casa, se quedaba durante un par de días y se iba de repente. La llamábamos «Mater» o «Wizzy». La habían dejado sin recursos, los dos hijos le pasaban pequeñas sumas de dinero y ocupaba su tiempo con visitas por todo el país, donde jugaba al bridge. Era una mujer baja, gorda, agradable, que no «interfería» con nuestra vida porque no le interesaba. Ya había pasado lo suyo, después de una precaria vida de los primeros tiempos, a veces con dinero, a veces sin. Para mí hoy ella es una oportunidad perdida, como la abuelita Fisher. Me daba miedo que se me acercara demasiado: con una madre ya tenía bastante.

Por aquel entonces Dolly Van der Byl vino a vivir a casa. «Por qué no le alquilamos una habitación; hoy en día, con la guerra, no es fácil conseguir habitaciones y ella es muy agradable, no es justo», dijo Frank.

Cuando Dolly ocupó una habitación que teníamos vacía, en ocasiones compartía las comidas con nosotros, pero no estaba en casa a menudo. Había sido una de las chicas del Sports Club durante años, conocía a todo el mundo en la ciudad, practicaba todo tipo de deportes, era acomodadiza, cariñosa, servicial, hacía de canguro de los hijos de amigos y de los nuestros, trabajaba para la Cruz Roja. A primera hora de la mañana, los tres tomábamos las últimas tazas de té en la terraza trasera, mientras Dolly repasaba con la plancha el vestido del día, y Frank y ella intercambiaban noticias de sus oficinas: ya no trabajaban en el mismo departamento. Si los niños estaban allí, ella era la

personificación de la tía agradable, que siempre encontraba, con exclamaciones de sorpresa, pequeños regalos para ellos en el bolso. A menudo decía bromeando que ya empezaba a ser demasiado vieja para tener hijos: en broma aseguraba que no le importaría liarse con un hombre que ya tuviera hijos. Frank y ella a menudo se iban en bicicleta a sus respectivas oficinas. Ella iba a todas partes en bicicleta, a todas horas del día y de la noche, por toda la ciudad.

Más adelante la gente sugirió que habría estado en mi derecho de haber sentido celos de Dolly, pero ni en lo más deshonesto de mi ser me sentía tentada a utilizar semejante justificación. Para empezar, nunca sentí celos de Frank. Un hombre cuya esposa nunca siente celos tiene buenas razones para sentirse ofendido, pero sólo en cierto tipo de matrimonios. Nuestro matrimonio era bullicioso, lleno de camaradería, sin espacio para los celos. O, mejor dicho, lo había sido. Ahora Frank hacía escenas y estaba de mal humor, y quizás le habría encantado que yo también las hiciera. Este cambio en nuestra relación sentimental me confundía. De repente él me acusaba de coquetear. No obstante, yo actuaba como siempre y le decía que era injusto. No era la primera vez que una joven casada preguntaba amargamente: Entonces ¿por qué te casaste conmigo? Era mi personalidad, lo que yo era, lo que él criticaba. Siempre fui abierta, directa, honrada hasta rayar en la falta de tacto, por no decir agresiva. Era mi natural forma de ser. La intimidad instantánea con todo el mundo, era mi estilo, la moderna aptitud. Todo lo que quedaba por debajo de la franqueza absoluta con todo el mundo es un insulto a la honradez, a la amistad. Pero ¿por qué llamarlo coqueteo? Seguí siendo razonable. Bajo la presión de sus críticas constantes me dije que yo podía desquitarme diciendo que su afable familiaridad con las muchachas y las mujeres del Club se debía a que las había besado —y más que eso— en los asientos traseros de los coches, durante años. Pero sólo pensarlo ya me hacía sentir ridícula. Y, en cambio, ¿por qué Frank no se sentía ridículo haciendo irrelevantes acusaciones? Irrelevancia: me veía sumergida en ella cada vez más. Por lo que se refiere a Dolly, era cierto que me había sentido asustada y excluida cuando ella y Frank se pasaban horas hablando, pero, puesto que se conocían desde hacía veinte años, era lógico que sintonizaran.

La otra mujer que estaba a menudo en casa era Dora, la mujer del hermano de Frank. George había sido un estudioso de los clásicos, un piloto durante la Primera Guerra Mundial, luego funcionario del Ministerio de Colonias en Nigeria. Era una versión más sofisticada de Frank. Las cosas entre Dora y él no marchaban bien. «¿Sabes?», solía decir Dora, «la verdad es que no nos comprendemos.» Era una mujer alta, morena, sonriente, guapa, llena de defensivos trucos femeninos. Había sido bella: existían fotografías del guapo y uniformado George junto con su novia envuelta en encajes. Cuando pienso en la época en que las parejas que no funcionaban no se podían divorciar, me acuerdo de Dora. Llevó su insatisfactorio matrimonio de la siguiente manera: como resultaba evidente que a los niños blancos les era imposible vivir en el terrible ambiente de Nigeria, ella permanecía en Inglaterra. Cuando aparecía George de permiso ella se encontraba en casa de parientes o amigos en otro país o incluso en otro continente. Apenas estaban juntos. Sus críticas respecto a él se reducían a murmullos de desaprobación. Él la criticaba con vehemencia, mientras ella sonreía culpablemente hacia él, hacia nosotros, subrayando que, de hecho, si ella y los niños vivieran con él, a él probablemente no le gustaría demasiado. «A George le encantan sus amiguitas... no creo que quiera verdaderamente a sus hijos... ni me quiere a mí verdaderamente.» Y se mordía los labios con una imperceptible mueca humorística, como si dijera: era una lástima que a él no le gustaran el baile o el tenis. Ella le llevaba a paroxismos de irritación. Él pensaba que era tonta.

Yo solía contemplar secretamente a la encantadora Mary y al patán de su marido, a

Dora con sus suspiros y a su ingenuo marido, y preguntarme una vez más cómo era posible que personas destinadas a hacerse desgraciadas mutuamente tan a menudo acabaran en la misma cama o, por lo menos, en el mismo dormitorio. Todavía no incluía mi matrimonio con Frank en esta categoría. En comparación, formábamos una buena pareja.

George bebía mucho pero no lo parecía. «Aguanta bien el alcohol»: No podía existir un cumplido mejor. Mientras él estuvo en Salisbury todos bebimos mucho más de lo habitual. Bailábamos, también, casi todas las noches, en Concursos de Bailes, Bailes del Sports Club, y bailes en los hoteles. «Sólo se vive una vez», les encantaba decir a los dos hermanos.

Por aquel entonces John, Jean y yo contrajimos tos ferina. Ellos dos se fueron a la granja para que mi madre los cuidara, y yo me quedé en la habitación de invitados para que los hijos de Dora no se contagiaran. Cuando mis hijos se recuperaron me fui en coche a recogerlos y encontré a mi padre fantasmal y desmejorado debido a sus varias enfermedades. Contemplaba a los pequeños jugando con los gatos y los perros y decía: «Sí, también tú eras así, erais unas criaturas tan encantadoras y mirad en lo que os habéis convertido. No vale la pena».

«Vamos», dice mi madre, quien seguramente en muchas ocasiones había pensado lo mismo. «Exageras.»

«Ah no, no exagero», dice mi padre, blandiendo, como siempre, su pata de palo delante de él como si quisiera pegar a alguien con ella, aunque en realidad para aliviar la incomodidad de su muñón hundido dentro de los calcetines que le escocían. «¿En qué exagero? Te apuesto algo que, si preguntaras, la mayoría de la gente te diría que no valía la pena: tener hijos, tanto trabajo y tantas preocupaciones para que luego se conviertan en algo de segunda.»

Estaban intentando vender la granja. Recientemente, visitando una vez más el lugar, sin verlo ya con los fantásticos ojos de la infancia, caí en la cuenta de que siempre había sido demasiado pequeño. Nunca podían haber prosperado allí. La pregunta es: ¿por qué no se dieron cuenta?

Y por entonces me encontré por la calle a Dorothy Schwartz, aquella disidente del grupo de «progresistas» que mucho tiempo antes (bueno, en realidad cuatro años) me había querido reclutar. Allí estaba, bajo las jacarandas, con libros bajo el brazo, inalterable, una muchacha morena y menuda, la prudente doncella, escuchando tranquila mientras yo le comentaba efusivamente, al estilo de la «humorística» Tigger, lo mucho que odiaba mi vida, la «civilización blanca», los tés de mujeres. No le dije que odiaba a mi marido, sólo que era un reaccionario. Una mujer puede decir que su marido es un terrible reaccionario, pero no que sea mezquino. Dorothy me insistió en que debía asistir a una reunión. Antes de que yo pudiera expresar en voz alta el asco que sentía al recordar a sus amigos, me informó que no se trataba de aquellos estúpidos socialdemócratas, sino que ahora había un grupo de auténticos revolucionarios, y consideraban que había llegado el momento de conocerme.

El tipo de halago al que es difícil sustraerse.

Y es que cualquier persona, por muy oscura que crea que es su vida, es observada por individuos y grupos de todo tipo que analizan su potencial y su actuación. Si esto suena vanidoso e incluso paranoico, sólo puedo decir que lo he comprobado repetidamente. Los vigilantes pueden ser malignos, no siempre son benévolos.

Empecé a ver a Dorothy, siempre con otros, que ahora no recuerdo muy bien — miembros, sobre todo, de la Fuerza Aérea, así como refugiados de Europa—, tomando cervezas en el Meikles Lounge, en el Grand Hotel, en baratas cafeterías de pobres rincones de la ciudad. No tenía una idea clara de cuál era el grupo del que empezaba a formar parte. A los antiguos miembros del Club del Libro de la Izquierda la «historia los había orillado», y se había demostrado que eran unos reaccionarios. Las mentiras que decían los gobiernos y la prensa sobre la Unión Soviética habían quedado igualmente refutadas por la magnificencia de la defensa rusa de Stalingrado. La nueva situación precisaba una evaluación objetiva de nuestros recursos y, por encima de todo, de posibles mandos.

Me sentía embriagada. Me nombraron secretaria de alguna organización, he olvidado de cuál. Frank estaba inquieto porque en su calidad de funcionario no se podía permitir contacto con la sedición y porque mi nueva vida no le incluía.

Me había convertido en una comunista. Cualquier persona de cierta edad, o con cierta experiencia, comprenderá esta simple declaración. Pero una antigua roja está acostumbrada a que una persona joven, dispuesta a comprender, le pregunte: «Claro, eras progresista, pero ¿por qué el comunismo? ¿Por qué el radicalismo organizado?». Ante semejante pregunta yo y otros como yo sólo podemos asombrarnos. Raramente el tiovivo del tiempo ha efectuado, de forma tan rápida y total, una recomposición de ideas semejante. Por debajo, late sobre todo la creencia de que la gente se convierte en comunista después de colocar media docena de programas políticos sobre una mesa y estudiarlos: «¿Entro en el Partido Laborista?». «No, creo que el Partido Unido de Huggins...» «Por otra parte...» La gente se convierte en comunista por el cinismo de sus propios gobiernos... esto, en primer lugar. Porque se han enamorado de una comunista,



como le pasó a Gottfried Lessing. Porque los llevaron a una manifestación del partido y se vieron arrastrados por la emoción de masas. Porque los llevaron a una reunión del partido y encontraron atractivo el ambiente de conspiración. Por el idealismo del partido. Porque les gusta el heroísmo o el sufrimiento. En mi caso, se debió a que por vez primera en mi vida conocí a un grupo de personas (no a una persona aquí y otra allá) que lo leían todo, y a los que leer no les parecía algo raro, y entre quienes los pensamientos sobre el Problema de los Nativos, que yo apenas osaba decir en voz alta, resultaban ser meros lugares comunes. Me convertí en una comunista por el espíritu del tiempo, por el Zeitgeist.

En *Padres e hijos*, de Turguenev, hay una escena en que el héroe Bazarov (que es el mismo tipo psicológico que más tarde se hubiera convertido en comunista o incluso en terrorista) lleva a un amigo estudiante a visitar el pasado, personificado por dos ancianitos, supervivientes del cataclismo, la Revolución francesa y las ideas ilustradas. Allí están, revoloteando como pajarillos. Una sorpresa para la nueva juventud. No tengo ninguna duda de que muy pronto yo y otras reliquias del comunismo recibiremos la visita de gente joven de la edad de mis nietos y biznietos, y veremos cómo, cuando se vayan, intercambian una sonrisa de incredulidad tolerante. «Sorprendente, tenían unas ideas tan absurdas...»

¿Y qué hacía la madre de dos niños pequeños? Era competente. Hasta el momento en que se largó de aquella casa, la gobernó, supervisó el servicio, salió a bailar y a tomar copas, llevó a los bebés de paseo arriba y abajo bajo los árboles de las avenidas, John, por supuesto, protestando en un extremo del cochecito. Siguió confeccionando ropa para los niños y para ella y para Frank. Cocinó. Podía pasarse mañanas enteras con Dora y Mary y en amigables charlas familiares, pero constantemente su pensamiento se hallaba en aquel otro mundo del que formaba parte, y era su derecho.

Una escena: una joven con pantalones cortos de hilo color verde y blusa de algodón a cuadros va montada en una bicicleta y pedaleando con largas y suaves piernas bronceadas de las que es tan consciente como si un amante se las estuviera acariciando. Está radiante debido a sus propios atractivos, y esto le hace descubrir muchas cosas, porque su cabeza está estallando de nueva información e ideas. En el manillar hay una sillita de lona, y allí se sienta Jean, un bebé, de unos quince meses. Cuando John se sienta en esta silla siente tanto regocijo como su madre, porque le encantan el movimiento, la excitación, el desafío. Pero a la pequeña Jean, a pesar de que desea ser como su hermano mayor, es una criatura pensativa y sensible, y no le hace feliz pasar rauda bajo los árboles. Sé de su aprehensión pero le digo que todo va bien, mientras a ella le tiemblan los labios.

Por alguna razón voy a casa de Nathan Zelter, probablemente para recoger unos libros o panfletos. Llego, apoyo un pie en el peldaño de la terraza, y me instalo sonriéndole. Me inspecciona con el reconocimiento irónico de un hombre que siente atracción por una chica que queda fuera de su alcance. Comenta algo desapasionadamente, pero resulta sarcástico. Yo me enfurezco. ¿Cómo se atreve?, pienso. Años más tarde, en una fiesta, en los años sesenta, veo a una mujer joven con una minifalda tan corta que siempre resulta visible la entrepierna enfundada en unas apretadas bragas blancas. Pero hoy está sentada en el suelo con un largo vestido «étnico». Se le sube un poco y deja al descubierto unos centímetros de tobillo, que un hombre sentado a su lado admira abiertamente. Ella le lanza una mirada de desprecio e intencionadamente se cubre los pies con la falda.

Las mujeres jóvenes vestidas y maquilladas hasta el punto de parecer órganos sexuales —sean o no conscientes de ello— suelen musitar: «Bestias asquerosas», cuando los hombres responden a su estímulo. Similarmente, mi chillón y nuevo lápiz de

labios, mi cuerpo otra vez delgado, mis suaves piernas, eran por una sorprendente división en mi pensamiento, algo mío, mi propiedad y nada tenían que ver con aquel impertinente hombre, por muy «camarada» que fuese.

Y volví pedaleando a través de las avenidas con la niña agarrada a la barra delantera de su sillita, sus piernecitas asomando delante, arrugando el entrecejo con decisión bajo las alas de su casquete para el sol.

Ahora un rompecabezas. Me había pasado la mayor parte de mi infancia adorando a bebés y a niños pequeños. Había querido mimar a mi John, quien por alguna razón se zafaba de los arrullos de cualquiera, no sólo de los míos. Jane, en cambio, se hubiera pasado todo el tiempo feliz sobre mis rodillas o en cariñosos brazos. Pero yo había desconectado. Lo que no quiere decir que no la mecieran o quisieran, pero yo... no lo bastante. («Mamá, ven a mecirme.») Esta persona en mí, a la que le gustaban los bebés y los niños, reviviría más tarde. Era una forma de protegerme, porque sabía que me iba a ir. Pero no podía admitirlo y decir: Voy a cometer lo imperdonable y a abandonar a dos niños pequeños.

Durante algunas semanas se creó una absurda situación en la que todo el mundo hablaba de mi partida, pero yo no me iba. Frank, muy inquieto, decía que me fuera el tiempo suficiente para recuperar mi sentido común y volver. Mary se mostraba severa y no perdonaba. Me admiraba, había considerado que aquél era un matrimonio perfecto. Dora, aquella personificación de las virtudes femeninas, me apoyaba. No en público, pues solía suspirar y decir: «Ah, querida, ah, querida, qué triste», sino cuando estábamos a solas. Decía: «Muy bien, me gustaría tener el valor de hacerlo». Dora vivía en casa ahora. Había deseado enormemente una niña, tenía dos niños, y ahora se podía dedicar a Jean. Ella y la vecina que había cuidado de Jean competían amablemente por sus favores. Mientras tanto yo pasaba con los camaradas toda la noche y parte del día. Habían escuchado una y otra vez mis conversaciones sobre mi deseo de marcharme de casa, y finalmente dijeron que me fuera de una vez, o que me quedara, pero que ya los tenía hartos. Por lo menos no tuve que explicarles que era aquel tipo de vida lo que dejaba: por lo que se refería a ellos, la «civilización blanca» formaba parte del «cubo de la basura de la historia». (Es saludable leer este fenecido vocabulario ahora y recordar el poder que tuvo en otro tiempo.) Desapareció hace menos de cuarenta años.

No sólo hablé de mi partida con los de casa y con los camaradas, sino también con los bebés. Fueron ellos quienes realmente me comprendieron. Como si yo tuviera su edad, o ellos la mía. Lo que siempre había tenido con John era una especie de amistad. Siempre nos habíamos «entendido» cuando sus furiosas e inagotables energías me disparaban el llanto. Con Jean, un alma buena, existía una ternura maltrecha por una culpabilidad no admitida. Les expliqué que más adelante lo comprenderían, y me fui. Iba a cambiar este feo mundo, ellos vivirían en un mundo bello y perfecto donde no existiría el odio entre razas, la injusticia, y así sucesivamente. (Algo parecido a la Carta Atlántica.) Mucho más, y más importante: Yo arrastraba, a modo de gen defectuoso, una especie de maldición o fatalidad, que los atraparía a ellos como lo había hecho conmigo, si me quedaba. Mi partida rompería una antigua cadena. Un día me lo agradecerían.

Yo era absolutamente sincera. No hay mucho que decir respecto de la sinceridad, en sí.

Esta sensación de maldición, de fatalidad, es un tema —quizás el más importante— de *Martha Quest*. Era lo que me había hecho, y desde la primerísima infancia, repetir y repetir: «No seré así, yo no seré así». Y, no obstante, me había visto arrastrada por una ola superficial, digamos social, desde que había abandonado la granja (y mi máquina de escribir) para coger el destino en mis manos, o así lo pensaba yo, y me había convertido en una de las chicas casaderas de la ciudad, más tarde en una esposa, luego en una

madre.

Mirando el pasado desde el presente, diría que quizás había un cuarto de mi persona que se comprometía, mientras la mejor parte de mí se quedaba en reserva. Así lo sentía. Pero tras esa frase, mirando el pasado, cuántos complejos procesos. «Ah, pero así veía las cosas entonces», la mujer mayor le dice a otra. «Era muy inexperta entonces. Inacabada... sin alas... inmadura... sencillamente no había nacido.» Y me comprenden inmediatamente. Sí, yo estaba inacabada.

Años más tarde conocí a una mujer mayor que tuvo a su primer hijo al mismo tiempo que yo el mío. A veces pasábamos mañanas juntas. «Tú no eras maternal», me dijo, en 1982. Pero entre aquella época, 1942, y 1946, en que nació mi tercer hijo, ¿qué desenterró o volvió a conectar los tres cuartos restantes para que volvieran a funcionar? No tengo ni idea.

Una escena: en una manta desplegada sobre el césped bajo el cedro de la India estamos los dos niños y yo. Me embriaga la sinceridad, y el conflicto, me animan ideales y poesía. Los dos pequeños están sentados mirando interesados mientras les recito los sonoros versos de Hölderlin.

Con amarillas peras  
Y llena de rosas silvestres  
Asoma la tierra junto al lago;  
Oh, gráciles cisnes,  
Embebidos de besos  
Hundís la cabeza  
En la bendita agua virgen.

¡Ay de mí! ¿de dónde encontraré,  
cuando llegue el invierno...?

O

El mundo está cargado de la grandeza de Dios

O

Gloria a Dios por lo abigarrado...

«Y yo te tenía por atea», oigo que alguien protesta. «Bien, ¿y qué? La poesía es otra cosa.»

Las dos criaturas están hechizadas. Jean tentativamente mueve los brazos en una ocasión. John porrea una vieja lata con un ladrillo.

Viejo Adán, la corneja carroñera  
La vieja corneja de El Cairo  
Se sentó en la lluvia y la dejó correr  
Bajo su cola y sobre su cresta  
Y a través de cada pluma  
Se filtró el húmedo tiempo  
Y la rama se balanceó bajo su nido...

Y John da tumbos sobre la manta gritando con las palabras: «(Viejo Adán, la corneja

carroñera...».

Cuando Rousseau abandonó a sus hijos, pensó —así lo dijo— que los salvaba de la educación en manos de gente corrupta que los arruinaba y debilitaba: en el Hospicio se harían ciudadanos fuertes y honrados y útiles. Tal vez no sea posible abandonar a nuestros hijos sin convulsiones morales y mentales. Pero yo no abandonaba exactamente a mis hijos a una muerte temprana. Nuestra casa estaba llena de gente preocupada y cariñosa, y los niños recibirían admirables cuidados —estaban mucho mejor que conmigo, no porque yo no llevara a cabo esta tarea exactamente como cualquier otra mujer a mi alrededor, sino por aquella secreta maldición que estaba dentro de mí— y que había reducido a mis padres a su lamentable condición.

No sentí culpabilidad. Mucho más tarde —unos diez años— un psicoterapeuta me informó, con el aire que tienen de sacarse revelaciones de la manga, de que arrastraba una carga de culpa. ¡No! ¡No me diga! Por aquel entonces me veía a mí misma como una experta en culpabilidad, tanto evidente como subterránea. Sé todo acerca de los estragos de la culpa, la sensación que produce, cómo mina y agota. Me defendí con energía. La culpabilidad es como un iceberg, pero diría que oculta en un noventa y nueve por ciento. Años más tarde di una conferencia sobre las barreras de la percepción, es decir, lo que nos impide ver directamente, y hablé de diez distintas actitudes, una de las cuales es la culpabilidad. En el momento del coloquio con el público, unas doscientas personas, éste se levantó repetidamente para preguntar sobre la culpabilidad, culpabilidad, culpabilidad, y sólo culpabilidad. Les recordé que había hablado de otras cosas, pero no, culpabilidad, culpabilidad. Aún me encuentro con gente que me dice: «Aquella conferencia tuya sobre la culpabilidad...».

En una cultura tan dominada por la culpabilidad no nos es fácil distinguir la nuestra de la que todos parecen arrastrar.

Me costó mucho tiempo ver que era la culpabilidad la que pintaba una atractiva imagen de cómo podía haber sido yo caso de no haber dejado a mi familia. Esta imagen iba cambiando según los cambios que se producían en la misma y de la evolución de Rhodesia del Sur. Pero el argumento fundamental era el siguiente. En vez de lanzarme en cuerpo y alma —bien, no exactamente, en realidad tenía en reserva algo así como el noventa por ciento de alma y corazón— había intentado el comunismo, hasta ver el fenómeno críticamente, lo que habría supuesto un mes aproximadamente, sin dejar a la familia o dejarla sólo temporalmente. «Habría seguido» con Frank exactamente como siempre, dada la habilidad de las mujeres jóvenes para adaptarse y complacer. A pesar de que cada vez tendría menos en común con él, le habría comprendido y habría sido una buena madre para los niños, cuyas naturalezas y capacidades internas se habían desarrollado al máximo. Sí, Frank y yo estábamos mal emparejados, pero no éramos peores que muchos. Él era conservador por naturaleza, yo era crítica de forma natural, pero ¿y qué? No me gustaban sus actitudes respecto del dinero, pero incluso en los momentos de mayor exasperación yo advertía que era normal en alguien que había tenido que cuidar de sí mismo desde los quince años, con bajos salarios. A fin de cuentas, hay matrimonios que se pelean por dinero todos los días. Era «el sistema» lo que yo odiaba. Pero me había guardado para mí lo que pensaba. ¿El terrible provincianismo y la estrechez de vida? Había hecho de la necesidad una virtud. Allí estaría yo, el centro juicioso y tolerante de esta familia y... todo ello habría requerido improbables hazañas de autocontrol, que quizás habría conseguido al cabo de décadas, cuando me dominaran plenamente las circunstancias. Bien, quizás.

La realidad es que yo no habría sobrevivido. Una depresión nerviosa hubiera sido lo mínimo. Durante los cuatro años en que estuve casada con Frank bebí más que nunca en mi vida. Me habría convertido en una alcohólica, estoy bastante segura. Habría vivido

con dificultad dentro de mi piel, dividida, odiando aquello de lo que formaba parte, durante años.

En 1956, de vuelta a Rhodesia del Sur después de siete años —otra pequeña eternidad, porque en aquella época ya me había instalado en Londres, que no es algo fácil— vi a toda la gente que quedaba de los antiguos comunistas, o socialistas, o «progresistas», grupos que habían cambiado, a veces para convertirse en todo lo contrario. No es fácil —no, es imposible— seguir cuerdo y normal mientras vives entre gente cuya actitud hacia la raza sería habitual al cabo de un par de décadas, pero que entonces resultaban unos inadaptados, excéntricos, traidores, amigos de los kaffir. Las personas que durante mucho tiempo sostienen opiniones impopulares pasan a ser frías, fanáticas, paranoicas. Si son suficientes para formar un grupo, entonces el grupo comienza a mostrar estas características. Los antiguos amigos a los que vi en 1956 se habían dado a la bebida, estaban amargados, convencidos de que la policía secreta les vigilaba cada movimiento, o eran incluso más reaccionarios y racistas que el lote corriente de blancos. Supe que estaba viendo en lo que me habría convertido si hubiera seguido con aquel matrimonio. Lejos de haber sido el centro juicioso, comprensivo de la familia, el ejemplo para los niños y la amiga de mi marido, habría sido una carga.

Y el sexo. Sin él no se puede hablar de ruptura de un matrimonio, no hoy en día.

Cuando dije que dejaba a Frank porque quería vivir de forma distinta, nadie me creyó.

*«En las provincias, si una mujer joven entra a formar parte de una organización, está buscando un hombre.»*

*«En las provincias, una mujer joven abandona a su marido sólo porque ha encontrado a otro hombre.»*

En realidad estaba teniendo una historia amorosa. Mejor dicho, un lío. No estaba enamorada de él ni él de mí, pero era el espíritu del tiempo. No puedo pensar en una pareja más inadecuada, pero esto apenas si era relevante. Mi madre y todos los mayores me reprocharon «que dejara a mi marido por un sargento de la RAF». Esto me marginó finalmente de ellos, porque la idea me hería en lo más profundo y mejor de mí misma. Durante días mi madre, Mrs Tennant, la madre de Frank, Mary —Dora no— se enfrentaron a mí por aquel sargento. A lo que yo respondía con apasionada (y sincera) retórica hablando sobre la Revolución y un nuevo mundo en vías de nacimiento. Una escena de comedia. Los ingredientes de mi vida durante un par de años fueron material para una farsa, pero me costó años verlo.

Todo el mundo suponía que mis relaciones sexuales con Frank eran un fracaso, aunque yo no lo había dicho. Todas las mujeres mayores —así las consideraba aún— me llamaron a capítulo y en voz baja me aseguraron que el sexo no era importante. Me dejaron perpleja. Menuda hipocresía. Por encima de todo aquello aún me sumergía más en la irrealidad. Parecía como si a partir de un determinado momento yo hubiera dado un paso fuera del reino del sentido común para adentrarme en otro en el que todo era falso y nadie decía la verdad.

La verdad es que nuestra vida sexual era, como se suele decir, satisfactoria. Es un problema de expectativas... de información, en realidad. Creo que la vida sexual del noventa y nueve por ciento de la población mundial consiste en un vigoroso ejercicio que la palabra inglesa «metesaca» describe muy bien, y la mayor parte de la gente se contenta con esto. Para empezar, unas relaciones sexuales refinadas requieren aislamiento, y no todo el mundo lo tiene. Y además, si no se sabe lo que uno se pierde no se echa en falta. Nuestros manuales matrimoniales eran sentimentales, aunque mucho mejores que el Married Love, de Marie Stopes. Por ejemplo, estaba permitido besar el cuerpo de tu pareja, siempre que se hiciera con respeto. Cuando se sugería que

todo estaba permitido si se hacía con amor, uno podía especular sobre este «todo», pero incluso la imaginación sexual más despierta agradece una información más concreta. ¿Sexo oral?... ¿Qué es esto? ¿Sadomasoquismo?... ¿A qué te refieres? Quiero recordarles a los historiadores sociales que el clítoris no era la gran panacea que es hoy. (Las cosas están destinadas a cambiar una vez más.) No es que los manuales no atrajeran nuestra atención hacia él. Cuando leí en Balzac: «Un hombre se ha casado prematuramente si no es capaz de procurar a su esposa dos satisfacciones distintas en sucesivas noches», medité al respecto, pero cuando me masturbaba en mi adolescencia fue de la vagina y de sus sorprendentes posibilidades de lo que aprendí. El clítoris sólo era una parte del conjunto. Un orgasmo de clítoris en sí era un placer secundario e inferior. Si me hubieran contado que los orgasmos de vagina y de clítoris al cabo de unas décadas pasarían a ser enemigos ideológicos, o que la gente diría que no existen los orgasmos vaginales, lo hubiera considerado un chiste.

Por lo que se refiere al sexo sutil y refinado, tendrían que pasar muchos años para que yo lo descubriera. Estoy segura de que mucha gente no lo descubre nunca. Se puede follar con el Tom o Dick habitual, pero las costas más turbias del sexo sólo se pueden explorar con alguien con quien se comparten consonancias, bastante infrecuentes, de gusto, carácter y fantasía. Cuidado: es posible que el sexo refinado nazca de la restricción. Una mujer india amiga me contó que ella y su marido dormían durante los meses de calor en un tejado con el resto de su clan, incluidos los niños. Al ver que yo iba a formular la pregunta obvia, me sonrió y dijo: «Hay maneras».

Antes de dejar a Frank, lo odié durante un tiempo. Y la causa era que yo le trataba mal. Comprendo que los verdugos tengan que odiar a sus víctimas. No digo que él se portara bien, no, pero no es ésta la cuestión. Al mismo tiempo yo aplicaba la lógica, de esta manera: «Si tu posición como funcionario se ve amenazada por mis actividades políticas, no puedo comprender por qué quieres que me quede». Y: «Si yo soy tan irresponsable, ¿no estarías mejor sin mí?». Pasó a ser más sentimental y lacrimógeno, yo más fría y directa. Parecía que estábamos bajo una maldición que hacía que cuanto decíamos o hacíamos fuera falso, histriónico. No nos conocíamos el uno al otro. No nos conocíamos a nosotros mismos. Era esencial que yo me fuera antes de que ambos enfermáramos. Fue Frank quien me ayudó a trasladar mis posesiones —ropa y libros— a otra de aquellas habitaciones amuebladas de otra de aquellas casas de la avenida. Mi patrona volvía a ser una mujer sola y solitaria, obsesionada esta vez con robos, asesinatos, violaciones. Sombras de amenazadores hombres negros la despertaban casi todas las noches, y chillaba y gritaba a su «boy» como una loca. Seguramente estaba loca. Muchas personas están así de locas, pero no se considera locura. Quería que yo fuera su amiga, que tomara tazas de té con ella. Yo estaba demasiado ocupada.

También Frank estaba bastante loco. Contrató a un detective para que siguiera todos mis pasos, aunque yo le contaba todo lo que hacía. Sabía lo del sargento, con quién me veía, dónde iba. Me reía de él diciéndole: «¿Por qué malgastas tu dinero si yo te lo cuento todo?».

Hemos llegado al final de *Un matrimonio convencional*. Ahora empieza *Al final de la tormenta* (A Ripple from the Storm), el tercero de la serie *Hijos de la violencia* (Children of Violence), de todos mis libros, el más directamente autobiográfico. Si a alguien le interesan los mecanismos de un grupo comunista o de izquierdas, ahí podrá encontrarlos. El título proviene de un famoso escritor ruso, Ilya Ehrenburg, un amigo de Stalin, quien escribió *La tormenta*, una de las «grandes» novelas sobre la Gran Guerra Patriótica de entonces. Lo consideré un título bastante agudo, pero nadie se dio cuenta. Para empezar, a mitad de los años cincuenta, se criticaba a Ehrenburg y *La tormenta* se había olvidado o, por lo menos, las «grandes» novelas soviéticas sobre la Gran Guerra

Patriótica se veían como algo chistoso.

Ya que viene al caso, Ehrenburg nos había decepcionado seriamente a los progresistas. Seguíamos insistiendo en que había alemanes buenos y malos, y lo considerábamos un artículo de fe para un mundo mejor; él había mantenido exactamente esta opinión, pero más tarde la cambió, por la presión de Stalin, y adoptó la misma posición que el británico lord Vansittart, quien decía —no, vociferaba y desvariaba— que sólo existían los alemanes malos. Nos sentíamos más que decepcionados. Era todo un golpe a nuestra visión del comunismo soviético. Lo disculpábamos, como siempre, con el «Pero ¿qué otra cosa se podía esperar? Luchan por la supervivencia».

Una y otra vez he pasado por esta experiencia. Algunas personas dicen que leyeron *Al final de la tormenta* cuando aún eran rojos o compañeros de viaje de los rojos, y se enfurecieron porque yo era una reaccionaria —una renegada— que tiraba piedras sobre mi propio tejado. Y así sucesivamente. Más tarde, al releerla, pensaron: Sí, es exactamente así. Y luego, más tarde aún, se encontraron riendo. Considero que es un libro bastante divertido. Considero que buena parte de los tres primeros volúmenes de *Hijos de la violencia* es divertida.

*Al final de la tormenta* recoge el sabor, el aroma, la textura y el olor de la época. Quizá alguien sentirá la tentación de decir: ¿Por qué escribir sobre un dudoso grupo comunista que surgió en Rhodesia del Sur en plena guerra?... En fin, porque pequeños grupos comunistas florecieron brevemente por todas partes, y tuvieron sus consecuencias. Desde cualquier punto de vista sensato, el fenómeno era un disparate —una locura—, un cierto tipo de chifladura, que me parece que aún no hemos empezado a comprender. Cuando los jóvenes te miran con ojos irónicos o sorprendidos e incluso dicen: «Nunca he podido comprender...», lo que no comprenden es que es imposible distanciarse de las fuertes corrientes de la época de una. Sus hijos y nietos los mirarán y dirán remilgadamente: «La verdad es que no puedo comprender...». Recientemente en televisión, una mujer joven habló de sexo exactamente de la misma manera que mi madre. «La promiscuidad», dijo, «no es verdaderamente agradable.» Esta hija de una madre de los años sesenta, que disfrutó del amor libre como un derecho, como un derecho, además, para todas las mujeres, de cualquier tiempo y lugar, parecía creer que la que hablaba era ella, ella misma como individuo, y no el miedo al sida: el espíritu del tiempo.

El sexo, durante un tiempo, fue lo que menos me preocupó: habían destinado a mi sargento a Inglaterra de nuevo. Han existido épocas de mi vida en que me ha obsesionado el sexo, pero creo que es una cuestión, por lo menos para las mujeres, de expectativas. Cuando, por así decirlo, «conectaba» con un hombre y una satisfactoria vida sexual, me veía llena de la moralidad y la monogamia que corren parejas con los apetitos satisfechos. Mucho más tarde, en una época sin un hombre, con circunstancias que dejaban fuera de lugar al sexo, porque toda mi energía psíquica iba dirigida hacia alguien que estaba enfermo, desconecté. Es decir, me desconectaron. El sexo surgía en mis sueños, pero si yo hubiera sido de las personas que afirman «Yo nunca sueño», habría dicho, honradamente, que me había convertido en una persona sin sexo.

Estaba demasiado ocupada. Mis nuevos amigos eran refugiados europeos, políticos por definición, y hombres de la RAF, de aquel segmento de la vida británica que ahora parece haberse extinguido: eran el producto de clases nocturnas, universidades laborales y grupos literarios de provincias. Sin duda eran una minoría, pero miles de hombres, quizás cientos de miles, estuvieron en Rhodesia del Sur durante la guerra. Creo que los pocos que iban a conferencias y reuniones, eran en su mayor parte socialistas, o por lo menos podían hablar sentimentalmente de «Tío Joe», sobre todo para fastidiar a los oficiales. Cuando asistían a las reuniones, se perdía el rango. En todo el país, Bulawayo

y también Umtali, podía haber unos treinta rhodesianos, algunos de ellos inmigrantes recientes, llegados justo antes de la guerra, que habían encontrado sofocante el país.

Lo que teníamos en común era esto: ser personas a las que nos daban espacio para desarrollar habilidades que aún no habíamos utilizado. La mayor parte de la gente vive, diría, con el noventa por ciento atrofiado, dormido. Esto me parece la mayor tragedia del mundo, lo peor: el talento sin utilizar. Tomemos un grupo o una variedad de gente joven, en sus veinte años, démosles espacio... y se producirá una explosión. Hasta cierto punto todos éramos rojos, pero gran parte de lo que yo aprendí fue sólo secundariamente político.

Un hombre joven que trabajaba en un periódico inglés de provincias impartió una serie de clases sobre la prensa. Se invitó a unas veinte personas a seleccionar un artículo del Herald y reescribirlo con el estilo y con la tendenciosidad del Observer, el Guardian (el periódico comunista de Ciudad del Cabo), el Manchester Guardian, el New Stateman, el Daily Herald (el hoy difunto diario de Gran Bretaña). O a coger una noticia y ver cómo hechos y números cambian día a día. O cómo se da distinto énfasis en los distintos periódicos. O cómo un tema puntero se desarrolla hasta la saciedad durante semanas, y literalmente desaparece de la noche a la mañana, después de lo cual es imposible conseguir ningún tipo de información al respecto. Obviamente no es posible que este tipo de instrucción reciba la aprobación de ningún gobierno autoritario ni, ciertamente, de un gobierno comunista. Otra iluminación tuvo lugar cuando me dijeron que tomara taquigráficamente el discurso de cierto político laborista, famoso por su oratoria. Hechizaba a su público. Pero cuando leí lo escrito, me di cuenta de que él no había dicho nada, nada de nada: no acababa ninguna frase, no culminaba ninguna idea. Literalmente, un entramado de tonterías.

Mientras, yo trabajaba en el bufete de un abogado, como mecanógrafa auxiliar, a doce libras al mes. Apenas si podía vivir con ello, pero no me importaba, de la misma manera que no me fijaba en el lugar donde vivía. Todos vivíamos en habitaciones o pensiones, nadie tenía dinero, los refugiados aceptaban cualquier tipo de trabajo. Todos teníamos grandes ideales, despreciábamos comida, vestidos, dinero. O por lo menos nos comprometíamos a despreciar comida y ropa. A menudo me veía con Dora para tomar un té en alguna cafetería y me enteraba de lo que pasaba en casa. Aquello era muy doloroso, me disgustaba, pero no obstante tenía que hacerlo, tenía que saber. Frank estaba en trámites de divorcio e intentaba convencer a Dolly Van der Byl para que se casara con él. No impugné el divorcio, no se me ocurrió nunca, a pesar de que podía haberlo hecho: él había sido infiel antes que yo. Las mujeres de izquierdas de mi generación consideraban despreciable utilizar las disposiciones del divorcio para sacar cuanto pudieran de los hombres.

Las horas en la oficina del abogado, de ocho a cuatro, eran mi tributo al César. Desde las cuatro hasta las dos o tres de la madrugada estábamos en todo tipo de reuniones, grupos de estudio, seminarios, o atareados en poner en marcha otra organización más, porque de pronto parecía haber por lo menos una docena. Ayuda Médica para Rusia, tal como suena, era para recaudar fondos y pagar medicinas y otras provisiones para nuestro esforzado aliado. La frase era como un epíteto homérico: Rusia era siempre «nuestro esforzado aliado». Tenía que ser una «consigna» totalmente apolítica, con lo que queríamos decir que ni una palabra sobre las deslumbrantes ventajas del comunismo. Llegaron cajas de fotografías y panfletos de la Embajada en Johannesburgo a través de peligrosos viajes desde Murmansk. Eran fotografías e historias idealizadas. Organizamos exposiciones, pero escondimos o eliminamos la mayor parte del material, porque resultaba demasiado desconcertante. Lo de «La Gran Guerra Patriótica» con su concomitante y perversa retórica antialemmana al más bajo nivel posible, en Rhodesia no



se lo tragarían, a pesar de que habría complacido a lord Vansittart. Acudieron multitudes a aquellas exposiciones: los rusos hacían retroceder a los alemanes en Europa, y nada de lo que los periódicos habían dicho durante años podía explicar cómo lo hacían. Sucesivos oradores fueron llegando de Johannesburgo para Ayuda Médica, todos abogados y comunistas, algunos de los cuales más tarde defenderían valientemente a gente acusada por los nacionalistas de «comunismo», porque significaba luchar contra el apartheid y estar a favor de los negros. Las reuniones de Ayuda Médica eran «respetables», presididas por el alcalde o parlamentarios, y atraían a un público de varios centenares de personas. Los Amigos de la Unión Soviética eran más políticos, no directamente dedicados a explicar «la verdad» sobre The Socialist Sixth of the World (El sexto sentido socialista del mundo), el título de un libro popular por aquel entonces. Nuestra información provenía del material que nos mandaban. Casi todo lo que decía era falso. Aquellas reuniones estaban menos concurridas. En ellas solía hablar alguno de nosotros. El Club de la Izquierda congregaba al público más numeroso, con reuniones una vez por semana, en las que se trataba de todo: «La situación en Perú»; «Las condiciones en China», donde por entonces fermentaba la revolución comunista; «La música moderna». Mientras nos recordábamos constantemente que teníamos que «mantener el control», la efervescencia de la época hacía que fuera habitual que se invitara a alguno de los asistentes a un café después de una reunión y seguidamente se le diera una disertación. Esto se calificaba de «desarrollo de cuadros». Pero la mayor parte de la gente del Club de la Izquierda, a la vez que insistía en que veía con buenos ojos a «vosotros los comunistas», afirmaba no estar realmente interesada en la política.

Si uno recuerda, y el detalle con que lo recuerda prueban hasta qué punto algo te interesaba, tampoco a mí me debía interesar mucho la política. ¿Acaso recuerdo una sola palabra de aquellas docenas, si no centenares, de conferencias? «El Segundo Frente... ¡Ya!» «La Batalla de Stalingrado.» «Sistemas de alcantarillado en grandes ciudades.» «Condiciones rurales en Sudáfrica.» «Independencia para la India... ¡Ya!» «La Revolución mexicana.» «El fascismo y Mussolini.» «El problema palestino.» «Los franceses libres.» «Picasso.» «Shostakóvich.»

Lo que sí recuerdo es una escena en el Meikles Hotel Lounge, a la hora de las copas de la tarde, y a mi alrededor, bebiendo y fumando, gente que proviene de tres estratos distintos de mi vida. Los granjeros y sus esposas, en la ciudad para subastas de tabaco y compras. Los funcionarios públicos y sus esposas, y los de la RAF alrededor de sus mesas. En la pequeña tarima con palmeras toca la orquesta... ¿qué? Hoy da la impresión de que sonaban siempre las mismas canciones, en los hoteles, los clubes, la radio.

Im dancing with tears in my eyes,  
Because the girl in my arms isn't you...

Delante de mí está un joven del campamento de la RAF, un piloto en ejercicios. Me ha telefoneado por algo que dije en una reunión. Estamos apretujados en un rincón, nos inclinamos para vernos a través del humo y porque apenas si podemos oír por el estrépito. Es una conversación sobre temas graves.

Lo que dije, sin duda a la ligera, porque formaba parte de mi estilo, era que no era necesario haber estado en la Primera Guerra Mundial para estar fastidiado por ella.

Era un joven bastante normal y corriente, en el que nada destacaba, sólo sus obstinados ojos oscuros, que miraban fijamente mi cara. Yo me había dicho —y a él— que podía dedicarle una hora, pero ya llevábamos tres horas cuando llegó el momento de que él regresara al campamento.

Hoy cuando miro mentalmente aquella cara puedo ver al niño de nueve, diez años...

que tenía aquellos ojos perrunos e impertinentes, porque preservaba lo esencial de sí mismo, el sentido de sí mismo, contra las presiones externas. Sentada en el Meikles Hotel Lounge no vi a aquel muchacho, sólo al hombre joven, cuya decisión me hacía sentir incómoda.

Mataron a su padre en las trincheras. También mataron al novio de la hermana de su madre. Las dos mujeres vivían en un pueblecito rural gracias al dinero de la familia y realizaban trabajillos siempre que les salían al paso. Por toda la casa había fotografías de los dos jóvenes muertos.

Cuando se alistó para ser piloto, lo consideró un escape del ambiente de guerra que le asfixiaba.

«¿No te das cuenta?», insistía, «nunca he pensado por mi cuenta, he pensado sus pensamientos durante toda mi vida. Mis pensamientos han sido los de dos mujeres de luto. Y lo mismo pasa contigo.»

No me gustó esto. Discutí. Bromeé. Él no iba a dejarlo pasar. Pedimos más cerveza. Luego, más cerveza. Nos entrompamos y nos pusimos serios.

El siguió insistiendo. Yo tenía que darme cuenta, tenía que darme cuenta, era esencial para él.

«Tú no conoces tus propios pensamientos. Sólo has pensado los pensamientos de tus padres. Yo sólo he pensado los pensamientos de mis dos madres. En toda mi vida no he albergado un sentimiento que pueda decir que es mi sentimiento.»

Muy pronto yo ya sólo escuchaba, no se lo discutía. Era una buena oyente, de acuerdo.

Escuchaba con tensión, por el barullo de voces. Y música.

I love you, yes I do, I love you  
It's a sin to tell a lie...  
Millions of hearts have been broken,  
Just because these words were spoken...

«Eres igual a mí», seguía insistiendo. «Somos iguales. Así que, cuando tengas un sentimiento que sepas que es tu sentimiento, ¡házmelo saber!»

No sé qué acordamos finalmente.

Goodby-ee... don't cry-ee,  
Wipe the tears, wipe the tears,  
from your eye-ee

O, para decirlo de una forma distinta:

We'll meet again  
Don't know where,  
Don't know when...

«¿Sabes qué voy a hacer después de la guerra? Te lo cuento. Inmediatamente me largaré solo a otro país y me quedaré allí hasta saber lo que siento. Es decir, lo que yo pienso... es decir, si no reviento antes.»

Dorothy Schwartz dice al día siguiente: «¿Qué estabas haciendo con aquel tipo de la RAF en Meikles?»

En las provincias, nunca imagines que algo se puede mantener en secreto.

«Jimmy me llamó desde el campamento, me dice que te explique que estás perdiendo

el tiempo, a él no le va la política.»

Bien por él... por poco le digo. Cuando estaba con... como se llame... mi vida de bullicio y politiquero por Salisbury parecía una vanidad, infantil, bastante loca, en realidad. De vuelta con una de las fieles, mis tres horas de seria conversación parecían sentimentales, incluso histéricas, absurdas.

«Él cree que va a reventar. Su padre la palmó en la última guerra.»

«Bastante lógico», opina Dorothy. «Bien, es una gran vida si no te encoges.»

Mientras tanto, se había puesto en marcha un partido comunista, como queda narrado en *Al final de la tormenta*. Desde que escribí este libro he observado dos veces este proceso, el tuerto en el reino de los ciegos, con el tuerto personificado por aquella figura perenne, el político fanático. Se llamaba Frank Cooper, un cockney, pero del norte de Londres, y me lo he encontrado en muchas ocasiones, bajo distintos nombres. Sus características principales son: carisma, una misteriosa cualidad; seguidamente un secreto y potente placer dentro de una insospechada capacidad, posiblemente desconocida hasta entonces, de dominar a la gente; ausencia de escrúpulos; desprecio por la gente a la que tan fácilmente manipulan. En una ocasión —en Londres— este personaje estaba loco, pero bastante, bastante loco y relacionado con gente muy eminente, algunos con experiencia política, y lo que me sorprendía era que nadie parecía darse cuenta de que estaba loco. En política es más fácil estar loco y pasar desapercibido que en ninguna otra parte. Mi novela *La buena terrorista* {The Good Terrorist) tiene un personaje central, Alice, que está bastante loca. Mucha gente no ha advertido que está loca. Qué chica tan encantadora, dicen. Esto se debe a que se encuentra en un contexto político. Si la retratara en una vida normal, inmediatamente resultaría obvio que está loca. Los movimientos políticos (y los religiosos) y los grupos de un carácter inductor y revolucionario dejan lugar para un buen número de maníacos. Frank Cooper no estaba loco. Era el producto del hambre de los años treinta en Gran Bretaña, y su odio hacia las clases media y alta encontraba una vía perfecta dentro del comunismo.

Era un cabo de la RAF, algo así como de intendencia. Anunció en una reunión que ya estaba harto de todo aquel correr de un lado para otro y de aquellos juegos de niños: ahora teníamos que ser serios y poner en marcha un partido comunista.

Existía un núcleo central —nunca exactamente determinado— en aquella multitud dispersa y a menudo cambiante de gente de izquierdas. Los más importantes en él eran Frank Cooper, Gottfried Lessing, Nathan Zelter, Dorothy Schwartz, y otro de la RAF, un sargento, Ken Graham. Gottfried Lessing y Nathan Zelter inmediatamente dijeron que no existía una «base objetiva» para un partido comunista. ¿Dónde estaba el proletariado negro en la reunión, por no decir en Rhodesia del Sur? Ken siguió por este camino. Frank Cooper se burló e insistió en que lo sometiéramos a votación. El ambiente era tal que él ganó la votación. Nathan se levantó inmediatamente y se retiró, diciendo que no estaba de acuerdo, que era algo irresponsable. Frank le dirigió desdeñosas sonrisas glaciales y de «Fuera, a la basura». Gottfried dijo que se quedaría, a pesar de estar de acuerdo con Nathan. Ken dijo que se quedaría. Dorothy Schwartz apoyó a Frank.

Dijimos al Partido Comunista de Sudáfrica, en Ciudad del Cabo, que intentábamos poner en marcha un Partido Comunista de Rhodesia del Sur, y ellos nos anunciaron que se oponían, que no existía una base «objetiva» para ello. Frank dijo: «Ah, ¡diles que ya está en marcha!». Más adelante me enteré de que los camaradas de allí no nos tenían en tan gran consideración como para incluirnos en su mapa mental de organizaciones comunistas: no pasábamos de ser una carpeta más en un cajón.

Esto significa que constantemente me veo en apuros cuando me preguntan sobre mis

años en el Partido Comunista. Sentimentalmente la respuesta correcta es que fui comunista durante quizás dos años, en Rhodesia del Sur, de 1942 a 1944, pero es discutible que esto sea cierto desde un punto de vista de organización. Entré en el Partido Comunista, creo, en 1951, en Londres, por razones que aún no comprendo plenamente, pero no asistí a reuniones y fui ya una «disidente», a pesar de que aún no se había inventado la palabra.

Hoy para mí lo más interesante es el lenguaje que utilizábamos. Durante años nos hemos reído de expresiones como «hienas capitalistas», «traición socialdemócrata», «secuaces del fascismo», «lacayos de la clase dirigente», y así sucesivamente. Llenarían un diccionario. ¿Reírse... cuando este lenguaje era el meollo de las acusaciones que mandaron a millones de personas a la muerte? Durante años se excusaron las brutalidades del comunismo con lo de «Bien, mirad su historia, ¿qué otra cosa se podía esperar?» aunque no se dijera en voz alta. Nuestro primer impulso ante este vocabulario despectivo era reír nerviosamente, pero nos frenaba la mirada histriónica de Frank Cooper. Histriónico, así veo hoy todo aquello. Estábamos interpretando un papel. La obra la había escrito la «Historia» —la Revolución francesa, en la que se utilizó el lenguaje por vez primera, y la Revolución rusa— y éramos los títeres que decían el texto. No lo podíamos utilizar sin reír, a pesar de Frank Cooper. Decíamos las frases entre comillas, o intercambiábamos miradas mientras las pronunciábamos solemnemente. Dorothy Schwartz lo hacía particularmente bien, declarando que tal y cual personaje público era un lameculos de la clase dirigente con problemas infantiles izquierdistas, mientras entornaba los ojos suavemente, y bajaba la voz como la de un obispo anglicano llegando a la perorata de su sermón. Lentamente, pero en cuestión de meses, la retórica insultante se dejó de lado.

Nunca he recibido más, o más interesantes, cartas de los lectores que cuando utilicé parte de esta experiencia en *La buena terrorista*. Muchas eran de gente que había estado en las primeras fases de las Brigadas Rojas en Italia, y decían que con esta barahúnda de politiquero amateur habían empezado muchos grupos, y luego «el lenguaje se apoderó de ellos» y pasaron a ser implacables y eficientes grupos criminales. Lo de que «El lenguaje se apoderó de ellos» ocurrió en más de una ocasión. Tendríamos que llevar cuidado con nuestras compañías... y el lenguaje que utilizamos. El lenguaje se ha apoderado de regímenes, países enteros, algo que se esparce como un virus de mentes cuya substancia es el odio y la envidia. Cuando los ejércitos enseñan a los soldados a matar, los instructores se esfuerzan en llenar de odiosos epítetos sus bocas: es fácil matar a un degenerado coreano o a un simiesco negro. Cuando los verdugos enseñan a los aprendices su oficio, su formación parte de un desagradable léxico. Cuando un grupo revolucionario planea sus golpes, sus oponentes son tarados morales. Cuando quemaban brujas, lo hacían acompañándose de una letanía de calumnias.

Si nuestro grupo —no era mucho más que esto— hubiera sobrevivido, en vez de no tener más posibilidades de supervivencia que una camelia en el desierto, seguramente el lenguaje se habría apoderado de nosotros.

En *Un matrimonio convencional* hay un pasaje que dice: «En lo que ella quería, en pocas palabras, latía cierto tipo de venganza: si la primera emoción política de gente como Martha es la ira, la segunda es la ciega anarquía: si alguien le hubiera pedido en aquel momento que empuñara un rifle y saliera a acabar con aquella gente que se había reído de ella, habría ido sin pensárselo dos veces. Por fortuna, no obstante, no había nadie para hacerle una petición semejante». Era un comentario que yo dejaba caer con la mera intención de dar un poco de brillo a la situación. Ahora lo leo con cierto terror, y gratitud porque «Por la gracia de Dios, yo no fui así».

Decimos cosas de este tipo: «Stalin asesinó a nueve millones de personas en la

forzada colectivización de los campesinos de Ucrania». «Stalin asesinó a... millones durante las purgas.» (No importa la cantidad que el escritor considere adecuada.) «En China Mao asesinó...» a los millones de la Larga Marcha, la Revolución Cultural... por mencionar sólo dos baños de sangre.

Pero estos asesinatos los llevaron a cabo jóvenes activistas, abnegados miembros del Partido Comunista. Gente como... Durante años me he dicho para tranquilizarme: No, no, yo no lo habría hecho, no hubiera podido hacer esto. ¿Puedo imaginarme contemplando cómo millones de campesinos hambrientos, arrancados de sus tierras, o a quienes han arrebatado su comida por la fuerza, se van al campo, abarrotan estaciones de ferrocarril, mueren en multitudes, masas, hordas? ¿Habría podido decir: «No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos»? Bien, que yo sienta que no podía haber hecho algo semejante significa decir, también: «Soy mucho mejor que todos aquellos centenares de miles de personas, en su mayoría jóvenes, que asesinaron, torturaron, practicaron malos tratos, en la Unión Soviética, en China, y en todas partes». ¿Por qué, cómo puedo pensar esto? ¿Crear esto? En mi época he observado una y otra vez a masas de gente así arrastradas por la emoción, con tanta oportunidad de decir No como la que tienen los peces en una inundación. No sólo lo que hemos observado nos dice que estamos indefensos contra tales mareas. Algunos experimentos realizados en universidades lo confirman. Los famosos experimentos Milgram, por ejemplo, nos dicen que la mayoría de la gente llevaría a cabo órdenes para torturar, matar. Bien, muy bien, murmuro, pero era una mayoría, ¿no? Yo no habría tenido que formar parte de aquella mayoría, ¿no?

¿Podía haber sido un alma pura, como Osip Mandelstam, como su esposa Nadezhda?... Pero no, tengo que enfrentarme al hecho de que yo y todos mis queridos camaradas altruistas, tanto los de aquel quimérico partido de Rhodesia del Sur, como muchos que he conocido desde entonces, algunos de los cuales aún arrastran consoladoras certezas heredadas de pasadas certezas del comunismo... todos eran de la calaña de aquellos asesinos con una clara conciencia. Nosotros tuvimos suerte, eso es todo.

Fuimos un auténtico grupo comunista, creo, durante dieciocho meses, no mucho más. Cuando digo «auténtico», me refiero a que no teníamos nada en común con los auténticos partidos comunistas de los países comunistas o con los partidos comunistas establecidos en Europa. El nuestro era la auténtica luz, el espíritu de Lenin vivía en nosotros, vivíamos y hablábamos como si mañana tuviéramos que enfrentarnos al pelotón de fusilamiento. «Un comunista es un hombre muerto de permiso»: nos regalábamos, sin ironía alguna, con frases como ésta. Así fue durante un breve periodo.

Celebrábamos a diario reuniones minuciosamente organizadas, dirigidas y recogidas en acta. Teníamos clases de Educación Política por lo menos dos veces por semana. Había reuniones de la Ayuda Médica para Rusia, internas y públicas, reuniones de los Amigos de la Unión Soviética, reuniones del Club de la Izquierda, del de Relaciones entre Razas.

Allí nos encontrábamos diez, quince o veinte, según los permisos de salida del campamento de la RAF, en un ambiente de tensa dedicación, mirándonos mutuamente a través del humo de los cigarrillos. Llegábamos directamente de las oficinas, del campamento de la Fuerza Aérea, de los agujeros y rincones en los que todos vivíamos, hasta nuestra sombría y polvorienta oficina para tomar un café. Y allí estaba Frank Cooper, que parecía entrar y salir del campamento a su antojo.

«En primer lugar, camaradas, tenemos que dominar todas las organizaciones progresistas de la ciudad. Progresistas... así las llaman.» Y sonreía con su sorda risa despreciativa. «Es fácil. Los comunistas siempre son los mejores para el puesto.» En

este punto podía abarcar cada par de ojos, uno tras otro, con una mirada que conseguía ser abnegada, íntima e impúdica, todo al mismo tiempo. Para las camaradas femeninas contenía asimismo una buena dosis de insinuación sexual. «Recordad, aquellos estúpidos no se molestan en asistir a reuniones. No les importan y a nosotros sí. Cualquiera comunista que se precie tiene que dominar una organización en un... mes... ¡como mucho!»

Gottfried y Ken permanecían en silencio, esperando su momento. A veces intervenían con pequeñas observaciones de orden o tautológicas, pero sabían que no podían competir.

«Dorothy, tú serás secretaria de...» Digamos la Liga Democrática, ya lo he olvidado. «Bertha, tú serás secretaria del Club Social Sindicalista.» (Me lo invento, no me acuerdo.) «Camarada Tigger, te encargarás del Informe Beveridge.» Existía una amplia organización que estudiaba las propuestas Beveridge, que más tarde establecerían las bases para el Estado del Bienestar. Fui elegida casi inmediatamente para la comisión. Frank Cooper tenía razón... desgraciadamente. La mayoría de los ciudadanos son demasiado cuerdos y equilibrados para querer pasar tantas horas a la semana conspirando o planeando controlar una organización. Pero la facilidad con la que todos pasamos a ser secretarías, presidentes, miembros de comisiones, en realidad nos asustó. Bromeábamos al respecto, pero no nos gustaba.

«Pero si todas las camaradas ya son secretarías y bibliotecarias de algo», protestó Dorothy Schwartz.

«No importa», dijo Frank con lentitud. «Los camaradas de la RAF no pueden tomar parte públicamente en la actividad política, ni pueden hacerlo los refugiados, los probos ciudadanos de Rhodesia del Sur no lo admitirían, por lo que tendrán que hacerlo las chicas.»

Las chicas eran Dorothy, Bertha Myers, maestra, Phyllis Loveridge, otra maestra, yo, y unas cuantas más. Había una pareja de sindicalistas rhodesianos. Los de la RAF eran como golondrinas o cigüeñas, y se largarían pronto. Cuando Gottfried comentó: «Me temo que tendréis que estar de acuerdo, yo estaba en lo cierto cuando dije que aquí no había base», Frank se burló: «Pronto habremos reclutado cuadros africanos».

La organización se llamaba Relaciones entre Razas —un nombre anodino, pensábamos— que atrajo desde el principio un público entusiasta, airado o apasionadamente partidista, y la CID mandó representantes a todas las reuniones. Los sindicalistas blancos se presentaron diciendo que no teníamos que promocionar a los kaffir con excesiva rapidez... por su propio interés. Los sindicalistas, por razones obvias, siempre eran los más tenaces opositores a la promoción negra. Desde aquella organización planeamos atraer a miembros africanos, pero al final sólo conseguimos uno, y era un submarino de la CID. El comunismo era demasiado abstracto e inhumano como idea para satisfacer a los africanos... y, en efecto, cuando más tarde se implantaron regímenes comunistas o marxistas, no duraron demasiado tiempo.

Mi relato *Spies I Have Known* se inspira en esta época.

La gente que conoce la vida política no se sorprenderá al oír que, mientras que algunos trabajan muy duro, otros se dedican a mirarlos. Por ejemplo, Gottfried se encargó de organizar un gran baile en el Meikles Hotel para recaudar fondos para Ayuda Médica. Después de celebrarse y ser un gran éxito, caí en la cuenta de que yo me había encargado de la impresión de carteles y entradas, los había repartido por la ciudad, había redactado anuncios, invitado a eminentes patrocinadores, pagado a la orquesta, me había encargado de todo el trabajo. Mientras tanto Gottfried recibía felicitaciones públicamente por la buena labor llevada a cabo. Cuando se lo comenté, él dijo tranquilamente que yo acababa de aprender un importante principio de buena

organización.

Había otras actividades. Una era la venta del diario comunista de Ciudad del Cabo, el Guardian. Yo era responsable de su venta. Llegué a vender ciento doce docenas de ejemplares a la semana. No me embriagaba el éxito, porque no pasó demasiado tiempo antes de que viera que había razones espurias para unas ventas tan notables. Pasaba varias docenas a los campamentos de la RAF. La imagen de Tío Joe figuraba en todas partes, aunque el sentimentalismo con el que se le invocaba era tan deliberado que bordeaba la parodia. La mayor parte de los ejemplares no se vendían sino que se dejaban por el lugar, por lo que conseguían un efecto irritante entre los burócratas del campamento. Yo me mostraba reacia a admitir que éste podía ser un factor, pero la camarada Tigger era a fin de cuentas una atractiva mujer joven, llena de la seriedad que tan a menudo parece garantizar la dedicación a otros placeres. Mi absurdo altruismo en principio dificultaba que yo reconociera que hombres jóvenes hambrientos de sexo, hambrientos de amor, nostálgicos, disfrutaran vendiendo el Guardian para una bonita chica comunista de la ciudad. Similarmente, semana a semana conseguía vender montones de ejemplares a los cafés y restaurantes baratos a los que les encantaba tenerlo en sus barras, porque atraían clientes... atraían a nuestros clientes, pues pasábamos por ahí en un grupo a veces de veinte, seguidos de satélites. Había que sumar las ventas en el barrio de color, donde realmente la gente los leía. También teníamos suscriptores particulares.

¿Y qué vendíamos? Lo que el Guardian y otros periódicos comunistas o cercanos a la izquierda decían sobre la Unión Soviética era falso, a pesar de que algunos compraban el periódico precisamente por los «análisis políticos». Pero los artículos y la información sobre la situación de los africanos, la gente de color, los indios, eran verídicos. Ningún otro periódico de Sudáfrica contenía nada semejante, porque en el mejor de los casos se quedaban en lo de «hemos de mejorar sus condiciones por nuestro propio interés», «no valoran lo que hacemos por ellos» o «sólo comprenden un buen azote». Lo que la gente consideraba más irritante del Guardian no era la Unión Soviética —a fin de cuentas nuestro esforzado aliado bajo el bueno del Tío Joe— sino la actitud hacia los africanos, aún llamados «kaffires» o «munts»... «nativos», si a alguien le daba por ser educado.

¿En qué creíamos, cuáles eran las ideas que nos empujaban? Eran las mismas de los comunistas o protocomunistas de todas partes, no sólo las febriles fantasías de un grupo abigarrado de jóvenes chiflados a los que la guerra había reunido en África.

En primer lugar la de que, al cabo de diez años, bien, quince a lo sumo, todo el mundo sería comunista, por libre elección, por la manifiesta superioridad del comunismo. No habría prejuicios de raza, opresión de las mujeres, explotación del trabajo... ni esnobismos, ni desprecio hacia otros. Los reaccionarios, sólo una minoría, se resistirían a este paraíso durante un breve período, porque para entonces «el Estado ya habría perecido». Esta frase, «el Estado habría perecido», junto con «las contradicciones del capitalismo», eran con mucho la fuente más corriente de sarcásticos chistes que hacían las delicias de los camaradas de cualquier lugar.

El paraíso, en consecuencia, se encontraría en el orden del día del mundo, y pronto. ¿Quién haría avanzar al mundo? Evidente: personas como nosotros, los comunistas, la vanguardia de la clase obrera, destinados a interpretar este papel por la Historia. Exactamente la misma estructura mental que la de mis padres, que se creían representantes de la voluntad divina, trabajaban por encargo del Imperio Británico, por el bien del mundo. O como los creadores de la Carta Atlántica.

En segundo lugar, no existía otro camino hacia el paraíso más que el de la Revolución. Despreciábamos a cualquiera que no creyera en la Revolución... con pocas

excepciones. (Asegurábamos, con voces llenas de la sinceridad que corre pareja con los juicios morales, que fulano de tal era un reaccionario aunque buena persona.) Era moralmente superior creer en la Revolución, y quienes no creían en ella eran, por lo menos, unos cobardes. Nos unía la superioridad de carácter, porque éramos revolucionarios y buenos. Nuestros adversarios eran malos. A la gente que no creía en el socialismo no se les concedían buenas intenciones: una forma de pensar que aún hoy sigue vigente. Es satisfactorio creer en la inferioridad moral de los adversarios. Que la gente que apoyaba al Partido Unido de Rhodesia del Sur o a los Tories en Gran Bretaña en realidad pudiera creer que su política sería la mejor para la humanidad, sencillamente no se admitía. Tan fuerte es esta necesidad de creerse mejor uno mismo que, en fecha tan reciente como 1992, después de todas las tormentas de asesinato, tortura, deliberado genocidio a cargo de comunistas, una roja me lo reprochó diciendo: «¿Cómo puedes dar la espalda a la Verdad? Creía que eras una buena persona».

En tercer lugar, formábamos parte de una familia que abarcaba el mundo entero. «Un comunista puede llegar a cualquier país e inmediatamente se encontrará en casa, con gente que piensa lo mismo, con los mismos ideales.» Una emoción tentadora para gente alejada de sus familias, o desplazada... y hoy en día la mayoría lo son. Oí exactamente lo mismo de boca de un amigo musulmán. «Un musulmán puede ir por todas partes del mundo e inmediatamente se encuentra con gente que piensa exactamente lo mismo: no olvides que el Corán es la estructura mental y espiritual para cada musulmán, y las historias y las figuras sagradas e históricas del Corán las comparten el emir de Kuwait y el pobre obrero que cava la zanja en Indonesia.»

En cuarto lugar, un comunista siempre sería mejor que cualquier otra persona, trabajaría más duro, estudiaría más, tendría en cuenta a los otros, siempre estaría dispuesto a hacer el trabajo desagradable, tanto por responsabilidad humana como para captar gente para el Partido Comunista, que personificaba ahora, y personificaría en el futuro, las mejores cualidades de la humanidad. Esta estructura mental es religiosa. En Occidente, el cristianismo ha modelado nuestro pensamiento durante dos mil años. La pobre humanidad vive en un valle de lágrimas y sufrimiento (el capitalismo), pero un redentor (Cristo, Lenin, Stalin, Mao, etc.) la salva, y después de un periodo de dolor y confusión (el purgatorio) habrá un cielo donde se acabarán todos los problemas. (El Estado perecerá, la Justicia reinará.)

Era un crucial artículo de fe el de que los grandes hombres (o mujeres) no influían en las corrientes de la historia. He olvidado qué categoría se le daba a este error en particular. ¿Una desviación de izquierdas? ¿Una distorsión pequeñoburguesa? Subrayo, por lo que tiene de significativo, que esto tenía lugar en la época de Stalin y Hitler y Mussolini. Por no hablar de Churchill.

Creíamos que no habría nunca más guerras nacionalistas o guerras religiosas. El nacionalismo era obviamente algo del pasado. Lo mismo la religión. Solíamos felicitarnos mutuamente: por lo menos no volveremos a ver una guerra religiosa, o una guerra nacionalista.

Se suponía que creíamos —era «la consigna»— que el interés por las emociones o motivaciones de la gente era «freudiano» y reaccionario.

Sólo la literatura «proletaria» era «correcta».

Dábamos por descontado que cuando la clase trabajadora —o los negros o cualquier otro grupo en situación desventajosa— tomara el poder, sólo la inspirarían los más puros y desinteresados ideales. De todos los absurdos en que creíamos éste quizás era el peor. Si alguien osaba mencionar la «naturaleza humana», razonábamos pacientemente con él, le explicábamos que no había comprendido los poderes regeneradores y transformadores del Comunismo.



La idea básica, la que apuntalaba a todas las restantes, que dábamos por sentada, y que ni siquiera se discutía, era la de que el capitalismo estaba condenado, la Historia lo había expulsado. Esta guerra terrible era creación del capitalismo: el capitalismo significaba guerra, el socialismo era inherentemente pacífico. El capitalismo había generado la última guerra, y las grandes depresiones económicas de Gran Bretaña, Europa, Norteamérica: la depresión había formado a la mayoría de la gente que acudía al Club de la Izquierda. Cuando tuvimos una charla sobre la Depresión, los oradores y la mayor parte del público hablaron a partir de su propia experiencia en el paro y los tiempos difíciles, y una apasionada discusión se prolongó hasta la medianoche, al estilo de lo que hoy denominamos aportar testimonio: «Atestigo que así era». Los libros que todos habían leído eran *Las uvas de la ira*, *Amor en el paro*, *Qué verde era mi valle*, obras de teatro como *Esperando a Lefty*, y las obras de Lillian Hellman. Cantábamos:

/ built a railroad, now it's done  
Buddy, will you spare a dime.

Los resultados físicos de la Depresión en Gran Bretaña fueron evidentes para cualquiera que hubiera visto a los de la RAF llegando a la Colonia: los oficiales eran de buena estatura o más altos que los de otros rangos, que eran el producto de una dieta de pan y margarina y mermelada y té fuerte. El capitalismo era asesino, y no había nada más que decir al respecto.

Sabíamos que todos los que estaban relacionados con los negocios, de cualquier tipo, eran moralmente inferiores. «Hombre de negocios» era una expresión de desprecio. El retrato de la familia Wilcox en la novela *Howards End*, de E. M. Forster, es explícito: bárbaros toscos e hipócritas. Igual que mi retrato de Richard en *El cuaderno dorado* (*The Golden Notebook*). Opino que esta actitud la reforzaba el desprecio aristocrático inglés por el «comercio», que se había filtrado hasta llegar a niveles muy distantes de sus principios. No obstante, «negocios», comercio, capitalismo en pocas palabras, eran, para nuestro canon, necesarios y buenos en ocasiones. No recuerdo que hiciéramos ninguna tentativa para reconciliar, ni siquiera discutir, estas «contradicciones».

Las ideas más poderosas son las que se dan por sentadas. Cuando la gente dice hoy: Pero ¿cómo pudiste seguir con el comunismo, con la Unión Soviética, conociendo la situación allí?, se olvida que en nuestro pensamiento no había alternativa al comunismo, o socialismo. El capitalismo estaba muerto, sólo era cuestión de tiempo. El futuro era socialista, era comunista. Cualquier «error» que cometiera la Unión Soviética —el gran ejemplo— se enderezaría, eran meros baches en la carretera socialista.

Entramos en las regiones dudosas y nebulosas del «Tú sabías lo que estaba pasando». En aquel país, Rhodesia, nuestro desprecio por la prensa era total. Sus actitudes hacia la cuestión clave, el trato de la población negra, eran sencillamente absurdas. Cinco minutos con el Rhodesia Herald bastaban para devolvernos la fe en nuestras ideas. Cuando utilizábamos la frase «las mentiras de la prensa capitalista» teníamos buenas razones. Cuando la gente de Gran Bretaña hablaba de «la prensa capitalista», se refería a periódicos que habían apoyado la traición al gobierno español legítimo, la pasividad cuando Hitler se hizo con el poder, las equivocaciones o mentiras sobre el trato de Hitler hacia los judíos.

Cuando la gente hablaba de las purgas y las colectivizaciones, y los millones de muertos que habían producido, no nos creíamos las cifras. La prensa capitalista intentaba ensuciar el naciente paraíso comunista, y aquí se acababa todo.

Ahora creo que todo esto está fuera de discusión. Ya he conocido a un buen número de personas que han pasado por este proceso, primero devoción comunista, luego

diversos grados de duda, tipificados por Arthur Koestler como «monedas que van cayendo de una en una del bolsillo» (es interesante esto, las monedas equivalentes a las ideas), luego tristeza o depresión, luego pérdida de fe. Puede llevar mucho tiempo. Pero ¿por qué?... ésta es la cuestión. Hay personas —pero esto tiene que ver con cierto tipo de personalidad— que pasan por una repentina conversión a lo contrario, se despojan de ideas (quizás la palabra correcta sea «emociones») comunistas de la noche a la mañana. Son pocos. La mayoría ha ido despacio y ha salido del comunismo, ha salido «del Partido». Para algunos no fue doloroso. No lo fue para mí. Lo que me dolía más eran calificativos como «chaquetera» y «renegada»: un arma poderosa, ciertamente. Pero nunca me entregué con todo mi ser al comunismo. Lo veo cuando me comparo con quienes lo hicieron. Las figuras trágicas eran aquellos chicos y chicas muy pobres que encontraron en el comunismo una esperanza, una forma de vida, una familia, una universidad... un futuro. Algunos provenían de pobres familias del East End de Londres, y se enrolaban en la Joven Liga Comunista. Para ellos el comunismo lo era todo, y cuando perdían la fe se veían privados de lo mejor de la vida. Algunos murieron. Otros sufrieron serias depresiones nerviosas. Nunca volvieron a ser —auténticamente— los mismos.

Habría que formular la pregunta de la siguiente manera: si una persona abraza una fe —política o religiosa— deponiendo la individualidad en un acto espiritual de sumisión a la autoridad, ¿cuánto se tarda en recuperar la autonomía emocional? (Deliberadamente no digo «intelectual».) Tiene que existir alguna ley psicológica que lo determine, y que no tiene nada, o poco, que ver con la razón, con el nivel racional de una persona. En mi caso me costó años despojarme de todo ello, y no me había entregado en cuerpo y alma, a diferencia de otra gente a la que conocía... y unos pocos aún están allí. Para mí ésta es la auténtica pregunta, que aún espera respuesta. Una persona dice: lo dejé cuando la Unión Soviética invadió Finlandia... por el pacto Hitler-Stalin... por la represión del levantamiento de Berlín... por la invasión de Hungría... porque supe la verdad sobre las purgas y la colectivización. Pero mientras tanto están sujetos a esa ley psicológica, sea cual sea.

A la larga lo que influyó más que todas estas actitudes, algunas definidas y debatidas, otras implícitas, fue algo más persuasivo que las englobaba a todas: el clima de opinión creado por la Revolución de 1917, y que ha seguido hasta hoy, la Unión Soviética como idea, como el gran ejemplo. Una generación, dos, tres, en Occidente, han heredado una actitud hacia la Unión Soviética que parece capaz de sobrevivir cualquier número de «revelaciones». Exactamente en la época en que Gorbachov explicaba a todo el mundo la quiebra de la Unión Soviética, literal y moralmente, un grupo de jóvenes se manifestaba delante de un teatro en Londres por considerar la obra «antisoviética». Pero las revelaciones de la obra eran suaves comparadas con las verdades que surgían de los debates en su Alma Mater. Cuando la Unión Soviética invadió Afganistán, hubo muchos periódicos que no lo criticaron, y muchos de ellos no empezaron a hablar de las atrocidades soviéticas en aquel país hasta que la propia Unión Soviética las criticó. Este fenómeno, el mito perdurable, persuasivo del papel de la Unión Soviética como faro y guía para toda la humanidad, se puede estudiar muy bien en la historia de la invasión soviética de Afganistán y la respuesta a ella de los medios de comunicación social.

A nuestro pequeño grupo, en 1943, 1944, las «contradicciones» —una palabra que utilizábamos constantemente— internas empezaron a resquebrajarlo casi tan pronto como se creó. Frank Cooper era la levadura destructiva, Gottfried y Ken, tras dictaminar que nuestro nivel de conciencia política era deficiente, dijeron que teníamos que adquirir más educación política. Frank despreciaba la teoría, y se fue, llevándose a los camaradas de la RAF, es decir, los que habían empezado con nosotros. Costó tiempo

darse cuenta de otra razón. La mayoría habíamos llegado al socialismo a través de la literatura —clases nocturnas, aventuras personales e íntimas con los libros—, en cualquier caso, empapados de la Gran Tradición, que allí era europea, no meramente británica. En pocas palabras, el lenguaje y los lemas del comunismo cada vez nos parecían más infantiles, aunque no lo dijéramos. Dos años después de la creación del grupo, la mayoría de sus miembros eran nuevos, y pronto la propia organización se dividió. Lo que no quiere decir que no nos consideráramos comunistas. Habían destinado a Frank Cooper de nuevo a Inglaterra, según él por sus opiniones políticas: tal vez sí, tal vez no. Algunos pilotos habían finalizado su instrucción y se habían ido: habían llegado otros. Muchos refugiados, dada la pobreza intelectual de Salisbury, asistían con interés a las reuniones de Relaciones entre Razas y del Club de la Izquierda. Para abreviar: sólo se habían quedado unos pocos de los fundadores.

Hoy me gustaría tener fotografías, pero estábamos demasiado ocupados y, en cualquier caso, nos sentíamos por encima de semejantes actividades pequeñoburguesas. Puedo imaginarlo: «Me gustaría tomaros una fotografía, ¿os importa?». Menudas burlas, menudos sarcasmos. Además, la fotografía podía caer en manos de la CID. Todos estábamos paranoicos... aunque no dejaba de resultar placentero: confiere importancia pensar que los servicios secretos se preocupan por las actividades de uno.

Nada de fotografías. No obstante, me vi en una no hace mucho tiempo. En una reunión multitudinaria en Londres, he olvidado a propósito de qué, allí estaba ella, avanzando por el pasillo, una mujer que vibraba de energía física y de la confianza que nace de sentirse en pleno dominio de una misma, ojos oscuros, pelo oscuro y boca roja, cuando el lápiz de labios estridente volvía a estar de moda. Llevaba un montón de folletos y los repartía junto con la gente joven que iba con ella. Emanaba la combatividad del polemista. A una palabra se enfrentaría con su oponente, los ojos clavados en un invisible apuntador, y datos y cifras irrefutables saldrían raudas de su boca con la fuerza de la pura convicción. Su sinceridad era perfecta. Allí estaba ella. Allí había estado yo. Era miembro de algún grupo fascista y se había personado para interrumpir y chillar. No, no estoy diciendo que los comunistas sean lo mismo que los fascistas, Dios me libre. Nosotros creíamos en la infinita capacidad de perfeccionamiento de la humanidad, el inminente triunfo de la bondad y del amor: nuestro mito era igual al religioso, por lo que ¿cómo podíamos ser iguales a los racistas, cínicos y opresores? Cuando los jueces celestiales digan: «Bien, en realidad las atrocidades, los asesinatos y la destrucción provocada por los comunistas fueron más que las de los nazis y de los fascistas», ¿pondrán en nuestro plato de la balanza aquel peso grabado con un Buenas Intenciones? Interesante tema de debate...

Nuestros corazones se henchían permanentemente de piedad por el mundo. Cualquier momento libre entre reuniones o durante la venta de periódicos o el «trabajo» de «contactos» con alguien, lo aprovechábamos para sentarnos en un café barato, hablando de maravillosos futuros, alimentados nuestros sueños por la pura rabia que sentíamos a causa de aquella terrible guerra que se podía haber evitado. Y, en cualquier caso, «defendíamos lo malo en contra de lo peor». Muy pronto ya no habría más guerra: como nuestros padres, como mi padre, creíamos que esta guerra tenía que ser la última porque la guerra se consideraría —finalmente— muy destructiva. Veíamos a un niño negro en harapos paseando por la acera, mirando dentro a las sorprendentes riquezas de aquel lugar donde se comía, y nos tranquilizábamos mutuamente diciendo que muy pronto niños así ya no existirían. Vivíamos de heroicos mitos y fantasías. La Toma de la Bastilla... Sólo muy recientemente ha salido a la luz que en su interior sólo había siete personas y las trataban bastante bien; nosotros nos imaginábamos trepando por sus sombrías paredes, para liberar a los hambrientos prisioneros. La Toma del Palacio de

Invierno: nos identificábamos con heroicos revolucionarios, no con una chusma que se embriagó con los vinos de la bodega. De la Europa nazi nos llegaban historias de heroica resistencia, valientes palabras dichas en el patíbulo, fugas a Suiza en pos de la libertad, hazañas de la Resistencia francesa. Yugoslavia era un potente símbolo: sabíamos que Tito, rechazado por el Gobierno británico pero reconocido por Churchill, llevaba a cabo una heroica guerra tan pura y tan noble como la Batalla de Inglaterra. De los mitos que nos alimentaban, sólo la Larga Marcha ha quedado sin mácula.

Algo más se inició desde el comienzo, tan lentamente en nuestro orden que apenas nos dimos cuenta. Cuando yo vendía el Guardian por el barrio de color, una vez por semana, me veía inmersa por las tardes en el mundo de los pobres de misericordia, en las calles y los patios llenos de personas indiferentes, borrachas, desmoralizadas. Agarraban los periódicos como si fueran billetes para la tierra prometida... Norteamérica. Un hombre enfermo, los ojos llenos de pústulas, está sentado al sol, agarra mi falda. «Missus, missus, siéntese y rece conmigo, siéntese y rece.» Pero yo no creía en la oración. «No creo que le ayude mucho», le digo, cariñosa, simpática. «Pero hablaré con mi amiga Mary del Comité Religioso... le visitará.» «¿Cuándo me visitará?» «Pronto.» «Dígale que venga pronto, estoy enfermo.»

En una pequeña ciudad todos los miembros de las organizaciones «caritativas» —una palabra aún por nacer— se conocían mutuamente. Puede que fuéramos rojos y revolucionarios, y que contaran historias sobre nosotros que podían erizar los pelos a los probos ciudadanos, pero algunos británicos también formábamos parte de la red de asistencia social. Es decir, informalmente. Cuando me iba de aquellas calles pobres y tristes, solía pasarme un par de horas al teléfono llamando al departamento de asuntos sociales, a varias iglesias, a los departamentos de educación y vivienda y salud. «Hay una mujer con tres hijos, su marido la ha abandonado, ¿creen que podrían...?» «Podemos. ¿Cuál es el número de la casa? Muchas gracias.» «Hay un niño de color en el número 43 de Selous Court que no va a colegio.» «Ah, ¿eres tú, Tigger? Déjalo en mis manos.»

Cuando vendíamos el Guardian en el barrio de color no lo cobrábamos y recibíamos críticas dentro del grupo.

«¿Desde cuándo nos dedicamos a las obras de caridad, camaradas?»

«Por el amor de Dios, ten corazón, camarada, a veces me das asco.»

Este camarada solía ser Gottfried. La personificación de la fría, cortante, lógica marxista, con su frase predilecta: «Y ahora analicemos la situación». Sus análisis por lo menos tenían la virtud de poner al descubierto una situación, e incluso hoy, bombardeada de información o retórica me encuentro a menudo evocando el fantasma de aquella voz, y pienso: Muy bien, de acuerdo, analicemos la situación.

Otro hombre, que no se encontraba entre los fundadores, fue ganándose más y más antipatías. Acababa de llegar de Inglaterra, formaba parte de la burocracia que dirigía uno de los campamentos de la RAF, era un joven alto, delgado, guapo, de quien todas las mujeres nos enamoramos brevemente. Era la esencia del joven héroe obrero. En realidad se trataba de una pose, muy frecuente entonces: era de clase media. Como Gottfried, siempre analizaba las situaciones, y de hecho le nombramos encargado de educación política durante un tiempo. Se presentaba como un fanático, de la progenie de Lenin, era serio, no sonreía, y se sentaba aparte, tomando pulcras notas y consultando a los clásicos, Lenin, Stalin. Solía permanecer sentado escuchando críticamente mientras Gottfried analizaba algo, y luego emitir juicio, no necesariamente a su favor. Hubo una reunión sobre la situación en Sudáfrica; el trato que se daba a los africanos, gente de color e indios, era tan cruel que nos parecía que existía una situación revolucionaria que podía desembocar en breve en un baño de sangre. Podíamos pasarnos todas las noches

discutiendo cómo podíamos colaborar en este proceso, «cuando llegue el momento». La Cámara Minera había realizado cierta propuesta para su contingente laboral. Este camarada, John Miller se llamaba, permaneció en silencio durante tanto tiempo que atrajo nuestra atención, y luego: «En situaciones como ésta, camaradas, basta que nos preguntemos ¿Qué quiere la Cámara Minera? ¿Cuál sería su prioridad? Establecer este dato y entonces...». Una pausa, mientras sube la tensión. Ríe descaradamente: «Y, por supuesto, luego nuestra línea tiene que ser la opuesta». Estalla una tormenta de aplausos. Sí, éste era en verdad el nivel de nuestro pensamiento político.

Pero las tormentas de aplausos pronto amainaron. En realidad, aquel joven héroe había entrado cuando todo empezaba a desmoronarse. O por lo menos cambiaba. Ahora veo que si hubiéramos sido un auténtico grupo comunista, en un país comunista quizás, aquel hombre habría puesto contra las cuerdas a Gottfried. Había sido aquella figura siempre recurrente: el segundo de a bordo (tanto por razones de organización como por virtud de su personalidad), que divide la organización. Como Frank Cooper, se habría llevado con él la mitad de los «cuadros», habría formado un grupo rival y calumniado a los que se quedaban atrás. Ken Graham no tomó parte en las luchas por el poder. La suya era la voz de la moderación, aquella persona que absorbe la animosidad y la discordia, que estabiliza a un grupo, a menudo mediante el humor. Era esencialmente una personalidad del Partido Laborista, y de vuelta a Inglaterra ése fue el partido al que se afilió.

Muchos años más tarde conocí a un hombre con mucha experiencia en el proceso de gobierno, y me dijo que se puede apaciguar a la mayoría de revolucionarios ofreciéndoles puestos. Casi todos son gente de capacidad sin estrenar o infrautilizada. No se dan cuenta de que sufren de frustración. El puesto ofrecido debe elegirse cuidadosamente, sin cinismo, dejando espacio para este talento del crítico hacia la reforma útil. Si me hubieran expresado esta idea entonces, la habría arrumbado con una letanía de calificativos despectivos, pero ahora me pregunto si será cierta.

Si hay algo que hoy en día, mirando atrás, no nos pueda dejar indiferentes es la cantidad de desprecio y asco que proyectábamos sobre cualquiera que no fuera de los nuestros. «Quien no está con nosotros, está contra nosotros.» La religión una vez más: enraizada en la autocomplacencia de la religión. Los grupos comunistas, de izquierdas, revolucionarios, generalmente legitiman la envidia. Donde se comprueba más fácilmente es en las actitudes hacia el arte y la literatura.

En países con un partido comunista, hay una estructura —mejor dicho, una fórmula— para derribar, destruir, denigrar a artistas reconocidos. Si Thomas Mann o Proust es un lacayo lameculos de la clase dirigente, esto acaba con él... y se abre la veda para las artimañas del crítico, quien a menudo aspira a ser escritor. Los escritores (o pintores) arrinconados son siempre los que aún están en activo, exactamente los de la generación anterior al crítico. Los clásicos están a salvo: se pueden venerar, porque están muertos. Este proceso ha funcionado en un país tras otro en nuestra época. Cuando no hay partido comunista, ningún lugar intelectualmente respetable donde dirigir la envidia, y se da la necesidad de acuchillar y quemar a los predecesores, entonces el descrédito puede adoptar formas nacionalistas. Él —o ella— alborota el gallinero, ha dado la espalda a su tierra natal, porque vive en el extranjero, o (feminista) es un hombre, o (masculino) lo que ella escribe sólo interesa a las mujeres. Otras veces no hay lugar organizado o institucionalizado donde verter la envidia, y entonces el fenómeno se ve en su pura esencia. En ocasiones podemos ver una reseña o una crítica en un periódico o revista escrito por un nombre nuevo, que brilla, arde de odio hacia sus mayores. Es fácil darse cuenta de que esta persona acaba de salir de la universidad; un tío, una tía, un amante, un amigo le ha dado un trabajo, y está embriagado con el poder: los escritores a los que

a él o ella le han enseñado a admirar pueden ahora ser dejados por los suelos, demolidos. Probablemente, más adelante, este crítico de tres al cuarto se avergonzará, o se sentirá azorado. La cuestión es que siempre existe, en cualquier cultura donde se elogia a escritores y artistas, un sumidero o un pozo de odio hacia ellos, y gente siempre dispuesta a rebajarlos. Entonces, en Salisbury, Rhodesia del Sur, la plataforma de demolición de los grandes era reducida, en verdad suave, comparada con las de Gran Bretaña, o las enormes de la Unión Soviética. Ciertamente que Gottfried y el resto nos exhortaban a que admiráramos a Maiakovski y a Gorki, sólo a escritores con antecedentes proletarios, pero el problema era que hablaban a gente formada por la literatura, poco preparada para lanzar anatemas contra sus padres espirituales.

Una escena: hemos estado discutiendo sobre literatura proletaria. Al levantarnos de las sillas, drogados de retórica y humo de cigarrillos, se puede ver que Dorothy sonríe y se dirigirá a Gottfried de una guisa que todos esperamos: «Por lo que se refiere a mí, voy a acostarme pronto y muy posiblemente me lleve *Guerra y paz* a la cama conmigo». Seguidamente, con suave pero triunfante caída de ojos, se va.

Hoy casi admiro los malabarismos que utilizábamos para admitir a escritores a los que nos enseñaban a despreciar. ¿Lawrence? Bien, era hijo de un minero, ¿no? ¿Eliot? Describía la decadencia de la burguesía. ¿Yeats? Era irlandés, un pueblo oprimido. ¿Virginia Woolf? Era una mujer. ¿Orwell? En aquel tiempo el Partido lo insultaba, porque había contado la verdad sobre España. El problema era que algunos le admirábamos. ¿Cómo le dábamos la vuelta? Lo he olvidado. Pero qué importa, la corrección política, el retoño de la dialéctica marxista, alumbra los caminos del pensamiento.

Una escena: media docena sentados alrededor de una mesa escribiendo cartas para pedir dinero para varias organizaciones que controlamos. Todos nos regocijamos y reímos con nuestras burlas de la gente a la que pedimos dinero, nuestros «respetables patrocinadores». Por ser una ciudad pequeña, nunca hay bastantes filántropos a quienes pedir, por lo que nos canjeamos nuestros patrocinadores como naipes. «Te doy al concejal para Ayuda Médica, si me das al parlamentario Jones para Amigos de.» «Entonces quiero al ministro Z.» «Pues dame el abogado X.» La mayoría aparecía en los membretes de todas las organizaciones. «Le arrancamos un billete de cinco libras la última vez.» «Pues que escupa otros cinco. Al fin y al cabo sólo lo hacen para aparecer en el membrete.» ¿Qué habían hecho nuestros «respetables patrocinadores» para merecer semejante desprecio? Por definición, era gente de éxito. No eran jóvenes. Lo peor: no eran revolucionarios. Las personas que creían en el triunfo del socialismo o incluso en la posibilidad de conseguir una sociedad justa a través de medios pacíficos eran cobardes lacayos de la clase dirigente, como mínimo.

Unos quince años más tarde, cuando mi nombre figuraba en un membrete como respetable patrocinadora, me encuentro en una oficina y oigo por casualidad a una joven, la tesorera, diciéndole al secretario (hoy un catedrático de resplandeciente respetabilidad), un joven vestido con el uniforme de izquierdas de la época, vaqueros apretados, un jersey demasiado grande con un agujero en el codo, «Ha llegado el momento de que consigamos más dinero de nuestros respetables patrocinadores». Con el mismo desprecio sarcástico.

Edward Upward, un comunista británico, escribió una serie de novelas que ilustran, como en una cápsula del tiempo, no sólo sus experiencias, sino las nuestras... y las de otros miles de grupos. La serie se titula *The Spiral Ascent* (El ascenso en espiral). En aquellos días aún se creía que vivíamos en una época en que las cosas sólo podían ir a mejor. La humanidad estaba destinada a la prosperidad y al progreso generales... Si eras rojo, esto por definición sólo lo podrían conseguir los comunistas. El primer volumen se

titula *In the Thirties* (En los años treinta). La época en que todo el mundo era comunista, filocomunista, o reaccionaba violentamente contra el comunismo. El segundo volumen se titula *The Rotten Elements* (Los elementos podridos). La nota del autor dice que intenta «dar una imagen fidedigna de la política y las actitudes del Partido Comunista británico a finales de los años cuarenta». Cerramos el libro pensando que hemos estado leyendo sobre el destino de las naciones, pero en realidad es la historia de un minúsculo grupo de gente aislada en una ciudad de provincias, a cuyas palabras, decisiones, acciones, se les confiere la importancia que tendrían en Moscú. Exactamente: leemos sobre los mismos procesos psicológicos, la misma dinámica de grupo, que hacía y deshacía el Partido Comunista de la Unión Soviética. Héroes y traidores, divisiones y herejías, mártires y conspiraciones e intrigas... todo es lo mismo. El tercer volumen, que no se publicó hasta 1977, se titula *No Name But the Struggle* (La lucha y nada más). Ya los títulos son un informe condensado del pensamiento socialista de aquella época.

Me casé con Gottfried Lessing en 1943, pero sólo porque en aquellos tiempos la gente no podía tener líos amorosos, y no digamos ya vivir juntos, sin provocar comentarios desagradables. En este caso habría sido peor. Él era un extranjero enemigo y se arriesgaba a que lo devolvieran al campo de concentración. Ser comunista cuando se suponía que no debería meterse en política ya era bastante problemático, pero tener una relación pública con una mujer joven que era buena, en cuanto ciudadana de Rhodesia del Sur y por tanto fuera de su alcance como alemán y extranjero enemigo, pero mala, porque muy recientemente había pasado por un divorcio desagradable, era algo sencillamente estúpido. Mi deber revolucionario era casarme con él. Ojalá pudiera pensar que fue tan sólo una más de nuestras bromas, pero probablemente no lo fue. Estábamos liados porque éramos los dos únicos sin pareja dentro del grupo. No obstante era una historia que no tenía importancia. ¿No éramos unos muertos de permiso? ¿No eran irrelevantes para la lucha los «problemas personales»? Sabíamos que no estábamos hechos el uno para el otro. Nos decíamos: No importa, nos divorciaremos cuando se acabe la guerra.

Desde el principio él me consideró inadecuada como mando comunista. El problema era profundo: se trataba de mí, de mí misma, de mi carácter. Lo que más me gustaba de mi persona, lo que me importaba, era lo que le gustaba menos a él. Cualquier interés por la intimidad de otra persona era «hacer psicología», era... freudiano. Moscú había catalogado a Freud para siempre como reaccionario. Si yo me despertaba y me parecía que un sueño iluminaba algo, él no lo soportaba. Él nunca soñaba, y apenas podía creer que hubiera gente que soñara. Los sueños y el acto de soñar eran reaccionarios. Sobre mi interés por los cuentos populares, las leyendas, los mitos, los cuentos de hadas... él decía bromeando que en la Unión Soviética me podrían fusilar por ello. (Había gente dentro de «El Partido» que negaba sin más que existieran ejecuciones en la Unión Soviética; otros no podían comprender por qué alguien tenía que molestarse en negarlo. Había que zafarse de elementos podridos.) Cuentos populares, folclore... Él solía citar a Lenin y su dictamen sobre «la idiotez de la vida pueblerina». En reuniones de grupo, cuando el orden del día llegaba al apartado de «críticas», me reconvenía fríamente por éstas y otras retrógradas tendencias pequeñoburguesas.

Gottfried Anton Nicolai Lessing había nacido el 1917 en San Petersburgo, y huido de la Revolución en un tren, con la familia, un bebé en brazos de su nodriza, su tata, su otra madre, de vuelta a Berlín. Su tatarabuelo, de apellido Levy, amasó la fortuna de la familia. Era uno de aquellos comerciantes del siglo XIX que hicieron fortunas y las perdieron, en parte en Rusia. Construyó barcos, ferrocarriles, abasteció a toda Rusia de clavos de herradura. El propio Lenin elogió a la familia por ser un ejemplo del capital bien empleado y fructífero. Tuvo muchos hijos, y eran altos, iban cargados de ropa y pieles y joyas, y vivían, principalmente, de lo que él había legado, en enormes casas de Berlín. Una fotografía suya recuerda a los primeros Forsyte, o a los Buddenbrook. Uno de ellos, el padre de Gottfried, era un industrial y un especulador, como el que inició la fortuna, pero su corazón estaba en su biblioteca. Se casó con una hija de una familia alemana rusófila, que trabajaba en su empresa de Moscú, es decir, era una mujer



avanzada para su época. La casa en el Nicolassee de Berlín era grande, agradable, pero nada que ver con los semipalacios de la segunda generación. En la familia y entre los innumerables visitantes se hablaba ruso, alemán y francés. Gottfried describía así al matrimonio: «Ella salía mucho y organizaba fiestas, pero él se instalaba en la biblioteca y estudiaba historia». Los dos hijos, Irene y Gottfried, eran jóvenes ricos y confiaban en seguir siendo ricos, porque la familia repetía lo que decía la madre, quien dictaminó que Hitler era un vulgar advenedizo al que no había que hacer caso. Gottfried estudiaba Derecho en la universidad. De repente la categoría de jóvenes aptos para reclutamiento bajo las Leyes de Nuremberg cambió: Gottfried, sólo en parte judío, había sido eximido, pero ahora, al ser sólo en parte judío, era elegible para luchar por Hitler. La familia era de las conversas, no se consideraban a sí mismos judíos. Gottfried decía que Hitler le había convertido en un judío: era una cuestión de honor. Creo que llegó a Londres, como refugiado, en 1937. Tenía poco dinero, apenas para comer. Los domingos unos amigos de negocios de los Lessing le invitaban a una gran casa cerca de Park Lane, para almorzar. Comía finas lonjas de buey marrón oscuro, una lonja de fresco budín Yorkshire oscuro, tantas patatas como podía, col fresca, un trocito de tarta de fruta y una onza aproximadamente de queso duro. Siempre iba, porque estaba hambriento. Londres, se quejaba él, podía resultar agradable para la gente con dinero. Era un comunista quien hablaba, pero no había descubierto las desventajas de la pobreza hasta encontrarse en una habitación con derecho a cocina en Londres.

Mientras, en otra parte del bosque... Los Lessing en Berlín habían hecho buen uso del sistema de «au pair» en pro de su hija, Irene. Una muchacha que pasó tiempo en la casa de Berlín fue Margaret Morgan, la hija de un galés millonario que se había hecho a sí mismo. Otra muchacha «au pair» era de Johannesburgo, la hija de una familia de millonarios: el padre era un judío del Báltico y había hecho su fortuna en los primeros tiempos de Johannesburgo, con la madera y los negocios inmobiliarios. Su hija tenía varios hermanos; el hijo mayor de los Schneir se enamoró de la bella muchacha galesa. Él era muy inteligente, literario, de buen ver, pero melancólico, o así se hablaba en aquellos tiempos antes de que nos acostumbráramos a términos como «esquizofrénico», «maníaco-depresivo». Maggie se casó con él, e intentó salvarle de sus demonios, pero perdió la batalla, y él se lanzó al mar desde un barco que se dirigía a Sudáfrica. Era lógico que Margaret buscara entonces a Gottfried, a quien había conocido en casa de la familia de él. Ella era desgraciada, una viuda muy joven. Él era desgraciado y solitario. El hijo de los Schneir había hecho de Margaret una comunista. Ella hizo de Gottfried un comunista.

Me costó años darme cuenta de algo obvio: las condiciones eran las idóneas para una conversión. Aquel joven rico se encontraba sin ni cinco en una ciudad extraña. Su fe en sí mismo, su propia imagen y la de su familia habían sido pisoteadas por las grandes botas negras de Hitler. Llevaba meses mal alimentado y no sabía qué le depararía el destino, sólo que sería algo malo. Se enamoraron. Fue un amor apasionado. La verdad es que, cuando conocí a Gottfried, aquella había sido la experiencia más intensa de su vida. Maggie era bella, de pelo negro en un moñito de bailarina, ojos oscuros. Llena de la desinhibida vitalidad galesa. No tiene nada de inglesa, decía lentamente Gottfried.

La guerra aún no había estallado. La oleada de refugiados alemanes pudo elegir entre ir a Rhodesia del Sur o Canadá. Gottfried eligió Rhodesia del Sur y se encontró en la áspera y poco elegante ciudad colonial donde su lánguida y suave apostura, su elegancia, su sofisticación, le convertían en blanco de chistes. Se parecía a Conrad Veidt, muy adecuado para el cine, pero excesivamente guapo para la vida real. Entabló amistad con una refugiada de Viena, una bonita mujer a la que sentaban bien las blusas con volantes, los pañuelos de cuello y las joyas. Llevaba el pelo encrespado con la

«permanente» de la época y ricitos. Era tan cosmopolita como él, una persona de ciudad. Cuando se sentaban en el salón del Grand Hotel (desde un punto de vista económico, más elegante que el Meikles), formaban una pareja elegante, pero por encima de todo, extranjera. Más tarde el grupo la llamó La Viuda Alegre, o la Condesa de Gottfried. No tenía ni cinco, pues, como todos, había llegado con lo puesto. Pidió un préstamo y puso en marcha la primera tintorería de lavados en seco de Salisbury. Alquiló una de las casas pequeñas y subarrendaba una o dos habitaciones.

Cuando se declaró la guerra, a Gottfried lo internaron en un campo de concentración durante seis semanas. En Gran Bretaña internaron a todos los extranjeros, nazis y antinazis, a menudo juntos. Me dicen que la isla de Man, donde internaron a los refugiados, resultó un lugar tan agradable como una universidad, pero no fue así en Rhodesia. Gottfried había tomado la precaución de entablar amistad con el hombre de la oficina de la CID que se encargaba de su caso. Le deslumbró hablándole de su vida de rico en Berlín y de su madre, la condesa Schwanebach. No era condesa, pero no importa, la mentira era útil. No se me ocurre otra razón que explique por qué le dejaron salir del campo casi después de entrar. Algunos alemanes, también antinazis, estuvieron recluidos durante toda la guerra. Cuando se le preguntaba cómo era el campo, Gottfried sonreía y sentenciaba: «No estaba mal. No se puede esperar que un campo de concentración sea como un campamento de colonias de verano». Cuando le dejaron salir, un abogado llamado Howe-Ely actuó de garante de su buena conducta. Quería un abogado barato para crear un bufete de abogados. Howe-Ely consiguió una ganga. Nunca le pagó a Gottfried más que un escuálido sueldo mínimo: cuando Gottfried entró en la firma, ésta se componía de un anciano ridículo, su estúpida esposa y una mecanógrafa... yo. Cuando se fue en 1949, el bufete consistía en grandes oficinas elegantes, varios socios y tenía éxito. Había una sala llena de secretarías y mecanógrafas. Todo fue creación de Gottfried.

Cuando Gottfried no trabajaba en el despacho de Howe-Ely, ayudaba a su «debilidad» vienesa a limpiar la ropa sucia, antes de meterla en las máquinas, una técnica que ya debe de estar obsoleta. No estaba enamorado de ella, porque seguía enamorado de Margaret Morgan, pero estaban liados. Intentaban que ella se casara con alguien. Yo aún era una romántica y me sorprendía la frialdad de todo aquello, pero no fue la última vez que Gottfried me fulminó con estas palabras: «Aprende a morderte la lengua en cosas de las que nada sabes. Todas vosotras, las chicas coloniales, sois como unos pollitos, no sabéis nada de la vida. Mizi [no es el nombre real] ya no es de las más jóvenes. Necesita un marido. Tiene que casarse con un oficial del campamento de la RAF y entonces cuidarán de ella». Esto fue lo que sucedió. Se casó con un teniente coronel del aire. Un tipo correcto y cariñoso, como un joven perro labrador, que la adoraba y con quien ella se volvió a Inglaterra. ¿Y luego?

A todos los refugiados les fue bien en Rhodesia del Sur. Fueron, según se dice ahora, inmigrantes con éxito. Hace un par de años recibí una carta con una firma que intenté situar. «¿Recuerdas...?» Digamos, Nina. Era una de las refugiadas elegantes que asistía a las reuniones del Club de la Izquierda: no podía ser comunista, decía ella, porque era una social-demócrata, un término que entonces evocaba todo un trasfondo de historia política. Se presentó en mi casa una alta mujer de edad, con vestidos caros, demasiado elegante, cubierta de joyas de oro. Intentó recordar cuando le pregunté si alguna vez pensaba en las reuniones del antiguo Club de la Izquierda. Dijo que había ganado mucho dinero, las cosas le habían ido bien en Rhodesia del Sur, pero no estaba dispuesta a vivir bajo un gobierno negro. Se iba a Australia.

No mucho después de dejar a Frank y a los niños enfermé. Inmediatamente di la razón a la gente que decía que la culpa la tenía dormir tan poco y alimentarme de

patatas fritas y cacahuetes, pero yo ya sabía por qué estaba enferma. Necesitaba dormir y soñar para volver a ser yo misma. Estaba totalmente dividida. Podía patearme la ciudad día y noche, ser la encarnación de la confianza y la competencia, pero en mi sueño, menos que corto, se hundían escaleras a mi paso, me examinaba de asignaturas que no había estudiado, me esperaban en escena, a punto de subir el telón, pero yo no me sabía mi papel. Los sueños disparatados, tan divertidos, me llenaban de ansiedad, porque tan pronto como me levantaba en el aire el darme cuenta de que estaba volando me hacía volver a caer. Parecía que, en cuanto cerrara los ojos, me encontraría encima de barrancos y golfos en los que el antiguo e implacable lagarto, casi petrificado, casi muerto, me miraría con su frío ojo vidriado por el polvo. Habían vendido la granja, mis padres se mudaban a la ciudad, y la casa en la que había crecido se desmoronaba en mi sueño, demolida por blancas hormigas e insectos barrenadores; el techo dejaba caer las antiguas vigas que se extendían en sucias pilas sobre la tierra ennegrecida por un reciente incendio en la jungla. Los sueños siempre han sido mis amigos, llenos de información, llenos de advertencias. Insistían de cien maneras en que yo era peligrosamente desgraciada por los niños que había dejado atrás, por mi padre —¿qué novedad había en esto?—, por mi madre y porque deseaba con tal fuerza escribir, pero no podía ver cuándo esto sucedería.

Me gustaba la soledad, pero tenía que luchar por ella contra mi pobre y solitaria patrona, contra mi madre. Los camaradas me visitaban a diario después de mi trabajo. Los hombres de la RAF aparecían siempre que podían escaparse del campamento. A mi patrona le parecía agradable que recibiera tantas visitas, pero se preguntaba qué pensaría mi madre de todos aquellos hombres a los que recibía en mi habitación.

Por aquel entonces todas las chicas del grupo o de su entorno habían recibido peticiones matrimoniales de los hombres de la RAF. Mi altruismo seguía perjudicando mi sentido común. Nunca se me ocurrió, ni tampoco a las otras mujeres, que aquellos pobres jóvenes escapados de la amarga pobreza de la Inglaterra de antes de la guerra pudiera gustarles la idea de casarse con privilegiadas muchachas coloniales. Cuando Gottfried lo comentó, me sorprendió su cinismo. Y la verdad es que él era muy, muy cínico. A todos nos embargaban el idealismo y los sentimientos de camaradería, estábamos enamorados la mayor parte del tiempo, vivíamos en una tierra prestada llena de posibilidades. El cinismo, o el «realismo», es a menudo una guía deficiente de lo que está pasando.

Vino a verme Gottfried. Más adelante dijo que fue la primera ocasión en que se encaprichó de mí o, tal como él lo expresó, en que me vio como potencial compañera de cama. Los hombres a los que resulta difícil salir de su caparazón de timidez disfrutaban siendo amables con enfermas muchachas postradas. Se mostraba paternal y me traía helados del carrito que pedaleaba arriba y abajo de las avenidas, o una caja de pasteles de crema de Pockets, el elegante salón de té. «Sí, y debes comértelo», decía, alargándome una cucharilla que había pedido a la patrona, y mirándome hundir la cuchara en el helado. No se puede decir que la vida de grupo deje mucho tiempo para el cortejo, o, como se decía entonces, para «salir juntos», y el hecho de que yo estuviera enferma en cama precipitó que nos lanzáramos al juzgado y a un matrimonio precipitado, una escena recreada con modificaciones en *Al final de la tormenta*. Fue con *Cerco de tierra* (Landlocked) cuando dejé atrás la autobiografía. Para empezar, hubo un vacío de años entre *Al final de la tormenta* y *Cerco de tierra*. Escribí *El cuaderno dorado* por aquella época, otros libros, otras narraciones. No podía encontrar en mí el tono adecuado durante aquella época, un tiempo tan malo, lento, frustrado, cerrado. Al final la vida misma me proporcionó la combinación de ingredientes psicológicos, la receta adecuada para *Cerco de tierra*, una obra melancólica, saturada de la desilusión de

la posguerra. Incluso en *Al final de la tormenta* había modificado la experiencia directa, porque no puse a Gottfried en la obra. A fin de cuentas él vivía y yo criaba a su hijo. Me inspiré en el marido de una amiga de Londres, cuya historia y apariencia eran distintas, pero que respondía al mismo tipo psicológico. Era un pobre muchacho, de un barrio marginal berlinés, el producto del paro y la política violenta de los años veinte y treinta, amargado por el odio de clase: un hijo de la Primera Guerra Mundial, en pocas palabras. Era comunista a los diez años, perteneció al grupo de alemanes que se opusieron a Hitler. Una organización de refugiados lo llevó a Inglaterra. Este pobre muchacho, y Gottfried, el niño rico, eran iguales en cuanto a fanatismo, formaban parte de aquellos a los que el Partido Comunista solía llamar «los del 150 por ciento»... no sin admiración. «Siempre enloquecen, o repentinamente pasan a ser 150 por ciento anticomunistas.» El original de Anton Hesse ni enloqueció ni se convirtió en un anticomunista; su personalidad de activista serio, dedicado y adusto pareció desaparecer sin más de la noche a la mañana. El mismo hombre que antes solía lanzar un discurso e increpar a alguien ante el más leve indicio de «incorrección», pasó a ser una persona afable, encantadora y sociable que decía: «No me interesa la política». Mientras tanto, el niño rico se había convertido en parte de la clase dirigente comunista en la Alemania del Este. Cuando conocí al original de Anton Hesse, a principios de los años cincuenta, fue como un sueño dislocado, porque oía las palabras de Gottfried, veía sus reacciones, en aquel frío estilete del comunismo, de ojos azules, alto, delgado, rubio.

Si bien no tuve tiempo para escribir las novelas y las narraciones que se me ocurrían constantemente, escribí poemas. La melancolía, la profunda tristeza de mis sueños establecieron el tono, colocaron palabras y frases en mi lengua, y me podía despertar musitando:

At evening strolling lovers pause outside town  
Where an acre or so of crosses lean in the sand...

«Por la noche los amantes que van de paseo se paran fuera de la ciudad / donde un acre, o más, de cruces se inclinan en la arena...»

Incluso al escribirlos desconfiaba de ellos, porque temía los placeres de la tristeza.

Se publicaron en una revista que se llamaba *The New Rhodesia*, cuyo director era N. H. Wilson, un hombre que había estado en la cárcel por desfalco, pero nadie parecía tenerlo en cuenta. En general no caía bien por su inteligencia impaciente, sus críticas a la mejor de las colonias posibles. *The New Rhodesia* era una publicación idiosincrásica, una revista semanal con pocos pero influyentes lectores. Se consideraba de extrema derecha, pero mal encaminada por su actitud «progresista» hacia los africanos: había que pagarles mejor y educarlos. N. H. Wilson era uno más de aquellos hombres entrados en años que me distinguían con su amistad, a mí, aquella incendiaria, brillante, obstinada joven tan distinta a las chicas coloniales. Probablemente ellos abrigaban románticas fantasías, pero yo los consideraba viejos. Ahora veo que estaban solos: ser hombres inteligentes, que habían leído mucho y a los que les interesaba el mundo, era en aquella ciudad una segura condena a la soledad. Les gustaba hablar conmigo, me invitaban a tomar té en Pockets, o a visitarlos en sus oficinas, me prestaban libros, me utilizaban —como yo sabía muy bien— para saber qué pensaban los rojos. Mr Wilson publicó mis poemas y, también, las cartas enérgicas que tan a menudo escribía precipitadamente en defensa de la Unión Soviética, del comunismo, del socialismo, o para atacar el mal trato que recibían los africanos. Discutía mis opiniones políticas pero me concedía el derecho a tenerlas.

Otro amigo entrado en años era Max Danziger, ministro de Economía. Su fría,

irónica, por no decir «negativa», aproximación a la vida me parecía un agradable contraste a las pasiones del grupo. Cuando discutíamos de política, me hacía añicos con citas de los griegos o de los latinos, Adam Smith, o quizás una cita de Erasmo.

Había otro, un juez, amigo de Frank Wisdom, más tarde de Gottfried, que me casó sucesivamente con aquellos dos hombres, en ambas ocasiones mostrando, con el escepticismo afable de su cerrar de ojos, que no esperaba demasiado de estas alianzas.

Reuní a estos dos hombres cosmopolitas, hastiados, solitarios en uno: Mr Maynard en *Hijos de la violencia*. Otro era un periodista del Herald. Apareció en *Going Home*. Le debía mucho. Las extravagancias del pensamiento político quedan ilustradas por mis mofas, compartidas por los camaradas, en el momento en que él rechaza a los revolucionarios comunistas de China diciendo: «Siempre han existido jefes militares en China», pero ahora me pregunto si era tan ridículo, a fin de cuentas.

Cuando el grupo me preguntaba qué me proponía, paseando y charlando con el ministro de Economía o con aquel reaccionario de Wilson, o aquel juez, o aquel representante de la prensa capitalista, les respondía inmediatamente que sondeaba al enemigo. El hecho de que ellos se rieran demostraba cuánto nos habíamos alejado de las apasionadas certezas de sólo dos o tres años antes.

No obstante, aún creíamos que el futuro del mundo dependía de nosotros. Nunca se nos ocurrió preguntarnos qué requisitos cumplíamos para sentirnos capaces de cambiar el mundo entero, y para siempre. O, ya que viene al caso, qué requisitos cumplía Lenin. Si nos hubieran dicho y preparado para creerlo —muy improbable— que éramos la personificación de la envidia, la venganza, la ignorancia, nuestra actitud habría sido la misma que cuando la gente dice que tal o cual sacerdote es un delincuente o incluso un criminal: representa a Dios, y sus requisitos personales son irrelevantes. Creíamos personificar las preferencias de la Historia. El carácter de cada uno de nosotros seguía siendo tan poco adecuado como siempre: mientras tanto no dejábamos de soñar en utopías. Quizás exista una relación.

No obstante, estábamos cambiando, y con rapidez. Es decir, la mayoría de nosotros. Gottfried no cambió... o no pareció cambiar. Durante un tiempo pasó a ser como un indicador o un monolito contra el que nos medíamos. Incluso su forma de sentarse durante una reunión, alerta, silencioso, parecía hacerlo inevitable. Nada más sencillo para impresionar a la gente que permanecer en silencio y acto seguido intervenir con unas pocas palabras decisivas. Pero hay que tener la personalidad adecuada, y Gottfried la tenía. ¿Descubrió este truco por casualidad? ¿La timidez le mantenía callado, y luego, obligándose a hablar, vio el efecto, y lo utilizó? Todo el mundo temía a aquel hombre frío, silencioso, con sus brillantes gafas que enfocaban al que hablaba y luego al de al lado, permitiendo que su mirada relámpago expresara por él su crítica. Cuando la gente le conocía, su actitud cambiaba, se hacía tolerante, o humorísticamente cariñosa. Pero era demasiado distinto a los otros para mantener su posición de autoridad. El caso es que era un comunista intelectual, una calificación que podíamos haber oído, pero que no comprendíamos. Su Margaret le había metido en el marxismo como un sistema de pensamiento, sin ninguna experiencia de los tiempos difíciles, y él mantenía la pureza ideológica mediante la lectura de los clásicos marxistas. Conceptos, ideas y clasificaciones se adecuaban a su temperamento. Una idea engendra otras ideas, del mismo tipo y sustancia, y la política tal vez sea el mejor lugar para comprobarlo. El razonamiento lógico lleva una premisa a sucesivas posiciones intelectuales, expresadas, a menudo, en terribles crueldades. Arthur Koestler en *Darkness at Noon* explora la fragmentación de la lógica del comunismo. No por causalidad se nos llenaban los ojos de lágrimas ante la noticia de que Stalin solía apoyar su mano sobre la tierra, como un símbolo de «la vida tal como es». (Si no era cierto, nosotros creíamos que lo era.)

Nuestras mentes eran un caos de ideas mal digeridas y de alguna manera sabíamos que precisábamos de un Anteo.

Gottfried siempre estaba en lo cierto. Sus claros y fríos pensamientos le hacían estar seguro de ello. Nosotros solíamos decir, en broma —«nosotros», coloniales a los que él despreciaba— que habría sido un buen inquisidor. Cuando se enteró, lo tomó por un cumplido. Alguien, al decidirse a abandonar el grupo, en un ataque de asco le gritó que era el tipo de individuo capaz de matar a cien personas antes del desayuno por haber seguido «la consigna» equivocada, y acto seguido comérselo todo y disfrutarlo. «Os equivocáis», dijo lentamente Gottfried, «ordenaría a otro que los matara.» Nos reímos: ¡ahí está de nuevo Gottfried! Durante mucho tiempo pensé: Bien, es sencillo, si uno lee a Lenin y a Stalin día y noche, el asesinato político no será sólo un deber, sino una heroicidad. Pero para nadie es tan sencillo, ni siquiera Gottfried, que intentaba tan esforzadamente parecerlo, ser de una pieza. Más tarde me di cuenta de que él era el tipo corriente de revolucionario, o de círculos de izquierdas (y por lo que sé, de derechas). A estos hombres les cuesta tener amistades y amores sencillos, corrientes, fáciles, y se parapetan tras paredes de fría autoridad. Gottfried parecía blindado en la arrogancia. Entonces, ¿qué es la arrogancia? Aquí he de meterme en el tipo de especulaciones que tanto me ocuparon en aquella época: ¿es siempre la arrogancia una defensa contra la timidez? ¿Es la timidez algo tan sencillo? Yo no comprendía a Gottfried. No sé ahora, ni sabía entonces, qué es lo que yo no comprendía.

Años más tarde me encontraba en Munich invitada por el British Council, y después de una conferencia se me acercó una encantadora mujer mayor, que se me presentó como la primera novia de Gottfried. A esta escena no le faltaba su ironía, y aún más en aquel lugar repleto de entusiastas cazadores de dedicatorias. Y, también, porque cuando hoy coinciden una persona alemana y una británica de la misma edad, entre ambas hay el recuerdo de las dos guerras, el pensamiento de que eran enemigas, y de que los padres respectivos fueron enemigos... Una pesada, fatigosa, dolorosa incredulidad —¿cómo pudo suceder?—: como una magulladura que no se ve pero que ambas saben que está ahí. La gente circulaba por el lugar mientras ella me describía aquella casa en el lago de Berlín, expresando lo maravillosa que le había parecido. Era una chica muy joven, llena de respeto por la madre rusa, una anfitriona impulsiva y generosa que aún hablaba ruso, por el erudito padre, y por la niñera rusa que dominaba a la familia hasta el punto de decirles qué debían vestir o comer. Gottfried contaba veinte años, era impresionantemente guapo y elegante. Pero, «¿No se le ocurrió nunca preguntarse, querida Mrs Lessing, que había algo en Gottfried... algo...?, no sé como expresarlo». «Sí, se me ocurrió, algo... pero ¿qué?» «Fui su primera novia. Siempre me he preguntado...» «Sí, ya sé, pero no comprendo...» «No era como los demás.» «No, un hombre extraño.» «¿Le faltaba algo?», sugirió ella. Pero un hombre no es un rompecabezas. No imaginen que fue una conversación de dos ancianas disolutas. Nos preocupaba algo más, la desazón que la gente sentía con Gottfried. Pero ¿quién quiere que le juzguen por cómo era a los veinte años?

Nuestra vida sexual fue triste. Él era muy puritano e inhibido. Yo llegué a pensar que era virgen, pero obviamente no podía ser cierto. ¿Era, pues, que no me encontraba atractiva? Pero había indicios de lo contrario. Solía contarse un chiste —y quizás aún se cuenta— según el cual algunos hombres reaccionan ante el ardiente o incluso corriente acto sexual de la misma manera que un patrón blanco o bwana reacciona ante la excesiva familiaridad de un subordinado negro: no te acerques demasiado. Una caricia que le excitaba demasiado, y que ni siquiera era genital, le ponía a la defensiva y le enfurecía. Y, no obstante, parecía comprender la sensualidad, porque recuerdo un comentario sobre una pareja de refugiados de Yugoslavia, obviamente mal emparejados

en otros aspectos —ella era inteligente y él estúpido—: «Tienes que comprender que hay parejas que permanecen juntas por los placeres de la cama». No obstante, por lo que se refería a mí, él no sabía nada de los placeres de la cama, y esto mucho antes de que yo me paseara por las costas salvajes del amor. Todo era un misterio para mí. Solía meditarlo, sopesarlo y pensarlo, intentando comprenderlo. Cuánto tiempo me pasé entonces, meditando sobre Gottfried... pero sin sentirme desgraciada. Para empezar, no íbamos a seguir casados. Pero supongamos que yo nunca hubiera tenido una pareja sexual. Supongamos que yo no hubiera ya tenido satisfactorias experiencias sexuales. Habría creído que la infelicidad de Gottfried, mi infelicidad, en la cama, era todo culpa mía. Las mujeres siempre se culpan por este tipo de fracaso. Pero hoy me siento sobrecogida al pensar en las muchachas —a millares, ¿o millones?— que habrá casadas con hombres a los que no conocen y con quienes pueden estar mal emparejadas. Por doquier, por todo el mundo, silencioso sufrimiento, desiertos de infelicidad...

Some day he'll come my way  
The man I love.

«Un día se cruzará en mi camino / el hombre al que amo...»

O quizás, o incluso...

Night and day I think of you...  
«Noche y día / pienso en ti...»

Aceptémoslo, pues: estábamos mal emparejados.

Nuestro primer hogar: las habitaciones amuebladas de siempre, en esta ocasión en una casa en la que la esposa era una mujer exageradamente gorda. Había muchos hijos, algunos ya adolescentes. Un día nos despertó una sonora risa en la terraza. Nos encontramos a la mujer sentada en una silla sosteniendo a un niño recién nacido. No se había dado cuenta de que estaba embarazada. Su bebé se había escurrido suavemente hasta el suelo mientras ella preparaba huevos y tocino, y bebía bicarbonato sódico, para curarse lo que creía que era una indigestión. Nos sentamos todos a la gran mesa de la terraza, mientras la criatura, vestida apresuradamente de largo con prendas de bebé guardadas, pasaba de mano en mano por la familia, de un abrazo a otro. Su marido estaba encantado. También ella. Este acontecimiento despertó la admiración del grupo.

Todos decidimos que tenía que haber más tiempo para la «vida personal». Era «contraproducente» tener una reunión todas las noches.

Mientras, intentábamos «entrar en contacto» y «preparar posibles cuadros» con la gente negra. Había el problema de que la «consigna» —de Moscú, naturalmente— era que sólo un proletariado negro podría liberar a la gente. El nacionalismo negro se anatemizaba con la retórica habitual, «lacayos», «lameculos», «perros de caza» y así sucesivamente. Albergábamos dudas respecto a la «corrección» de esta «consigna», y hubo encendidos debates al respecto. No teníamos contacto con grupos organizados de negros, por la simple razón de que aún no existían. No en Salisbury, aunque nos dijeron que en Bulawayo existían informales y sindicatos negros ilegales. Teníamos el nombre de Joshua Nkomo, de quien se decía que era un orador que atraía a multitudes. Pedimos a los camaradas de Bulawayo que establecieran el contacto, pero nos informaron del fracaso. Veinte años después le pregunté a Joshua Nkomo al respecto y me dijo que no lo recordaba, pero probablemente había pensado que se trataba de espías del gobierno.

El único negro con quien estábamos constantemente en contacto era Charles Mzingele, durante años el africano «de muestra» en el Club de la Izquierda. Allí, en

aquellas reuniones, suave y humorísticamente había repetido que Gran Bretaña, por la cláusula salvaguardada en la Constitución, que concedía independencia a la colonia, era responsable del mal trato a los nativos, no obstante nadie le recordaba este abandono del deber. Con nosotros pasaba lo mismo. Para él, éste era el meollo de la cuestión. Si se conseguía que Gran Bretaña fuera consciente de ello, él se encargaría de decirle al gobierno de Rhodesia del Sur que se portara bien. Por regla general venía solo a nuestras reuniones, aunque a veces se acompañaba de un amigo. Se iban con una selección de nuestros panfletos y libros, rechazando los brillantes ofrecimientos de la Unión Soviética, aunque aceptaban agradecidos cualquier información sobre la situación de su gente. Sentían aversión hacia el comunismo. Los desmembramientos y faltas de sinceridad de «la consigna» les parecían irrelevantes. El pacto nazi-soviético resultaba incomprensible. No comprendían por qué los comunistas insultaban al Partido Laborista, a los socialistas, como ellos. Escuchaban las proclamas de que esta guerra era «a favor de la democracia» con sonrisas educadas, quizás con suspiros, y con un movimiento de cabeza. Cuando se les apremiaba, decían que no podían ver que el trato que sus pueblos conquistados recibían de los nazis fuera peor que el que ellos, los nativos, padecían en Rhodesia del Sur.

Hoy aquellos que siempre, a lo largo de toda su vida, han formado parte de una estructura de opiniones bien vistas consideran a Charles Mzingele una especie de Tío Tom, ellos que nunca, jamás, han sufrido por sus ideas. (Ya que viene al caso, Tío Tom era un personaje bastante admirable, no lo que se considera Tío Tom, pero dejémoslo.) ¡Ah, Charles Mzingele!... se burlan ahora. Charles se había documentado por cuenta propia para su oposición a los blancos, en una época en que existía una malhumorada o airada oposición, pero muy poca información. Por cuenta propia, a menudo sin ningún tipo de aliados enviaba cartas y presionaba y acosaba sin descanso a los periódicos, a los parlamentarios, a las comisiones gubernamentales. Cuando le conocimos era un hombre de mediana edad, cansado y triste porque era católico, devoto y feligrés, y un par de curas le habían visitado en su casa para decirle que si insistía en crear un sindicato le excomulgarían. Era un sindicato de oficinistas, pero él soñaba con un sindicato de mineros. No le fue muy bien con el sindicato de oficinistas, porque los botones y chicos de recados formaban una élite, mejor pagada que la mayoría, y no estaban dispuestos a poner en peligro sus puestos de trabajo con una actividad sediciosa.

Cuando Charles o un amigo o dos asistían a una reunión, nos saltábamos el orden del día y hablábamos de sus intereses. Venían a la oficina del Club, o a cualquier otra oficina que utilizáramos, porque estaban bajo la vigilancia de la CID y en aquella época ninguno de nosotros disponía de un piso o de una casa donde se pudiera invitar a gente negra. Las reuniones no resultaban fáciles. El sentido africano del tiempo hacía inútil quedar a las seis y confiar en verle allí a esa hora. Si decíamos a las cuatro, pensando en las seis, él podía llegar a las seis o inesperadamente a las cuatro. Y además existía el toque de queda. Todos los negros que no vivían en la ciudad tenían que haber regresado a su Zona Segregada, más allá de la zona blanca de la ciudad, hacia las nueve. Charles iba en bicicleta, siempre temía que se la robaran... como había ocurrido en más de una ocasión. La tenía que subir por las escaleras y entrarla en la oficina. En broma decíamos que a la bicicleta de Charles le teníamos que otorgar el derecho a voto. A mitad de una conversación o discusión Charles y su amigo se levantaban, después de consultar el reloj, se disculpaban y se iban como era característico en ellos, sonriendo, pacientes, pero obstinados. Cuando se habían ido, nosotros estallábamos de rabia frustrada, odiando tanto aquello de lo que formábamos parte, o nos quedábamos deprimidos, por nuestra impotencia, apenas capaces de mirarnos mutuamente. Sabíamos que aquellos hombres se separarían, una vez llegados a los límites de la Zona Segregada, y se irían



con sumo cuidado a sus casas, donde esconderían los libros y papeles que les habíamos dado, a causa de la policía de la Zona Segregada, una clase de negros particularmente desagradables que actuaban con una irreflexiva y alegre brutalidad que los hacía fácilmente reconocibles incluso cuando iban de paisano. Cuando Charles contaba que estos hombres le habían pegado en más de una ocasión, o nos contaba cómo habían invadido su minúscula casa y habían roto sus panfletos, propinándole golpes delante de su esposa y de sus hijos, y nosotros nos indignábamos, le parecíamos graciosos, como niños arropados a quienes se les dice que el mundo es perverso. «Sí, así son las cosas, así van las cosas entre nosotros», decía, paciente, sonriente.

Siempre nos pedía que recordáramos al Parlamento británico sus obligaciones. Siempre mandábamos cartas, copias de borradores, notas de resoluciones, partes relevantes de la Constitución, a los parlamentarios de Westminster considerados «buenos» en temas coloniales, pero si nos llegaba alguna respuesta, era de educado rechazo. Estábamos en guerra, le decíamos a Charles, la gente en Gran Bretaña no tenía tiempo para nada, excepto para la guerra. «Antes de la guerra tampoco tenían tiempo para nosotros», decía, sonriendo como siempre. Ni que decir tiene que ningún miembro del Parlamento de Rhodesia del Sur se mostraba interesado. Charles Mzingele era un agitador, y basta.

Encontró, no obstante, una aliada en Gladys Maasdorp, la alcaldesa de Salisbury. Cuando nos dejábamos caer por su oficina, solíamos encontrarle allí, y también a sus amigos, tomando té y hablando. Por aquel entonces todos éramos miembros del Partido Laborista. La actitud de Gladys Maasdorp hacia nosotros, los rojos, era la de pensar que lo superaríamos. Era una mujer notable. Como diríamos hoy, fue una mentora para mí y para las otras mujeres. De niña, luego muchacha, en Graaf Reinet en el Cabo, se había sentido tan aislada como Olive Schreiner, como explicaba cuando le preguntaban sobre su pasado. Se había informado por su cuenta, mientras formaba parte de la anticuada, racista sociedad de la época sobre el socialismo, el feminismo y la igualdad entre las razas. Estaba muy sólidamente casada, con hijos. Que una mujer de opiniones extremistas para aquella época y lugar pudiera ser alcalde por sufragio se debía a sus cualidades personales. Ocupaba un puesto prominente en el Partido Laborista, pero lo despreciaba, porque no era socialista, y sus actitudes hacia los africanos no eran mejores que las del Partido Unido. Sabía que no era posible que aceptaran a los africanos como miembros, pero propuso una sección para africanos. De la misma manera que los sindicatos habían obstruido durante años la promoción de los negros, con la excusa de que ellos sólo podrían formar parte de los sindicatos oficiales si percibían los mismos salarios —pero los blancos ganaban treinta veces más que los negros y seguirían así porque «preservar la civilización blanca» suponía mantener una gran distancia entre los blancos peor pagados y los negros mejor pagados—, por lo que el Partido Laborista rechazó la idea de una sección africana considerándola antidemocrática. He escrito sobre la gran batalla que siguió en *Al final de la tormenta*. La razón por la que Mrs Maasdorp nos quería dentro del Partido Laborista era que podríamos votar a favor de la sección africana.

Imaginemos la escena: la habitual oficina polvorienta, escuálida, con archivadores y una fea mesa funcional, tras la cual se sienta Mrs Maasdorp, una mujer alta, sólida, tranquila. Delante de ella, apretujados en una docena de sillas, los camaradas a quienes se les dice qué deben hacer. Todos reímos: la incongruencia de la situación, lo inesperado, porque no se nos había ocurrido nunca que seríamos bienvenidos al Partido Laborista. Además, la mayoría ni tan sólo poseemos la condición de ciudadanos. Yo no lo era, para empezar: al casarme con Gottfried me había convertido en una extranjera enemiga. (Esto me enfurecía tanto que me limité a olvidarlo. Tenía que personarme en

la CID una vez por semana, pero nunca fui. Muy pronto tampoco Gottfried fue: tiempos y formas coloniales de manga ancha.) Pero ¿y la RAF? ¿Y los refugiados? No importaba, aquella demócrata Mrs Maasdrorp, manipulando una extraordinaria variedad de reglamentos, nos afilió a todos como militantes. Y a la vez puso las cartas sobre la mesa sobre lo que se esperaba de nosotros. Lo que hiciéramos fuera del Partido Laborista era asunto nuestro, pero si veía algún indicio de juego sucio comunista, ella en persona nos echaría. Mientras, todo el país, y no exagero en absoluto, estaba conmovido por el rumor de que los rojos tentaban a los nativos para que se sublevaran y lanzaran a los blancos al mar. Me habían criado con esta frase. Es curioso, porque el mar queda a cientos de kilómetros. La misma fórmula que describe a Inglaterra «montada en un mar de plata».

El principal de nuestros enemigos era Charles Olly, un concejal del consistorio de Mrs Maasdrorp, y antiguo enemigo suyo. Era un hombre bajo, gordo y feo, con traje a rayas, al que algunos, como Max Danziger, catalogaban de vulgar arribista de tres al cuarto. Como los Lessing en Berlín, y Hitler. Charles Olly estaba lleno de engreimiento amenazador, porque él estaba en posesión de la verdad y constantemente escribía cartas a los periódicos: «Ciudadanos de Rhodesia del Sur. Ha llegado el momento de que despertéis ante lo que pasa. Agitadores y partidarios de los kaffires actúan en la Zona Segregada, incitando a la Revolución. Hay extranjeros y comunistas entre ellos. Los nativos no están preparados para la actividad política. Acaban de bajar de los árboles...» y así sucesivamente.

Nuestro breve intervalo en el Partido Laborista fue un jolgorio. Reuniones, conferencias, intrigas, discusiones llenaban nuestros días y noches. Estábamos llenos de la alegría que corre pareja con la incongruencia, con contrastes que rayaban en la farsa pero que en la colonia siempre resultaban dramáticos, en particular entonces, en tiempo de guerra, con la afluencia de gente tan violentamente contrastada. «Algo así sólo podía suceder en Rhodesia del Sur», nos recordaba la gente de fuera a nosotros, los lugareños.

Nuestras actividades, organizadas por Mrs Maasdrorp, consiguieron dividir al Partido Laborista, que era la única alternativa posible al gobierno. Cuando se lo reprocharon, respondió que la auténtica alternativa al gobierno era la socialista, y que no había diferencias entre el Partido Laborista y el Partido Unido, lleno de arribistas.

Quizás Mrs Maasdrorp se encontrara sola, como tantos otros de la gente «mayor» a la que conocí entonces. No compartía sus ideas políticas con su marido, lo sabíamos. ¿Quién podría comprender su lucha, en soledad, como muchacha, para saber del mundo? Charles Mzingele, para empezar. Eran verdaderos amigos, que sólo podían verse en la escuálida oficinita de ella, en ningún otro lugar. Ella me apreciaba, creo, porque veía en mí su propia juventud. «A cualquiera de nosotras nos lleva mucho tiempo crecer», decía, seriamente. También apreciaba a Gottfried, al tiempo que detestaba sus ideas políticas. Tenían en común su habilidad, y que los dos eran autoritarios por naturaleza. También ellos permanecieron horas sentados a la vieja mesa, hablando. Ella quería información sobre el movimiento laborista en Alemania, pero a él no le interesó la política hasta que se fue, y salió del paso con un comentario ligero: «Siento decirle que no tengo nada que contarle respecto a los socialdemócratas». Sentía curiosidad por la historia familiar de él, pero no sólo ella, sino todos nosotros, que la escuchábamos como una saga. «¿Por qué molestarse en leer novelas?», comentaba ella. Todos nosotros, los jóvenes a los que había reclutado para el Partido Laborista, estábamos locos por la literatura, la poesía y ni ella ni Gottfried lo compartían. «Lo siento, pero no puedo entender la poesía, es inútil que esperéis que la entienda», anunció, mientras Gottfried la apoyaba. «Todo lo que vale la pena decir, se puede condensar en un párrafo.» «Tengo un punto débil, eso es todo», decía desafiante, con su

inocente mirada azul, con la satisfacción que generalmente acompaña estas hazañas de hipocresía. O se recitaban mutuamente una o dos líneas de un poema y simulaban respeto o ignorante admiración. Pocos poemas aguantan un recitado enfático, con intención sarcástica.

«"Turning and turning in the widening gyre..."», («Girando y girando en espiral abierta...») ¿cómo lo pronunciarías, Gottfried? "The falcon cannot hear the falconer..." . («El halcón no puede oír al halconero...») Pero ¿qué significa esto?»

«"Things fall apart..."», («Todo se desmorona...»), perora Gottfried. «"The centre cannot hold..."» («El centro no puede resistir...») ¿Qué se desmorona? ¿Qué centro? A eso me refiero: es todo tan impreciso.»

A Charles Mzingele le gustaba la poesía. Le descubríamos poetas que él desconocía, y le pasábamos fragmentos de Shelley para inspirarle, y también a sus compañeros de conspiración. Recitaba: «Tyger, Tygerburning bright...».( «Tyger, Tyger ardiendo...»)

«Pero, Charles», decía Mrs Maasdorp, con seriedad. «No hay tigres en África.»

«Tampoco hay corderos en Salisbury», podía responderle. «Sólo en las regiones del Este creo. "Little Lamh, who made thee? Dost thou know who made thee?"» («Corderito, corderito ¿quién te hizo? / ¿Sabes quién te hizo?»), Y se le llenaban los ojos de lágrimas.

Ante lo cual Gottfried y Mrs Maasdorp, ateos convencidos los dos, le miraban con aquella mirada de diagnóstico político que sondea una posible herejía futura.

«Pero, ¿de qué sirve todo esto, Charles?»

«"Cruelty has a Human Heart,  
And Jealousy a Human Face,  
Terror the Human Form Divine,  
And Secrecy the Human Dress..."»

(«La crueldad tiene un corazón humano, / y los celos un rostro humano, / el terror la humana forma divina, / y el secreto el vestido humano...»)

recitaba Charles, sonriendo, pero también suspirando. «Así ha sido mi vida, Mrs Maasdorp. Lo siento pero debo decirlo, lo siento.»

Mrs Maasdorp tenía otro aliado natural, Jimmy Lister, un escocés de Umtali, factótum de una sección del Sindicato de Ferroviarios... blanco. Provenía de las luchas de 1930 en Clyde contra las fuerzas capitalistas, y era un apasionado socialista. No un comunista. Había conseguido lo imposible, también por la fuerza de su personalidad: que su sección apoyara a la Sección Africana. Cuando le preguntamos cómo se las había arreglado, porque necesitábamos saber cómo se hacía, nos dijo: «Me limité a dejarles que se salieran con la suya, eso es todo. Les dije que me avergonzaba de ellos como trabajadores, que no esperaran que yo les sacara las castañas del fuego si daban la espalda a los principios socialistas básicos». Y para demostrarnos que había avergonzado a sus colegas, obreros blancos, con unos versos de Burns, recitó:

«For a that, and a' that,  
It's coming yet for a' that,  
That man to man the world o'er,  
Should brothers be for a that.»

«Para esto y lo otro / ya llega el momento / en que en todo el

mundo / los hombres serán hermanos.»

No tenía tiempo para poesía imaginativa, dijo.

Una escena en la oficinita de Mrs Maasdorp, abarrotada de gente. Tres pilotos en prácticas de la RAF recitan a Byron, Shelley, Keats, Blake, a Jimmy Lister, mientras Charles Mzingele —sentado en la misma mesa, algo sólo posible en estos círculos furiosamente revolucionarios— escucha y suspira y ríe: «Ah, sí, me gusta esto, me parece auténtico». Jimmy Lister, un hombrecito peleón, su combativo puño en alto, espera hasta que los tres privilegiados jovencuelos, educadamente serenos, se paran y le contemplan, a la espera de que se rinda. Pero no va a ceder. «Och, weel, (En gaélico escocés, «ah, bien») es bastante bonito, sin duda, pero dadme Burns, Burns y sólo Burns.» «Wee, sleeket, cow'ring timrous beastie», («Pequeña, lustrosa, cubriendo temerosa bestia.») recita el poema sobre el ratón, de corrido hasta el final. «Aquí lo tenéis, a ver si lo igualáis, igualadlo si podéis.»

Allí sentado está Gottfried, con su pálido y elegante traje de hilo, y junto a él Mrs Maasdorp, como una ama de casa bien conservada, ambos irónicos, porque saben que tienen que hacer concesiones a las debilidades de la gente.

Jimmy Lister estaba casado con una mujer que no le aprobaba, como tampoco aprobaba sus principios. Se pasaba su vida laboral con hombres que le votaban pero que no le aprobaban. No era ni mucho menos el único de nosotros que encontraba allí un alivio temporal a su aislamiento. Más adelante metió la pata políticamente, he olvidado a propósito de qué —creo que apoyó al ala «reaccionaria» del Partido Laborista— y fue vilipendiado con todo el vitriolo que la izquierda utiliza con sus herejes.

Jack Alien, el viejo minero del Rand que se estaba muriendo de una enfermedad pulmonar provocada por el polvo de la mina, era el amigo íntimo de Mrs Maasdorp. Vivía en la frontera del barrio de color, en una minúscula casa siempre llena de niños negros, morenitos, y en la que era fácil encontrarse a Charles Mzingele y sus amigos, o miembros de la RAF de permiso, o a cualquiera de nosotros que tuviera media hora libre. Era de la generación de la abuelita Fisher, y lo que él recordaba no eran las marquesinas espectacularmente iluminadas ni las calles con latas ni las borracheras, sino las grandes confrontaciones en Johannesburgo entre capitalistas y obreros, es decir, obreros blancos. Y la pobreza, como la que yo vi con Stanley, el chófer de los Griffiths.

Una de las oleadas de jóvenes que fueron enviados a la colonia para formarse como pilotos estaba formada por estudiantes de Cambridge, que continuarían sus estudios interrumpidos cuando se acabara la guerra. Tres de ellos eran muy amigos nuestros. Uno era de clase obrera, como D. H. Lawrence, así le calificué yo, en un contexto totalmente literario. Y así se veía él entonces. Otro era de familia burguesa y más tarde hizo una gran carrera en la Federación de Industria Británica. Otro había estudiado en Harrow, y decía que si uno sobrevivía a un colegio privado inglés podía sobrevivir a cualquier otra cosa; pero él no había sobrevivido. Le habían acosado muy cruelmente. Bebía en exceso. Dos de ellos habían sido amigos en Cambridge: los tres eran ahora buenos amigos. Para mí suponían una confirmación y una promesa. El típico sueño de cualquier joven: «Ah, si tuviera verdaderos amigos, alguien con quien hablar». Y allí estaban ellos. Los tres, que a fin de cuentas sólo iban a estar ahí unos meses, me cambiaron, me infundieron confianza, porque me acercaban a Inglaterra, el lugar al que yo podría ir algún día... y pronto, al minuto siguiente de finalizar la guerra. Una vez allí yo... podría, sobre todo, hablar... Qué agradable, hablar con los tres, hablar no con motivo de una discusión, argumento, confrontación, retórica, acusación, sino sencillamente por el placer de una conversación normal y amistosa. Hablar por puro placer. Habían llegado ya mucho después de que se evaporaran los ardores y las certezas del grupo y, en

cualquier caso, el entusiasmo incondicional no era su estilo. Es su estilo lo que me interesa ahora. Eran la esencia misma del «Estamos defendiendo lo malo en contra de lo peor» y del «¿Qué otra cosa se puede esperar?». También era nuestro estilo, pero unos grados más intenso en ellos. Si algo salía mal —piezas de motores de avión mandadas al campamento de la RAF equivocado, o un error garrafal que había provocado escasez de víveres, o un parlamento en Londres más fatuo de lo habitual, o si aún se posponía el Segundo Frente—, nos reíamos, bromeábamos, nos burlábamos, hacíamos chistes sobre ello, nos encogíamos de hombros. Un suave, casi tolerante cinismo era general entre los de la RAF, porque todos sabían que defendían lo malo en contra de lo peor. Quizás ningún país pueda sumergirse en una década de una pobreza tan terrible —resultado de la Primera Guerra Mundial— como la de los años treinta en Gran Bretaña, y luego esperar que su población abrace una nueva guerra patriótica con puro fervor. Los tres compartían el estado de ánimo general de la RAF, pero había algo más: eran de Cambridge. Cambridge fue cuna de los famosos espías. No, no digo que aquellos tres fueran o pudieran ser espías, pero su tono o estilo especiales eran producto de aquella universidad. Incluso lo llamábamos «El estilo Cambridge» debido a ellos y a otros miembros de la RAF que provenían de Cambridge. Esta falta de confianza en su propio país —nuestra falta de confianza— era una especie de veneno. Este nivel de cinismo casi siempre se acerca al idealismo invertido o traicionado.

Lo que me hace volver a la pregunta: ¿por qué tenemos tantas expectativas? ¿Por qué nos sorprendemos tan amargamente cuando nosotros —nuestro país, el mundo— nos precipitamos a un nuevo barullo o a una nueva catástrofe? ¿Quién nos prometió algo mejor? ¿Cuándo se nos prometió algo mejor? ¿Por qué tanta gente de nuestra época ha experimentado emociones propias de niños traicionados?

Hoy pienso que podíamos haber elegido, con cierta razón, ver las cosas del siguiente modo. Gran Bretaña, gobernada por hombres débiles e incompetentes, se confabuló con Francia para permitir que el nazismo y el fascismo triunfaran en España, y permitió que Hitler se hiciera fuerte, a pesar de que ya había anunciado abiertamente qué se proponía hacer en Mein Kampf con toda exactitud. Churchill, que vio lo que sucedía, fue ridiculizado y marginado, y cuando al fin llegó al poder, Gran Bretaña no estaba armada ni preparada para la guerra. A pesar de esto, reunió sus fuerzas, libró la Batalla de Inglaterra en el aire, y la Batalla del Atlántico en el mar, hizo frente a Hitler cuando Francia se derrumbó. Luego, al tiempo que mandaba ejércitos al Norte de África, consiguió la muy notable hazaña de mandar —a pesar de los submarinos— cientos de miles, quizás millones, de hombres a Australia, Canadá, Kenya, Sudáfrica y Rhodesia del Sur, para preparar pilotos, un logro que seguramente nunca se ha igualado. Librábamos una guerra por tierra y mar en el Mediterráneo. ¿Nos podíamos permitir estar orgullosos? Podíamos, si nuestra disposición mental nos lo hubiera permitido.

Otra emoción nos paralizaba. La de que nada de aquello tenía que haber sucedido, la de que se habría podido prevenir. En el cine, contemplando cómo caían bombas sobre las ciudades, o al ver o leer sobre barcos hundidos, aviones derribados, tanques que explotaban, sentíamos una rabia enfermiza y paralizadora: por el despilfarro de recursos, de riqueza. Cuando veíamos caer una sucesión de bombas, pensábamos: Con esto se podría construir y equipar un hospital. O explotaba un tanque: Ahí va una biblioteca. Podíamos haber transformado el mundo con la riqueza que malgastábamos en la guerra. Hoy me gustaría saber si este sentimiento, tan intenso durante la Segunda Guerra Mundial, era nuevo: ¿éramos la primera generación que lo albergábamos? ¿Sentían de esta manera en guerras anteriores?

Hoy una incredulidad distinta y fatal nos aflige: no somos lo bastante inteligentes — la raza humana— para crear un mundo nuevo o ni siquiera prevenir la destrucción del

viejo. Es una continuación de aquel antiguo cinismo, del ¿Qué otra cosa se puede esperar? que era la otra cara de nuestros ingenuos y descarados sueños.

Gottfried disfrutaba de la compañía de los hombres de Cambridge... hasta cierto punto. Con ellos podía hablar de historia y de ideas, pero le parecían poco claros, y su estilo divertido y casual le resultaba descorazonador, porque no podía participar de él. Los asuntos serios tenían que discutirse seriamente. Se sintió aún más solo por mi natural amistad con ellos, y criticaba nuestra forma de hablar de libros. No podía disfrutar de la literatura, sino que tenía que insistir en la consigna de partido. ¿Dónde estaba nuestra seria aproximación comunista a la literatura? Y, la verdad, ¿dónde estaba? Durante años en la Unión Soviética fue normal utilizar un lenguaje en situaciones oficiales, y otro distinto para fines corrientes. Hacía mucho tiempo que nuestro minúsculo grupo había desarrollado el mismo hábito. Nunca me he podido tomar en serio el realismo socialista. Me congratulo ahora de haberle plantado cara a Gottfried, a Nathan, a Frank Cooper—a cualquiera que adoptara «la consigna»—, pero esto no significa que yo no pudiera utilizar aquel lenguaje. Caso de encontrarme en un país comunista, ¿me habría enfrentado a las tiranías de «la consigna»? Me gusta pensar que sí. Puedo felicitar me por dudar al respecto, así como ante la pregunta: ¿Habría salido en realidad con los activistas y perseguido a los campesinos hasta la muerte durante la colectivización en Rusia a finales de los años veinte? Y, no obstante, sé que pocos consiguen resistirse a un imperante estado de ánimo, ambiente o «consigna». Nuestro grupito —en un país comunista— imagino que se habría resignado, por lo menos durante un tiempo, debatiéndose y angustiándose por gustos y definiciones literarias que podían significar encarcelamiento o incluso muerte.

En Salisbury, en Rhodesia del Sur —como en miles de ciudades en aquella época— nuestro grupo tenía posibilidades latentes. Fácilmente podía haberse convertido en una sociedad literaria. Todos confesábamos que queríamos escribir poesía, novela, narraciones. ¿Y en qué más se podía haber convertido? Muy pronto, descubriríamos que... Es un tópico de la sociología y la psicología que cualquier grupo, sea cual sea su primera inspiración, tanto política como literaria o incluso delictiva, acaba por ser religioso: «religioso» en un sentido amplio. Pero nuestro grupo había tenido sólo tiempo para discusiones y especulación. Éramos demasiado distintos, existía excesivo potencial para el cisma. Por la época en que llegaron los tres de Cambridge ya habíamos perdido a otros dos grupos de la RAF, es decir, de la RAF permanente, la tripulación de tierra, en su mayor parte obreros. No rompieron con nosotros. Se dejaban caer para tomar una cerveza, o recoger libros o panfletos. Tenían su propio grupo en el campamento. ¿Por qué no invitaron a los tres de Cambridge y a otros pilotos comunistas a formar parte de su grupo? Era una cuestión de clase, pero nunca lo hubieran reconocido: daban rodeos y se inventaban excusas. Consideraban que los pilotos, como nosotros los de la ciudad, eran gente de lujo y privilegios. Cuando le recordé a uno que Gottfried y yo vivíamos en habitaciones amuebladas y más tarde en un piso de una sola habitación, se rió de mí. De la misma manera que Charles Mzingele se reía de nosotros, como acariciando la cabeza de un niño: «Ya ves, así nos pasa a nosotros».

Este periodo, cuando los de Cambridge estaban con nosotros, una época con su aroma y gusto propios, pasó a formar parte de los fragmentos Mashopi de *El cuaderno dorado*, que acabo de releer. No hay duda de que la ficción es mejor que la realidad.

Había dejado el bufete de Howe-Ely porque Gottfried y yo consideramos excesivo pasar juntos también las horas laborales, y entré de secretaria segunda en una firma de abogados, Winterton, Holmes y Hill. Como Winterton y Holmes se habían ido a luchar al norte, Mr Hill se encargaba de los asuntos del despacho. Eran oficinas amplias y aireadas, el polo opuesto a la escuálida y polvorienta oficina de Howe-Ely. La secretaria jefe era Mary, cuyo auténtico nombre se ha disuelto en su nombre literario. Mary era británica y consideraba a todas las muchachas coloniales perezosas e incompetentes, comparadas con mujeres preparadas como ella. Mecanografiaba largos documentos legales con dos dedos y un pulgar, más rápidamente que nadie que yo haya conocido, sin un solo error. Me encantaba ser ayudante y ganar tan poco porque no quería malgastar energías vitales ganándome la vida. Escribía cartas sencillas y nada comprometedoras, documentos fáciles, y más tarde me encargué de la contabilidad, del debe y el haber. Me sorprendió que resultara tan fácil. Pero mi labor principal eran los deudores. Tenían un armario especial para sus expedientes, y en el almacén, lleno de archivos, los suyos ocupaban la mayor parte de la habitación. Una vez más, el mundo de la auténtica pobreza, el mundo de los desharrapados. La mayoría de los deudores eran blancos, algunos con deudas de años. La mayor parte las habían contraído durante la Depresión. Los deudores entraban en la oficina durante todo el día. Algunos eran hombres que bebían y sus mujeres los habían abandonado. Se quedaban mirándome con furiosos ojos enrojecidos, o se avergonzaban y no me miraban. No tenían el dinero, decían. Mr Barbour o Mr Hemensley podían decir lo que les viniera en gana. Algunos hombres habían caído tan bajo por enfermedad.

Las mujeres llevaban a hijos en brazos o niños de la mano, eran las mujeres agotadas, que apenas podían arreglárselas, de la pobreza real. A menudo los nombres que aparecían en los expedientes eran Coetzee, o Van der Hout, o Van Huizen, o Pretorius o Van Heerden, parientes pobres de las grandes familias afrikaners del sur. Cuando las mujeres de color venían con sus hijos desde su barrio, a veces me saludaban, y entonces Mary se sorprendía. Todos llevaban consigo el aire de hoteles baratos, o de chabolas perdidas en la jungla, o de patios de casuchas. Si no saldaban sus deudas les concedía una, dos, tres semanas de prórroga, pero luego tenía que notificárselo a Mr Hill quien decía: «Por qué son tan estúpidos. Acaban pagando más por las minutas legales». Seguidamente yo telefoneaba a los acreedores y les preguntaba si realmente querían procesar a aquellos pobres desgraciados, y ellos siempre se irritaban, y la conversación solía acabarse del siguiente modo: «Ah, haga lo que quiera... pero ¿por qué tengo que cargar con esta gente?», o, «Consiga una orden de embargo». Era una orden del tribunal que deducía cantidades semanales del sueldo. El monto de la orden lo pagaba el deudor. Entonces se podía tener la seguridad de que el embargado o la embargada o bien cambiaría de puesto de trabajo o bien se iría a otra ciudad. Ya no eran los tiempos de la Depresión, eran tiempos de guerra, había trabajo. A Mary no le gustaba aquella gente en harapos abarrotando su pulcra oficina. Consideraba que se les debía castigar a todos, digamos, con cadena perpetua, cualquier cosa que los apartara de la vista de la gente

honrada. A mí me sorprendía la inutilidad de todo ello. Llamaba a Mr Barbour, llamaba a mi viejo amigo Mr Hemensley, llamaba a todos los hombres de las inmobiliarias de la ciudad y les sugería que sería más sensato cancelar las deudas, puesto que sólo iban a recuperar unos pocos chelines, pero todos y cada uno se sorprendían. Mis proposiciones amenazaban con abrir la puerta a la anarquía. Porque pagar lo que uno debe es una cuestión de principios. Dejé de intentarlo. Cuando se invocan los principios, el sentido común sale volando por la ventana.

Mientras tanto, en los estantes había carpetas donde figuraban nombres muy conocidos, deudas que habían caducado, porque los culpables habían quebrado. Cuando se lo indicaba a Mary, ella se daba la vuelta, adoptando la pose de alguien que no va a cambiar sus ideas por un par de datos inconvenientes.

Gottfried y yo nos habíamos mudado de nuevo, en esta ocasión a un piso con una gran sala útil para el constante entrar y salir de aquella época, y para los grupos de estudio o las discusiones informales que se organizaban la mayoría de las noches. Yo solía meterme en la cama asombrándome al pensar en el número de personas con las que había estado durante el día, aunque me consideraba una solitaria. Anhelaba estar sola. No era pedir demasiado: incluso una hora me hubiera bastado.

Era la época de los bombardeos sobre las ciudades alemanas. Me encontraba a Gottfried sentado en su cama, la cabeza entre las manos, con un recorte de periódico en una de ellas, o escuchando la radio. O tendido en silencio en una habitación oscura, con el cigarrillo que brillaba cuando aspiraba profundamente e iluminaba una cómoda, una cortina raída, la radio. Yo no me atrevía a encender la luz.

«Algún día la guerra acabará», le decía.

«Sí, las noticias no son muy agradables.» O: «Se merecen un buen azote, y me alegra poder decir que ya lo están recibiendo».

Si, en el cine, el noticiario mostraba las bombas que caían sobre las ciudades alemanas, él exclamaba: «Muy bien, a por ellos». O, estando en compañía, en plena discusión sobre el Segundo Frente o el bombardeo de Alemania, con toda calma alumbraba un cigarrillo, exhalaba espirales de humo y decía: «Sí, si tomas decisiones equivocadas tienes que pagar por ellas».

Dormía mal y se agitaba en sueños, o gritaba. Sólo le desperté en una ocasión: «Has tenido una pesadilla», pero se enfadó y me dijo: «No. No debes decir estas cosas». En una ocasión se negó a dirigirme la palabra durante una semana porque bromeé sobre el inconsciente, y ni siquiera se trataba del suyo. En consecuencia, cuando le despertaba de malos sueños no le decía: «Has tenido un mal sueño». Nos limitábamos a fumar un cigarrillo de camaradería. A veces intentábamos hacer el amor, de buena fe, como si creyéramos que nuestra incompatibilidad era tan sólo una desgracia temporal. Otras veces permanecíamos en la cama despiertos y hablábamos sobre personas del grupo, pero él juzgaba duramente a la mayoría, y yo temía sus fríos comentarios. Lo pasaba muy mal, pobre Gottfried, en un país que despreciaba, rodeado de «supuestos comunistas» y tosca gente de colonias. ¿A quién respetaba? Creo que a nadie, aparte de Mrs Maasdorp y Hans Sen, el representante de la Cruz Roja. Aunque disfrutaba bastante hablando con los tres de Cambridge, los consideraba pesos ligeros y burgueses. Hoy parecerá increíble, pero entonces era corriente que una persona de una familia privilegiada criticara a otros con los mismos antecedentes porque no eran de clase obrera.

Gottfried también sentía resentimiento hacia los tres miembros de la RAF porque yo flirteaba con ellos. Estaba enamorada de dos de ellos... Pero hay que precisar esta afirmación. Probablemente no haya que usar el mismo nombre para las ansias de lujuria y las de amor. De uno estaba tan románticamente enamorada como lo he estado de mis



otros amores, excepto uno o dos. Había ingredientes típicos en ese amor. Iba a irse de la colonia pronto para pilotar bombarderos e iba a correr peligro, el más potente afrodisíaco del amor. Yo estaba casada y le aventajaba en cinco años. Nuestros encuentros siempre eran públicos y dentro de las necesidades de grupo. Flirteaba porque era mi derecho y, también, por el más antiguo y salvaje imperativo femenino: Gottfried no podía hacer el amor, por tanto qué derecho tenía él... etcétera. Y, además, ¿qué chica casadera —como en cualquier otro grupo político— no soñaba con ganarse los favores del líder?

Pero lo verdaderamente malo, lo peor, era que él trabajaba para un viejo cicatero que nunca le decía una palabra de elogio mientras él le ponía en pie su firma de abogados.

Lo que aquel hombre infeliz precisaba era algo tan sencillo, tan obvio... Años más tarde me es fácil comprenderle. En su lujosa infancia, en la que su madre, tan sociable, gustaba de organizar fiestas y recibir en casa, en que su padre mantenía la fortuna familiar y leía en la biblioteca, en que su elegante hermana llevaba la vida propia de una joven rica, estaba, también, la niñera, la nyanka rusa, el espíritu bondadoso de la familia, que había besado y reñido a la madre y posteriormente a los hijitos de la madre. Como una familia inglesa de la misma clase, era la niñera la que educó a los niños y los quiso. En el *Tío Vanya* de Chéjov hay una maravillosa escena en la que un displicente y picajoso sabio enfermo está sentado junto a su joven esposa que le reconviene con inteligentes observaciones, pero aparece la vieja niñera y le trata como a un niño, besándole y acariciándole como a un niño, y el pobre pedante se deshace de sincero amor y permite que lo lleven a la cama.

Lo que Gottfried tenía era una paciente y joven mujer, bastante amable, pero también una hembra en bruto que no estaba dispuesta a tratar a su hombre como a un bebé, aunque sólo fuera durante unas horas nocturnas. Y, a fin de cuentas, probablemente tampoco él lo habría tolerado, como no admitía un mal sueño o decir que lloraba secretamente porque bombardeaban las ciudades alemanas.

Me vuelven escenas de aquella época, de aquellas horas nocturnas... El dormitorio, que la luz de la ventana permitía ver lleno de humo, los perros ladrando, de los jardines el olor de los arbustos. Silencio, porque hay muy poco tráfico. Un olor acre proviene de Gottfried y sé que es ansiedad. Y yo pensaba: curioso que hasta su olor me resulte extraño. Tal vez ésta sea una de las cosas básicas que deberían enseñarles a los niños: si alguien huele así, significa esto y aquello, y un olor acre significa que tiene miedo o no es feliz.

Ciertamente en aquella época iba sin parar de un lado a otro. Todos los días tenía que ocuparme de personas a las que no había que mezclar con otras, porque se habrían sorprendido mucho. Pero así ha sido casi toda mi vida.

Quince años más tarde, en Londres, harta de dividir mi vida en compartimientos estancos, dos jóvenes que trabajaban para la Delegación Comercial Soviética, a los que había conocido en una fiesta, los invité para presentarles a un norteamericano. Él estaba entregado entonces a Freud, en aquel estadio del trayecto que hemos recorrido tantos en nuestra época, primero discípulo de Marx, luego de Freud, más tarde chamán. (Es sorprendente cuántos antiguos marxistas se ganan la vida gracias a la religión.) Mi intención era derribar barreras, abrir mentes. Preparé una buena comida, pero no probaron ni un bocado, porque aquellos enemigos ideológicos se miraron mutuamente, se prepararon para el asalto, e inmediatamente se lanzaron el uno al otro los dogmas de sus respectivas fes, y media hora más tarde bajaron las escaleras insultándose. Habían olvidado a su anfitriona.

Un día cualquiera de aquel corto período —1944-1945— discurría del siguiente modo. Tan pronto me despertaba me precipitaba al baño, porque en cuanto Gottfried

entraba podía pasarse allí horas. Yo solía vestirme en cinco minutos. No había tiempo para el desayuno. Salía, me iba en bicicleta a la oficina. Allí ya estaría Mary, todo un reproche dirigido a mí y a las secretarias imperfectas. En el almuerzo me encontraba a veces con Dora, y me enteraba de cómo iba todo por Fife Avenue. Las oficinas cerraban a las cuatro. Pasaba por la oficina de Mrs Maasdorp, donde me encargaba de archivarle recortes de prensa. Solía decir que a lo largo de su vida las noticias habían empeorado constantemente. Cuando era una niña no se hubiera creído lo que ahora leía y que ya le parecía normal. Decía que la mayoría de los libros y los artículos sobre la situación del mundo no pintaban mal la situación sino fatal, y acababan siempre con una lista de recomendaciones para mejorarlo, que todo el mundo sabía que no se pondrían en práctica... «De nada sirve negar que la situación es mala y empeora, pero si todos nosotros...» Catalogaba este tipo de libros y artículos bajo el título de los «si-todos-nosotros». Y podía decir: «Si tienes una media hora libre, tal vez no te importaría dejarte caer y archivar algunos pero-si-todos-nosotros».

Desde la oficina de Mrs Maasdorp me iba en ocasiones a casa de Jack Alien.

A menudo estaba allí la policía. En más de una ocasión oí algo de este estilo:

«¿Qué hacen estos kaffires aquí?»

«Me visitan. Siéntate, muchacho, acomódate.»

«Pero, Mr Alien, si todo el mundo actuara como usted, entonces los negros se levantarían y se dedicarían a cortar gargantas.»

«Pero no todo el mundo actúa como yo. Ya me gustaría.»

«Pero, hombre, usted es un mal ejemplo. Les mete ideas en la cabeza.»

«No crea que les doy ideas que no tengan ya.»

El frágil, magro anciano moribundo, con sus valientes ojos azules, su bombona de oxígeno en la rodilla, sonreía ante el corpulento y saludable policía, con la cara retorcida por su suspicacia y por el esfuerzo de tener que tragarse pensamientos desagradables.

«Pero están atrasados comparados con nosotros, ya lo sabe... Acaban de bajar de los árboles y su cerebro es más pequeño que el nuestro.»

Jack Alien saludaba estas perennes verdades del racismo con una carcajada y pedía a la mujer con la que vivía que trajera té y galletas. Y si aparecían algunos niños negros, vacilaban al ver al policía blanco y escapaban luego, horrorizados, decía lleno de reproche: «¿Lo ves? Confío que no te enorgullezca que los niños te teman».

«Más les vale tener miedo, por la cuenta que les trae. Ah, Mr Alien, no sé qué hacer con usted, va contra la ley, ya lo sabe.»

«No creo que encuentres una sola ley en los estatutos que prohíba que unos niños negros visiten a un hombre blanco.»

«Bien, lo pasaré por alto en esta ocasión, pero no le aseguro que sea así la próxima vez. Sabemos que no son sólo niños negros lo que usted tiene aquí.»

Luego me dedicaba a lo que Gottfried llamaba despectivamente «asistencia social», es decir, tratar problemas con los departamentos de Bienestar Social. Luego, hablaba a veces con mi madre, con quien tenía que medir cada palabra, porque si mencionaba a Jack Alien o a Mrs Maasdorp, su infelicidad ya mayúscula se confirmaría y profundizaría. «Pero ¿cómo es que conoces a este tipo de gente?» «Mrs Maasdorp es alcaldesa, mamá. Es la Excelentísima Alcaldesa de Salisbury.» «Tal vez, pero le importan más los nativos que su propia gente.» «¿Y cómo está papá?» «Ya sabes cómo está. La verdad es que estoy quedándome sin fuerzas.» «¿Y sabes algo de Harry?» «No.»

«No te preocupes demasiado, seguro que está bien.» «Tal vez. Todos los días le encomiendo a Dios.»

Luego, quizás una reunión. Después de ésta, quizás, otra. O podía ser el día de

repartir las ciento doce docenas del Guardian. Esto suponía ir en bicicleta por calles pobres, luego de un café a un comedor, o a un encuentro con los camaradas de la RAF para tomar té en alguna parte. Allí me enteraba de las noticias que provenían de los campamentos. A veces me encontraba con Athen Gouliamis, que había sido vendedor de periódicos por las calles de Atenas. Circulaba con un grupo de comunistas, porque las autoridades no distinguían entre ELAS y ELAM, los comunistas y sus adversarios, Dios sabe por qué, y esto suponía que las dos facciones tenían que vigilarse de cerca porque, caso de volver a Grecia, se matarían mutuamente. En más de una ocasión, por la noche, cuando acompañábamos a Athen y a sus amigos hasta la parada del autobús, y veíamos allí al grupo enemigo, los acompañábamos en coche de vuelta al campamento. Cuando tuvieron que regresar a Grecia, se nos acercaron y dijeron que casi seguro que los matarían, aunque intentarían localizar a los guerrilleros. Se convinieron complicados sistemas de señales; este tipo de sobre significaría esto, aquella frase lo otro, y la verdad es que más o menos al cabo de un año de su partida nos enteramos de que habían muerto. En ocasiones me alegro de que este o aquel amigo comunista muriera antes de conocer el gran fracaso que resultó ser el comunismo. Athen es uno de ellos. Había comunistas que eran unos santos. Pocos de los personajes de mis novelas provienen sin alteración alguna de la vida real, pero Athen Gouliamis, bajo su propio nombre, aparece en *Hijos de la violencia*. Sin alteración alguna. Tal como era. Un pequeño, muy pequeño tributo a una de las mejores personas que he conocido.

A veces muchos de los del grupo comíamos juntos en algún café antes de ir a la conferencia del Club, o de volver a nuestro piso para una reunión del comité, que había pasado a ser tan informal que Gottfried se negaba a llamarlo comunista. Bebíamos vino blanco del Cabo, o de Portuguese East, mientras hablábamos. Mi consumo de alcohol ya era civilizado. Ahora me sorprendía haber sobrevivido a lo que Gottfried y los otros europeos calificaban de bárbaros hábitos alcohólicos de los rhodesianos. Aquella forma de beber que deja para el arrastre destruye la variedad y la alegría de la bebida. Ahora, estar colocado —no muy a menudo porque trabajábamos duro— era una delicia, y llena de las revelaciones más inesperadas. Gottfried, por ejemplo, colocado, era otra persona, un puro ruso, mientras que sobrio era alemán. Ebrio, lloraba por la música gitana; sobrio, decía que la música sólo servía para provocar emociones baratas. Ebrio, se permitía flirtear paternalmente con las chicas que suspiraban por él; sobrio, hablaba de las muchachas casaderas que sólo querían atrapar maridos. «Nuestras chicas casaderas.» Sobrio, juzgaba, criticaba, clasificaba. Ebrio, bailaba danzas de cosacos con desconocidos. Brecht escribió una obra teatral sobre un terrateniente que era desagradable cuando estaba sobrio, pero encantador cuando borracho, por lo que sus campesinos se confabulaban para mantenerle ebrio constantemente.

La noche del Día V, el 8 de mayo de 1945, toda la ciudad parecía estar bailando. Había Bailes de la Victoria en el Meikles Hotel y en el Grand Hotel y en el Sports Club, y por doquier masas de uniforme azul grisáceo y de trajes de baile, y todo el mundo gritaba y cantaba por las calles. Todos bebíamos. Recuerdo exactamente no cómo se me veía desde fuera, el plano medio de una joven con la cara sofocada por la emoción, en traje de calle, paseando lentamente por un pasillo del Grand Hotel, sino lo que sentía y pensaba por dentro: Estoy sola. La música se apaga detrás de mí. «Corre, conejo, corre», «Colgaremos la colada en la Línea Siegfried», «Lilli Marlene», y, naturalmente, «Habrá pájaros azules sobre las blancas rocas de Dover». Entre los que bailan pasando por delante de mí está la mayor parte de la gente que conozco y según parece toda la RAF de la colonia. Estoy furiosa y mareada. Nada nuevo hay en estas emociones, parecen ser lo que he sentido durante toda mi vida. En mi pensamiento, estoy con las multitudes que lo celebran en Londres y en París, pero también estoy con Alemania, y

esto se debe a Gottfried, quien durante meses se ha pasado horas junto a la radio, escuchando el combate en Europa, los informes de los millones de refugiados, el caos general. Como el final de la Primera Guerra Mundial, sólo que mucho peor. No me complacía en el dolor, aquel manantial envenenado, todo lo que se había quemado independientemente de mí. Horas antes había ido a ver a mi padre, un anciano muy enfermo en cama, y él me había dicho: «Ahora supongo que empezarán a prepararse para la siguiente».

Pero era el fin, después de largos años de guerra. Bien, no el fin de la guerra, en realidad, sólo el de la guerra en Europa.

Regresé a casa abriéndome paso entre multitudes exaltadas, principalmente blancos, no hay ni que decirlo, debido al toque de queda, y me encontré a Gottfried sentado junto a Simón Pines, bebiendo vino. Simón era un refugiado de Lituania y, como Gottfried, como todos nuestros amigos refugiados, esta noche estaba mentalmente en Europa, no en Gran Bretaña. Entrar en aquella habitación era lanzarse al agua fría después de bañarse en agua caliente. Gottfried no sabía qué había pasado con su madre, su padre, su hermana. Simón tenía parientes que habían sufrido la invasión alemana, y la rusa. Suponía que habían muerto. Por regla general estaba lleno de una energía agresiva, inquieta, pero no esta noche. Simón y yo nos «entendíamos», porque los dos habíamos vivido la infancia en el campo. Nos divertíamos intercambiando detalles. Él decía: «¿Dices que dabas leche agria a los pollos? Nosotros la tomábamos. Leche agria y patatas... te prepararé un plato un día de éstos». Puedo mirar atrás y sentir dentro de mí el sombrío y ansioso estado de ánimo de aquella noche, mirar atrás y ver a los tres: a Gottfried, como Conrad Veidt con su elegante traje, su mano con la piedra azul suelta alrededor de la copa de vino, su lustroso pelo negro. Luego a Simón, rechoncho con el uniforme caqui: un oso de caqui, como decía él; a mí misma, de pie junto a los fogones, preparando la cena para ellos y para cualquiera que se dejara caer, cuando se cansaran de dar vueltas por las calles cantando «Las blancas rocas».

Nuestro piso nuevo era de peculiar construcción, en un edificio llamado Leander House en Jameson Avenue, hoy Samora Machel, en el lugar donde se levanta el Jameson Hotel. Era un edificio de dos pisos. Nuestro piso consistía en una amplia habitación, a la que se entraba por un pasillo muy ancho que dividía en dos la planta baja. Otro pasillo, delante de la habitación, no comunicaba nada, porque era paralelo a la pared exterior sobre Jameson Avenue y a la pared de la gran habitación. No era ni un pasillo ni una habitación. Teníamos un gran armario, una cómoda y muy pronto estaría una cuna y un cochecito, todo alineado contra la pared. Este largo espacio, o pasillo, daba la vuelta a una esquina para convertirse en una estrecha habitación donde, encima de una plancha de mármol, había dos fogones eléctricos y una pequeña nevera. El baño era una extensión de la cocina. La pared interior de la gran habitación daba a través de dos ventanas a un pequeño patio y, delante, al otro lado del patio, había otro piso, exactamente como el nuestro, donde vivían una madre y una hija.

El traslado a este piso había sido un signo externo de cambio de estilo y de ritmo en nuestras vidas. El grupo comunista se había consumido silenciosamente, como organización, aunque todos nos seguíamos considerando comunistas. Los principios de sensata organización tal como los había anunciado Gottfried quedaban demostrados: la época en que cada uno de nosotros era secretario, bibliotecario o presidía media docena de organizaciones había tocado a su fin, otros hacían el trabajo. Los de la RAF de Cambridge se habían ido para pilotar sus aviones en la guerra sobre Europa. Nuestros Hombres, «los chicos en el Norte», habían regresado tranquilamente a casa, si habían conseguido sobrevivir. Dorothy Schwartz se había ido al Sur, a Johannesburgo, para trabajar para el Partido Comunista sudafricano. La RAF aún seguía en el país. Nuestros

amigos ya no acudían necesariamente por motivos políticos, sino porque estaban anhelantes de conversación y necesitados de que les prestáramos libros. Fue una época en que solía cocinar para quince o veinte personas en los dos fogones, huevos, tocino, salchichas y tomates, o grandes guisados, o pollo o pato a fuego lento. Gottfried había manifestado que ya no aguantaba más la cocina inglesa, y una amiga suya me había instruido en la utilización de especias y hierbas y ajo. En el piso teníamos reserva de cerveza Castle y vino. Por la mañana siempre había vajilla que lavar. No teníamos servicio. Muchas noches se quedaban algunos a dormir en el suelo o en el baño: hombres de los campamentos que habían perdido el último autobús, o gente que vivía muy lejos. A Gottfried no le gustaba esta vida desordenada, la informalidad. No era una cuestión de principios, sino de carácter. En aquellos días yo era una bohemia natural. «Qué bohemia eres, querida.»

«En las provincias eres una bohemia si bebes vino y no tienes un criado negro.»

Gottfried y yo trabajábamos muy duro. Muchos días de la semana nos levantábamos a las cinco para ir a las Subastas de Tabaco, donde él trabajaba de secretario hasta la hora de irse al despacho de Howe-Ely. En ambos puestos le pagaban el sueldo de un oficinista. «No se debe hablar mal de los muertos.» A mí no me importaría hablar muy mal de Howe-Ely si pensara que servía para algo. Pero hoy, después de observar las sucesivas oleadas de refugiados, sé que los patronos siempre se aprovecharán de la oportunidad de pagar una miseria a los refugiados que son profesionales cualificados, y se considerarán caritativos.

En consecuencia, Gottfried tenía dos puestos de trabajo. Estaba aprendiendo ruso. Como diversión había estudiado la historia de Bizancio, que le fascinaba, y se pasaba las noches con Hans Sen, un suizo. Hans hablaba, creo, veinticinco lenguas pero leía y comprendía otras tantas. Como Gottfried, se consideraba un exiliado de la civilización. Hans era católico; Gottfried, comunista. Cuando yo bromeaba con que las dos fes tenían mucho en común, Gottfried se mostraba malhumorado conmigo durante muchos días.

Dejé el bufete de abogados y gané tres o cuatro veces más mecanografiando para Hansard (Publicación oficial del Parlamento británico) y para las comisiones gubernamentales. Trabajaba para Mr Lamb, un anciano de quien se decía que había sido uno de los del «Parvulario Milner», es decir, uno de los jóvenes educados para el poder y la influencia por un famoso liberal inglés que difundía maneras y pensamiento civilizados por toda Sudáfrica. Era un taquígrafo. El sistema entonces —que la tecnología ha hecho obsoleto— consistía en que dos o tres taquígrafos se turnaran en el Parlamento, durante diez minutos, quince minutos, veinte minutos, y salieran corriendo para dictar cuanto pudieran a las mecanógrafas antes de que volviera a tocarles el turno. El requisito que se pedía a las mecanógrafas era velocidad y habilidad para utilizar palabras comprimidas a veces a tan sólo una letra.

Min d Agr: I S M es ooo, asun comida ganado est agen man.

Esto destrozó mi mecanografía para siempre. Velocidad extrema, sí. Era la única mecanógrafa para tres comisiones gubernamentales. Condiciones para el reclutamiento de mano de obra nativa. La propuesta para la presa de Kariba. El control de la enfermedad del sueño, mediante la aniquilación de toda la caza mayor en varias leguas a la redonda. La primera me permitió conocer en qué momento el gobierno mentía, cuando le interpelaban, por ejemplo, sobre la costumbre de secuestrar deliberadamente, para llevarlos al Rand, a africanos que bajaban andando de Nyasaland para conseguir trabajo en una granja. La segunda fue un violento choque entre expertos, algunos de los cuales mantenían que la presa de Kariba era imposible porque toda el agua desaparecería en las grietas de la tierra y se perdería, discurriría para siempre gorgoteando a través de grutas y acuíferos subterráneos. La tercera, la caza deliberada

de cientos de miles de cabezas de ganado, explica por qué la gran jungla está hoy falta de animales. El proyecto —controlar la mosca tse-tsé de esta manera— fracasó.

También estaba escribiendo *Canta la hierba* (*The Grass is Singing*), que ahora es un pulcro volumen en una estantería. En un principio era tres veces más larga de lo que es ahora, y tenía un carácter de sátira. El personaje principal era uno de esos jóvenes idealistas ingleses que tan a menudo llegaban a la Colonia y se quedaban atónitos ante lo que encontraban. Dado que la mayoría estaba huyendo de la Depresión y de la pobreza extrema de Gran Bretaña, volverse le resultaba imposible, y se adaptaba a las costumbres locales: acabó por reconocerse que estos nuevos conversos a la Civilización Blanca (como todos los conversos) tendían a ser más exagerados que los de siempre. Pero, ¿y si uno de ellos llegaba y no se iba inmediatamente ni se conformaba? Un tema típico de comedia, el inocente idealista en conflicto con la corrupción o, si se quiere, con la realidad. Como un western. El problema era que yo no tenía la experiencia necesaria para escribirla, y resultó pesada y desmañada. En su primera versión la mandé a Londres. No era posible el correo aéreo por aquel entonces. Iba por barco. Si no lo hundían, tardaba seis semanas. Luego, el tiempo que el editor necesitara para leerla. Luego de vuelta en barco. Seis meses, un año, más. Más tarde conservé una parte de su argumento y descarté el resto. Mandé narraciones a revistas de Londres. El mismo proceso. Algunas se publicaron más tarde en *This Was the Old Chiefs Country*. Mandé poemas: me los devolvieron con cartas de estímulo o notas de rechazo mitigadas con un «Por favor, mándenos más». Este ejercicio de paciencia fue valioso. Uno no puede tomarse las opiniones de los editores muy seriamente cuando más tarde algunas de las narraciones rechazadas se publicaron y se encomiaron. También escribí obras de teatro. Me había enamorado, embrujado, el teatro desde que vi, a los nueve años, *Edipo Rey*, representada por alumnos de sexto en los jardines de la sede del gobierno. Una obra dramática que escribí por esta época se puso más tarde en escena en el Cambridge Playhouse, cuando ya se le veían los años, porque las cosas cambiaban con gran rapidez en África. Las compañías de repertorio locales escenificaron *Esquina peligrosa* y *Un espíritu burlón*. Cuando representaron *They Came to a City* —una obra de Priestley hoy olvidada— consiguieron congregar a un público emotivo, agradecido. Necesitábamos noticias de tiempos mejores. *Otra luz en la oscuridad* fue la película de Laurence Olivier basada en Enrique V. Nosotros —un grupo de unos veinte— la vimos en un cine grande donde quizás hubiera tan sólo cinco personas más.

En varias ocasiones Gottfried y yo fuimos en coche hasta el barrio residencial, donde ahora vivían mis padres, para sentarnos junto a la cama de mi padre. Se moría. Pero llevaba mucho tiempo muriéndose. Le acompañábamos mientras mi madre salía a visitar a alguien o, como decía ella, a devolver visitas. Aquellas tardes junto a la cama de mi padre eran un horror, y aún las revivo en sueños. Su personalidad misma, su auténtico ego llevaba tiempo disuelto en la enfermedad. Por lo que se refería a mí, mi padre llevaba muerto mucho tiempo. Siempre intentaba hablar con él, hacerle regresar, reaccionar, que fuera mi padre, que fuera por un momento algo distinto a aquel anciano autocompasivo, picajoso, dominado por el sopor mientras hablaba de su guerra.

Gottfried se mostraba amable... pero afectado. Con mi madre yo era sumisa... y correcta. Debió de ser una pesadilla para ella ver a aquella educada hija, que utilizaba a un frío extranjero —un alemán— como escudo. No les gustaba Gottfried, con o sin condesa Schwanebach. No porque fuera judío, o en parte judío. (Este tipo de distinción les parecería fútil.) No recuerdo haberles oído en toda mi vida un solo comentario antisemita. Además, sólo empezábamos a saber lo que estaba sucediendo con los judíos en Europa. Sólo empezando. Nosotros aún no lo habíamos «asumido». ¿Quiénes somos «nosotros» aquí? El punto de vista de mis padres y de la gente como ellos era mucho

menos tenebroso que el de la gente de izquierdas. Nosotros —la izquierda— nos enorgullecíamos de llevar años presionando a nuestro gobierno (británico) y a los gobiernos en general para que contaran la verdad sobre el trato que Hitler dispensaba a los judíos. Resultó que no estábamos mejor informados que mis padres. «Es terrible lo que Hitler está haciendo a los judíos.»

Nuestro punto de vista era más o menos el siguiente. Hitler había empezado por eliminar a sus adversarios alemanes: comunistas, socialistas, católicos, protestantes. (Sólo muy recientemente se ha recordado a estos valientes.) Luego empezó a perseguir, y a matar, a judíos, gitanos, homosexuales y discapacitados. Los utilizaron como esclavos y los trataron tan mal que murieron. La realidad sobre los campos de exterminio aún no había empezado a «penetrar». Está claro que, si la mente no está «dispuesta» a que entre algo, se rechazan los datos. Nuestro punto de vista —de la izquierda— en realidad era tan convencional como el punto de vista general. Veíamos la guerra en términos de aliados y enemigos, de escenarios bélicos, de grandes batallas cruciales, la Batalla de Inglaterra, la Batalla del Atlántico, África del Norte, Stalingrado, de sitios como el de Leningrado, de derrotas como la de Dunkerque... Sí, los refugiados. Sí, la muerte cruel de adversarios. Pero ahora me parece horrible que lo que las generaciones posteriores seguramente considerarán lo peor, lo característico de aquella época, de nuestra época, nosotros apenas lo vimos. Lo más significativo, lo que tendría graves consecuencias para el futuro de todos... se dejó fuera de este mapa del mundo. Los asesinatos deliberados de millones de personas, el asesinato sistemático. La tortura sistemática. Las cámaras de gas. Los campos de concentración. Nuestro mapa mundi aún era inocente. Era una guerra de lo malo contra lo peor. Era una buena guerra, a pesar de todo.

Pero tengo mis dudas de que se lo parezca a los míticos guardianes de los cielos.

Aquella guerra afectaba a todo el mundo, y a muy distintos tipos de personas y de situaciones. ¿Qué podían tener en común el soldado que luchaba en Italia, o en Birmania o en Stalingrado: los auténticos combatientes; los refugiados; los prisioneros de guerra; los civiles aplastados u ocupados y todos aquellos que a cientos de kilómetros de los campos de batalla los observan desde la retaguardia? Sí, había algo. Que la gente se movía de un lado a otro en un torbellino de cambios, y se producían encuentros de personas que, de otro modo, nunca se habrían conocido. Cuando hoy miro atrás es lo que me sorprende en primer lugar, encuentros inesperados entre personas, e inmediatamente siento una exaltación, una alegría, una energía. ¿Era lo que sentí entonces? Sí, a menudo. Pero la memoria es una gran autora de comedias. Un acontecimiento que resultó doloroso o incluso aterrador nos puede parecer, años después, meramente absurdo. Tengo que recordarme a menudo que las discusiones o sucesos a los que me he referido aquí humorísticamente acababan a veces en violencia física. Hoy me resulta inconcebible que mi buen amigo Mark atacara a mi buen amigo Abe por llamarle «intelectual típico». (Siento la tentación de preguntarme: ¿por qué se peleaban realmente?) O que en una conferencia sobre Lysenko, el científico soviético, protegido por Stalin, y sobre la herencia de características adquiridas (la «consigna» requería adhesión a la propuesta), un grupo de «Trots» cuestionara esta «consigna» y, como resultado, se entablara una pelea fuera de la sala que acabó con dos hombres en urgencias. O que Jane (una comunista de Londres) prefiriera abandonar completamente la política antes que estar en la misma habitación con Mary (de Ciudad del Cabo), quien, según ella, albergaba prejuicios raciales porque decía que todas las familias afrikaner de Sudáfrica llevaban «sangre» negra en las venas. Se objetaba la palabra, no el hecho.

Puede que la clave sea la madurez, que nos hace más flexibles y nos conduce al encogimiento de hombros y a la sonrisa, pero el motor de los acontecimientos era el áspero roce del tiempo. Ya entonces la conjunción de Kurt y Esther nos parecía un paradigma de guerra surrealista. El simple hecho de visitarlos ya invitaba a pensarlo, porque, aunque el jardín de Esther parecía un pequeño paraíso, desde allí se podía ver la alta alambrada del cercano campamento de la RAF. Nadie podía mirar aquella alambrada sin un encogimiento de corazón. Nunca habíamos visto un tipo de alambrada semejante. Nuestras alambradas eran bajas y desiguales, y con el alambre anudado a árboles (protegidos con trozos de neumáticos) o a postes de corte desigual. Su alambrada, en cambio, indicaba profesionalidad. Cuando uno se fijaba en ella, era inevitable que pensara en otros campamentos de la fuerza aérea en diversos lugares de África, el enjambre de hombres uniformados de gris y azul, que en su mayoría estaban allí contra su voluntad, detrás de alambradas y vigilados. Era inevitable pensar en la guerra.

Aquel nuevo barrio residencial de Salisbury, uno de los muchos levantados precipitadamente alrededor de una ciudad que crecía con rapidez por la guerra, se imponía al veld en un rápido cruce oscuro de calles, con una estrecha carretera mal pavimentada que salía de la carretera principal en dirección a Umtali. Este barrio parecía tan provisional como los campamentos, pero en 1956, cuando pasé por delante



en coche, unos jardines rodeaban las baratas casitas. En la época en que las construyeron, aquellas casas, a modo de cajas colocadas en hileras, se hallaban encerradas en cuadrados de alambradas que circundaban un terreno áspero y estragado. Pero en cuanto se abandonaba la carretera principal, entre todos los restos de alambres y cascotes de los constructores, se veía un jardín que, como un estallido exuberante de color, surgía entre sus ligaduras de alambre como un ramillete. Era la casa de Esther y Kurt. De camino a la casa, a través de un caminito de ladrillo rojo ya conquistado por la verdolaga y el tomillo, uno se veía rodeado de rosas, plumbagina, cañacoro, jazmín, adelfas. La terraza que había justo enfrente apenas era visible. En los peldaños había macetas llenas de plantas, y las vigas de la terraza estaban cubiertas por cortinas de helechos. Las casas eran todas iguales: dos habitaciones, la sala de estar delante, y detrás el dormitorio, y en la parte trasera una pequeña cocina con una terraza minúscula. La terraza delantera era ancha y sombreada, como una tercera habitación. La sala de estar estaba convenientemente amueblada, con mesa y sillas de madera trabajada por los nativos. En el suelo alfombras de junco. Cortinas de cretona que pregonaban Inglaterra, Inglaterra. Pulcros jarrones de flores casi por doquier. En las paredes, acuarelas inglesas y reproducciones de Pieter Brueghel de los museos de Viena.

El jardín era cosa de Esther, que se ocupaba de él a primera hora de la mañana antes de ir a trabajar y por las noches después del trabajo. Cuando los fuimos a visitar, y nos quedamos en el sendero de ladrillo, percibimos un movimiento en las profundidades del jardín, y luego salió a la superficie Esther, entre olas verdes de flores, y dijo: «Qué bien que hayáis venido, por favor, pasad». Se nos acercó con cuidado, sonriendo, y aceptó que le tendiéramos la mano para ayudarla, aunque decía que no era necesario. Subió la escalera delante de nosotros hacia la terraza diciendo: «Shilling... té, por favor». Y se oyó la voz de Kurt amonestándola: «Esther, querida, llámale por su verdadero nombre, por favor».

«Lo siento mucho», dijo ella sin darle importancia. «Siempre lo olvido.»

En la terraza, entre el verdor de las frondas colgantes, era la viva imagen de una bonita inglesa, pequeña, erguida, con un vestido discreto y gruesos guantes de jardinera. Entró con ligereza en la sala de estar, diciendo: «Mira, querido, qué agradable, tenemos visita».

Kurt estaba pensativo en una butaca demasiado pequeña para su tamaño. Era un hombre alto, pesado más que gordo, con una piel tan oscura que parecía verdosa o de bronce. Un hombre de bronce, todo él hecho de planos inclinados, como su pesada cara, con largas mejillas, una gruesa nariz achatada, y pequeños ojos oscuros e intensos bajo gruesas cejas. Llevaba el pelo corto, lo que dejaba al descubierto el desigual modelado de su cráneo. Era un hombre feo, aunque de fascinante personalidad. Había nacido y crecido en Viena, pero todos coincidíamos, y él lo aceptaba con indiferencia, en que debía de tener antepasados mongoles. En aquellos tiempos la gente decía: «Fulano de tal debe de tener sangre mongol», o, mejor dicho, lo decían si no eran «progresistas». Dado que la palabra «gen» aún no había acudido a salvarnos —a nosotros, los progresistas— de la palabra «sangre», las discusiones estaban siempre llenas de escollos. No para Esther, que carecía de interés por la política. Contemplando a su marido con su sonrisa fría pero afectuosa, meditaba: «Pero si piensas que durante muchos siglos los mongoles dominaron la zona donde naciste, es lógico que haya mucha sangre mongol. Como nosotros con los vikingos».

«Esther, te lo ruego, no utilices la palabra sangre.»

«Pero, ¿por qué no?»

«Hitler», mascullaba él, clavando en ella su mirada afligida, tan llena de historia. Una mirada, no obstante, que ella siempre sostenía valientemente. «Pero yo no soy

Hitler, ¿verdad?», solía apostillar.

Provenía de una ciudad inglesa de provincias. La otra cara de la medalla, su antítesis, era sin duda Kurt: la de Kurt era sin duda Esther. Estos dos seres, ella tan ligera, pizpireta y sensata, él tan grave, estricto y atormentado, hacían inevitable que cualquiera que los viera juntos se sorprendiera de las incomprensibles elecciones de la naturaleza. Ella era maestra y pobre, porque mandaba casi todo lo que ganaba a la familia, a su madre, que estaba enferma. Él no había conseguido un puesto de trabajo mejor que el de oficinista en el Departamento de Obras Públicas. Era doctor en Filosofía. Ésta había sido su preparación para la difícil Europa de Hitler. De no haberse declarado una guerra, con toda seguridad se habría pasado la vida entre gente de universidad o de un periódico, charlando en los cafés. En realidad había pasado la mayor parte de su vida, desde los doce años más o menos, hablando. En pocas palabras, era un intelectual, una palabra que en aquella época aún resultaba más emotiva.

Lo que a nosotros, burdos sudrhodesianos, nos parecía más fascinante era que estos refugiados se mostraran constantemente, día y noche, tan políticos, tan ideológicos. Por supuesto que nosotros —en particular los de las regiones campesinas— hablábamos de política, pero no habíamos pensado que las extravagancias del gobierno y de la Company significaran política. Las lealtades intelectuales de estos inmigrantes eran tan importantes para ellos que nos las decían antes de contarnos cualquier otra cosa sobre sus personas. «¿Sabes?, soy freudiano.» «Soy marxista-leninista.» «¡Reich!» «¡Jung!» Nunca paraban de discutir, polemizar, pelearse. Llevaban a cabo venganzas silenciosamente, despectivas o abiertamente apasionadas.

Gottfried decía que Kurt era sólo un intelectual. La auténtica educación de Kurt habían sido, según él, las conversaciones en los cafés de Viena y, más tarde, la etapa en que vivió en una comuna, en una idílica colectividad vienesa, que funcionaba según la ideología de uno de los genios psicológicos que sucedieron a Freud. Su conversación, mejor dicho, sus monólogos, siempre retrocedían a los años que había pasado en la comuna. Se sentaba en su butaca inclinado hacia delante, como paralizado por la necesidad de alcanzar una idea que él vislumbraba aún imperfectamente, pero el peso de sus huesos, de su cuerpo, las cargas de la vida material hacían que volviera a sentarse en aquella butaca endeble e irrelevante. Sus pensamientos no estaban a nuestro nivel... ¿cómo iban a estarlo? Su mente siempre perseguía alguna verdad que un día capturaría, y entonces, suya para siempre, la colocaría en la punta de un alfiler y nos la mostraría: «¡Aquí está! Os lo dije, ¿no?». No podía sentarse tranquilo, sino que bailaba y bailaba sentado, dando golpecitos con un pie, tamborileando con los dedos sobre el brazo de la butaca.

«¡Tenéis que comprenderlo! ¡Lo conseguimos! ¡Ésta es la cuestión! ¡Durante años vivimos la vida ideal, la vida de camaradas! ¡Auténticos camaradas!» Y en este punto lanzaba una mirada acusadora a Gottfried o a cualquier otro ejemplar de comunista que se diera el caso de que estaba por allí. «¡Lo compartíamos todo! No teníamos nada en propiedad, sólo nuestra ropa. Se nos permitían un par de pantalones y dos camisas y un jersey y algo de ropa interior. Esto era todo. Compartíamos la comida, el dinero y los libros.» Y nos miraba a todos con una lenta mirada triunfal.

«Seguro que con las chicas no era tan fácil», observó Esther. Estaba cosiendo o con labores de punto, pero paraba la labor para sonreírle. Nunca se dirigía a él en otro tono que no fuera el del más suave respeto. La palabra adecuada es amor. Otra gente podía considerarlo irritante o —sencillamente— imposible, pero ella sabía que este Calibán personificaba algo maravilloso, y ésta era la razón por la que se había casado con él. Le llamaba Kurt, con erre sonora. La mayoría de nosotros, coloniales recalcitrantes, le llamábamos Curt, de la misma manera que ellos llamaban Godfrey a Gottfried.

«Si me llamáis Kuurt, demostrando vuestro respeto hacia mí y hacia mi lengua, ¿por qué no le dais a este hombre su propio nombre?» Se refería al cocinero. «Se llama Mfundisi. ¡Llamadle así!»

«Dice Shilling en su documento de identidad.»

«Pero no es su nombre auténtico. Es que no comprendéis la importancia del nombre de un ser humano. Vosotros les habéis robado sus nombres y los llamáis cualquier porquería. Sixpence. Tickey. Shilling. Blackbird.»

«Pero en ocasiones también les dan bonitos nombres bíblicos», dijo Esther, aprobándolos no por religión sino por motivos estéticos.

«Pero ellos no eligieron estos nombres, Esther, tienes que comprenderlo. Es importante.»

«Yo no elegí Esther. No me lo preguntaron.»

«La verdad es que sois imperdonables. La historia no os perdonará.»

«Pero yo no les robé sus nombres. No estaba aquí. Llegué sólo unos meses antes que tú.»

Y respecto a la comuna. «No lo comprendes, Esther. A veces dices cosas llenas de delicadeza y comprensión, y entonces yo pienso Sí, lo comprende... Pero no lo comprendes. Mira, las mujeres creían en aquel ideal de vida. A menudo eran nuestra inspiración cuando desfallecíamos. Nos mantenían apartados de la tentación. A ninguna de ellas les importaban nimiedades como los vestidos o el lápiz de labios.»

Esther se puso otra vez a coser, con mirada culpable pero decidida. No estaba a favor de tener las manos desocupadas. Las nuestras sostenían cigarrillos. A través de nubes de humo contemplábamos la vida ideal, que no se podía encontrar en la mundana Salisbury, sino que remitía a Europa, a Viena, donde todos deseábamos haber estado, con otras nobles criaturas, viviendo una noble vida.

«Fue maravilloso», salmodió Kurt, mirando hacia las excavadoras que se abrían camino para ampliar el barrio: árboles destrozados, tierra removida, escombros llenos de piedras. «Demostramos que era posible la vida sin propiedad, sin propietarios.»

En este punto Gottfried comentó: «Idealismo pequeñoburgués.»

«Y sin celos. Nos prohibíamos los celos.»

Aquí Esther enarcó las cejas.

«Sí, sí. Es cierto. Entonces una de las muchachas tuvo un bebé y fue el fin. Todo el mundo empezó a pelearse y repentinamente había parejas que se encerraban bajo llave en sus propias habitaciones. Fue horrible, horrible.»

«Pero, Kuurt», dijo Esther con suavidad, «cualquiera te hubiera podido decir que todo marcharía de perlas hasta el primer bebé. ¿O es que tu profesor Fischel no lo sabía?»

«¿Y por qué tenía que saberlo? Era un gran hombre. Sólo le interesaban las posibilidades reales del ser humano. Abolimos la propiedad —¡le pusimos fin!— y luego llega un hijo, ¡y zas! Así fue. El nacimiento de un hijo no es sólo asunto de los padres, un hijo nace para todo el mundo, para toda la comunidad humana.» Se paró para observar la reacción de su público. Algunos ojos brillaban emocionados. Otros, claramente no. «Nos queríamos. Confiábamos los unos en los otros y entonces ¡catracac! Un bebé... ¡y se acabó!»

Aquello condujo la conversación hacia el tema de las posibilidades reales de los seres humanos.

«Espera un poco, Kurt», pidió amablemente Jane, una de las chicas. «¿Estás diciéndonos que dormíais unos con otros y nadie sentía celos?»

«Sí, esto es lo que nos dice Kuurt», aseguró Esther, hilvanando una aguja, o contando puntadas.

«¿Quieres decir que si dos hombres se enamoraban de una chica, o dos chicas de un hombre, todo era un camino de rosas?»

Kurt subía y bajaba la pierna, daba golpecitos irritadamente con sus grandes y desmañados dedos, miraba hacia la pared, o a su invisible ideal. «No lo comprendéis. Todos nos queríamos. Cuando algo de ese tipo sucedía actuábamos con delicadeza.»

Mientras tanto los camaradas cruzaban sonrisas pacientes e irónicas: lo que ocurrió después les daba la razón.

«Sí, pero seguro que no faltó el dolor en muchos casos», reflexionó Esther.

«La vida», sentenció Kurt, «debe contener dolor. Son nuestros dolores al nacer los que nos empujan a la verdadera condición humana.»

Todos medimos este comentario, desde nuestras respectivas posiciones ideológicas.

Esther dijo: «Creo que dice mucho a vuestro favor que consiguieseis que funcionara durante tanto tiempo.»

«Sí, y casi fueron tres años. Y no lo olvido, la guerra...»

«No duró demasiado», dijo Jane, una neófita. «No creo que me resultara difícil sumergirme en el Ideal durante un año o dos. Seguro que os sentíais muy a gusto con vosotros mismos. ¿Estabais en análisis?»

«Naturalmente. Éste era el meollo de la cuestión. El profesor Fischel nos analizaba a todos.»

«¿Te refieres a que una persona os analizaba a todos? ¿Cuántos erais en la comuna?»

«Ocho. Bueno, mucha otra gente quería entrar, pero no todo el mundo era adecuado.»

Un silencio.

«La verdad es que me parece un logro impresionante», insistió Esther, lanzándonos una mirada. «Pero me parece que el profesor Fischel tenía que haber hecho algunas concesiones respecto a los sentimientos de propiedad sobre el bebé.»

«La naturaleza humana», dijo Jane.

«Una tragedia», se lamentó Kurt. «El nacimiento de un niño fue la muerte de un sueño.»

«Por tu manera de expresarte, podía ser tuyo», comentó Jane.

«No», respondió Kurt. «Yo soy muy responsable en estos temas.»

Ni Kurt ni Esther asistían a reuniones. Esther, porque le parecían infantiles las reuniones políticas; Kurt porque le parecían infantiles aquellas reuniones. Pero siempre aparecía por nuestro piso. Yo empezaba a darme cuenta de que hay gente que no puede estar sola, ni siquiera una hora. No Esther, siempre feliz leyendo o cuidando del jardín. Pero Kurt invadía mis preciosas mañanas libres de compromisos. Si otra persona similarmente afligida comparecía, les dejaba solos, cerraba la puerta y trabajaba de pie, utilizando el mármol de la cocina como escritorio.

Se estarán ustedes preguntando: ¿acaso no tenía que trabajar Kurt? En el Departamento de Obras Públicas su trabajo se localizaba en las carreteras, revisando su estado, o supervisando reparaciones, o comprobando plazas de armas, o desagües u otros servicios públicos. No estaba mucho en su oficina.

«El objetivo de mi vida no es el Departamento de Obras Públicas», anunciaba, tomando té a su peculiar manera, interrumpiendo su atormentada mirada en busca de lo inalcanzable durante el tiempo suficiente para tragarse media taza de una vez, sentado y mirando la taza con sombrío disgusto hasta que volvía a llenarla. «No, no estaba destinado a este tipo de tonta ocupación y no puedo fingir ser lo que no soy.»

«Pero, ¿qué te dicen en la oficina?»

«No es que no haga nada de nada. Trabajo bastante. Nadie trabaja duro en la Administración, y yo sólo me limito a ajustarme a ese estilo. Además, mi jefe disfruta

despreciándome. Esther me dice que son imaginaciones mías, pero yo le digo, No, Esther, un corazón de oro como el tuyo, y tu acolchada educación inglesa, no han sido la mejor preparación para la vida. No entiendes la maldad. Para mí ese hombre resulta transparente, y él lo sabe. Le doy un expediente sobre cualquier cosa, carreteras o tonterías así, y le alargo el expediente y ya ha empezado a reírse con disimulo incluso antes de abrirlo. "¿A qué hora se metió en cama ayer?", pregunta, y luego se ríe como si se hubiera inventado un verdadero chiste. "No lo va a creer", le digo, "porque usted vive en un país donde la gente se duerme a las diez, pero hay personas en el mundo a las que dormir les importa muy poco. Prefieren pasarse la noche hablando. O incluso pensando." Entonces abre completamente el expediente y se burla. "Repítalo. Las columnas no son correctas. Devuélvame luego y podemos hablar del asunto." Y cierra el expediente, triunfante. En una ocasión me lo tiró por la cabeza. Y así paso los días. Cuando pienso en lo que me he convertido, me lleno de desesperación.»

Por entonces, cuando acabó la guerra, los miles de refugiados habían dejado de ser pobres y tristes y desesperados; eran ahora hombres de negocios y granjeros y exportadores e importadores y constructores y dirigían empresas de transporte y tocaban en orquestas. Un colectivo lleno de talento. Un honor para la colonia. Pero Kurt siguió en Obras Públicas. «No tengo intención de malgastar mi vida ganando dinero», decía, mientras Esther le miraba afectuosamente. «Para empezar, una sola vida no da como para leer todos los libros que uno debería leer. ¿Has leído...?»

A menudo, no lo había leído.

«Eres muy ignorante. Cualquiera que viva en el siglo veinte y no haya leído todo Freud y Jung y Adler y Klein y Reich ignora las principales influencias de nuestra época.»

«¿Qué me dices de Marx?»

«No digas ridiculeces.»

«Pues parece que tiene cierta influencia.»

«Meramente un fenómeno pasajero.»

«¿Y Freud y Jung y el resto no son fenómenos pasajeros?»

«La verdad es que no puedo comprender cómo no te das cuenta», se irritaba.

Más adelante, como era de esperar, Esther pasó a ser directora de escuela. Esther quería que él dejara Obras Públicas y se consagrara a escribir su libro, que estaba entero en su cabeza, según decía él.

«¿Para qué publicarlo si ya es perfecto? ¿Para que los tontos lo interpreten mal?»

«Pero Kurt, debes esperar que un libro realmente bueno sea incomprendido.»

«Es mucho más que un buen libro. Es un verdadero libro. Sólo hay media docena de libros verdaderos.»

«¿Como cuáles?», yo quería saber.

«En primer lugar, Don Quijote.»

«¿Y luego?»

«Hamlet. Un hombre cuyo corazón es demasiado grande para la mezquindad de lo que le rodea. Y luego, *El hombre sin atributos*. Seguro que nunca has oído hablar de él.»

«Siento decepcionarte.»

«No lo habrías comprendido tampoco. Y luego *Del amor*, de Stendhal. Pero eres demasiado joven para comprenderlo.»

«No puedo decir nada al respecto, ¿verdad?»

«No, no puedes. Pero el tiempo curará muchos errores tuyos.»

La lista de libros verdaderos cambiaba, a menudo.

Por entonces sólo unos pocos habían leído el manuscrito de *Canta la hierba* —la versión final—, incluidos Kurt y Esther. A ella no le gustó porque no daba una imagen

esperanzada de las relaciones entre razas. A Kurt porque estaba escrito en inglés: coincidía con Joseph Conrad en que es una lengua inadecuada para novelas, y sólo la francesa tiene la claridad necesaria. Nadie tuvo una palabra de elogio para la novela. Camaradas y amigos aparecían constantemente para decirme cómo debía reescribirla. Creo que el peor enemigo de cualquier escritor incipiente es el grupo de buenos amigos. La mayoría de ellos confían en ser escritores, y la historia que la pobre aspirante les ha confiado no es nada en comparación con lo que ellos mismos quieren escribir. Todo el mundo, hoy en día, cree ser un ideólogo de cierta especie. Ni que decir tiene que los camaradas la desaprobaron, y por las mismas razones que la apolítica Esther.

He conocido a mucha gente que guardaba mentalmente libros perfectos que nunca se podrían escribir, que tenían que mantenerse lejos de nuestros pensamientos vulgares y contaminantes.

Vale la pena citar el caso de un hombre al que conocí. Lo educaron en España los jesuitas, destinado al sacerdocio. Pasó a ser marxista, tan puro y tan poco desviacionista como lo había sido de seminarista. Se casó con una chica inglesa y la persuadió para que compartiera con él remolque y pobreza al Oeste de Inglaterra. Cuatro hijos. Londres, le dijo él, estropearía el yo esencial de ella. Vivían de la seguridad social. Él se pasaba el tiempo discutiendo puntos de doctrina en compañía de otros revolucionarios en bares y pubs de los bonitos pueblos de Somerset y Devon, o en Londres, con sus pares literarios. Mientras, estaba trabajando —mentalmente— en su libro. Te podía mirar fijamente y decir: «¿Por qué escribirla? ¿Por qué comprometerse?». Perdió su fe en el marxismo, pasó a ser anarquista y abandonó a su mujer en el remolque con los cuatro hijos. Se fue a París y se convirtió en un clochard. Allí, en un café, conoció a otra chica inglesa de clase media, fácil de persuadir de que la vida era un fraude. Juntos vivieron la vida de los pordioseros que, según parece, supone un arduo trabajo. Hay que hablar con otros todas las mañanas para saber dónde habrá comida gratis en exposiciones y ferias comerciales, qué instituciones caritativas la proporcionan, y la mejor manera de cambiar bienes robados en tiendas sin atraer la atención de la policía. Él se angustiaba ante la cantidad de energía vital que había que invertir en ello, y su chica se angustiaba con él. Pero durante todo el tiempo él trabajaba en su invisible libro. Luego la chica anunció que estaba embarazada y le ofreció criar al niño como un clochard. Era algo lógico, puesto que él le había enseñado que era la única forma de vida honrada. Dejando atrás la integridad, se la llevó al campo en Inglaterra, la instaló en una torre ruinoso, donde muy pronto hubo cuatro hijos. Vivían de la seguridad social. Nosotros sabíamos que alguna ideología acabaría por rescatarlo. Sí, resultó que las mujeres y los hijos son los envenenadores de la integridad. También abandonó esta familia y pasó a trabajar, en calidad de administrativo, en una de las innumerables organizaciones que ofrecen consejo a países que en otro tiempo fueron parte de los antiguos imperios europeos. Su jefa era una mujer negra, una feminista que criaba a cuatro hijos cuyos respectivos padres los habían ido abandonando. Él se fue a vivir a casa de ella: había encontrado su destino. A veces visita Europa. ¿Y cómo va su obra maestra? Te mira fijamente con una mirada tranquila, sin vacilaciones, llena de desprecio por las venalidades de la vida literaria. «¿Y por qué debería escribirla? Está a salvo donde está.»

Esther intentaba por todos los medios discretos facilitar que Kurt escribiera su libro.

«Esther insiste en que debería verter mi libro sobre el papel», Kurt la acusaba.

«A mí, por ejemplo, me gustaría leerlo», decía Esther.

«Es extraño que un alma sensible como la tuya no pueda comprender algo tan sencillo.»

Kurt nunca escribió su libro, ni quiso comentarlo con nosotros. Podía describir sus

etéreas y fantasmagóricas mansiones, pero de una forma que no invitaba a comentarios. Existía, sin embargo, una persona a la que se lo contaba todo. Kurt no sabía conducir automóvil. Probablemente era la única persona blanca de la colonia que no conducía. Decía, sinceramente, que sería un mal conductor, porque le resultaría imposible mantener su atención en la carretera. El Departamento de Obras Públicas le asignó un conductor. Según su documentación, o situpa, el nombre de aquel hombre era Joshua, pero Kurt insistió en enterarse de su auténtico nombre, que era Muesaemura, y utilizarlo.

Pasaban mucho tiempo juntos, en coche por Salisbury, o incluso por fuera de Salisbury. No todos aquellos trayectos eran necesarios. Solían detenerse para mantener largas discusiones filosóficas en la jungla, lejos de la carretera, porque se arriesgaban a perder su puesto de trabajo si los descubrían en esta sediciosa actividad. Y de hecho ya habían amonestado a Kurt por su inaceptable actitud hacia los «munts».

«Me parece un verdadero insulto que te llamen Musa», insistía Kurt.

«Pero si mi madre me llama Musa. Y mi hermana. Y todos mis amigos. ¿Por qué tú no, Baas?»

«No me llames Baas. Es un insulto. Ya te he dicho muchas veces que si la gente abrevia o distorsiona un nombre significa una fundamental falta de respeto.»

«Pero tú eres mi jefe. Un hombre blanco. Por tanto, el nombre que tú me des no puede ser más respetuoso que el nombre que utiliza mi madre.»

«Veis», decía Kurt, informando de tales conversaciones. «Tiene un innato sentido de la lógica. Quizás deberías contárselo a Charles Olly. Se convencería al momento.»

«¿Y cómo te llama tu padre? Es significativo que nunca menciones a tu padre.»

«No tengo padre.»

«Pero no es posible, Musaemura.»

«¿Cómo que no? Es posible para nosotros los kaffires. A menudo no tenemos padres. Mi madre era la hermana del cocinero que trabajaba en la casa de un parlamentario. Vivía ilegalmente en la habitación del cocinero en la parte trasera de la casa. Se quedó embarazada de un amigo del cocinero. ¿Un marido? Eso sería pedir demasiado. Ella tenía un lugar donde vivir. No un lugar legal, pero un lugar para vivir y además un marido es pedir demasiado. Para una mujer kaffir.»

Musa contaba unos veinticinco años. Era muy alto, delgado, inquieto y lleno de una violenta energía. Su vida había sido pintoresca, precaria, a veces delictiva. «No hace falta decirlo», comentaba Esther. «No puedes esperar buen comportamiento de gente maltratada.» Musa era listo, un buen mecánico muy valorado por el Departamento. «No es un mal munt», comentaba el jefe de Kurt. «Pero será mejor que le vigile, le aviso.»

«Ese hombre», se lamentaba Kurt, «tendría que ser primer ministro. Es un crimen que sólo sea un conductor. Se lo digo constantemente.»

«¿Y él qué responde?»

«Dice: "Baas, ya sabes que un hombre negro nunca podrá ser primer ministro. Nuestras cabezas tienen una forma errónea. No tenemos bastante cerebro dentro de nuestros cráneos para ser primer ministro." Me llama Baas. Esto me molesta. Le digo: "Muy bien, te concedo el derecho a insultarme de esta manera. No a mí, como individuo, sino como representante de la raza opresora. Estás en tu derecho al comportarte de forma desagradable. Apoyo tu derecho fundamental a las emociones negativas y a los impulsos destructivos, como pueblo oprimido."»

«Pero ¿apoyas el derecho de los blancos a ser negativos y destructivos? A mí me multaron con dos libras la semana pasada en la Audiencia por estar borracho. Es la mitad de mi salario mensual.»

«Te emborrachas por las frustraciones de tu vida», decía Kurt.

«Sí, esto es cierto, Baas.»

«Yo te nombraría primer ministro. No podrías hacerlo peor que el que tenemos ahora.»

La independencia, un presidente negro, un primer ministro negro, no llegarían hasta treinta y cuatro años más tarde.

«Yo con los blancos sería mucho peor. Sería terrible.»

«No, creo que eres un alma noble y magnánima.»

Como era habitual, estaban sentados bajo un árbol umbroso de la jungla. Kurt le pedía a Esther termos de té y muchos bocadillos porque Musa no comía lo suficiente. Kurt hacía que un bocadillo se le eternizara, y contemplaba cómo Musa se tragaba bocadillos, carne fría, queso, fruta. «Esto me lo llevaré para mis amigos», decía Musa, envolviendo las sobras. «Tienes demasiado dinero, Baas, y mis amigos están hambrientos. Y no voy a ser noble y magnánimo sólo para complacerte a ti, Baas. ¿Qué significa "magnánimo"? ¿Conozco esta palabra? Es algo en favor de los blancos, lo sé.»

«Si no eres mejor que nosotros, ¿por qué molestarse en tener negros en el poder en vez de nosotros?»

«Porque tenemos el derecho a ser una mierda en nuestro país, si deseamos ser una mierda.»

«Ya veo que os empeñaréis en pasar por todos los estadios de la estupidez en vez de aprender de nuestros errores.»

«¿Aprender de vosotros a ser nobles? ¿Y mag-ná-ni-mos-maldita-sea?»

«Aprender que al final es mejor ser amable y magnánimo. A largo plazo.»

«A vosotros los blancos, os ha ido bastante bien ser unos mierdas.»

«Te equivocas. No a largo plazo.»

«¿Y por qué tengo que preocuparme por algo a largo plazo? No quiero ser primer ministro sólo para complacerte, Baas. Quiero mi propio negocio como transportista, con mi hermano trabajando para mí. Cuando salga de la cárcel. Pero no tengo dinero. Tú podrías tener tu propio negocio, si quisieras, porque tienes el dinero suficiente. Podrías tener una compañía de transporte. Pero eres más tonto que yo.»

«En ciertas cosas, lo soy.»

«Ni siquiera puedes cambiar una rueda cuando pinchamos. No sabes dónde están las de recambio. Si tuviéramos una avería y yo no estuviera aquí, te sentarías a esperar a que pasara alguien.»

«No tengo habilidad manual», admitía Kurt, queriendo mostrarse humilde.

«Entonces, ¿en qué eres hábil, Baas? Cuando vamos a un trabajo tengo que decirte lo que está mal. ¿Qué me dices de aquel conducto reventado ayer en la plaza de armas?»

«Comprendo la verdadera esencia de los movimientos intelectuales de nuestra época.»

«Si esto sirviera para algo, no trabajarías en el Departamento de Obras Públicas.»

Allí, en la jungla, al son de las palomas, de los pájaros, tordos, estorninos, mientras las hormigas enviaban a sus exploradores a por migajas y corrían frenéticamente sobre sus cuatro patas, blancas y negras, alineadas unas junto a las otras como compañeras, Kurt le contaba a Musa todo lo referente a su libro, el libro perfecto, que se abría eternamente en su cabeza como un cúmulo de nubes en un día caluroso.

De vez en cuando Musa le preguntaba: «Pero ¿qué tiene de nuevo esto?». (La represión inconsciente. Incesto. El ello. Pechos buenos y malos. Incluso el inconsciente colectivo.) «Lo supe desde que era así...» Y colocaba la mano a unos cinco centímetros por encima de la tierra en la que las hormigas se llevaban unas migajas que las superaban en tamaño. «Excepto que no tuve un padre, por tanto no pude matarle. Hay que ser un hombre blanco para tener un padre al que poder odiar. De haber tenido padre



tendría más comida porque no habría de dar toda mi comida a mi madre y a mi hermana y a mis amigos. No, todo esto es para los ricos blancos. Vosotros tenéis dinero. Tenéis padres.»

Y se quedaba sonriendo, mientras Kurt se defendía.

«Musa es exactamente igual que un amigo mío de la comuna. Se llamaba Wolfgang. Era escéptico por naturaleza. Fue él quien acabó con nuestra comuna porque insistió en que era el padre del bebé. Esto pasó después de que decidiéramos que el bebé no tendría ni padre ni madre sino que sería propiedad de todos.»

«¿Y era el padre?»

«El bebé se le parecía.»

«¿Le has hablado a Musa de tu comuna?»

«Se lo cuento todo.»

«¿Qué opina?»

«Dice que les íbamos a la zaga porque entre los suyos todos los niños tienen más de un padre y de una madre. Como cosa natural.»

Esto sucedió antes de que se empezara a hablar de que la familia ampliada era mucho mejor en todos los aspectos que el modelo del que disfrutamos en Europa.

«Musaemura nos considera muy primitivos. Recuerda cómo mordía los pechos de su madre porque ella no tenía suficiente leche. Dice que los pechos buenos tienen leche. Los pechos malos no tienen leche.»

«¿Cómo puede recordarlo?», preguntó Esther.

«Tenía cuatro años. Les dan el pecho durante más tiempo que nosotros.»

«¡Cuatro años! La verdad es que eso sí me suena primitivo.»

«No, no, Esther. Yo le explico que todos los seres humanos son primitivos, los blancos y los negros, tan malos los unos como los otros. Dice que prefiere ser primitivo como los blancos, con más dinero. Quiere que le prestemos dinero para montar una empresa de transporte.»

«Pero nosotros no tenemos dinero.»

«Para él, toda la gente blanca es rica. Me temo que alberga grandes ambiciones. Quiere tener una empresa de transporte y mercancías, a la misma escala que la de Hamish Van Doren.»

«Pero Van Doren es un parlamentario.»

«Ganó dinero con una empresa de transporte.»

«No va a beneficiar mucho a Musa ser como Van Doren. Es un estafador de primera clase», dijo Gottfried.

Musa se había convertido en algo así como una piedra de toque. Si queríamos saber cuál era la opinión negra sobre cualquier tema —si se puede expresar de esta manera (y quién sabe si se podrá en el momento en que se publique este libro)— se lo preguntábamos a Musa. Me refiero a una opinión no política, sino informada. Las correctas opiniones políticas se las preguntábamos a Charles Mzingele. (Musa, la nueva generación, dejaba atónito a Charles, no aprobaba su anárquica falta de respeto por los asuntos serios. Musa pensaba que Charles era una reliquia sentimental.) Invitamos a Musa a asistir a grupos de debate, pero lo rechazó. «Baas», dijo a Kurt, «tú y yo en la jungla, muy bien, sólo pueden vernos las hormigas y los camaleones, pero como empiece a entrar y salir de un gran edificio en Jameson Avenue, se armará jaleo. ¿Cuántas leyes violaría?»

«No creo que violases ni una sola ley. Siempre que vuelvas a casa para el toque de queda.»

«Alguna ley habría. Siempre la hay.»

«Con tal de que no quisieras casarte con una de las chicas», dijo Kurt, intentando un

chiste, «¿quién iba a poner objeciones?»

«¿Y cómo sabes que yo no desearía casarme con una de tus chicas, Baas?»

«Uf», dijo Esther, cuando reprodujo esta conversación. «Todo esto está yendo demasiado lejos. Confío en que se lo dijeras. »

«Le informaré de tu opinión, Esther, y luego te contaré lo que me dice.»

«Si ese maldito estafador asiste a nuestras reuniones, ya podéis borrarame», dijo Simón.

«Vamos, vamos, camarada, ¿acaso hay en todo esto un cierto prejuicio racial? ¿Acaso preguntamos a la gente blanca que asiste a las reuniones si ha tenido problemas con la policía?»

«¿Prejuicio racial? ¡Y un cuerno! Si consiguiera el dinero para poner en marcha su compañía de transporte, exprimiría a todo el mundo.»

«Diría que no hacía más que seguir nuestro ejemplo.»

«No seguirá mi ejemplo», dijo Simón. «Yo estaré en Israel.»

Durante toda la guerra me pasé el tiempo diciendo que me iría en cuanto acabara. Qué tontería. Mi sueño adolescente aún estaba intacto. El Gobi, el Kalahari, o las costas del Mediterráneo, por donde deambularía, andariega y libre de amores, y pasaría suaves noches de vino y rosas. Tan pronto como la guerra terminó de verdad, y lentamente fuimos siendo conscientes de los terribles estragos causados por doquier, el sueño acabó, sin más... se había desvanecido.

Las noticias que provenían de Europa, de Alemania, Rusia, hablaban de destrucción, desgracia, muerte, campos de concentración, refugiados, niños perdidos. Lo habíamos contemplado y escuchado ya en otras ocasiones, en otros muchos lugares del mundo. Pero entonces, todos creíamos que iba a ser la última vez en que la humanidad sería lo bastante estúpida para permitir tal sufrimiento, tal desastre. Aún faltaba mucho tiempo, décadas, para que dominara la sospecha, cada vez más extendida, de que la humanidad no controla lo que sucede, que está inerme. La Guerra de Corea, cinco años más tarde, aquella horrible «pequeña» guerra, produjo el mismo tipo de sacudida que provocan hoy las guerras de la antigua Yugoslavia en la idea que de sí misma tiene Europa. Era sencillamente imposible que después de todo aquel horror de la Segunda Guerra Mundial la humanidad permitiera Corea.

Las noticias que Gottfried recibía de Alemania hacían volver a la vida la imagen que nos había pintado de la condesa y sus fiestas, la niñera todo amor, el erudito padre, la hermana cuyo prometido, decía lentamente Gottfried, era el «eterno estudiante que nunca llegaría a nada». Al empezar la guerra, Klaus e Irene se encontraban fuera de Alemania. Volvieron a Alemania, aun arriesgando su vida, porque era su deber como comunistas. La madre actuaba como si la guerra no existiera.

A pesar de que escuchar la BBC podía suponer pena de muerte, ella la escuchaba abiertamente. La familia decía que estaba loca. Se salió con la suya, incluso cuando en una ocasión tuvo a los de las SS instalados en casa. Una vez Irene escondió a Klaus, que era judío, de los nazis, en su propia casa. El padre de Klaus era médico: consiguió que borrarán el nombre de Klaus de las listas de condenados a muerte a cambio de practicar un aborto a una nazi de alto rango. Cuando llegó la época del hambre al acabar la guerra, Irene, una mujer bajita y frágil, recorrió kilómetros para ir al campo y volver a Berlín, dos o tres veces por semana, cargando en la espalda un saco de patatas que compraba en una casa de campo. Así mantuvo viva a la familia. El eterno estudiante pasó a ser un alto oficial de la Alemania del Este.

Las noticias sobre los campos de exterminio nazis llegaron en primer lugar a través de Hans Sen, que había escuchado rumores como representante de la Cruz Roja, pero no se los había creído del todo. Él y Gottfried se pasaban horas juntos, en nuestro piso, o en un café, en silencio. O se intercambiaban comentarios que sonaban como si se rociaran de ácido su propia carne. Tenían opiniones encontradas en todo, pero compartían algo de lo que no parecían conscientes, una ironía, un escepticismo sobre la llamada a la civilización que se percibía en el tono de sus voces, si no en el sentido de sus palabras. En ocasiones teníamos a diez o doce personas instaladas en nuestra sala hasta muy tarde, o incluso durante toda la noche, escuchando los noticiarios, comentándolos. Y mientras se libraba la batalla en el Pacífico, bombardeaban ciudades de Japón hasta

reducirlas a polvo y ruinas. Lo que imaginábamos del Japón no era exacto, por desconocimiento. Al final de la guerra muy poca gente hablaba de «buenos alemanes». Hay un libro, que ha pasado injustamente desapercibido, *The Forgotten Soldier* (El soldado olvidado), de un tal Guy Sajer. Ofrece una imagen de la guerra desde el punto de vista de un soldado muy joven, ignorante, que combate en el frente ruso, mientras su ejército va retrocediendo por el avance de los rusos, a veces sin nada que comer durante días, en invierno, con raída ropa y botas ya inservibles. Era medio francés, medio alemán. Sólo por casualidad luchó con los alemanes. Mataron a la mayoría de los jóvenes con quienes luchó. Al final de sus días como soldado de Hitler, a Guy Sajer (un apellido que se puede pronunciar tanto en francés como en alemán) le propusieron unirse a los ejércitos de Ocupación. La propuesta corrió a cargo de un oficial francés ansioso por salvar la vida de este soldado que era un fantasma medio muerto de hambre, que apenas había cumplido los veinte años. De este libro surge un sombrío y airado dolor, una comprensión, que no podemos denominar «protesta»... porque las capas de experiencia en las que profundiza van mucho más allá. Cuando leí el libro años más tarde, identifiqué en él el estado de ánimo, en aquella época, de los refugiados amigos de Salisbury, Rhodesia del Sur. También era el de mi padre. Sus recuerdos de la antigua guerra se habían convertido en una defensa para no pensar en ésta, que le perturbaba tanto que mi madre escondía los periódicos. Pero no podía impedirle que escuchara las noticias de la radio, con respiración jadeante, con ojos que miraban como si mentalmente estuviera viendo las bombas que caían sobre las ciudades japonesas, y contemplara la retirada de los japoneses, isla a isla. «Muy bien...», musitaba. «¿Pero de quién es la culpa? Nosotros no empezamos la guerra, ¿verdad?» Como si le acusaran. «¿Por qué lo hicieron, por qué bombardearon Pearl Harbor? ¿Por qué? Y mira ahora lo que les está pasando.» Y todos los días comentaba, como si acabara de enterarse de ello, que Harry estaba muy sordo por el fuego de los cañones en el Mediterráneo: Harry estaba ingresado en un famoso hospital inglés especializado en problemas de oído. «Pero no tenía que haber sucedido», susurraba, su mano huesuda apretando mi muñeca. «Si hubieran hecho caso a Churchill...» Y, luego, inmediatamente: «En las trincheras solíamos...». Yo aprovechaba para salir y reunirme con los de la RAF, los protegidos de mi madre, que estaban sentados en el tramo de escaleras de piedra que daba a la terraza, jugando con el perrito de mi madre. La guerra terminó antes de que acabara su instrucción y para siempre les quedaría la sensación de que su juventud les había impedido la auténtica experiencia de la vida. Cuando me alejaba en coche, seguro que comentaban que yo era la hija que se había casado con un alemán y que estaba incitando a los kaffires al levantamiento, etc. Si hubieran permanecido en la colonia, en seguida les habrían integrado.

Cuando lanzaron la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki, no nos pareció mucho peor que la pulverización de Tokio y Osaka y Dresde y Coventry. Lo que pensamos era que, gracias a Dios, se había acabado la guerra. Sólo más tarde supimos que la guerra hubiera acabado en cualquier caso, y muy pronto.

Gottfried había decidido que quería quedarse en Inglaterra, sólo en parte porque yo pensaba vivir en Londres. No sería el primer Lessing que se convertiría en un británico: recientemente un primo había sido miembro del Parlamento. Otros miembros del inteligente clan habían vivido y trabajado en Gran Bretaña. Él pensaba hacer gestiones en Salisbury para conseguir la nacionalidad británica. Ahora, al recordarlo, su ansiedad parece innecesaria: conseguirla, en su caso, era puro trámite. Para empezar, ya era muy conocido dentro del colectivo de abogados. Pero después de diez años de exilio de su país se sentía y pensaba como un refugiado, es decir, como alguien que ha sido rechazado. Y, además, era un comunista, y se había pasado años con el miedo de que le

devolvieran al campo de concentración por tomar parte en política, cuando se suponía que no debía hacerlo. Creía que no le aceptarían como ciudadano británico. Para divorciarnos, quería que yo esperara hasta que él fuera británico. Un divorcio le quitaría puntos, decía, y podía cargar el platillo de la balanza contra él. Creíamos que esto nos llevaría un par de años. Mientras, por qué no tener un hijo. Fue así, a la ligera, como informamos a nuestros amigos. «Vamos ahora a por el hijo, ya que no tenemos nada mejor que hacer.» Nuestras discusiones eran aparentemente un modelo de sentido práctico y común. A fin de cuentas, nunca habíamos pensado en seguir casados: las circunstancias nos habían forzado al matrimonio. Cuando nos divorciáramos, pura formalidad, como la de casarnos, seguiríamos siendo amigos, y los dos nos responsabilizaríamos del niño. Más adelante los dos estaríamos demasiado ocupados como para «ir a por» el bebé. ¿Cómo reconciliaba él su comunismo, que permanecía intacto, con su cargo de asesor en el ámbito de la industria británica, un trabajo en el que sabía que destacaba? No lo reconciliaba. Durante aquellos años antes de irse de Rhodesia, la gente le pedía consejo para montar una empresa, ganar dinero, invertir... A todo esto dedicaba una parte de su cerebro, paralela a la de los pensamientos del camarada Gottfried. ¿Y si se hubiera quedado en Inglaterra y se hubiera convertido en asesor de negocios? ¿Habría sufrido una conversión a lo opuesto y habría pasado a ser, como sus padres, un buen liberal? Lo dudo. Habría sido una de aquellas personas —y he conocido a muchas— que mantienen la estructura comunista de sus ideas intacta en una parte de su mente, mientras viven la vida de un ciudadano convencional.

Me quedé embarazada más o menos por la Navidad de 1945, después de intentarlo durante un mes, y recibí el aplauso general... es decir, el de los camaradas. El primer niño que nace en un círculo de jóvenes recién casados, o con deseos de casarse, es un hijo afortunado, porque encarna las esperanzas de todos. Gottfried estaba encantado. Decía que sería bonito tener a un mocito avanzando a rastras y meándose en sus pañales. Obsérvese que contaba con que fuera un varón. Las mujeres hacían bromas: confiaban en que Gottfried compartiera el cambio de pañales. El feminismo no nació en los años sesenta.

Mi padre me dijo: «¿Por qué abandonar a dos bebés y luego tener otro?». Mi madre me acusaba con ferocidad, sin compasión.

Ahora pienso que nuestras racionales e inteligentes discusiones no tuvieron nada que ver con esto. De la misma manera que en 1939, cuando me quedé embarazada de John, y luego, muy pronto, de Jean, creo que fue la madre naturaleza la que lo dispuso, para compensar los millones de muertos. Ahí estaba aquella mujer joven, sana y fértil, que lo haría muy bien. Además, yo quería otro hijo. Suspiraba por tenerlo.

De este periodo, dos recuerdos, que van cargándose de significado con el paso del tiempo. Uno era el de cuando los rusos decidieron colgar, públicamente, en un patíbulo como un teatro, a los oficiales alemanes que habían cometido crímenes de guerra. Hubo protestas de todas partes por esta barbaridad. Es decir, después de cinco años de guerra, ahitos de todo tipo de atrocidad, el mundo aún podía reaccionar a una ejecución pública. Una vuelta a la Edad Media, al salvajismo, y así sucesivamente. Y, también... una nota que no se había escuchado desde 1941, porque lo de los «rusos y su condición de salvajes» se había dejado en suspenso: «Los rusos con su típica brutalidad e indiferencia ante la opinión pública...». Un suceso similar hoy pasaría casi desapercibido. Nos hemos tragado todos los horrores. ¿Quién protestaría? Mientras escribo, inenarrables horrores tienen lugar en lo que era Yugoslavia. Sí, sabemos que se producen. ¿Pero nos sorprendemos?... No lo creo.

El otro incidente: Simón Pins dio una conferencia en el Club de la Izquierda sobre la caída de Hitler y el nacionalsocialismo. Al final opinó que pronto Alemania volvería a

ser nuestro aliado. Había dos o trescientas personas allí y el tumulto fue tal que en broma le dijimos que había tenido suerte de que no le hubieran linchado. Algo aún más notable: comentó, como de pasada, que se suponía que había que temer a Rusia, pero que él temía mucho más Norteamérica. A veces los que meditan sobre política desarrollan un sexto sentido para prever lo que puede ocurrir. Parecía una cosa estrafalaria lo de la hostilidad hacia Norteamérica. ¿Por qué lo dijo? ¿En qué se basaba? Era una actitud que pronto se iría consolidando entre gente de izquierdas, pero no hablo de eso ahora, sino de que en 1945 era sorprendente oírlo.

La Guerra Fría estaba entre bastidores, preparada para salir a escena.

Mientras tanto, quise tomarme un descanso antes de verme sujeta a las necesidades del bebé las veinticuatro horas del día. No porque yo no supiera qué significaba tener un hijo. Lo anhelaba, suspiraba por encontrarme fuera de Salisbury, salir al gran mundo, en particular porque pronto los de la RAF se irían: en realidad, tardaron más en irse, debido a la escasez de barcos para llevarlos a casa. Con toda seguridad yo era consciente de las contradicciones de mi posición, éste era el problema. Había decidido tener un hijo en el momento en que, por primera vez en mi vida, era libre para hacer lo que quisiera.

Me sorprende esta curiosa disposición mental, en particular cuando la veo en gente joven: nunca dudé ni un momento de que sería capaz no sólo de sobrevivir, sino de salir airosa de cualquier situación en la que me viera metida. O de cualquier obstáculo que yo misma pusiera en mi camino. Se expresaba en la silenciosa obstinación, incluso exaltación, incluso deleite, que sentía cuando pensaba en posibles futuros. No me parece fácil de explicar. ¿Por qué una mujer o un hombre joven se ve derrotado y a veces para siempre por lo que parece una nimiedad, mientras que otro, sin un momento de duda, sobrevive a océanos de dificultades?

Gottfried aprobó que me tomara unas vacaciones. Siempre fue un hombre generoso. Por ejemplo, cuando sólo ganaba el lamentable sueldo de Howe-Ely, me compró una nueva máquina de escribir. Me estimulaba a escribir, aunque nunca le gustara lo que yo escribiera. Contribuyó a mi partida a Ciudad del Cabo.

De nuevo, el viaje de cinco días en tren. Lo compartí con otras cinco personas, pero no las recuerdo, sólo cómo miraba por la ventanilla el Karroo, las montañas del Hex River Valley, e intentaba fijar mentalmente escena tras escena de aquel árido y solitario esplendor, que es tan peculiar de Sudáfrica. Aguardaba que llegáramos a aquellas pequeñas estaciones, donde las mujeres y los hijos de los capataces se acercaban a las verjas de alambre de los polvorientos y secos jardincitos para saludar el paso chirriante del tren hacia la gran ciudad al sur. Sabía lo que aquellos niños, aquellas mujeres, aquellas niñas con vestidos de mujer mayor y el pelo con permanente para seducir pensaban y sentían, mientras el tren desaparecía. A lo largo de toda la guerra escuché los gritos y lamentos de despedida en el tren que salía de Salisbury y se llevaba a la gente, y además muy lejos. Durante una generación, o más, por toda Sudáfrica, los tristes chirridos de un tren significaban pérdida, significaban despedidas, significaban dejarte atrás.

Puedo asegurarlo: el rugido de un jet no es en absoluto lo mismo.

Las dársenas de Ciudad del Cabo y los barcos que había en ellas ya no hacían pensar en submarinos y torpedos y convoyes, sino en libertad, escapada. Y yo estaba embarazada de tres meses.

El diario Guardian había dicho que por supuesto su exitosa colega de Salisbury podía trabajar allí unas semanas. Dos eficientes inglesas de clase media habían iniciado la publicación del Guardian justo antes de la guerra, dos mujeres convertidas en comunistas a la manera de los años treinta. La fórmula de este diario comunista era la misma que la del Daily Worker en Londres. Los suscriptores tenían que sentir que era

«su» periódico, y que lo financiaban. Cada número tenía una sección donde se anunciaban las cantidades de dinero conseguidas la semana anterior, con exhortaciones, a favor de la clase obrera, para incrementarlas. El Guardian, como el Daily Worker, recibía perennes acusaciones de «oro rojo», es decir, de recibir dinero de Moscú. Todos aquellos a los que conocí dentro del partido se reían a pleno pulmón con la idea del oro rojo, así como con lo de rojos bajo la cama. En realidad, lo de los rojos bajo la cama y, también, lo del oro de Moscú era cierto: sólo hace una semana leí (una vez más) cómo Moscú financió el Daily Worker. Si el Guardian recibió oro rojo de Moscú es algo que desconozco. Dado el carácter de las dos impresionantes damas que lo llevaban, no me parece posible. El Guardian había prosperado durante la guerra por la popularidad de la Unión Soviética, pero ahora las ventas bajaban. Por ejemplo, ya no se vendían ciento doce docenas de ejemplares en Salisbury, sólo un par de docenas, a los fieles.

Me destinaron a trabajar en el departamento de suscripciones, una habitación llena de mesas donde se instalaba la gente, algunos voluntarios, para escribir cartas a los suscriptores que fallaban, de esta guisa: «Vemos que no has renovado la suscripción este mes. Creemos que se debe a un descuido. Recuerda que el futuro de Sudáfrica depende de gente como tú. Con cordiales saludos llenos de camaradería...».

Había indios y mulatos trabajando en aquella habitación junto a los blancos, algo imposible en Rhodesia del Sur. Era una sección humilde y poco importante del periódico. Muy por encima de nosotros estaban los altos mandos, las estrellas, aunque Carina Baldry, una fundadora, aparecía todos los días para dictarme cartas de amonestación. Me sorprendía que dentro de un periódico socialista, considerado tan subversivo, y con una existencia tan marginal en aquel país, existiera una sólida jerarquía, y que todos protegieran sus privilegios. En pocas palabras, «que viene la Revolución» —una frase usada con satírico deleite—, es decir, si alguna vez hubiera llegado, aquella pequeña pieza de la maquinaria comunista se hallaba ya dispuesta para encajar dentro de una estructura de poder.

El periódico tenía contactos con las capas pobres, no con los negros, en aquella época no muy abundantes en Ciudad del Cabo, sino con los mulatos y los indios. En muchas ocasiones me acompañaron en coche hasta algún barrio miserable de Ciudad del Cabo, hasta una fábrica en la que chicas mulatas muy pobres, o indias, fabricaban productos baratos. Allí se percibía el familiar olor de la pobreza, de la privación, de la desesperación. Las chicas, con vestidos baratos y algo de bisutería brillante, te rodeaban para ofrecerte monedas por un ejemplar del Guardian, con sus embriagadores mensajes de libertad, pero lo que querían era información: vivienda, subsidios, subvenciones. ¿Era cierto que abrían una fábrica de zapatos en Woodstock? ¿Había trabajo para ellas como criadas o niñeras? Era como vender el Guardian en Salisbury, donde reconocíamos que invertíamos tres o cuatro veces más de tiempo en «trabajo de asistencia social» que en la venta del periódico, y donde habíamos comprendido desde hacía tiempo que el periódico era para ellos una especie de talismán para una vida mejor. Estos vendedores y mujeres del Guardian ofrecían consejo. Sí, llamaremos al médico, sí, llamaremos al Departamento de la Vivienda, sí, hay una clínica para la tuberculosis, pero no, no entra dentro de nuestra capacidad conseguir que vuestros patronos os aumenten los sueldos.

Entre los niveles miserables de aquellas vidas, y las que llevaban los camaradas, básicamente blancos y de clase media, existía un abismo.

El Partido Comunista de Sudáfrica por aquella época era legal. Había prosperado durante la guerra y en 1946 disfrutaba de un espíritu de confiado entusiasmo. Tuvieron lugar unas elecciones mientras estuve allí, creo que para concejales, y el partido presentó candidatos. La mayoría de las noches había reuniones ruidosas y efervescentes,

y los nacionalistas, y grupos de las organizaciones nazis, como el Ossewa Brandwag, aparecían para hostigarnos. Siempre se producían refriegas y peleas. El ambiente de júbilo, o de pura temeridad, tenía mucho de autoparodia jocosa, visible en frases como «Que viene la Revolución» y «Te veré en las barricadas». En aquella época yo era demasiado inexperta para comprenderlo, pero luego me he dado cuenta de que éste es el ambiente de los grupos revolucionarios dentro de una democracia que no está en peligro inminente, y en buena parte proviene del gusto por sacar la lengua a la autoridad. Ningún grupo revolucionario dentro de un gobierno represor o brutal puede permitirse esta alegría, esta embriaguez. Y es que no se mofan de un papaíto indulgente; se enfrentan a la tortura y a la muerte. Cuando prohibieron el Partido Comunista de Sudáfrica tres años más tarde, sus dirigentes se evaporaron de la noche a la mañana, la gente que estaba allí para embaucar desapareció y los que se quedaron lo pasaron muy mal.

En los años setenta en Estados Unidos, los grupos «revolucionarios» se impregnaron de esa mentalidad de mofa, de sacar la lengua. (Por casualidad supe lo que estaba pasando.) Por ejemplo, una mujer joven, con fama mundial de peligrosa terrorista, se lo pasó en grande al vivir casi enfrente de una comisaría de policía en Nueva York: «Ni siquiera me reconocéis, a pesar de que mi cara está en vuestros carteles». Otra, que se parecía a Patty Hearst, solía lanzarse a toda velocidad por las autopistas, para que la parara la policía, que le decía: «Eres Patty Hearst». ¡Ah, qué divertido, menuda emoción!

En 1946, en Ciudad del Cabo, los comunistas vivían como si no existiera el mañana. En sus oficinas vi un archivador y, dentro, un expediente sobre el Partido Comunista de Rhodesia del Sur, una entidad ya muerta y enterrada. Les conté a los efervescentes camaradas que no había Partido Comunista de Rhodesia del Sur. Habían estado en lo cierto durante todo el tiempo: no existía la base y fue una lástima que no les escucháramos. También comenté que era una locura tener los nombres de los miembros «secretos» del Partido Comunista sudafricano en archivos que cualquiera podía ver con tan sólo abrir un cajón. Se lo tomaron a broma pues decían que era obvio que existían informadores en sus filas. Se me puso de ejemplo entre los camaradas como un caso de paranoia: «nuestra vecinita del Norte» hacía gala del retraso propio de una colonia británica. Resultaba saludable alejarse de Salisbury donde yo era la cabeza del ratón, mientras que en Ciudad del Cabo yo era la cola del león... y en Londres ya no llegaba ni a cola de león.

A veces no tomamos suficientemente en consideración el que incluso una cola de león de visita puede hacer aportaciones útiles por el simple hecho de que supone una bocanada de aire fresco. Es imposible no vernos absorbidos por la forma de pensar de un grupo, o de un partido.

No llevaba más de un día o dos en Ciudad del Cabo cuando supe que alguien me «había echado el ojo», igual que la primera vez que llegué a Salisbury. Había una chica nueva en la ciudad. Yo estaba decidida a tener alguna historia amorosa en este viaje: consideraba que se me debía. (¿Quién o qué me lo debía?) En una caótica reunión electoral conocí a un sindicalista afrikaner, con quien flirteé. Más tarde, aquella misma noche, se me presentó un hombre que ya a primera vista parecía el perfecto candidato para un lío amoroso totalmente distinto de los que son posibles en Rhodesia del Sur.

Llegados a este punto, aparece de nuevo el problema familiar a todos los escritores, que es, cuánto contar, y qué omitir. El problema es que los hijos, los nietos, los redactores de tesis, los catedráticos, preferirían que el escritor naciera, digamos, a los cincuenta años, con un vestido de seda o un traje bonito, en el momento de recibir un premio literario, con una encantadora sonrisa. «Un sonriente hombre de sesenta años.»



O una mujer. Es bastante agradable contar con un pariente eminente, pero ¿por qué no se callan lo de su juventud disipada? «Ah, cielos, qué dirían, si se les cruzaba en su camino Catulo.» El problema es que el viejo Catulo con cierta frecuencia reniega del joven Catulo. Cuántas veces una antigua amiga con quien compartí alguna aventura ha dicho: «¿De qué estás hablando? Estoy segura de que yo nunca...».

En aquella época, en Ciudad del Cabo, cualquiera habría sabido a quién me refería después de media docena de palabras: «Un artista afrikaner, alto, pintoresco, vestido de artista, con comportamiento artístico, pero que se burla de la bohemia porque siempre está por encima del bien y del mal». ¿Hoy? Probablemente nadie.

Le utilicé en *En busca de un inglés* (Pursuit of the English).

Era comunista, pero por aquel entonces ¿quién no lo era? El romance fue posible sólo por culpa de mi ingenuidad. Después de zafarme de mi primera oportunidad, el sindicalista (lleno de reproches, pero el amor lo disculpa todo), con una crueldad de la que ahora me maravillo, me largué con el artista, digamos Rene, en su coche, hasta las altas laderas encima de Ciudad del Cabo y contemplamos cómo caía lluvia desde las nubes sobre las colinas, como leche en un plato. Nos abrazamos. Con gran deleite y llenos de promesas. Seguidamente me instaló en su estudio en el District Six, y me dijo que tenía que irse fuera por negocios durante cuatro días. Se lo comuniqué al Guardian y disfruté del estudio, con su agradable olor a pintura y trementina, y con sus cuadros y reproducciones de obras maestras colgados por las paredes y, también, una colección de antiguas láminas que fueron una revelación para mí, como un barco del tesoro de la China ancestral. Estaba situado en un edificio antiguo, pequeño y de color blanco. Había un aire de peligro al entrar y salir. Pandillas de lo que entonces se denominaban los skolly-boys atemorizaban a todo el vecindario. En realidad, Rene estaba con otra mujer. Hacía malabarismos con las chicas, las mujeres, con un placer sonriente y carente de escrúpulos. Siempre tenía mujeres que le perseguían. Y es que adoraba a las mujeres. Le gustaba todo lo que se refería a nosotras, nuestro aspecto, olor, tacto, sonido... lo que somos. Hombres así resultan irresistibles (en particular por su escasez, como por ejemplo en Inglaterra), las mujeres en seguida se dan cuenta de su presencia, y los miman. (Este afecto femenino no se puede fingir.) Tampoco deberíamos esperar de ellos fidelidad u otras virtudes domésticas o cívicas. Rene, en aquel estadio de su vida, estaba lleno de nostálgicos y tiernos remordimientos... supongo que por vez primera en su vida. Se había librado con suerte del matrimonio hasta este momento: tenía cuarenta años, pero había embarazado a una chica y tenía que casarse con ella. Yo le atraía. No me quería: los hombres así están inmunizados contra las pasiones. El sentimiento... éste es su alimento. Era lo bastante descarado como para darme un paseo en coche en compañía de su futura esposa, embarazada, como yo, que estaba sentada al lado del conductor, sonriendo. Era una muchacha campesina afrikaner, la esposa perfecta para él. ¿Me di cuenta de que era una de sus mujeres? No, no me di cuenta. Muy pronto, aproximadamente al cabo de un año (la madurez lo es todo), me habría bastado con sentarme en el asiento trasero para saber que eran amantes y que ella estaba embarazada. (¡Cómo te atreves! ¡Cómo puedes ser tan insensible! ¡Eres un monstruo!) Pero entonces yo no me habría liado con él.

Supuestamente el estudio no era apto como vivienda: o quizás fuera otra excusa para esconder a otra chica, no lo sé. Cuando volvió de su viaje con quien fuese, nos instalamos en una blanca casita con árboles en el jardín que le prestó un amigo. Durante unos días, no muchos. (Lo puntualizo porque ahora dicen que viví allí un año.) De nuevo, la vigorosa forma de hacer el amor, aunque frecuente y prolongada. Nos reíamos todo el tiempo. Le horrorizaban mis ideas sobre comida y me enseñó muchos platos, tan desbordantes como su forma de hacer el amor, estofados de tocino, estofados de

cordero, carne picada con especias y pasteles de carne de la cocina afrikaner, que le debe mucho a los malayos. Engordé. A él le encantaba. Le encantaba que estuviera embarazada. Colocaba su manaza encima de mi abultada barriga, como si auscultara a la criatura. Acto seguido se precipitaba a la paleta y dibujaba apuntes. Le gustaba Renoir. Probablemente Renoir fuera así, siempre ebrio por la generosidad de la naturaleza. De este periodo de su vida debieron de salir docenas de apuntes de mujeres embarazadas, de su esposa, de mí. Me gusta pensar que mi cuerpo de entonces, a lo Renoir, se encuentra en una pared de alguna parte. No mi cara. En los apuntes de Rene tendía a reducirse a una mejilla sólo insinuada, o desaparecía tras una caída de pelo. Aunque sin duda yo sonreía mientras él trabajaba, disfrutando de su gozo, la sonrisa debía de incluir ingredientes que a él no le gustaban. Cómo odiaba cualquier cosa que indicara que una mujer podía ser un observador neutral. Cuando no comíamos o hacíamos el amor, nos íbamos en coche a cumplir con lo que él calificaba de «mi deber revolucionario». Los grandes bloques de pisos donde vivía la comunidad mulata eran su especial responsabilidad, porque, como ellos, él hablaba afrikaner, y porque los quería. Montaba una caja de jabón —era una parodia deliberada—, se encaramaba a ella, con un altavoz en la mano, y empezaba. Una imagen sin duda insólita... por entonces. Era alto, huesudo, con largos rizos rubios y ropa chillona y amplia. Me encantaba aquella ropa, no se podía llevar nada parecido entonces en Rhodesia del Sur. Tampoco, ya que viene al caso, la podía llevar la mayoría de la gente en Sudáfrica. Inmediatamente las ventanas y balcones de los pisos se llenaban de gente que reía y gritaba. A mí también me hacía reír, aunque no comprendiera ni una palabra de afrikaner. Él era como Till Eulenspiegel o el barón Münchhausen, un mago venido de un mundo en el que era natural reír, insultar al gobierno y a la autoridad, donde la pobreza era sólo un chiste malo. El Partido Comunista, los camaradas confiaban en él para conseguir votos.

Luego me llevaba a visitar a amigos, por ejemplo a Jack Cope, el escritor, y a su esposa Lesley. Era un hombre alto, moreno y guapo. Ella era delgada y rubia y bella. Por aquel entonces los dos eran miembros del partido. Se llevaban cajas de jabón a Market Square y lanzaban arengas revolucionarias. Aquella bella pareja tenía mucho éxito, en particular Lesley, que era como una princesa. Los camaradas disfrutaban con el inverosímil espectáculo que ofrecía aquella pareja tan inglesa y burguesa subida a una caja de jabón. Así actuaban los Cope. Así actuaban todos.

Vivían en un pequeño piso en Seapoint, desde cuyas ventanas se dominaba el avance y retroceso de las olas, no lejos de aquel sórdido hotel con la guirnalda de luces de colores donde había estado yo seis años antes, con John. No pude evitar hundirme en la sugestiva y morbosa y agradable melancolía. Sabía que eso era un indicio de que estaba desmoralizada.

Rene, cuando nos íbamos en el coche, decía: «¡Eh!, ¿qué pasa contigo? No me gusta ver a mi chica con cara larga. ¿Qué te ha deprimido? ¿Estás pensando en que tendremos que separarnos? Ya verás, nos vamos a casa, nos metemos en la cama y volveré a hacerte feliz».

Yo no era la única mujer con cerebro que le preocupaba. Acababa de tener, o estaba teniendo, una relación amorosa con la mujer que luego sería la segunda esposa de Gottfried. Use era una refugiada de Alemania, una comunista, pero conocida en toda la izquierda como una mujer enérgica e inteligente... y muy valiente. Tenía que ser valiente para casarse con un indio en aquella Sudáfrica. Desafió la burocracia y las mezquinas persecuciones de la barrera del color con un coraje que hizo que la gente hablara de ella con admiración, y con ese tono particular que se gana la gente que no puede encajar en el espacio que le han concedido.

Él dijo que había llegado el momento de irnos de pesca. Sólo más tarde entendí que

lo que quería era irse de Ciudad del Cabo donde todo el mundo le criticaba por tener un romance cuando estaba comprometido en matrimonio. Salimos bordeando la bellísima costa, que en aquellos días estaba casi totalmente salvaje y vacía de gente, con el mar que chocaba y se alzaba en chorros de espuma contra las rocas, sobre las blancas playas vacías. Luego nos dirigimos en coche al interior, por campos, a través de viñedos, hasta una tienda cuyos dueños me miraron, sonriendo: «¿Cómo debe ser esta nueva chica?», estarían pensando. Rene alquiló una minúscula casa o choza, de una sola habitación, a unos cien metros de la costa. Allí había una gran cama antigua, lámparas de aceite, una mesa, dos sillas. Fuera, bajo un árbol, un fuego de ladrillo. El mar rugía, chocaba, gruñía, batiendo toda aquella costa, y la tierra bajo nuestros pies parecía temblar. Inmediatamente nos pusimos en camino a través de bajos arbustos que olían a sal, hacia la costa, para conseguir la cena. Él cogió sus profesionales aparejos de pesca y se fue hasta un remanso entre afiladas rocas, donde el agua bullía y se arremolinaba, y lo cubría de espuma mientras vadeaba y se encaramaba a una roca que había en el centro; allí se colocó, con el mar enfurecido alrededor de sus rodillas. Rugía, reía, chillaba de alegría al lanzar la caña, una y otra, otra vez... hasta que sacó un escurridizo pez sinuoso, y con un fuerte movimiento lo lanzó hacia las rocas de la orilla del mar. Luego, empapado, oliendo a mar, me abrazó con la misma alegría, y corrimos abrazados a través de los arbustos salados hasta la pequeña choza, donde destripó el pescado moribundo y lo depositó sobre la parrilla casi recién salido del mar. Vino. Pan que sabía a sal. Uvas de Hanepoort. Fruta seca garrapiñada. Nos metimos en la cama con la llama de la lámpara de aceite muy baja. Las sombras y el sonido del mar llenaban la habitación. Hicimos el amor y escuchamos, hicimos el amor y escuchamos, nuestros cuerpos tan resbaladizos como peces, y luego dormimos y permanecemos despiertos, escuchando. Las olas chocaban y rugían, cada una parecía asaltar la tierra y luego arrastrarla en su retirada, y así durante toda la noche, toda la noche... como si aquella pequeña casa estuviera debajo del mar.

He sentido a menudo la tentación de escribir sobre aquel paraíso de placer físico, dejando de lado la verdad, que era que yo estaba deprimida. No la «auténtica» depresión, ni tampoco la melancolía agradable de «Mira qué triste estoy». Me imaginaba una historia en la que las individualidades de los amantes se disuelven en los sonidos del mar, mientras el viento se arrastra por los arbustos y la luz de la lámpara caía sobre una delgada espalda tan huesuda como la de un muchacho, donde un montón de minúsculas pecas doradas sobre la resbaladiza piel blanca habla directamente al corazón, una historia más auténtica que la que cuenta la cara estragada... la rodilla bronceada y sedosa de una mujer, su joven mano encima de las sábanas que huelen a humo del fuego. Casi me sentí capaz de dejarme llevar por la sensación de haber descubierto un tesoro de placer... y en ello el narcisismo desempeña un papel de cuya importancia sólo llegamos a ser conscientes cuando envejecemos. ¿Tenía que haber un gusano en esta manzana? A fin de cuentas, a mí no me importaba que Rene me protegiera, porque pronto me iba a ir... y ésta era la razón de que me sintiera enferma de infelicidad, porque tenía que regresar. Si las cosas hubiesen sido distintas, me habría podido quedar en Ciudad del Cabo y, probablemente, unos meses después, con o sin el caos de la posguerra, habría conseguido subirme en un barco y luego a Londres o a París. Desde luego no suspiraba por estar con aquel hombre... de quien no sabía aún que iba a casarse. Ni consideraba que mi destino fuera el de escribir a desperdigados subscriptores del Guardian.

Cinco días de trayecto en tren. No bajando por la costa, al mar, a la libertad, al amor, sino de vuelta otra vez a lo que sabía que era mi auténtico futuro, mientras el tren atravesaba montañas, atravesaba el Karroo, lenta, lentamente, parando en cada pequeño

apeadero, rechinando al pasar por las casas de los capataces y las mujeres y niños que saludaban con la mano, mientras las ruedas retumbaban. Estoy de vuelta, de vuelta... mientras el tren se llenaba de polvo y yo, allí, tendida sobre un fardo, me sentía más infeliz que nunca. Volvía a enfrentarme a aquella doble espiral que se hundía en las raíces de mi naturaleza. No era que pensase: «Qué estúpido estar de nuevo embarazada cuando no debería estarlo». El problema era que no «debía» estarlo. Así sentía desde mi primera infancia. No era que pensase «Si no me hubiera casado con Gottfried Lessing por un romanticismo revolucionario y una temeridad que hoy me parecen estúpidos, ahora no viajaría de vuelta y lejos de todo aquello hacia lo que quiero ir». ¿De qué sirve decir: tenía que haber hecho esto, tendría que haber hecho lo de más allá? La cuestión era que nada distinto podía haber sucedido, dada mi naturaleza y las circunstancias. Y ahora podía —y gracias a Kurt y a otros estaba provista del vocabulario más preciso— aplicar a mi persona las etiquetas adecuadas e incluso los epítetos. Y aún había algo más que hacía inevitable que yo me encontrara en aquel tren viajando en la dirección errónea: la enfermedad de mi padre, su larga, lenta, muerte.

Es de lo más extraño que uno pueda ser la imagen de la salud física, mientras es desgraciado interiormente. Cuando llegué a casa estaba embarazada de cinco meses, bronceada y vibrante de buena salud. Gottfried estaba encantado de que me lo hubiera pasado tan bien, pero desconcertado, porque cuando me fui tenía mi imagen habitual y ahora... Gottfried no podía ser más considerado respecto a mi embarazo, pero no era un hombre que disfrutara del proceso. Había tenido un romance con una de las chicas casaderas. Dado que hoy ella es un pilar de la sociedad, mejor no hablar más.

Gottfried y yo proseguimos con nuestro desgraciado pero comprensivo matrimonio.

No hay gran cosa en esta historia de la que me sienta orgullosa, pero Gottfried y yo, nacidos para desconcertarnos y sorprendernos mutuamente una docena de veces al día, lo llevábamos bien, ésta es la verdad.

Una escena: en uno de los innumerables pequeños dormitorios en los que vivimos hay una cómoda con cajones, donde diez pares de calcetines doblados, graduados por el color, están uno junto al otro. En el siguiente cajón hay calzoncillos y camisetas igualmente ordenados. En el cajón grande hay tres montones, ni medio centímetro fuera de lugar, de camisas limpias, de un solo color, de colores, a rayas. En el armario cuelgan sus trajes de lino, blanco, crema y color café, sin una arruga ni una mota de polvo.

Contemplo esta perfección con incredulidad y desesperación. Gottfried observa mis cajones abiertos, donde hay medias transparentes, sujetadores, bragas, jerseys, una ensalada de color. En mi armario están amontonados vestidos y pantalones. Al ver la expresión de su cara me hundo en el remordimiento. «Ah, Gottfried», exclamo, «lo siento, te prometo que voy a intentarlo.» Y en un impulso lo abrazo. Él permanece rígido entre mis brazos. «Me alegra oírlo», dice, frío. «Pero me tomo la libertad de dudar.» Está furioso. Mucho peor, se siente desgraciado, desanimado. «Por el amor de Dios, Gottfried, sólo es ropa.» «No es ésta mi opinión», dice, dándose la vuelta.

Y luego él en su cama, y yo en la mía. Los dos miramos a la oscuridad. Él se dispone a decir algo y yo me rodeo con mis brazos. Pero luego él dice, lento, juicioso, humorístico: «Este tipo de incompatibilidad es más una desgracia que un delito».

Me echo a reír, de alivio. Él ríe, también aliviado de que yo ría.

Fumamos. El humo que se mueve por la habitación es visible en los rayos de luz que provienen de la escalera del piso de enfrente. También se oye música, música de baile del piso que está al otro lado del patio. Música de baile y humo de cigarrillo, nunca uno sin el otro. En el piso que está al otro lado del patio siempre hay una nube de música, día y noche, incluso a las tres o a las cuatro de la madrugada. Buenos tiempos...

Some day he'll come along  
The man I love  
And when he comes my way  
I'll do my best to make him stay...

«Un día él aparecerá / el hombre al que quiero / y cuando se cruce en mi camino / haré cuanto esté en mi mano para que él se quede...»

Las voces de madre e hija que se han pasado la guerra bailando y organizando fiestas, y las de algunos selectos miembros de la RAF resuenan por nuestra habitación.

Somebody loves me, I wonder who... / wonder who she can be. Somebody loves me, I wish I knew...

«Alguien me ama, me pregunto quién... / me preguntó quién puede ser ella. / Alguien me ama, me gustaría saber...»

«Bien», dice con lentitud Gottfried, «dicen que es el amor lo que hace girar al mundo.»

«Pues nadie lo diría, dadas las circunstancias», le digo.

Gottfried se aclara la garganta, como siempre que se prepara para decir algo chistoso. «Camarada, éste es un pensamiento negativo.»

«Ay, cariño, cariño, lo siento.»

Alumbra otro cigarrillo. También yo.

Al otro lado del patio siguen cantando.

They asked me how I knew,  
My true love was true...

«Me preguntaron cómo sabía / que mi sincero amor era sincero...»

Lo tarareamos junto con la multitud de enfrente, buenos tiempos por poderes.

/ ofcourse replied, Something here inside, Cannot be denied. Now laughing friends deride tears I cannot hide I just smile and say When a lovely flame dies Smoke gets in my eyes.

«Naturalmente respondí, / que lo que siento aquí dentro / no se puede negar. / Ahora, con risas, mis amigos se burlan / de las lágrimas que no puedo ocultar. / Me limito a sonreír y les digo / que, cuando una hermosa llama muere, / el humo se mete en mis ojos.»

«No se puede negar», dice lentamente Gottfried, «que por lo menos la última frase es cierta.»

Cuando regresé de Ciudad del Cabo pensaba: No durará mucho, pronto me iré... No obstante, ya sabíamos que nada sucedería con rapidez. De hecho yo me encontraba en uno de aquellos períodos de la vida en que no se puede mover nada. Hay un obstáculo, una marisma, unas arenas movedizas, un peso en tus pies. No fue la última vez en que me encontré en manos de las circunstancias. No se puede hacer nada, excepto ir tirando. Durante la guerra habíamos bromeado: «Érase una vez una guerra de cien años...». Pero no había lugar para bromas después de la guerra. Si la guerra lleva consigo una brisa de general regocijo, la posguerra es gris mediocridad y depresión. ¿Cómo es posible que semejante atrocidad se haya producido? Eso es lo que la gente piensa secretamente, como cuando, después de una larga y mala experiencia personal, uno sólo quiere dormir. Si yo dijera: «Sólo duró tres años y medio, apenas nada», sería deshonesto. No sabíamos que duraría tres años y medio. No sabíamos que todas las oficinas que se encargaban de pasaportes, visados, naturalización, repatriación, estaban abarrotadas hasta el techo de peticiones y solicitudes. Gottfried, como abogado, conocía a personas de los departamentos relevantes que le decían cómo se movían las cosas... lentamente. Además, el bufete de Howe-Ely, como cualquier despacho de abogados, estaba muy ocupado con antiguos refugiados que querían la nacionalidad británica, o intentaban saber qué había sido de sus familias. Fue entonces cuando llegaron las noticias sobre lo que realmente había sucedido en Alemania. En un principio fue duro asimilarlas, «interiorizarlas». Hoy, cuando oímos que otro dictador extermina a cientos, miles o millones de personas, no nos sorprende. Hitler, Stalin, Mao, Pol Pot, Jomeini, Saddam Hussein, parece no existir un final. Ossip Mandelstam lo dijo por todos nosotros:

Animal mío, época mía, ¿quién podrá  
mirarte a los ojos?

Cruel y débil mirarás atrás  
con la sonrisa de un imbécil:  
un animal que antes podía correr,  
mirando ahora sus propias huellas.

Durante aquellos años trabajé para Mr Lamb y gané bastante dinero. Me gustaba: política por la puerta trasera. Nadie criado como yo, con las noticias de la BBC como momento cumbre del día y entre conversaciones constantes sobre los gobiernos en las terrazas, puede orillar realmente la política. Ahora puedo preguntarme: Si nunca, nunca en tu vida, hubieras leído un periódico o escuchado las noticias, y nunca te hubieras relacionado con la política, ¿qué diferencia habría supuesto para ti o para el mundo? Es inútil: la política me parece eternamente interesante. Además, Mr Lamb era un anciano y le gustaba contar y volver a contar historias de su pasado de joven sudafricano ambicioso. Personalidades... enfrentamiento y color... intrigas, batallas entre el capital y la mano de obra... ésa era la historia que yo conocía a través de Jack Alien y de Mrs Maasdorp, pero desde otra perspectiva política. «Menudo viejo reaccionario», me

advirtieron, cuando les contaba lo que oía durante mis tardes de mecanógrafa. «Menudas mentiras capitalistas», y Mr Lamb decía: «Pequeña, hay que recordar lo que decía Terencio: "Tantos hombres, tantas opiniones...", y ahora, pon la máquina a un solo espacio para lo que sigue; se trata de Max Danziger y sus planes para arruinar al país con sus próximos presupuestos. Probablemente es el hombre más engreído de Sudáfrica. Siempre que habla creo estar oyendo: "Ah, feliz Roma, nacida cuando yo era cónsul". Supongo que usted está familiarizada con Cicerón, ¿no? ¿Podemos empezar? "Encabezaré mis presupuestos con una cita de Francis Bacon: Quien no aplique nuevos remedios debe esperar nuevos males, porque el tiempo es el gran innovador." Bien, si quiere citar a Francis Bacon —no, no, no escriba esto querida—, si se trata de citar a Bacon, más le valdría a Danziger recordar que dijo que el remedio era peor que la enfermedad... ¿Volvemos a empezar? "Encabezaré mis presupuestos..."».

«Cuando empiezan con las citas en latín», dice Jack Alien, «ya sabes que quieren salirse con la suya en algo.»

Por las mañanas yo aprendía a escribir. Por entonces escribí y reescribí *Canta la hierba*, narraciones y, como siempre, poemas. Hoy veo mi actividad poética como el equivalente a lanzar cosas, desde la parte trasera del trineo que avanza por la nieve, para distraer a los lobos de la melancolía.

Algunas narraciones se publicaron en una revista de Johannesburgo que se llamaba *The Democrat*, otras en *Trek*. En general, escribía algo y lo rompía, escribía y lo rompía, escribía y lo rompía.

En octubre de 1946, exactamente el día en que tocaba, como en mis otros partos, me fui al Lady Chancellor. No me hacía ilusiones, porque ya llevaba dos veces equivocándome, pero me encontraba en mi habitual estado de agradable entusiasmo, estimulada por la necesidad de pintar todo el piso o andar treinta kilómetros. Esta vez ya sabía que toda aquella energía anunciaba el nacimiento inminente.

En el Lady Chancellor, como siempre, no tenían tiempo de ocuparse de las mujeres que no estaban en el pabellón de partos. Lo agradecí. Estaba en la habitación que había ocupado con John. Era de mañana y los berreos de bebés hambrientos se me metían en el espinazo, que es por donde, si se está en esta longitud de onda, se oye llorar a los bebés. Estaba a la escucha de aquel primer e inconfundible dolor que también se siente en el espinazo, que significa que el verdadero parto va a empezar. Los dolores eran suaves. Anduve por la habitación, hasta que una enfermera asomó la cabeza por la puerta para decirme que, si quería bañarme, que lo hiciera. Me apetecía, dije que sí y me pasé una hora en un baño caliente. Ningún dolor. De vuelta a la habitación me senté en una butaca e incluso dormí un poco. Desperté y me recliné que así no podía seguir, e inmediatamente sobrevino el necesario dolor. Pero bueno, pensé, y esto ¿qué es? En pocas palabras, vi que podría dominar los dolores. Cuando me sentía cansada, me dejaba caer en la butaca con los músculos relajados. Acto seguido, me recuperaba, me levantaba y andaba un poco, diciendo: Ahora me dolerá... y así era. Nunca he leído nada al respecto en ningún libro, y si hubiera tenido a una enfermera allí, distrayéndome, nunca lo habría descubierto. ¿Era a esto a lo que se refería aquella negra doncella del pabellón, cuando le dijo a la mujer gorda, relajada, analfabeta, que tenía a su tercer hijo (a la cual yo me parecía ahora, y no me importaba): «Ahora eres una auténtica mujer»? No había similitud entre la mujer que era yo entonces, confiada y con dominio de la situación, y aquella muchacha tensa y retorcida por el dolor de mi primer parto. A cada momento me preguntaba: ¿cuándo van a empezar los verdaderos dolores? Con el segundo hijo había esperado los «verdaderos» dolores, que no llegaron hasta el mismísimo final. Así seguí durante un tiempo, toda la mañana, y de vez en cuando la enfermera entraba corriendo para decir: «¿Le apetecería una taza de té?», o «Son las

prisas de la Navidad», o «Aguante un poco, pronto tendremos una cama vacía». Por fin a las dos, sin asomo de dolores serios hasta entonces, el frío dolor rebanó mi espinazo, y acerqué el dedo al timbre. Empecé a pedir a gritos cloroformo a pesar de haber dicho que en esta ocasión no lo quería. Estaba presente la enfermera jefe y, enseguida, el doctor Rosen, quien... y al cabo de un momento volvía a estar despierta y allí estaba la matrona, anunciando que era un niño estupendo. Una vez más, yo daba por descontado que tanto si era una niña como un niño, estaría sano, fuerte y entero. Que yo no le gustara abiertamente a la matrona me facilitaba pedir la placenta, cuando saliera. Se sorprendió. Recabé la ayuda del doctor Rosen, quien en broma dijo que al fin y al cabo era obra mía. Ella depositó la placenta en una cazoleta en forma de riñón y me la acercó durante unos cinco segundos a un centímetro de mi cara. En la suya, acusación y asco. El tiempo suficiente para ver que era como hígado crudo. Seguidamente pedí tener el niño en brazos sabiendo que ella me diría que ya tendría tiempo más que suficiente cuando me encontrara en la cama y «arreglada». En esta ocasión no lloré de rabia y frustración, porque tuve una aliada, una joven enfermera de Inglaterra, que no era un producto Truby King. Me trajo al bebé y se quedó muy cerca, detrás de mí, para protegerme cuando la matrona entrara con la idea de llevarse al bebé.

Ninguna mujer que haya tenido más de un hijo puede comulgar con la doctrina de que el carácter se hace y no se nace con él. Cuando coges a una criatura en brazos por vez primera, estás sosteniendo lo que el ser humano es, su verdadera naturaleza, y, le ocurra lo que le ocurra con posterioridad, esto es lo principal, la base, el fundamento. Este bebé era distinto del valiente y batallador John, distinto de la dulce y confiada Jean, era una criatura dormilona, pero cariñosa. Conseguí verle durante más tiempo que a los otros dos. También vio más a su padre. Gottfried consideraba una barbaridad la costumbre colonial de emborracharse con los amigos, y venía a menudo y en compañía de alguno de nuestros amigos que estaba por allí. Mientras que con los otros dos me sentía como organizando una fiesta para Frank, ahora ellos también eran mis amigos. Y a cada hora de visita había un grupo. Gottfried se limitó a ordenar a la matrona que permitiera que la enfermera entrara al bebé. Ella no opuso resistencia. Gottfried decía que sabía cómo tratar a una mujer perdonavidas. En consecuencia Peter se pasó parte del día acunado por gente distinta, y allí empezó una costumbre que seguiría una vez en casa. No sólo era el primer bebé del grupo, sino que además un hijo nacido poco después de una guerra proporciona un sentimiento de esperanza y de resurrección. Salí de aquel hospital seis días antes que en las dos ocasiones anteriores. Gottfried se limitó a notificar al doctor Rosen que yo me volvía a casa. Con una dulce, sonriente amargura la matrona me miró, o más bien a Gottfried, mientras salía y subía al coche.

La amplia habitación que se utilizaba para albergar a mucha gente pronto acomodó al bebé, que tenía una cuna en el espacio del pasillo. Pero la verdad es que se pasaba todo el tiempo con nosotros. Al ser el tercero, la canastilla era mínima y razonable. Un clima cálido no pide más que pañales, un par de docenas —que se secaban en un par de horas en los tendederos a la salida de los pisos—, camisetas y camisas. Mi madre estaba preocupada, lo consideraba parquedad y evidencia de mala voluntad hacia el bebé. Mucho antes de que naciera ya le esperaba su osito en la cuna. ¿Y para quién había comprado aquel osito? «¿Qué sentido tiene?», exclamaba mi madre. «Tardará un par de años en pedirlo.»

En esta ocasión tener un recién nacido resultaba fácil y agradable, porque seguía la línea del doctor Spock, saludado como un libertador por todas las mujeres de entonces, como un escudo contra la enfermera social. Yo le gustaba tan poco a aquella mujer como ella a mí, pero se trataba de algo ideológico. Era una escocesa bastante agradable. No negaba que el bebé se desarrollaba bien, que la balanza sin la que ella no daba un



paso me daba a mí la razón y no a ella. «Pero lo malcriará», exclamaba cuando le contaba que el bebé se alimentaba cuando lo pedía y no tenía un horario. «¿Y su carácter? ¿Ha pensado en eso?» A lo que yo le respondía que habían formado mi carácter a través del doctor Truby King, y francamente no me parecía muy recomendable. Muy pronto dejó de venir. No sólo Gottfried y yo disfrutábamos del niño: parecía como si toda la gente a la que yo conocía se inventara excusas para pasar y mirarlo mientras le bañaba o para jugar con él. De los campamentos venían nuestros amigos de la RAF, privados de vida familiar durante tres o cuatro años, y conscientes de que tendrían que esperar meses, o años, antes de conseguir volver a casa. Hombres muy jóvenes que normalmente no habrían tenido tiempo para dedicarlo a una criatura competían por tenerlo en brazos, llenar la mitad de la bañera y hacer nadar al bebé, una firme mano bajo su cabeza, mientras él daba patadas y gorjeaba.

Yo estaba enamorada de aquel bebé. Me cayó la venda de los ojos cuando una amiga, a quien le mandé una fotografía preguntándole si había visto alguna vez a un bebé tan maravilloso como éste, me devolvió la fotografía sugiriéndome que me la mirara bien y diciéndome: «Es como cualquier otro bebé. ¿Te has vuelto totalmente loca?». Y así era, pero a las mujeres les pasa, y sólo duró un par de meses.

Casi todas las tardes iba en coche a ver a mi padre, con el bebé. Se apoyaba en su codo, con dificultad, cogía la mano del niño y la examinaba como sólo lo hace la gente que compara la carne joven y resplandeciente con la Muerte. «Es mi mano», decía, mientras los deditos se aferraban a un huesudo dedo. «Es la mía, ¿no?», o preguntaba, incierto ahora, mientras me miraba de soslayo bajo sus blancas cejas. Yo sabía qué preguntaba, porque su pregunta no se refería a la mortalidad —la continuación, la herencia, la muerte— sino a la fatalidad, al secreto rechinar de las ruedas. «No se puede hacer nada de nada al respecto», podía haberle dicho, a aquel anciano enfermo. «¿No lo ves?» Pero ¿quién me había enseñado a verlo, tiempo atrás, probablemente incluso antes de que yo naciera? En mi pensamiento, demasiado a menudo, existía aquel largo, larguísimo, viaje de cinco días de Ciudad del Cabo a Salisbury, en el polvoriento cupé, mientras tamborileaban las ruedas del tren. Así son las cosas, así son las cosas, así son las cosas...

O me preguntaba a veces: «¿Por qué lo has hecho?», agachándose hacia delante para mirarme la cara. Parecía como si nunca la hubiera visto. Los moribundos a menudo ven cosas que nunca habían visto. La mirada atenta, cercana, inteligente, de un anciano o anciana moribundos se centra en la cara del otro, en una pregunta, pero ¿qué pregunta? Tal vez sea: «¿Por qué, en realidad, no había visto tu cara con anterioridad? ¿Por qué en realidad nunca me concedí tiempo para mirar, para ver las cosas como hay que verlas?». Y luego, con un suspiro, se dejaba caer sobre los almohadones, dejaba que su cabeza resbalara a un lado y se quedaba mirando a la vigorosa criaturita, que daba patadas junto a él. Era como si nunca hubiera visto a un bebé. A veces estaba demasiado drogado para despertarse del todo, o se despertaba y muy pronto volvía a caer dormido. Pero parecía saber que yo estaba allí, porque si yo empezaba a recoger mis cosas y las del bebé para escapar, veía cómo sus ojos oscuros se dirigían hacia mí, encendidos bajo el estante de sus blancas cejas, y hacía un gesto: Quédate. Me quedaba sentada durante una hora, o dos o tres, hasta el momento de llevar el niño a casa, a su cama. Y cuando volvía al piso, solía encontrarme con media docena de gente esperándome, esperando al bebé. Por aquel entonces empezó la Guerra Fría, de repente. De la noche a la mañana nos habíamos convertido en unos parias. Ciertamente, en un mes. Una experiencia saludable. Durante muchos años podíamos haber sido rojos, amigos de los kaffir y todo lo demás, pero éramos bastante queridos, por el Tío Joe, por nuestro esforzado enemigo. Una semana cualquiera, mientras bajaba por una calle, me paraban en varias ocasiones

—«Eh, espera, ¿qué prisas tienes?»— personas que querían charlar, pero con mayor frecuencia, para que yo telefonara a un funcionario, organizara una entrevista, escribiera un artículo, enderezara algún entuerto... En suma, asistencia social. En una ciudad pequeña, las personas pueden ser tan revolucionarias como les venga en gana, pero la realidad es que están relacionadas de alguna forma con el funcionamiento del gobierno o de la administración, lo que significa que tienen influencia e incluso amistad con la gente teóricamente enemiga. «Es verdad que es una mujer de derechas, pero tiene el corazón en su sitio. Pídele...» «Es un fascista, pero siempre se le puede invocar una cuestión de principios.» Y ahora, de repente, antiguos amigos y conocidos cambiaban de acera cuando nos acercábamos. Fue cuando supe, exactamente al principio, lo que significaba la Guerra Fría, a ras de suelo. Más tarde, cuando conocí a norteamericanos que habían padecido bajo McCarthy, fue la misma historia. Esto no sólo es relevante a un nivel político. De vez en cuando en Gran Bretaña hay un escándalo político, y el culpable o la víctima dice a la prensa: «Tenía cientos de amigos, no les importaba beberse mi champaña o asistir a mis fiestas, luego sucedió esto y me encontré con que sólo tenía dos auténticos amigos». No, no quiero llevar esto demasiado lejos, porque, dado que éramos un grupo, no se nos podía aislar como individuos. Como grupo, se nos aislaba cada vez más. La experiencia tuvo su lado positivo. Los que vivían en países comunistas, donde uno de cada cuatro o cinco era un informador o un espía, desarrollaban aptitudes para juzgar a la gente, desconocidas por quienes vivían en democracias. Uno aprende a saber con quién podrá contar, llegado el momento. No es una experiencia amarga, aunque pueda resultar en un principio. Cuando se me prohibió la entrada, durante décadas, en Rhodesia del Sur, ninguna persona blanca dijo algo agradable de mí. Mi nombre ensuciaba. El tiempo pasa y los mismos que decían todas aquellas cosas me escriben cartas, me saludan con sonrisas, me invitan a dar conferencias y me ofrecen su amistad eterna. Así va el mundo. Y todos hacemos algo por el estilo.

Y ahora especulemos un poco... ¿Qué habría pasado, de no haber existido la Guerra Fría? Al cabo de unas semanas de empezar la Guerra Fría cayeron todas las organizaciones «progresistas», las primeras Ayuda Médica para Rusia y los Amigos de la Unión Soviética. No fue una gran pérdida, en ambos casos. Pero también la de Relaciones entre Razas, que facilitaba información —hechos, números, ideas— a gente que no tenía otra forma de conseguirla. De todas nuestras organizaciones era la más atacada, amenazada, constantemente mencionada en los periódicos como peligrosa. Los buenos ciudadanos de Rhodesia del Sur sabían que todas las ideas relacionadas con la mejora de la condición de los «munt» eran comunistas. Ahora que, oportunamente, el comunismo, o, más bien, la Unión Soviética, había pasado a ser un enemigo, era fácil cerrar la puerta a todas las nociones de progreso en ciernes. No hay manera hoy, en la última década del siglo, de transmitir —convincientemente— la estupidez, la idiotez, de las ideas de la persona blanca media sobre los negros. Cualquier cosa que yo diga tiene que sonar exagerada. ¿Hay bastante con decir que Mr Charles Olly, que adornaba cada perorata pública con frases como la de «Sólo son mandriles con pequeños cerebros, son una raza inferior, acaban de bajar de los árboles», fue alcalde de Salisbury? ¿Qué pasaría si dijera que en fecha tan tardía como los años setenta, un hombre reputado por sus ideas liberales sobre cuestiones de raza hacía que su criado recorriera por las mañanas diez kilómetros, para prepararle su primera taza de té, a las seis de la mañana, y que esto parecía normal? La cuestión es que las reuniones, conferencias, panfletos de Relaciones entre Razas, que ahora sorprenderían a todo el mundo, negros o blancos, por ser lamentablemente suaves, entonces se consideraban incendiarios.

El Club de la Izquierda, a pesar de su nombre, daba conferencias sobre todo tipo de

temas: y algunas distaban mucho de la «izquierda», porque no había bastante gente con ideas izquierdistas para mantener una conferencia semanal. Asistían a tales conferencias cien, doscientas personas. Aquellos que asistían regularmente habrían sido una levadura con la suficiente influencia para cambiar la forma de pensar, pero en vez de esto perdieron interés por las ideas, pasaron a ser reaccionarios, o amargados y desilusionados. Pronto la universidad sería una realidad. Siempre había sido un lugar estrecho de miras y provinciano, donde la poca gente auténticamente liberal había tenido que luchar contra todo tipo de políticas sectarias —en el momento de escribir esto: corrección política—. Si... aunque los «si» no valen nada cuando no los autentifican los acontecimientos. Pero una capa de gente informada y abierta de miras podía, quizás, haber evitado aquella guerra, aquella guerra estúpida, innecesaria, amarga e infinitamente peligrosa que duró diez años, y dio paso a un gobierno comunista, demasiado extremista para el temperamento natural y el estilo de la gente negra. Aquella Guerra Fría dejó heladas muchas caras, no sólo las actitudes hacia el comunismo y la Unión Soviética, de la misma manera que la creación en 1942 de un grupo «comunista» —la verdad es que hay que escribirlo entre comillas— provocó todo tipo de levaduras y fermentos para empezar a trabajar.

Debido al ambiente cada vez más enrarecido de la Guerra Fría, aún más gente se refugió en nuestro piso. No todos se decían comunistas, ni mucho menos: era gente con ideas «progresistas». Lo escribo entre comillas porque muchas de las ideas que entonces se decían progresistas dieron resultados equívocos. A partir de entonces hasta dejar la colonia en 1949, Gottfried pasó cada vez más tiempo con aquellos que hubieran sido sus amigos naturales, caso de convertirse realmente en un asesor de empresas en un país democrático, los abogados y los funcionarios con los que trabajaba y que admiraban lo que había hecho para el bufete de Howe-Ely, para el bufete y para el hombre. Su amigo íntimo seguía siendo Hans Sen, el católico, que nos visitaba y solía compartir nuestras sospechosas actividades nocturnas. Era un hombre feo, y odiaba a las mujeres o así lo manifestaba. Todas nosotras le demostrábamos afecto, por no decir ternura, como a un niño que no sabe el porqué de su rabieta. Cuando íbamos a Macheke, se plantaba en medio de un espacio vacío del vlei y anunciaba que allí construiría un torreón sin acceso de entrada, pero dejaría cestos debajo y nosotros le podríamos mandar libros y vino y comida. ¿No se sentiría solo?, le tomábamos el pelo, y concedía que nos permitiría que alguien —es decir, una mujer— entrara a limpiar, yo, o la chica casadera de Gottfried o, en fin, cualquier mujer que estuviera por allí. Decía que ser representante de la Cruz Roja y enterarse de lo que pasaba por todas partes era suficiente para convertir a cualquiera en una persona que odia a la humanidad, y afirmaba que nosotros, la raza humana, no merecíamos vivir. Miraba a la criaturita, el centro de atención, y fruncía el entrecejo mientras decía que, de haber sabido cómo era este mundo, no habría consentido nacer. Athen Gouliamis, en otro tiempo un muchacho pobre por las calles de Atenas, con muchos hermanos y hermanas, se sentaba junto al bebé, y suavemente le acariciaba sus enérgicos brazos y pies. Aquel hombrecito de piel aceitunada, con sus ardientes ojos negros, serio, orgulloso, no podía dejar de reír y sonreír mientras jugaba con el niño. El grupo de comunistas griegos venía a la ciudad ex profeso para pasar con Peter una o dos horas. «Nos mantiene cuerdos, ¿lo comprendéis?», nos decía Athen. Todos daban por supuesto que en un año o dos morirían. La guerra podía haber acabado en Europa y en el Este, pero todos se preparaban para iniciar su propia guerra, contra aquellos a los que siempre habían denominado «perros fascistas».

La relación de Simón Pines con el bebé fue premonitoria e instructiva. Se ponía junto a la cuna, el cochecito, o la cama donde estaba tendida la criatura, lo miraba —como Athen— con la mirada de un hombre que ha crecido en un lugar en el que los niños

luchan por sobrevivir, y luego me daba lecciones a mí, o a Gottfried, sobre cómo equiparlo para la lucha por la vida. Simón no consiguió llegar a Palestina para la creación de Israel. Aquel hombre alto, fuerte, fornido, que se jactaba de no haber estado nunca enfermo, pilló la malaria y se sorprendió y asustó tanto que se dio por vencido, como una persona negra que ha recibido la maldición de un chamán... y murió. No lo podíamos creer. A veces aún no puedo creerlo.

Luchaba con todas mis fuerzas por conseguir tiempo para escribir. No contra el bebé, que era cariñoso y fácil, sino contra los enamorados del bebé y Kurt, y otros que precisaban de alguien que los escuchara. Por aquel entonces no se me había ocurrido que la gente con experiencia de infelicidad atrae a sus semejantes. Años más tarde, un diálogo en la obra dramática de John Osborne, *Epitaph for George Dillon*, me iluminó: Ella es un comedor de beneficencia. Desde entonces he pagado mi cuota de oyente, pero no me engaño a mí misma: sé que aquella víctima que aparentemente depende de ti para encontrar comprensión desaparecerá —si se la niegas— y se limitará a buscar a otra persona.

Muy pocos —¿quizás una persona entre cincuenta?— respetan la intimidad de las mujeres. Si dices: «Me paso las mañanas escribiendo», esto no impedirá el golpecito furtivo en la puerta y, un momento más tarde, el perfil de una cara llena de culpabilidad, turbada y sonriente. «Sólo pasaba un segundo.» El problema es que una buena parte de quien sufre la intrusión conspira con el intruso... en particular si se es una novelista. La mujer joven que venía más a menudo era una habladora compulsiva. En cuanto Marie empezaba, ya no paraba de hablar, no a mí, sino a cierto oyente invisible para mí y quizás para ella, sus ojos fijos en una mirada, en la nada. Era una chica menuda, con brazos y piernas llenas de pecas. Pelo lacio, fino y oscuro. Ojos como ciruelas en una carita pecosa. Trabajaba en una de las fábricas instaladas durante la guerra: industria auxiliar que se beneficiaba de las restricciones de la guerra, igual que más tarde de las sanciones durante la Declaración Unilateral de Independencia bajo Smith. Trabajaba muchas horas por un salario pésimo. La habían echado, o había escapado de una familia en la que el padre se acostaba con ella desde que era una niña, y también sus hermanos. Nunca había oído un caso semejante, aunque era del dominio público que en las regiones rurales de Sudáfrica había incesto entre las pobres familias afrikaner. Yo la escuchaba con aquella excitación producto del imposible y agudo choque de distintas sustancias: ella hablaba de lo que seguramente la mayoría de la gente calificaría de espantosa experiencia, como si su padre le hubiera propinado una bofetada y sus hermanos le hubieran robado unas cintas del pelo. Cuando decía que su madre no sólo no la defendió, sino que apoyó a su marido y a los hijos, lo hacía como si dijera que era una lástima que su madre fuera una mala ama de casa. Ahora tenía un hijo propio y un hombre que la pegaba, pero no se casaría con él porque quería un hombre que se portara bien con ella, después de todos aquellos problemas. Durante una, dos, tres horas, hablaba, la mirada perdida en el espacio. Luego, se levantaba precipitadamente, se alisaba su barato vestido floreado, anticuado, que bien podía haber pertenecido a su abuelita Boer, y decía: «Muy amable, Mrs Lessing, y gracias por el té», y se iba. En aquellos días existía una revista llamada True Love Stories (Historias verdaderas de amor), que contenían menos amor que sombrío melodrama, rayaban en la pornografía, y cuando el amor triunfaba era sólo después de asesinato, violación, amenazas, encarcelamiento, latrocinio y chantaje. Me imaginaba escribiendo la historia de esta mujer y ofreciéndola para publicación: «Querida Mrs Lessing, le agradecemos mucho su aportación, pero consideramos que ha rebasado los límites de lo que nuestros lectores considerarían verosímil».

En ocasiones dejaba a Marie y a Kurt solos y, desde la galería donde daba el pecho al

bebé o reescribía *Canta la hierba*, oía el curso de dos corrientes distintas de conversación, una sobre los problemas intelectuales y sentimentales de su comuna en Viena, la otra sobre incesto en el Orange Free State. Ninguno de los dos escuchaba una sola palabra del otro, y aquello no podía durar, porque los dos necesitaban un oyente.

Mi hermano volvió a casa de su guerra. Más sordo aún, a pesar de haber sido operado por un especialista de fama mundial. Mi madre era sorda. Mi padre era sordo. Era una casa donde la familia hablaba a gritos, en presencia de los invitados no sordos de mi madre. Harry se mostraba lento, sonriente y parecía encontrarse tras una pared de cristal. Estaba bajo los efectos de una depresión de guerra pero no lo sabía, o por lo menos no habló de ello hasta años más tarde. Bajo su espectacular uniforme naval había un hombre guapo, educado, amable. Mi madre tenía ahora dos hijos mayores escudados en la cortesía, que la ayudaban con su moribundo esposo, le hacían compañía, compartían velas nocturnas, pero nunca le daban lo que ella necesitaba. Con Harry casi no hablábamos: en ningún otro momento de nuestras vidas tuvimos menos en común. No le gustaba Gottfried. Fue una vez en coche hasta la granja y de vuelta informó que era tan sólo un montón de hierba que se pudría entre vigas roídas por los roedores y pedazos de linóleo. No parecía preocuparle. Pronto un incendio en la jungla arrasó la colina y no quedó nada.

Harry y yo nos veíamos casi todas las tardes junto al lecho de mi padre. Forzábamos a nuestra madre para que saliera a dar un paseo en coche, de visita, que se fuera a cualquier parte, que se tomara un respiro de la monotonía de aquella tarea. A veces él la acompañaba en coche al parque y yo me quedaba allí.

Mi padre decía constantemente: «¿Por qué no me liberáis de esta agonía?», musitándolo furioso, mientras me agarraba fuertemente mi mano, o acariciando al bebé, apresurada y amargamente. También lo decía cuando Harry estaba allí. Harry, como se diría hoy en día, no era un hombre muy emocional... por lo menos no entonces, a pesar de que cuando llegamos a conocernos mejor, más tarde, los dos ya entrados en años, se mostró muy distinto. Cuando mi padre pedía que le diéramos una dosis letal de lo que fuera, Harry nos planteó educadamente la siguiente pregunta: «¿Qué os parece? ¿Es esto lo que él desea?». Esta expresión, lo que alguien desea, deseaba en realidad, podía desear, habría deseado, acaba apareciendo en algún momento cuando alguien está agonizante, y se la considera como el no va más de la hipocresía o, quizás, un útil anestésico del dolor gracias al uso deliberado de la banalidad. A mi madre le preocupó y, también, le enfureció. Tenía que pensar en ello, forzada por los requerimientos de él. «Lo haría con un perro.» Pero ella sabía muy bien que era más complicado de lo que parecía. En ocasiones, cuando un moribundo dice que no puede más, que le den una dosis, quiere decir exactamente lo que dice, y otras veces cuando dice: «Esto es insoportable, y no comprendéis cuánto sufro»... está pidiendo que esa gente tan terriblemente sana y viva que está junto a su cama se sienta partícipe, pero de verdad, de lo que él siente. Puede ser que nosotros viéramos a nuestro padre como una copia o una parodia de su yo real, que viéramos a un anciano enfermo y quisquilloso, en vez de al hombre fuerte al que recordábamos, pero él estaba allí dentro durante todo el tiempo, inalterable, y no se identificaba con aquel cuerpo en descomposición. Cuando decía: «¿Por qué no me liberáis de esta agonía?», lo que decía realmente era: «¿Por qué estoy atado a este cuerpo... que no soy yo en absoluto?». O así lo creo. Solíamos oír los dolorosos diálogos entre mi madre y él. Ella tenía una opinión sencilla, por no decir práctica, de la vida eterna. «¿No lo ves? Nos encontraremos todos allí, será estupendo y seguiremos como aquí.» «Yo no quiero seguir como aquí», decía él. «¿Por qué he de seguir como aquí? ¿Voy a verme atado a esto?» Se refería a su enfermedad, o a sus varias enfermedades, a sus hinchadas y blancas piernas inútiles, que miraba con horror,

a su hinchado estómago blanco. «No, no, Michael, ¿no lo ves? Tendremos cuerpos nuevos, así se dice en la Biblia.»

«Eso sí que me parece gracioso.»

Nosotros preferíamos que muriera, porque la tensión resultaba insoportable, y porque pensábamos en lo terrible que tenía que ser para él encontrarse en aquel estado, aunque lo verdaderamente terrible para nosotros era pensar que él sabía que se encontraba en aquel estado.

Una mañana apareció un hombre en el piso mientras estaba bañando al bebé para decirme que mi padre estaba agonizando en el hospital, y que si quería verlo, tenía que ir inmediatamente. No fui. En parte, porque no me lo creí, ya que durante años mi madre, o su sentido de lo dramático, me habían convocado muchas veces con urgencia a un inminente lecho de muerte. Pero también porque no quería estar allí cuando muriera. Me quedé bañando al niño, y sentía en mi interior como un chillido, o un grito. Quería matar a alguien o algo, pero ¿a quién? Podría arrancarme el pelo con los dos puños o arañarme las mejillas con las uñas. La sala general del Hospital de Salisbury no habría tolerado este tipo de cosas. Seguí bañando al niño.

Mi padre había temido durante toda su vida que le enterraran vivo, y le había hecho prometer a mi madre que le cortaría las dos muñecas por si volvía a la vida en la profundidad de la tierra. Cuando le vi, sus muñecas delgadas y exangües tenían pálidas heridas. No estaba, en absoluto, como «dormido» o «soñando» o cualquiera de las mentiras que utiliza la gente. Sencillamente, no estaba allí. Se había ido. Hasta hoy he visto morir o muertos a muy pocas personas, pero todas ellas se habían ido ya.

Le enterramos. Me senté al lado de mi madre en el coche camino del cementerio, y hablamos de seguros y testamentos. Me pareció todo bastante horrible e intenté rodearla con mis brazos y le dije: «Pobre mamá». Ella se zafó de mí, con una mirada de rechazo. Me estaba comportando de forma falsa y ella rechazaba la falsedad. Seguimos hablando de pólizas de seguros, como en una escena de Balzac, o de Samuel Butler.

Yo estaba tan furiosa... ah, estaba tan furiosa. No podía comprender qué relación tenía aquel servicio funerario con la muerte de mi padre, o con mi padre, y sabía lo que él habría pensado al respecto. Cuando vi el certificado de defunción quise tachar lo que habían escrito en el apartado Causa de la Muerte, fallo cardíaco creo que era, y escribir en su lugar, la Primera Guerra Mundial. Pasados muchos años, me digo a mí misma que este tipo de rabia indica inmadurez, y que ha llegado el momento de superarla. Pero ante cualquier música de la Primera Guerra Mundial, o las escenas de una película, o aquellas antiguas fotografías o instantáneas desde las trincheras que vemos de nuevo... una vez más... de nuevo salta la rabia, tan viva como siempre. Pero ¿de quién es la rabia?

Mi madre se encontraba sola. Al trasladarse a la ciudad, al «escapar de la granja» finalmente, había creído que su yo social tendría espacio para disfrutar. Había estado en reserva durante veinte años en la granja. Los cuidados hacia su marido le habían dejado poco espacio para la vida social. Sabía que nuestro piso, por las noches, estaba lleno de gente. Decía, con melancolía, que se había enterado de que conocíamos a mucha gente interesante. Con la finalidad de soñar despierta eligió olvidar que muy posiblemente se tratara de rojos, comunistas, amigos de los kaffires. Yo vivía atemorizada de que ella llegara a conocerlos. En más de una ocasión se presentó, la cara iluminada de placer al entrar en la habitación y ver tantas caras. Se sentó para tomar una taza de té y lentamente recuperó su habitual aspecto de valiente desaprobación. Yo solía preguntarme a quién, a quién... podía yo invitar que le gustara a ella o, mejor, que pudiera recibir su aprobación. Estaba Esther, de clase media, inglesa. Pero Esther estaba casada con Kurt. Estaban los Loveridge, ingleses, clase media, maestros. Pero no era

posible invitar sólo a los Loveridge porque este tipo de formalidad no formaba parte de nuestro modo de vida. Además, cualquiera podía dejarse caer de repente. ¿Y Charles Mzingele? La verdad es que él era la persona más interesante que yo conocía.

Al cabo de poco tiempo, una mañana se presentó mi madre diciéndome que tenía que anunciarme una calamidad. Estaba pálida, perturbada. Me dijo que mi hermano iba a casarse.

«Pero ¿dónde está el problema? ¿Qué pasa? ¿Quieres una taza de té?»

«Ella es totalmente inadecuada. Es una tragedia.»

La palabra «inadecuada» tenía que haberme alertado, pero, como siempre, seguimos sin entendernos. La chica era Monica Alian, y había estado saliendo y dejando de salir con Harry desde hacía unos meses. Era bonita. Era amable. Era inteligente. Tenía un padre rico. También era campeona femenina de natación por Mashonaland, un buen partido, ¿o no?

Recuerdo mi desasosiego: la verdad es que pensaba que la larga, larguísima agonía de mi padre la había perturbado. El problema era que yo ya llevaba años en compañía de gente de todas las clases, e incluso colores, aunque no muchos, y de varias partes del mundo. La mayoría creíamos que muy pronto se acabarían las clases, el prejuicio de raza y otras emociones indignas. Me había perdido en una tierra sin fin de bellos pensamientos y había olvidado, sencillamente, el mundo real. ¿Qué podía tener de malo Monica? Pues bien, no era de clase media inglesa. Su padre era uno de los mejores granjeros del país, gente de toda Sudáfrica visitaba su granja... pero no era de clase media. Y era escocés.

Se dirigió a mí, fuera de sí, infinitamente perturbada, levantando las manos en una súplica: «Tienes que hacer algo. Tienes que impedirlo. Él no me hará caso, nunca lo hace, nadie lo hace».

Si ella se sorprendió, también me sorprendí yo. Llevaba años adoptando con ella una actitud fríamente educada, pero de repente me encontré gritando: «Déjalos en paz. No interfieras. No se lo estropees». Se echó para atrás, tartamudeando. «Pero, ¿a qué te refieres... no te das cuenta...?» «Déjalos en paz», le ordené, haciendo lo correcto de forma errónea. A aquellos psicólogos que me han asegurado que tenía que «plantar cara» a mi madre, esta escena les demostrará que se equivocaban. Se dio la vuelta y se marchó tambaleante, perdida, sin ver adonde iba. Se quedó bajo un árbol del jardín — nos habíamos mudado de nuevo—, me dirigió una mirada larga, sorprendida, herida — pero por encima de todo, atónita—, y luego se metió en el coche y ahí se quedó, abatida, durante un buen rato.

Cuando por fin me di cuenta, me resultó intolerable, casi peor que ver a mi padre muriendo de aquella manera. No se me había ocurrido que ella aún soñaba con volver a lo que había sido antes de encontrarse en la granja, donde lentamente se había visto apartada de la vida. Le había puesto a la granja el nombre de «Kermanshah», en recuerdo de la mejor época de su vida. La desagradable casita de una planta, que tanto odiaban ella y mi padre, que fue cuanto se pudieron permitir tras la venta de la granja, también se llamaba «Kermanshah». Pero estas sombras de «Kermanshah» eran sólo lugares de paso, hogares temporales, y luego la auténtica vida comenzaría de nuevo. Yo, su tan lastimosa hija, me había casado con aquel frío prusiano, pero su hijo se casaría con una bonita muchacha inglesa y entonces... Tal vez Harry había conocido a alguna chica durante su estancia en el hospital, igual que ella en el Royal Free, y luego ella, Emily Maude McVeagh, se encontraría a sí misma... (Los nombres con que la bautizaron eran Emily Maude pero suprimió el de Emily.) Y no obstante ella sabía, tenía que saber, que su hijo sólo tenía un sueño, sólo uno, el de volver a su auténtico lugar, que era vagar por la jungla, por el veld, en camisa y con viejos pantalones cortos color

caqui, porque no le importaba el éxito más de lo que le había importado a su marido.

Aquella fue una cruel escena, y yo no llegué a darme cuenta del todo de hasta qué punto lo fue. Y permití que Harry se casara con Monica sin escenas ni reproches. Aunque él se hubiera casado con ella de todas formas, porque su manera de enfrentarse a la oposición seguía consistiendo —como siempre— en no darse cuenta de que existía. Hubo una boda y todo el mundo, excepto mi madre, estuvo encantado. Ella me dijo, llena de una pena que daba la razón al antiguo dicho, que «un hijo es tu hijo hasta que lo atrapa una esposa». «Pero», le dije exasperada, «¿qué esperabas?» Y ahora a las inverosímiles yuxtaposiciones de mi vida se añadían visitas a los Alian, los domingos por la tarde, con el bebé. Nos íbamos allí con el coche lleno, pero nunca con alguien que pudiera molestar a Mamie Alian, que no soportaba —por ejemplo— a Kurt. Me resultaba difícil entenderme con ella. A mí me toleraba a duras penas, y por lo que se refería a Gottfried... La guerra unió a muchas personas que en otra circunstancia nunca se habrían conocido, pero quizás aquellas tardes en la granja de los Alian representaban la quintaesencia de la improbabilidad. Miro atrás y veo a Gottfried con su atuendo siempre impecable, el suave bonete laqueado de su pelo negro, su cara que parecía pedir un monóculo, sentado y fumando con una boquilla de ámbar, respondiendo las precipitadas y desaprobadoras preguntas de Mamie Alian mientras le servía tazas de té o un bollo pulcramente servido encima de un pañito de adorno, mientras ella permanecía erguida en su trajecito «sastre», su pelo peinado como el de un terrier recién cepillado.

«¿Y le educaron en Alemania?» «Pero, Mrs Alian, ya ve, soy alemán.» «Entonces ¿por qué no combatió por su patria?» «Para empezar, no a todos nos gustaba Hitler.» «Entonces, ¿usted fue un objetor de conciencia? Nosotros solíamos encarcelarlos, y con bastante razón.»

«Creo que hay distintas opiniones sobre este tema.» «No, no estoy de acuerdo, no para gente bienpensante.» Con David Alian, yo mantenía el mismo tipo de relación que con otros «hombres mayores». Pero yo maduraba y ya no pensaba lo mismo de ellos. A él le gustaba hablar conmigo de religión. Yo aún era una atea militante, y tenía todos los argumentos, que ahora me parecen insustanciales, alineados en mi cabeza como soldaditos de plomo. Era de la iglesia protestante y no se apartaba del sendero de la santidad. Era propietario de un toro muy valioso, que acababa de llegarle por avión, y decidió sacrificarlo porque había matado a un descuidado encargado negro. Al enterarse de aquella sentencia de muerte, la gente se dirigió allí para suplicar por la vida del animal: habían llegado coches llenos durante los fines de semana sólo para ver a la bestia que dentro del reino animal era el equivalente del Taj Mahal. Pero de nada sirvió. «Ha hecho daño y debe ser castigado.» «Pero él no sabía que hacía daño», le dijo Gottfried. «La ley dice que para ser castigado por asesinato hay que saber que estás cometiendo un asesinato.» «Ojo por ojo y diente por diente», dijo David Alian.

El tiempo se eternizaba y eternizaba... Mi vida era un puro caos, un batiburrillo, sin ninguna coherencia excepto por un pensamiento: Pronto (pero ¿cuándo?) estaría fuera de aquí. Por las noches, ahora se dejaba caer menos gente por casa. Nuestros amigos judíos se habían ido a Israel. Simón había muerto. Los de la RAF finalmente empezaron a irse. Más que nunca parecía que nos encontráramos en un vasto escenario, como un desierto, sin límites, por el que la gente pasaba y se iba... A veces, enferma de ansiedad, dejaba a Gottfried leyendo historias de Bizancio, estudiando ruso, o hablando con Hans Sen y me iba a pasear por calles y avenidas. Había pocas farolas. Había pocos coches. La pequeña ciudad llana se hundía dentro de la tierra bajo la presión de las estrellas y de una luna siempre en rápido tránsito de una parte a otra. Paseaba bajo las jacarandas y los cedros de la India, pasando por delante de casas de las que me llegaban música y voces de las radios. Podía andar durante una hora, o dos, arriba y abajo, una y otra vez y oír la



misma canción:

There's a small hotel, with a wishing well, I wish that we were there, together...

Love walked right in and drove the shadows away Love walked right in and brought my sunniest day One magic moment and...

«Hay un hotelito, con un pozo de los deseos, / desearía que estuviéramos allí, juntos...

El amor entró por fin y apartó las sombras, / el amor entró por fin y me trajo mi día más soleado, / un momento mágico y...»

Y así casa a casa, en el mismo instante, la canción se colaba en todas aquellas almas, y también en la mía, alimentando mi anhelo de amor y de escapada. Luego, hacia las diez, se apagaban las luces en las casas, las calles por las que yo paseaba quedaban a oscuras, sólo las farolas proyectaban charcos de luz. Avanzaba de oscuridad a oscuridad. Silencio. Una ciudad silenciosa. Me ponía bajo los grandes árboles para contemplar cómo la luz de la luna se filtraba a través de las hojas. Los perros ladraban. Pronto, muy pronto, yo me encontraría lejos de aquí... Noche y día pienso en ti... Nunca pensaba en las dificultades. Me lanzaría al espacio, en Londres, pero con mis propias alas. ¿No tendría dinero? La verdad, qué mezquina, por no decir pequeñoburguesa, que puedes llegar a ser. ¿Vivir en Londres, con un niño pequeño, sin dinero? Bien, ya me las apañaré. Y me las apañé, pero hoy me parece sorprendente que diera por supuesto que lo conseguiría. Seguramente alguien dijo que sería muy difícil, pero si me lo dijeron yo no lo escuché. Me escribía con dos de la RAF, ahora ya en Inglaterra, cartas de amor y amistad, y en las suyas aparecían descripciones de la posguerra en Gran Bretaña, pero no consiguieron desanimarme, porque cualquier sugerencia de dificultad aumentaba el entusiasmo de mi confianza. Haría amigos rápidamente, encontraría un amante, y además Gottfried estaría en Londres. Confiaba en que nos entenderíamos muy bien cuando ya no viviéramos juntos.

Cuando volvía a casa, Gottfried aún estaba leyendo. Levantaba la mirada con el brillo de sus gafas que tanto intimidaba a la gente, y decía lentamente: «¿Dónde has estado?». «Paseando, eso es todo.»

O se había metido en cama, y miraba cómo me desnudaba, lanzando descuidadamente mi ropa. Al ver su expresión, rápidamente la recogía y la dejaba fuera de la vista, en alguna parte.

Una noche, en que él había salido a cenar, yo necesitaba moverme, por lo que metí al niño en el cochecito y salí a pasear por las calles ya oscuras. De vuelta, Gottfried estaba sentado ya en el borde de su cama, pálido. «¿Dónde estabas?» «Paseando, eso es todo.» «Pero no puedes llevarte un bebé a estas horas de la noche.» «Por qué no, hace calor. Y está dormido.» «No puedes hacer una cosa así», dice Gottfried. Un eco del «Sencillamente, no se hace» de mi madre.

No puedes hacer esto y ¿Por qué no? interrumpían nuestras discusiones y nos dejaban mirándonos mutuamente, frustrados, cerrados en lo más profundo de nuestro ser. Solía preguntarme por qué le hería yo tanto, cuando su excéntrica e impulsiva madre con toda seguridad se habría ido con el bebé a una fiesta de noche caso de apetecerle. O mejor dicho, si la niñera se lo permitía.

Poco podemos hacer con respecto a aquello con lo que hemos nacido.

«Pero ¿por qué no?», exclamaba yo, y entonces él: «Si no eres capaz de saber por qué, siento decir que yo no puedo ayudarte». Y se daba media vuelta, frío, furioso. «Bien, pues hablemos de ello. Intentemos comprenderlo. Por el amor de Dios, Gottfried, quizás aún nos queden años de estar juntos. Cientos de años...» «No, no imagino que

dure tanto.» «Muy bien... pero de qué sirve quedarnos así, mirándonos con odio. Aunque sólo sean seis meses.» «No soy consciente de haberte mirado así.»

Cuando las cosas llegaban a este extremo, lo solucionábamos tendiendo un puente precisamente entre los extremos que más nos separaban, es decir, su asco por la literatura, mi amor por ella. Encontramos un libro que a ambos nos gustaba. *La historia del Santo Grial*. Él leía un fragmento. Yo leía otro fragmento. Nos instalábamos en nuestra enrarecida habitación, el bebé probablemente aún no dormido, sino divirtiéndose por su cuenta en el suelo, y leíamos en voz alta. Cuando pasaban amigos por casa, se reían de nosotros, por lo absurdo de la situación y por cómo el acento alemán de Gottfried y mi acento rhodesiano se aventuraban por derroteros tan románticos. Los domingos salíamos a comer en el campo, en un vlei cerca de Salisbury, ahora edificado pero entonces un paraje con árboles junto a una corriente de agua en los que los hornbills se balanceaban y se peleaban en sus nidos, y leíamos el uno para el otro y para cualquiera que estuviera allí, Hans Sen, la chica de Gottfried, los de la RAF, amigos sudafricanos de visita. Todos lo encontraban bastante divertido, pero en realidad estábamos haciendo un esfuerzo para no enloquecer.

Las calles por las que yo me paseaba, noche tras noche, durante semanas, durante meses, nunca producían sensación alguna de peligro: ahora sería imposible para una mujer joven, negra o blanca, deambular por allí tan despreocupadamente. Hoy, de noche, resultan calles peligrosas. Ahora todas las casas están cerradas y con doble cerradura y vigiladas por perros, todas las ventanas con rejas, las terrazas convertidas en jaulas. Dentro de estas pequeñas fortalezas, familias negras y blancas miran la televisión, los mismos programas en cada casa. Los coches aparcados en la calle están cerrados y con cadenas. En aquella época nada estaba cerrado, ni casas, ni coches. Una mujer joven blanca podía deambular hasta pasada la medianoche. Y en Londres, cuando al final conseguí llegar, solía andar kilómetros a solas por la noche, y nunca se me pasó por la cabeza que pudiera ser peligroso. No creo que lo que ha pasado con nuestras ciudades —y también en el campo— tenga mucha relación con la posición política o racial de los gobiernos. Se trata de algo más.

¿Qué?

¿Qué es?

¿Es posible —y sé que mi descabellada hipótesis podrá parecer ridícula— que estemos envenenándonos a base de música? Nosotros, mis contemporáneos, a partir de la adolescencia, nos pasábamos día y noche escuchando música de baile, y era todo romántico o sentimental. Anhelos, deseos, añoranzas, necesidades... y expectativas, también, pues en algún lugar, en cierta ocasión se nos había prometido algo. Un día te encontraré... Nos sumergíamos en sueños. Pero desde entonces, la música ha cambiado. Sus ritmos ya no son lánguidos, bamboleantes ni lentos, golpean y machacan y empujan y el sonido es tan fuerte que se escucha con los nervios. En una ocasión al marcharme, literalmente mareada, de una fiesta en Nueva York porque la música era demasiado fuerte, una mujer negra que entraba me dijo: «¿Qué te pasa, cariño?», y se lo conté. Me dijo: «Pero no hay que escuchar este tipo de música con los oídos, se escucha con todo el cuerpo, se escucha con los nervios». ¿Qué nervios? Por lo que mi pregunta es: cuando una persona va a matar o a torturar o a mutilar, ¿podría ser que la música que la ha enloquecido la haya preparado para el delito? Durante cientos de años los chamanes han utilizado la música para crear estados de ánimo especiales, se prepara a jóvenes para matar con estimulantes marchas; las iglesias utilizan música inspiradora para mantener unida a su congregación; y sabido es que los verdaderos maestros espirituales utilizan la música, pero es un asunto tan delicado que los especialistas lo usan con mucho cuidado, en circunstancias especiales. Y, sin embargo, nos inundamos de música, de todo tipo,

nos empapamos de ella, a menudo entra directamente en el cerebro a través de máquinas especialmente diseñadas para este propósito... y nunca nos preguntamos siquiera qué efecto puede producir. Así que creo —y no soy la única— que ha llegado el momento de que nos lo preguntemos.

La razón de que nos mudáramos de nuevo fue que en esta ocasión conseguimos una casa, pequeña, con la estructura tradicional de dos habitaciones y terrazas delante y detrás, pero además con un jardín para el niño, con una gran jacaranda. En la parte trasera de la casa, en el kia del servicio, vivía Book, porque volvíamos a tener criado. No tenerlo suponía demasiados problemas, no valía la pena. Corría la voz: No tienen criado... y aparecían para suplicarnos, rogarnos, por favor, baas, por favor missus...

La población blanca de Salisbury era entonces de 10.000 habitantes y se calculaba que la población negra era de 100.000, y parecía que la ambición de cada uno de los 100.000 era trabajar en una casa blanca. Eso, por lo menos, suponía que tenían una situación legal en la ciudad, y sus ventajas correspondientes, los alimentaban, disponían de un lugar donde dormir y de algo de dinero. Book era un joven listo, que ya tenía la casa limpia a las nueve de la mañana y que inmediatamente aprendió a cocinar. Decidimos que era un desperdicio de inteligencia innata y nos ofrecimos a pagarle una escuela nocturna. Lo imaginábamos, al cabo de dos o tres años, contable u oficinista, con un sueldo muy superior al que le pagábamos. Pero se resistió a todos nuestros intentos de convencerle para que prosperara. Contaba veintidós años. Conseguir aquel trabajo con nosotros le parecía la suerte máxima. ¿Por qué tenía que pasarse las noches en el colegio? Se divertía mucho, porque era campeón de baile. Tenía una elegante novia. Y ahí estaban aquellos formales blancos con ideas propias de misioneros. Lo que quería es que nosotros le pagáramos más. Ya le pagábamos mucho más de lo habitual, después de que nos prometiera que no se lo contaría a los otros criados. Naturalmente, se lo contó. Una vez más fuimos objeto de las iras de furiosos cabezas de familia que nos dijeron que si nosotros podíamos regalar el dinero, ellos no podían. Nos dijeron a la cara, y también a nuestras espaldas, que una cosa así sólo se podía esperar de gente que había organizado la Reunión en la Zona Segregada. A todos nos sorprendía y nos consternaba que se siguiera hablando de aquella Reunión en la Zona Segregada como símbolo de algo peligroso, insurrecto, revolucionario. De nada servía decir a aquella gente asustada: «Pero si yo estuve en la Reunión en la Zona Segregada y no se dijo ni una sola palabra revolucionaria. No se dijo nada que uno no pueda oír todos los días en boca de cualquier negro, si se está dispuesto a escucharlos». Ellos nunca hablaban con la gente negra, sólo con los criados.

Es fácil decir ahora que este nivel de estupidez blanca hacía inevitable su derrocamiento, pero a nosotros, entonces, que nos encontrábamos tan en minoría, la «supremacía blanca» nos parecía invencible. Con anterioridad, no mucho antes, aquella alegría, exuberancia —vitalidad— que se nutre de lo inverosímil, nos había hecho reír, por ejemplo, de Charles Olly, o de un recorte del Herald que empezaba: «No todo el mundo comprende que el estómago nativo no se adapta a la dieta europea. Las verduras frescas sólo les pueden provocar trastornos estomacales y...». Pero ahora nuestra moral era baja. Sólo escapar de aquella estupidez, escapar: escapar...

Tal vez porque estábamos tan bajos de tono, y porque todo el mundo estaba sediento de buenas noticias, después de tanto horror, hubo un enorme entusiasmo por la noticia de la penicilina, los nuevos descubrimientos médicos. De todos mis recuerdos de aquella época éste es el más intenso, porque parecía que todos los programas de radio

hablaban del final inminente de la malaria, de las enfermedades transmitidas por los insectos, de la sífilis. Incluso organizamos una conferencia pública, a cargo de triunfalistas médicos, ante un público que nos recordaba la época en la que dábamos por supuesto que cualquier reunión que nosotros organizáramos llenaría la sala.

Así viví personalmente esta nueva aurora. Era a mitad de invierno, junio o julio de 1947, el tiempo era frío, seco, polvoriento. Una mañana, en la cara y los brazos y, luego, en seguida, en las piernas y en todo el cuerpo del niño aparecieron unas manchas rojas y casi inmediatamente una erupción que se convirtió en una inflamación que supuraba. Tenía ocho meses. No había estado enfermo con anterioridad. Vino el médico, un interino, recién licenciado. Dijo: «Y ahora presenciaremos un milagro». En un frasco bastante corriente había una solución hecha de penicilina, y la pasó por el cuerpo del niño. «Volveré dentro de un par de horas para dar un vistazo. Le aseguro que nunca he visto nada semejante.» El bebé gimoteó y se quejó, porque las inflamaciones debían de atormentarle terriblemente. Luego... fue ciertamente un milagro, porque las inflamaciones dejaron de supurar. Más tarde se secaron completamente. Volvió el médico, y al verle, se rió triunfalmente, lo levantó y bailó con él por la terraza. «¿Sabe qué significa? ¿Se da cuenta de lo que estamos presenciando? Es el final de la enfermedad. Malaria... se acabó. Fiebre amarilla... bilharziosis... cólera... enfermedades venéreas... tuberculosis... ya casi están vencidas. ¡Puede creerlo! A veces, yo no puedo creerlo. Pero es verdad.» Untó de nuevo todo el cuerpo del niño. «¿No le dije que era un milagro? No se librará de mí; volveré más tarde.» Al anochecer había costras secas sobre la piel aún enrojecida. Llegó precipitadamente el médico, apenas incapaz de contener su entusiasmo: «Lo utilizo en el hospital africano. Dicen que es mágico. También lo digo yo». A la mañana siguiente habían caído las costras, la piel volvía a ser de color rosado. Todo en menos de veinticuatro horas.

Gottfried, aún con dos trabajos, estaba agotado y —sobre todo— desanimado por la larga espera y, como en mi caso, dormía mucho y siempre estaba cansado. Con unos amigos visitamos Zimbabwe, Fort Victoria, las ruinas que cuarenta años más tarde darían el nombre a todo el país.

Cuando entré en el salón, supe que era mi casa ideal. O una de ellas, la otra es el palacio de Granada: de un extremo a otro del mundo. No hay que pensar en el alquiler, ni en si es sensato o conveniente: se trata de palacios de ensueño. La habitación principal era ancha y larga, como una gran sala, y el tejado de paja configuraba un alto techo abovedado. El suelo era de losas de piedra, con una gran chimenea y, a un lado, ventanas que daban a los kopjes y la jungla. Era la casa en la que crecí, pero grande y sólida, sin peligro alguno de sucumbir a las termitas. En otro edificio estaban los dormitorios, como en el hotel de Macheke, habitaciones construidas en dos franjas que unían las dos partes traseras de las terrazas. Desde allí vi cómo hacían subir a un caballo por la colina y se lo daban a Gottfried, luego cómo el encargado negro subía a Peter, un bebé valiente, al caballo de Gottfried, y el niño se sentaba delante de su padre, reclinando su espalda sobre él, mientras se agarraba a la parte delantera de la silla, su cara tensa de éxtasis y terror, soltando gritos de entusiasmo y de alarma, y seguidamente partían al trote, el hombre, el bebé y el caballo, por el bosque.

Hacía mucho calor. Una tarde Gottfried salió a montar a caballo y yo cogí en brazos al niño, que iba desnudo, sólo cubierto con la mosquitera, y me instalé con él en la terraza. Se durmió y yo cabeceé. Cuando abrí los ojos vi abierta la puerta de un dormitorio. En la cama, una mujer semidesnuda estaba inclinada sobre un niño desnudo de unos cuatro meses. La mujer llevaba el pelo suelto, rubio, que le caía por la espalda, y sus ojos azules se encontraban con los míos de vez en cuando, mientras ella lamía lentamente, como un gato con un cachorro, un leopardo hembra con su retoño, los

bracitos del bebé, su estómago, y, tras darle la vuelta, su espalda y sus nalgas. Acabó, echó atrás su mata de pelo y me sonrió, mostrando sus blancos dientes.

En el comedor la mujer se sentaba delante de su marido, el bebé en un cochecito junto a ella. Llevaba pantalones blancos y una blusa de cuadros. El pelo rubio recogido en un moño. Había un toque oficial en su elegante y joven marido. Quizás acababan de licenciarle. Cuando ella se fue del comedor, empujando el cochecito, me lanzó una rápida mirada de acentuada camaradería.

No se lo conté a Gottfried: se habría mostrado sarcástico, ofendido, amenazado. Entre sus compañeros había un joven de la RAF que aún esperaba la vuelta a casa. Era un cockney de clase obrera, de una familia numerosa, muy atento y servicial con nuestro hijo. Le conté lo de la joven mujer que lamía a su hijo de arriba abajo, como un gato, pero él se limitó a decir: ¿No hubiera sido más fácil darle un baño?

Se pensaba, en aquellos tiempos, que Zimbabwe en sí —la ruina— la habían levantado los árabes. Subí a la colina que da a la ruina, y me senté en una roca. Vi a Gottfried cabalgando a lo lejos, mucho más abajo. El coche estaba bajo la sombra de unos árboles. En el coche estaba el bebé dormido en la canasta, y el de la RAF, también dormido. El silencio de pleno mediodía en el veld, el arrullo de las palomas, cigarras, grillos. Había otro sonido que me ha perseguido desde entonces. Allí abajo, de algún lugar, de una cabaña que yo no podía ver, o de alguien sentado debajo de un árbol, me llegaban notas de un tambor, una nota aguda, luego una de grave, luego un intervalo, luego dos notas más. Aquellas notas no se consiguen con un piano, y el intervalo es propio de una región no familiarizada con el oído europeo. Como dos gotas de lluvia cayendo, tap... tap, luego silencio; tap... tap, y silencio. Así sucesivamente. Muy pronto todo —las ruinas, el paisaje, las rocas, las neblinosas llanuras y el caluroso cielo poblado con las nubes de la tarde—, todo parecía entrar a formar parte de aquellas dos notas que se repetían, y repetían, y seguían, y seguían hasta que bajé de la colina un par de horas más tarde y allí me encontré al joven dormido, repantigado y sofocado por el calor, y al niño durmiendo en su canasta, con la mosquitera en su sitio y llena de moscas.

Aquellas dos notas... Abrían una obra teatral que escribí, con la confianza de que lo que yo oía constantemente en mi cabeza pudiera oírlo de alguna manera quien compusiera la música. La obra era pura, simple y llanamente de agitación subversiva. Por aquella época había una tira cómica en todos los periódicos sobre un hombre negro de caricatura, más bien un patán negro, un gamberro negro, o negrito, o kaffir, que personificaba cualquier desagradable estereotipo racial. Figuró en los periódicos todas las semanas, durante años. Situé la obra en lo más profundo de las minas de oro del Rand, y el héroe era un minero, con la cara cubierta por una máscara de aquel kaffir de tira cómica, quien junto con sus compañeros, con máscaras similares, organizaba una huelga. (Las huelgas en el Rand siempre se reprimían y castigaban sin piedad.) El argumento era sencillo. Cuando se levantaban contra los propietarios de las minas, representados por un brutal capataz, se soltaban las máscaras, y cuando se rendían, se las ajustaban de nuevo, y los mineros se quedaban protestando, mientras intentaban sacarlos por la fuerza. Utilicé la danza de guerra zulú, suavizada y desinfectada, tal como se muestra a los turistas, para empezar, pero luego aquella danza, desinhibida, pasaba a formar parte del cuadro final, que era la lucha entre los mineros y los soldados en las profundidades de la mina. Las máscaras se sueltan, caen y desaparecen. El problema era que necesitaba un músico. No conocía a ninguno, y desde luego a ningún músico africano. Me llevé la primera versión de esta obra a Inglaterra. Pero el lugar para ella era Sudáfrica, ni siquiera Rhodesia del Sur, aún inmersa en actitudes coloniales. Se la mandé a Brecht, y recibí una carta de respuesta en la que me decía que le gustaba,

pero el Partido ya le criticaba por utilizar el expresionismo y el formalismo y otros vicios semejantes, y no podía permitirse poner en escena una obra con máscaras.

Enseñé la obra a Dorothy y Nathan Zelter. Siempre criticaban lo que yo escribía basándose en razones ideológicas. Bueno, sí que les gustó una pieza corta muy satírica que escribí a los dieciocho años. Me solían devolver los relatos con el comentario: «Siento decirte que los dos estamos muy decepcionados». Con un clip en el manuscrito solía figurar una nota: «En el tercer párrafo sugieres que los africanos son supersticiosos. Este tipo de cosas son armas para nuestros enemigos».

Sobre mi obra de agitación subversiva: «Los dos opinamos que las máscaras son por definición reaccionarias».

Vi a Nathan por vez primera cuando yo tenía diecinueve años y él era un joven casi demasiado guapo, un ferviente amante de la humanidad y de las mujeres, y le conocí cuando era ya muy viejo, cuando parecía Matusalén, y aún soñaba con crear una comunidad ideal para liberar Zimbabwe. Aquellos a los que él había considerado como sus almas gemelas habían decidido hacía tiempo que no tenían nada en común con él. Resulta difícil escribir sobre él, porque era —bien, en una palabra— ridículo, pero al elegir esta palabra me siento culpable, como me sentía siempre con Nathan, él que era tan amable y generoso. «Maldita sea, Gottfried», solía exclamar: «No, no iré a cenar, es una persona imposible.» «Sí, sí», decía Gottfried, «es cierto, pero, aun así, iremos los dos a cenar.»

Llegó de Rumania antes de la guerra, como refugiado, y trabajó con un pariente en una empresa de importación-exportación. Confío en que a estas alturas no tenga que decirles que era comunista. El Club de la Izquierda fue sólo temporalmente su hogar espiritual, porque era demasiado blando para él. Allí conoció a Dorothy, una «mujer nueva», una verdadera nota de exotismo en el Salisbury de los años treinta: una delgada muchacha morena que llevaba pantalones largos, a menudo de lino verde, blusas bordadas, moño. Tenía unos sinceros ojitos azules directos y a cada lado de su cara inteligente y sencilla colgaban dos exóticos pendientes. Era una maestra muy buena, a menudo con la oposición de unos padres que querían saber por qué les enseñaba a sus hijos aquellas ideas avanzadas. Fumaba cigarrillos baratos en una cara boquilla de ámbar y plata. Su historia amorosa los escandalizó a todos. Era la época del amor libre que acabaría con la falsedad de la moral convencional. Pero el amor libre no se había enraizado en Salisbury. El guapo joven, como un lebrato, con sus dorados ojos sin pestañear, fijos en la verdad, y su instruida chica, se querían mucho y se negaban a casarse, ella para molestar a su madre, él por principios. Él tenía muchos principios y hubiera ido a la horca por ellos. Fue él quien, al ver que yo había colgado en la pared —aún estaba casada con Frank entonces— una reproducción de Augustus John, la descolgó y la partió en dos, no por razones estéticas, sino porque una mujer lavando la colada no debería ser un tema artístico. Fue él quien, al ver que yo leía los afables ensayos de un tal Lin Yutang, me lo arrancó de las manos, porque la Larga Marcha había puesto fin a la larga historia de China, que a partir de entonces sería la historia de los campesinos. Fue él quien, cuando vio en mi pared un auténtico y valioso grabado japonés que mi amante artista de Ciudad del Cabo me había regalado, dijo que yo debería avergonzarme de tener en propiedad la representación de una cortesana: es decir, una mujer explotada. Más tarde, cuando le pedí que lo mirara con atención, lo rompió.

Me lo imagino como un personaje secundario en *Los endemoniados*. Kirilov está sentado, solo, avanzada la noche. Un golpecito en la puerta. «Entra, Nathan.» Pero está tan absorto en sus pensamientos que apenas ve a su invitado, que se halla en un estado de profunda emoción. «¿Qué sucede, Nathan? ¿Has comido? Hay un poco de pan en la

alacena.» «No, no, no, no puedo comer», dice Nathan, distraídamente abriendo la alacena, mirando el pan, cerrando la puerta de la alacena. «Kirilov, he paseado... He paseado durante toda la noche.» «La Luna brilla», dice Kirilov. «Lo vi antes. ¿Crees que hay habitantes en la Luna, Nathan? Si es así, ¿estará llena de traidores y delincuentes como nosotros? ¿Tú qué crees?» «No, no», susurra Nathan, mientras le resbalan las lágrimas. «Lo acabo de comprender. Era lo que te venía a contar. ¡Muy pronto la vida será bella! Acabarán los delitos... acabará la crueldad... no más pobreza ni niños hambrientos.» «¿Eso es lo que crees? También yo solía creerlo», dice Kirilov distraídamente. «Kirilov», dice Nathan, sirviendo kvass en un vaso usado. «Soy tan feliz, tan feliz...»

Puede que Nathan abandonara el grupo comunista por principios, y pasara a ser a partir de entonces un insípido, contemporizador socialdemócrata, lacayo de la clase dirigente y todo lo demás, pero siempre asistía a nuestras reuniones, y por la calle se nos acercaba diciendo: «Aquí está el traidor Nathan. ¿Vendréis a cenar el jueves?». Admiraba a Gottfried, es decir, su intelecto. Aquel pobre muchacho de cierto barrio bajo de Bucarest nunca podía perdonar al rico muchacho berlinés, y cuando ya era un anciano, aún decía: «Pero si solía colocarse una redecilla sobre el pelo cuando se vestía. Yo lo vi». Y yo le decía: «Pero Nathan, era una época decadente en Berlín, ¿lo has olvidado?». «Una redecilla para el pelo, Tigs, una redecilla para el pelo.» Hasta su muerte, Nathan insistió en llamarme Tigger, un nombre al que yo me negué a responder desde el momento en que abandoné Rhodesia. «Nathan, ¿por qué utilizas este nombre, si yo lo odio?» «Yo no lo odio», decía él, tranquilo y con razón.

Nunca se reía. No, esto no es verdad. Reía. Pero siempre con sarcasmo, rabia, desprecio, o con una tristeza temblorosa; que reconocía lo inevitable. «Bien, ¿y qué más?».

Nathan trabajó muy duro para el Partido Laborista rhodesiano y para Relaciones entre Razas, y cuando Charles Olly introdujo por debajo de las puertas de sus enemigos sucias cartas anónimas, atacando a Mrs Maasdrorp, él solía ir personalmente a discutir los pros y los contras del caso con ciudadanos que se mostraban inquietos al verse frente a aquel extranjero apasionado y exótico, que les decía: «Bueno, pues si no están de acuerdo con el socialismo, aunque algún día verán que es la única solución posible, cómo reconcilian su actitud con el cristianismo... que es el fundamento de esta cultura. De lo que llaman cultura».

Levantaba acta y anotaba minuciosamente todo lo que sucedía, reuniones, eventos, escándalos, conversaciones. Solíamos decir que, si bien Nathan lo grababa todo, con todo detalle, su interpretación, su informe, no tendría sentido: porque nunca comprendió nada de lo que estaba sucediendo.

También creó una revista, en la que colaboré con notas sobre cocina, narraciones y le conseguí anuncios de atónitos hombres de negocios. «¿Por qué voy a anunciarme en una revista que aboga por mi abolición?» «Vamos, por qué no, lo puede deducir de la declaración de la renta.»

Parecía trabajar dieciocho horas al día. Y es que se había casado (se casaron cuando ella se quedó embarazada) no sólo con Dorothy sino también con la madre de ella. Dorothy estaba casada con su madre: era lo que nosotros decíamos, interpretando aquella relación, y muchas otras, con la ayuda de D. H. Lawrence. *A las nueve de la mañana, Harty* (el apodo le sentaba bien) comparecía en casa de su hija y se quedaba allí durante todo el día. Rígida de resentimiento, tímida de inhibición psicológica, que yo comprendía tan bien, Dorothy se sentaba delante de su madre, sonriendo con amargura, las dos mujeres fumando elegantemente, luciendo sus largas boquillas de ámbar. Harty era alta, deportiva, chillona y bebía mucha ginebra con tónica, cosa que



también hacía Dorothy, por el agobio de todo ello. Harty siempre se mostraba descortés con Nathan. Decía, por ejemplo: «Dorothy se casó con un judío sólo para fastidiarme». Le aconsejábamos que la echara, que le dijera que no podía pasarse todo el día en su casa. Él dijo que le correspondía a Dorothy echarla, no a él. Entre nosotros había tres mujeres que nunca, como se decía, «se habían enfrentado a sus madres», un acto ritual necesario para su salvación psicológica. Sabíamos cuál era el problema de aquellas mujeres que sólo eran capaces de vivir a través de sus hijas: necesitaban trabajo y una vida propia. Teníamos razón. Pero formaban parte de una generación distinta. En cualquier caso, las hijas sufrían. Si «se enfrentaban» a sus madres, como yo, se sentían despiadadas. Si no lo hacían, eran como conejos hipnotizados por los faros de un coche.

Dorothy no tenía ninguna vitalidad. Padecía jaquecas, migrañas, menstruaciones interminables, a veces varias semanas al mes, y siempre estaba enferma. Y a menudo se sentía desgraciada por culpa de Nathan, que viajaba por cuenta de la empresa por Rhodesia del Sur y del Norte y Nyasaland. Había proclamado, cuando se enamoró de Dorothy, que ningún ser humano podía estar enamorado de otro durante toda la vida, y él tenía claras intenciones de tener otras historias, pero sólo cuando se enamorara. Reafirmaba su declaración de principios antes de salir de viaje y, a la vuelta, informaba a Dorothy.

Llegamos a discutir sobre ello en grupo y colectivamente informamos a Nathan de que su comportamiento no era socialista porque era cruel.

«Estas cosas no se hacen», decía lentamente Gottfried, hablando no como socialista, sino desde una tradición muy distinta.

«Pues, lo siento», decía Nathan. «Como ser humano tengo mis derechos en este asunto. Creo en la honradez en todos los ámbitos, en particular entre un hombre y una mujer.»

Algunos actos de Dorothy eran una forma de reafirmación que todos comprendíamos y explicábamos a Nathan, quien unas veces veía, y otras no, lo que era obvio. «Gracias, ya sé por qué esta mujer tiene que tener un período que a veces dura tres semanas y media.» Dorothy no permitía que entrara en su casa cualquier alimento que pudiera considerarse extranjero, en particular nada de ajo, o hierbas. Nathan compraba arenques, me enseñaba cómo prepararlos, y pasaba por casa para comer arenques sobre pan de centeno untado con ajo, luego volvía a su casa y decía: «No, gracias, Dorothy, ya he comido. Tú y Harty podéis tomaros el buey frío».

Era exageradamente generoso. Daba dinero a cualquiera que se lo pidiera. Educaba a los hijos de sus criados. Cuando Rhodesia del Norte se convirtió en Zambia, se fue allí, y creó una cooperativa con indios y africanos, dándoles el mismo número de acciones, aunque el dinero y la experiencia fueran suyos. Para su sorpresa, todos ellos le estafaron. La empresa fracasó. Cuando vine a Inglaterra lo pasé mal, por lo que pedí al hombre más rico que conocía que me prestara cien libras esterlinas, pero recibí como respuesta una nota llena de excusas. No quería perder mi amistad, que valoraba: no prestaba dinero, por principios. Nathan, que en aquella época tenía muy poco, me mandó cien libras a vuelta de correo. Fue a los Zelter a quienes escribí, durante un año aproximadamente, desalentadas cartas de colegiala parlanchína, bastante parecidas a las de Sylvia Plath a su madre, cartas escritas para esconderse detrás de ellas, al tiempo que informaban de progresos.

Nathan estaba enamorado de mí... del siguiente modo: «Siento atracción física por ti. No vayas a pensar que estoy enamorado de ti. Esto es algo muy distinto». «Sí, te lo aseguro, lo entiendo.» «Pero debo dejarte las cosas muy claras. Si nos encontráramos en la misma ciudad al mismo tiempo, sin Gottfried ni Dorothy, no podría responder de las consecuencias.» «Pero, Nathan, afortunadamente yo sí podría.» «¿Cómo? Estás

diciendo... naturalmente, ¡lo comprendo! Estás tan enamorada de Gottfried que no puedes serle infiel. Es tan evidente que cualquiera podría darse cuenta.»

En realidad, yo era infiel a Gottfried. Tenía aquel clásico romance que toda mujer ha vivido por lo menos en una ocasión. Era el hombre que dirigía la emisora de radio, que estaba a un nivel más alto que el de la mayoría de ciudadanos. Venía a casa por las tardes, avanzando por el sendero bajo el gran árbol sin mirar ni a derecha ni a izquierda, sabiendo que todos los vecinos corrían un poco las cortinas para verlo. Hablábamos de literatura, nos reíamos mucho, y hacíamos el amor, con un oído alerta por si llegaba alguien a la casa: a fin de cuentas, uno u otro siempre pasaba por ahí. En una ocasión fue mi madre. En otra, fue Nathan. Mi amante se escondía en el armario, que daba sacudidas con su risa, mientras yo contaba mentiras. Nuestra relación fue para ambos totalmente satisfactoria, pero me avergüenza decir que yo me enamoré. Esto me dejó anonadada. Todos los planes para abandonar la colonia en cuanto pudiera, y empezar una nueva vida en Londres, se habían esfumado ante la necesidad de casarme con aquel hombre, quien por mí abandonaría a su esposa e hijos. ¿Me lo creía? No, pero mientras una parte de mi cabeza discurría según este esquema, la otra hacía comentarios, mofándose, igual que él —mi socio en la culpa— se mofaba. «Estás loca. Para de una vez.» Uno puede decir —las mujeres pueden decir— a la ligera o de otra guisa: «Estamos en manos de la biología», pero se necesita una experiencia como ésta para saber lo muy cruel que es este imperativo. Había llegado el momento de que yo tuviera otro hijo. Así lo decía la naturaleza.

Más o menos por aquel entonces unos dolores en la espalda me llevaron hasta el médico, quien me dijo que tenía un útero suelto, que había que coser, y que a la vez aprovecharía para extirparme el apéndice, que de nada me servía, al tiempo que me recomendaba un ligamiento de trompas de falopio, «mientras me tenía abierta». Me dejó veinticuatro horas para que me lo pensara. Gottfried me dijo que quizás más adelante me casara con alguien y quisiera tener hijos con el nuevo marido. Pero éste era el problema, que él no comprendía en absoluto. Yo sabía que, hasta llegar a la menopausia, me enamoraría muchas veces, y que en cada ocasión tendría un hijo. Mi naturaleza profunda actuaba contra mí, mi naturaleza coligada con la Naturaleza. Se me ofrecía la oportunidad de burlar la casi absoluta certeza de convertirme en una anciana cargada de hijos. Me intrigaba que el doctor Rosen pudiera darse cuenta. A aquel buen judío, amante de la familia, no le podía caer bien una mujer que había dejado a un marido y dos hijos y casi inmediatamente había empezado de nuevo. No me importaron sus motivos. Seguramente sea lo más inteligente que he hecho en mi vida. Un instinto profundamente enterrado de autocon-servación trabajaba a mi favor. No pensaba en una conveniente vida sexual, porque mi vida sexual era, cuando se le daba una oportunidad, satisfactoria.

Mientras me llevaban en una camilla al quirófano vi cómo me sentiría en mi lecho de muerte, no por la operación, que no temía, sino porque me afeitó, me ató, me envolvió como a un cadáver, me recogió el pelo una enfermera de dieciocho años, tan fresca y rolliza como un bebé de dos meses. Por vez primera comprendí por qué en las novelas del siglo XIX aparecen mujeres de veintiocho años como si fueran unas ancianas.

Mientras me recuperaba de la operación, una joven, también operada por el doctor Rosen y que aún estaba semiconsciente, se pasó una media hora insultando históricamente a los judíos, y en particular al doctor Rosen, que se encontraba en el pabellón. Nunca en mi vida había oído nada semejante a la porquería que lanzaba aquella convencional matrona rhodesiana. Había unas veinte mujeres, cada una en su cama, escuchando sus delirios en silencio. Más tarde una enfermera le mencionó que había dicho «cosas desagradables» sobre el doctor Rosen. Se sintió azorada y cuando él

pasó su ronda, le dijo: «Creo que he sido cruel con usted. Lo siento». Él respondió, muy serio, que las pacientes que están recuperándose del cloroformo dicen cosas que no piensan. Y siguió su camino. Pero, si aquella mujer tenía tales opiniones, ¿por qué había elegido a un médico judío? Ella no sabía que en su interior se escondía aquel pozo de contenido tan repugnante, como mierda llena de cólera.

Todo grupo, de cualquier especie, no importa cómo empiece, acabará como un grupo religioso o místico. Así lo aseguran los psicólogos.

El nuestro empezó como una mezcla de gente de izquierdas de todos los rincones de Europa, durante un breve periodo pasó a ser estrictamente comunista, por lo menos en teoría, pero al perder pureza comunista se convirtió en una filial de la asistencia social y de la caridad.

Podríamos decir que, durante los dos últimos años antes de irme, no existía. Con toda seguridad, Gottfried estaría de acuerdo con ello. Pero ¿sólo se puede hablar de grupo si su composición sigue siendo la misma? El nuestro era como la ola que se levanta y retiene su forma mientras el agua se precipita por ella. De los miembros originales, sólo quedábamos Gottfried y yo, y Nathan. Pero Nathan estaba metido en la política del Partido Laborista. Varios refugiados, que empezaron como comunistas, habían prosperado y adoptado opiniones liberales. Aparecían Charles Mzingele y sus amigos, cuando podían, pero la verdad es que venían en busca de libros e información. Había otros a los que no he mencionado: puede que no deseen que se recuerden sus pasados revolucionarios.

Apareció entre nosotros un hombre joven, quien, cuando paseábamos con él por el parque, o íbamos a un restaurante, o estábamos en la calle, provocaba que nos lanzaran miradas furiosas y asqueadas. Era delgado, muy bronceado, llevaba pantalones cortos blancos y ligeros, sandalias doradas, pendientes, y su pelo rubio le llegaba hasta el hombro. Hoy nadie volvería la cabeza, pero él fue el primer presagio de un largo e intenso verano. Era inteligente, culto, melómano, no podía pasar ni un solo día sin nuestra compañía, y estaba bastante loco.

Vivía solo en una habitación con cocina en la que los enchufes de la lámpara eléctrica le mandaban mensajes del KGB, que controlaba sus pensamientos. Nunca había conocido a nadie así, me fascinaba, y siempre estaba dispuesta a que me contara el último comunicado de Moscú. Ha sido mi destino verme relacionada con unos cuantos excéntricos en distintos aspectos, y al cabo de diez años, si por casualidad alguien decía que el KGB o la CÍA le espiaban a través de la bombilla de la luz, ya había aprendido a decir: «Ah, querido, ¿estás seguro? Bien, no importa».

Este hombre aparecía todas las noches, se comía lo que yo estuviera cocinando, se sentaba golpeteando con su sandalia dorada y esperaba a que la conversación le diera cabida, lo que sucedía casi inmediatamente, porque parecía que todo el mundo deseaba contar anécdotas sobre casas embrujadas, mesas que se levantaban, y brujos. Kurt no podía irse. La muchacha que estaba tristemente enamorada de Gottfried, y su media naranja, siempre estaban con nosotros. Personas a las que llevábamos meses o años sin ver volvían de nuevo. Leíamos poemas rusos de aquel periodo embriagador cuando la revolución, personificada por locos jinetes, místicos monjes y sibilas, había subido la temperatura en Moscú y Leningrado treinta y pico años antes. Cualquiera que haya vivido en África sabe algo de brujería y chamanismo. Tales evidencias de Pensamiento Superior fueron acorraladas por imperativos de la lucha de clases, pero hoy resulta evidente que todo el mundo creía en lo oculto, más incluso que en el socialismo.

Siempre ha habido sólo un paso entre el socialismo y el comunismo y cierto nivel de misticismo; el ejemplo más visible fue Annie Besant, que empezó organizando a las cerilleras y acabó inventándose Krishnamurti.

Nuestro periodo de misticismo popular no duró mucho. Tras la charla sobre sesiones espiritistas y fantasmas, el siguiente paso es la práctica. Alguien conocía a una médium, y a partir de ahí la gente se desperdigó y se fue en busca de noches más interesantes.

Nuestros «análisis de la situación» iban, francamente, de capa caída. Gottfried vivía ya, mentalmente, en Londres. Lo mismo me pasaba a mí. Ahora pienso que lo único en lo que nosotros, es decir, los progresistas, fuimos útiles a la gente negra fue que prestamos y dimos libros a todo el que los pidiera. Charles traía amigos que traían amigos, y, antes de sentarse, sus ojos recorrían rápidamente nuestras estanterías. Había que tomar precauciones para que Book, nuestro criado, no supiera nada de estas reuniones. Inmediatamente habría informado a todo el vecindario de que sus patronos recibían a negros, y esto le habría supuesto a Charles aún más problemas con la policía. Nunca llegaban al mismo tiempo, sino uno o dos cada hora. A veces traían un trozo de madera y una sierra, o simulaban ser vendedores ambulantes de algo. Les preparaba té y luego me instalaba en la terraza para asegurarme de que no nos interrumpiera ningún vecino, por lo que se podían tomar el tiempo necesario. Siempre resultaba doloroso ver cómo aquellos hombres —siempre, entonces, hombres— tocaban los valiosos libros, y cómo, cuando veían un libro del que no tenían ninguna referencia, pero que les atraía, lo sostenían entre sus manos con una delicada reverencia por las posibilidades que ofrecía, puesto que iban en busca de la educación que a la mayoría de ellos se les había negado. Yo miraba de vez en cuando por la ventana de la terraza y los veía inclinados respetuosamente sobre libros a los que nosotros ya no dábamos importancia. También les pedíamos libros por encargo, diciendo que sabíamos de una fundación que facilitaba los libros a los africanos. Poco después de llegar a Londres recibí una carta: «¿Se acuerda de mí? Soy fulano de tal, usted me dio libros y aprobé mi examen».

¿Quién lleva a cabo, hoy, esta función en un país condenado siempre a verse privado de libros? A menudo es el British Council, que en Harare tiene salas llenas de libros de texto y vídeos y materiales didácticos diversos. Siempre están abarrotadas de personas, en su mayoría jóvenes, tan sedientas de educación como los hombres a los que conocí en nuestra época. El gobierno negro no ha hecho nada para abastecer de libros, ni subvencionar bibliotecas. A la larga, esta desidia —a pesar de que resulte difícil a veces creer que se trata de una cuestión política— resultará ser el más estúpido de sus errores.

No vayan ustedes a creer que me sentaba en la terraza llena de pensamientos adultos y benévolos. Contemplaba a aquellos honrados y valientes hombres salir, de uno en uno, simulando que eran criados o mensajeros, nerviosos porque cualquier ama de casa blanca «lumpen» podía empezar a chillarles, y me consumía la rabia. (Es una lástima que la palabra «lumpen» del vocabulario comunista haya caído en desuso: resulta muy expresiva.) Este tipo de rabia es perjudicial. La rabia exaltada, exuberante y generosa se alimenta de la creencia de que tú puedes hacer algo, cambiar algo. Pero hay una rabia que es como ácido que se activa dentro del estómago, encerrándote en el cinismo y la impotencia. Estupidez, estupidez, estupidez, musitaba, muchas veces al día, como si me hubieran ordenado mirar, sin pestañear ni mirar hacia otro lado, un acto de deliberada crueldad, como el de un niño que tortura a un pájaro. La verdad es que no podía compartir este dolor con Gottfried, quien habría reaccionado con lo de «Que viene la Revolución...».

La Revolución en Europa: él había perdido ya sus esperanzas respecto a África. «Quizás dentro de cien años...», declaraba. El «dogma» seguía siendo que sólo un proletariado negro podía liberar a África. Pero allí no había proletariado negro en el

sentido al que se referían los Padres de la Teoría. Existían mineros negros y algunos trabajadores de la industria de servicios, pero el nacionalismo negro era, sencillamente, una desviación reaccionaria... omito el resto de los adjetivos. El «análisis de la situación» de Moscú había llegado a esta conclusión. Recuerdo a Gottfried diciendo lentamente que lo mejor que podían hacer aquellos camaradas era pasar un tiempo en África.

No obstante, siempre estábamos pendientes de rumores, editoriales, noticias en el Herald, o chismes, sobre posibles líderes negros. Charles Mzingele no conocía ni uno. Hoy se podría decir que estaba ensayando su papel de Tío Tom, pues aunque estaba a favor de cualquier líder negro, y había hecho todo lo posible para ayudar a cualquiera que tuviese aptitudes, le disgustaba el violento lenguaje del nacionalismo. ¿Cómo iba a ser si no? Durante años, décadas, había mantenido —sólo mantenido— su posición, siempre tan precaria debido al ataque de los blancos, que le llamaban agitador incendiario, comunista, etc., a base de tacto, buen humor, paciencia. Era por naturaleza amable, pensativo, considerado. Y, además estaba haciéndose viejo, y triste. A pesar de que la iglesia católica le había amenazado con la excomunión, dependía de su religión. «Sólo Dios puede ayudarnos», insistía en una habitación llena de ateos convencidos. «Sólo Dios y sus ángeles.»

Cuando hubo la Huelga en la Zona Segregada, tan famosa como la Reunión en la Zona Segregada, nos tomó por sorpresa y lo mismo le pasó a Charles. El líder de la huelga estaba en Bulawayo. Declararon la huelga contra el sueldo mínimo de una libra esterlina al mes. Era el sueldo de un cocinero, pero redondeado con víveres y regalos. Nadie podía vivir con una libra esterlina al mes. La petición de un sueldo mínimo fue rechazada por el Parlamento. Que los blancos adoptaran su natural actitud de ofensa, de alarma («Se levantarán y nos echarán al mar») era la habitual nota de farsa. Pero detrás había tal sufrimiento, tal dolor, tales brutalidades... Nosotros lo sabíamos muy bien, pero parecía que los blancos lo desconocían. Los «munts» no podían organizar una huelga por propia iniciativa: tenía que ser obra de los agitadores comunistas. Como remate, la casi inevitable nota de farsa. Los blancos hicieron algo muy estúpido. Estúpido desde su punto de vista. En aquellos días, había muy pocos negros motivados o informados de su propia situación, por no hablar de la situación en otros países. Apenas sabían de la existencia de los sindicatos. Además, durante los sesenta años de ocupación blanca les habían dicho día y noche que eran monos, ignorantes, retrasados, inferiores. Cuando las autoridades de la ciudad tuvieron la certeza de que su contingente laboral se encontraba dentro de la Zona Segregada, cerraron las verjas, y colocaron guardias en torno del recinto. La gente no podía salir. No se permitió la entrada de comida o avituallamiento. Los blancos mataban de hambre a los rebeldes para someterlos, y no lo disimulaban. Pero dentro de la valla también había «agitadores» que utilizaron muy bien su tiempo con aquel público cautivo, asustado. Durante cinco días, multitudes cada vez más furiosas oyeron ardientes descripciones de su situación, no comunistas, sino puramente nacionalistas, pero con comparaciones entre sus condiciones y las de los trabajadores en otros países. Fue un breve curso de teoría y práctica política. Nosotros no podíamos creer que la autoridad fuera tan estúpida. Pero toda autoridad, cuando está asustada, generalmente es estúpida. Los blancos se veían enfrentados a su pesadilla, siempre latente, de que los negros se sublevaran y les cortaran las gargantas.

Esta huelga y el cerco de la gente negra que moría de hambre y escuchaba propaganda subversiva, pueden ser considerados, a mi juicio, un episodio decisivo. La famosa Reunión en la Zona Segregada sólo ocasionó a los blancos deliciosos frissons a corto plazo; la mayoría de los negros ni siquiera había oído hablar de ello. Pero la

huelga les demostró cuan crueles eran los blancos y, por encima de todo, cuan ignorantes de sus sufrimientos.

Desde entonces he visto el mismo fenómeno muchas veces y en varios contextos: los que tienen el poder, la autoridad, nunca parecen ser conscientes de que la gente a la que gobiernan vive y siente. Es como si existiera cierto mecanismo cerebral que los separara —por el mero hecho de estar en el poder, o en una posición de responsabilidad— de los gobernados, y les impidiera una verdadera comprensión. De no ser así, ¿cómo explicarlo? Obviamente, a los que están en el poder les conviene conocer la situación de sus ciudadanos. Muchas veces, en Londres, cuando les he explicado a amigos situados en altos cargos que tal y cual cosa pasaba en los estratos inferiores de sus departamentos o feudos, he tenido que oír: «Ah, no, es imposible, mis empleados no actuarían así, estás exagerando».

Sólo en una ocasión he leído sobre gobernantes que sí lo comprendieron. Fue en Oriente Medio y durante la Edad Media. Los gobernantes se aseguraron de que siempre hubiera inspectores, que pasaban por gente corriente, pidiendo trabajo o como empleados, para descubrir cómo se comportaban los cargos oficiales. Si eran incompetentes o crueles, los cesaban. De este modo, como todo cargo o persona en el poder sabía que la persona que tenía delante podía ser un inspector del gobierno camuflado, tendía a comportarse mejor que si tuviera un poder sin supervisión.

Gottfried: «Pero cuando tengamos una sociedad comunista, ya no habrá injusticia».

Se me dirá: «Pero ¿tú aún creías en las perfecciones del comunismo? Seguramente sabías de...» la colectivización forzada, los juicios, y así sucesivamente. Por entonces circuló un libro titulado *Escogí la libertad*, de Kravchenko. Digo que circuló, pero personas como Gottfried y Nathan manifestaron que no les interesaba la propaganda antisoviética. Algunos lo leímos y lo comentamos. El problema era que la imagen que daba Kravchenko era muy distinta —en realidad opuesta— a todo lo que habíamos leído u oído al respecto. Naturalmente, existían dificultades, problemas, preocupaciones, en la Unión Soviética... pero ¿que era una total tiranía? Vi repetirse esta misma situación a mitad de los años ochenta. Una muchacha rusa se había casado con un inglés y vivía en Londres. Iba a menudo a Rusia. De vuelta a Londres, o a Rusia, contaba siempre que era como formar parte del negativo de una fotografía: todo lo que se decía en Occidente sobre la Unión Soviética era lo contrario de lo que la Unión Soviética decía de sí misma. Al llegar allí, o de vuelta aquí, se sentía como si le hubieran puesto el cerebro del revés. Sentíamos, al leer a Kravchenko, como si nos dieran la vuelta a nuestro cerebro. Recuerdo exactamente, no es un retoque de la memoria, cómo me sentía: si lo que estaba leyendo era verdad, nada de nada de lo que creía era verdad, podía ser verdad.

No obstante, se podía decir que algo parecido a «una realidad alternativa» iba surgiendo lentamente, por lo menos en mi pensamiento. Las «monedas de auténtica fe» de Koestler caían con rapidez de nuestros bolsillos. Si no hay algo así como una «conversión» instantánea, es decir, un repentino vuelco de opinión, no un montón de pequeñas impresiones que se van acumulando en el cerebro, no se produce una repentina conversión a la inversa.

La palabra «paranoico» siempre aparece en discusiones sobre este tema.

El doctor Jerrold Post, un norteamericano experto en paranoia política, citado en el libro de Tom Mangold, *Cold Warrior*, sobre James Jesús Angleton, que dirigió la CÍA durante años (a pesar de estar bastante loco), define la paranoia como «una conclusión fija en busca de la evidencia que la confirme y el rechazo de la evidencia que no la confirma. La paranoia es un mecanismo adoptado. Surge y se aprende en el entorno familiar como una defensa contra el sentimiento de insignificancia o de no ser tenido en

cuenta. Los paranoicos consideran que es mejor tener a la gente contra ellos que no ser tenidos en cuenta. También consideran que es mejor tener una opinión organizada del mundo que sumirse en el caos. Una visión clara, organizada, conspiradora del mundo es más fácil para ellos, porque les proporciona un sentido de seguridad psicológica.

»La paranoia no es fija sino que es dinámica y cambia a lo largo de una vida. La disposición mental de un paranoico consiste en mantener una solitaria vigilia y perseguir una tarea solitaria. El peso se carga en la espalda del paranoico.

»Los paranoicos son siempre las últimas personas que saben que están perturbadas. Y si tienen problemas, siempre creen que es culpa de otro. Quizás el público más importante para el pensamiento de un paranoico es su propia cabeza...».

Con esta definición resulta fácil concluir que la mitad de la raza humana es paranoica. (¿Sólo la mitad?)

La cuestión es que estos procesos no tienen relación alguna con la mente racional. Se trata de actitudes religiosas milenarias, que arden muy dentro de nosotros, a veces literalmente, por las llamas de la Inquisición.

Tardé cuatro o cinco años desde que en 1942 caí enamorada del comunismo, o mejor, del comunismo ideal, en pasar a ser lo bastante crítica para discutir mis «dudas» con la gente que aún se hallaba en el regazo comunista. Dos o tres años después, mis discusiones sobre hechos e ideas habrían supuesto, en un país comunista, la tortura y la ejecución. Hacia 1954, yo ya no era una comunista, pero hasta principios de los años sesenta no dejé de sentir los tirones residuales de la lealtad, no fui realmente libre. Es decir, me costó unos buenos veinte años no sentirme ya culpable, librarme de todo. Recuerdo con vergüenza lo difícil que me resultaba decir lo que pensaba a los que aún eran Fieles.

Fui capaz de ser más libre que la mayoría porque soy una escritora, con la estructura psicológica de una escritora, que se coloca a una distancia de lo que está escribiendo. Todo el proceso de escribir consiste en situarse a distancia. Éste es su valor... tanto para el escritor como para la gente que lee los resultados de este proceso, que se basa en partir de lo que está en bruto, de lo individual, de lo no examinado, y de llevarlo al reino de lo general.

Quizás la mayor moneda que cayó de nuestros bolsillos fue la primera. El encargado cultural soviético y su esposa vinieron de Sudáfrica para apoyar oficialmente a Ayuda Médica para Rusia. Soñamos durante días con reunimos con aquellos representantes del bello mundo feliz que nacía en la Unión Soviética. La palabra «decepción» se queda corta. Eran la esencia de la trivialidad. La esposa, a quien las mujeres anhelábamos conocer, pues creíamos que sería el último grito de las «mujeres nuevas», era como una joven matrona de Salisbury, pero vestida a lo «Johannesburgo». («Nunca puedes lucir demasiado oro.») Él era todo brillantina y aspecto superficial. Les gustaban las novelas rosa y las malas películas. No sabían nada de la política de Rhodesia del Sur y no demasiado de Sudáfrica. Decían que la gente negra les horripilaba... ella con una delicada mueca de asco. Eran la esencia de aquello contra lo que la mayoría de nosotros había reaccionado.

Y 1947... 1948, sin duda la peor época de mi vida. Malos tiempos que parecían infinitos y hacían del corazón una especie de agujero negro, que absorbía toda la vida, toda la energía. Y así siempre, siempre. Hay algo en mi sino, o quizás en mi carácter, que me arrastra hasta aguas estancas donde permanezco en calma. Espero. Sé esperar. Esto, como cualquier otra cosa, tiene dos caras, el reverso en su esencia. Esperas que pasen cosas, porque sabes que te abrirán paso, o mejor dicho, una lógica interior de lo inevitable se va abriendo paso lentamente. Luego, cuando las cosas cambian, coges las riendas y te mueves. Pero esta espera también puede convertirse en un letargo, una



pérdida de oportunidades. Bien, yo no tenía otra alternativa que esperar, entonces, en aquella época, aquella lenta, confusa, demoledora época de posguerra.

No dormía bien. Tampoco Gottfried. Nos quedábamos despiertos en camas separadas, sabiendo que el otro estaba despierto y era desgraciado. O fumábamos, mientras las puntas de nuestros cigarrillos se encendían y se apagaban como luciérnagas. Fuimos más amigos en aquellas largas y difíciles noches que durante el resto de nuestro matrimonio.

Él decía lentamente: «Sí, desde luego, esta época no es muy agradable».

Y yo decía: «Supongo que se acabará, ¿no?»». «Sí, creo que no es ninguna temeridad suponerlo.» Solía escuchar los trenes maniobrando y jadeando a unos setecientos metros, y la larga estela chirriante de la partida cuando un tren se iba a alguna parte. Solía oír el carro de la leche que pasaba por la calle, y paraba y se ponía otra vez en marcha, el caballo que se sacudía los arreos y la voz del lechero, que, para no despertar a los que, al alba, aún dormían, hablaba en shona, suave, persuasivo, al caballo.

Towards the hooves and clanking of the milk

The hours began to chime together

And there, dawn-lit, the church stood high against a sky of silk.

«Cuando sonaron los cascots y el rechinar de la leche / Las horas empezaron a repicar / Y allí, a la luz del alba, se erguía la iglesia contra un cielo de seda.»

Soñé estos versos. Siempre me despertaba con versos en mi lengua. Qué lástima que yo no fuera una auténtica poeta. De serlo, aquel filtro o tamiz a través del cual los sonidos deben de caer desde el mar del sonido hasta convertirse en palabras, se afinaría y se haría más sutil. Solía pensar: Puestos a soñar secuencias de palabras, ¿por qué no son mucho mejores? Pero esto es, en verdad, pretender un don que no se tiene.

Tomábamos parte en actividades sociales que en otro tiempo habríamos calificado de «burguesas» y, por tanto, despreciables. Bailábamos en el Highlands Park Hotel, a varios kilómetros de la ciudad, los sábados por la noche. Era un lugar cercano a donde yo había trabajado de doncella con los Edmonds, frente a Rumbav Park. Una gran sala de baile, un bar, y un patio bajo árboles musasa donde podíamos sentarnos entre baile y baile. Gottfried sacaba su yo ruso, y rompía copas y decía a la orquesta negra que tenían que aprender música gitana. Yo me sentaba bajo los árboles y, bastante ebria, meditaba sobre cómo describir la atmósfera del lugar cuando escribiera sobre él: Cerco de tierra. Athen Gouliamis y su amigo, que había partido recientemente a Grecia, vinieron en una ocasión y dijeron que ahora comprendían por qué la burguesía era tan reacia a perder sus privilegios. La luna, una aparición triste, pasajera, asistía a estos saraos.

En una ocasión, entre los que bailábamos, un grupo provinciano, apareció una mujer con un maravilloso vestido negro de encaje, en brazos de un hombre que le doblaba en edad, todavía en uniforme (de nuestro ejército, no del de Gran Bretaña.) Era bastante encantadora, pero su cara se descomponía, como una máscara de cera junto al fuego: ella sabía que yo comprendía su situación, que me resultaba familiar lo de una inglesa que se casa con un colonial para asegurarse el futuro. Nos quedamos juntas en la terraza a la luz de la luna y ella me dijo: «En Londres yo era modelo». Luego: «No puedo llevar este vestido aquí, ¿no te parece?». «¿Por qué no? Nos sube un poco el tono.» Luego, de repente, una petición y una afirmación al mismo tiempo: «¿Seré feliz aquí?». Y después siguió bailando y bailando en aquellos complacidos brazos maduros.

Yo leía, leía, leía. Leía para salvar mi vida. Qué difícil resulta transmitir el tirón y el arrastre de los malos tiempos que parece que nunca acabarán, aptos sólo para contemplarlos a través del ojo sin pestañear del lagarto. Sugerí algo del horror de todo

ello en *Going Home*. Dejémoslo. Leía poesía, recitando —silenciosamente, o por decirlo así, bisbisando— versos de Eliot, de Yeats, como oraciones. Leía a Proust, que me fortalecía al ser su mundo tan radicalmente distinto de lo que me rodeaba. Entre otras maravillas, aporta un mundo extraliterario, más parecido a la historia. Proust narra, en una ironía de once volúmenes, cómo los aristocráticos Guermantes acabaron por absorber a personas a las que antes, por desprecio, no habían querido ni siquiera conocer. La hija de la cortesana, Odette, casada con un aristócrata, la vulgar Madame Verdurin convertida en la princesa de Guermantes. Nos invita a observar aquel proceso siempre repetido —uno de los largos, lentos ritmos de la sociedad— en el que triunfan los rechazados y despreciados, y cómo ellos a su vez desprecian a aquellos que los suplantarán. Habría podido utilizar esta historia ejemplar para animarme respecto a las aparentemente indestructibles estructuras de la «supremacía» blanca, pero yo no era tan inteligente.

Noche tras noche soñaba con el mar, que avanzaba y retrocedía en mi sueño en tristes mareas de nostalgia, de añoranza. El título *Cerco de tierra* parte de entonces.

Empecé a estudiar afrikaans. ¿Qué podía ser más ridículo? «Bien, si no consigo salir de aquí mejor será que aprenda...» Mi profesora era una joven afrikaner y nos encontrábamos en el café del parque y nos reíamos mucho. Su marido, que era maestro, había escrito una novela que ella me trajo para que diera mi opinión. Era de esas novelas casi buenas pero necesitaba una segunda redacción. Estaba llena de aquel lirismo y aquel amor por la naturaleza y las mujeres para los que los escritores afrikaners están tan dotados. Pero le dije a él: «Oye, no puedes escribir un libro que es una copia de *Adiós a las armas*». Incluso el final, la lluvia que cae sobre el desconsolado amante, era idéntico. Él no había leído nunca *Adiós a las armas*, ni había oído hablar de la novela. No fue la última ocasión en que he recibido la novela de un aprendiz que es un plagiaro inocente.

A la salida de Salisbury estaba, y aún está, Mermaid's Pool, con rocas que entran en el agua, rodeadas de jungla. Era y es un lugar para meriendas en el campo, «picnics», aunque hoy hay que pagar y venden perritos calientes y Coca-Cola. Los domingos solía coincidir allí una improbable amalgama de personas, unas veinte o treinta. Harry y Monica. Dora y sus dos hijos. Si estaba en la ciudad, Mary con sus dos hijos. Frank Wisdom y Dolly, ya casada con Frank. Jean y John. Gottfried y yo misma, y nuestro hijo. Hans Sen. Por regla general, una o dos de las chicas enamoradas de Gottfried, y algunos de los de la RAF, amigos nuestros o de mi madre. También, mi madre. Cuando ella se enteró de estas meriendas se quedó horrorizada, pero luego empezó a orquestarlas. Entonces fui yo la horrorizada. En un principio, los asistentes a los picnics éramos Gottfried y yo, el bebé, Hans Sen, nuestros amigos, y Dora. Ella habló de los picnics a Frank y él inmediatamente dijo que sería una forma agradable de que los niños vieran a su madre. Mientras tanto mi madre había estado organizando «encuentros» con los niños en situaciones cuidadosamente controladas. Controladas por ella. Me resultaron casi insostenibles, y amarga —pero silenciosamente— la acusaba de disfrutar de la situación. Ella debía de pensar Se lo tiene bien merecido, pero la verdad es que el noventa y nueve por ciento de la gente habría sentido lo mismo. No Dora, mi querida Dora, quien nunca, jamás, me criticó, y con quien me veía a menudo para enterarme de cómo les iba a los niños. Nos pasábamos más o menos una hora tomando helados en la cafetería de Pockets, donde las esposas de los funcionarios que organizaban los tés matinales a los que yo había asistido me dedicaban comedidas sonrisas, y acto seguido me criticaban en voz baja. Dora se desprendía de su máscara de esposa convencional, y parecía veinte años más joven. Sus brillantes ojos de color avellana eran amables y picaros, sus rosados labios esbozaban una mueca de malicioso

disfrute, era una guapa y divertida mujer, algo que poca gente llegaba a descubrir, y desde luego no su marido. (Lo gracioso es que a él le habría gustado mucho.) «¡Querida! ¡Pero qué lumbreras, qué inteligentes, qué inteligentes llegan a ser! ¡Pues claro que los pobrecitos John y Jean deben ver a su madre con su nuevo marido y su nuevo bebé! Los pobres no comprenden un pepino, pero ¿qué más da? Estos Wisdom, tan tan listos, están bastante chochos, pero dejémoslo. Querida, ¿nos volvemos totalmente locas y nos tomamos otro helado?»

La verdad es que sería difícil imaginar una situación más confusa para los dos niños: allí, inexplicable y repentinamente, estaba su propia y auténtica madre, pero con otro bebé en sus brazos y con otro marido que no era su padre. Más tarde, al preguntarles sobre aquellos encuentros, dijeron que lo que más recordaban era que Gottfried les daba miedo. ¿Por qué seguí con eso? Para empezar, cuando una parece ser la culpable, no resulta fácil imponerse. Además, me sentía arrastrada por poderosas corrientes, y el problema era que resultaban contradictorias. Consideraba —y aún me pregunto si habría sido lo adecuado— que tenía que cortar radicalmente con los dos niños hasta que —la fórmula que se utiliza en semejantes situaciones— fueran lo bastante mayores como para comprenderlo. Me imaginaba en una casa propia, pero esta expresión no significaba sólo un piso o una casa, más bien una sensación de mí misma sólidamente instalada en alguna parte; no importaba dónde, ni se trataba tampoco de dinero, ni de respetabilidad, sino de haber conseguido una identidad que justificaría mi abandono. Mientras tanto, aquellas meriendas eran una pesadilla, y a partir de entonces siempre he puesto en duda lo de la «familia ampliada». Y por lo que se refiere a los dos niños, lo peor que me dijeron nunca fue el comentario de John —cuando ya era casi un hombre de mediana edad—: «Comprendo por qué tuviste que abandonar a mi padre, pero esto no significa que no te guarde rencor».

Mi madre no tenía idea de con qué —callada— amargura la acusaba, ni de mi fría y frustrada rabia. ¿Por qué iba a saberlo? Se limitaba a hacerlo lo mejor que podía, cumpliendo lo que ella consideraba su deber. Irrumpía siempre en mi vida imaginando que, tras dialogar conmigo, sus irrefutables puntos de vista me dejarían sin réplica y yo acabaría por convencerme de la bondad de sus planes. Pero en cuanto llegaba, su pobre cara de anciana se hundía en la contrariedad porque la joven que le plantaba cara en nada se parecía a la que ella había aplastado en la discusión. «Siéntate, madre. ¿Quieres un cigarrillo? ¿Una taza de té?... No, madre, no, no lo siento, no.» Por aquel entonces sabía que Gottfried y yo estábamos divorciándonos, y secretamente, estoy segura, le complacía, porque luego yo me podría casar con un agradable inglés. Decía que se alegraba de que mi padre estuviera muerto, porque este nuevo disgusto le habría matado. Había llegado a la conclusión de que sería mejor que ella viviera conmigo y me organizara la vida, dado lo irreflexiva e irresponsable que yo era. La verdad, no obstante, es que ella quería vivir con mi hermano y organizar su vida y la de Monica. Y no podía darse cuenta de que aquello no podía ser.

Harry y yo éramos crueles a la manera en que a menudo lo son los hijos adultos. Le decíamos que debía casarse de nuevo. Había un par de hombres nada despreciables que querían casarse con ella. A Harry y a mí nos parecían bien. Ella decía: «Pero, ¿cómo voy a casarme con otro después de haber estado casada con vuestro padre?». Y afirmaba: «Una vez que has estado verdaderamente casada con alguien no puedes casarte con otro». Una opinión sobre el matrimonio, o sobre su matrimonio, que hoy posiblemente muchos no comprenderían. Contaba poco más de sesenta años, era una mujer guapa, bien vestida, con un seco humor, eficiente, práctica y pletórica de energía. Vivía como habría vivido en Inglaterra: se dedicaba a obras de caridad y visitaba a gente agradable. Nunca la invitaron a la delegación del gobierno, como era su sueño. Frank la

aconsejó económicamente, y lo mismo hizo Gottfried. «Es curioso», decía ella, con su desdén por las ironías del mundo, «con lo que Frank y Gottfried saben de dinero, y tú sigues siendo una inútil.»

El significado de esto era: «No comprendo por qué no te preocupas por tu futuro, tu seguridad, las apariencias. ¿Y por qué te contentas con vivir de esta forma desastrada?». Porque Frank, con quien ya había vivido en muchos lugares desastrados, era ahora la esencia del conformismo. Ella estaba confusa. Y lo mismo me pasaba a mí. Cuando lo conocí, Frank proclamaba despreciar cualquier cosa que se pudiera considerar «burguesa», desde las hipotecas a la fidelidad.

Cuando tenemos veinte años, no nos resulta fácil imaginar que nuestros amigos, gandules o aventureros, nuestros colegas o compañeros tan dispersos, ineptos o revolucionarios, se convertirán en padres y madres de la patria, y en general gobernarán el mundo. Frank, que cuando yo lo conocí, no hacía ni diez años, era un funcionario en lo más bajo del escalafón, ahora ya rozaba los cuarenta y subía como la espuma. Más adelante pasó a ser presidente del Tribunal Supremo. Entonces era secretario de Justicia. Cuando fue secretario de Agricultura Nativa, su política resultó demasiado progresista para la época. Hizo cuanto pudo para aumentar el número de granjeros negros. Cuando Zimbabwe consiguió la independencia, el número de estos hombres (y mujeres) preparados y expertos permitió que la agricultura negra tuviera éxito, mientras que en países vecinos fue muy mal. El ministro de Agricultura Africana era Graham, duque de Montrose, un verdadero «alcornoque»... Esta biografía compendiada de su padre me la proporcionó John Wisdom en 1992: él se enorgullecía de su padre, aunque le costaba entenderse con él. El ministro no aprobaba las ideas progresistas de Frank, y tampoco los otros miembros del departamento las compartían. Dejaron a Frank «en un rincón», nombrándolo secretario de Justicia y, luego, lo ascendieron a otro «rincón», la Junta de Servicios Públicos. Varios de los miembros de la Junta de Servicios Públicos se opusieron a políticas que impedían que los funcionarios negros sobrepasaran un cierto nivel: el famoso «techo» ya no era algo tácito sino que se formulaba como ley. A Frank le pareció intolerable y dimitió, a los cincuenta y tres años. De haberse quedado, habría pasado otros doce años en la Administración. Se asoció con un compañero del Sports Club, un tal Chippy Pringlewood, en una compañía llamada la Guardian Trust, y trabajaron conjuntamente, como independientes, para el Tribunal Supremo.

Frank, años más tarde, era un hombre frustrado, en desacuerdo con la Política Nativa. Si los puntos de vista que él y otros como él defendían se hubieran aceptado, la historia de Zimbabwe habría sido muy distinta. Para empezar, habría existido un estrato de gente negra preparada en la Administración.

A finales de 1948, de repente todo empezó a moverse. Gottfried se convirtió en ciudadano británico, y también yo. No hay manera de exagerar lo que sentí al perder mi nacionalidad británica por casarme, y al tener que solicitarla de nuevo. Es algo más profundo que las palabras, o las lágrimas o... ¿qué? Estos procesos discurren lejos de la visión y de la comprensión. Ante mi pasaporte británico sentí una emoción que el patriota más ingenuo aplaudiría. Desde entonces la ley ha cambiado. Habían empezado los trámites del divorcio. Dado que Gottfried era muy conocido dentro del ámbito de la abogacía, fue una pura formalidad, y discurrieron con rapidez, a pesar de que los tribunales estaban atascados por los divorcios durante la guerra. Yo le había abandonado o él a mí, lo he olvidado, pero seguimos viviendo juntos durante todo el proceso. Nada podía ser más amistoso. Yo tendría la custodia del niño hasta que cumpliera los quince años, y a partir de entonces recaería en Gottfried; padre y madre tendrían acceso, y Gottfried pagaría una suma mensual para el mantenimiento: fue él quien insistió sobre este particular, por alguna razón legal. Los dos dábamos por supuesto que, puesto que viviríamos en la misma ciudad, Londres, y los dos tendríamos ingresos, el dinero no sería un problema. Aún me gustan los acuerdos de aquel divorcio. En aquellos tiempos se daba por supuesto en círculos progresistas que la buena voluntad debía gobernar los divorcios, que en cualquier caso sólo eran una formalidad requerida por la ley, que — por descontado— es torpe. Cuando hoy veo las condiciones tan avariciosas o vengativas que muy a menudo reclaman las feministas, siempre en nombre del progreso, pienso que nuestra generación era más agradable.

Mientras, ninguno de los dos tenía más que el dinero justo para pagar los pasajes a Inglaterra. Gottfried había creado un buen y próspero bufete legal literalmente a partir de la nada, pero jamás había recibido ni una palabra amable como recompensa. Yo había ganado algún dinerito con mis relatos y con mi paga de mecanógrafa parlamentaria.

Un editor de Johannesburgo había comprado *Canta la hierba*. Cuando Juliet O'Hea de Curtis Brown, en Londres, vio el contrato, montó en cólera, dijo que se debería denunciar al editor por delincuente, y le mandó un telegrama a tal efecto. Para empezar, el editor recibiría el cincuenta por ciento de los derechos de autor. Él lo justificaba diciendo que el libro era arriesgado y necesitaba una compensación. Mientras tanto, no hacía ninguna tentativa de publicación, y renunció al recibir el telegrama. Nunca se había mencionado la cuestión de un anticipo. Juliet vendió el libro a Michael Joseph casi inmediatamente.

Yo iría primero a Londres y, cuando llegara Gottfried, él conseguiría un buen trabajo y me ayudaría en el sustento.

Aún no resultaba fácil conseguir una litera en un barco, desde luego no desde Rhodesia.

Un amigo de Gottfried vino a visitarnos desde Johannesburgo, en varias ocasiones. Era rico. Nos aconsejó dejar aquella casita, para ahorrarnos el alquiler, y que yo viviera en su casa, hasta que pudiéramos conseguir una litera en un barco. Gottfried viviría en casa de amigos. Así se hizo. Finalmente abandoné Salisbury, Adiós, adiós. Por fin me iba... y me encontré en Johannesburgo, en una gran casa del mismo barrio residencial

donde había vivido en 1937: perros guardianes, ventanas con rejas, guardias de noche, riqueza. Pero éstos eran comunistas, en la ocasión anterior se trataba de la Cámara Minera. Ninguna diferencia en el estilo de vida.

Los nacionalistas estaban en el poder, y algunos antiguos comunistas sentían pánico, enterraban libros y celebraban en secreto sus encuentros. El ambiente era totalmente distinto de la exuberante confianza de sólo dos años antes.

Un día escribiré un libro titulado, *Gente rica a la que he conocido*. La familia con la que entonces vivía ocuparía un lugar estelar. Él, el marido, organizaba un cisco por unos peniques de más en una libra de tomates, mientras la esposa intentaba reír. Él insistía en que el coche recorriera kilómetros para ir a comprar verduras en un mercado donde eran un poco más baratas. Ella era una cockney, del Unity Theatre de Londres, famoso por sus espectáculos políticos y sus obras de izquierdas cuando la Guerra Fría estaba en su apogeo. Salieron muchos famosos actores y actrices del Unity Theatre, que más adelante perdieron brillo, porque a finales de los años cincuenta y sesenta, el socialismo se puso nuevamente de moda y el Unity Theatre no estaba solo. No se puede retratar a alguien como una cockney. Este tipo de chica bonita, impertinente y lista, ¿dónde está? Antes estaba en libros y obras teatrales (Pígalión, para empezar) y se la reconocía en cuanto abría la boca. Si existe, ya no se la considera representativa. Aquella muchacha cockney, en aquella casa, ahora una mujer rica, enloquecía de tedio, exactamente como la mujer de la casa de al lado. También estaba algo loca de celos, de mí. La oía —era inevitable— telefonar a sus amigas con palabras repetidas, a gritos, «Y ella está aquí, en esta casa». Lentamente caí en la cuenta de que se refería a mí. Ni se me había pasado por la cabeza enamorarme de su marido. Para empezar, estaba llena de ansiedad. ¿Estaba él enamorado de mí? De ser así, sólo se podía hablar de la más tenue tendresse. Portazos, aullidos telefónicos, marido y mujer que se gritaban mutuamente. Dije que me iba de inmediato, ellos dijeron que era una tontería, tenía que quedarme, pero siguieron chillando. Aún no había noticias del barco que llegaría a Ciudad del Cabo. Reservé literas en el tren que iba al sur, pero antes de abandonar la más desagradable de las ciudades, se produjeron dos acontecimientos. El primero tuvo lugar cuando un estudiante de medicina me llevó un sábado por la noche a una clínica que dispensaba tratamiento médico gratuito en un barrio negro. Los viernes y sábados por la noche, aquella sala inmensa, desnuda y mal iluminada se llenaba de víctimas de peleas con cuchillo. Me senté en un taburete en un rincón y contemplé durante horas cómo negros borrachos entraban tambaleantes, o en camilla, rajados por cuchillos y pangas, y desangrándose. Eran luchas tribales. Algunas heridas eran terribles. Un par de hombres murieron. Cuarenta años más tarde conocí a un joven médico blanco de Johannesburgo que me dijo que se había pasado los fines de semana en una clínica para negros, que llegaban con heridas de cuchillo, borrachos o, más a menudo, enloquecidos por drogas. Nada había cambiado, excepto que ahora eran las drogas también, entonces sólo el alcohol.

Lo otro que recuerdo es una comida en mi honor... pero de todo aquello sólo recuerdo que en la mesa estaban los literatos y políticos de la izquierda que tenían renombre en aquella época. Uys Krige, el poeta, estaba allí, y también los directores de revistas que habían publicado mis narraciones. También estaba Solly Sachs, la sindicalista, y un par más de sindicalistas.

Durante un breve periodo, en Sudáfrica —los nacionalistas acabaron con ello— había sindicalistas que unían a los trabajadores blancos pobres, los trabajadores indios y los trabajadores mulatos, para mejorar las condiciones. Imposible... pensarías, pero fue la personalidad de aquellos hombres la que lo consiguió. ¿De qué hablamos durante el almuerzo? Estoy segura de que todos hablamos, todo el rato, de la llegada al poder de

los nacionalistas y de lo que significaría para Sudáfrica, así como de la llegada al poder de los comunistas en China.

Más tarde, en Inglaterra, recibí una carta de uno de los sindicalistas que decía más o menos: «¡Camarada! Me he pasado la vida al servicio de la humanidad necesitada, mejorando las vidas de los parias de la tierra. Mis ojos constantemente se dirigen a los gloriosos horizontes hacia los que marcha toda la humanidad. Puedo afirmar que nunca me doy tregua, todo cuanto hago o pienso es a favor del bien de todos y...». Seguía así a lo largo de unas dieciséis páginas, y sólo al final comprendí que me proponía vivir juntos, o, por lo menos, acostarnos juntos. Me sorprendió porque ni siquiera me había sentado a su lado durante el almuerzo. Más tarde, no obstante, acumulé casi una colección de cartas similares: era el espíritu de la época. Un estilo, sin embargo, apropiado sólo para ciertas naciones: es difícil imaginarse a los anglosajones dedicándose a esto. Dos polacos, dos yugoslavos, dos afrikaners y un revolucionario de Chile; pero apenas había diferencia entre sus cartas.

En caso de que se inicie de nuevo el ciclo, he aquí un consejo útil para las mujeres. Ni se os ocurra responder algo tan burdo como: «Ah, te gusto, ¿no? Muy bien, nos vemos y a ver qué pasa». No, lo que hay que hacer es escribir por lo menos un número equivalente de páginas rebosantes de parecida sensiblería, y acabar diciendo: «Siempre estaremos juntos en la lucha».

Este consejo resultará útil en otra situación parecida. Recibís una carta muy larga (quienes las escriben siempre tienen todo el tiempo del mundo) de esta guisa: «Las perspectivas cósmicas de eternidad me atraen hacia ti y siento que debemos conocernos y compartir nuestras ideas sobre...». La respuesta debería ser: «Tú y yo siempre estaremos juntos en un plano superior, ¿qué necesidad hay de un encuentro de carne y hueso?».

Encontré la casa de huéspedes más barata de Ciudad del Cabo. La describí en *En busca de un inglés* —biografía escrita de forma cómica, y ¿por qué no?— pero la verdad es que fue una época desalentadora, que parecía no tener fin. El barco daba vueltas alrededor de la costa. El agente decía Sí y después No. Esperaba un soborno, pero esto nunca se me pasó por la cabeza. Seis semanas fueron el alto precio que tuve que pagar por la honradez. La casa de huéspedes, una construcción de madera, parecía ocupar un acre, y estaba abarrotada, no sólo con gente del campo, parientes de la mujer holandesa que la regentaba, y que utilizaban el lugar como una extensión de sus propios hogares, sino también de novias de guerra inglesas. Había dos parejas destinadas al Gran Desastre del Cacahuete en África Oriental. Uno de los jóvenes maridos moriría un año más tarde de malaria. (Éste fue el plan que costó millones de libras y fracasó de inmediato, y dejó muestras de la tecnología agrícola más avanzada oxidándose en los límites de campos, que rápidamente se llenaron de malas hierbas y árboles jóvenes. Por lo visto, nadie se preocupó de pedir consejo a los naturales del lugar.) Mientras tanto, los cuatro se hallaban rebosantes de idealismo. Las novias de guerra inglesas eran valientes y ansiosas. Algunas habían esperado años para conseguir un lugar en el barco, y ahora tenían que reunirse con los maridos o prometidos a quienes habían visto por última vez en el febril tiempo de guerra en Gran Bretaña. Algunas tenían niños de corta edad. Dos veces durante aquellas seis semanas llegaron mujeres de los barcos, mientras otras emprendían interminables trayectos en tren hacia Rhodesia del Norte, Rhodesia del Sur y Nyasaland. Sólo entonces comprendí lo muy afortunada que había sido por haber crecido en África y no en los condados patrios. Aquellas mujeres me parecían ignorantes, ingenuas, insulares. Me sentía protectora, como si se tratara de niñas. Pero lo más importante fue esto: lo que ellas sabían, lo que habían hecho, estaba determinado por su clase. Incluso aquí, en este lugar, que hubiera sido una buena excusa para

confraternizar, las damas de los oficiales y las mujeres de otros rangos estaban separadas, igual que en Kipling. Las mujeres de clase media, y una o dos de clase alta, se sentaban en un apretado grupito defensivo a un lado de la terraza, bajando un poco el tono de sus agudas voces mandonas cuando hacían comentarios poco amables sobre los hijos de clases más bajas. La gente las observaba preguntándose —no por primera ni última vez enfrentados a este fenómeno— qué concepto tenían de sí mismas, que les permitía ser tan arrogantes. Ninguna de ellas hubiera podido mantener una conversación durante cinco minutos con hombres de la clase obrera o de la clase media baja (perdón, pero esto es Gran Bretaña) que eran productos de lo que ahora es —¡ay!— una cultura muerta, asesinada por la televisión; las facultades de trabajadores, los centros de estudio socialistas, liberales, comunistas y pacifistas, las escuelas de verano, las escuelas nocturnas, los grupos literarios, que habían asistido a conferencias y cursos en Salisbury y Bulawayo. Porque habrían perdonado la vida a aquellos hombres. Yo miraba y me prometía: «No seré así, no seré así»... lo que quería decir que no me permitiría jugar a este juego de las clases. Al cabo de un par de años me encontré metida de lleno en ello. Al cabo de un par de años escribí una reseña de libros para la John O'London Weekly, donde inocentemente comenté que Inglaterra estaba tan condicionada por castas como la India, y me vi inundada de cartas que replicaban que no existía el sistema de clases en Inglaterra, cartas todas ellas escritas por gente de clase media. Al cabo de un par de años me encontraré en un juzgado londinense durante la época de la gran huelga Ford, contemplando a un patán de juez mofándose y burlándose de uno de los líderes de la huelga por su acento y su gramática, humillándolo deliberadamente. Mientras escribo esto, sarcásticas bromas sobre nuestro actual primer ministro, que es de clase obrera, y su esposa, y sus gustos lingüísticos, animan nuestros periódicos. Sí, sí, no somos el único país con gente esnob, pero ¿qué otro país podría inventar ese penoso jueguecito de «tiene clase/no tiene clase» y encontrarlo divertido? ¿Encontrarlo divertido durante años? Pobre Inglaterra. Pero de nada sirve lamentarse, aparentemente no se puede hacer nada.

Las semanas que pasé en aquella casa de huéspedes me enseñaron cuan limitada estaría, con tan poco dinero y un niño pequeño. Me encontraba en la espectacular, bella y —según había podido comprobar— «bohemia» Ciudad del Cabo, pero sólo con dificultad encontré el tiempo suficiente para salir de la casa de huéspedes y hacer cola en la oficina de embarcación. Desde que había nacido el niño, mi marido había sido un buen padre, había contado con amigos que competían por el placer de cuidar del niño, y mi madre se había quejado de que no le pedíamos suficiente ayuda. También había tenido un criado. Ahora estaba sola. Pero nunca, ni entonces ni más tarde, consideré que había cometido un error. Supongo que es una cuestión de carácter. Siempre me ha parecido tonto decir: Ah, ¿por qué hice esto? Pero nunca llevé la vida de aventuras con la que había soñado, explorando la África salvaje o el desierto de Gobi; nunca recorrí el Mediterráneo, ni disfruté de la vida de café en París. Todo estaba determinado por el hecho de que tenía un niño pequeño. Intenté ganarme la vida escribiendo y lo hice, pero viví en situación precaria durante un tiempo: tuvieron que pasar diez años de mi llegada a Londres para que ganara el equivalente al sueldo de un obrero medio. Nunca se me ocurrió lamentarlo, porque toda la gente a la que conocía era pobre. Hoy los escritores jóvenes hablan primero de anticipos y seguridad, pero nosotros pensábamos de forma distinta, quizás debido a la guerra. Queríamos escribir, triunfar según nuestras posibilidades, mantener nuestra independencia y nuestra vida privada. Ningún escritor puede hacerlo hoy, porque nuestra personalidad, nuestra historia, nuestra vida, pertenecen a la maquinaria de la publicidad.

Me costó tiempo, mucho tiempo, darme cuenta de algo obvio. El niño —mi cruz, mi



«carga», así veía la gente mi situación— fue lo que me salvó. (Ésta fue la razón por la que tanto me gustó la primera novela de Margaret Drabble, *The Millstone*.) Si yo hubiera llegado a Londres sola, habría sucedido lo siguiente: el Soho era entonces un lugar atractivo, por no decir seductor; pronto me habría abierto paso allí; por tercera vez en mi vida habría sido la chica recién llegada. Pero este particular mundo no era justo con las mujeres. Se tragaba a las muchachas como chocolatinas... o como ginebras con tónica. En el libro de Daniel Farson, *Soho in the Fifties*, las mujeres apenas si aparecen. Las fotografías de Nina Hammett —en el pasado una bella y seria artista— que nos la presentan vieja, ebria, incontinente, como una pordiosera que pide que la inviten a un trago o le den una limosna, son reveladoras. A principios de los años sesenta, Elizabeth Smart, que aparece en el libro de Daniel Farson como una habitual del Soho, almorzó conmigo. Bebió y lloró y lloró y bebió desde el mediodía hasta las siete de la tarde, y se mostró muy aguda respecto a su vida y las vidas de las mujeres. ¡No la escogería para hacer publicidad sobre la *joie de vivre* del Soho! De los habituales del Soho sólo Francis Bacon prosperó. El propio Daniel Farson se fue de allí. Había una constelación de gente dotada, pero la mayoría bebía y malgastaba su talento: se puede perder el mundo por los chismes. (Se ha perdido por mucho menos.) El actual equivalente, el Groucho Club, una bohemia edulcorada, también devora el talento, pero la conversación en los antiguos clubes era mejor. Existía la atracción del Mandrake, el Gargoyle, el French Pub, el Colony. En una ocasión el escritor John Somerfield me llevó a todos estos lugares, porque él decía que yo tenía que conocer cómo vivía la otra mitad. Me parecieron asquerosos, pero entendí lo atractivo que podía ser aquel ambiente. Todos eran unos excéntricos y tarados, raros y originales, y habían creado un mundo en el que sentirse a gusto. Es decir, pura bohemia. Igual que nosotros en Salisbury, Rhodesia del Sur. ¿Cómo no iba a comprender yo a la gente que se perdía allí? Yo también me habría perdido, estoy segura. Me resulta muy fácil imaginarme bebiendo en exceso una vez más, como no lo había hecho desde 1942 con el final de mi primer matrimonio. Y luego me habría enamorado de uno de aquellos poetas y pintores. No porque resultaran espectaculares, sino porque eran almas en pena. Irresistibles. Pero no eran hombres para enamorarse de ellos. Sólo si se tenía la facultad del sufrimiento. Lo crean o no, yo aún no había comprendido que estaba cualificada para las lágrimas. Sí, el Soho me podía haber admitido, pero me salvó el hecho de que tenía una responsabilidad, el niño. Era una dura responsabilidad. Era un niño de muy buen carácter y muy sociable, pero no era un dormilón. Se despertaba a las cinco y se dormía a las nueve o a las diez de la noche, y nunca dormía durante el día. Y así hasta los nueve o diez años. Con lo cual yo también me despertaba a las cinco. En aquellos tiempos las madres consideraban obvio que había que levantarse con sus hijos, pero hoy las mujeres pueden dejarlos a su propio albur hasta que ellas quieren levantarse. A veces durante horas. «Es mi derecho.» Autre temps, verdaderamente autres tñéres.

Peter disfrutaba —durante dieciocho horas al día— de aquella gran casa de huéspedes, como una reunión de gigantescas cajas de embalaje, y del inmenso jardín lleno de frutales y también de todos los otros niños. Por lo que se refiere a mí, miraba y esperaba. Me he pasado gran parte de mi vida esperando. Es propio de mujeres, más que de hombres. Se habla de la famosa pasividad de las mujeres, pero a menudo no es más que un mecanismo de protección. Quizás también lo sea el mirar hacia delante y hacer planes, que no se basan más que en ilusiones. Yo no esperaba que me resultara fácil en Londres, pero creía que tendría el apoyo de Gottfried, un padre para el niño, y mi buen amigo. Yo no esperaba educar sola al niño, que es lo que sucedió. De haberlo sabido, me habría sentido, cuando menos, inquieta. Pero no estaba en absoluto asustada, allí en aquella terraza, contemplando a los niños mientras jugaban entre venerables frutales.

Eran hijos de la guerra, pero las conversaciones sobre las trincheras no planeaban sobre sus infancias. Me sentaba día tras día, contemplando a los niños, y escuchando a las novias de guerra instaladas al otro extremo de la terraza conversando sobre su futuro en África, y comparaba sus expectativas con lo que yo sabía que se encontrarían. Y me preguntaba cómo le iba a Gottfried con sus planes para vivir en Londres. ¿Había recibido noticias de sus posibles patronos, a los que había escrito, mencionando a los previos y distinguidos Lessing que ya habían vivido y trabajado en Londres?

He aquí lo que realmente sucedió con Gottfried Lessing.

Poco después de mi llegada a Londres, llegó él. Dorothy Schwartz había decidido probar suerte en Londres. Tenía un piso y Gottfried ocupaba una de sus habitaciones. Él confiaba en que la peor época de su vida había pasado y en que inmediatamente conseguiría un trabajo en Londres. No había respuesta a sus solicitudes. Se entretenía trabajando para la Sociedad de Relaciones Culturales con la URSS, y esperaba. Difícil imaginar una época en que fuera más difícil para un alemán y un comunista encontrar trabajo en una firma respetable. Lo jocoso es que, diez años más tarde, nada habría resultado más chic que emplear a un alemán, incluso a un rojo, porque el comunismo volvió a estar de moda, y una vez más, al bajar la presión, la gente se proclamaba comunista... porque era estimulante, divertido mofarse de mamá y papá. La gente así nunca solicitaba el carnet del Partido. Muchos comunistas no tenían ni idea de qué significaba el comunismo. Recuerdo un almuerzo con un destacado realizador de cine que proclamaba las virtudes del comunismo y de la Unión Soviética, se decía comunista, y me preguntó si era cierto que un comunista tenía que ser ateo. Cuando le dije que existía una cosa llamada materialismo dialéctico, me dijo que él pensaba que la gente no debería preocuparse por su bienestar material. Este tipo de ignorancia era típica de los que adoptaban la moda del comunismo.

Gottfried se desanimó, se deprimió. Contrajo ictericia, no podía trabajar. Durante todo el tiempo nuestras relaciones fueron excelentes. Vio mucho a su hijo, en particular cuando, recién llegada, me rompí el omóplato. Consiguió un visado para visitar a su hermana y a su marido —«el eterno estudiante»— que trabajaban en el Kulturbund del Berlín comunista. De vuelta se mostró extasiado, había renacido todo su optimismo. Dijo que se iba a vivir allí, y quería que yo le acompañara. Esto me horrorizó: nunca, ni una sola vez, habíamos hablado de seguir casados o vivir juntos. Dijo: «Viven muy bien allí. Tienen pisos y coches y chóferes». También se rió de su obsesión por la seguridad. «Están locos», dijo, «creen que hay espías bajo las camas, y no me dejaron hablar en el coche porque el chófer podía oírlo.» Cuando les comentó que aquello era ridículo, le dijeron que había pasado demasiado tiempo en Occidente para comprenderlo.

Solicitó entonces oficialmente al gobierno de la Alemania Oriental que le permitieran volver como ciudadano. No hubo respuesta. Volvió a solicitarlo. Silencio. Él no podía comprenderlo. «Claro, tienen tantos problemas, hay que tener en cuenta estos factores.»

Entra entonces en escena Moidi Jokl, quien ejerció un efecto bastante sorprendente en mi vida, en distintos aspectos, pero me limitaré aquí a su influencia en la de Gottfried. Era muy conocida en Viena antes de la guerra. Una mujer muy joven —una muchacha— que había creado una programa de radio insólito por aquel entonces. Hablaba, cantaba, bromeaba, decía tonterías, se mostraba tan seductora que consiguió una gran audiencia: hacían buena pareja aquella novedad, la radio, y su carácter. Naturalmente, era comunista. Amiga de los comunistas alemanes, que entonces vivían a salto de mata, escondidos, en peligro, o en la Unión Soviética, los «muertos licenciados» que pasaron a constituir el gobierno de la Alemania del Este. Se fue a vivir a la Alemania del Este. Luego llegó la purga de Stalin contra los judíos en toda la Unión Soviética y los países comunistas satélites, la época que ellos denominaban «Los Años

Negros». La expulsaron de la Alemania del Este junto con otros muchos judíos. El joven policía que la acompañó hasta la frontera lloraba y decía: «Si expulsan a personas como usted, hay algo que va muy mal». Quizás él fuera de los que bailaron cuando cayó el Muro treinta años más tarde. Ahora ella era una de las primeras refugiadas del comunismo, en Londres, pero había refugiados de todas partes. Vivían como podían, sólo Dios sabe cómo se mantenían vivos; en ocasiones vivían diez o más en una habitación, o dormían en sofás en pisos de amigos, trasladándose cuando ya no eran bienvenidos, y se ganaban la vida traduciendo, trabajando en la confección, peluquería, cualquier cosa que pudieran encontrar. Todas las ciudades de Europa estaban llenas de gente como Moidi. Cuando le hablé de Gottfried, que esperaba una respuesta oficial a su solicitud oficial, se echó a reír, y dijo que parecía como si él no tuviera ni idea del mundo comunista. Tenía que irse a Berlín con un visado temporal y entonces tirar de los hilos. ¿Tenía parientes en altas instancias? Pasé esta información a Gottfried. Se mostró lleno de frío y despreciativo enfado: ser pobre, sin un verdadero trabajo, temeroso e incierto, le había hecho aún más comunista, y más estrecho de miras, suspicaz, paranoico. Dijo que no le interesaba oír propaganda antisoviética: ésta era la frase que se utilizaba entonces para la más leve crítica del comunismo. Siguió esperando. Moidi dijo: «Si nos conociéramos le contaría cómo es verdaderamente el comunismo». Al principio, él se negó, pero el tiempo pasaba y él seguía esperando al cartero. Organicé una cena. Y aún más chispas que en la cena con el freudiano y los miembros de la Delegación de Comercio Soviética.

Moidi era una mujer alta, pintoresca, exuberante, extrovertida, burlona, divertida, que parecía una gitana: un estilo siempre útil en momentos duros. Era el tipo de mujer menos susceptible de atraer a Gottfried. Él se sentó allí, elegante como siempre, con aspecto de diplomático, ni un pelo fuera de lugar. No comió nada, mientras Moidi comía con gusto y le decía cómo era el comunismo, y él iba desgranando con parsimonia todo el vocabulario comunista de insulto: propaganda antisoviética, mercenarios, perros de caza, chacales, y así sucesivamente. Cuando Moidi le dijo que él no entendía nada del comunismo, él le dijo que la entendía demasiado bien a ella y a la gente como ella. Moidi se fue riendo. Él se fue diciendo que yo estaba contaminada por la ideología imperialista y capitalista. Estaba muy furioso. Nunca le había visto así, y la verdad es que me asustó. Pero, a juzgar por los resultados, el encuentro fue un éxito, porque sólo unos días más tarde me dijo que había solicitado un visado para visitar a su hermana, y allí vería «qué se podía hacer». No volvió a mencionar a Moidi. Dijo que, cuando estuviera en Berlín, Peter podría visitarle durante las vacaciones. Yo le dije que no era bueno empezar algo que luego no podría mantener: Moidi había dicho que estaba loco si pensaba que podía mantener contacto con Occidente; la penalización era la muerte, o algo peor. Aquellos que tenían antecedentes o contactos occidentales se hallaban siempre bajo sospecha. Transmití estos mensajes a Gottfried, quien respondió mandándole insultos.

Cuando fui a la estación a despedirle, acompañada con el niño y Dorothy Schwartz, era un día frío, sombrío, gris, y a él ya se le veía extranjero, enemigo, con su gorro de astracán.

Consiguí un trabajo en el Kulturbund. Circulaba el «chiste» de que, como Hitler había eliminado a los comunistas, cualquier comunista que quedara estaba destinado a obtener un buen puesto. No sólo los comunistas: los que conocieron la jerarquía comunista de Berlín de años más tarde, se sorprenderían al oír que los inicios fueron abiertos y flexibles. A un hombre de negocios alemán que trabajaba en Londres y fue allí en viaje de negocios, le invitaron a un encuentro con los altos mandos, quienes le pidieron que se instalara allí y trabajara en la reconstrucción de Alemania. Les dijo que

no era comunista, que no le interesaba la política: le dijeron que no importaba, querían gente capacitada. Pero esto sucedía antes de la traca final de locura de Stalin, antes de que la Alemania del Este se endureciera y se convirtiera en un ataúd para los occidentales.

Muy pronto Gottfried escribió y pidió que Peter fuera a pasar el verano allí. Fue lo más espantoso que hice en mi vida, pero no vi ninguna razón para no confiar en él. El niño tenía cuatro años. Pasó dos meses, con sus primos, se divirtió mucho, y volvió con el inglés olvidado, parlotando en alemán. También le habían enseñado a comer con la mano izquierda junto al plato sobre la mesa, y a taconear y saludar con la cabeza cuando se dirigían a él.

Al cabo de un par de semanas desapareció el muchachito alemán, y regresó el muchacho inglés. Gottfried había mandado una carta con él diciendo que Peter debería pasar los veranos allí. Y luego... nada, silencio. El niño se había encariñado con su padre, a quien había visitado y visto con otra familia, y ahora su padre había desaparecido. Escribí a Alemania, mandé mensajes a través de gente que iba allí. Nada. Le escribí que el niño estaba desolado, que preguntaba por él y lloraba hasta quedarse dormido. ¿No podía él escribir cartas por lo menos? Pero nada. Luego fui yo a Berlín, e intenté entrar en contacto con Gottfried. Pero no contestaba las llamadas telefónicas ni respondía a los mensajes. Era antes de la construcción del Muro. Yo ya tenía un editor en la Alemania del Este. Le pedí que le presionara por mí. Lo hizo. No sé qué tipo de presiones. Yo estaba demasiado enfadada para que me importara el peligro de todo aquello. Me dirigí a uno de los nuevos y feos bloques de pisos y allí estaba Gottfried, con su hermana Irene, en un piso elegante, nuevo pero no muy grande, lleno de limpios muebles nuevos, del tipo que entonces se llamaba «sueco». Parecía como si la guerra no hubiera existido, como si ambos se encontraran en el tipo de vida que Hitler había interrumpido. Eran elegantes, mundanos, con aquel estilo medio cínico que a menudo utilizan los ricos y la gente de éxito. Ciertamente no eran ricos. Los dos insistían en que durante los fines de semana iban a «tomar contacto con la gente» y trabajaban en la construcción, o algo parecido. Le dije a Gottfried que había hecho promesas al niño y no las había cumplido. Gottfried se mostraba satisfecho y arrogante, como si nada importante hubiera ocurrido. Debía de estar muy asustado, yo no tenía idea de lo muy asustado que estaba. Me dio una pequeña cantidad de dinero, suficiente para comprar un juguete. Le dije que no me importaba el dinero, lo que quería era que mantuviera contacto con su hijo. Fue una de las peores experiencias de mi vida. Vi que mi visita no iba a cambiar nada.

Y así fue. Muy pronto Gottfried pasó a ser el equivalente del presidente de la Cámara de Comercio, un cargo más político que su correspondiente inglés. Gente que volvía de la Alemania del Este me contaba que se llegaba hasta Gottfried a través de despachos llenos de subordinados. Me mandaba distantes mensajes de buena voluntad. Gente que «conocía la partitura» me decía que, naturalmente, él no podía mantener contacto con Occidente, el precio era la muerte, en particular para aquellos que no habían pasado la guerra en la Unión Soviética, sino como refugiados. Otros que también «conocían la partitura» decían que el Partido, siempre preocupado por los valores humanistas, comprendería su necesidad de mantenerse en contacto con su hijo. Prueba de ello era que... A mí no me importaba no volverle a ver, y no le vi, pero me importaba mucho por su hijo. Por aquel entonces yo ya había desconectado, una puerta interior se había cerrado de golpe, yo «no quería saber»: ésa es la descripción más exacta de mi estado de ánimo.

Mientras, Gottfried se había casado con Use Dadoo. Dadoo, un indio, era uno de los que, en aquel ambiente notable y efímero que precedió a la llegada de los nacionalistas

al poder, organizaba —como Solly Sachs— a obreros mal pagados, indios, mulatos y blancos, todos juntos. Había una hija de aquel matrimonio, el de Use con Dadoo. Ella dijo que no iba a criar a una niña medio india en la fascista Sudáfrica y se volvió a su patria. Allí conoció a Gottfried. Se casaron, probablemente porque ambos compartían la experiencia africana. Debían de sentirse como peces exóticos en aquellas grises aguas. Gottfried fue un afectuoso padrastro para la hija de Use, de la misma manera que había sido un padre afectuoso. Y ahora algo difícil de explicar, es decir, si uno utiliza formas corrientes de mirar las cosas, dejando de lado la paranoia comunista. «Degradaron» a Gottfried y le obligaron a pasar un año en una escuela de reeducación comunista. ¿Qué necesidad tenía de ello? ¿Cómo podía existir un comunista más leal que él? Pero estaba contaminado de ideas occidentales y precisaba de un intensivo lavado de cerebro. No volvió a la Cámara de Comercio, por lo menos no directamente. Le mandaron a Indonesia, en realidad como diplomático, a pesar de que no se reconocía a la Alemania del Este como un estado independiente, y allí fue representante para el comercio. Ejerció mucha influencia en la política local. Cayó enfermo allí: el clima y la comida no eran adecuados para su hígado. Volvió a la Alemania del Este. Desde allí lo mandaron a Tanzania. Era un personaje muy conocido en África Oriental, y su influencia fue más allá de lo local. Los dos, Gottfried y su esposa, estaban bien preparados. Poca gente de la Alemania comunista podía tener sus conocimientos sobre África. Precisamente lo que influía en que su posición resultase precaria los hacía más valiosos. La ignorancia respecto de Sudáfrica era general en Europa. Cuando yo llegué a Gran Bretaña, y algunos años después, a mí y a otros, que intentamos decir que Sudáfrica y Rhodesia del Sur no eran tierras felices llenas de negros sonrientes y satisfechos, nos decían que exagerábamos, o que nos equivocábamos. En los años cincuenta, cuando yo presioné a prominentes miembros del Partido Laborista británico respecto de Rhodesia del Sur, considerada entonces —por los pocos que habían oído hablar de ella— un lugar justo y bonito, sencillamente porque era británico, resultó que aquellos políticos literalmente no sabían dónde estaba, creían que formaba parte o de Sudáfrica o de Rhodesia del Norte.

Una fugaz pero significativa anécdota sobre Gottfried e Use en Dar es Salaam. Un amigo mío, un amigo de amigos de Gottfried —un prominente político africano— se dejó caer por su casa ya avanzada la noche, con la informalidad africana. Una larga espera, voces asustadas, luego Gottfried abrió la puerta, obviamente asustado, mientras su esposa montaba guardia detrás de él, diciéndole con gestos que tuviera cuidado. Cuando mi amigo, aún plantado en el umbral, bromeó con Gottfried por ser tan precavido, Gottfried le dijo también con gestos que el lugar estaba intervenido, mientras bromeaba en voz muy alta y su esposa regañaba de forma estridente al visitante —para los micrófonos— por ser tan descuidado, tan desconsiderado. «Pero esto es África», protestó mi amigo, «esto es África.»

Mientras, Alemania del Este asesoraba a varios países africanos sobre la organización de cárceles, servicios secretos, tortura, informadores, según el modelo comunista. Somalia era uno de ellos. Uganda, otro.

Más tarde nombraron a Gottfried embajador en Kampala. Fue allí con su tercera esposa, Margot, porque Use había muerto, desilusionada con el comunismo. Probablemente esta tercera esposa fue la primera a la que él amó verdaderamente. Algunas fotografías tuyas me recuerdan a la viuda alegre vienesa. Se la ve una mujer cálida, amable, agradable. No era una intelectual y sin duda no era una persona política. El Partido no quería que se casara con ella, le dijo que se agenciara una esposa que ahora se calificaría de políticamente correcta. Tuvo que luchar con el Partido... y no debió de resultar fácil para él.

La «consigna» soviética era apoyar al carnicero Amin. Le apoyaron hasta que él se

escapó. Esto significaba que la Alemania del Este debía de apoyarle. Cuando Amin huyó, los tanzanos entraron para restaurar el orden. Todas las embajadas se habían ido días antes, en convoy, campo a través hasta Kenya. Todos excepto el embajador de Irak y el de la Alemania del Este: Gottfried, su esposa y dos empleados. La noche anterior a la entrada de las tropas tanzanas, Gottfried telefoneó al embajador de Irak, diciéndole: «¿Nos vamos juntos mañana, campo a través, hasta Kenya?». Él le dijo: «¿Está loco, está loco? Nos han dicho que nos quedemos dentro de nuestras casas, encerrados a cal y canto, y escondiendo la cabeza». A la mañana siguiente, Gottfried hizo subir a su esposa al coche, junto con los dos miembros de su personal, y se fue directo a la plaza donde estaban los soldados tanzanos, borrachos y felices de poder apretar el gatillo. Disparaban contra cualquier cosa que se moviera. Dispararon con lanzallamas contra el coche. Esta información llegó a través de Tony Aberfan, del Guardian, que se encontraba en Kampala, y de amigos de África Oriental que llevaron a cabo averiguaciones. Los comunistas de la Alemania del Este colocaron una placa en Berlín con cuatro nombres sobre una «tumba» en la que no podía haber nada.

Gottfried podía ser muchas cosas, menos estúpido. Las tramas ocultas con las que se quiso explicar este estúpido comportamiento aventajan con mucho a las de James Bond. La gente que conocía bien la Alemania del Este dijo que, obviamente, se trataba del largo brazo del KGB: varios diplomáticos del bloque soviético habían sido asesinados en misteriosas circunstancias por aquel tiempo. Gottfried era miembro del KGB. Eso se rumoreaba. Durante años me negué a creerlo, y siempre dije que lo consideraba improbable. Pero la verdad es que no quería saberlo. Pero luego me lo confirmaron. ¿Quién? Mi hijo John Wisdom. Tenía amigos íntimos dentro de la policía secreta de Rhodesia del Sur. (Aquella gente siguió trabajando para el gobierno negro. Que una cosa así fuera posible no es sino otro síntoma de la chifladura general de nuestra época.) John quiso saber de Gottfried Lessing, el segundo marido de su madre, y debido a sus contactos con la policía secreta de Zimbabwe pudo establecer contacto con alguien en la policía secreta de Sudáfrica. Este hombre dijo que Gottfried era miembro del KGB y que su influencia en África Oriental, y mucho más lejos, era enorme. ¿Verdadero o falso? Quién sabe, en un área tan turbia, sucia, tenebrosa. Compañeros que le conocieron bien en Alemania del Este dicen que es imposible, porque era un buen hombre, no el tipo de persona a la que verosíblemente el KGB daría empleo. Cuentan —con emoción— que la gente solía decir de él: «Gottfried Lessing no es un comunista, es un verdadero ser humano, es amable y generoso y bueno con la gente que tiene problemas».

Lo cierto es que fue comunista durante largo tiempo, durante muchos años. El Partido era para él, como lo era para cierto tipo de personas, una especie de absoluto, un Dios. Los psicólogos dicen que un tanto por ciento de personas, una vez adquirido un tipo de creencias, son incapaces de cambiarlas. Nunca lo hacen. Nunca lo harán. Sus mentes quedan incrustadas en cemento, de una vez por todas.

Pero veamos... Un hombre que sabe que el Partido siempre está en lo cierto (y si alguna vez no es éste el caso... se trata de un lapsus menor y temporal), un hombre que obedece al Partido, como a su propia conciencia, un hombre así no lucha contra el Partido para casarse con una mujer inadecuada, considerada una amenaza. Por tanto, existe una posibilidad verdaderamente terrible: ¿y si Gottfried ya no era un comunista al cien por cien; y si el cemento se hubiera resquebrajado; y si se encontraba en una posición en la que tenía que ejecutar órdenes que odiaba? No era precisamente algo desconocido en el mundo comunista...

Gottfried fue asesinado en 1979. En 1949 planeaba su futuro como inglés adoptivo. En 1949 yo estaba sentada en aquella terraza de Ciudad del Cabo, esperando

encontrarme pronto con Gottfried en Londres. Me pasé seis semanas sentada allí, mirando, escuchando, planeando... Seis semanas es mucho tiempo, cuando se es joven, cuando aún no se han cumplido los treinta.

Miraba hacia delante, sin volver la vista atrás. Esperaba que mi futuro, mi verdadera vida, empezara. Detrás de mí se había cerrado una puerta de golpe. Durante toda mi vida se habían cerrado puertas de golpe detrás de mí. Lo peor —es decir, de lo que puedo recordar—, fue la vez en que me mandaron al pensionado, antes de cumplir siete años. Conocía todos los mecanismos de la puerta cerrada, no los reconocía por el golpe externo, sino por lo que pasaba dentro de mí. Si lo que se queda detrás es una persona, la puerta se cierra por sí sola. Aja, pienso, la puerta se ha cerrado sola, ¿no? A partir de entonces, ya nada espero, aunque me comporte como siempre, confío en que más o menos bien. Pero ¿qué edad tiene la persona que se acerca a otra con el anhelo, la confianza, el optimismo de que allí tiene a un amigo, un verdadero amigo, y para toda la vida? Alguien demasiado joven para saber que es absurdo tener demasiadas expectativas. «Aja, ¿se ha cerrado la puerta? Interesante...» No hay nada más implacable que este proceso sobre el que uno no tiene control.

En este libro me he presentado —me he presentado a mí misma— como un producto de todos aquellos McVeagh, Flower, Tayler, Batley, Miller, Snewin y Cornish, de todos aquellos sanos y satisfactorios abonos ingleses, escoceses, irlandeses, fruto de Kent, Essex, Suffolk, Norfolk, Devon y Somerset.

Allí encajo yo, una pequeña rama del árbol genealógico. Pero yo no lo vivía así en aquellos momentos. Se ha acabado, pensaba, ya no más, refiriéndome a los tentáculos de la familia. Nacía de mi propio yo... así lo consideraba. No lo quería saber. No volvía a casa de mi familia, huía de ella. La puerta se había cerrado, y eso era todo.